

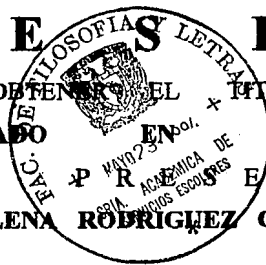
# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
COLEGIO DE HISTORIA

## ANTOLOGIA LITERARIA APOYO A LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE MEXICO DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA

**T E S I S**  
 PARA OBTENER EL TITULO DE  
**LICENCIADO EN HISTORIA**  
 QUE PRESENTA  
**MARIA ELENA RODRIGUEZ CASTAÑEDA**



ASESORA: MAESTRA ANDREA SANCHEZ Q.

MEXICO, D.F.

1994.

**FALLA DE ORIGEN**



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres José y Guillermina.  
Mil gracias por su amor, entrega  
y sacrificio.

Con todo mi amor a mis hijos José Israel,  
Ma. Elena y Yeldy Liz, razón e ilusión de  
mi vida.

A mi hermano José Ignacio,  
todo mi cariño y agradecimiento  
por su apoyo y afecto incondicional.

A la maestra Alicia Huerta infinitas  
gracias por su ejemplo y respaldo en  
todos los momentos de mi vida.

A mis amigos mi más emotivo agradecimiento  
por su desinteresado apoyo y generosidad,  
sinceramente gracias.

**Especial agradecimiento a la Maestra Andrea Sánchez Quintanar por su paciencia e interés en la dirección de este trabajo.**

**Un reconocimiento especial a la labor realizada por el Seminario de Investigación y Tesis de Historia, dentro del Programa de Titulación para Profesores del Bachillerato, Coordinado por el Lic. Fausto Hernández Murillo.**

## INDICE

Introducción.....	1
Capítulo I. Algunas Reflexiones sobre la Antología.....	6
I.1. Relación entre Literatura e Historia.....	15
I.2. Relación entre Historia y Literatura.....	19
Capítulo II. Conceptualización	
II.1. Historia.....	25
II.2. Educación.....	34
II.3. Sentido de la Enseñanza de la Historia.....	40
Capítulo III. Las Condiciones Educativas Concretas	
III.1. Organización Educativa Plantel "José Vasconcelos" (5).....	45
III.2. La Enseñanza de la Historia en el Plantel "José Vasconcelos (5) de la Escuela Nacional Preparatoria.....	49
Capítulo IV. Análisis del Programa de Estudios.....	57
Capítulo V. Antología Literaria.....	71
Conclusiones.....	432
Bibliografía.....	437
Apéndices.....	445

Cuando se inicia un trabajo de investigación, análisis, selección, etc., resulta interesante observar que el número de documentos o libros que han de consultarse se incrementa día a día, y siempre pareciera insuficiente el material con el que se cuenta.

Si se trata, como es el caso, de una antología, además de la búsqueda de textos apropiados para su elaboración, se requiere, sin lugar a dudas, del conocimiento del tipo de público al que está dirigida.

La presente antología está dirigida a los alumnos que cursan el quinto año del bachillerato y a sus profesores, quienes estarán encargados de sugerir las lecturas contenidas en ella para que sean acordes al tema que está siendo tratado en sus clases.

El conocimiento de los textos seleccionados en ella, intenta que a través de su lectura y comentarios principalmente, se influya en el ánimo de los lectores y se produzca el gusto por el conocimiento histórico y la necesidad de un acercamiento a él.

El deseo de todo maestro es despertar el interés de sus alumnos en las clases que imparte; en el caso del profesor de historia, esta tarea reviste principal interés dado que la disciplina es del todo formativa y es menester "capturar" la atención, para que se logren las metas deseadas. Este fin no es fácil de lograr, sobre todo si consideramos que para

algunos compañeros maestros, "Lo único válido en el aprendizaje histórico es el conocimiento de los datos concretos, y así, la historia escolar se convierte en una obstrusa sucesión de fechas y nombres de personajes, batallas, acontecimientos, que deben aprenderse de memoria tornando la materia en una absurda cronología, fastidiosa y desvinculada del sujeto real que la aprende".(1)

Tratando de evitar este concepto equívoco de la enseñanza, resulta de mucha ayuda el uso de recursos didácticos que versatilizan la forma de impartir la materia, y será precisamente, una antología, uno de los medios para modificar la tradicional cátedra y un auxilio para la enseñanza moderna de la Historia.

Existen otros recursos que también deberán ser aprovechados por todos aquellos maestros que estén concientes de la necesidad de que el alumno no sólo no odie a la historia, sino que haga de ella una necesidad en su vida cotidiana, explicándole su presente fundamentado en el pasado. Tales recursos, como las cintas de video, las obras teatrales, las visitas a museos, conferencias, antologías, etc., son de enorme e innegable utilidad, sólo que desde mi muy personal punto de vista, la antología tiene una ventaja adicional sobre otros recursos y es la de aficionar a los alumnos a la lectura, un aspecto tan descuidado en nuestros días.

(1) Sánchez Quintanar, Andrea. Reflexiones en Torno a una Teoría sobre la Enseñanza de la Historia. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Maestría de Historia de México, UNAM, 1993. p. 136

Desde luego que ésta afición sólo se despertará si las recomendaciones literarias resultan de interés y motivación para el joven.

El presente trabajo ha sido realizado cuidando los anteriores aspectos, lecturas útiles, ágiles, ilustrativas y en la mayoría de los casos amenas. Para su elaboración ha sido necesaria la lectura de muchas obras literarias, en su mayoría novelas, para de ahí seleccionar capítulos que de forma accesible ilustren el tratamiento de los temas señalados en el Programa de Estudios de Historia de México II.

El primer requisito para la elección de las lecturas fue que realmente la trama fuera acorde a los temas tratados; en seguida, que los aspectos descritos en ella relataran, de ser posible de manera directa, la vida cotidiana de la época estudiada, es decir, que refiriera nombres de calles, medios de transporte, barrios, nombres, apodos, comidas, vestidos, etc., como sucede en México en 1554 de Francisco Cervantes de Salazar, o Un Viaje a México en 1864 de Paula Kolonitz.

En los casos en que dicha información no se encuentra de manera explícita, lo encontramos de forma implícita, como en el caso de La Güera Rodríguez de Artemio de Valle-Arizpe.

En todos los casos se cuidó que la recreación de los temas contara con la mayor cantidad de elementos para que el lector "penetre" en la época estudiada, y entienda en clase, la situación histórica y social que se enseña. Cada lectura está



precedida con la biografía del autor, lo que nos permite saber si fue contemporáneo de los hechos que describe, en cuyo caso presentará una versión fresca y espontánea en su creación, como en el caso de El Zarco de Ignacio Manuel Altamirano, o México Bárbaro de John Kenneth Turner, o si el autor se preocupó por investigar y recrear, a través de otras lecturas o documentos, la época que deseaba describir en su obra, tal es el caso de Morelos, de Alfonso Teja Zabre, o Mina el Mozo, Héroe de Navarra de Martín Luis Guzmán o Noticias del Imperio de Fernando del Paso.

Lo anterior enriquecerá enormemente la visión que de la obra obtenga el lector, y también el maestro que anime a su grupo a la lectura de este trabajo.

Se incluyen también lecturas muy amenas e incluso chuscas, con un tratamiento fino y mordaz sobre sucesos de la historia nacional, tal es el caso de Los Pasos de López de Jorge Ibargüengoitia, o lecturas de un dramatismo profundo y contenido conmovedor como Monja Casada, Virgen y Mártir de Vicente Riva Palacio, o la descripción de la traición, la intriga y la prepotencia descrita en La Sombra del Caudillo de Martín Luis Guzmán.

Todas las lecturas fueron seleccionadas cuidadosamente e incluso, a manera de programa piloto, se pusieron a consideración de algunos jóvenes para que previamente a su selección, se conociera el impacto en su gusto y el mensaje que cada una de ellas iba dejando en su ánimo. Algunas fueron

retiradas, porque a mi juicio, no tenían el suficiente contenido histórico, o los términos utilizados en ellas resultaban de difícil interpretación o definitivamente la trama resultaba muy cansada para el futuro lector.

    Mi deseo en todo momento, ha sido que este trabajo resulte provechoso como ayuda y apoyo al estudio de la historia de México, a la vez que contagie a sus lectores del gusto por la buena lectura y la interpretación de los sucesos históricos de una manera sencilla y agradable, y que mis compañeros maestros encuentren en ella una forma de respaldo a su difícil y comprometida actividad: la enseñanza.

## I.- ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA ANTOLOGÍA.

"Antología Literaria", ¿Por que una Antología Literaria?.

En el mercado existen una buena cantidad de ellas para ilustrar diferentes épocas de la historia de nuestro país, algunas de ellas escritas por renombrados historiadores. Entonces, ¿por qué una más?.

En principio la idea no es hacer "una más", sino una que sea un apoyo a la enseñanza de la historia, que funcione como un despertador del interés de los alumnos sobre los temas históricos que se están viendo en clase, pero además que esté adecuada al estudiante de estos días, de la última década del siglo XX, en la medida de lo posible, no necesariamente con lecturas de hoy, sino con textos que puedan entender y que les permitan incorporarse al conocimiento del pasado con el mayor interés . Es así que esta antología intenta dar una secuencia de lecturas que interesen a los adolescentes que ahora y en el futuro cursen la materia de Historia de México en el 5º año del bachillerato, que vaya seleccionando lecturas de carácter literario como apoyo a cada una de las unidades contempladas en el programa de estudios vigente para el citado curso en la Escuela Nacional Preparatoria y en las escuelas incorporadas al sistema de estudios de la UNAM.

Por otra parte, siempre harán falta nuevos apoyos didácticos para la enseñanza en cualquier nivel, de todos los temas y para todas las disciplinas. Estos recursos auxiliares son muy importantes como herramienta de trabajo para el maestro,

además de la enorme posibilidad de la lectura, como campo inagotable de exploración por el cual debe conducirse a los alumnos. Cuando se es maestro, se desea encontrar los incentivos que motiven a los alumnos en el aprendizaje de nuestras disciplinas; por ello elegí la novela para llegar a través de ella a la historia, haciendo uso de narraciones amenas e ilustrativas, crudas y realistas, vibrantes y accesibles para ese fin, ya que en la novela se recrea el ambiente histórico de una época, sólo que de manera diferente, en ocasiones casual, en otras claramente intencional, pero siempre dentro de una trama interesante aunque sea ficticia.

Esta inquietud también surge de la importancia que como maestra de historia sé que tiene la enseñanza de esta disciplina; de la delicada tarea que se nos ha encomendado, pues no somos informadores, sino formadores de futuros ciudadanos, en quienes debemos despertar la conciencia histórica, de lo que dependerá asimismo su conciencia nacional, única forma de independencia real, ante el embate externo de todo tipo de corrientes ajenas a nuestra verdadera idiosincrasia. Mientras no se revaloren nuestras raíces, seguiremos siendo presa fácil del poder de convencimiento que fuerzas externas ejercen, sobre todo en nuestras juventudes.

El método para analizar la historia ha variado en cuanto a la concepción del tiempo y del espacio, ya que la historia es tiempo y espacio. A partir de la conceptualización del tiempo de una manera diferente a la de algunos historiadores tradicionales - que solamente hacían sobresalir fechas y

sucesos - es que podemos tener otra noción de la historia, y es precisamente esta noción, la que debe ser transmitida a los estudiantes de historia. No se trata únicamente de cubrir un requisito y cursar una materia que en el curriculum deberá aparecer como aprobada; es mucho más, es el encuentro con nuestras raíces, con nuestra realidad.

Lo anterior, siendo de suma importancia, en ocasiones es ignorado por algunos maestros de historia, que verdaderamente "vacunan" a sus alumnos contra la materia, por lo que los jóvenes al egresar del bachillerato, no quieren volver a saber nada de historia. Si a eso agregamos el que "En ocasiones la historia se convierte en una carga tan pesada que los escritores responden fragmentándola o mezclándola con un estilo metaficcional"(2) y son muchas veces estos escritores los que son leídos por los alumnos, comprenderemos aún más el desagrado que manifiestan hacia la historia.

El enfoque histórico que puede hacer que los alumnos se interesen en los acontecimientos importantes de épocas pasadas, es aquel en el que se toman los hechos pasados y en ellos se busca la explicación a los acontecimientos presentes, lo que permitiría formar una conciencia sobre el proyecto histórico del futuro.

Si nosotros partimos de que en el presente "se condensan el pasado y el futuro"(3), estaremos dando una visión más dinámica de la historia.

(2) Souza, Raymond D. La Historia de la Novela Hispanoamericana Moderna. Bogotá, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1988.

(3) CFR. Sánchez Quintanar, Andrea. Op.Cit.

Es importante resaltar que la historia está haciéndose permanentemente y que a partir de la problemática del presente nosotros estudiamos el pasado. "El pasado por el pasado" no tiene ninguna importancia, sólo el pasado en función de explicar el presente tiene sentido; así nos lo indica E.H. Carr cuando nos habla de que la historia es "...un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado" (4).

Este diálogo es precisamente lo que enriquece al estudio de la historia, este continuo contacto entre los ámbitos del pasado y del presente arroja la justificación del conocimiento histórico, lo cual está presente desde muy temprana hora en nuestra vida.

El contacto con la historia se inicia de manera escolarizada desde el primer año de la instrucción primaria (aunque en realidad este contacto se inicia desde que se "es", desde que llegamos a este mundo y nos convertimos en seres históricos, parte de la historia de nuestra familia), en la que poco a poco se nos va familiarizando con los hechos que han dado forma a nuestra historia patria y a la historia del mundo. Con mayor profundidad se continúa esta preparación en la instrucción secundaria y después en el bachillerato, donde el adolescente se encuentra en un momento de transformaciones físicas que lo vuelven en ocasiones distraído e indiferente, y que resulta un verdadero reto para el profesor captar su

(4) Carr, E.H. Op. Cit. p.40

interés y motivarlo para que asimile los conocimientos que le son transmitidos.

Así, la presente antología se hizo pensando en estas personas que requieren de documentos que logren captar su interés y su concentración al estudio, y para los maestros y lectores que deseen apoyar con ella la exposición que en clase se haga de cada tema.

La importancia de una antología de carácter literario como apoyo a un determinado curso de historia, es que valiéndose de este recurso el profesor puede sensibilizar a sus alumnos para que se acerquen a los acontecimientos históricos, ya sin el revestimiento de inexpugnables con el que suelen presentarse, sino dentro de un marco de cotidianeidad y sencillez, con lo que podrán más fácilmente adentrarse en el conocimiento de la historia. Se busca crear la conciencia de que el conocimiento de la historia es una verdadera "necesidad", y no sólo para conocer nuestro pasado lejano, mediato e inmediato y entender así nuestra realidad, sino para saber realmente cual es la explicación de nuestra existencia.

De ahí la importancia del conocimiento de la historia, la que es una actividad vital sin la cual no puede vivir el ser humano, ya que siendo el hombre el único ser capaz de conocerse a sí mismo (autognosis), si no está conciente no está siendo humano, está viviendo una situación semi-animal(5).

(5) Sánchez Quintanar, Andrea. Op.Cit. Cap.II

En cuanto a la necesidad de la lectura es bien sabido que los estudiantes que en la actualidad cursan la enseñanza media e incluso la enseñanza superior, en general, se niegan a realizarla, sobre todo si se trata de libros de texto o consulta, los cuales a veces utilizan términos de difícil comprensión para ellos.

Es justamente por ello que en ocasiones resulta difícil localizar lecturas que dentro de un marco de escolaridad les sean amenas, gratas, sencillas, sin que por eso dejen de ser formales, importantes y profundas de acuerdo al tema que está siendo tratado; de ahí el interés de una antología de carácter literario que contiene fragmentos de novelas históricas, cuentos, poemas, narraciones, etc.

Es conveniente señalar que no se incluyen lecturas de temas jurídicos, políticos, estadísticos, etc., pues éstos serían abordados en otras antologías dedicadas exclusivamente a sus campos de acción, en razón directa de la enorme amplitud que cada uno de ellos tiene en la historia nacional.

La antología tiene como principal intención que los alumnos encuentren en la lectura, un retrato de la vida cotidiana de nuestro país en la época que vaya siendo tratada en clase, acorde al programa de estudio; asimismo, que aprendan a "sentir" a la gente que vivió en un tiempo distinto al de ellos, sin olvidar que la historia no es el relato de los "muertos", si no de las personas "vivas" como ellos, sólo que



vivas en otro momento, es decir proponer "la percepción del pasado vivo, vivido y vívidamente mostrado y percibido"(6). La posibilidad de presentar con un lenguaje accesible a la juventud, el marco histórico de los acontecimientos que han de tratarse dentro de un programa de estudios, resulta realmente interesante. Los alumnos en ocasiones se sienten aburridos por los maestros verbalistas, quienes no les permiten una variante dentro de la clase; de esta manera, la literatura, en el caso de una antología, llenaría de nueva energía y variedad la explicación de los temas a tratar. Así por ejemplo, se ha dicho que "si algún espíritu curioso se dedicase a reconstruir la historia de la luz en América, llenaría de paisajes que nos son conocidos, el escenario en que se desarrollaron la conquista, la colonia, la guerra de emancipación, el siglo XIX. No es posible explicar la conducta de los pueblos sin hacer esta tentativa de recreación de atmósfera"(7)

Esta re-creación es ampliamente lograda a través de los textos literarios que pueden, en su trama, desafanarse por algunos párrafos de la temática principal, para describir ampliamente el ambiente o "atmósfera" que se vivía en la época que es descrita, y desde luego no olvidando lo señalado anteriormente, que la literatura y la historia han ido de la mano a través de los siglos, apoyándose y complementándose.

(6) Ibidem. p. 144.

(7) Arciniega, Germán. En Alfonso Reyes. Obras Completas. XXV tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, (Colección Letras Mexicanas), Tomo VIII, p.106

Por otro lado, la razón por la cual un historiador puede dedicar sus esfuerzos a la elaboración de una antología como apoyo para la enseñanza de la historia, es que cuenta con un criterio profesional, que le permitirá no sólo hacer la selección de textos para ser presentados en conjunto, sino por medio de una introducción histórica a cada lectura y un comentario; una vez realizada ésta, conducir a los alumnos para que se haga un preciso deslinde de lo que es la ficción de la novela y la realidad de los hechos históricos y con ello enriquecer las posibilidades del curso.

Otra importante intención de este trabajo es la de aficionar a los alumnos a la lectura, pero no de manera dispersa, sino siguiendo, como sería en este caso, un programa de estudios, es decir, seleccionando algunas lecturas para cada unidad y elaborando una introducción a cada una de ellas y una sugerencia didáctica.

Este trabajo está ilustrado con una selección de novelas, por lo que puede surgir la interrogante: ¿por qué la novela?. La respuesta sería que en la novela se presenta el pasado en relación con la vida toda de una o varias personas, de una sociedad o una nación, con lo que el alumno logra captar que todo es historia, solamente que en la narración se presenta el marco histórico real, acompañado de la ficción creada por el autor.

El literato recrea la realidad y la vincula a la trama, volviendo de "carne y hueso" a sus personajes, logrando con ello que el lector entienda toda problemática social, sin tener necesidad de definirla literalmente, como se hace en un libro donde se ve la historia de manera científica.

Desde el punto de vista didáctico, considero que el uso de la literatura, como herramienta de apoyo para la exposición de temas históricos, sin ser novedosa sí es inagotable.

Por otro lado, se debe recordar que en principio, las descripciones de los sucesos históricos, fueron considerados como literatura, tal es el caso de los textos escritos por Herodoto, a quien se le considera como el "Padre de la Historia", gracias a quien conocemos buena parte de la antigua Cultura Griega.

### I.1. RELACIÓN ENTRE LITERATURA E HISTORIA

Esta antología está compuesta por novelas de corte histórico. La inclinación hacia este género es natural, ya que la novela histórica es "...una investigación libre de prejuicios de la auténtica vida pasada".(8) Pero ¿qué es lo mas importante de la novela histórica?. En primer término, que se habla de "...destinos individuales tales que se expresen en ellos en forma inmediata y a la vez típica, los problemas vitales de la época".(9) Los personajes de la novela histórica son seres humanos creados, en los que se hallan estrechamente ligados el destino personal y el destino histórico social.

Ahora bien, la temática de la novela histórica hace que el lector, distante por siglos en ocasiones, muestre una simpatía inmediata y presente a los sucesos referidos. Otro aspecto es que "La novela de hoy, y no sólo la histórica, se ve sometida a dos corrientes, una procedente del cuento de hadas y otra de las narraciones tipo reportaje. Estas corrientes no fluyen del éter de una estética, sino que proceden de la realidad de nuestra vida. En mayor o menor medida llevamos dentro de nosotros la inclinación por estas corrientes. Mas no nos equivocamos cuando afirmamos que los estratos activos y progresistas tiendan hoy hacia la narración tipo reportaje mientras los estratos inactivos, tranquilos y satisfechos se inclinen por el cuento de hadas".(10)

(8) Lukács, Georg. La Novela Histórica. México, Ediciones Era, S.A.1966 p.90

(9) Ibidem. p. 354.

(10) Ibidem. p. 340

Hay que buscar, pues, un punto de equilibrio que ubique al estudioso a ver en los sucesos referidos en la novela, la similitud con su realidad y la explicación de las realidades de épocas pasadas.

Así, al leer el material, se logra que el lector extrapole o proyecte temas, que van surgiendo de la ficción hacia la realidad.

No es explicable el por qué en ocasiones se evita el uso de novelas para reforzar el conocimiento histórico; esto se debe a que "La historia y la narrativa son frecuentemente consideradas como entidades separadas, estando la historia basada en datos e información, y la narrativa en la imaginación creadora".(11)

En otro sentido, "El carácter de transición de la novela histórica humanista de nuestros días se revela asimismo en la relativa casualidad de sus temas"(12), es decir, no se inventan todas las situaciones tratadas, se matizan las reales y se entrelazan con la ficción siguiendo un hilo conductor que guía, sin perder el interés, hacia el desenlace, que en ocasiones se prevé o se conoce, pero que resulta enriquecido con los tintes de la novela.

Otro aspecto de gran importancia, es el trato que en la novela histórica se da a los temas sociales; los personajes siempre son integrantes de un conglomerado específico, con sus

(11) Souza. Op.Cit. p.30

(12) Lukacs. Op. Cit. p.343

características especiales y con sus problemáticas particulares.

El tratamiento de estos temas se convierte en un compromiso para el escritor, pues "con la creación de la moderna novela social se ha hecho aún más urgente la necesidad de una intensificación semejante de la acción épica...Las relaciones recíprocas entre la psicología de los hombres y las circunstancias económico-morales de su vida, se han complicado en tal medida que se requirió una amplia descripción de estas circunstancias, una extrema elaboración de estos efectos recíprocos para mostrar a los hombres como hijos concretos de su época".(13)

En la novela no se inventan épocas, se recrean. Así pues "de lo que se trata en la novela histórica, es de demostrar con medios prácticos la existencia, el "ser así" de las circunstancias históricas y sus personajes".(14)

La novela permite que sus personajes experimenten una toma de posición frente a su realidad, frente a los problemas de carácter práctico y social y la transformación en una expresión humana, dramática y moral, que se repite a lo largo de la historia toda, de todas las épocas y que hace al lector identificarse con los personajes y con su propia problemática.

El conocimiento del pasado puede ser enriquecido a través de la literatura. En la novela por ejemplo, se presenta el pasado en relación con la vida de un personaje, de una

(13) Ibidem. p.42

(14) Ibidem. p.46

sociedad, de un país, etc. Así el alumno comprende que todo en ella puede ser utilizado para la comprensión histórica, ya que la trama se desenvuelve precisamente dentro de un marco histórico real acompañado de la ficción o la imaginación en la trama del tema que se está desarrollando.

## I.2. RELACION ENTRE HISTORIA Y LITERATURA

En lo que se refiere específicamente al curso que nos ocupa, que es el de Historia de México, diremos que desde que los pueblos de América se establecieron y con su florecimiento surgió su cultura, se preocuparon por escribir sobre sus tradiciones y avances, así como de sus guerras, tratos comerciales, religiosos y culturales, pues "el deseo de interpretar o entender el pasado ha estado presente en la literatura latinoamericana desde su iniciación".(15)

Después, con la conquista de América y el manejo de un nuevo lenguaje, la expresión literaria surge abundante cubriendo la necesidad de rendir informes a la Corona Española, justificar acciones políticas y militares, o transmitir sus vivencias. Así, " La lengua hispánica que irrumpió por los territorios Mexicanos a comienzos del siglo XVI,...ofrece dos manifestaciones literarias que amanecen tanto como la conquista española...la crónica y el teatro misionario".(16)

Indiscutiblemente, estas manifestaciones literarias alentarán la creatividad ya existente en los indígenas; "pronto la crónica mexicana contará con plumas indígena... y mas adelante aparecerá el teatro criollo y entre el siglo XVI al XVII, la prosa".(17)

(15) Souza. Op.Cit. p.11

(16) Reyes. Op.Cit. tomo XXV p. 398

(17) Ibidem. tomo XXV p.400



De igual forma, el teatro y la poesía en la época colonial en nuestro país, tienen una gran producción dentro de todos sus géneros; éstos serán fomentados por las instituciones religiosas que educaban a los miembros de las congregaciones y a la sociedad acaudalada de la época. Así, "la literatura colonial era fruto de una sociedad culta, apretada en torno a los colegios y a las iglesias"(28). Sin embargo, "La censura y la inquisición hicieron de la historia un asunto delicado durante el período colonial...por lo que los escritores juzgaron necesario adoptar una posición apologística y una ideología "correcta" para justificar cualquier interés en el pasado indígena. Las autoridades españolas reconocieron el potencial subversivo de la literatura y la relación que puede existir sobre identidad, cultura y resistencia. Ello dificultó el diálogo crítico, pero las investigaciones recientes están descubriendo nuevos y abundantes testimonios de la protesta indígena".(19)

En el siglo XVIII, la Ilustración Española se refleja definitivamente en la producción literaria. Como sucede con todos los cambios que a lo largo del tiempo se efectúan, éstos infieren en la producción literaria de nuestro país, teniéndose como principales preocupaciones las situaciones sociales, políticas, educativas, científicas, etc. No olvidemos que el siglo XVIII es el siglo del humanismo.

(18) Ibidem. tomo XXV p. 406.

(19) Souza. Op. Cit. p.17.

La Ilustración desarrolla una tendencia al nacionalismo, pero además produce un alumbramiento de la razón; se empieza a poner especial atención a los fenómenos y características locales; esto sucede en todo el mundo a donde llega la Ilustración de modo que los escritores prestarán clara atención a la cultura y al lenguaje indígenas; será ahí cuando poco a poco el sentido de lo mexicano se abra paso.

"Cuando Latinoamérica logró su independencia aparecieron varios problemas a los que había que hacer frente. Mal preparados para el gobierno autónomo, las nuevas naciones buscaron un sentido de dirección y unidad".(20)

Surge en este siglo en nuestro país, un género que habría de ser definitivo para la vida política del mundo, el periodismo, que venía gestándose desde el siglo XVII con la aparición de volantes que anunciaban generalmente noticias comerciales (arribo de flotas, la Nao de la China, etc.). Así se funda El Diario de México en 1805 y El Pensador Mexicano en 1812 creándose una nueva fuente de expresión para una gran cantidad de escritores neoclasicistas y costumbristas, así como políticos, que supieron mantener vivo el interés por las letras.

Surge una nueva expresión artística, competencia del teatro clásico, que será fuente de crítica social, "La Zarzuela".

"Los sacudimientos políticos perturban necesariamente la marcha de la literatura"(23), y esto se refleja violentamente

(20) Ibidem. p.19.

(21) Reyes. Op.Cit. tomo XXV p. 416.

en el siglo XIX con la poesía humorística, herencia del siglo XVIII, con la mordacidad y picardía maliciosa del mestizo, lo que resultó la mejor arma.

En este momento tomará fuerza la prosa política, que fue poderosa espada en la época del movimiento de Independencia.

En la segunda mitad del siglo XIX se formula una tendencia literaria Romántica que lo mismo era alimentada por conservadores que por liberales, principalmente en la Academia de Letrán, donde lo mismo se escuchaban a los clásicos españoles, que a los nuevos dramaturgos mexicanos; así, se renueva la poesía clásica y las narraciones antiguas.

Es en este momento cuando algunos autores piensan que "la aparición de la novela histórica en Latinoamérica durante el siglo XIX fué consecuencia de una curiosa combinación entre la tradición establecida por la crónica de la conquista y la influencia de la novela española".(22)

Otro fenómeno que se observa es que en "los últimos treinta años del siglo XIX...se muestra una evolución acelerada, consecuencia del nuevo estado social y político de la República que sucede a la restauración de 1867. A partir de ese instante hay en la lírica mexicana un movimiento ascendente que alcanza hasta las primeras décadas del presente siglo"(23), y será precisamente en este siglo XX cuando la literatura mexicana adquiera definitivamente su identidad y

(22) Souza. Op. Cit. p.18

(23) Reyes. Op.Cit. tomo XXV p. 429

sea reconocida internacionalmente. Las creaciones surgidas del intelecto prolífico de los literatos nacionales, dará un perfil característico a su obra, las cuales serán reflejo de la vida y de las realidades de ella, sin olvidar que "México estaba mas preocupado por desarrollar una sociedad según los modelos de las naciones industriales del mundo, que por la recuperación de sus raíces indígenas"(24), pero afortunadamente tiempo después "las simpatías hacia el pasado indígena se han intensificado gracias a la publicación de relatos indios de la conquista".(25)

Ya en pleno siglo XX, y dentro de diversos géneros, en la novela mexicana el autor "escapa a las clasificaciones oficiales de los partidos, sostiene valientemente su independencia de criterio y busca a lo largo de la obra...un denominador común de buena fé y de honrado amor al país. El estilo es neutro, ameno y sencillo, vehículo transparente para el relato"(26); asimismo, el nuevo literato mexicano, producto de todo el acervo histórico-literario que lo antecedió, "ni rehuye la modalidad de nuestra habla popular, sin caer en exageraciones de "vulgarismo retratista"...ni se enreda en empeños de prosa artística...que hubiera estilizado todo el propósito de la novela".(27)

Por todo lo antes señalado, no podrá objetarse la aseveración de que la historia de México y la literatura han ido de la mano a lo largo del tiempo, y puede rastrearse a la

(24) Souza. Op. Cit. p. 22

(25) Ibidem. p. 23

(26) Reyes. Op. Cit. Tomo IX p.339

(27) Ibidem.

una en la otra sin obstáculo. Es precisamente en este momento cuando convendría hacer un alto y reflexionar sobre lo atinadamente señalado por el maestro Alfonso Reyes en el sentido de que "La producción literaria en México no ha sucumbido a los constantes asaltos del desorden. Es la hora de los guerrilleros y de los políticos; pero unos y otros sólo pueden aportar soluciones provisionales y crear equilibrios poco duraderos. Solo la obra de la cultura, construyendo lentamente un ideal nacional y descubriendo los caracteres propios de una tradición, pueden lograr el bien definitivo de un pueblo".(28)

En seguida, y para continuar con la temática de este trabajo, se presenta la reflexión sobre la historia y la educación, las cuales son las bases sustentantes de toda aportación para la enseñanza de la historia.

(28) Ibidem. Tomo VII p. 467

## II.1. HISTORIA

Si buscamos una definición de historia, podremos encontrarla en cualquier diccionario por sencillo que éste sea; si buscamos algo más preciso, podremos recurrir a una enciclopedia, e incluso a una enciclopedia temática; pero aún así, la definición siempre se antojará breve, imprecisa o tendenciosa.

Algo que llama poderosamente la atención, es que el hombre ha tratado de definir la historia desde el momento en que ha tomado conciencia de su importancia; así, se ha dicho que "la Historia- en su forma mas primitiva- era la narración del padre sobre el abuelo, escuchada por el niño".(29) Sin lugar a duda así fue en sus orígenes, pero con el transcurrir del tiempo, el estudioso se vio ante la necesidad de definir esta disciplina que contenía el caudal de acontecimientos humanos a través del tiempo, superando la simple necesidad de conocer los hechos pasados en línea directa familiar.

Para quien realmente se interesa en definir a la historia, el sólo conocer, interpretar y fundamentar la investigación de los sucesos pasados, no le parece una descripción exacta de ella, no se trata de sólo buscar datos, sobre todo si se reflexiona en que: "No todos los datos acerca del pasado son hechos históricos, ni son tratados como tales por el historiador". "Su condición de hechos históricos dependerá de una cuestión de interpretación".(30) Esta interpretación sólo

(29) Ferdinandy, Miguel de. En Torno al pensamiento histórico. Universidad de Puerto Rico, Editorial La Torre, 1961. p.7

(30) Carr, E.H. ¿Que es la Historia?. México, Planeta/Seix Barral, S.A., 1987. p.13

podrá ser hecha por un historiador, un profesional de la historia, el cual cuenta con las herramientas necesarias, su formación, su criterio histórico, su sentido analítico, etc., para cumplir con esta interpretación de manera científica.

Por otra parte, la interpretación de los hechos históricos siempre ha resultado un reto para el historiador, pues es tal el volumen de información que, el estudioso se perdería en un mar de datos y fechas; de ahí surge la necesidad de una selección e interpretación de estos sucesos. Deberá ser precisamente este historiador serio y dedicado, el profesionista comprometido con su disciplina, quien, al acercarse a los hechos históricos, no se conformará con la interpretación y selección que de ellos se haya hecho, no, siempre tendrá "sed" de conocimientos o formas de interpretación que aclaren sus dudas o llenen sus carencias; si bien, puede basarse en datos ya antes abordados y profundizar a través de la investigación en ellos, también deberá buscar nuevos tópicos de estudio y enfrentarlos con las armas que le dan la preparación y el deseo de aportar nuevos elementos para el estudio de la Historia.

El elemento que "nutre" a la investigación histórica, son los hechos que el ser humano ha producido a su paso por el mundo, y estos hechos son básicos, pues "...sin materia prima (hechos) no hay historia, tampoco y mucho menos la habría sin la interpretación y la narración". (31)

Mayor aún es nuestra responsabilidad, ya que de la información recabada y de la que tenemos, debemos hacer una nueva selección; ésta con un criterio realmente histórico fundamentado en la madurez profesional.

"El historiador antes de ponerse a escribir historia..." debe tener conciencia de que "...es producto de la historia"(32), y tendrá que sentir que ella es un "conocimiento vital."(33)

Podría parecer exagerado el decir que el conocimiento de la historia es vital, pero la realidad es que la historia es un alimento que nos nutre el ser. Sin su registro seríamos algo así como contradicciones vivientes, sin origen y sin consecuencia. La historia es memoria, camino hecho por el que hemos llegado a ser para alcanzar un destino indeterminado; y es devenir interminable, mil y una posibilidades para la existencia individual y colectiva. Es en síntesis necesidad material y espiritual del hombre. El hombre está unido a la historia de una manera tal que "no es posible separar al hombre de la historia y considerarlo de una manera abstracta, como tampoco es posible separar a la historia del hombre y examinarla independientemente del hombre de un modo, por decirlo así, inhumano"(34), pues la historia es el acontecer humano y sólo a él le interesa su estudio.

(32) Carr, E.H. Op. Cit. p.53

(33) Sánchez Quintanar, Andrea. Op.Cit. p.47

(34) Berdiaeff, Nicolás. El sentido de la Historia. Barcelona, España, Editorial Araluce, 1936. p.23



Respecto de la importancia vital de la historia, se ha afirmado que es un conocimiento sin el cual no es posible vivir, ya que siendo el hombre el único ser capaz de conocerse a sí mismo (autognosis), si no está consciente de su realidad, no está siendo humano, está viviendo una situación semi-animal (35), por ello puede decirse que "El hombre se aparta de la mera animalidad desde el momento en que realiza esta actividad consciente..."(36), es decir, desde que razona sobre su existencia y la evolución de la existencia humana en el tiempo.

Al profundizar en el estudio, "...lo primero que se nos presenta es la utilidad vital de todo conocimiento de lo histórico...sin el conocimiento del pasado no podríamos vivir; y mientras mas compleja se torna la vida humana, más elevado debe ser nuestro conocimiento".(37)

La vida humana, esta vida evolucionada que sólo tiene sentido en función de la huella que vaya dejando para uso de otras vidas en el porvenir y que para el hombre es tan importante de describir y rememorar, sólo puede ser objeto de conocimiento del propio hombre y esto le da su trascendencia.

El hombre es producto de la Historia, de su historia particular, de la de sus padres, abuelos, etc. y productor de ella a través de sus actos, sus pensamientos, sus hijos, en una palabra, de su paso por la vida.

(35) Sánchez Quintanar, Andrea. Op. Cit. Capítulo II

(36) Schettino Maimone, Ernesto. Teoría de la Historia. Manuales Preparatorianos, México, UNAM, 1990. p. 62

(37) Ibidem.

Nos señala Agnes Heller: "Erased una vez un hombre. Era una vez. Era puesto que ya no es. Era así que es, por que sabemos que "era una vez un hombre" y que será mientras haya alguno dispuesto a contar su historia. Es un ser humano el que "era una vez", y solo los seres humanos pueden contar su historia por que solo los seres humanos saben que "era una vez". "Era una vez" es el tiempo de los seres humanos. Es tiempo humano" y continúa diciéndonos "Había una vez un hombre "allí". Estaba allí y no aquí. Pero él está aquí y permanecerá aquí mientras alguno cuente su historia aquí. Es un hombre el que "estaba allí". Solo los seres humanos pueden localizarlo "allí", por que solo los seres humanos conocen la existencia de una "aquí" y un allí". "Aquí" y "allí" son el espacio de los seres humanos. Son espacio humano".(38)

Esto que Agnes Heller nos señala, sirve para explicar como el hecho histórico pertenece a los hombres en el tiempo y en el espacio, elementos indispensables con los que el historiador debe contar para su labor tanto de investigación como docente.

"Todo fenómeno histórico se realiza entre las coordenadas de tiempo y espacio"(39): estas reflexiones son básicas para todo aquel que pretende enseñar historia; si consigue que sus alumnos se ubiquen temporal y espacialmente en los acontecimientos históricos, habrá dado un paso definitivo para el entendimiento y captación de sus temas.

(38) Heller, Agnes. Teoría de la Historia. México, Distribuciones Fontamara, S.A., 1986, p 13

(39) Sánchez Quintanar, Andrea. Op. Cit. p.132

Desafortunadamente algunos maestros cultivan el "culto al dato", olvidando que "La simple mención de una o varias fechas...no garantiza en modo alguno que el educando se ubique adecuadamente en el momento histórico del que se trata"(40) y si esto se contrasta con el presentismo que se vive en nuestra época, donde todos los acontecimientos se suceden con una velocidad impredecible, es evidente que el alumno, nunca encontrará la explicación para poder entender lo que el "tiempo histórico" significa.

"Sirve lo anterior para indicar que el historiador enseñante ha de tomar en cuenta la imagen que de la historia tenga el educando...y explotar, en la medida posible, la forma en que percibe la ubicación temporal histórica"(41), él "está" aquí, y en otro tiempo los habitantes de éste planeta también "estuvieron" aquí, vivos y en actividad. Al alumno deberá también explicársele que más que entender que algún hecho histórico sucedió en un siglo en particular, es importante que entiendan cuales fueron los sucesos de esa época, y las consecuencias que tuvieron en las actividades de los seres humanos "vivos" de esa época.

Como acertadamente apunta la Maestra Andrea Sánchez, "los maestros no debemos hacer Necrología..."(42), estudio de los muertos, si no historia de los vivos, los que lo estuvieron en cualquier tiempo.

(40) Ibidem. p. 133

(41) Ibidem. p. 134

(42) Notas de clase en el Seminario de Investigación y Tesis de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

En cuanto a la espacialidad, se ha malentendido el término, y algunos profesores de la materia se conforman con que, en el mejor de los casos se localice en un mapa la región que está siendo estudiada, sobre un plano sin vida y sin relación con nada de la realidad del alumno, cuando lo mas importante es que se entienda que "el espacio histórico sería el ámbito espacial socialmente constituido -o destruido- a través del tiempo. Esto implica la relación del hombre con su medio...e implica, por lo mismo desde las formas más elementales hasta las mas complejas relaciones de producción y distribución de bienes y servicios y por supuesto la cosmovisión, que condiciona y determina, pero a su vez es condicionada y determinada por todo lo anterior, la circunstancia".(43)

Una vez definidas y entendidas estas categorías para el aprendizaje de la historia, la labor del maestro podrá tener mayor sentido y trascendencia.

Todo lo anterior nos remite al hecho de que el estudioso de la historia y el maestro que la enseña, deben tener una concepción precisa del por qué dedicar sus esfuerzos a esta disciplina; no se trata únicamente de llenar un requisito curricular o pretender ser un erudito de la materia, debe convertirse en una verdadera necesidad, el conocer e interpretar los hechos históricos que conforman nuestro pasado vivo.

(43) Ibidem. p.140

Este pasado vivo del cual somos reflejo nos motiva a profundizar en él.

No se trata únicamente de saber, por simple curiosidad, como por ejemplo en el caso de nuestro pueblo, que somos resultado del mestizaje de dos culturas totalmente diferentes, ni de tratar de averiguar si por nuestros rasgos nos inclinamos mas hacia alguna de ellas, sino de enterarnos del verdadero origen de nuestra personalidad como una nueva cultura, que al igual que todo ser humano, tuvo padre y madre para poder "ser"; así, nuestra nación fue producto de un padre colonizador, España, que nos heredó entre otros elementos, cultura, idioma, religión, hábitos, enfermedades, características físicas, , etc., y una madre indígena que nos dio entre otras cosas también cultura, costumbres, alimentos, cultivos, actitudes, máximas filosóficas, etc; de éste modo estamos penetrando en la reflexión de nuestra realidad a través de los hechos históricos para conocer nuestro origen, entender nuestro presente y visualizar nuestro futuro, pues "La gran historia se escribe precisamente cuando la visión del pasado por parte del historiador se ilumina con sus conocimientos de los problemas del presente"(44).

No debe abordarse la historia como conocimientos aislados que sucedieron en el pasado sin mayor trascendencia en el presente, todo repercute mas adelante en el tiempo, y será así que el estudio del presente estará siempre apoyado en los sucesos previos a él.

Considero que uno de los fundamentos para el estudio de la historia es que "El hecho principal acerca de la historia, es que se trata de una sucesión de eventos que nadie previó antes de que ocurriesen"(45), son hechos sorprendentes, irrepetibles, profundamente humanos y por ello, únicos.

En conclusión, la historia, no puede ser definida con unas cuantas palabras, ni con varios volúmenes en los que se enumeren sus características; no, la historia sólo puede ser cabalmente definida, tomando en cuenta su importancia en la vida del hombre y "nos proporciona una conciencia adecuada del devenir histórico en general que, entre otros efectos, nos permite conocer la situación crítica, revolucionaria de nuestro tiempo y, por lo mismo, actuar en ella conscientemente, nos capacita para prever a grandes rasgos, en lo fundamental, el futuro de la humanidad, y, finalmente, en cuanto ciencia totalizadora de lo humano, resulta la base explicativa de todo producto histórico, incluyendo, por tanto las demás formas del saber y de la acción del hombre".(46)

Esta conciencia de lo histórico nos dará la seguridad de acción en nuestra vida cotidiana para afrontar los retos del futuro y vivir una vida mas plena.

(45) Von Mises, Ludwig. Teoría de la Historia. Traducción de Jorge Gómez Silva, México, Ediciones Colofón, S.A., 1964, p.395

(46) Schettino Maimone, Ernesto. Op. Cit. p.63-64

## II.2. EDUCACIÓN

"Educar.- Crianza, Enseñanza. La base de la educación es un proceso natural vinculado con el crecimiento; su mecanismo psicológico esencial es la aptitud de imitar. La complejidad de la cultura humana ha exigido intervenir la educación para facilitar y comunicar los altos fines privativos del hombre y las aptitudes que la naturaleza por sí sola no daría."(47) Esto nos dice sobre la educación el Diccionario Enciclopédico Universal, para fines de una elemental investigación, sería suficiente lo anterior, pero tratándose de hacer un estudio mas profundo del significado de la educación en la humanidad, podemos empezar diciendo que: la educación es una "...actividad vital humana, tanto como la historia".(48)

Desde sus orígenes, el ser humano se ha preocupado, aunque quizá no siempre de forma consciente, de transmitir lo que sabe a los demás. No creo que el educar sea labor única de los maestros; todos, de una u otra manera, enseñamos. Esta enseñanza va desde hábitos elementales como el aseo, cómo dar los primeros pasos en el caso de un infante, a tomar los cubiertos, a ponerse la ropa, los zapatos, a peinarse, los modales (buenos o malos), los colores, la alimentación, las oraciones, las expresiones (correctas o incorrectas),

(47) Diccionario Enciclopédico Universal. 10 volúmenes, Barcelona, España, CREDSA, Ediciones y Publicaciones, 1972, Volumen 3, Página 1326.

(48) Sánchez Quintanar, Andrea. Op.Cit. p.73

la dirección correcta para llegar a un domicilio, etc., hasta operaciones mas complejas como manejar un aparato electrodoméstico, un automóvil, una computadora, etc.

Creo que el ser humano no deja de adquirir conocimientos hasta el día de su muerte, que por ello vive en constante comunicación con sus semejantes y que al aislarlo por Oalguna circunstancia, su capacidad de enseñar no se pierde, se queda en suspenso, hasta que tiene una nueva oportunidad de comunicación; considero que esta actividad le da sentido a la vida y razón de ser a la inteligencia.

Al igual que la Historia, la educación es necesaria para vivir, para convivir y para sobrevivir.

El conocimiento de los fenómenos externos, nos permite defendernos del medio ambiente, prever posibles contratiempos y corregir errores que provocarían mayores consecuencias. El conocimiento de nuestro organismo también nos proporciona, si así lo deseamos, tener una vida más productiva y feliz. Y el conocimiento de nuestro entorno social, coadyuva a la realización de nuestros proyectos en busca de un bienestar general; por ello, "La educación se convierte así en un elemento capital en la creación de la identidad social del individuo pues funge como vínculo entre él y la colectividad..."ya que es"...un proceso que se encuentra sujeto...a las condiciones y contradicciones del entorno social"(49) y será este entorno social, quien determine el grado de aculturación que se vaya presentando (49) Ibidem. p. 88.



en los individuos que la conforman.

Si la educación no fuera una actividad inherente al ser humano, seguiríamos siendo salvajes; esto naturalmente no podría darse, pues el ser humano, busca incansablemente resolver las incógnitas que a lo largo de su existencia se van presentando, y la "Educación nos da los elementos y valores que el hombre busca"(50), por medio de los cuales puede despejar todas las cuestionantes que le preocupan.

La necesidad que tiene el ser humano de conocer, de aprender, de investigar, se debe a que es un ser racional, y "Si el hombre es el ser de la razón, la educación incrementará el desarrollo de sus potencialidades racionales como un afán, no de permanencia, no de manera estática, sino de una ingente actualización. En otras palabras, es el proceso educativo el que enseña a pensar, porque al pensar se aprende"(51), y con base en ese aprendizaje es que el ser humano ha llegado a alcanzar tan significativos avances dentro de las ciencias como Física, Química, Medicina, Astronomía, etc., es decir el hombre ha conseguido casi todo lo que se ha propuesto, y si bien es cierto que le falta mucho por investigar y descubrir, también lo es que para la inteligencia humana no existen barreras.

(50) Jiménez C., Edgar. Perspectivas Latinoamericanas de la Sociología de la Educación. en González Rivera, Guillermo y Carlos Alberto Torres. Sociología de la Educación. México, Centro de Estudios Educativos, A.C., 1981 (Colección Estudios Educativos), p.33

(51) Gutiérrez, Victor Hugo. Reporte Semestral de Didáctica de la Historia. En Sánchez Quintanar, Andrea. Op. Cit. p. 92

Por otra parte, en el terreno humanístico, el hombre 37 a través de la observación, reflexión y constancia, ha creado teorías y corrientes del pensamiento que han engrandecido su espíritu.

En la actualidad, el maestro tiene que enfrentar una serie de factores en contra que van desde el cambio de programas de estudio, la falta de apoyo por parte de los padres de familia quienes no valoran su labor, hasta los medios de comunicación con su influencia sobre la juventud.

Si bien el panorama en ocasiones parece desalentador, no por ello ha de perderse la decisión para continuar; éste es un reto y como tal, hay que enfrentarlo, pues ¿quién dijo que era sencillo?.

Otro problema que ha alcanzado enormes dimensiones es la postura de un numeroso grupo de educadores que han adoptado una actitud optimista y cómoda que ignora o acepta la situación de crisis de la educación, y solapa, para no comprometerse, las carencias existentes; y aunque en ocasiones emiten tibias críticas a los sistemas y programas de estudio, no hacen nada para mejorarlos.

Si bien "Es verdad que este optimismo, en tanto que crítico, no llevará a la sociedad a posiciones quietistas"(52) también lo es que esta misma sociedad tardará mucho mas tiempo que el previsto para salir de la encrucijada educativa que impide un avance significativo en la tarea de aprendizaje.

El maestro deberá tener conciencia de su importancia en el

(52) Freire, Paulo. La Educación como Práctica de la Libertad. 17a. Ed., México, Siglo Veintiuno Editores, S.A. 1976.p.46

proceso enseñanza-aprendizaje y aunque algunos digan que la tienen, su "...forma de conciencia representa casi una falta de compromiso entre el hombre y su existencia".(53) No se trata de un compromiso "a medias" sino de un deber vital, así el maestro procurará formular "...una educación que haga del hombre un ser cada vez más consciente de su transitividad... o cada vez más racional"(54), es decir, que lo ubique en la realidad.

La labor del educador es tratar de mejorar la situación a la que se enfrenta, "...la educación verdadera es praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo"(55), de ello dependerá su vida futura.

Por otro lado, el maestro deberá tomar una nueva actitud ante el reto de la educación; es necesario que desaparezcan los maestros verbalistas que evitan la participación del alumno en la clase, "la verdadera educación es diálogo"(56) y permitiendo la práctica de la educación en ambos sentidos, alumno-maestro-alumno, los conocimientos se enriquecen.

Los maestros de todas las disciplinas, pero principalmente los de la Historia, debemos aportar nuestro mejor esfuerzo pues "...la tarea de educar sólo será auténticamente humanista en la medida que procure la integración del individuo a su realidad nacional, en la medida en que le pierda miedo a la libertad, en la medida en que pueda crear en el educando un proceso de recreación, de búsqueda de independencia y a la

(53) Ibidem. p.52

(54) Ibidem. p.85

(55) Ibidem. p.14

(56) Ibidem. p.16

vez de solidaridad"(57). Será precisamente el maestro el que dentro y fuera de las aulas fomente esta búsqueda que en ocasiones ha quedado inconclusa por falta de interés de ambas partes, alumnado y profesorado, pero que no por ello debe continuar permitiendo de manera indiferente; deberemos "...proveer al educando de los instrumentos necesarios para resistir los poderes del desarraigo frente a una civilización industrial que se encuentra ampliamente armada para provocarlo"(58), y sólo el reencuentro con nuestros valores nacionales y la preparación académica podrán dotar al individuo de elementos para enfrentar dicho embate.

Será "Una educación que posibilite al hombre para la discusión valiente de su problemática...que lo advierta de los peligros de su tiempo...educación que lo coloque en diálogo constante..."y en"...una cierta rebeldía en el sentido más humano de la expresión..."(59). Sólo a través de esta rebeldía el ser humano cumplirá sus metas y con ello se realizará plenamente. Finalmente "El maestro tiene por tarea esencial desarrollar el respeto y el amor a la verdad, la reflexión personal, los hábitos de libre examen al mismo tiempo que el espíritu de tolerancia; el sentido del derecho de la persona humana y de la dignidad, la conciencia de la responsabilidad individual al mismo tiempo que el sentimiento de la justicia y de la solidaridad sociales..."(60)

(57) Barreiro, Julio. En Freire, Paulo. Op.Cit. p.14

(58) Ibidem. p.84

(59) Ibidem. p.85

(60) Torres Quintero, Gregorio. En Torres Septián, Valentina. Pensamiento Educativo de Jaime Torres Bodet. Biblioteca Pedagógica, México, Ed. El Caballito, 1985. (SEP Cultura) p.6

### II.3. SENTIDO DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Encontrar el sentido de la enseñanza de la historia parece a primera vista un peligroso reto; a veces nos encontramos acosados por las interrogantes de nuestros alumnos o compañeros de otras disciplinas, que nos cuestionan sobre el particular, ¿para qué sirve estudiar historia? Más grave aún: en ocasiones, los profesores de la materia, se cuestionan a sí mismos sobre este punto; la respuesta es menos difícil de lo que se imaginan.

Enseñamos historia los que la estudiamos por convicción, por la necesidad de comunicar e ilustrar sobre las situaciones del pasado que inciden directamente sobre nuestro presente, y por que consideramos que el estudio de esta materia es una verdadera "necesidad" humana. ¿Acaso no son los eventos de la historia hechos básicamente humanos? ¿No estamos rodeados de vestigios de la historia a cada paso que damos? ¿No somos, nosotros mismos, sujetos históricos? He ahí el punto clave del problema.

Consideramos a la historia en ocasiones sólo una materia que cursamos algún desafortunado día en la escuela, la cual aprobamos milagrosamente y no queremos volver a saber nada de ella. Sin embargo, en nuestras actividades cotidianas empleamos elementos que son producto de la evolución histórica de la ciencia, del avance de la humanidad. Nuestras pláticas están llenas de acontecimientos que relatan historias, a veces de nuestros hijos, padres, abuelos, sociedad, país, etc. Entonces, ¿por qué le tenemos tanta aversión a la Historia?.

Esta reflexión ha llevado a muchos historiadores a elaborar tesis sobre esta situación. Así, Ernesto Schettino apuntó: "Uno de los problemas de la enseñanza de la historia...es la inconsciencia del estudiante frente al por qué y para qué del estudio de la historia"(61); y en este aspecto, el educador tiene una buena parte de la culpa, ya que no le ha transmitido al estudiante la importancia formativa de esta disciplina para su vida diaria, porque ellos mismos no están convencidos de la importancia del estudio de su materia. "La mayoría padece una especie de minusvalía de su propia materia, un complejo de inferioridad frente a otras disciplinas, sin entender que la historia constituye uno de los puntos medulares en la enseñanza integral, especialmente en el contexto de la enseñanza básica y media, en particular dentro del bachillerato".(62) Es decir, algunos maestros "vacunan" a sus discípulos contra la historia, convierten su materia en una exposición tediosa y aburrida con exposiciones que pretenden ser tan técnicas y eruditas que se convierten en inaccesibles para los jóvenes.

(61) Schettino Maimone, Ernesto. "La Enseñanza de la Historia en la Escuela Nacional Preparatoria". En La Enseñanza de Clio. México, CISE, UNAM, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, 1990, p.29.

(62) Ibidem.p.30.

Algunos maestros de historia han "pretendido ver en ella un sistema de generalizaciones garantizadas para descubrir el pasado y prever el porvenir..." con lo que "han exagerado y han desvirtualizado el concepto de la historia."(63)

Tal parece que "Pocas veces o ninguna se piensa en aquel o aquellos a quien va dirigido el conocimiento histórico. O más bien, casi nunca se contempla entre los profesionales de la historia, el ámbito... en que ese saber deba ser difundido, y mucho menos la razón de ser de tal difusión".(64)

Esta distancia, que en ocasiones se convierte en un abismo, impide la sana comunicación entre maestro y alumno, e impide la retroalimentación del primero, que en los alumnos puede encontrar una "fuente de Juventud", que lo mantiene fresco y actualizado. La postura que a veces se asume como autoridad, en ocasiones encubre ignorancia, y si bien es cierto que "El primer requisito del historiador es la ignorancia...", ésta debe ser"...una ignorancia que simplifica y aclara, selecciona y omite"(65) un hambre de conocimientos que busque un fin común, el conocimiento.

(63) Reyes, Alfonso. Op. Cit. Tomo XV, p.118

(64) Sánchez Quintanar, Andrea. Op.Cit. p. 3

(65) G. Barraclough. Op. Cit.p.19.

Para que el alumno sienta esa necesidad, primero el profesor deberá sentirla y manifestarla. En el caso concreto de la enseñanza de la historia, para el maestro deberá ser "vital" su labor, para que de esa misma forma pueda transmitirlo.

Y es que ni un individuo, ni una sociedad pueden existir sin el conocimiento de su pasado, sin la justificación de su ser y esto sólo lo puede proporcionar el conocimiento de su trayectoria en el tiempo y el espacio.

De la necesidad de esta transmisión, se han percatado los gobiernos de los países y en ocasiones la han alentado aunque a veces sirva lo anterior para la manipulación popular y la consecución de sus fines políticos. Así, "Las formas que adopta la enseñanza de la historia en los niveles de escolaridad básica y media, la difusión de cierto saber histórico a través de los medios de comunicación masiva, la inculcación exaltada de unas cuantas recetas generales, el aprovechamiento mediante actos conmemorativos oficiales de los pasados triunfos y conquistas populares, etc., son prueba de la utilización ideológico-política de la historia".(66) Esta es otra faceta de la enseñanza de la historia. Es muy importante que el maestro tome una postura definida, que no se deje impresionar por las corrientes ideológicas que tratan de manejar la enseñanza para propio provecho, y que defienda su postura sin caer en demagogias ni mojigaterías.

(66) Pereyra, Carlos. Et al. Historia ¿Para qué?. México, Siglo XXI Editores, S.A. de C.V., 1989.p.22



La enseñanza de la historia es una enorme responsabilidad. No se debe desarrollar una actividad falseando la verdad, improvisando conocimientos, ni alardeando de lo poco que se sabe y aun cuando muchos lo hacen, este error debe desaparecer.

Enseñar implica un gran compromiso; estamos formando futuros ciudadanos que tienen el derecho de recibir una información bien fundamentada, y el maestro tiene el compromiso de ser, lo que el país, las instituciones, la sociedad y los alumnos esperan de su desempeño.

La enseñanza de la historia es indispensable, entre otras razones de mucho valor, para reafirmar la identidad del individuo, reforzar su autenticidad, reencontrar sus valores nacionales tan descuidados en la actualidad, justificar su presencia en la vida y alentar su búsqueda de la verdad a través del conocimiento de su pasado.

## III. LAS CONDICIONES EDUCATIVAS CONCRETAS

III.1. ORGANIZACIÓN EDUCATIVA PLANTEL No. 5  
"JOSÉ VASCONCELOS"

La Escuela Nacional Preparatoria fue fundada en diciembre de 1867 por decreto del presidente Benito Juárez e inició sus actividades el 3 de febrero de 1868 en el antiguo colegio de San Ildefonso en el centro de la ciudad de México contando con 900 alumnos inscritos y 25 profesores y bajo la dirección de Don Gabino Barrera. A partir de 1950 se observa la necesidad de construir nuevos planteles ante el gran incremento de la población estudiantil. Se instalan algunos planteles en diferentes locales, adaptados para dicho fin. La Preparatoria No.5 inicia sus cursos el 8 de marzo de 1954 en tres locales distintos. San Ildefonso No. 47, Miguel Schultz No. 26-A y Justo Sierra No. 67. En ese año su población fue de 1238 alumnos distribuidos en 19 grupos, turno diurno y nocturno. Al iniciar 1955 contaba con 42 grupos y una población de 2880 alumnos.

El Dr. Raúl Pous Ortiz, con la idea de agrupar a toda la Nacional Preparatoria en un gran centro de nivel Bachillerato, pidió apoyo al entonces Presidente de la República Lic. Adolfo Ruiz Cortines, para realizar este proyecto y sacar de la zona céntrica la mayor cantidad de centros de estudios. La idea fue bien acogida y el presidente Ruiz Cortines donó a la Universidad el local de la Ex-Hacienda de Coapa que ocupaba una compañía cinematográfica (Clasa). La extensión de la propiedad era de aproximadamente 100,000 m<sup>2</sup> y de inmediato hubo de hacerse las mas urgentes e indispensables adaptaciones para ser ocupada, pues

los grupos estaban en clase.\*

El primer director del nuevo plantel fue el Lic. Juan Manuel Lazcano, El Director General de la Escuela Nacional Preparatoria era el Lic. Raul Pous Ortiz y el Rector el Lic. Nabor Carrillo Flores. Al principio no se contaba con los servicios elementales, pero tanto alumnos como profesores pusieron todo su empeño y esfuerzo para sacar adelante el año escolar el cual inició oficialmente el 19 de abril de 1955 con una población de 2722 alumnos.

En 1956 se formuló un plan de obras para cubrir las distintas necesidades del plantel. Durante el año de 1957 el presupuesto para las obras recibió un decidido impulso por parte de la Universidad. La población aumentó en unos 150 alumnos en relación al año anterior.

En 1958 se inauguró un edificio con 20 aulas y continuaron los trabajos para el edificio de la biblioteca y laboratorios. Su población escolar aumentó a 4000 alumnos en los dos turnos.

En 1959 se inauguraron los edificios de la biblioteca y los laboratorios y se inició la construcción de uno nuevo para aulas, oficinas y auditorios, campos deportivos, una cancha de futbol, dos de basketbol, una para tenis y dos frontones. Su población estudiantil aumentó a mas de 4500 alumnos, formándose 72 grupos, 42 en el turno diurno y 30 en el nocturno.\*

\*La información antes mencionada se encuentra apoyada en las notas proporcionados por el Lic. Humberto Sánchez Córdoba, profesor de Historia de México de la Escuela Nacional Preparatoria, plantel 5 "José Vasconcelos" y entrevista con el Lic. Adrián Peña, Jefe del Departamento Administrativo del Plantel 5, "José Vasconcelos", el día 22 de septiembre de 1993

El plantel "José Vasconcelos" (5) se encuentra ubicado en Calzada del Hueso No. 729, Col Ex-Hacienda Coapa, Delegación Tlalpan, Código Postal 14300; el nombre original de la calle fue Calzada del Ahuejote (árbol vertical), pasó después a Huejo, el cual degeneró a Hueso.

Los alumnos inscritos durante el año escolar 1992-1993 fueron:

	diurno	nocturno	total
4º	1975	1646	3621
5º	4040	1386	5426
6º	1722	1209	2931
		GRAN TOTAL	11978

La plantilla de profesores es de 437 en todas las materias distribuidos de la siguiente manera: 258 en el turno diurno y 179 en el turno nocturno.\*

El colegio de Historia se encuentra integrado por: 14 maestros en el turno diurno y 9 en el turno nocturno.

Los coordinadores del colegio de historia actualmente son: turno diurno, Esther Mendoza; turno nocturno, David Torres Nava.

La Estructura de Gobierno actual del plantel es la siguiente:

Director:

Físico Rafael Moreno y Albarrán

Secretario General:

Lic. José Luis Sámano Ochoa

Secretario Académico:

Químico Ismael Segura Vázquez

Secretario de apoyo y Servicios a la Comunidad:

Lic. José Arredondo Campos

Secretario de Asuntos Escolares:

CD Mario E. Montante García N. (turno diurno)

Psicóloga Esther Madariaga Guttin (turno nocturno)

Coordinador de Actividades Deportivas:

Profesor José Cuauhtemoc Contreras de la Vega

Coordinador Cultural:

Profesora María Luisa Ornelas Chávez

III.2. LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN EL PLANTEL  
"JOSÉ VASCONCELOS" (5) DE LA ESCUELA NACIONAL  
PREPARATORIA.

La enseñanza de la historia en la Escuela Nacional Preparatoria, específicamente en el plantel "José Vasconcelos" (5) está regulada por los programas de historia vigentes, cuyos contenidos, pueden ser enfocados por los profesores en forma libre dentro de los tiempos que el calendario escolar tiene establecidos; los maestros de ésta institución que impartimos las materias de historia somos 14 en el turno matutino, de los cuales 3 son de tiempo completo y los 11 restantes definitivos e interinos; en el turno vespertino somos 9 los profesores de las materias de historia y ninguno profesor de carrera.

Dentro de la institución contamos con elementos de apoyo didáctico para enriquecer nuestras clases.

Los materiales didácticos con los que contamos son: proyectores, televisiones, videocaseteras; se cuenta con tres auditorios en los que pueden realizarse conferencias, pláticas, proyecciones obras teatrales, etc.

Se cuenta también con 43100 volúmenes de libros de todas las especialidades en la biblioteca; de ellos 680 son para la materia de Historia de México, 2016 para Historia Universal, Historia del Arte y Revolución Mexicana, y 217 para Historia de América;\* toda esta cantidad de libros, la mayoría de ellos importantes e interesantes, útiles y básicos para el conocimiento

\* Información proporcionada por el encargado de la biblioteca del Plantel "José Vasconcelos"(5) de la Escuela Nacional Preparatoria

de la historia y escritos en su mayoría por autores de prestigio, no son, sin embargo, consultados por los alumnos por muy diferentes motivos: en ocasiones el desconocimiento de los títulos y contenidos de ellos; en otras, la falta de afición a la lectura de la cual se hizo mención anteriormente, así como la barrera que en ocasiones les significa el lenguaje usado, dado lo limitado de su vocabulario.

Por otro lado, los volúmenes antes mencionados, no son propiamente textos literarios, los cuales tienen una temática que en muchas ocasiones les resulta de mayor interés a los adolescentes. Así, pensando en las grandes posibilidades de la novela, me pareció muy interesante la elaboración de una antología, una selección comentada de textos literarias como apoyo al programa de estudios de Historia de México II, con el propósito de que a través de su lectura de ella se despierte en los jóvenes lectores el interés por saber más de los temas ilustrados con selecciones de novelas, y recurran a las bibliotecas a investigar sobre ellos.

En lo que se refiere a actividades fuera del plantel, se reciben invitaciones constantes por medio de los organismos de Difusión y Cultura para que los alumnos y sus profesores, asistan a exposiciones, museos, eventos culturales, obras de teatro, conciertos, proyecciones cinematográficas, etc., a los que pueden asistir en grupo o en forma individual y en los que contarán, de ser necesario, con el servicio de guías capacitados para los diferentes recorridos dentro de los mismos.

La mayoría de los maestros estamos preocupados por la escasa respuesta que por parte del alumnado existe para las materias de corte humanístico en general y para la historia en particular ya que el índice de reprobación en el período 1992-1993 en las materias de historia fue de 1356 de 11000 alumnos dentro inscritos en este plantel en ambos turnos\*, lo cual podría parecer poco en porcentaje pero es enormemente preocupante pues el número va en ascenso.

La realidad es que el aprovechamiento de los alumnos en nuestras materias, ha sufrido una sensible baja, a lo cual no deben buscarse culpables, sino causas y soluciones reales.

Es el momento de dejar de responsabilizar únicamente a los alumnos por considerarlos apáticos ante la enseñanza, o señalar a los maestros por no haber sabido aprovechar las capacidades de los jóvenes o incentivar su interés para que se obtengan mejores resultados. Sería mas efectivo hacer un análisis de la situación de los adolescentes con los que trabajamos todos los días y en quienes tenemos un magnífico campo de investigación para encontrar los móviles de su actitud presente.

A los adolescentes de ésta época les interesan los sucesos que puedan entender y relacionar con su realidad; esto se debe en buena medida a la información instantánea que están acostumbrados a recibir, la cual los profesores deberíamos conocer y aprovechar para nuestros fines: la educación y formación de los alumnos.

\*Los datos antes señalados fueron proporcionados por la secretaría escolar del plantel, sin embargo son aproximados ya que reflejan únicamente la cifra de alumnos que presentaron examen extraordinario.



No basta sólo criticar las diversiones y lecturas a las que los jóvenes se han habituado, hay que saber cómo son, de qué se tratan, cual es el atractivo que encuentran en ellas y como podemos emplearlas en beneficio de nuestra labor.

Los alumnos detestan incluso el hecho de estar sentados durante 50 minutos, escuchando de manera estática una ininteligible, para ellos, cantidad de hechos, batallas, fechas, sucesos, etc.

Los profesores debemos tratar de hacer amena la exposición, sin perder por ello la seriedad que revisten los conocimientos históricos.

No hay necesidad de perder el estilo, convertirse en bufones o gesticuladores para mantener la atención del estudiante; ésta en muchas ocasiones se capta si el maestro se encuentra bien capacitado para impartir sus clases; por desgracia, no siempre es la única solución. Algo que considero de enorme importancia es el hecho de permitir a los alumnos ser mas participativos; aún más, alentar a los estudiantes para que lo sean, ya que el alumno está construyendo su propio conocimiento a través de las enseñanzas de todos sus profesores y será precisamente el maestro el conductor de este enseñanza. No se debe permitir la dispersión del conocimiento, se debe guiar, alentar, informar, formar, no dejarlos con sus dudas y sobre todo, respetar sus opiniones y corregirlas, en caso de estar equivocados, con tacto y fundamento.

Lo antes mencionado pareciera ser la fórmula para obtener la respuesta deseada en el aprovechamiento de nuestros alumnos,

pero, ¿por qué no es suficiente?, ¿que sucede en nuestros jóvenes?.

Tomando como base la observación de mis alumnos, he logrado obtener algunos datos que considero pueden ser de utilidad para la comprensión de la problemática que viven estas generaciones y algunas de las que los antecedieron.

Los alumnos, al ingresar al bachillerato, tienen enormes carencias educativas, "han navegado" en un mar de dudas sin que nadie los haya orientado; las condiciones sociales que los rodean en ocasiones los condiciona a estar en contra de los adultos, o muchas veces los confunde con valores encontrados; mientras en la escuela se les insiste en que ciertos comportamientos le son nocivos o impropios, en los medios de comunicación masiva, se les alienta a que los realicen. Muchos adultos creemos tener siempre la razón y nos bloqueamos a toda comunicación con ellos complicándoles el panorama; por otro lado, muchos jóvenes ingresan y egresan del bachillerato sin conocer el funcionamiento de la organización preparatoria, ignoran sus derechos y sobre todo sus obligaciones.

Desconocen a las autoridades de su plantel, y por ende ignoran la ayuda u orientación que, en caso dado, pueden solicitar de ellas. El Director y su cuerpo de funcionarios, se presentan al alumnado en las primeras semanas de curso y enumeran sus actividades de manera precisa, pero la mayoría de los asistentes a dichas presentaciones, salen de ellas, con el mismo desconocimiento con el que llegaron. En buena medida esto ocurre

por la falta de interés que dan a toda comunicación que viene de un adulto o porque los términos usados no les son familiares y en lugar de averiguarlos, prefieren ignorarlos.

Los que pusieron atención a la exposición, al tratar de recurrir a dichas autoridades, se encuentran con que no se están dirigiendo a la persona indicada o ésta les da soluciones que no se ajustan a los requerimientos que ellos solicitan y lo mas viable es recurrir a la atención en ventanillas, que en ocasiones si les soluciona sus problemas o por lo menos les orienta y salen del paso. En el peor de los casos, ni ahí encuentran lo que buscan y siguen arrastrando su problema por largo tiempo.

Esta relación inexistente entre estudiantes y autoridades, incide directamente en el ánimo del alumnado, el cual se siente ignorado por sus dirigentes y actúa, dentro de la escuela, como si se encontrara en la calle, alterando en ocasiones el orden.

La mala educación o la falta de ella que algunos alumnos manifiestan, también es un factor que el maestro deberá enfrentar; es indiscutible que se observa una falta de educación cívica en muchos de los alumnos y esto indiscutiblemente deberá ser un punto de atención para el profesor, que desde su trato hasta sus exposiciones y comportamiento, deberán servir de ejemplo al alumno para que lo tome, de ser posible, como modelo y modere sus actitudes con la sociedad en la que se desenvuelve.

Es, pues, labor del maestro, conocer y analizar detenidamente la juventud que está en sus manos; tratar de orientarla y no permitir que el desaliento lo abata, pues si el futuro del mundo está en manos de las generaciones que nos preceden, el compromiso

se torna gigantesco y comprometedor para el educador, y sólo quien crea que puede enfrentarlo, deberá dedicarse a la difícil tarea de ser maestro y no sólo hacerlo por que no encontró algo mejor en que emplearse.

La enseñanza no es asunto trivial, es una enorme responsabilidad, y la enseñanza de la historia lo es más. Implica en primer término, el profundo conocimiento de la disciplina, el manejo de los datos, el control del grupo y la absoluta certeza de que lo que se enseña es verdaderamente necesario para su formación.

Indiscutiblemente, la más grande responsabilidad del profesor es crear en ellos una conciencia histórica, hacerles sentir que ellos son parte activa de la historia, son partícipes, y sin ellos la historia, su historia cotidiana, la del grupo, la del plantel, la del país, no sería igual.

En el plantel número 5, se encuentran algunos maestros que hacen uso de todos los materiales didácticos a su alcance para despertar en el alumno el interés por la materia; cumplen con los programas de estudio, programan visitas guiadas, se esfuerzan, logran altos rendimientos en sus grupos, y lo más importante, están realmente comprometidos con su labor, están verdaderamente interesados en que el alumno "aprenda", no sólo en que apruebe el curso.

Desafortunadamente, algunos maestros olvidan que la enseñanza de cualquier disciplina debe, por ser un sistema escolarizado, cumplir con una línea conductora, misma que proporcionan los

programas de estudio, los cuales fueron ampliamente analizados y aprobados por consejos técnicos y autoridades y que de ningún modo deben ser ignorados.

Por último, en la actualidad, en todos los planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, algunos maestros están más interesados en reunir documentos que les acrediten el haber participado en conferencias, mesas redondas, congresos, exposiciones, etc., que en cumplir con su obligación, y abandonan por largos períodos a sus grupos, los cuales terminan por perder el escaso interés que tenían en la materia y estimulan una deserción cada vez mas constante a todos los niveles.

Esta actitud debe ser depuesta; algunos grupos opinan que las autoridades deberán implementar nuevos mecanismos de estímulos para evitar la desatención a los grupos por la búsqueda de mejores salarios. Mucho hay de cierto en ello, pero en cuanto al compromiso del profesor, que ha decidido asumir esta responsabilidad libremente, por que para ello se preparó, por que en esta labor cristaliza sus aspiraciones, por que está consciente de su importancia en la sociedad, lo que debe cambiar de inmediato es la postura del maestro; cierto es que debe luchar por una reivindicación profesional y salarial, y para esta batalla deberá hacer uso de todos los canales disponibles, sin claudicar, con entera consciencia de que sus motivos son del todo valederos y justos, pero sin que por ello descuide su gigantesca responsabilidad con el país, con la sociedad y en primerísimo lugar con la juventud.

IV. ANÁLISIS DEL PROGRAMA DE ESTUDIOS PARA LA MATERIA  
DE HISTORIA DE MEXICO II

La materia Historia de México en el quinto año de bachillerato tiene carácter de obligatoria, tanto en las escuelas de la UNAM, como en las escuelas incorporadas a ésta.

Es una materia de corte teórico que se imparte tres horas a la semana; está calculada para cubrir un lapso de 95 horas anuales; el tiempo real en que deberá cubrirse el curso es de aproximadamente 75 horas, lo anterior debido a recortes de tiempo por factores como suspensiones de diversa índole que en ocasiones no tienen ninguna relación con el curso que se está impartiendo.

El actual programa de Historia de México fue elaborado como proyecto en agosto de 1988 y fue aprobado por el H. Consejo Técnico de la Escuela Nacional Preparatoria en 1992.\*

Este modifica al anterior el cual constaba de diez unidades temáticas, con 122 objetivos específicos a cubrir en 95 horas de clase, en el lapso de un curso escolar.\*\*

El anterior programa enfocaba la Historia de México desde un punto de vista preponderantemente político, donde se destacaban las individualidades y no se tomaba muy en cuenta la participación de los grupos sociales en los movimientos transformadores del país.

\* y \*\* Informaciones contenidas en el ejemplar del Programa de Estudios de Historia de México II, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, incluido en los apéndices I y II de este trabajo, p.446 y 472 respectivamente.

Los objetivos de dicho curso eran, resumiendo, que el alumno conociera los procesos de la Historia de México y que con ello adquiriera elementos de análisis y síntesis de los hechos históricos actuales para que participara en ellos.\*\*

En ambos programas se busca el conocimiento de la Historia de México por los alumnos.

El programa anterior constaba de diez unidades y el actual cuenta con seis unidades, pero la reducción en el número de unidades no implica una reducción en los contenidos, pues de todas maneras se cubren los mismos períodos de la historia de México, es decir, desde fines del siglo XVI hasta nuestros días.

El nuevo programa contempla con mayor amplitud los aspectos sociales y económicos, así como la participación de los diversos sectores de la sociedad en las grandes transformaciones de la historia de nuestro país, lo cual está presente en todas las unidades del programa y por ejemplo la unidad II titulada Movimiento de Independencia, en su inciso 4 que anota: "La situación del movimiento de Independencia entre 1815 y 1820. La guerrilla insurgente. La expedición de Francisco Javier Mina. La Masonería. La crisis económica".(67)

La bibliografía para cada tema está actualizada y seleccionada concretamente para los temas que cada unidad toca.

(67) Programa de estudios de Historia de México II, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. p. 5

En este aspecto me gustaría sugerir se agregara, como apoyo para todas las unidades, (el volumen correspondiente en cada caso), la obra : México, Un Pueblo en la Historia, (68) coordinado por Enrique Semo, con la participación de destacados historiadores. Es esta una obra que revisa la historia de México desde una perspectiva distinta y pese a que tiene un cierto grado de especialización, se encuentra al alcance de la comprensión de los alumnos del bachillerato.

Para iniciar el análisis del programa de quinto año propiamente dicho, quisiera hacer algunos comentarios generales a las seis unidades y como refuerzo a ellos anexaré al final del estudio introductorio los dos ejemplares de los programas de estudio, el anterior y el actualizado, para que el lector pueda hacer las comparaciones y revisar los comentarios que se anotan en este apartado.

En cuanto al enunciado UBICACIÓN se refiere, el programa no especifica el sentido que intenta darle a dicho término. La interpretación que se ha dado a éste enunciado es que se refiere a la delimitación del tema dentro del programa y con respecto a los temas que le anteceden y preceden. Sin embargo, lo anterior no está del todo claro; por otro lado, si lo que se busca es dar una clara idea de la Ubicación en el rango de temporalidad, a mi juicio, deberá indicarse claramente el "dónde" y el "cuándo" de cada suceso. Así, mi sugerencia en éste aspecto será anotada en el sitio correspondiente dentro

(68) Semo, Enrique. Et al. México un Pueblo en la Historia. 3a. Ed. 8 Tomos, México, Alianza Editorial, 1991.



del análisis de cada unidad, cuidando de anotar primero el texto que aparece originalmente y en seguida el sugerido.

En cuanto a PROPÓSITOS, en todas las unidades se encuentran mezclados con claras sugerencias didácticas, así por ejemplo: en la Unidad IV, El Conflicto entre Liberales y Conservadores, se indica que el alumno realice exposiciones orales o monográficas para explicar el proceso por medio del cual se estableció un Estado de carácter Liberal y el efecto que esto tuvo en la economía.

Considero que el verdadero propósito sería analizar el proceso que condujo a que se estableciera un Estado Liberal y sus consecuencias para que el alumno comprenda realmente el conflicto que se desencadenó entre liberales y conservadores y las repercusiones resultantes en los aspectos sociales, políticos y económicos.

El resto de los elementos serán revisados uno a uno en el desarrollo de este análisis de la siguiente manera: mencionaré el título de la unidad tal como se presenta en el programa así como su ubicación. En cada caso observaré si me parece adecuado o no y anotaré cual es el que considero conveniente explicando la razón para ello. En seguida revisaré los temas básicos de cada unidad comentados críticamente y presentaré a manera de sugerencias bibliográficas los textos incluidos en ésta antología que se proponen como complemento del desarrollo de cada tema.

Las características de cada texto seleccionado, las referencias a sus autores y las sugerencias para su

utilización, se incluyen en el cuerpo mismo de la antología.

Por último, presento el tiempo didáctico que menciona el programa y el que se ajusta al tiempo real con base en mi experiencia frente a grupo.

#### UNIDAD I.- PANORAMA DE LA EPOCA COLONIAL

UBICACIÓN.- Originalmente dice: "Esta unidad constituye el tema introductorio del curso de Historia de México II y se concreta al estudio de los elementos básicos y necesarios para la comprensión de las subsiguientes unidades".(69)

Considero que podría sintetizarse y ubicarse anotando:  
Nueva España Siglos XVI, XVII, XVIII.

CONTENIDOS BÁSICOS.- En general los temas propuestos están acordes al rubro de la unidad. Sin embargo considero muy necesario iniciar con una introducción al curso; yo lo hago presentando un breve panorama de las culturas prehispánicas en general y Mexica en particular y un comentario sobre la conquista Española en nuestro país.

Creo también que deberá realizarse una selección de los contenidos del punto número 1 dado que trata de la organización política, económica y social del siglo XVI y XVII en Nueva España, lo cual resulta demasiado amplio por lo que a criterio del profesor puede simplificarse.

Por otro lado debe hacerse más énfasis en la necesidad del conocimiento del pasado como base de su identidad nacional.

(69) Programa de Estudios de Historia de México II,  
Universidad Nacional Autónoma de México. 1992.p.4

SUGERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.-Además de las indicadas por el programa, se sugieren las lecturas contenidas en la presente Antología seleccionadas para esta primera unidad del programa de estudios y que son: México en 1554 de Francisco Cervantes de Salazar y Monja Casada, Virgen y Mártir de Vicente Riva Palacio, las cuales ilustran ampliamente la vida en la Nueva España, tocando desde las costumbres cotidianas de la población, su manera de hablar, sus barrios más populares, sus mercados, sus vestidos, sus alimentos, etc., hasta sus instituciones políticas y religiosas.

TIEMPO DIDÁCTICO.-El tiempo sugerido por el programa para el desarrollo de esta unidad es de 10 horas mínimo y 12 horas máximo, mi sugerencia es que se ajuste a 9 horas, tiempo suficiente para la exposición, lo anterior basado en la experiencia frente a grupo.

#### UNIDAD II.- EL MOVIMIENTO DE INDEPENDENCIA

UBICACIÓN.-El programa indica "Esta unidad tiene un carácter básico dentro del contenido general del curso, ya que permite identificar las ideas y sucesos que explican y condicionan el nacimiento de la nación mexicana", (70) considero que para una real ubicación, deberá situarse en nuestro país a principios del siglo XIX, entre 1808 y 1821.

(70) Programa de Estudios de Historia de México II, Universidad Nacional Autónoma de México. 1992.p. 5

CONTENIDOS BÁSICOS.-Los contenidos están acordes a los requerimientos propuestos por la unidad antes mencionada, aunque yo cambio en mis cursos algunas terminologías como el de Insurgencia por el de Revolución de Independencia y el de Consumación de Independencia por el de Contrarrevolución de Iturbide. Lo anterior debido a la verdadera situación del movimiento ya que en realidad fue una revolución, sólo que no triunfante para los que participaron en ella.

El pueblo que combatió perdió y los integrantes de las estructuras básicas, herencia de la colonia, conservaron su situación privilegiada, y aún la conclusión del movimiento obedeció en buena medida a los intereses pre-concebidos por Iturbide para sus particulares fines.

SUGERENCIA BIBLIOGRÁFICA.- Se recomienda agregar a la ya sugerida: Los Pasos de López de Jorge Ibarquengoitia; Morelos de Alfonso Teja Zabre Y Mina El Mozo, Heroe de Navarra de Martín Luis Guzmán, contenidos en esta antología.

TIEMPO DIDÁCTICO.-El programa indica una duración entre 10 y 12 horas de clase para esta unidad, lo indicado serán 9.

UNIDAD III.- MEXICO INDEPENDIENTE ( 1821 - 1853 )

UBICACIÓN.- Lo escrito en el programa es:"La presente unidad tiene un carácter básico porque abarca las primeras décadas de la historia de México en su condición de estado independiente (1821-1853). Analiza las luchas políticas, las condiciones económico-sociales y los conflictos con el exterior"(71), lo cual

(71) Programa de Estudios de Historia de México II,  
Universidad Nacional Autónoma de México.1992. p.6

me parece adecuado.

CONTENIDOS BÁSICOS.- Esta etapa de la Historia de México presenta especial dificultad para su comprensión por parte del alumnado debido a la situación conflictiva del país en esa época en particular; se suceden continuos cambios de gobierno, con las características propias de cada uno de ellos, los consecutivos ascensos al poder de Santa Anna, las situaciones internacionales, etc. Esto se refleja en un exceso de información que los alumnos no están acostumbrados a manejar y los desanima y aleja del curso.

Lo indicado sería el que se haga una selección de los procesos sociales en general y se destaquen únicamente a los personajes mas sobresalientes y a los cambios políticos mas trascendentes, como la importantísima lucha entre Centralistas y Federalistas.

SUGERENCIA BIBLIOGRÁFICA.- Para esta unidad se recomiendan las lecturas siguientes: La Güera Rodríguez, de Artemio de Valle-Arizpe; Santa Anna, El Dictador Resplandeciente, de Rafael F. Muñoz contenidas es esta antología y las lecturas sugeridas por la unidad.

TIEMPO DIDÁCTICO.-El programa señala que se imparta en una lapso de 10 hrs. a 12 hrs; de acuerdo a la experiencia lo más indicado es emplear de 6 a 8 hrs de clase.

UNIDAD IV .- EL CONFLICTO ENTRE LIBERALES Y  
CONSERVADORES.

UBICACIÓN.- Lo que señala el programa es lo siguiente: "En esta unidad se analiza el proceso de lucha entre liberales y conservadores, como producto de los problemas económicos sociales, políticos e ideológicos estudiados anteriormente. Se incluye la participación que los europeos tuvieron en el conflicto y los resultados inmediatos del triunfo liberal".(72)

Yo considero que deberá decir: De la Revolución de Ayutla al Triunfo de la República.

CONTENIDOS BÁSICOS.-Esta Unidad presenta una mayor inclinación hacia los aspectos políticos y militares y sólo un apartado para los rangos económico y social. Considero de suma importancia hacer énfasis ante los alumnos, de que la participación del pueblo en los movimientos armados como la Revolución de Ayutla o la Guerra de Reforma obedece a la situación de injusticia en la que vivían, las carencias que padecían y la nula respuesta que por parte del gobierno obtenían.

Deberá destacarse que esta época es crucial en la historia de nuestra patria, pues representa el rompimiento con las formas de gobierno inoperantes y la necesidad de cambiar la estructura de las leyes. Deberá hacerse hincapié en los enfrentamientos entre liberales y conservadores, señalando que algunos de ellos defendían su posición y otros se dejaban

(72) Programa de Estudios de Historia de México II,  
Universidad Nacional Autónoma de México. 1992. p.7

llevar por la postura que mejor conviniera a sus intereses aunque no estuvieran convencidos de ella.

También se aborda el intento de dominación extranjera sobre nuestro país, así como el fallido imperio de Maximiliano de Habsburgo, y el patriótico rechazo de algunos sectores de la población hacia esta invasión, encabezados por Benito Juárez, mientras otros grupos se sentían satisfechos con tener un emperador en México.

SUGERENCIA BIBLIOGRÁFICA.-Se sugieren las lecturas: Noticias del Imperio, de Fernando del Paso; Un Viaje a México en 1864, de Paula Kolonitz; El Zarco, de Ignacio Manuel Altamirano, todas ellas contenidas y seleccionadas en esta antología.

TIEMPO DIDÁCTICO.-Lo mas indicado para desarrollar debidamente estos temas es usar 12 horas de clase, mismas que indica el programa.

#### UNIDAD V.-EL PORFIRISMO Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA.

(1876 - 1920)

UBICACIÓN.- En esta unidad, el rubro Ubicación está de acuerdo a la temática que se pretende desarrollar pues ubica en un tiempo y espacio real ya que habla justamente de que se tratará el Porfirismo y la Revolución Mexicana. El texto dice "En esta unidad se analizarán las características del régimen de Pofirio Díaz, las causas que provocaron la revolución de 1910 y el desarrollo del proceso revolucionario hasta 1920. De esta forma se establecen las bases para la

comprensión del México contemporáneo". (73)

CONTENIDOS BÁSICOS.- Cuando se habla de las causas que determinaron la Revolución de 1910, cabría destacar la importancia de las huelgas de Cananea y Río Blanco, el surgimiento del Partido Liberal Mexicano con los hermanos Flores Magón entre sus participantes, así como la concentración del poder en manos de Porfirio Díaz y el grupo de los Científicos.

Imposible no mencionar el abuso que contra la población ejercían las autoridades pero principalmente sobre obreros y campesinos, los enganchadores, los campos de trabajo, las haciendas, las tiendas de raya, la represión, el brutal amordazamiento de la prensa, la vida de la aristocracia, el aspecto económico con la entrada de capitales extranjeros y el debilitamiento de la economía nacional (tan similar con nuestra situación presente), los aspectos culturales, etc.

Cuando se contempla el estudio de los caudillos, me parece importante destacar las figuras de Zapata y Villa como dirigentes surgidos de las masas populares y su trascendencia hasta nuestros días.

SUGERENCIA BIBLIOGRÁFICA.- Para este tema se sugieren las lecturas contenidas en el presente trabajo que lleva como título: México Bárbaro, de John Kenneth Turner, El Rey Viejo, de Fernando Benítez y las recomendadas por el programa.

(73) Programa de Estudios de Historia de México II, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. p.8



TIEMPO DIDÁCTICO.- Lo mas recomendable es que para la explicación de éste tema se hagan uso de 15 horas, ya que el programa sólo contempla la utilización de 10 horas de clase para la exposición.

#### UNIDAD VI.-MÉXICO CONTEMPORÁNEO.

UBICACIÓN.-El programa indica:"Esta última unidad analiza el proceso de institucionalización del estado mexicano y su condición en el contexto internacional".(74) Yo recomiendo, para poder así abordar todas las facetas de los acontecimientos de éste siglo : México de 1920 a nuestros días.

Es muy importante señalar que el lapso que debe cubrirse es de setenta años aproximadamente lo cual resulta excesivo, aun cuando se hace la sugerencia de que se amplíe a 18 horas de clase, seguirá siendo insuficiente. Indiscutiblemente esta época es de suma importancia, pues es el antecedente inmediato de la realidad que viven los estudiantes.

Considero que debería dársele más peso a ésta última unidad, que por su importancia y cercanía cuenta con tanto material para analizar y para lo cual nunca resulta suficiente el tiempo del que se dispone. Como en todos los casos, la única alternativa para el profesor, es la estricta selección de los contenidos y la objetivación de los temas.

(74) Programa de Estudios de Historia de México II, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. p.9

CONTENIDOS BÁSICOS.-En general, la propuesta hecha por el programa para el estudio de ésta última unidad está bien planteada, aunque considero de suma importancia resaltar, entre otros temas, la estructuración de la cúpula de poder, las tendencias sociales de la época Cardenista, la lucha obrera, la formación del partido político dominante hasta nuestros días, la lucha magisterial, la política Alemanista, su similitud con la situación política y económica actual, con la entrega de los recursos nacionales al extranjero y destacar la importancia de los movimientos sociales de 1958 y por supuesto el movimiento estudiantil de 1968 .

SUGERENCIA BIBLIOGRÁFICA.- Para esta unidad, las lecturas sugeridas en el programa pueden reforzarse con las incluidas en la presente antología, éstas son: La Sombra del Caudillo de Martín Luis Guzmán y Traquicomedia Mexicana I, La vida en México de 1940 a 1970 de José Agustín.

TIEMPO DIDÁCTICO.- El programa indica una duración de 12 a 15 horas de clase, considero que el tiempo que deberá destinarse para el tratamiento de estos temas es de 18 horas de clase.

A manera de conclusión, me parece oportuno señalar, que el contenido de los programas, dentro de cualquiera de las disciplinas que se imparten en todos los grados de estudio, están pensados para dar una formación integral para el estudiante, y por ello es vital que el maestro se concientice y trate, dentro de las limitaciones que día a día tiene que sortear, de cubrirlo y enriquecerlo; no con demagogia insana, ni con apatía cotidiana, sino con absoluta responsabilidad de la importantísima tarea que le ha sido encomendada: formar individuos coherente con su realidad y comprometidos con su futuro y el de su nación.

Para continuar con el presente trabajo, presento el conjunto de lecturas que como apoyo a las unidades contenidas en el Programa de Estudios, fueron seleccionadas meticulosamente de entre varios títulos, buscando siempre que su contenido aportara una visión amplia y accesible de la época tratada, tanto en los aspectos políticos como sociales y culturales.

CERVANTES de SALAZAR, Francisco. UNIDAD I.-PANORAMA DE LA  
MEXICO EN 1554. Edición, EPOCA COLONIAL  
Prólogo y Notas de  
Edmundo O' Gorman, México,  
Editorial Porrúa, S.A.,  
1982, (Colección Sepan  
Cuantos No. 25.)

## EL AUTOR:

Francisco Cervantes de Salazar nació en Toledo, España, en 1514 y murió en México en 1575; estudió en la Universidad de Salamanca donde obtuvo el grado de bachiller. En 1540 entró al servicio del cardenal Fray García de Loaza (presidente del Consejo de Indias), en calidad de secretario y después desempeñó el cargo de profesor en Osuna, España.

En 1545 conoció a Hernán Cortés, a quien dedicó su versión Española del Diálogo de la Dignidad del Hombre.

En 1550 pasó a México donde desempeñó la misma cátedra y se doctoró en teología.

En 1555 recibió las órdenes sagradas; fué canónigo de su catedral y rector de la Universidad.

Escribió varias Epístolas y traducciones. En 1557 publicó Comentario de la Jura hecha al Invictísimo Rey Don Felipe.

En 1560 le fue concedido el título de Cronista de la Nueva España. Escribió innumerables Crónicas y Diálogos, con una magnífica descripción de la Nueva España en sus primeros años; tal es el caso de México en 1554.\*

\*Información apoyada en Diccionario de Autores de todos los Tiempos y todos los Países. Barcelona, España, Hora, S.A. 1987. Vol. I p.516 y en Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México, 3a. Ed., México, Editorial Porrúa, S.A., 1971. Vol. I, p.516

## LA OBRA:

El Doctor Edmundo O' Gorman, en el prólogo del texto, nos habla de las aptitudes literarias de Cervantes de Salazar, y nos dice que era "un personaje bien documentado históricamente"(74) pero que desde luego esto no fue gratuito; tuvo que ligarse desde entonces al estudio de las corrientes humanistas que inspiraban la vida intelectual española en los inicios del siglo XVI.

Su obra está inspirada por la corriente humanística española, y la lectura seleccionada son los Diálogos Segundo y Tercero, incluidos en la traducción hecha por Don Joaquín García Icazbalceta y titulada por él mismo: México en 1554.

Esta parte nos ofrece en un principio la cronología de los más importantes acontecimientos acaecidos en nuestra ciudad desde el año de 1521 hasta 1560.

En los Diálogos, los personajes principales son Zamora y Alfaro, quienes realizan un recorrido por las más importantes zonas de la ciudad y hacen una descripción de las mismas, dando con esto al lector la oportunidad de imaginar no sólo la forma de la ciudad, sino el modo como se encontraba separada de acuerdo a su importancia, cómo habían sido aprovechadas las calzadas y canales prehispánicos y la mano de obra indígena para las nuevas construcciones.

(74)Cervantes de Salazar, Francisco. México en 1554. Edición, Prólogo y Notas de Edmundo O'Gorman, México, Editorial Porrúa, S.A., 1982, (Colección Sepan Cuantos 25).p.XI

Los capítulos seleccionados son: Principales Noticias Sobre la Antigua Ciudad de México, Interior de la Ciudad de México y Alrededores de México.

**SUGERENCIA DIDÁCTICA:**

Proyectar a los alumnos litografías o grabados de calles e interiores de casas coloniales de la Ciudad de México que hasta nuestros días se conservan para que a través de ellas capten las formas de vida de algunas clases sociales de esa época y cómo a través del texto referido, son recreadas permitiendo al lector "transportarse" a aquellas épocas pasadas y hacer comparaciones con el presente.

PRINCIPALES NOTICIAS SOBRE LA ANTIGUA  
CIUDAD DE MÉXICO

1521-1560

1521.  
13 de agosto. Caída en poder de los españoles de la antigua ciudad Tenochtitlan-México. Día de San Hipólito. Cortés, *Cartas*, p. 136.
- noviembre. Todavía en esta fecha, Cortés es de opinión que la antigua ciudad indígena debe ser completamente arrasada y abandonada. Kubler, *Mexican Architecture*, 1, p. 69.
1522.  
enero-febrero. Cortés muda de opinión y decide reedificar la antigua ciudad de México y establecer en ella la ciudad capital de la Nueva España. Cortés, *Cartas*, p. 139.
- 15 mayo. Se trabajó activamente en la reconstrucción de la ciudad, de suerte que en la fecha aquí indicada Cortés pudo escribir al Emperador (Tercera Relación) que "de cuatro a cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitlan se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada día se irá ennobleciendo de tal manera, que como antes fue principal y señora de todas estas provincias, que lo será también de aquí adelante; y se hace y hará de tal manera que los españoles estén muy fuertes y seguros y muy señores de los naturales, de manera que de ellos en ninguna forma puedan ser ofendidos": Cortés, *Cartas*, p. 139.  
Por esta fecha se debió empezar la edificación de la fortaleza de las Atarazanas en la orilla de la laguna. Cortés, *Cartas*, p. 165.
1523. Concluida la obra de la fortaleza de las Atarazanas, Cortés se pasó de Coyoacán, donde se había retirado, a la ciudad de México, y empezó la repartición de solares a los nuevos vecinos. Dice: "Hecha esta casa (las Atarazanas), porque me pareció que ya tenía seguridad para cumplir lo que deseaba, que era poblar dentro en esta ciudad, me pasé a ella con toda la gente de mi compañía, y se repar-

tieron los solares por los vecinos..." Cortés, *Cartas*, p. 165.

En este año todavía no se establece el plano regulador (la traza) de la parte de la ciudad que se reservaron los españoles; pero sin duda ya se habían marcado las principales avenidas, siguiendo la distribución urbana de la ciudad indígena.

Se concedió escudo de armas a la ciudad. Betancurt, *Teatro*, Trat. Ciudad de México, cap. 2, núm. 21; Diez de la Calle, *Memorial*, p. 109.

1524.

Se estableció el plano de la ciudad conocido como "la traza", o sea, el plano de distribución urbana de la porción central que los españoles se reservaron para habitar en ella con exclusión de los vecinos indígenas. Se ha discutido si hubo o no un plano físico de la traza. Toussaint se inclinó por la negativa y Kubler por la contraria. Esta última opinión parece la más probable. En tal caso se trataría de un plano dibujado no antes de 1523 y no después de 1524. En la realización de la traza intervino importantemente Alonso García Bravo. La traza dividió la área española en manzanas rectangulares, pero en buena parte se acomodó a las grandes vías y acequias de la ciudad azteca. Los linderos originales de la traza han sido motivo de diversas opiniones, pero los investigadores modernos han llegado a un acuerdo lo suficientemente aproximado para poder reconstruirlos y a él se atiene el plano que publicamos en este libro. Además del cuadrángulo central, la traza incluía la continuación de la calle de Tacuba hacia el poniente, es decir, toda la antigua calzada que conducía a ese pueblo. Los españoles pensaron asegurar, de ese modo, una salida de la isla a la tierra firme. Véanse, Alamán, *Disertaciones*, II, p. 198; García Icazbalceta, *México en 1554*, pp. 76-78; Kubler, *Mexican Architecture*, I, pp. 74-75; O'Gorman, *Distribución urbana colonial*; Orozco y Berra, *Diccionario Universal*, V, p. 608 y Toussaint, Gómez de Orozco y Fernández, *Planos*, pp. 21-23. La población indígena se asentó sin orden urbano en torno a la traza y quedó distribuida en cuatro barrios principales: San Juan Moyotla, Santa María Tlaquechicuan, San Sebastián Atzacualco y San Pablo Teopan. Betancurt, *Teatro*, parte IV, trat. 2, cap. 3, núm. 63.

Cortés separó para la edificación de la catedral y de sus dependencias un terreno en la plaza mayor que contenía 25 solares. Era un cuadrángulo que se alineaba por el norte y el sur con las calles de Tacuba y San Francisco (Av. Madero), y por el poniente y el oriente con las actuales calles de Brasil y Argentina. Algún tiempo después el Ayuntamiento de la ciudad se apoderó de parte de ese

terreno para darlo en censo a particulares a fin de percibir las rentas. Así surgió un pleito entre los dos cabildos, el eclesiástico y el de la ciudad.

Empezó una disminución súbita del agua de la laguna y por eso empezaron a quedar descubiertos terrenos circundantes de la ciudad. García Icazbalceta, *México en 1554*, pp. 78-79.

8 marzo.

Es la fecha más antigua de las actas de cabildo de la ciudad de México. García Icazbalceta, *México en 1554*, p. 75, nota 3.

1524.

15 de abril.

El Ayuntamiento de la ciudad de México concede permiso a los vecinos que tuvieran solares en torno a la plaza mayor para edificar portales. *Actas*, I.

1525.

En este año ya se había iniciado la construcción de la más antigua iglesia y convento de San Francisco. La segunda: 1590-1602; la tercera se dedicó en 1716. Véase adelante la nota 141.

Había en la ciudad de México "casi ciento cincuenta casas de españoles". "Carta de Rodrigo de Albornoz" en *CDHM*, I, p. 506.

1525-1526.

Se edificó la primitiva catedral de México, terminada ca 1532. Kubler, *Mexican Architecture*, II, pp. 295-296.

1526.

La Orden de Santo Domingo se estableció provisionalmente en una casa donada por la familia Guerrero y ubicada donde años más tarde se construyó el edificio de la Inquisición, hoy esquina de Venezuela y Brasil. Dávila Padilla, *Historia*, p. 32.

1527.

Se inició la construcción de las Casas de Cabildo, o sea, del Ayuntamiento de la ciudad de México. Kubler, *Mexican Architecture*, I, p. 211.

1528.

Concesión de solares a la Archicofradía de la Cruz, fundada por Hernán Cortés, para edificar la iglesia que más tarde se convirtió en la iglesia y parroquia de la Santa Veracruz, una de las más antiguas de la ciudad. Véase adelante la nota 184.

1528.

antes del 3

de agosto.

Acuerdo del cabildo (citado en el de 3 de agosto de 1528) "que para fortificación de esta ciudad se den solares para hacer casas que vayan a casamuro por delante e por las espaldas, para se poder salir de esta ciudad hasta la tierra firme, e que sea una acera de casas de una parte e de otra de la calzada, hasta la alcantarilla que llega a la dicha tierra firme". *Actas*, I, en la fecha.



1528.  
23 de febrero. La ciudad celebró por vez primera la fiesta de San Expósito en conmemoración de la toma de la antigua Teotihuacan. Así dio principio la famosa ceremonia llamada "el pasar del pendón" que se celebró formalmente como tal al siguiente año. Véase adelante nota 186.
1529. Se inició la construcción de la más antigua iglesia y convento de Santo Domingo.
- 27 de julio. Real cédula de esa fecha. Se hace merced a Hernán Cortés de los solares y casas que tiene en la ciudad de México. La merced incluye las llamadas casas viejas (donde se estableció el primer palacio de gobierno) y las casas nuevas, hoy Palacio Nacional. Arteaga y San Vicente, *Cedulario*, pp. 137-139.
1530. Se concede a la ciudad gozo de los privilegios de la ciudad de Burgos. Betancurt, *Teairo*, Trat. ciudad de México, cap. 2, núm. 21.  
Rodrigo de Albornoz inicia la construcción de portales frente a su casa situada en la esquina suroeste de la plaza mayor (hoy esquina con calle del 16 de Septiembre). *Actas*, II, pp. 28-29.
- 10 de enero. Proyecto de cubrir con un puente que abarcara toda la fachada de las Casas de Cabildo la acequia que pasaba enfrente de ellas. *Actas*, II, p. 29.
- 1530-1531. Fr. Juan de Zumárraga acondicionó como primera residencia episcopal unas casas que compró en la calle que conducía a las Atarazanas, hoy calle de Guatemala. Kubler, *Mexican Architecture*, I, pp. 194-197.
1531. En este año la edificación de las casas nuevas de Cortés (hoy Palacio Nacional) estaba suficientemente adelantada para que se pudiera pasar a vivir en ellas. Kubler, *Mexican Architecture*, I, p. 191.
1532. Se terminaron las obras de renovación de las Casas de Cabildo. Kubler, *Mexican Architecture*, I, p. 211.  
Se terminaron las obras de edificación de la primitiva iglesia de Santo Domingo. Véase adelante, nota 134.  
De este año data la más antigua capilla y colegio en el convento de San Francisco, que después fue la famosa Capilla de San José de los Naturales edificada ca. 1547.
1534. Fr. Juan de Zumárraga estableció el Hospital del Amor de Dios o de "las bubas" en un edificio ubicado donde siglos después estuvo la Academia de Bellas Artes. García Icazbalceta, *Zumárraga*, cap. 20.
- El rey mandó desembarazar los solares que habían sido concedidos a la catedral en la plaza mayor para la edificación de su edificio. El Ayuntamiento de la Ciudad apeló de esa determinación y mientras se resolvía el recurso dio en censo a particulares la porción que había ocupado. Los beneficiarios construyeron edificios sobre esos terrenos (entre otras construcciones los llamados "Portales Nuevos") y fue así como se creó la "Placeta del Marqués" frente a lo que hoy es el Monte de Piedad. Carrero, "La plaza de México".
1535. En este año ya se había construido la más antigua ala o crujía del Hospital de la Purísima Concepción fundado por Hernán Cortés. (Se trata del hospital que comúnmente se conoce con el nombre de Hospital de Jesús.) Véase adelante la nota 172.
- 25 de abril. Instrucciones al virrey don Antonio de Mendoza, cap. 19. Que provea a la defensa y seguridad de la ciudad, y mude las Atarazanas a la calzada de Tacuba. *CDI*, tomo 23, pp. 423-445.
- 27 de nov. El virrey don Antonio de Mendoza suspendió construcciones de casas en la calzada de Tacuba por parecerle medida contraria a la seguridad de la ciudad. *Actas*, III, pp. 132-133.
- 1535-1543. Entre estas fechas se edificó la primitiva iglesia y colegio de Santiago Tlatelolco. Véase adelante la nota 168.
1537.  
5 de oct. Se elabora un plan para la defensa y seguridad de la ciudad: arrasar las construcciones que se habían levantado en torno a la traza para dejar el terreno despejado. Nunca se llevó a efecto. *Actas*, IV, p. 98.
1541. Se inició la construcción de la primera iglesia y convento de San Agustín. La obra quedó terminada en 1587. Véase adelante la nota 170.  
Se inició la construcción del convento de monjas de la Concepción. Véase adelante la nota 135.
- 5 de julio. Fortificación de la ciudad: que provisionalmente se haga fortaleza en las casas del virrey y de Cortés, y que se prolonguen hasta llegar a tierra firme las calles de San Francisco y otras. *Actas*, IV, p. 246.
1542.  
28 de nov. Instrucciones de la Ciudad a sus procuradores a la corte: que el rey provea en la fortificación de la ciudad de México. Cuevas, *Documentos*, pp. 111-112.

1543. Se construyó el caño que traía el agua de Chapultepec a la ciudad de México, aprovechado la antigua obra indígena. Véase adelante la nota 180.
1545.  
20 de abril. Que para la seguridad de la ciudad se haga "tierra firme lo que hay de la calzada que va de Tlatelolco a Azcapotzalco hasta la calzada que va del tianguis de México hasta Chapultepec". *Actas*, V, p. 88.
1546. Para esta fecha ya existía el Palacio Arzobispal en la calle que hoy se llama de la Moneda. Kubler, *Mexican Architecture*, I, pp. 194-197.
1547. Se había completado el empedrado de la calle de Tacuba. Kubler, *Mexican Architecture*, I, p. 76.
- 14 marzo. Comisión a los regidores Ruy González y Pedro de Villegas para que se ocupen en el empedrado de toda la ciudad, es decir la traza. *Actas*, V, p. 176.
1548.  
4 de julio. Título de muy noble ciudad a la de México. Diez de la Calle, *Memorial*, p. 109; Betancurt, *Teatro*, Trat. ciudad de México, cap. 2, núm. 21.
- 22 de nov. Se determina que el gasto del empedrado de las calles lo paguen los vecinos de acuerdo con la extensión de los frentes de sus solares. *Actas*, V, p. 235.
1550. El virrey Mendoza a su sucesor D. Luis de Velasco: que emprendió la obra del empedrado de la ciudad, y que es muy necesario terminarla. *Instrucciones de los virreyes*, p. 231.
- 6 de marzo. El Ayuntamiento insta al Virrey para que provea lo necesario para la seguridad y defensa de la ciudad. *Actas*, V, p. 294.
1554.  
6 de nov. Cervantes de Salazar publica sus *Diálogos* en que describe la ciudad de México y sus alrededores.
- 15 de dic. El arzobispo Montúfar escribe al Consejo de Indias. Propone que para seguridad de la ciudad de México se edifiquen cuatro torres en las esquinas de las calles que desembocan a la plaza mayor. Paso y Troncoso, *Epistolario*, VII, p. 307.

1555. finales. Se construye en la laguna el albaradón de San Lázaro para proteger la ciudad contra inundaciones. Toussaint, Gómez de Orozco, Fernández, *Planos*, p. 142.
1556. Según testimonio de Robert Tomson la ciudad de México tenía 1,500 familias de españoles y 300,000 vecinos indígenas. *Hackluyt*, VI, p. 260.
- ca 1557. Edificación de la capilla redonda en la cima del cerro de Chapultepec. Véase adelante la nota 202.
- 22 febrero. El Ayuntamiento resuelve pedir al Virrey y a la Audiencia que dicten medidas para asegurar la defensa de la ciudad; que se edifique una fortaleza y que se renueven los bergantines. *Actas*, VI, p. 275.
- ca 1558. Se completó el empedrado de las calles de la ciudad. Kubler, *Mexican Architecture*, I, p. 76.
1558. Se inicia la obra de la segunda iglesia de Santo Domingo. Véase adelante la nota 134.
1559.  
Noviembre. La ciudad celebra las obsequias del Emperador Carlos V. y al efecto levantó en la Capilla de San José de los Naturales el túmulo descrito por Cervantes de Salazar, cuyo texto se incluye en este libro.
1560. Se emprendieron obras de edificación de la nueva catedral de México. Cervantes de Salazar, *Crónica*, II, pp. 48-49.
- ca 1560. Cervantes de Salazar describe de nuevo la ciudad de México. *Crónica*, lib. IV, caps. 24 y 25. (Se reproducen en este libro como Apéndice II.)

DIALOGO SEGUNDO  
(SEXTO DE LA PRIMERA EDICIÓN)

## INTERIOR DE LA CIUDAD DE MEXICO

*Interlocutores: ZUAZO y ZAMORA, vecinos; ALFARO, forastero.*

ZUAZO

Es tiempo ya, Zamora, de que llevemos a pasear por México, cual nuevo Ulises,<sup>48</sup> a nuestro amigo Alfaro, que tanto lo desea, para que admire la grandeza de tan insigne ciudad. De este modo, mientras le vamos enseñando lo más notable, él nos dirá algo que no sepamos, o nos confirmará lo que ya sabemos.

ZAMORA

Bien pensado, como siempre acostumbres, pues nunca enseñamos con tanto provecho, como cuando al instruir a los demás, aprendemos algo nosotros mismos. Mas dime cómo te parece que iremos mejor: a pie o a caballo.

ZUAZO

Como guste Alfaro, a cuyo obsequio hemos dedicado hoy el día.

ALFARO

Mejor es a caballo para que vayamos en conversación y sin cansarnos: cuando fuere necesario nos aparearemos para entrar en las iglesias o en palacio.

ZUAZO

Ya que así lo prefieres, y pues vendrás cansado del camino, monta en la mula, que te llevará a paso suave y sin maltratarte. Nosotros iremos a caballo: Zamora con las piernas dobladas, y yo extendidas, porque así lo exigen las sillas.<sup>49</sup>

ALFARO

¿Por qué no son iguales las sillas, frenos, bridas y pretales?

ZUAZO

Porque así como no todo conviene a todos los hombres, así tampoco son propios para todos los caballos los mismos jaecces: de unos necesitan los grandes y briosos, de otros los pequeños y de paso llano.

ZAMORA

En fin, salgamos, que de eso hablaremos otra vez. Vaya en medio Alfaro, con eso gozamos igualmente ambos de su conversación.

ZUAZO

¿Qué calle tomaremos?

ZAMORA

La de Tacuba, que es una de las principales, y nos lleva en derecha a la plaza.<sup>50</sup>

ALFARO

¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle! ¡Cuán larga y ancha! ¡qué rectal ¡qué plana! y toda empedrada, para que en tiempo de aguas no se hagan lodos y esté sucia.<sup>51</sup> Por en medio de la calle, sirviendo a ésta de adorno y al mismo tiempo de comodidad a los vecinos, corre descubierta el agua, por su canal, para que sea más agradable.

ZAMORA

¿Qué te parecen las casas que tienen a ambos lados, puestas con tanto orden y tan alineadas, que no se desvían ni un ápice?<sup>52</sup>

## ALFARO

Toda son magníficas y hechas a gran costa, cual corresponde a vecinos tan nobles y opulentos. Según su solidez, cualquiera diría que no eran casas, sino fortalezas.

## ZUAZO

Así convino hacerlas al principio, cuando eran muchos los enemigos, ya que no se podía resguardar la ciudad, ciñéndola de torres y murallas.<sup>61</sup>

## ALFARO

Prudente determinación; y para que en todo sean perfectas, tampoco exceden de la altura debida, con el fin, si no me engaño; de que la demasiada elevación no les sea causa de ruina, con los terremotos que, según oigo decir, suele haber en esta tierra; y también para que todas reciban el sol por igual, sin hacerse sombra unas a otras.

## ZUAZO

Por las mismas razones convino, no solamente que las calles fuesen anchas y desahogadas,<sup>62</sup> como ves, sino también que las casas no se hicieran muy altas, según discurrirte muy bien; es decir, para que la ciudad fuese más salubre, no teniendo edificios elevadísimos que impidieran los diversos vientos que con ayuda del sol disipan y alejan los miasmas pestíferos de la laguna vecina.

## ALFARO

Las jambas y dinteles no son de ladrillo u otra materia vil, sino de grandes piedras, colocadas con arte: sobre la puerta están las armas de los dueños. Los techos son planos, y en las cornisas<sup>63</sup> asoman unas canales de madera o barro, por donde cae a la calle el agua llovediza.

## ZAMORA

Pues qué, ¿en España techan de otro modo las casas?

## ALFARO

No todas del mismo modo. En ambas Castillas especialmente (pues en Andalucía es vario el uso), la mayor parte de las casas están cubiertas de tejas curvas, que formando muchas como canales, recogen las aguas del cielo y las arrojan al patio;<sup>64</sup> de suerte que la parte más elevada del edificio, llamada por unos *cubierta* y por otros *tejado*, va subiendo desde ambas paredes maestras, no desde las transversales, hasta terminar en caballete: en lo más alto llevan por adorno veletas, torrecillas o cualquier otro remate. Tales techos, porque tienen dos descensos y reparten el agua a ambos lados, se llaman de *dos aguas*, así como techos por los cuatro costados.<sup>65</sup> Vuestros techos planos, inventados por los griegos, y usados ahora en Campania,<sup>66</sup> tienen su nombre propio.<sup>67</sup> Mas pregunto: ¿qué edificio es aquel mucho más elevado y con tantas tiendas en los bajos, el cual se extiende a mano derecha, pasada esa ancha y magnífica calle empedrada?<sup>68</sup> (Plano, B)

## ZAMORA

Es un costado del Palacio, y otro es el que cae a esa otra calle: ambos están unidos por la torre de la esquina.<sup>69</sup>

## ALFARO

Eso no es palacio, sino otra ciudad.<sup>70</sup> (Plano, I)

## ZUAZO

Desde esta calle que, como ves, atraviesa la de Tacuba, ocupan ambas aceras, hasta la plaza,<sup>71</sup> toda clase de artesanos y menestrales, como son carpinteros, herreros, cerrajeros,<sup>72</sup> zapateros, tejedores, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borceguineros, armeros, veleros,<sup>73</sup> ballesteros, espaderos, bizcocheros, pulperos,<sup>74</sup> torneros,<sup>75</sup> etc., como sea admitido hombre, alguno de otra condición u oficio.

## ALFARO

¡Qué ruido y qué bulliciosa multitud de gente a pie y a caballo! Más parece una gran feria que una calle.<sup>76</sup> ¿Quiénes ocupan este piso alto, adornado de tan grandes ventanas?

## ZUAZO

La Real Audiencia; y la crujía inferior,<sup>77</sup> aún más magnífica, es del virrey.

## ALFARO

Habitación digna ciertamente de personajes tan elevados. ¿Pero qué significan aquellas pesas colgadas de unas cuerdas? ¡Ah! No había caído en cuenta: son las del reloj.

## ZUAZO

En efecto; y está colocado en esa elevada torre que une ambos lados del edificio, para que cuando da la hora, la oigan en todas partes los vecinos.<sup>78</sup>

## ALFARO

Muy bien pensado.

## ZUAZO

Estamos ya en la plaza. Examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad.<sup>79</sup> (Plano C)

## ALFARO

Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que en ambos mundos pueda encontrarse igual. ¡Dios mío, ¡cuán plana y extensa, ¡qué alegre!, ¡qué adornada de altos y soberbios edificios, por todos cuatro vientos!, ¡qué regularidad!, ¡qué belleza!, ¡qué disposición y asientos! En verdad que si se quitasen de en medio aquellos portales de enfrente,<sup>80</sup> podría caber en ella un ejército entero. (Plano 2.)

## ZUAZO

Hizose así tan amplia para que no sea preciso llevar a vender nada a otra parte; pues lo que para Roma

eran los mercados de cerdos, legumbres y bueyes, y las plazas Livia, Julia, Aurelia<sup>81</sup> y *CURENENSIS*,<sup>82</sup> ésta sola lo es para México. Aquí se celebran las ferias o mercados, se hacen las almonedas, y se encuentra toda clase de mercancías; aquí acuden los mercaderes de toda esta tierra con las suyas, y en fin, a esta plaza viene cuando hay de mejor en España.

## ZAMORA

Esta es la fachada del real palacio, y tercer lado de él.<sup>83</sup>

## ALFARO

Aunque tú no lo dijese, hasta de sobra lo dan a conocer aquellos corredores altos, adornados de tantas y tan altas columnas, que por sí solas tienen cierta majestad regia.

## ZUAZO

Las columnas son redondas, porque Vitruvio no recomendó mucho las cuadradas, y menos si son estrías y aisladas.<sup>84</sup>

## ALFARO

¡Qué bien se guarda en ellas la proporción de la altura con el grueso!

## ZUAZO

Advierte con qué primor están labrados los arquivates.

## ALFARO

No lo ceden las basas; pero lo que hace sólido el corredor, y le da una apariencia en verdad regia, son los arcos labrados primorosamente de la misma piedra, que puestas sobre las columnas en lugar de vigas, sostienen el techo para que jamás se derrumbe. También hay balaustradas de piedra, para que nadie corra peligro de caer.

## ZUAZO

A estas salas abiertas, que tú llamas *corredores*, porque sirven para

pasar, o *solanas*, porque en ellas se toma el sol, llamaron también los antiguos *procestris*.<sup>82</sup> Las hacían con columnas de piedra o ladrillo, colocadas a distancias iguales, sobre cuyas impostas se formaban los arcos, como aquí, para que quedase más majestuoso el edificio. Los arcos eran siempre de medio punto, a semejanza del que vemos en el cielo, y llamamos *arco-iris*. Se ponían también antepechos de piedra o madera, para evitar caídas, como las trincheras que usan en la milicia los sitiadores para circunvalar las ciudades.

## ALFARO

Hablas doctamente. Sin embargo, también las oigo llamar *galeries*, y por ese estilo son los miradores que caen a los patios, jardines o plazas, y reciben los rayos del sol y de la luna. Los barandales con que se rodean las piezas altas, a fin de evitar que por los vanos cayesen quienes andaban en ellas, eran llamados *periboli*, o como dice San Gerónimo, *septa, coronae y circuitus*; o también *loriculae* (pretiles), por la misma metáfora que *loricae* (parapetos).<sup>83</sup>

## ZAMORA

Observa ahora, además, qué multitud de tiendas<sup>84</sup> y qué ordenadas, cuán provistas de valiosas mercaderías, qué concurso de forasteros, de compradores y vendedores. Y luego cuánta gente a caballo, y qué murmullo de la muchedumbre de tratantes. Con razón se puede afirmar haberse juntado aquí cuanto hay de notable en el mundo entero.

## ALFARO

¿Qué son aquellas gentes que en tanto número se juntan en los corredores de palacio, y que a veces andan despacio, a veces aprisa, ora se paran, luego corren, tan pronto gritan como se callan, de modo que parecen locos?

## ZUAZO

Son litigantes, agentes de negocios, procuradores, escribanos y demás, que apelan de los alcaldes ordinarios a la Real Audiencia, que es el tribunal superior.<sup>85</sup>

## ZAMORA

Allí cerca está la sala del real acuerdo, adonde van todos estos a litigar. Si quieres verla, apémonos, para que a pie veamos también todo el ámbito de la plaza.

## ALFARO

Nada me será más agradable.

## ZUAZO

El zaguán es éste; síguese el patio, y aquella escalera conduce al tribunal.

## ZAMORA

Este aposento que ves, lleno de mesas, bancos y escribientes, le ocupa el correo mayor,<sup>86</sup> sujeto de conocida actividad. Este pasadizo sin puertas, que cae al patio, da entrada a la habitación del virrey,<sup>87</sup> e inmediato está el tribunal. Descúbrete, pues, la cabeza, entra callado y con respeto, y si algo se te ofrece hablar, hazlo en voz baja.

## ALFARO

El salón es por cierto grande y bien adornado, e infunde no sé qué respeto al entrar. En lugar elevado, se sientan alrededor del virrey los cuatro oidores.<sup>88</sup> Sólo habla el ministro semanero, y eso rara vez y poco, porque el silencio realza la autoridad. Los demás no toman la palabra sino cuando el punto es intrincado, o necesitan pedir explicaciones para formar juicio más seguro. El estrado está cubierto de ricas alfombras, y los asientos quedan bajo un dosel de damasco galeoneado.

## ZUAZO

El virrey se sienta en un almohadón de terciopelo, y de lo mismo es

el cojín que tiene a los pies. Poco más abajo están sentados a uno y otro lado el fiscal, alguacil mayor, abogado de pobres, protector y defensor de indios, y los demás letrados que tienen pleitos. También la nobleza y los concejales, cada uno en el lugar que le corresponde, según su empleo y dignidad.

## ZAMORA

En sitio inferior, al cual se baja por unas gradas, hállanse a ambos lados escribanos y procuradores: frente a los oidores están sentados a una mesa el escribano de cámara y el relator: aquí escribiendo los acuerdos, y éste haciendo relación de los asuntos. Detrás hay un enverjado de madera, que divide la sala, a fin de que la gente baja y vulgar no vnya a sentarse con los demás: tras este enverjado están en pie, tanto los que tienen derecho de tomar asiento, pero no quieren tomarlo, como los que aun cuando quieran no podrían, porque no gozan de esa preeminencia.

## ALFARO

¿Con cuánto respeto se levanta de su asiento, con la cabeza descubierta, aquel abogado anciano, y defiende a su cliente?

## ZUAZO

Mira también cómo se alza del lado opuesto, otro no menos encendido, y pedida le venis con gran respeto, disiente y contradice.

## ZAMORA

Ya impuso silencio a ambos el portero del tribunal, porque han disputado más de lo suficiente. Salgamos, pues, para que haya tiempo de enseñar a Alfaro, antes de la comida, lo que aún nos falta que ver. Volvámonos a cubrir.<sup>89</sup>

## ALFARO

En verdad, que habiendo visto esta Audiencia, no hay para qué desear

ver las de Granada y Valladolid, que son las más insignes de España.

## ZAMORA

Al palacio y sus tiendas bajas,<sup>90</sup> se siguen, después de pasar la calle de San Francisco, unos anchos y extensos portales, más concurridos que lo fueron en Roma los de Corinto, Pompeyo, Claudio y Livio.<sup>91</sup> (Plano D, 3.)

## ALFARO

"Donde el pórtico Claudio extiende su dilatada sombra."<sup>92</sup>

## ZAMORA

Este es el *medius Janus*,<sup>93</sup> paraíso destinado a los mercaderes y negociantes, como en Sevilla las gradas,<sup>94</sup> y en Amberes la bolsa: lugares en que reina Mercurio.<sup>95</sup>

## ALFARO

Las habitaciones que hay sobre el portal creo que serán de los dueños de las tiendas de abajo.<sup>96</sup>

## ZAMORA

Justamente.

## ALFARO

¿Hacia dónde va esa calle que pasa por un puente de piedra, más allá de los portales?<sup>100</sup> (Plano G, 4.)

## ZUAZO

Al convento de los agustinos.

## ALFARO

No es menos ancha que la de Tabuba.<sup>101</sup>

## ZUAZO

Otras muchas hay tan buenas como esa, sólo que les falta el empedrado.<sup>102</sup> Pero contempla detenidamente cuánto adornan y enriquecen la plaza los portales que viendo al oriente quedan al lado, pues el palacio está hacia el mediodía.<sup>103</sup> (Plano E, 5.)

## ZAMORA

En ellos está el tribunal inferior, donde administran justicia dos alcaldes que el ayuntamiento nombra cada año, y tienen facultad de imponer pena capital.

## ALFARO

En Roma había tres tribunales: en México no sé los que habrá.

## ZAMORA

Otros tantos, incluyendo el eclesiástico; pero muy diferentes de aquellos.

## ALFARO

De aquí vino sin duda aquella frase vulgar: *foro utere*.<sup>104</sup>

ZAMORA <sup>105</sup>

Creo que sí. Arriba está la sala de cabildo, famosa por su galería de columnas y arcos de piedra con vista a la plaza. Linda por la espalda con la cárcel llamada de *ciudad*, para distinguirla de la *real*, y junto a ésta queda la carnicería.<sup>106</sup> (Plano 5 a, 5 b.)

## ZUAZO

Por el frente vemos en seguida la casa de la fundición, no menos magnífica que la de cabildo.<sup>107</sup> (Plano 6.) En un amplio local del piso bajo están como encerrados los oficiales que sellan la plata; y para evitar fraudes tienen prohibición de ejecutarlo en otra parte. En los portales bajos del Palacio se hacen también las almonedas públicas, y los oficiales reales pesan las barras de plata, para cobrar el quinto de S. M. Este segundo lado de la gran plaza se cierra con las casas llamadas de D<sup>a</sup> Marina,<sup>108</sup> (Plano 7), que siguen a los portales. Una acqueria (Plano 8) que corre hacia la laguna, es de grandísima utilidad a esta hermosa hiteria de pórticos y galerías, pues cuanto necesitan los vecinos se trae por ella desde muy lejos en canoas gobernadas con varas lar-

gas, que los indios usan en lugar de remos.<sup>109</sup>

## ALFARO

Paréceme ver la misma Venecia.

## ZAMORA

El terreno en que ahora está fundada la ciudad, todo era antes agua,<sup>110</sup> y por lo mismo los mexicanos fueron inexpugnables y superiores a todos los demás indios. Como habitaban en la laguna, hacían a mansalva excursiones contra los vecinos, valiéndose de grandes troncos ahuecados, que usaban por barcos. Ningún daño recibían de los enemigos, pudiendo recogerse a sus casas como a asilo seguro, defendido por la naturaleza.

## ALFARO

¿Pues cómo pudo Cortés ganar ciudad tan populosa y asentada entre pantanos, igualmente impropios para infantería que para caballería?

## ZUAZO

Con una traza deshizo otra; pues reconocida primero la profundidad de la laguna, construyó, con ayuda de Martín López, ciertos navichuelos, capaces de acometer uno solo muchas canoas y vencerlas.<sup>111</sup>

## ALFARO

¡Oh héroe ingenioso, de ánimo superior a todos, y nacido sólo para grandes empresas!

## ZAMORA

Sus casas quedan enfrente del palacio, y mira bien cómo pregonan la grandeza del ánimo excelso de su dueño.<sup>112</sup> (Plano F, 9.)

## ALFARO

¡Cuán extensa y fuerte es su fachada! De arriba a abajo (las casas) son todas de calicanto, con viguería de cedro;<sup>113</sup> por el otro lado dan a la acqueria: divídese en tres pa-

tios, rodeado cada uno de cuatro grandes crujiás de piezas: la portada y el zaguan corresponden al resto del edificio. Pero ¿quién las había?, pues el dueño está en España.<sup>114</sup>

## ZUAZO

Su gobernador Pedro de Ahumada,<sup>115</sup> sujeto notable por su fidelidad y prudencia; digno ciertamente de desempeñar tan grave cargo.

## ALFARO

Así lo oí decir a muchos cuando estaba yo en España. ¿Qué iglesia es esa que se ve en medio de la plaza?

## ZAMORA

Es la catedral, dedicada a la Virgen María.<sup>116</sup> (Plano 10.)

## ALFARO

¿Qué es lo que dices? ¿Allí es donde el arzobispo y el cabildo celebran los divinos oficios, con asistencia del virrey, de la audiencia y de todo el vecindario?

## ZUAZO

Ciertamente, y no hay donde se tribute mayor culto a Dios.

## ALFARO

Da lástima que en una ciudad a cuya fama no sé si llega, la de alguna otra, y con vecindario tan rico,<sup>117</sup> se haya levantado en el lugar más público un templo tan pequeño, humilde y pobremente adornado; mientras que en España no hay cosa que a Toledo (ciudad por lo demás nobilísima) ilustre tanto como su rica y hermosa catedral. Sevilla, ciudad opulentísima, es ennoblecida por su excelso y aun mucho más rico templo. Pero: qué mucho, si hasta las iglesias de los pueblos son tan notables y tan superiores a los demás edificios, que siempre es lo más digno de ver que hay en cada lugar.

## ZAMORA

Por ser muy cortas sus rentas, no ha podido edificarse un templo correspondiente a la grandeza de la ciudad, a lo que se agrega haber carecido de prelado en estos últimos cinco años. Mas pues que ya tiene a Fr. Alonso de Montúfar, pastor eminente en religión y en letras, hay grandes esperanzas de que muy pronto quedará hecho como se debe y como tú desear.<sup>118</sup>

## ALFARO

¿Adónde va a dar esa calle tan ancha, que desde el palacio del Marques no tiene casas, y viene a acabar en plaza?<sup>119</sup> (Plano G.)

## ZUAZO

Al hospital de los enfermos del mal venéreo, edificio no despreciable como obra de arte.<sup>120</sup> (Plano 11.)

## ALFARO

¿De quién es aquella elevada casa a la izquierda, con elegantes jumbos, y cuya azotea tiene a los extremos dos torres, mucho más altas que la del centro?<sup>121</sup> (Plano 12.)

## ZUAZO

Es el palacio arzobispal, en el que hay que admirar aquel primer piso adornado de rejas de hierro, que estando tan levantado del suelo, descansa hasta la altura de las ventanas sobre un cimiento firme y sólido.

## ALFARO

Ni con minas le derribarán. Pero sin salir de esta misma acera, ¿qué es aquella casa última junto a la plaza, adornada en ambos pisos por el lado del poniente, con tantas y tan grandes ventanas, y de las que oigo salir voces como de gentes que gritan?

## ZUAZO

Es el santuario de Minerva, Apolo y las Musas: la escuela donde se ins-

En ciencias y virtudes los inculca a la juventud; los que enseñan son los profesores.<sup>122</sup> (Plano 13, 13 a o 13 b.)

## ALFARO

¿Y de dónde viene esa acequia que corta la calle?

## ZUAZO

Es la misma que corría por la de Tacuba. Pero antes de montar a caballo,<sup>123</sup> contempla desde aquí cuán anchas y largas son las dos calles que en este lugar se cruzan.<sup>124</sup> (Plano H.) La de Tacuba, que pierden aquí su nombre, va siguiendo la línea recta del canal, hasta la fortaleza, que llamamos *Atarazanas*,<sup>125</sup> (Plano I 4), y tanto se alarga que ni con ojos de lince puede versele el fin. Esta otra, no menos ancha y larga, que corre por la plaza, delante de la Universidad y del palacio del Marqués, y pasando por un puente de bóveda,<sup>126</sup> se prolonga hasta mucho más allá del hospital del Marqués, dedicado a la Virgen, ostenta en ambas aceras las casas de los nobles e ilustres Mendoza, Zúñiga, Altamiranos, Estradas, Avalos, Sosas, Alvarados, Sayavedras, Avilés, Benavides, Castillas, Villafanes, y otras familias que no recuerdo.

## ALFARO

La estructura de las casas corre parejas con la nobleza de sus moradas.

## ZAMORA

Por aquí iremos en derechura al convento de Santo Domingo, viendo de paso las hermosas calles transversales.<sup>127</sup>

## ALFARO

Apenas alcanzo a ver el fin de ésta, aunque es muy ancha.

## ZUAZO

Llegamos ya a la segunda (Plano I), no menos ancha y larga que la primera. Porque si no se tuercen

camino, hay que pasar tres calles para llegar a Santo Domingo.<sup>128</sup>

## ALFARO

¿De quién son esas casas cuya fachada de piedra labrada se eleva toda a plomo, con una majestad que no he notado en otras? Hermoso es el patio, y le adornan mucho las columnas, también de piedra, que forman portales a los lados. El jardín parece bastante ameno, y estando abiertas las puertas, como ahora lo están, se descubre desde aquí.

## ZAMORA

Estas casas fueron del doctor López, médico muy hábil y útil a la república.<sup>129</sup> Ahora las ocupan sus hijos, que son muchos, y no degeneran de la honradez de su padre.

## ALFARO

No habrá, pues temor de que se les aplique aquello de: "¡Oh antigua morada, y cuánto has perdido en el cambio de dueño!"<sup>130</sup>

## ZUAZO

¡Qué ancha es esta calle que va a Santo Domingo, hermosa también por sus buenas fábricas!<sup>131</sup> (Plano J.)

## ALFARO

Al frente hay una plaza, y la calle acaba por ambos lados en casas magníficas.

## ZUAZO

Detente aquí algo (Plano K), y de una mirada abraza estas dos calles: una que va a la plaza, y tiene el nombre del Convento, ocupada por artesanos de todas clases, y esta otra que va al convento de las monjas.<sup>132</sup>

## ALFARO

Todo México es ciudad,<sup>133</sup> es decir, que no tiene arrabales, y toda es bella y famosa. Mas ahora sólo quiero examinar atentamente la ex-

tensión y asiento del monasterio (Plano 16 a). Está en plano, y un poco más alto que la calle, por cuya causa el templo parece mucho más elevado de lo que en realidad es.

## ZUAZO

Ayuda a ello la configuración del terreno, que desde aquí va siempre en descenso, tanto hacia la plaza, como hacia el convento de las monjas.

## ALFARO

El monasterio es de grande extensión, y delante de la iglesia hay una grandísima plaza cuadrada, rodeada de tapias, y con capillas u oratorios en las esquinas, cuyo uso no comprendo bien.

## ZAMORA

Tienen uno muy importante, a saber, que en las fiestas solemnes como Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, su Muerte, Resurrección y Ascensión, Concepción de la Virgen María, su Natividad, días de los Apóstoles y de Santo Domingo, por no ser el claustro bastante grande para que quepan tantos vecinos, salen rezando ellos y los religiosos, precedidos de la cruz y delante de las imágenes, y van dando vuelta para detenerse a orar en cada capilla.

## ALFARO

Por cierto es grande y elevado el templo; es natural que el interior no desdiga.

## ZUAZO

Iguales elogios harías de la huerta del convento si fuera posible verlos.<sup>134</sup>

## ALFARO

También corre el agua por caño descubierto en esta calle que va al convento de las monjas.

## ZAMORA

Mucha más recibe el convento por otras cañerías ocultas y subterráneas, para que llegue clara y limpia.

## ZAMORA

¿Y cuál es la fuente que produce tanta agua?

## ZUAZO

La de Chapultepec, lugar célebre por las historias de los indios, y por su abundancia de aguas. Si te parece, iremos allá después de comer, para que des un cerro que está inmediatamente veamos perfectamente los alrededores de México.

## ZAMORA

Este es el monasterio (Plano L, 17) de las vírgenes consagradas al Señor.<sup>135</sup> Saludemos la imagen de Nuestra Señora, colocada sobre la puerta: "Salve, firme esperanza de los mortales, madre sin dejar de ser virgen, a quien con ambos títulos invocamos; dignate, Señora, de alcanzar de tu Hijo Dios y Hombre el perdón para nosotros, convertidos en hijos de ira por la culpa de nuestros primeros padres, a fin de que por tu intercesión recobremos la herencia eterna que perdimos. Amén."

## ALFARO

¡Cómo sobresalen en su fábrica estas dos casas cercanas, una frente de otra! (Plano M, 18.)

## ZUAZO

Son tan bellas como sólidas.

## ALFARO

Estas son siempre las más estimadas; pero hacen mejor vista las del otro lado de la acequia por sus jardines y sus techos pintados.<sup>136</sup> ¡Pero cómo es eso que caminan sobre el agua unas canoas llenas también de agua? Enigma es digno de Edipo.

## ZAMORA

¡Davo!<sup>137</sup> le adivinará, que no es necesario Edipo. El agua en que navegan las canoas no es potable: la que ellas llevan sale de la fuente, y por una gran canal de madera, co-



tan humildes y apenas se alzan del suelo, no pudimos verlas cuando andábamos a caballo entre nuestros edificios.<sup>120</sup>

## ALFARO

Están colocadas sin orden.

## ZUAZO

Así es costumbre antigua entre ellos.<sup>121</sup> A la izquierda queda muy cerca un colegio de niñas mestizas, donde hay tantas como varones en el otro.<sup>122</sup> (Plano 23.)

## ZAMORA

Sujetos allí a la mayor vigilancia, aprenden artes mujeresles, como coser y bordar, instruyéndose al mismo tiempo en la religión cristiana, y se casan cuando llegan a edad competente.

## ALFARO

Me das noticia de dos asilos utilísimos para jóvenes de uno y otro sexo. ¿A qué santo está dedicado aquel blanco y elevado templo que se ve en lugar despejado, más allá del acueducto? (Plano 24.)

## ZAMORA

A San Juan Bautista.<sup>123</sup>

## ZUAZO

Mira ahora ese soberbio y hermoso edificio, como habrá pecos en el mundo, que se llama "las tiendas de Tejada",<sup>124</sup> cuyo nombre toma del uso a que está destinado y de la persona que le levantó. (Plano Q, 25.)

## ALFARO

Nunca vi cosa más bella. La planta del edificio es triangular; forman de sus lados unos anchos y extensos portales, sostenidos por grandes columnas equidistantes, y al otro lado le ciñe un foso lleno de agua. Debajo de los portales hay tiendas tan iguales entre sí, que a no ser por sus números, no pudieran distinguirse

se una de otra. La parte interior de ellas, también igual en todas, está dispuesta con tal arte, que admira ver cómo en tan corto terreno hay una casa completa, en que no falta zaguán, patio, caballeriza, comedero,<sup>125</sup> cocina, y todo lo demás.

## ZAMORA

Encima del portal se ve el segundo piso de las tiendas, y por esas grandes ventanas reciben sol y luz casi todos los aposentos del dicho piso. A la espalda corre la acequia común a todas las tiendas. Está cerrada con tapias por todas partes, y se ensancha tanto a los extremos de los portales, que forma como dos pequeños embarcaderos, a los que se baja por escalones de piedra.

## ALFARO

Es tal la abundancia de barcas, tal la de canoas de carga, excelentes para producir mercancías, que no hay motivo de echar menos las de Venecia. Allí cerca, y frente al tercer lado, tienen los indios un amplísimo mercado, en cuyo centro tocan una campana puesta en alto.<sup>126</sup> Al lado está la horca, a la que se entra y sube por una puerta con su escalera; y a causa de su elevación se descubre desde lejos. ¡Qué gran número de indios de todas clases y edades acude aquí para comprar y vender! ¡Qué orden guardan los vendedores, y cuántas cosas tienen; que nunca vi vender en otra parte!

## ZAMORA

Así como los hombres varían tanto en idioma y costumbres, del mismo modo no todas las tierras son de la misma naturaleza y calidad.

## ALFARO

"Tan vario en rostro como en gusto el hombre".<sup>127</sup> Y el otro:  
"La India marfil nos envía;  
Su incienso el muelle Sabeo".<sup>128</sup>  
¡Pero qué es lo que venden esos indios e indias que están ahí sentados?

Porque las más parecen a la vista cosas de poco precio y calidad.

## ZUAZO

Son frutos de la tierra: ají, frijoles, aguacates, guayabas, maníes, zapotes, camotes, gicamas, cacomites, mezquites, tunas, gilotes, xocotes y otras producciones de esta clase.<sup>129</sup>

## ALFARO

Nombres tan desconocidos como los frutos. ¿Y qué bebidas son las que hay en esas grandes ollas de barro?

## ZUAZO

Atole, chian, zozol, hechas de harina de ciertas semillas.<sup>130</sup>

## ALFARO

¡Vaya unos nombres extraños!

## ZUAZO

Como los nuestros para los indios.

## ALFARO

Ese líquido negro con que se untan las piernas como si fuera betún, y se las ponen más negras que las de un etiope, ¿qué es? ¿Y qué es aquella cosa, negra también, que parece lodo, con que se untan y embarran la cabeza? Dime para qué hacen esto.

## ZUAZO

Al líquido llaman los indios *oguil*, y le usan contra el frío y la sarna. Al barro llaman en su lengua *zoquitl* o *quahcepuztli*, muy propio para teñir de negro los cabellos y matar los piojos.<sup>131</sup>

## ALFARO

Medicinas desconocidas a Hipócrates: Avicena, Dioscórides y Galeo. Veo también de venta una gran cantidad de gusanos: desee saber para qué sirven, porque es cosa de risa.

## ZAMORA:

Son gusanos del agua, y los traen de la laguna. Los indios les llaman *oquilin*; ellos los comen y también los dan a sus aves.<sup>132</sup>

## ALFARO

Es cosa extraña. ¿Quién habría creído que los gusanos habían de ser alimento a los hombres, cuando éstos, apenas fallecen, sirven de pasto a aquéllos?

## ZAMORA

Véndense también otras semillas de virtudes varias, como *chia*, *gualili*, y mil clases de yerbas y raíces, como son el *izacpalli*, que evacua las flemas, el *tlacacahuatl* y el *iztipalli*, que quitan la calentura, el *culizticaztli* que despeja la cabeza, y el *olotlhuqui*, que sana las llagas y heridas solapadas.<sup>133</sup> También la raíz que llamamos de Michoacán,<sup>134</sup> de cuya virtud purgativa tienen tan benéfica experiencia indios y españoles, que ni el rubiarbo, escamonea,<sup>135</sup> y casia púpula, que los médicos llaman medicina bendita, son de tanto uso y utilidad.

## ALFARO

La naturaleza, madre universal, produce en todas partes, conforme a la diferencia del suelo, cosas varias y admirables, tan provechosas a los indígenas como perjudiciales a los extranjeros. Mas, aquellas hojas tan grandes y gruesas, terminadas en una aguda púa, y guarnecidas de terribles espinas en ambas orillas, sobre que ponen tantas yerbas, raíces y otras muchas cosas, ¿de qué árbol son?

## ZAMORA

Del que nosotros llamamos *maguay*, y los indios *metl*, el cual sirve para tantos usos y tan importantes, que no le igualó en esto la antigua espada de Delfos,<sup>136</sup> y si no fuera porque es comunísimo en Indias, nada habría en ellas que causara mayor admiración.

mo pronto vas a verlo, que de lo alto con gran estruendo sobre las canoas que se ponen debajo.

ALFARO

Ahora lo entiendo, y veo en efecto lo que dices. ¡Dios mío, qué multitud de canoas! ¡Y quién habita este barrio en que entramos, tan notable todo él por sus grandes y elevadas casus, tan extenso, y que disfruta de dos aguas, una para regar, y otra buena para beber?

ZUAZO

Le ocupan vecinos nobles, y entré ellos algunos de los que sujetaron al dominio del Emperador estas regiones desconocidas a los historiadores: Cervantes, Aguilares, Villanuevas, Andrades, Jaramillos, Castañedas, Juárez, otros Avilas, y los demás que sería largo enumerar.

ALFARO

¡Qué linda plaza se sigue, y cómo embellece las casas no menos lindas! ¡Qué alegre vista de la campiña se descubre por esta calle empedrada! <sup>133</sup> (Plano N.)

ZAMORA

Antes bien, y no te causará menos placer, dirige la vista a esta otra calle que va a la plaza: es notable por sus altos y hermosos edificios, y corre también el agua por medio de ella. <sup>134</sup> Llámase de San Francisco, a causa del convento del mismo nombre. (Plano O.)

ALFARO

Nada hay en México que no sea digno de grandes elogios; pero me agrada sobre todo esta calle por lo mucho que se parece a la de Tacuba, y aun le lleva ventaja, porque como tiene mayor declive, no se hacen lodazales en tiempo de lluvias. <sup>135</sup>

ZUAZO

Demos vuelta aquí para ver mejor el convento desde la puerta. <sup>136</sup> (Plano 19.)

ALFARO

¿De quién es esta casa que se ve a la derecha, labrada a toda costa, y cuyos elevados pisos miran a la calle y a la acequia? (Plano 20.)

ZUAZO

De Castañeda, uno de los conquistadores de esta tierra. <sup>137</sup>

ALFARO

No sería fácil entrarla por fuerza, con ese foso que la ciñe.

ZUAZO

De esta acequia se conduce agua muy limpia para el convento y su huerta, por medio de cañerías subterráneas, y a través de una coladera de hierro. Pero detengámonos, para que, bien sea desde a caballo y mirando por las puertas abiertas, o bien apeándose, si mejor te parece, puedas contemplar la grandeza del atrio de San Francisco, y lo que tiene de notable.

ALFARO

Es tan plano como el de Santo Domingo, y en el centro tiene una cruz tan alta, que parece llega al cielo. <sup>138</sup> En verdad que debieron ser enormes los troncos de que se labró. Todo alrededor del atrio hay árboles que en altura compiten con la luz, tan bien ordenados y tan frondosos, que hacen bellísima vista. En las esquinas veo capillas, cuyo uso pienso que será el mismo. <sup>139</sup>

ZUAZO

Diste en el clavo.

ALFARO

Pero lo que más me agrada de todo es la capilla que está tras un

enverjado de madera, con todo su interior visible por el frente descuberto. Su elevado techo descansa en altas columnas disminuidas, <sup>140</sup> hechas de madera labrada, y en las que el arte ennoblece la materia (Plano 21.)

ZAMORA

Y agrega que están dispuestos de tal modo, que mientras el sacerdote celebra el divino sacrificio, puedan oírle y verle sin estorbo los innumerables indios que se juntan aquí los días festivos.

ALFARO

La iglesia no es muy amplia.

ZUAZO

En especial para cuando Bustamente predica. <sup>141</sup>

ALFARO

Sé que los mexicanos oyen con gran gusto a este insigne orador.

ZUAZO

Dignísimo es de que todos le oigan del mismo modo, porque enseña con claridad, deleita en gran manera, y conmueve profundamente a su auditorio.

ALFARO

Has definido completamente al orador. Bien se conoce la gran extensión de la huerta, por esa larguísima tapia, y por los árboles que sobre ella asoman.

ZUAZO

Enfrente queda el colegio de los muchachos mestizos, dedicado a uno y otro San Juan. <sup>142</sup> (Plano 22.)

ALFARO

¿A quiénes llamas mestizos?

ZUAZO

A los hispano-indos.

ALFARO

Explícate más claro.

ZUAZO

A los huérfanos, nacidos de padre español y madre india.

ALFARO

¿Qué hacen ahí encerrados?

ZAMORA

Leen, escriben, y lo que importa más, se instruyen en lo tocante al culto divino. Andan de dos en dos, en traje talar, y muchos de cuatro en cuatro, porque son pequeños.

ALFARO

¿A qué se dedicarán cuando crezcan?

ZUAZO

Los dotados de ingenio claro, se aplican a las artes liberales, y los que, por el contrario, carezcan de él, a las serviles y mecánicas: de modo que creciendo la virtud con la edad, cuando lleguen a ser grandes no se les hará obrar mal sino por fuerza. <sup>143</sup>

ALFARO

Nada es tan provechoso para la república, como educar de ese modo a sus hijos, a fin de que nunca se aparten del sendero de la virtud en que una vez fueron puestos y después encaminados.

ZUAZO

Mucho contribuye a nuestra felicidad o desgracia la enseñanza que de niños recibimos y se arraiga en nosotros con los años.

ZAMORA

Aquí atraviesa otra acequia (Plano P), y la que seguimos ciñe el convento por la parte del poniente. <sup>144</sup>

ZUAZO

Desde aquí se descubren las casuchas de los indios, que como

y ellos llaman dormitorios? ¡Cuán eminentes y espaciosas! ¡Cuántas y cuán grandes ceidas las adornan! ¡Qué hermosas vistas se logran desde sus ventanas! ¡Qué tránsitos tan largos y desahogados, para comunicar la luz que entra por los calados de piedra! Y el piso bajo, que es asimismo abovedado, en nada cede al de arriba. Dentro del templo se construyen a ambos lados capillas, mejores que las de Toledo, para que sirvan de entierro a la nobleza. Ese gran espacio que ves delante de la iglesia, ha de ser una plaza, a la que se subirá por varias gradas; y de allí a la entrada de la iglesia quedará un suelo perfectamente plano, cercado con postes de piedra a distancias proporcionadas, y encima sus leones de lo mismo, a guisa de guardianes, unidos por una grucsa cadena de hierro.

## ALFARO

Lo comenzado promete cosas mucho mayores y más bellas; y si no me equivoco, cuando esté acabada será una obra verdaderamente magífica, de tanto mérito y fama, que con toda justicia podrá contarse por la octava maravilla del mundo, añadiéndola a las siete tan celebradas por historiadores y poetas.

## ZAMORA

"Obra que la fama ensalzará sobre todas."<sup>111</sup>

## ZUAZO

Si más hubiera vivido Cortés, no dudo que el hospital dedicado a la Virgen, que dejó tan soberbiamente comenzado, habría sido igual a sus otras obras.<sup>112</sup> (Plano S, 27.)

## ALFARO

Los principios de este edificio anuncian ya su grandeza.

## ZAMORA

Muy pronto se adelantará la obra con el dinero que hay ya reunido

de los tributos destinados al aumento de este hospital.

## ALFARO

Hermosa es la fachada y excelente la disposición del edificio. Pero ruegote me informes de lo que realmente constituye el mérito de tales fundaciones. ¿Qué enfermos se reciben y qué asistencia se les proporciona?

## ZUAZO

Admítese a todos los españoles que tengan calentura, y son curados con tal caridad y esmero, que no están asistidos mejor ni con más cariño, los ricos en su propia casa, que los pobres en ésta.

## ALFARO

¡Oh, una y mil veces dichoso Cortés! que habiendo ganado esta tierra para el Emperador a fuerza de armas, acertó a dejar en ella tales testimonios de su piedad, que harán impercedero su nombre. Mas ¿por qué apresuráis tanto el paso de los caballos?

## ZAMORA

A fin de llegar a tiempo para la comida, porque ya son más de las doce.

## ALFARO

Has despertado con esto el apetito dormido y medio apagado. Dime por último ¿de quién son esas casas que hemos visto a la ligera y como de paso, cuyos grandes portones con argollas doradas atestiguan la riqueza del dueño o del que las mandó edificar?

## ZAMORA

El dueño y quien las labró es Alonso de Villasaca, que con sólo su industria y sin perjuicio de nadie (cosa que el adagio niega ser posible), ha juntado tal caudal, que en tierra tan rica es tenido por un Craso o un Midas.<sup>112</sup>

tepec, y descubramos de allí sin estorbo ni dificultad todos los contornos de México.

## ALFARO

No me gusta hacerme de rogar, y mucho menos de un amigo fiel y verdadero.

## ZAMORA

Ponte, pues, a la mesa, y cuento con que tu compañía hará que la comida sea tan cortés como alegre: tal, en suma, cual Varron la quiere.<sup>113</sup>

## ALFARO

Indudablemente que nada podrá faltarle de lo que constituye la verdadera y efectiva felicidad, si poseyendo tantos bienes sabe vivir pobre de espíritu.

## ZUAZO

El hombre es tal como le pintas; y con esto dio fin nuestro paseo. Ruegote, pues, que te apes, porque esta es mi casa y la de mis amigos. Haznos también el favor de comer con nosotros, para que de aquí vayamos con más comodidad a Chapul-

## ALFARO

Lo más admirable deja de serlo, si cada día se repite, y así es que en todo la frecuencia quita o disminuye la maravilla; por lo que con razón se dijo: "de lo que uno se admira, otro se burla".

## ZUAZO

Comenzando por describírtelo, te diré que es un árbol que desde la raíz arroja a todos lados muchas hojas grandes, gruesas y puntiagudas, cercadas de espinas durísimas: crece luego recto hasta la altura de una lanza, a modo de columna o de pino sin ramas. Es más grueso en la punta, y cuando llega a la madurez, echa unos flores, pajizos. Si se corta, vuelven a brotar; si se deja, se seca al cabo de un año; pero sembrando una hoja, renace un nuevo árbol.

## ALFARO

Como el Fénix de sus propias cenizas. Pero dime ahora para qué aprovecha.

## ZAMORA

De las hojas verdes, machacadas y deshebradas en el agua sobre unas piedras, se hace una especie de cáñamo, y de él, hilo con el cual se tejen telas que suplen por las de lino, y se tuercen también cuerdas gruesas y delgadas. La espina, tan dura como si fuera de hierro, en que remata cada hoja, hace oficio de aguja. Las hojas sirven de tejas para techar casas: las más inmediatas a la tierra son blancas y tiernas, y los indios las aderezan de tal modo, que resultan gratísimas al paladar. Estan- resultan do secas, son leña que da un fuego manso y sin humo; diécse que las cenizas son excelentes para varios usos. Arrancado el tallo del centro, se coloca en los techos en vez de vigas; en el hueco que deja, cercado de hojas, se deposita un licor de que primero se hace miel, luego vino, y por último vinagre. De la miel cocida se hace azúcar; y en fin, otras muchas cosas que por ser tan-

tas no pueden retenerse en la memoria, y que ni Plinio ni Aristóteles pensaron ni menos escribieron, con haber sido tan diligentes escudriñadores de la naturaleza.

## ALFARO

En verdad que son cosas extrañas e inauditas las que me refieres, y con dificultad podrá creerlas quien no las vea. Con ellas se hacen ya crebles las que juzgamos portentosas o fabulosas, entre las que los antiguos escribieron.

## ZAMORA

¿Pues qué te diré de la tuna, que los indios llaman *nuchili*?<sup>106</sup> Después de echar sin orden, y más bien en ancho que en alto, unas hojas grandísimas y erizadas de espinas, produce primero tunas de sabor exquisito, mayores que muy grandes ciruelas y luego en las flores de las mismas ería unos como gusanitos, que matados en el rescoldo son una gran finísima, la mejor que se conoce. A España se lleva una gran cantidad de ella, y a pesar de eso se vende muy cara. Dondequiera que cae una hoja de ese árbol, forma en breve otro árbol semejante; y lo admirable es que a su tiempo aparece pegada en las hojas una goma que llamamos *alquiira*, de que se aprovechan mucho los confiteros.

## ALFARO

Cosas increíbles me refieres. ¿Qué vestidos son esos tan blancos, y con labores de diversos colores?

## ZAMORA

*Enguans* y *huipiles*,<sup>107</sup> ropas de las indias, y mantas que los hombres usan por capas. La mayor parte son de algodón, porque las más ordinarias se hacen de *nequen*, o hilo de maguey.

## ALFARO

Todas son cosas tan peregrinas como sus nombres, y así es natural que

sucedan, pues son producciones de un nuevo mundo. Pero desco saber si hay en México otros mercados además de éste.

## ZAMORA

Hay otros dos: uno en San Hipólito y otro en Santiago,<sup>108</sup> el cual dista una milla, o más, de éste, llamado de San Juan. Es cuadrado, y tan grande, que no faltaría allí terreno para edificar una ciudad. Ciérrale por el lado del norte un convento de franciscanos en que hay un colegio donde los indios aprenden a hablar y escribir en latín. Tienen un maestro de su propia nación, llamado Antonio Valeriano, en nada inferior a nuestros gramáticos, muy instruido en la fe cristiana, y aficionadísimo a la elocuencia. Enfrente está el magnífico palacio de su gobernador, que ellos llaman *cacique*, y contigua queda la cárcel para los reos indios. Los otros dos lados son de portales de poca apariencia: en el centro, a manera de torre, se levanta un patíbulo de piedra. Es tal la muchedumbre de indios tratantes que concurren a este mercado, que llegan a veinte mil y aún más.

## ALFARO

¿Qué moneda usaban los indios antes de la llegada de los españoles? Porque, según Aristóteles, la moneda representa el precio de todo lo vendible.

## ZUAZO

Cambiaban unas mercancías por otras, y además se valían de una especie de bellotas, que ellos llaman *cacahuatl*: éstas eran tenidas entonces en mucha estimación, porque no sólo servían de moneda, sino también de comida y bebida. Aun hoy se estiman lo mismo; sirven de moneda menuda y cámbianse por las de plata. Consúmese anualmente en comida y bebida una cantidad enorme, y no duran mucho sin echarse a perder.<sup>109</sup>

## ALFARO

¡Cuán admirable es en su variedad la naturaleza!

## ZAMORA

Mira con toda atención y cuidado el convento de San Agustín, único que nos faltaba que ver, y ha de ser con el tiempo uno de los más bellos ornamentos de la ciudad: observa qué hermosa fábrica, qué alta y adornada.<sup>110</sup> (Plano R, 26.)

## ALFARO

Profundos y muy sólidos debieron ser los cimientos, para que pudiesen sostener sin peligro tan inmensa y elevada mole.

## ZAMORA

Agotada primero el agua por medio de bombas, se asentaron luego grandes piedras con mezcla, para levantar desde allí hasta esa altura las gruesas paredes que estás viendo. Todos los techos (cosa que no hallaras en otra parte), son de armaduras, por las cuales escurre fácilmente a la calle el agua llovediza.

## ALFARO

Tales techumbres curvas y abovedadas ennoblecen mucho los edificios, con tal de que las maderas estén labradas con arte.

## ZUAZO

Ricamente adornado de casetones está, en el templo y claustro, el interior de los techos que a manera de bóvedas descansan sobre arcos de piedra, cruzados y entrelazados con maravilloso artificio.

## ALFARO

Las bóvedas artesonadas y matizadas de diversos colores, son mucho más elegantes que todas las otras.

## ZAMORA

¿Qué te diré de las dos crujiás interiores que ocupan los religiosos,

DIALOGO TERCERO  
(SÉPTIMO DE LA PRIMERA EDICIÓN)

ESTA TESIS NO DEBE  
SALIR DE LA BIBLIOTECA

## ALREDEDORES DE MEXICO

Interlocutores: ZAMORA, ZUAZO y ALFARO.

ALFARO

Hemos comido, no en la casa de Zuazo, sino en la de Lúculo, y aun en la sala de Apolo.<sup>173</sup>

ZAMORA

Con cuánta más razón hablarías así, si hubieras llegado poco después de conquistada esta tierra.<sup>174</sup>

ALFARO

Pues qué, ¿en lo sumo cabe todavía aumento?

ZUAZO

No fueron más suntuosas las cenas de los sibaritas ni las de Siracusa.<sup>175</sup>

ALFARO

¡Oh cenas y noches divinas!<sup>176</sup>

ZUAZO

Demasiado hemos hablado de esto. Saigamos ya,<sup>177</sup> porque han dado las dos de la tarde, y aún tiene Alfaro mucho que ver.

ALFARO

Muy bien pensado. Pero vamos, si te parece, por el rumbo en que haya sitios más amenos, que son los que mayor realce suelen dar a una gran ciudad.

ZAMORA

Así será, porque iremos a Chapultepec, siguiendo el acueducto,<sup>178</sup> para ver de camino otras muchas cosas.

ZUAZO

Y mira todo con cuidado, porque no has de volver por aquí.

ALFARO

¿Pues por dónde?

ZAMORA

Por otro camino igualmente agradable. Desde la fuente hasta aquí, viene el agua casi toda reunida; pero más adelante se divide, como ves, en tres partes: una en el centro y dos a los lados, todas de no escaso caudal.

ALFARO

Si no me engaño, esta mañana anduvimos por aquí.<sup>181</sup> (Plano N.)

ZAMORA

Dices verdad. Nota ahora cuán ancha es esta calzada,<sup>182</sup> que con dividirla por medio el acueducto, todavía a cada lado queda paso para los carruajes encontrados. (Plano 28.)

ALFARO

No fue tan concurrida la Vía Apia, de que Cicerón hace honorífica memoria en varios lugares de su defensa de Milón.<sup>183</sup> Tiene suficiente altura sobre los campos, para que en tiempo de aguas no se inunde al par de ellos. A la derecha hay dos iglesias, no poco distantes una de otra.<sup>184</sup> A la izquierda está el *tianguis* de los indios, y henchido por cierto, de gentes y mercaderías.<sup>185</sup> (Plano 30.)

## ZUAZO

En el templo más distante, dedicado a San Hipólito, cada año, el día de la fiesta titular, se juntan todos los vecinos con gran pompa y regocijo, porque ese día fue ganada México por Cortés y sus compañeros. Con la misma pompa lleva el estandarte uno de los regidores, a caballo y armado, precedido de una multitud de vecinos, también a caballo, para que la posteridad conserve la memoria de tan insigne triunfo, y se den gracias a San Hipólito por el auxilio que prestó a los españoles en la conquista.<sup>156</sup> Del templo tomó nombre el mercado de los indios que está delante.<sup>157</sup> Siguenese luego, abajo del camino, los ejidos de la ciudad, muy agradables por su perpetuo verdor, y suficientes para muchos miles de cabezas de ganado.

## ALFARO

¡Cuán extensos son y amenos!  
¡Cómo recrean la vista y alegran el ánimo!

## ZUAZO

Aquel llano que está entre las casas de campo es el lugar en que los caballeros, que en agilidad y maestría en la equitación aventajan mucho a los de todas las demás provincias, se adiestran en ejercicios ecuestres, y se ensayan en combates simulados, para estar listos cuando se ofrezcan los verdaderos. Entre nosotros se llama *potrero*,<sup>158</sup> porque los picadores<sup>159</sup> doman allí los potros; pues el verbo español *potrear* significa amansar y adiestrar de tal modo en los movimientos a los potros brutos y no enseñados al freno, que como dice Horacio: *el caballo enfrenado tenga el oído en la boca*.<sup>160</sup>

## ALFARO

¡Gran Dios! ¡cuántas, qué grandes y qué magníficas casas de campo adornan ambos lados de la calzada, en extensas y amenísimas huertas regadas por caños sacados del

acueducto! ¡Qué vista hay en España que pueda igualarse o compararse con esta?<sup>161</sup> En esta gran casa se parte el camino en dos, y bien umbrosos ambos.<sup>162</sup>

## ZAMORA

Uno va a Tacuba y otro a Chapultepec; y esa casa tan magnífica pertenece a Cortés.<sup>163</sup>

## ALFARO

Nada edificó este heroico varón que no diese a la posteridad amplio testimonio de la grandeza de su ánimo. Pero el canal o acueducto que lleva el agua a la ciudad había sido hasta aquí de bóveda, con lumbreras a intervalos en la parte superior, para dar entrada al sol y al aire; y ahora, de aquí a la fuente, va todo descubierta.

## ZAMORA

Se hizo así por dos razones: porque desde aquí no es ya tanta la gente que transita, y para que, recibiendo antes de lleno el sol y el aire, camine más purificada el agua dentro de la bóveda.

## ALFARO

Juzgas con acierto. Mas ya desde aquí vuelven a descubrirse hasta muy lejos por ambos lados del camino los ejidos, llenos de ganado que paca a una y otra parte. Enfrente quedan unas lomas feracísimas, muy agradables por sus bosques y sementeras, en que descansa la vista con deleite.

## ZUAZO

Corre para Cuyoacán<sup>164</sup> una calzada, notable por ser tan llana, y por la amenidad de su campiña. Este es el bosque, y en él se halla la fuente que provee de agua al acueducto. Cerca de ella se levanta, como ves, un cerro muy alto, desde donde se otea perfectamente la ciudad de México.

## ALFARO

¿Con qué objeto está el bosque cercado de tapias tan altas, y sólo a muy pocos se permite la entrada en él?

## ZUAZO

Para que no ensucien el agua los indios que pasan, y para que los cazadores no maten o ahuyenten la mucha caza que hay de gamos, ciervos, conejos y liebres.

## ALFARO

¿Qué inscripción es la que está en una lápida sobre la puerta?

## ZAMORA

DON LUIS DE VELASCO  
VIRREY DE ESTA NUEVA ESPAÑA  
DEDICA A SU SOBERANO  
ESTE BOSQUE  
LUGAR DE RECREO PÚBLICO  
HERMOSO POR SU FRONDOSIDAD Y  
FABRICAS.<sup>165</sup>

## ALFARO

Tiene sabor antiguo, y lo mejor es que dice la verdad. ¿Quién la compuso?

## ZUAZO

Según he sabido, Cervantes Salazar,<sup>166</sup> uno de nuestros profesores, que en cuanto puede procura que los jóvenes mexicanos salgan eruditos y elocuentes, para que nuestra ilustre tierra no quede en la oscuridad, por falta de escritores, de que hasta ahora había carecido.

## ALFARO

Mucho debéis al que procura lo principal de todo, que es libraros de quedar sepultados en el olvido.

## ZAMORA

Una sola puerta da paso a la fuente, y árboles altos y copados sombrean la entrada. Y para que no caigan dentro las piedras y pedascos, las basuras e inmundicias

que puedan bajar del cerro cercano, está el manantial rodeado de una alta tapia. Entra, y siéntate en el pozo, para que examines mejor todo.

## ALFARO

Aunque he visto mucho, jamás hallé cosa tan digna de verse como esta fuente. Apenas se acerca uno a ella, cuando ya admira, recrea y conforta la vista y el ánimo con extraño y casi increíble deleite. ¡Cuán grande y dilatada es la extensión de la alberca! ¡Cuánta su profundidad, y tal que en muchas partes no se descubre el fondo! Cierro que tiene ámbito y hondura suficientes para una nave de carga. Añádase ser el agua tan clara, que a pesar de ser tanta su profundidad, pueden verse desde aquí las piedrecillas del fondo. Y para beber no es menos agradable.

## ZAMORA

Los rayos del sol y la sombra de los árboles la tiñen de mil colores, y como la profundidad no es igual en todas partes, se reflejan dentro, cuando luce el sol, muchas y admirables figuras, con más colores que el arco-iris.

## ZUAZO

Todo alrededor de la tapia hay asientos de mampostería y entre ellos y la orilla de la alberca queda espacio bastante para que puedan pasear dos o tres personas de frente.

## ALFARO

Así se combina la mejor navegación, que es la de junto a la tierra, y el mejor paseo que es el de junto al mar. Al poniente, o casi, y no lejos del agua, está primero un pórtico de piedra, desde donde se goza muy agradable vista de la alberca. En fin, tanto mérito dan a esta fuente la naturaleza y el arte, que ya sea que atiendas al caudal y utilidad de sus aguas, ya a su limpieza y situación, no pueden serle compara-

das las fuentes Cabura, Cifusa,<sup>197</sup> Aganipe, o Clitoria, tan celebradas por los escritores.<sup>198</sup>

## ZAMORA

Si como parecen pensarlo Avicena e Hipócrates, la mejor agua es la que más se asemeja al aire; la que más presto se calienta y se enfria; la que cocida no deja costras en las vasijas; la que cuece en menos tiempo las legumbres, y en fin, la más ligera, entonces no hay ninguna preferible a esta nuestra.

## ALFARO

Plinio dice<sup>199</sup> que pesando las aguas es muy raro que una sea más ligera que otra; pero según afirma Avicena el agua de fuente, como ésta, es la más saludable, sobre todo, la de lugares despejados. La que no tiene olor ni sabor alguno es la más estimada para guisar.

## ZUAZO

Tampoco carece de mérito la que no tiene color.

## ALFARO

¿Por dónde está la subida al cerro?<sup>200</sup> Porque hace ya rato que estoy impaciente por tener a la vista toda la ciudad de México.

## ZAMORA

Por aquí subiremos a caballo, pues a pie nos cansaríamos.

## ALFARO

Antes bien, si te parece, subamos a pie, sentándonos cuando nos agrade; porque si vamos a caballo, la bajada no será igualmente segura.

## ZUAZO

Es prudente consejo. Dejemos, pues, nuestras capas a los criados, para ir más desembarazados en la subida.

## ALFARO

¿Para qué son estas gradas tan anchas y largas, que llegan hasta arriba, y rodean casi todo el cerro?<sup>201</sup>

## ZAMORA

Aquí cultivaba Moteczuma árboles como en un jardín; y asimismo más adelante y en la bajada verás por otras partes muchos huertos semejantes, porque los indios preferían las cuestas a los llanos.

## ALFARO

Parece que quisieron hacer unos pennisles.

## ZAMORA

Una cosa así.

## ALFARO

¿Cómo se va adelgazando el cerro hasta el pequeño edificio que está en la cima?<sup>202</sup>

## ZUAZO

Así vio bien para que se pudiera ver todo lo que está abajo. Has de saber, sin embargo, otra cosa no menos digna de ser sabida, y es que había otros cerros mucho más altos que éste, hechos a mano, y de que aún existen algunos. Subíase por escalones de piedra hasta el remate, que era una placeta; y en ella, como reses en un rastro, sacrificaban y ofrecían a los ídolos víctimas humanas, sacándoles primero el corazón. Y esto es notorio que no acostumbraban hacerlo solamente cada año, sino casi cada mes, en cuyo género de sacrificio, cosa apenas creíble, perecieron innumerables hombres.<sup>203</sup>

## ALFARO

¡Oh y cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su actual felicidad, y de la antigua servidumbre a esta verdadera libertad! Y también ¡mil veces dichoso el soberano en

cuyo siglo y en cuyo nombre se conquistó y convirtió a la fe cristiana este Nuevo Mundo, antes desconocido, y poblado de innumerables gentes que con tal estrago y matanza rendían obsequios a sus mentidos dioses!

## ZAMORA

Tiende ahora la vista, y abarcarás por entero la ciudad de México.

## ALFARO

¡Dios mío! qué espectáculo descubro desde aquí; tan gracioso a los ojos y al ánimo, y tan hermoso y variado, que con toda razón me atrevo a afirmar que ambos mundos se hallan aquí reducidos y comprendidos, y que puede decirse de México lo que los griegos dicen del hombre, llamándole Microcosmos.<sup>204</sup> o mundo pequeño. Está la ciudad toda asentada en un lugar plano y amplísimo, sin que nada la oculte a la vista por ningún lado. Los soberbios y elevados edificios de los españoles, que ocupan una gran parte del terreno, y se ennoblecen con altísimas torres y excelsos templos, están por todas partes ceñidos y rodeados de las casas de los indios, humildes y colocadas sin orden alguno, que hacen veces de suburbios, entre las que también sobresalen iglesias de tan magnífica construcción como las otras. Y es tanto el terreno que ocupan las habitaciones de indios y españoles, que no es aseguible cerrarle con muros.<sup>205</sup> Más lejos rodean la ciudad lomas, collados y montes de desigual altura, unos naturalmente selvosos y abundantes de madera, otros cultivados y fertilísimos. En todos se ven muchas haciendas que embellecen admirablemente la ciudad y los campos circunvecinos.

## ZAMORA

Desde las lomas hasta la ciudad (cosa que realiza su mérito) hay por cualquier lado diez leguas, y aún más, de campos de regadío, baña-

dos por las aguas de acequias, ríos y manantiales. En ellos tienen asiento grandes ciudades de indios, como Tetzcoco, Tacopan, Tepeaquilla, Azcapotzalco, Cuyoacán, Iztapalapan y otras muchas.<sup>206</sup> De ellas son esas iglesias blanqueadas que miran hacia México.<sup>207</sup>

## ZUAZO

De los campos más cercanos a la ciudad, unos son ejidos de abundantes pastos para el ganado lanar, caballar y vacuno; otros son de árboles frutales, y tan propios para cualquier cultivo, que a excepción de la viña, cuanto allí se siembra produce cosechas increíbles. En ellos hay haciendas y casas de campo, tan bellas todas y feraces, que al mismo tiempo que esparcen el ánimo, mantienen decentemente a muchas familias.

## ALFARO

Y para que no falte cosa para que este cuadro exceda a todos en belleza, entiendo que es muy abundante de pesca la laguna que desde el pie de los montes se extiende y dilata mucho de oriente hacia el poniente y sur, cubierta de embarcaciones de indios con sus redes de pescar. Dentro de ella nacen, entre oriente y sur, dos cerros, bien gruesos y elevados.<sup>208</sup>

## ZAMORA

En el oriente, que es el más próximo, hay un manantial siempre caliente, encerrado dentro de un primoroso edificio abovedado, y es un saludable baño para los enfermos. En el otro, que queda al sur, hay maravillosa cantidad de liebres, conejos, ciervos y patos cimarrones; y le adorna un magnífico palacio del Marqués.

## ZUAZO

Observa, fuera de eso, una cosa que ciertamente sirve de defensa a la ciudad, y por lo mismo le da mérito, y es que no puede fácilmente ser tomada por fuerza, a cau-



su de la laguna que rodea y baña sus campos. Porque no es posible llegar a la ciudad sino por las calzadas, que son varias, muy anchas, y elevadas sobre el resto del terreno, estando todos los campos inmediatos a ellas cortados por muchas zanjas, de manera que en tiempo de aguas se inundan de tal modo, que aquello no parece laguna, sino mar. Junto a algunas de las calzadas que conducen a la ciudad, vienen de muy lejos hasta el interior de ella acequias o arroyos sacados de los ríos mayores, y al volver a salir entran en la laguna, de lo cual resulta que nunca bajan sus aguas, ni aun en el mayor rigor de la canícula.

## ALFARO

¿Hay habitantes en las lomas y montañas?

## ZAMORA

Muchísimos indios, y entre ellos gran número de granjas de españoles llamadas *estancias* por los mexicanos; varias de ellas tan productivas, que mantienen ganados, y dan con abundancia trigo y otras semillas. Las tierras bajas gozan de riego, que las fertiliza. Te he dicho ya casi todo: bajemos ahora para regresar a México por otro camino.<sup>219</sup> (Plano 31.)

## ALFARO

Dices bien. Mas puesto que hay ocasión, mientras vamos por ese otro camino, informadme, si os parece, de lo último que me resta saber, esto es, del clima y naturaleza de la Nueva España, cuya cabeza es México, así como de la vida y costumbres de los indios.

ZAMORA<sup>220</sup>

En todo nos hallarás dispuestos a complacerte. Yendo por este camino que va en derredura a México, tratémos brevemente (pues por extenso no sería posible) de la Nueva España y sus habitantes, y primeramente de la tierra y del clima. Es

pues, la Nueva España, según dice Juanoto Durán,<sup>221</sup> una parte de la Grande España.<sup>222</sup> No tiene figura determinada, porque es cuadrada, ni cuadrilonga, ni triangular, ni redonda; pero si más larga que ancha, pues tiene de largo desde el puerto de la Natividad a Soconusco doscientos veinte leguas, y desde el norte por los Zacatecos al río Cuipitilo, hay ciento cincuenta. La anchura, desde el río de las Palmas hasta el Mar del Sur, es poco menos de ciento sesenta leguas. Desde allí se va angostando, y recogiendo tanto, que en Guazacato no llega a cuarenta. Tiene por el norte la provincia de los Guichichiles; bñanla al sur las aguas del océano ulterior, y ciñe sus costas orientales<sup>223</sup> el mar de la Nueva España. La provincia de Guatemala forma el límite al oriente, y por el occidente termina el reino en Compostela. Entre las provincias que comprende la Nueva España, las más famosas son Michoacán, Oaxaca, y principalmente Tlaxcala.<sup>224</sup> Es continuosa la Nueva España en muchos lugares, aunque no infructifera; además es un gran llano. Tiene muchas manantiales perennes y ríos, aunque no muy grandes. Está muy poblada, y es riquísima de oro, plata, y otros metales. Una buena parte del terreno está erial e inculto, por lo que los indios ocupan mucha tierra, y cultivan poco; aprovechanse mucho de las aguas de riego. En general, el suelo es fértilísimo, y tal que es muchas partes produce cosechas tempradas. Apenas es creible que tierra de Puebla las mieses rindan tanto por uno en cualquier tiempo del año: de manera que aquí brota la caña: más allá espiga, la que se sembla un poco antes; y la otra que le precedió el tiempo necesario, está ya madura y a propósito para la siega.<sup>225</sup> Es fértil en frutos,<sup>226</sup> tanto indígenas como de España, y sólo es pobre de vino y aceite. Pere produce en abundancia lana, algodón, grana, azúcar, miel, ganado menor, y mayor, del que se lleva a España gran cantidad

de cueros.<sup>227</sup> Es tan abundante la caza, que aun los que no la buscan ni son cazadores, encuentran a cada paso águilas, garzas reales, garzotas<sup>228</sup> y ansares salvajes; o bien liebres, conejos, gamos, ciervos, osos, leones y tigres, porque lo más de esta tierra es muy frondosa de bosques y selvas. En una palabra: considera dicho de la Nueva España lo que Cicerón escribió del Asia,<sup>229</sup> pues como él dijo, aventaja sin disputa a todas las naciones del mundo en la fertilidad de su suelo, en la variedad de sus productos, en la extensión de sus pastos, y en el gran número de géneros de contratación: digna, en fin, de que por la admirable templanza del clima se le llame también la *Afortunada*, como a las islas de este nombre:<sup>230</sup> pues aunque en partes es algo caliente, y en otras algo fría, nunca excede de límites moderados. Es tal la temperatura de México y de los lugares vecinos, que así en invierno como en verano puede usarse la misma ropa en la persona y en la cama. En la provincia de Michoacán hay lagunas de gran extensión y profundidad, en las cuales se levantan tempestades como pudiera en el mar, y producen pescadía con increíble abundancia. Fuera de lo demás, críanse en toda la Nueva España caballos excelentes,<sup>231</sup> de admirable agilidad, y que casi nunca se cansan de correr o andar: son, en suma, más hermosos que los de España. Una sola cosa falta para completar la felicidad de esta provincia.

## ALFARO

¿Y cuál es? Porque sólo echo de menos el vino y el aceite.

## ZAMORA

Que los españoles conquisten y pongan bajo el dominio del Emperador la Florida, a la cual se va pronto y fácilmente por mar, y por tierra tampoco es difícil el camino.<sup>232</sup>

## ALFARO

Y de ello. ¿qué comodidades y riquezas pueden venirle a esta provincia?

## ZAMORA

Muchas: porque todo cuanto produce la antigua España, situada en el Viejo Continente, de donde nos vienen las mercancías con tanto retardo y dificultad, se traería de la Florida, confinante con nosotros, donde todo abunda mucho más.

## ALFARO

Confío en que así se verificará algo un día.

## ZAMORA

Será tan pronto como lo determine el Emperador, que no acostumbra acometer las grandes empresas sin madura reflexión. Lo demás que toca al clima y suelo de la Nueva España, y de que no sería posible dar noticia sin alargarse demasiado, lo puedes ver mejor y con más extensión en la geografía de este Nuevo Mundo que muy pronto dará a luz Juanoto Durán,<sup>233</sup> persona verdadísima en ello. De las costumbres y leyes de los indios, Zuazo, que hasta ahora ha calado,<sup>234</sup> y es diligente investigador de esas cosas, podrá informarte con verdad y elegancia, como acostumbra, aunque con la brevedad que pide la escasez de tiempo, pues comienza a anochecer y estamos cerca de la ciudad.

## ALFARO

Ruégote, Zuazo, que así lo hagas...

[Faltan dos páginas del original.]

## ZUAZO

Los reyes cuidaban sobre todo de que nadie se estuviere ocioso, sabiendo que era imposible dejar de obrar mal el que viviese en la ociosidad. Los palacios de los reyes y principales eran sumamente magníficos, y

por el contrario humildes y bajas las casas de los pobres, apartadas como ahora, y sin orden alguno.<sup>227</sup> Muchas veces dijo Moteczuma que obedecían más por temor que por amor, lo cual ha confirmado la experiencia.<sup>228</sup> No conocían las bestias de carga; los hombres y mujeres del pueblo llevaban las cargas sobre la espalda, pendientes de la cabeza, a lo cual se acostumbraban desde pequeños. Tenían cuantas mujeres podían mantener, pero entre ellas una era la principal, cuyos hijos eran los legítimos y herederos, como si nacieran de matrimonio. Usaban alimentos muy cocidos, condimentados con una especie de pimienta que llaman *aji*. De las raíces del niaguey sacaban un vino que embriaga más que el nuestro, y trastornados con esa bebida, intentaban toda suerte de crímenes. Peleaban a pie, porque no conocieron los caballos. Cuando vieron por primera vez los jinetes españoles, pensaron que eran así por naturaleza, de suerte que luego ofrecieron a los caballos la misma comida que a los jinetes. En vez de

espadas usaban *macanas* de madera, con navajas de pedernal encajadas por ambos lados hasta la punta, y se servían de rodajas para resguardarse; peleaban desnudos. Para hacerse fuertes contra los enemigos, aprovechábase de cerros naturales o hechos a mano, como de fortalezas o castillos, teniendo a gran honra morir en la guerra. Se comunicaban con los ausentes, no por medio de letras, sino de figuras de animales pintados en ciertos papeles, a imitación de los egipcios. Todos, excepto los principales, andaban con la cabeza descubierta, y descalzos de pie y pierna. La noche, que corta nuestra conversación, me impide continuar como había comenzado. Así, pues, me harás favor de excusarme, más por falta de tiempo, que de buena voluntad; y mientras aguardas a mañana para lo que resta, ve con Zamora en hora buena, pues desde aquí tengo que irme a casa.

ALFARO

Pues que te vaya bien.

RIVA Palacio, Vicente.

MONJA Y CASADA,  
VIRGEN Y MÁRTIR.

2 Tomos, Edición y Prólogo  
de Antonio Castro Leal,  
México, Editorial Porrúa,  
S.A.1988 (Colección de  
Escritores Mexicanos)

UNIDAD I.-PANORAMA DE  
LA EPOCA COLONIAL

EL AUTOR:

Vicente Riva Palacio y Guerrero, nació en la ciudad de México el 16 de octubre de 1832 y fue nieto por línea materna del general Vicente Guerrero. Realizó la carrera de abogado y al triunfo de la revolución de Ayutla fue regidor en 1855 y diputado en 1861.

Fue nombrado gobernador del Estado de México en 1865 y del estado de Michoacán en 1865.

Esforzado defensor de la patria, participó en el sitio de Querétaro contra los imperialistas, y al triunfo de la República, regresó a la ciudad de México e inició sus publicaciones.

En 1874 publicó contra el gobierno de Lerdo de Tejada sus famosos periódicos satíricos: El Ahuizote y El Radical.

Fue nombrado magistrado de la Suprema Corte de Justicia y ministro de México en Madrid, ciudad en la que murió el 22 de diciembre de 1896.

Su producción literaria abarcó muchas facetas del quehacer literario. Fue novelista, historiador, poeta, cuentista, crítico, prosista satírico, orador, escritor de leyendas y ocasionalmente autor dramático, así como periodista.

Pretendía, antes que nada, entretener, divertir, interesar la curiosidad del lector teniéndole pendiente de lo que sucedería dentro de la trama , y acumulando para ello lances y episodios en ocasiones espeluznantes pero, más que al presente, volvía sus ojos al pasado. De ahí su afán por revolver en los archivos; de ahí el carácter histórico de sus novelas. Su estilo es sobrio, ceñido y fino.

Sus obras más importantes fueron: Libro de poemas Flores del Alma; El Virreinato; Tomo II de México a través de los siglos; Calvario y Tabor; Monja y Casada, Virgen y Mártir; Martín Garatuza; Los piratas del Golfo; Memorias de un impostor; Don Guillén de Lampart, Rey de México; Los cuentos del General.\*

#### LA OBRA.

Monja y Casada, Virgen y Mártir, novela ambientada en la época colonial, es una magnífica descripción de la vida y costumbres que se tenían en esta época. Hace referencia tanto a la vida que tenían los esclavos, como a los nobles, el pueblo, las autoridades eclesiásticas, los gobernantes, además de referencias a la situación social y política de la Nueva España.

\*Información apoyada en: Enciclopedia Gráfica del Estudiante. Consultor Didáctico por Materias. México, Promexa, 1986. Volumen: Literatura Española, Universal, Hispanoamericana, Mexicana, p.208 y en Diccionario Porrúa, Op.Cit. Vol II, p.1769

El tema principal de la obra, es la intriga, la ambición, y la impunidad con que se cometían abusos de los aristócratas y peninsulares y en general, con las personas de menor rango social.

El motor de toda la trama es el conflicto familiar dentro de dos familias, ambas compuestas por dos hermanos, un hombre y una mujer, y en las cuales los varones desean la posesión de las cuantiosas herencias que estaban en juego y que debían compartir con sus hermanas.

El varón en la sociedad Novohispana, tenía toda la autoridad dentro de su familia: la mujer era totalmente ignorada, y si había en juego riquezas, la forma más sencilla de deshacerse de las posibles herederas era que murieran, declararlas locas, o internarlas en un convento, con lo que perdían todo derecho sobre sus posesiones.

En todo lo anterior, el clero jugaba un importantísimo papel, pues para que recibieran en los claustros de un convento a una nueva interna, tenía que ser depositada una cuantiosa suma como dote, misma que nunca era devuelta y que garantizaba a los familiares, la absoluta vigilancia sobre la novicia, y la seguridad de que nunca iban a tener que preocuparse por recibir "sorpresas".

Es muy interesante conocer el hecho de que, una vez recluidas en esas instituciones conventuales, nadie podía salir de ellas, así como nadie podría recibir visitas.

Existieron excepciones, como en el caso de Sor Juana Inés de la Cruz, quien recibía la visita tanto de la Virreina, como de importantes preladados que la mantenían en contacto con el exterior, con lo que su producción literaria tenía la posibilidad de salir de los muros del convento.

Fuera de algunos excepcionales casos, las monjas no volvían a salir de su encierro ni muertas, pues eran enterradas en el cementerio con el que contaba el convento.

La novela de Riva Palacio nos habla de todo lo anterior e incluso nos describe una fuga que desencadena aún más la furia del hermano de una monja y también del clero, acción por la cual nos es permitido conocer los procesos que se efectuaban en los recintos del Tribunal del Santo Oficio, y de los diversos tormentos que en él se aplicaban para obtener las confesiones de los reos que ahí llegaban.

Siendo ésta una novela de enorme contenido histórico, no quiere decir que todos sus personajes sean reales, pero se engarzaron diestramente los sucesos reales con historias que sin duda se repitieron por decenas entre la población de la Colonia.

Los capítulos seleccionados son: En Donde El Lector Conocerá a la Sarmiento; La Historia del Esclavo; En que el Negro continúa su Historia; El fin de la Historia de Teodoro; Monja y Casada, Virgen y Mártir; Cuestión de Tormento; los que con más fuerza nos narran la vida tanto del esclavo Teodoro, que tan importante papel desempeña de principio fin de la novela, como la de Blanca, verdadera víctima de las ambiciones de su hermano y de las intrigas del medio en el que vive.

#### SUGERENCIA DIDÁCTICA

Al concluir la lectura, se hará un amplio comentario sobre la situación social de la mujer y de las clases desposeídas en la época colonial. O bien puede pedirse a los alumnos una breve investigación sobre el Tribunal del Santo Oficio, tema tratado en el texto y un breve comentario posterior.

## LIBRO PRIMERO

## EL CONVENTO DE SANTA TERESA LA ANTIGUA

## I

DE LO QUE PASABA EN LA MUY NOBLE Y LEAL CIUDAD DE  
MÉXICO LA NOCHE DEL 3 DE JULIO DEL AÑO  
DEL SEÑOR DE 1615

Hace dos siglos y medio México no era ni la sombra de lo que había sido en los tiempos de Moctezuma, ni de lo que debía ser en los dichosos años que alcanzamos.

Las calles estaban desiertas y muchas de ellas convertidas en canales; los edificios públicos eran pocos y pobres, y apenas empezaban a proyectarse esos inmensos conventos de frailes y de monjas, que la mano de la Reforma ha convertido ya en habitaciones particulares.

Se vivía entonces muy diferentemente de como hoy se vive. A las ocho de la noche casi nadie andaba ya por las calles, y sólo de vez en cuando se percibía el farolillo de un alcalde que iba de ronda, o la luz con que un escudero o un rodrigón alumbraban el camino de un oidor, de un intendente o de una dama que volvía de alguna visita. Los perros vagabundos se apoderaban

de las calles desde la oración de la noche y atacaban como unas fieras a los transeúntes.

Los truhanes y los ladrones tenían carta franca para pasear por la ciudad; la policía de seguridad estaba sólo en las armas de los vecinos.



## VIII

EN DONDE EL LECTOR CONOCERÁ A LA SARMIENTO, Y LE  
HARÁ UNA VISITA EN SU CASA

Por el lugar en donde ahora existe el Paseo de la Alameda, hubo en aquellos tiempos una especie de mercado miserable y sólo frecuentado por los indios, en un terreno invadido continuamente por las aguas de la laguna.

Se llamaba primero el *tianguis*, de Juan Velázquez, y luego de San Hipólito, y estaba ya fuera de la "traza".

Como quizá alguno de nuestros lectores no sepa lo que era la "traza", procuraremos darle de ella una idea.

Después de la rendición de México, la ciudad quedó casi reducida a escombros. Hernán Cortés trató de su reedificación autorizado por el emperador Carlos V, y comenzó por señalar el terreno que en ella debían ocupar las casas de los conquistadores y el que debía ser para los conquistados.

Los españoles ocuparon el centro de la ciudad, y la

línea que marcaba esta parte privilegiada, que era un gran cuadro separado de los demás por una inmensa acequia, fue lo que se llamó la "traza".

Dentro de la "traza" no podían vivir sino los españoles y algunos de los vencidos que fueran de una muy elevada categoría, como el desgraciado Guatimotzín, último emperador azteca.

Una parte del terreno que fuera de la "traza" ocupaba el mercado de San Hipólito. Fue convertida en paseo veinticuatro años antes de la época de nuestra historia, es decir, en 1592 por el virrey don Luis de Velasco, segundo, en la segunda vez que ocupó el virreinato. Se sembró de álamos y se cercó.

Esto no era sino una parte de lo que se llama hoy la Alameda.

## XIII

## LA HISTORIA DEL ESCLAVO

"Mi madre, señor, era esclava de la casa de don José de Abalabide, comerciante español que tenía una de las mejores tiendas mestizas que se hallan en la Plaza principal. Mi padre, esclavo también de la misma casa, había servido muchos años a don José y había muerto pocos días antes de mi nacimiento, a resultas de una caída que le dio un caballo.

"Mi padre, señor, lo mismo que mi madre, eran de sangre real. Os hago esta advertencia, porque esto viene mucho a explicar algunos acontecimientos de mi vida que sabréis más adelante.

"Mi amo no tenía familia y vivía solo conmigo y con mi madre: era un hombre muy honrado, buen cristiano y caritativo con los pobres; aunque, si he de decir verdad, tenía mucho apego a las riquezas y procuraba atesorarlas, viviendo con sobrada economía.

"Como no frecuentaba amistad ninguna y hacía tan-

tos años que mi madre era su esclava, el señor Abalabide me tenía un gran cariño, y así, conforme fui creciendo y ayudaba en los quehaceres de la casa, mi amo se fue interesando más por mí, y en las noches, cuando ya la tienda estaba cerrada, se entretenía, después de rezar el rosario, en enseñarme a leer y a escribir.

"Llegué así a cumplir veinte años y mi amo estaba muy contento de mí; era yo fuerte para el trabajo y le ayudaba yo en todo.

"Mi amo debía ser rico, pero no sabíamos adonde tenía su dinero, porque él lo ocultaba.

"Cerca de la tienda del señor Abalabide estaba otra de uno que se decía don Manuel de la Sosa, y por motivo sin duda de ser menos conocido o menos antiguo, tenía muy pocas ventas, que casi todos los marchantes se iban a la de mi amo; esto le causaba a don Manuel tanto desprecio, que casi nunca pasaba por delante de la casa de don José de Abalabide sin proferirle alguna injuria; pero como éste era ya hombre de edad y de buen juicio, nunca quiso tomar la demanda.

"Mi madre comenzaba ya a ser inútil para el trabajo y mi amo se decidió a comprar a un conocido suyo una esclava cocinera, que tenía una hija mulatita que servía de galopina. Llamábase Clara la madre y la muchacha Luisa.

"Luisa era muy joven, pero muy agradada: en la casa de sus antiguos amos la trataban muy mal y estaba muy delgada y muy enferma cuando llegó a la casa de don José.

"Al principio traté a Luisa con indiferencia, pero después comenzó a engordar y a robustecerse, y se puso tan bonita que a poco me encontré enamorado de ella.

El continuo trato nos hizo entrar en relaciones amorosas y yo iba a pedir licencia a mi amo para unirme con ella, cuando un incidente me hizo vacilar.

"Comencé a observar que Luisa andaba más alegre y más compuesta que de costumbre, y que se asomaba frecuentemente a una ventana, desde donde se divisaba la casa de don Manuel; yo la amaba con delirio y me empecé a entristecer: ella lo notó y me preguntó la causa. Le cobré celos, y se rio.

—"No seas tonto. Teodoro —me dijo— yo te encargo que estés contento; todo es cosa que nos va a hacer más felices: no me preguntes nada y ya verás.

"Me tranquilicé un tanto y no volví a decirle nada; me puse alegre como de costumbre y me determiné a hablarle a mi amo. Dormía yo en la trastienda con el objeto de estar más al cuidado. Una noche me pareció oír un ruido por el interior de la casa y me levanté sin encender luz, y sin hacer ruido me entré por las piezas.

"Conforme me iba aproximando al aposento que tenía la ventana para la casa de don Manuel, iba siendo más perceptible el rumor, hasta que penetrando en aquel ví asomada una mujer a la ventana hablando con alguien que estaba por fuera; debía haber escuchado, pero la luna que penetraba en el aposento me hizo reconocer a Luisa, y la cólera y los celos me cegaron y me arrojé sobre ella.

"Luisa, al verme, lanzó un grito y el hombre de fuera huyó.

—"Traidora —la dije— ¿conque así me engañabas?

"Luisa se desprendió de mí, furiosa como una leona.

—¿Y qué derecho tienes para reconvenirme? —me dijo—. ¿Eres mi amo? ¿Eres ya mi marido?

—¡Infame! ¿Y tú no me habías dicho que me querías?

—Te quería, pero ya no te quiero, y no quiero ser esclava: un hombre libre me ama, me va a comprar y a darme mi libertad para que yo sea suya, y tú no harás esto por mí; tú me dejarás esclava y mis hijos serían esclavos, y yo no quiero que mis hijos sean también esclavos como mis padres.

“En el fondo Luisa tenía razón.

—¿Pero nunca me has amado, Luisa?

—“Sí, te he amado; pero me tiene cuenta amar ahora al que me da mi libertad ¿Me la puedes dar tú? Seré tuya, te seguiré amando. ¿Puedes?

“Comprendí toda la fuerza de lo que me decía Luisa y casi llorando contesté:

—“No.

“Un día, teniendo quizá lástima de mí, me dijo:

—“Pues entonces si me quieres, como dices, no me quites lo que no puedes darme.

“No tuve ni qué replicar; callé y me retiré con un puñal de fuego en mi corazón.

“Era esclavo y no podía ofrecer a esa mujer que amaba más que a mi vida, sino la esclavitud, y no podía dejar a mis hijos sino la esclavitud, y Luisa me había hecho comprender lo espantoso de mi situación.

“¿Qué hacer? No tenía más remedio que perderla para siempre y verla en brazos de otro. Entonces la tristeza más profunda se apoderó de mi alma y casi me enfermé.

“Luisa, a pesar de todo, me amaba; pero su corazón no era bueno.

—“Teodoro ¿qué esto no tendría remedio? Porque yo no puedo dejar de quererte enteramente.

—“¿Y qué remedio? —la dije—. ¿Qué remedio hay para un esclavo?

—“Si tú fueras rico y nos pudiéramos ir muy lejos a vivir los dos solos en nuestra casita, queriéndonos mucho, cuidando a nuestros hijitos...

—“Pero ¿de dónde tomaría yo ese dinero?

—“El amo es muy rico.

—“Y nada nos daría.

—“Por su voluntad ya lo creo... pero hay otros modos...

—“¿Luisa!

—“No, no te alarmes, piénsalo. El duerme solo, no podría resistirse. ¿Por qué el débil ha de ser nuestro amo? Con lo que él tiene, podemos ser muy felices: piénsalo.

—“No Luisa, por Dios, no me tientes.

“Luisa no me contestó, pero yo en toda la noche no pude dormir. Soñaba yo ríos de oro y de plata, pero mezclados con sangre, y veía a mi amo muerto de una puñalada y después me sentía yo al lado de Luisa, que era ya mía, que no éramos esclavos; en fin, no sé cuántas cosas, pero pasé la noche más agitada de mi vida.

“Me levanté y la luz del día disipó aquellas visiones.

“Luisa estaba cada día más bella y procuraba provocar mi pasión de cuantas maneras podía; ya descubriendo al pasar, y como por descuido, el nacimiento de su pierna torneada y bella; ya desprendiendo de sus hombros el traje como por causa de la fatiga, cuando

conocía que yo la espiaba; ya cantando con pasión, de modo que pudiese oírla, coplas y endechas amorosas y provocativas.

"Al decaimiento moral de mi alma sucedió una excitación verdaderamente peligrosa; pero que ella con una astucia infernal sabía mantener viva y darle la dirección que le convenía; jamás había vuelto a alcanzar de ella favor de ninguna clase. Olvidando la escena que yo mismo había presenciado, le pedía de rodillas besar una de sus manos; la pasión ahogó los celos; pero era inflexible y a todo me contestaba:

—"Yo quiero ser libre y rica: yo no me dejo besar de un cobarde.

"Una noche me agitaba inquieto en mi cama, sin poder dormir, sin olvidar un momento a Luisa, cuando sentí el roce de un vestido en la puerta y una escasa claridad alumbró la trastienda en que dormía: me senté creyendo que soñaba y me estremecí. Era Luisa, Luisa que se acercaba con un pequeño candil en la mano, media desnuda, cubierto apenas su hermosísimo seno con una manta que a cada movimiento de sus brazos caía, y que ella volvía a levantar.

"Su negro y rizado pelo se derramaba sobre sus hombros desnudos, brillaban sus ojos con un fuego desacomunado.

"Llegó hasta mi lecho y se sentó tomando una de mis manos.

—"Teodoro —me dijo— ¿es verdad que me amas?

—"Sí —le contesté— te amo tanto, que estoy sintiendo cada día que mi razón se va, que me vuelvo loco.

—"Pues entonces ¿por qué no quieres la felicidad que te ofrezco?

—"Luisa, porque es un crimen horrible lo que me propones.

—"¿No te parezco bastante hermosa para obtenerme por ese precio? —dijo descubriéndose su seno.

"Atraje su cabeza y nuestras botas se unieron; los labios de Luisa me abrasaron, pasé mi mano por la piel suave y aterciopelada de su pecho, sentí un vértigo y abracé su delgado talle.

—"Teodoro —me dijo retirándose— no seré tuya mientras no seamos libres y ricos: virgen me encontrarás, y ésta será tu recompensa.

—"Haré lo que me mandes —contesté, comenzando a vestirme precipitadamente.

—"Así te quiero, así, Teodoro: valiente, decidido —y se acercó a mí y puso en mis labios el beso más lascivo que pudo haber nunca inventado el amor y el deseo de una mujer de raza negra.

"Estaba yo vestido.

—"Busca un arma —me dijo—. Don José duerme, es apenas media noche; cuando amanezca estaremos muy lejos.

—"¿Y tu madre? —le pregunté decidido ya a todo.

—"Nos seguirá a nosotros, o a don José —me contestó.

"Quedé horrorizado y dudé.

—"¿Vacilas, amor mío? —me preguntó abrazándome, y poniendo uno de sus pies desnudos sobre uno de los míos, desnudo también.

"Al sentir aquel pie, aquellos brazos, aquel pecho que despedían fuego, volví a encenderme, besé a Luisa y busqué en la tienda una arma para consumir el crimen.

"Luisa me tomó de una mano y me condujo al aposento de mi amo.

"Temblaba mi mano con el arma, pero aquella mujer tan hermosa, tan seductora, tan provocativa, dejándose entrever tantos encantos, oprimiendo mi mano, comunicándome por allí el fuego de su diabólica exaltación, me cegaba, me enloquecía.

"Llegaba a la puerta del aposento en que dormía tranquilamente mi amo y me detuve.

—"Anda —me dijo Luisa dulcemente, levantándose sobre la punta de sus pies, apoyado su cuerpo sobre el mío para darme un beso— anda.

"Puse la mano en el pestillo, iba a abrir cuando en la puerta de la tienda sonaron acompasadamente tres golpes vigorosamente aplicados.

"Luisa y yo quedamos inmóviles y sin atrevernos ni a respirar, no sé qué de pavoroso había en aquellos golpes.

"Transcurrieron así algunos instantes y los golpes volvieron a repetirse tan acompasados como la vez primera, pero aplicados con más fuerza.

"Entonces Luisa se deslizó a su aposento y yo volví a la tienda.

—"¿Quién va? —pregunté, procurando dominar la emoción que hacía vacilar mi voz embargada por la escena que acababa de tener lugar.

—"Abrid a la Inquisición, abrid al Santo Oficio —me contestó desde afuera una voz cavernosa.

"Tan grande fue mi sorpresa que dejé caer el cuchillo que llevaba aún en la mano, y que no me había acordado de poner en su lugar.

"El nombre del Santo Tribunal heló mi sangre; lle-

gaba en el momento en que iba yo a cometer un crimen; me parecía que Dios lo enviaba para castigar mi intención, que en el rostro iban a conocer mis pensamientos.

"Inmóvil permanecía, como clavado en la tierra, cuando aquella voz repitió desde afuera:

—"Abrid a la Inquisición, abrid al Santo Oficio.

"Volví entonces en mí y corrí precipitadamente al cuarto de mi amo que había ya despertado, y que encendiendo luz había comenzado a vestirse.

—"¿Qué hay, Teodoro? —me preguntó.

—"Señor, señor, el Santo Oficio.

—"¡El Santo Oficio! —dijo dando un salto en la cama.

—"Sí, señor, sí, señor.

"Se levantó precipitadamente y tomó la luz.

"Abrimos la tienda y un comisario de la Inquisición seguido de ocho o diez familiares, cubiertos con sus capuchones, estaban en la calle, traían varios faroles y se habían detenido ocupados en levantar las piedras que formaban el quicio de una de las puertas. Hicieron una seña a mi amo, que se detuvo mientras terminaba la operación.

"Levantaron algunas piedras, rascaron un poco la tierra y mi amo dio un grito de espanto: un Santo Cristo grande de bronce estaba allí enterrado, precisamente en el lugar por donde entraban los marchantes.

—"¿Don José de Abalabide? —dijo con voz solemne el comisario del Santo Oficio.

—"Yo soy —dijo temblando mi amo.

—"Dese preso a la Inquisición.

"Mi amo quedó preso entre dos familiares y los de-

más se entraron a registrar la casa, llevándome en su compañía.

"En el cuarto de mi amo, en un rincón, se encontró otro Cristo de madera grande con huellas de golpes y algunas disciplinas de alambre cerca de él, todo tirado en el suelo, y el Cristo aún sucio en el rostro, como de señales de salivas.

"En lo demás de la casa, nada: yo noté con asombro que sólo Clara estaba allí y que Luisa había desaparecido.

"Un depositario se encargó de todo en nombre de la Inquisición; se pusieron los sellos del Santo Oficio en todas las puertas y ventanas, en todos los cajones y armarios, y mi amo y Clara y yo, fuimos conducidos presos.

"Luisa estaba en mi pensamiento, sobre toda preocupación, y al salir, acercándome a Clara, deslicé en su oído estas palabras:

— "¿Y Luisa?"

— "Nada sé — me contestó.

"Agaché la cabeza, y seguí a los familiares que me llevaban."

## XIV

## EN QUE EL NEGRO CONTINÚA SU HISTORIA

"Llegamos a las cárceles del Santo Oficio y allí nos separaron a los tres.

"Algunos días transcurrieron sin que se ocuparan de mí; al fin me sacaron a dar mi declaración.

"Preguntáronme si era esclavo y cristiano y contesté que sí.

"Después me interrogaron si sabía que mi amo en las noches azotaba un Crucifijo y le escupía el rostro, y si sabía que en una de las puertas de la tienda había enterrado otro Crucifijo, y a los que entraban por esa puerta, pasando sobre él, les daba los efectos más baratos, y más caros a los que penetraban por la otra.

"Nada de esto sabía yo, y debieron conocer mi inocencia en mi rostro y mis respuestas porque me dieron libre mandando que fuese yo vendido para ayudar con mi precio los gastos del proceso de mi amo; además, como todos sus bienes estaban confiscados, era la suerte que debía caberme."

"Caminaba yo conducido por dos empleados encargados de llevarme al lugar en que debía venderseme, cuando al atravesar la Plaza principal vimos venir hacia nosotros dos mulas desbocadas que arrastraban una carroza: el cochero debía de haber caído porque los animales iban solos.

"A medida que se acercaban oíamos grandes gritos, y por fin percibimos un caballero anciano y una niña que dentro de la carroza venían y que, sacando por ambos lados la cabeza, imploraban auxilio, que nadie se atrevía a darles.

"No sé lo que sentí en aquel momento. Si moría por darles auxilio, me libertaba de una vida que, sin esperanzas de volver a ver a Luisa, me era insostenible; si salvaba aquellas dos vidas, Dios me lo tomaría en descargo del pensamiento de quitar la suya a mi amo, que era el punzante remordimiento de mi corazón.

"El carruaje venía muy cerca: me desprendí de los que me llevaban y me lancé a su encuentro.

"El choque fue tan violento que perdí casi el sentido; pero me aferré instintivamente a las orejas de una de las mulas: desde muy niño he alcanzado una poderosa fuerza física y en aquel momento apelé a toda la que Dios me había concedido.

"La mula quiso desprenderse de mí, sacudió la cabeza y se detuvo conteniendo a su compañera, y luego, comprendiendo tal vez que no podía luchar, se humilló y la carroza quedó parada.

"El anciano bajó inmediatamente y sacó en sus brazos a la niña casi desmayada. Aquel señor y aquella niña eran don Juan Luis de Rivera y su sobrina doña Beatriz, mi ama y señora.

"Los curiosos nos rodearon y se encargaron de las mulas.

"Los empleados del Santo Oficio llegaron golpeándome con unas varas.

"—¡Ladrón! —me dijo uno—. ¡Tú quieres robar al Santo Oficio, tú no te perteneces ni te mandas! Si te han matado las mulas o te han lastimado ¿con qué pagas el perjuicio de lo que pueden dar por tí? Ladrón, pilló: toma, toma —y me golpeaban con las varas.

"Mi sangre hirvió al verme tratado así, y quizá hubiera causado mi perdición, atacando a aquellos hombres, pero en estos momentos llegó el dueño del carruaje.

"—A ver —dijo— ¿quién es el que ha detenido a las mulas?

"—Este esclavo que pertenece al Santo Oficio, y que le llevamos para vender.

"—¿Esclavo es y va de venta? Yo le compro. ¿Cuánto vale?

"—Señor, tenemos orden de darlo por mil quinientos pesos; tal vez parecerá muy caro a su señoría, pero es fuerte, sano...

"—Le tomo, le tomo, y decidme si preferís venir conmigo a mi casa o dejarme llevar y enviar por el dinero luego.

"—Puede su señoría llevarle, que bien conocemos a don Juan Luis de Rivera, abonado en todo el comercio de esta Nueva España.

"—Entonces le llevo y ocurrid por el precio, y para que se tire la escritura de venta.

"Don Juan Luis de Rivera dejó la carroza que las mulas habían roto y tomando del brazo a la niña echó a andar, diciéndome:



—"Síguenos.

"Y caminamos hasta la casa de la calle de la Celada.

"Allí me hicieron entrar y don Luis me preguntó de mi vida. Contéle lo que había ocurrido en la Inquisición, sin mencionar en lo absoluto nada de Luisa, y quedé como esclavo de la casa, pero como propiedad exclusiva de mi ama doña Beatriz.

"Desde aquel momento mi esclavitud fue sólo de nombre, y la dureza del carácter de mi ama hizo para mí tan amable el yugo, como la libertad.

"Confesé a mi ama el interés que tenía por la suerte de don José de Abalabide y me permitió salir a la hora que quisiese de día o de noche, con el objeto de averiguar el fin que tendría; y además me prometió hacer cuanto fuera de su parte para inquirirlo.

"Usando de esta libertad iba yo algunos días y algunas noches, a dar una vuelta por el edificio en que estaban las cárceles, creyendo, en mi ignorancia, que podría yo así saber alguna cosa de don José; pero las semanas y los meses transcurrieron y yo no lograba tener ni la menor noticia.

"Una noche, que había yo ido a rondar por la Inquisición, andaba por la orilla de la acequia de la traza que queda a la espalda del convento de Santo Domingo. Había una escasa ciaranda de luna y alcancé a ver delante de mí, a pocos pasos de distancia, a una mujer que caminaba con un niño en los brazos.

"Más adelante había un caballo muerto que devoraban muchos perros hambrientos. La mujer pasó cerca de ellos y apenas la sintieron todos ellos, como rabiosos, se arrojaron sobre ella. La mujer, espantada, quiso

huir, sin acordarse sin duda de la acequia, y cayó al agua desapareciendo casi en el momento.

"Yo había precipitado mi marcha con objeto de protegerla contra los perros y pude oír su grito de espanto al caer y ver bien el lugar en que se había hundido. Sin vacilar me tiré a la acequia y al momento encontré a la mujer, que no había soltado al niño: ¡era su hijo!

"La levanté en mis brazos fuera del agua, y ambos respiraron; pero nuestra situación era crítica. Yo no podía salir primero que ella, y ella no se atrevía a salir porque la multitud de perros furiosos ladraban y gruñían en la orilla, e indudablemente hubieran despedazado a la madre y al hijo antes de poderles yo salvar.

"Y lo más terrible era que yo me sentía hundir en el fango que formaba la cama de la acequia y que las fuerzas me iban faltando. Mis brazos iban bajando y la mujer y el niño se iban sumergiendo: yo no podía gritar porque el agua me llegaba casi hasta la boca, pero la mujer comenzó a implorar socorro a grandes voces. Nadie acudió y yo me hundía; ya no podía respirar sino por la nariz, y eso haciendo un esfuerzo, y la mujer estaba casi sumergida. Cerré los ojos y me encomendé a Dios. Me zumbaron los oídos: iba a caer cuando sentí que alguien se acercaba corriendo, que algunos perros aullaban como heridos, y que los demás ladraban más lejos. Hice un esfuerzo supremo y me enderecé lo más que pude y abrí los ojos: un hombre tendía a la mujer el cabo de un chuzo. La mujer lo tomó con una mano y ayudada por mí salió a tierra con su hijo: luego el hombre me tendió el chuzo a mí, me tomé de él y salí casi desmayado.

"La mujer se había sentado y el recién venido le dijo:

— "¿Qué ha sido esto?"

— "¡Santiago! —dijo la mujer reconociéndole.

— "¡Andrea! —contestó el hombre arrodillándose a su lado—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué es de nuestro hijo?"

— "Aquí está, bueno el pobrecito.

— "Pero ¿cómo ha sido esto?"

— "Buscándote venía cuando esos perros me espantaron y caí en la acequia con mi hijo, y nos hubiéramos ahogado si este señor no nos salva.

— "Señor ¿con qué os pagaré tanto? —me dijo aquel hombre tendiéndome la mano.

— "No soy señor —le contesté— soy un esclavo de mi ama doña Beatriz de Rivera.

— "Pues aunque seas esclavo —me dijo— sin ti mi hijo y mi mujer hubieran muerto esta noche; calcula cuánto será mi agradecimiento.

— "Y si vos no llegáis tan a tiempo, hasta yo sucumbo.

— "Esperaba a Andrea, oí gritos pidiendo socorro, creí que fuera un pleito, tomé mi chuzo y eché a correr; pero no te había yo conocido, hija mía.

— "Ni yo a ti —dijo la mujer.

— "Pues vámonos para casa, te cambiarás ropa y le daremos un trago a este amigo, que bien lo necesita y lo merece.

"Nos dirigimos a su casa, que estaba cerca y entramos a ella; la mujer se fue a mudar ropa y yo, tomando un trago de vino, me despedí prometiendo volver a visitarlos.

"Frecuenté la casa de Santiago y de Andrea, y Dios premió el beneficio que yo les había hecho. Santiago

era uno de los familiares de más confianza en el Santo Oficio y había llegado a quererme como a un hermano. Y, por mi parte, comprendiendo de cuánto podía valerme su amistad, comuniqué todo lo ocurrido a mi ama doña Beatriz, que me daba de cuando en cuando algunos regalitos para Andrea y le ofreció por mi conducto llevar a la pila bautismal al primer hijo que tuvieran. Con todo esto era yo tan apreciable en la casa de Santiago, como si no fuera yo un esclavo.

"Un día me atreví y si no fuese prohibido el decirme lo —le pregunté— podríais darme razón de un mi amo que fue español, y llamado don José de Abalabide ¿vive o es muerto?"

— "Aunque no debiera yo dar noticias —me contestó— a ti nada te niego. Ese Abalabide vive y está en una de las cárceles secretas; hereje relapso, ha sufrido el tormento ordinario y hasta el extraordinario, y nunca ha querido confesar.

— "¡Pobrecito! Quizá será inocente.

— "¿Inocente? Y nosotros hemos encontrado un Cristo enterrado en la puerta de su casa, y otro azotado y escupido en su aposento; y además, denuncia formal de un comerciante honrado y cristiano viejo, vecino suyo.

— "¿Quién sabe: el Tribunal sabrá lo que dispone. Por mí, lo quería bien, y algo diera por verlo aunque fuera un rato.

— "¿Tendría mucho gusto?

— "Sería mi mayor felicidad.

"Santiago pareció reflexionar, y tuve un rayo de esperanza; comprendía yo que a don José lo quería como a mi padre.

—"Si me ofrecieras un eterno silencio, quizá yo te proporcionaría el verle.

—"¡Ojalá! —le dije conmovido.

—"Bien... hoy no... mañana sí; mañana ven aquí a las ocho en punto.

—"Y podré:...

—"Es algo expuesto; pero probaremos... sobre todo —y puso su mano sobre la boca para indicarme una reserva profunda.

—"Os lo juro.

—"Bueno: mañana a las ocho.

"Puntual estuve a la cita al día siguiente. Santiago estaba solo en su casa: ni Andrea ni nadie había allí. Apenas me vio entrar, me dijo:

—"¿Estás resuelto?

—"Sí.

—"He despachado fuera de casa a mi mujer para que nadie se entere de nada. Vístete esto.

"Y me entregó un gran saco de sayal con su capuchón.

—"Un compañero que debía ir conmigo esta noche —me dijo Santiago— está enfermo; tú vas en su lugar. Encomiéndate a Dios para que nos saque con bien,

"Me vestí el saco de sayal y me calé el capuchón que me cubría la cara y la cabeza; las mangas del saco eran tan largas, que ocultaban mis manos.

—"No saques las manos —me dijo— y te conozcan por ellas.

—"No, señor.

—"Ahora, no más me sigues y callas.

"Santiago cerró su casa, y siguiéndole yo llegamos a la puerta de las cárceles del Santo Oficio.

"Al penetrar debajo de aquellas bóvedas macizas, de

aquellos inmensos corredores, tan opacamente iluminados, sentí frío, invencible terror. Muy pocos rostros encontraba descubiertos, a no ser los de algunos presos cuando atravesábamos por los calabozos; pero estos presos eran los distinguidos, los que tenían derecho a ciertas consideraciones.

"Después de haber caminado bastante, Santiago me dijo al oído:

—"Vamos a ver si penetramos a las cárceles secretas —y me guió a un aposento en donde estaba un viejo sentado en un sillón de vaqueta, leyendo el Oficio Divino.

—"¿Me toca el registro? —dijo Santiago presentándosele.

—"¿Quién eres?

—"Santiago y su acompañante.

"Y Santiago se descubrió el rostro.

—"Toma —le dijo el viejo, dándole un gran manojó de llaves.

"Las tomó, encendió los faroles que estaban en el cuarto, me dio uno y una lanza corta pero aguda y fuerte.

"Descendimos por una escalera a unos espaciosos subterráneos, y Santiago abrió y cerraba luego grandes puertas de madera, cubiertas de planchas y barras de hierro, inmensas rejas, cadenas que impedían el paso, y con gran admiración mía, encontramos carceleros encerrados en los corredores, que no podían salir de allí para tenerlos más seguros cerca de los presos.

"Comenzamos a registrar los calabozos: casi todos eran unas especies de cuevas labradas en la tierra y revestidas de piedra; todos los reos estaban atados de

una gruesa cadena que pendía de la pared o de un poste; casi todos tenían grillos y esposas, sin cama, sin una silla, desnudos casi, pálidos, con los cabellos y la barba largos y enmarañados. Aquellos calabozos tenían un hedor insoportable; allí vi jóvenes, ancianos, hombres y mujeres.

"En uno de aquellos sótanos había un reo a quien yo no conocí. Santiago me tocó el brazo y me dijo:

—"Ese es,

—"Imposible —le contesté.

—"Háblale.

"El hombre no nos había mirado siquiera. Ya había yo observado que ninguno de los que habíamos visitados se quejaba, casi todos habían caído en un estado de idiotismo y parecían mentecatos.

—"Háblale —me dijo Santiago— yo te esperaré en la puerta, pero no tardes mucho. Y salió, dejándome solo con el preso.

—"Don José, —dije— don José.

"El hombre levantó la cabeza, y sus ojos brillaron.

—"¿Quién es? —dijo—. Esa voz la conozco.

—"Yo soy —contesté arrodillándome a su lado— yo soy, Teodoro el esclavo, que ha logrado penetrar aquí sólo por hablar a su amo.

"Alcé mi capuchón y don José me reconoció.

"El pobre viejo se puso a llorar como un niño, quiso pararse y no pudo, lo habían baldado en el tormento; quiso abrazarme y le fue imposible, tenía esposas. Yo le abracé, y él entonces comenzó a hesarme, mojando mi rostro con su llanto.

—"Hijo mío, hijo mío —me decía trémulo y agitado, y no recordaba que yo era su esclavo, y que yo era un

negro; nada, nada, no más que era el primer corazón que se interesaba en su desgracia.

"Así pasó un rato, él llorando y yo acariciándolo; y aunque me dé vergüenza decirlo, llorando también.

—"Ya me voy, ya me voy —le dije.

—"Tan pronto.

—"No es posible más, consideradme.

—"Tienes razón; pero óyeme una palabra: en el pozo de la casa en que vivíamos dejé escondidas mis riquezas, sácalas, compra tu libertad y vive feliz; si llego a salir, te buscaré, y tú me mantendrás; si no, encomiéndame a Nuestro Señor.

—"Adiós, mi amo.

—"Adiós, ah, otra palabra, soy inocente. Don Manuel, nuestro vecino, me ha calumniado por envidia: él enterró el Cristo en la puerta de la tienda.

—"¿Y el que estaba adentro?

—"Luisa, comprada por él, lo introdujo allí.

—"¡Qué horror! ¿Será cierto?

—"El que se halla ya casi en el sepulcro te lo jura.

—"Vamos —dijo Santiago desde afuera.

—"Sí —le contesté.

"Besé la frente del viejo, y salí con el corazón traspasado de dolor por sus sufrimientos y por la revelación que me había hecho. Yo conocía a Luisa y la creía capaz de todo.

"Salimos sin novedad de la Inquisición, y hasta que no me vi libre del saco y del capuchón no respiré con libertad.

"Casi a la madrugada volví a la casa de mi ama."

## XV

## SE VE EL FIN DE LA HISTORIA DE TEODORO

"A pesar del tiempo que había transcurrido, la casa de mi amo permanecía sin haberse vendido, cerrada y selladas sus puertas con las armas del Santo Oficio, al cual ya pertenecía.

"Entrar a la casa y sacar el dinero que había dejado allí mi amo, y que yo consideraba mío, era para mí cosa sumamente fácil.

"Empecé a rondar por las inmediaciones y una noche en que todo estaba tranquilo, me introduje por una vieja tapia y me dirigí al interior.

"Se me oprimía el corazón al recuerdo de los días que había yo pasado allí; me parecía sentir aún el aliento y la voz de Luisa; me estremecía pensando en ella y en mi pobre amo a quien había vuelto a ver en un estado tan deplorable.

"Sin saber por qué, sentí un deseo irresistible de volver a entrar a la casa que había yo dejado de una ma-

nera tan inesperada. Llegué a la cocina, que era la primera pieza, entré resueltamente en ella y al llegar a la siguiente habitación, sentí helarse de pavor mi corazón. Oí ruido en el interior y distinguí una luz, y luego cruzar algunas sombras negras y silenciosas.

"Quise gritar, quise huir; pero era imposible, aquellas apariciones en una casa por tanto tiempo desierta, aquella luz, todo aquello tan sobrenatural, me embargó de manera que no fui dueño de mí mismo, y sin querer, como impulsado, avancé algunos pasos vacilando y próximo a caer.

"Repentinamente sentí una mano que se aferraba en mi cuello, y luego unos brazos desnudos y llenos de grasa que me enlazaban, y me sentí empujado silenciosamente hacia el lugar en que estaba la luz, que era la pieza en que mi amo dormía, y la más apartada de la casa.

"El temor y la sorpresa no me permitían oponer la menor resistencia: creía yo estar entregado a seres sobrenaturales. Los que me conducían, me abandonaron en medio del aposento. Entonces miré a mi derredor en las viejas sillas de mi amo, que estaban sentados como diez negros, en los que yo reconocí esclavos de las principales casas de México, y de pie otros veinte; todos estaban enteramente desnudos, sin más que un pequeñísimo taparrabo: todos tenían el pelo cortado hasta la raíz y estaban ungidos desde la cabeza hasta los pies con grasa, pero con tal abundancia, que sus cuerpos negros brillaban como si fueran de azabache.

"En la pieza había algunas luces, de manera que todo esto lo pude percibir perfectamente.

—"Aquí está éste —dijeron los que me llevaban.

—"¿Quién eres y qué hacías aquí? —me dijo el que parecía mandar a los otros, y que yo conocí por ser esclavo de la casa de don Leonel de Cervantes.

"Hábame quedado callado.

—"Responde —dijo imperiosamente. Conocí que lo mejor sería decir la verdad, porque aquellos, además de ser como yo, negros y esclavos, parecían no tener que ver con la justicia, sino para ser perseguidos por ella.

—"Soy Teodoro —les contesté— de la casa de doña Beatriz de Rivera, esta casa fue de mi amo, y esta noche venía a buscar algo que había ocultado antes de salir.

"Mi respuesta pareció no satisfacer mucho al jefe, porque con un acento despótico y alzado, dijo:

—"Trazas tiene éste más de espía que de otra cosa; nuestra posición y el fin que nos proponemos, la libertad de nuestros hermanos, exigen todo sacrificio y toda cuidado: por sí o por no, que muera éste.

—"Que muera —dijeron unos.

"Ver mi muerte segura y ser deshonrado como espía delante de mis hermanos, eran dos cosas en verdad muy terribles.

"Entonces una idea me alumbró y quise exponerlo todo.

—"Hermanos —dije— tratáis de nuestra libertad, y nadie tiene tanto derecho como yo de mandar en el consejo, y así me llamáis espía. Llevo sangre real pura y nadie la lleva como yo; que respondan los ancianos y los nobles de entre vosotros, soy un príncipe.

"Entre nosotros, a pesar de vivir en la esclavitud, se conservan la nobleza y las dinastías reales: uno de nos-

otros arrancado de su patria, será respetado y obedecido de todos los negros de su tribu o de su nación, en donde quiera que se dé a reconocer.

"Tres ancianos, nobles reconocidos, que había en el consejo, salieron hasta cerca de mí y me examinaron.

"Los demás estaban como esperando su resolución.

"Los ancianos se inclinaron delante de mí y dijeron a los otros:

—"Príncipe es y el más noble de los nobles de nuestra raza, si quiere mandar y tiene valor y fuerza, le obedeceremos.

—"Que mande, que mande —dijeron todos con el entusiasmo de la novedad.

"Francisco, aquel que me había hablado y a quien venía yo a sustituir en caso de tomar parte en aquello, que yo comprendía como una conspiración, quiso oponerse.

—"Serás —dijo— más noble; pero no más fuerte para mandar.

"Estaba yo ya orgulloso de mi posición y seguro de mi fuerza le contesté:

—"Soy fuerte diez veces como tú.

—"Probémoslo —dijo echándome los brazos al cuello.

—"Sí —le contesté y quise asirlo. Mis manos se deslizaron en su cuerpo, estaba completamente untado de sebo y no era posible asegurarlo de ninguna parte.

"El objeto de esto, de cortarse a raíz el pelo y de no llevar vestidos, era porque así se escurrían más fácilmente de las manos de la ronda, que sólo muertos o heridos podría hacerlos presos.

"El me apretaba y casi estaba para derribarme, cuando logré asirle una mano por el puño, y antes que hi-

ciese impulso para retirarla, le apreté con todas mis fuerzas.

"Lanzó un grito y se arrojó: le había fracturado el hueso.

"Entonces nadie dudó obedecerme, y luego, inmediatamente, pedí explicaciones sobre el objeto de la conspiración y los elementos con que se contaba.

"El objeto era una sublevación para conseguir nuestra libertad; los elementos, un gran número de afiliados entre los negros mansos, como nos dicen a nosotros los esclavos, entre los bozales que viven alzados y entre los mulatos. Sólo faltaba dinero para comprar armas. Comenzaba la cuaresma y se había señalado la Semana Santa para dar el golpe.

"Yo les ofrecí buscar el dinero y dárselo.

"La noche estaba muy avanzada y nos retiramos.

"Me enseñaron entonces un subterráneo que daba entrada a la casa y que iba a salir a otra ruinoso y abandonada por cerca de los antiguos fuertes de Joloc, fuera de la traza, por el lado de Coyohuacán.

"Aquella comunicación me admiró, porque la ciudad está casi toda construída sobre el agua, y, sin embargo, son aquí de lo más comunes las vías subterráneas.

"Supe que en la desierta casa de Abalabide no había reuniones, sino una o dos veces cuando más en la semana, y determiné aprovechar el conocimiento del subterráneo para seguir en mis pesquisas y tenerlo como una retirada segura en caso de peligro.

"A las dos o tres noches volví a entrar por las tapias y después que me cercioré de que estaba solo, di a buscar el pozo; con poco trabajo lo encontré: estaba casi cegado con escombros y basuras. Comencé a trabajar en

limpiarlo, y poco a poco, en cosa de seis noches, logré llegar al fondo. Encontré allí cajoncitos y baúles pequeños, pero en gran cantidad; sin llamar la atención trasladé todo aquello al cuarto que mi ama me había destinado en su casa.

"Mi primer cuidado fue ocultarlo para que nadie entrase en sospechas, mientras veía dónde los dejaba definitivamente o qué hacía con todo aquello.

"La conspiración, entre tanto, seguía fermentando cada día más; y yo, a pesar de que ellos me habían reconocido como digno de ser jefe, concurría muy poco a sus juntas.

"Los datos que había yo llegado a obtener eran éstos. Aquella conspiración había sido promovida por una mujer de la raza negra, casada con un español de bastantes proporciones y cuyo nombre no conocían todos; pero que era la acción viva de todos los conjurados, sin descubrirse, guardando siempre un riguroso incógnito y entendiéndose con ellos por medio de cuatro esclavas jóvenes que poseía, las cuales tenían sus amantes entre los principales de la conjuración.

"Tuve, como era natural, necesidad de hablar con esas cuatro mujeres, y les pregunté quién era la que las enviaba.

— "Pediremos permiso para decírtelo — contestaron.

— "¿A quién?

— "A mi señora.

— "Al otro día volvieron.

— "Nos lo ha prohibido — me dijeron.

— "Y hubo necesidad de conformarse.

"Todo estaba ya dispuesto para dar el golpe, aunque no nos habíamos podido proveer de armas en nú-

mero suficiente, pero en la ciudad no había más tropas que la pequeña guardia de alabarderos del virrey.

"Todo marchaba bien, y hubo un incidente que nos hizo concebir lo fácil de nuestro intento.

"Sin saber cómo ni por quién, comenzó a difundirse en la ciudad una alarma sorda, a susurrarse que nosotros tramábamos algo y que de un día a otro los bozales vendrían en nuestro auxilio. Una noche entró por una de las garitas una piara de puercos que traían para las matanzas; los animales gruñían y chillaban, el vecindario pensó que era la algazara de los bozales, y todo el mundo lleno de terror se encerró, y hasta muy entrado el día siguiente no se atrevieron a salir los vecinos a desengañarse.

"Era el año de 1612. El Arzobispo Guerra, virrey de Nueva España, había caído al subir a su coche y había muerto a resultas del golpe. La Audiencia gobernaba y el momento era oportuno para dar el grito; aunque mucho se murmuraba en la ciudad, eran voces sueltas sin que nada se hubiese descubierto.

"Pero de repente la alarma se hizo más notable y el Martes Santo en la tarde se dio la orden por la Audiencia gobernadora de suspender las ceremonias del Jueves Santo.

"Vivía aún mi amo don Juan Luis de Rivera, y el Martes Santo en la noche quiso pasar al palacio a ver al oidor decano para ponerse de acuerdo con él respecto a ciertas medidas que había que tomar.

"Mi ama doña Beatriz se resistía a que saliera, y al fin condescendió con la condición de que yo, que era para ella el de más confianza, lo acompañara; consintió mi amo y nos dirigimos a palacio.



"Como don Juan Luis de Rivera era persona de tan alta importancia, llegó sin dificultad hasta la cámara en que habitaba el señor Otlora, que era el oidor decano, y yo quedé en una de las antecámaras esperándolo.

"Hacia media hora que allí estaba, cuando llegó un hombre lujosamente vestido y dirigiéndose a uno de los criados, le dijo en voz alta:

"—Hacedme el favor de pasar recado al señor oidor, que don Carlos de Arellano, alcalde mayor de Xochimilco, desea hablarle para un negocio muy urgente del servicio de Su Majestad.

"El criado pasó el recado y el hombre quedó esperando, paseándose con grandes muestras de impaciencia.

"Poco después salió el oidor, habló cortésmente a don Carlos y lo llevó a un aposento inmediato.

"Conversaron allí largo rato y luego salió demudado el oidor; se despidió de Arellano y volvió a meterse a su cámara.

"Desde este momento comenzaron en el palacio un movimiento y una agitación extrañas: entraban y salían gentes de justicia, y alabarderos y personas principales llamadas por el oidor a palacio. Yo comencé a entrar en sospecha.

"Aquella noche había junta en la casa desierta de don José, y yo, por acompañar a mi amo, no había podido asistir.

"Casi a media noche se retiró mi amo de palacio y me causó extrañeza encontrar las calles llenas de patrullas de vecinos armados, que hacían la ronda con los alcaldes y corregidores.

"Doña Beatriz esperaba a su tío con gran cuidado,

había sentido también el rumor y estaba pesadosa de su tardanza.

"—Cuánto cuidado —le dijo saliendo al encuentro— he tenido por vos.

"—Ya lo suponía yo, hija mía; pero no era posible otra cosa. Todo se ha descubierto esta noche.

"—¿Y cómo?

"—Ahora te contaré; retírate Teodoro.

"Yo me retiré, y mi ama y su tío se encerraron en su aposento. Como todos dormían ya en la casa, pude sin temor acercarme a la puerta cerrada y percibir la conversación, porque adentro hablaban alto.

"—Esto ha sido providencial —decía don Juan Luis de Rivera—. ¡Por extraños caminos dispone la Providencia cumplir sus designios!

"—¿Pero cómo ha sido eso? —preguntaba mi ama.

"—Figúrate, hija mía, que el alcalde mayor de Xochimilco, don Carlos de Arellano, tiene en México una dama, que Dios se lo perdone, es una mujer casada; esta señora tiene cuatro esclavas jóvenes, y hoy en la noche queriendo salir a la reja para hablar con don Carlos, notó que las esclavas habían salido, se alarmó y logró averiguar que las cuatro salían a la reunión que tienen los negros para tratar de alzarse con el reino. Y supo más, que estas juntas se tenían en la casa abandonada de don José de Abalabide, preso en la Inquisición; que esta casa tenía entrada por un subterráneo por una casa del rumbo de Coyahuacán; que esta noche estaban juntos y que mañana al amanecer debían dar el golpe. La dama, con una caridad y un celo verdaderamente cristianos, en vez de departir de amores con don Carlos, contóle lo que averiguado había y le envió al oidor

decano para que le diese parte, autorizándolo, para dar mejor testimonio, a referir sus amorosas relaciones, consintiendo en perder su fama con tal de salvar los intereses de Su Majestad.

"Yo había escuchado hasta el fin esta relación y no necesité más para comprender que todo estaba perdido, y que quien había hecho la denuncia era la dama de don Carlos de Arellano, y que ésta debía ser sin duda el ama de las cuatro esclavas con quienes yo había tratado, y que había sido la que aquella conspiración había inventado; sólo ella estaba en aquellos secretos y sólo ella podía conocer el lugar y la hora de la reunión. Además, la circunstancia de ser cuatro sus esclavas, y ser éstas las mismas mujeres que estaban en el secreto, me hacía tener más seguridad en mis conjeturas.

"Aquella era la traición más horrible que se podía imaginar; promover una conspiración, animarla, exaltar los ánimos y después denunciar a los comprometidos, era infame, inicuo.

"Bajo tan penosas impresiones me retiré a mi aposento sin saber qué hacer de mí; huir, era declararme yo mismo culpable; esperar, era esperar la muerte; aquella mujer sabía por sus esclavas que yo estaba en el complot y podía perderme; una vibora semejante era capaz de todo. En fin, después de reflexionar mucho, pensé que lo mejor era quedarme y confiárselo todo a mi ama doña Beatriz.

"Pasaron los días santos, las prisiones seguían y yo no me atrevía a salir a la calle.

"En la Pascua Florida, la Audiencia ordenó la ejecución de los reos que habían sido presos en la Semana Santa, y la mayor parte de los amos dispusieron que

sus esclavos fuesen a presenciar la ejecución para que les sirviese de escarmiento.

"El día fijado fui yo también entre la servidumbre de la casa de Rivera a la Plaza Mayor, adonde debía tener lugar la ejecución de la sentencia.

"Aquel ha sido el día más espantoso de mi vida; aún me parece que lo veo.

"La Plaza Mayor y las calles vecinas eran verdaderamente un mar de gente que se apiñaba para presenciar un espectáculo tan horrible.

"En el frente de palacio se elevaban dos horcas. El concurso inmenso se agitó, se levantó un rumor sordo y los ajusticiados aparecieron saliendo de la cárcel, que estaba al costado de palacio. Eran veintinueve hombres y cuatro mujeres, las cuatro esclavas que yo había conocido. Las cuatro eran jóvenes y eran las que debían morir primero: se les había concedido esto como gracia para evitarles el martirio de ver ajusticiar a los hombres.

"Aquellas infelices, más muertas que vivas, caminaban o más bien se arrastraban al patibulo, sostenidas por dos hombres que las llevaban de los brazos; al lado de cada una de ellas venían dos sacerdotes exhortándolas en voz alta, a grandes gritos, encomendándolas a Dios; llevaba cada una en la mano un Crucifijo, que apenas tenían fuerzas para llevar a la boca.

"Estoy seguro de que no había una sola persona en aquel inmenso concurso que no se sintiese horriblemente conmovida: llegaron las dos primeras a la horca y las subieron los verdugos; les ataron los lazos corredizos en el cuello y se apartaron las escaleras que les servían de apoyo. Los cuerpos quedaron suspendidos en el aire,

agitando convulsivamente las piernas, y dos verdugos enmascarados, con una agilidad verdaderamente infernal, subieron a caballo sobre los hombros de las víctimas y mientras que con ambas manos les tapaban la boca y las narices, con los pies les aplicaban furiosos golpes sobre el pecho y sobre el estómago.

"Poco a poco fueron quedando inmóviles aquellos cuerpos, hasta que puesta otra vez la escalera, los verdugos descendieron y se descolgaron aquellos dos primeros cadáveres.

"Siguieron las otras dos mujeres. Una subió resignada; pero la otra, en el momento de pisar el primer escalón, se rebeló.

—"No quiero morir —gritaba la infeliz—, por Dios, señores, que me perdonen; no quiero, no quiero; por Dios, por su Madre Santísima, que me perdonen...

"Y luchaba y se debatía; los verdugos no podían hacerla subir. Otros vinieron en su auxilio, pero aquella mujer, la más joven de todas, tenía en esos momentos una fuerza terrible: había logrado desatar sus manos y golpeaba y arañaba; pero a pesar de todo subía, subía arrastrada por los verdugos. Al colocarle el lazo fue necesario emprender otra nueva lucha: estaba casi enteramente desnuda, porque toda su ropa había caído hecha pedazos: mordía, escupía, gritaba. Aquello era un espectáculo que hacía erizar los cabellos.

"Le colocaron el lazo, se retiró la escalera y quedó en el arie: el verdugo subió sobre sus hombros y quiso teparle la boca; pero ella tenía las manos libres y apartó violentamente las del verdugo; el hombre perdió el equilibrio, quiso sostenerse y cayó a tierra arrancando el último pedazo de lienzo que cubría a la infeliz, que

quedó completamente desnuda a la vista del inmenso concurso; pero la escena no dejaba a nadie pensar en esto, a pesar de que aquella mujer tendría a lo más dieciocho años. Lo que estaba pasando era espantoso: había logrado meter las manos entre el lazo que rodeaba su cuello, y así se sostenía abriendo con espanto los ojos e implorando gracia con una voz sofocada.

—"Gracia, gracia, por Dios, por Dios —gritaba, haciendo inmensos esfuerzos para sostenerse en las manos.

"Uno de los verdugos brincó y se abrazó de sus pies; pero como estaban desnudos y ella hacía esfuerzos para desprenderse de él, el hombre se soltó; llegó otro y se aferró con todas sus fuerzas; entonces comenzó para la infeliz muchacha una agonía imposible de describir: como sus manos impedían correr bien el lazo, el nudo no apretaba pronto, y la muerte llegaba, pero lenta, dolorosa. La joven no gritaba, pero producía una especie de ronquido; no podía mover las piernas porque un hombre estaba suspendido de ella; ni las manos, porque las tenía aprisionadas en el cuello; pero su seno se agitaba rápidamente. No pudo soportar aquello: cerró los ojos y me cubrí la cara con las manos.

"La infeliz debió hacer algo espantosamente ridículo en medio de las ansias de la agonía, porque sentí un murmullo de horror entre la multitud y al mismo tiempo unas alegres carcajadas. Volví el rostro espantado buscando al autor de aquella profanación impía, y en una carroza que estaba cerca de mí descubrí tres personas que reían burlándose de la esclava infeliz: eran don Manuel de Sosa (el antiguo vecino de don José de Abalabide), el hombre que había ido a denunciar la conspiración, y que, según entendí, se llamaba don Carlos de Arellano,

y Luisa, Luisa la mulata, la esclava de don José, la mujer que me había inspirado una pasión tan vehemente.

"Los tres estaban ricamente vestidos; terciopelo, sedas, oro, plumas, joyas; aquella carroza parecía de unos príncipes.

"Don Carlos estaba al lado de Luisa, y al frente de ellos don Manuel.

"Infinitas sospechas se alzaron en mi alma. Casi lo comprendí todo; pero quise cerciorarme acercándome al carruaje, sin que ellos, o al menos Luisa, me conociera, y alcanzar algunas palabras de su conversación.

"Descolgaban en estos momentos los cadáveres de las dos esclavas.

—"Eran dos muchachas muy serviciales —decía Luisa.

—"Pero yo respondo de que la Real Hacienda os indemnizará la pérdida, no sólo de estas dos, sino de las cuatro, en recompensa del servicio que habéis hecho a la ciudad —contesó Arellano .

—"Así se lo había yo dicho a mi esposo —agregó Luisa.

—"Y tal lo creo —dijo entonces don Manuel— que bien merece el beneficio que a costa de nuestros propios intereses hemos hecho, el que Su Majestad se acuerde de nosotros.

"La multitud volvió a alzar un murmullo que me impidió continuar escuchando: era que comenzaba la ejecución de los hombres.

"Yo no necesitaba saber más y todo estaba clero para mí: el hombre libre que había hecho libre a Luisa, era don Manuel: él, sin duda por envidia, era el que había enterrado el Cristo en la puerta de la tienda de don José, lo había denunciado después al Santo Oficio para per-

derlo, y Luisa había sido su cómplice y seguramente ella era la que había introducido furtivamente el otro Cristo al cuarto de mi amo; ella sabía que aquella noche terrible debían llegar los familiares a la casa de mi amo y me precipitaba a cometer el delito para librarse también de mí, y su fuga estaba ya preparada...

"Porque-era seguro, era Luisa la mujer casada que estaba en relaciones con Arellano y que había denunciado la conspiración después de exaltarla.

"Aquella mujer era un demonio, con un rostro tan hechicero y un alma tan infernal.

"Las ejecuciones terminaron: los cadáveres fueron decapitados, y treinta y tres cabezas se clovaron en escarpias en medio de la Plaza.

"En la noche de ese día tenía yo fiebre.

"Un mes estuve luchando entre la vida y la muerte: mi ama nada omitió para salvarme, y gracias a eso la enfermedad cedió.

"Entre las esclavas encargadas por mi ama doña Beatriz de asistirme, había una joven que se llamaba Servia y que fue la que con más constancia se dedicó a mi curación.

"Cuando estuve sano, el recuerdo de Luisa que me venía como un remordimiento, cedió ante el amor puro que concebí por Servia; la joven inocente me amó también.

"Pero yo no podría dejar de ser una amenaza para Luisa y ella debió comprenderlo, porque apenas estuve sano fui preso por orden de la Audiencia y conducido a las cárceles de palacio.

"Mi sentencia no era dudosa, y recibí la noticia de prepararme a morir como cristiano.

"Servia, desolada, se arrojó a los pies de mi ama doña Beatriz y le declaró nuestro amor, y mi ama se compadeció de nosotros.

"El día de mi ejecución estaba señalado, yo no conservaba ya esperanza ninguna ¿quién se había de interesar por este pobre esclavo?

"Pocos días antes había tomado posesión del virreinato, según supe después, el señor Marqués de Guadalcázar, que vino con su esposa y sus niñas; la fama de virtud y de hermosura de mi ama doña Beatriz cautivó a la virreina, que hizo llamar a mi amo don Juan Luis de Rivera, para conseguir de él que mi ama entrase en palacio en calidad de dama de honor.

"Don Juan Luis llegó a la casa contentísimo con aquel honor, pero temeroso de que doña Beatriz se rehusase, y acertó a llegar en el momento en que Servia de rodillas le pedía que implorase por mi vida.

"Doña Beatriz escuchó la noticia que le llevaba su tío, encareciéndole el empeño de los virreyes; y como alumbrada por un rayo de caridad se hizo ataviar ricamente y conducir a la presencia de la virreina.

"Mi ama, tan bella y tan soberbiamente adornada, fue recibida en palacio con regocijo; pero apenas vio a los virreyes se arrojó a sus pies.

"En vano la instaron a levantarse.

"Señora —dijo dirigiéndose a la virreina— si tanto honor me hacéis acogióndome entre vuestras damas, hacedme una gracia y servicio distinguido.

"¿Qué podéis decir, doña Beatriz —contestó la virreina— que estando en mi mano os lo niegue?

"Señora, interponed vuestro amor y respetos con su

Excelencia, para obtener el indulto de un condenado a muerte, de mi esclavo Teodoro.

—¿Y por salvar a un esclavo tomáis tantá pena?

—Señora, le debo mi vida y la de mi tío, que salvó, poniendo en riesgo su existencia; aunque era un esclavo, entonces no lo era nuestro, y siempre le debo gratitud.

—Pero según sé, doña Beatriz —dijo el virrey que había permanecido en silencio— ese esclavo es culpable.

—Por eso mismo pido el indulto a Su Excelencia, porque el indulto es el perdón, y el perdón se hizo para los criminales y no para los inocentes.

—Tenéis razón de sobra —dijo el virrey—, alzad, que yo os lo prometo.

"Cuatro días después estaba yo fuera de la prisión.

Mi amo dio su libertad a Servia y me la entregó por esposa. Yo no quise nunca mi libertad, referí mi historia toda a mi ama, sin tener para ella secreto, y sigo y seguiré siendo siempre el más humilde de sus esclavos.

"Ahora su señoría verá cómo tenía razón en decirle que debo a doña Beatriz mi vida y mi felicidad."

Primera edición en  
 "Colección de Escritores Mexicanos"; 1946

El Prólogo y las características de esta edición  
 son propiedad de la Editorial Porrúa. S.A.

Derechos reservados (c) 1988 por

EDITORIAL PORRUA, S.A.  
 Av. República Argentina 15, México 1, D.F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN 968-432-788-9 (Obra Completa)  
 ISBN- 968-432-790-0 (Tomo II)

IMPRESO EN MEXICO  
 PRINTED IN MEXICO

## LIBRO TERCERO

MONJA Y CASADA

### I

DE LO QUE HABÍA ACONTECIDO EN LA NUEVA ESPAÑA DES-  
 DE EL DÍA QUE DEJAMOS ESTA HISTORIA HASTA EL  
 DÍA EN QUE VOLVEMOS A TOMARLA

Estamos en el año de 1623.

El virrey don Diego Fernández de Córdoba había pasado a gobernar el Perú, cosa que en aquellos tiempos se tenía como ascenso en la carrera pública, por lo más pingüe de aquel virreinato en que se gozaba de treinta mil ducados de sueldo, es decir, diez y seis mil quinientos pesos, y la Nueva España era un virreinato de veinte mil, que hacen diez mil quinientos.

Felipe III había enviado al marqués de Guadalcázar al Perú, a pesar de las muchas acusaciones de sus enemigos, y había dejado para que gobernase a la Nueva España, con arreglo a la ley, a la real Audiencia.

Felipe IV, que heredó la corona de España por muerte de su padre Felipe III, desde el 21 de marzo de 1621, envió a México como décimoquinto virrey al Excmo.

señor don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves y conde de Priego, hijo segundo de la casa de los marqueses de Tabara, del Consejo de Guerra de S. M., que con el renombre de valeroso Capitán y recetísimo Gobernador, había en los últimos años regido en Aragón.

Como el marqués de Gelves tiene que hacer un papel importante en el resto de nuestra historia, nos detendremos un poco para contemplar esa figura, que sin duda es la más notable entre los virreyes de la Nueva España después de la del célebre conde de Revillagigedo.

El marqués de Gelves, inteligente, impetuoso, rígido, escrupulosamente justiciero, valiente y acostumbrado desde su juventud a la severidad de la disciplina militar, llegó a Nueva España con orden expresa del rey para reformar las costumbres y reparar los daños que la negligencia de sus antecesores había causado en el reino.

En aquellos momentos la situación de Nueva España era verdaderamente triste.

Los pobres, oprimidos, no encontraban amparo ni justicia; el monopolio de los ricos encarecía de tal manera los efectos de primera necesidad, que las gentes se morían de hambre.

La justicia se administraba al mejor postor, como una mercancía; los caminos y las ciudades estaban llenas de ladrones, salteadores y bandoleros, cuya audacia llegaba hasta el hecho de haber sido robados dieciocho mil pesos de las cajas reales, horadándose las paredes y fracturándose las cerraduras.

Los ricos, fuera del alcance de la ley y de la autoridad, se constituían en señores feudales con derechos de

vida y haciendas, asombrando al reino con su soberbia y disolución.

Por las noches nadie podía ya salir de su casa, porque cuadrillas de hombres armados andaban por las calles robando a todo el mundo e insultando a todos, sin perdonar al mismo arzobispo de México, que lo era aún don Juan Pérez de la Cerna.

El marqués de Gelves, con una voluntad firme y con una resolución indomable, comenzó a poner en todo el remedio.

Los monopolios de las semillas y de los demás efectos de primera necesidad cesaron, bajando así los precios y comenzando a remediarse las necesidades de los pobres, que habían llegado a un extremo increíble, por esos que se llamaban "regatones", que eran compradores y revendedores, entre los cuales se contaba el mismo arzobispo, que tenía en su casa una carnicería que le hizo quitar el virrey.

La justicia comenzó a administrarse a todo el mundo, y comenzaron a verse castigados ricos y nobles, caballeros y jueces, alcaldes y abogados, por las faltas en su administración.

El Arzobispo, los oidores y los ministros de la Audiencia, perdieron su antigua soberbia y poderío, y por último, las cuadrillas que salían por todas partes en persecución de los delincuentes, ladrones y salteadores, habían logrado aprehender y castigar a muchos, dejando limpios los caminos y devolviendo la tranquilidad a los pacíficos vecinos de las aldeas y de las ciudades.

El marqués de Gelves era por tanto el blanco de los odios de los ricos, de los nobles, del arzobispo y de sus partidarios, y de la gente perdida.

## LIBRO CUARTO

VIRGEN Y MARTIR

## I

EN DONDE HACEMOS CONOCIMIENTO CON EL INQUISIDOR  
MAYOR DON JUAN GUTIÉRREZ FLORES Y VOLVEMOS A VER  
A DOÑA BLANCA

Hemos llegado a la sala de Audiencia del Tribunal de la Fe.

Era un salón como de veinte varas de largo y ocho de ancho y magníficamente adornado, rodeado de columnas del orden compuesto y con ricas colgaduras de damasco encarnado. En el centro de una de las cabecezas, un gran dosel de terciopelo carmesí con franjas y borlas de oro; debajo de él y sobre una plataforma rodeada de una barandilla de ébano negro, y a la que se subía por una gradería, la mesa de los inquisidores y sus tres sillones de terciopelo carmesí, con borlas y franjas, y recamos de oro.

En el dosel bordadas las armas de la monarquía española, y apoyado en el globo de la corona con que remata el blasón, un Crucifijo, y en derredor el terrible



lema de la Inquisición: *Exurge Domine, judica causam tuam*. A los lados de la cruz dos ángeles, uno con una oliva en la mano derecha y una cinta en la izquierda, que decía: *Nolite mortem impii, sed ut convertatur, et vivat*. En el otro lado el otro ángel con una espada en la mano derecha y en la izquierda una cinta con este mote: *Ad faciendam vindictam, in nationibus increpationis, in populis*.

Cerca del dosel había una pequeña puertecilla llena de agujeros para que el denunciante y los testigos pudieran desde dentro ver al reo, sin ser vistos por él.

A la derecha del salón estaba la puerta que conducía a las prisiones, y un poco más adelante, pero cerca de ella, en el mismo muro, otra puerta que tenía encima este rótulo: *Mandan los señores inquisidores que ninguna persona entre en esta puerta para dentro, aunque sean oficiales de esta Inquisición, si no lo fuesen del secreto; pena de excomuniación mayor*.

Don Juan Gutiérrez Flores estaba sentado bajo el dosel, el escribano notario del Santo Oficio le daba cuenta con una multitud de causas.

—Denunciaciiones— dijo el escribano tomando uno de los procesos— contra Sor Blanca del Corazón de Jesús, monja profesada del convento de Santa Teresa de esta capital, por herejía y pacto con el demonio.

—¿Qué hay de nuevo en esta causa?— preguntó el inquisidor mayor.

—Los testigos y denunciantes hanse citado para venir, y no se les ha podido encontrar a todos porque el principal, que es el denunciante, hase encontrado muerto después del asalto que se dio a Palacio; pero su declaración debe hacer grande fe porque ese hombre, según

el entierro que se le mandó hacer por el Ilustrísimo señor Arzobispo, tenía grandes merecimientos.

—¿Y hay, además, otros testigos?

—Una señora principal, aunque ésta tampoco ha podido ser hallada.

—Entonces podéis hacer que entre, o que sea conducida a mi presencia la llamada Sor Blanca, para proceder a tomarle su declaración.

El escribano puso el auto y la orden para la comparecencia de Sor Blanca y agitó una campanilla de plata que había sobre la mesa.

Un familiar se presentó y el escribano le entregó la orden.

Transcurrió un cuarto de hora cuando se abrió la puerta de las prisiones, y Blanca, conducida por dos carceleros que tenían las caras cubiertas con sus capuchones, penetró en la sala de la Audiencia.

Blanca estaba sumamente pálida, sus ojos brillantes y enrojecidos por el llanto se fijaban espantados en la figura del inquisidor y en el extraño adorno de la sala.

La joven se adelantó vacilando, casi sostenida por los carceleros, hasta llegar cerca del escribano.

Entonces los carceleros se retiraron y doña Blanca tuvo que apoyarse contra la barandilla para no caer.

—Tomadle el juramento— dijo el inquisidor:

—¿Juráis a Dios y a su Madre Santísima— dijo solemnemente el escribano— y por la señal de la cruz, decir la verdad y todo cuanto se os preguntare, a cargo de este juramento?

—Si juro— contestó Blanca, llevando a sus labios su mano derecha, con la que había formado la señal de la cruz.

—Estáis acusada y denunciada de herejía, y de tener pacto con el demonio —dijo el inquisidor.

—Señor —contestó Blanca— otras serán mis culpas por las que Dios tendrá que castigarme; pero ya tengo declarado que sobre esos capítulos en nada me remuerde mi conciencia.

—Sentaos —dijo el inquisidor.

Blanca se sentó en un banquillo sin respaldo, que estaba cerca de ella.

—¿Persistís en no confesar? —prosiguió el inquisidor—. Puede eso traer os fatales consecuencias.

—Dios dispondrá de mí, según su voluntad; pero yo no soy culpable de esos delitos de que se me acusa.

—Vamos, inútil es con vos la dulzura y el convencimiento. Si no tenéis pacto con el diablo ¿cómo habéis logrado salir del convento en donde estabais encerrada?

—Ya he dicho que con una depositada que tenía las llaves de todas las puertas.

—¿Insistís aún en vuestra falsedad? Porque ya se os ha dicho que según las declaraciones de todo el convento, esa mujer a quien hacéis referencia, y que según dijisteis se llama Felisa, no ha faltado del convento ni una sola noche, ni el sacristán de la iglesia ha dejado un solo día de cumplir exactamente con su obligación, y hanse encontrado en vuestra celda las alhajas que dijisteis haberse llevado la Felisa. Así es que sólo por artes diabólicas pudisteis haber salido del convento estando todas las puertas cerradas, y haber inventado esa fábula con que quisisteis engañar al Santo Tribunal de la Fe.

—Juro por Dios que nos escucha —contestó Blanca— que todo lo que he referido es lo que aconteció, y no más; y aunque no podré explicar cómo esa mujer estaba

dentro del convento y no ha faltado de allí ni una sola noche, me afirmo en que es ella quien de allí me ha sacado.

—Haced constar, señor escribano —dijo el inquisidor— que esta mujer se obstina en su negativa, en cuanto a tener pacto con el diablo.

El escribano extendió la declaración.

—En cuanto al capítulo de herejía —dijo el inquisidor— declaradamente no podéis negarlo, porque habéis confesado haber contraído matrimonio con don César de Villaclara, habiendo hecho voto de castidad y de clausura, por lo que él y vos, así como todas las personas que os ayudaron, estáis declarados herejes y relapsos y dignos de las mayores penas con que nuestra Madre la Santa Iglesia, y el Santo Tribunal de la Fe en nombre de Dios ofendido, castigan a los que tales extremos tocan.

—¡Ah, señor! —dijo Blanca, temblando con la sola idea de que don César podía llegar a caer en manos de la Inquisición— haced conmigo lo que queráis, condenadme al tormento, mandadme a la hoguera, destrozad mis carnes y mis nervios, reducid a cenizas mi cuerpo; pero por Dios, señor, por la religión de Cristo, por la memoria de vuestros padres, por el alma que tenéis que salvar, no envolváis a don César en mi culpa ni en mi castigo. El es inocente, os lo juro, es la verdad; miradme aquí pronta, dispuesta a sufrirlo todo, pero a él no, no, por Dios, os lo repito, es inocente, yo le he engañado, le he burlado, yo le oculté que era religiosa; le hice creer que era libre porque le amaba, por eso me he arrojado en este abismo. ¡Ah, señor inquisidor! ¿Vos no sabéis lo que es una pasión? Entonces no me juzguéis,

porque no podéis comprenderme, yo soy aquí la culpable, pero él no, él no; os lo juro en nombre de Dios que nos oye.

—¿Confesáis pues? —dijo con la misma indiferencia que antes el inquisidor y sin inmutarse ni afectarse con la creciente exaltación de Blanca.

—¿Y qué queréis que confiese?

—Vuestra herejía al haber contraído tan sacrilego matrimonio, estando ligada a Dios por vínculos tan sagrados.

—¿Y cómo queréis que yo confiese semejante cosa? Yo he pronunciado esos votos de consagrarme a Dios en el claustro por fuerza, contra toda mi voluntad, y Dios no puede haberme aceptado ese sacrificio, porque El estaba leyendo en mi pecho y en mi pensamiento; porque El sabía que aquellas palabras que, al salir de mi boca quemaban mis labios, no eran la verdad, no eran lo que sentía el corazón; que yo le amaba sobre todas las cosas de la tierra, pero no estaba dispuesta, no era mi voluntad, no quería pertenecer al claustro. Si yo he abandonado el convento, era porque me sentía libre, porque, como ya he declarado, el Pontífice disolvía los vínculos que me ligaron; por eso pude entregar mi mano a don César, por eso pude darle mi corazón, él es mi esposo verdadero ante Dios y ante los hombres, y aunque el mundo crea lo contrario, y aunque juzgue indisolubles los lazos que antes me ataban, yo sé, porque Dios me lo dice en mi conciencia, que don César es mi esposo y que no he ofendido a la Divinidad con haberme unido a él.

Blanca había dicho todo esto como presa de una fiebre, como delirando.

—Inútil será proseguir la diligencia —dijo el inquisidor—. Asentad, señor escribano, que esta mujer ni reconoce sus crímenes, ni abjura de sus errores, e insiste en negar su confesión, y que en consecuencia se le sujete por su contumacia a la cuestión de tormento ordinario y extraordinario hasta obtener su confesión.

—¡Piedad, señor! —exclamó Blanca, cayendo de rodillas—. ¡Piedad!

La energía que había sostenido a la mujer amante, desapareció ante la idea del tormento.

Las relaciones de los dolorosos sufrimientos que servían al Santo Oficio como el medio infalible para arrancar de la boca de sus víctimas una confesión, las más veces falsa, circulaban por todas partes.

La palabra tormento no sonaba entonces como ahora, vaga y sin despertar en el alma un verdadero sentimiento de terror: en aquella época el hombre más enérgico y más dispuesto a arrostrar la muerte, sentía helarse de espanto su corazón a la sola idea de verse en la cuestión del tormento; y muchos desgraciados se confesaron culpables de crímenes que jamás habían cometido, prefiriendo morir en el garrote o en la hoguera, a pasar por aquella sucesión de dolorosas y sangrientas pruebas.

Blanca sintió todo el horror de su situación, y su energía la abandonó.

El escribano tocó la campanilla y volvieron a aparecer los dos carceleros.

—De orden del señor inquisidor esta mujer a la sala del tormento.

—Por Dios, señor inquisidor ¡piedad! Yo diré —decía Blanca, queriéndose arrodillar a los pies del inquisidor— dejadme, dejadme rogarle—. Y hacía esfuerzos

por desprenderse de los carceleros o por conmooverlos; pero aquellos hombres, acostumbrados a ver esta clase de escenas, no se inmutaron siquiera.

Y tomando a Blanca entre los dos, a pesar de sus ruegos y de sus lágrimas y de su desesperación, la condujeron hasta la puertecilla que tenía encima escrita la prohibición de entrada "para los que no fuesen del secreto".

Abrieron violentamente, y metiendo por ella a Blanca volvieron a cerrarla después.

El inquisidor y el escribano, como si nada estuviera pasando allí, seguían tratando de otros negocios.

## II

## CUESTIÓN DE TORMENTO

Por un corredor sombrío y angosto fue conducida Sor Blanca por seis carceleros, hasta llegar a un aposento grande y cuadrado, que tenía de la bóveda suspendidos algunos mecheros que derramaban una rojiza e incierta claridad sobre las negras paredes, sobre la extraña multitud de extraños objetos que había allí, hacinados por todas partes, y sobre la figura sombría de dos hombres que estaban sentados silenciosamente en un banco. No sería posible describir con exactitud aquel antro de la crueldad humana.

Una atmósfera pesada, fría y húmeda se respiraba en aquella especie de caja formada de rocas, y de donde el más agudo gemido de una víctima no podría ser escuchado.

Por todo el aposento se veían instrumentos horribles de tortura; ruedas, garruchas, sogas, tenazas, braseros, pero todo tan amenazador, tan sombrío, que se presen-

tiría para todo lo que aquello servía aunque no se supiera.

Doña Blanca fue introducida al cuarto del tormento por sus guardas que la sentaron en un banco.

Los otros dos hombres que allí había, no se movieron siquiera.

Así transcurrió una media hora, hasta que en el pasillo que conducía a la sala de Audiencia se oyeron pasos.

Los familiares se pusieron de pie y entraron a la sala del tormento el inquisidor y el escribano que llevaban consigo su respectivo tintero y la causa de doña Blanca.

En el fondo de la sala había un dosel rojo, con un Cristo debajo; en una plataforma, un sitial para el inquisidor, y más abajo la mesa y el sitial para el escribano, de tal manera que el inquisidor, lo mismo que el escribano, tenían el rostro vuelto hacia la víctima, quedando uno más elevado que el otro.

Por la misma puerta que había dado entrada al inquisidor, penetró después en la sala el fraile que entonces hacía de confesor de los reos, que era, por decirlo así, como el jefe de los demás frailes o clérigos que acompañaban al suplicio a todos los criminales, y cuya verdadera misión era atormentar moralmente y aterrorizar a los desgraciados que caían en poder del Santo Oficio.

—Acercad a esa mujer —dijo el inquisidor, cuando hubo tomado asiento.

Los familiares condujeron a doña Blanca cerca del juez.

—Mira lo que vas a padecer —le gritaba el confesor que se llamaba Fray Diego—. Tus carnes se abrirán, tu

sangre goteará y correrá, tus músculos se harán pedazos, y sentirás todos los tormentos del infierno en esta vida y en la otra: confiesa, desgraciada...

—Acercaos y decid ¿continuáis sosteniendo lo que habéis dicho, e insistiendo en vuestra negativa? —preguntó el inquisidor.

—Señor, por Dios —contestó doña Blanca— no tengo otra cosa que decir...

—Basta, comenzad —dijo el inquisidor.

Todos los familiares rodearon a doña Blanca y el confesor se apartó un poco.

Doña Blanca no comprendía por donde iba a comenzar el tormento, pero temblaba de tal manera que se sostenía en pie sólo merced al apoyo de los carceleros.

Con una velocidad increíble, y como acostumbrados a esa clase de operaciones, comenzaron entre todos a desnudar a Blanca. El pudor de la mujer, la indignación de la virgen, el orgullo de la señora de alto rango, todo se sublevó en el corazón de doña Blanca cuando comprendió que se trataba de dejarla enteramente desnuda a presencia de tantas personas, y de profanarla de aquella manera.

—¡Oh! —exclamó— eso sí que no lo conseguiréis nunca, desnudarme, monstruos; eso no, martirizadme, matadme, pero no me desnudéis. ¡No! ¡no! ¡eso no! Yo no quiero que me descubran, que me desnuden. ¡Matadme mejor! ¡Matadme!

Y la desgraciada hacía esfuerzos inútiles, porque casi sin dificultad iban cayendo una tras otra las piezas que componían su traje y a cada una de ellas el escribano repetía:

—Se le amonesta que diga la verdad si no quiere verse en tan gran trabajo.

Sólo quedaba la camisa a aquella pobre mujer, y entonces acudió a la súplica.

—Señor inquisidor, por Dios que me dejen siquiera esto, por Dios, señor, por su Madre Santísima, que no me desnuden enteramente. Señor, señor, es una vergüenza tan grande... ¡Ay! que me la quitan ¡ay! ¡ay! Señor, señor, por Dios ¡ay...!

Y lanzó un agudo grito porque los carceleros habían arrancado el último cendal de su cuerpo y se encontraba enteramente desnuda en medio de tantos hombres.

Tal vez ni un pensamiento impuro cruzó por la cabeza de aquellos hombres al contemplar a Blanca, porque estaban muy acostumbrados a esas escenas, y porque hay cierta especie de lascivia en la crueldad que ahoga todos los demás sentimientos.

—El ordinario —dijo el inquisidor—. Y los familiares tomaron a Blanca que estaba casi desmayada de la vergüenza y en peso la llevaron hasta uno de los aparatos del tormento.

Era una gran mesa en donde la acostaron, y en los brazos y en las piernas le pasaron unas sogas, que apretaban conforme daban vuelta a una de las cuatro ruedas que había en los lados de la mesa y que correspondían a cada uno de los brazos o de las piernas.

En un instante quedó doña Blanca enteramente sujeta. Entonces le parecía que soñaba, veía a aquellos hombres tocarla por todas partes con sus toscas manos, sin respeto, sin decencia, sin miramiento alguno, y no sentía ya ni encenderse su rostro por el rubor: había casi perdido la sensibilidad del alma.

El escribano no cesaba de repetir.

—Se le amonesta a que diga la verdad si no quiere verse en tan gran trabajo.

Pero ella no escuchaba nada.

Todos rodearon aquella mesa en donde estaba tendida Blanca, mirando para todas partes con ojos, no ya de asombro, sino de estupidez.

El inquisidor hizo una seña, llamó a los atormentadores, dio la primera vuelta a una de las ruedas y Blanca, como volviendo repentinamente en sí, se estremeció y lanzó un grito de dolor.

—Se le amonesta que diga la verdad si no quiere verse en tan duro trance —dijo impasiblemente el escribano.

Blanca no contestó, estaba espantosamente pálida, volvió los ojos adonde estaba el inquisidor y dos lágrimas como dos diamantes rodaron de sus ojos.

El segundo verdugo dio una vuelta a la rueda del brazo izquierdo.

—¡Jesús me acompañe! —exclamó la desgraciada arrojando la voz como de lo más hondo de su pecho.

—Se le amonesta que diga la verdad —volvió a repetir el escribano, y esperó la respuesta.

Los inquisidores no daban un tormento agudo; sino pasajero; se prolongaba el dolor, se hacía lento, se iba aumentando en intensidad, y todo para hacerlo más cruel para conseguir una confesión.

Blanca seguía llorando.

La rueda de la pierna derecha dio una vuelta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! qué dolor tan horrible —decía Blanca.

Pasó un momento y la rueda de la pierna izquierda dio también una vuelta.

—¡Madre mía! ¡madre mía! —gritaba Blanca. Aquellos cuatro dolores intensos, horrorosos, hacían temblar sus carnes y comenzaban a agitar su respiración.

La rueda del brazo derecho giró, por segunda vez y entonces la joven no pudo contenerse.

—Señores, señores, por Dios... ¡Ay! ¡ay! que me rompen los brazos. Por Dios ¿qué he hecho yo? Tenganme compasión ¡ay!

Y sus lágrimas corrían sin cesar.

—Se le amonesta que diga la verdad.

—Pero si ya dije, por Dios, por su Madre Santísima... ¡Ay! ¡ay! —En este momento daba la segunda vuelta la rueda del brazo izquierdo—. Me rompen los brazos —gritaba la infeliz— por Dios, déjenme porque les he dicho la verdad, lo juro... lo juro...

—Se le amonesta a decir la verdad...

—Pero si ya lo he dicho todo.

La rueda de la pierna derecha giró por segunda vez.

Y giró también la de la izquierda.

Imposible fuera describir la agonía de aquella desgraciada criatura, sus lágrimas, sus gritos, sus sollozos, sus ruegos y sus lamentos.

Cuando las ruedas acabaron de dar la tercera vuelta, había transcurrido media hora de tormento, y Blanca no era ya la joven hermosa y cándida que hemos conocido.

Sus ojos extraviados parecían querer saltar de sus órbitas; rodeados sus párpados de un círculo morado y azul daban a su rostro espantosamente pálido un aspecto que horrorizaba; con los labios y la lengua enteramente secos, con una crispatura repugnante en la boca que hacía dejar descubiertos sus dientes blanquísimos, con la frente inundada de un sudor frío y viscoso que hacía

pegarse allí sus cabellos, Blanca, que era una hermosura, en aquel momento causaba espanto.

Su pecho se agitaba como un fuelle, arrojando un aliento pequeño y entrecortado.

Y nada había declarado.

Pero también ¿qué había de decir?

Había quedado ya como desmayada, no gritaba, no se estremecía, no se quejaba; apenas unos gemidos débiles se escapaban de cuando en cuando entre su jadeante respiración.

—Se ha desmayado —dijo el escribano.

—Tal vez sea una astucia, de las que acostumbraban tan comunmente los reos —contestó el inquisidor—. Que se dé otra vuelta entera para probar.

Doña Blanca había cerrado un instante los ojos como vencida por el sufrimiento.

A la voz del inquisidor las cuatro ruedas giraron simultáneamente.

Los huesos de Blanca produjeron una especie de ruido siniestro. La joven, como un cadáver galvanizado, se estremeció hasta en sus cabellos, abrió los ojos extraordinariamente y volvió a todos lados la mirada, como si fuera a perder la razón y exclamó con una voz que nada tenía de humana.

—¡Jesús me ampare!

Y quedó desmayada.

—Veis como no estaba desmayada —dijo el inquisidor.

—Se le amonesta a que diga la verdad —repitió el escribano.

Blanca no se movió, y las ruedas volvieron a girar. Entonces la joven no dio indicio de haber sentido nada.

—Ahora sí puede suspenderse la diligencia —dijo el inquisidor— para continuarla cuando vuelva en sí.

Los verdugos soltaron las ligaduras y Blanca continuó insensible.

—Dad fe, señor escribano —dijo el inquisidor— de que no tiene ningún miembro roto ni descompuesto.

El escribano y los verdugos pasearon sus impuras manos por todo el cuerpo de la infeliz víctima.

El escribano asentó que en la diligencia del tormento no había doña Blanca perdido ningún miembro y se retiraron a descansar al fondo de la sala mientras que podía continuarse la diligencia.

Blanca quedó abandonada sobre la mesa, desnuda como un cadáver en el anfiteatro y mostrando las señales de su horrible tormento. Si don César pudiera haberla visto habría muerto de dolor.



IBARGÜENGOITIA, Jorge.  
LOS PASOS DE LÓPEZ.  
 México, Editorial Joaquín  
 Mortiz, 1990.

UNIDAD II.-EL MOVIMIENTO  
 DE INDEPENDENCIA.

EL AUTOR:

Jorge Ibargüengoitia nació en 1928 en el estado de Guanajuato, estudió en la Ciudad de México y abandonó la carrera de Ingeniería para ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras y estudiar arte dramático.

Vivió varios años en Europa y dedicó gran parte de su vida a escribir novelas, relatos y obras de teatro, en los que siempre enfatizó su inclinación al género satírico, dentro del cual ha sido considerado como uno de los más destacados de nuestro país. Se ha considerado que su obra ha dado madurez y modernidad a la narrativa mexicana.

Murió en un accidente aéreo en las cercanías de Madrid el 27 de noviembre de 1983.

De sus creaciones del género dramático se conocen:

Susana y los jóvenes; Clotilde en su casa; Ante varias Esfinges; El Atentado, etc., en el género de novela sus creaciones fueron: Maten al León; Los relámpagos de Agosto; La ley de Herodes; Los pasos de López; Instrucciones para vivir en México; Dos crímenes; Viajes a la América Ignota; Estas ruinas que ves; Las muertas; La conspiración vendida.\*

\*La información biográfica esta apoyada en :Diccionario de Escritores Mexicanos. I Tomo, México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1997, p.177.

LA OBRA:

Los pasos de López describe la historia imaginaria de un país colonizado por España, en donde se desarrolla un movimiento de independencia, en muchos aspectos muy similar al de nuestro país en 1810.

En la trama encontramos caudillos, conspiraciones, traiciones y un muy singular desenlace.

Los capítulos seleccionados son el 7, 16, 17, 23 y 24, que de entre todos los contenidos en el libro, son los que más ilustran la intrincada secuencia de un movimiento preparado por una diversidad de ciudadanos, desde los que no saben ni como se dispara un arma, hasta militares de experiencia, la mayoría hartos del pesado yugo extranjero.

El Capítulo 7 hace una detallada descripción de cómo se efectuaba la conspiración contra el gobierno español y como se conseguían pertrechos para la cercana lucha.

El Capítulo 16 refiere el momento preciso de la iniciación de su independencia, lo que el autor denomina "El grito de Ajeteo", lo cual nos lleva a pensar, tanto en los nombres típicos de nuestras regiones, sobre todo en la zona de Michoacán, como en el significado mismo de la palabra, de confusión, precipitación, violencia.

El Capítulo 17 dibuja el desencanto de los participantes en el movimiento al darse cuenta de que no sólo deben enfrentar un ejército profesional, sino que sus primeros enemigos son el hambre y la desorganización.

Por último, los Capítulos 23 y 24 también son incluidos, por encontrarse en ellos el desenlace y explicación de la novela en general.

A través de esta lectura se puede comprender cómo, con un lenguaje sencillo y con situaciones que en muchas ocasiones resultan cómicas, se enlazan los destinos de simples ciudadanos, con una gesta heroica y también cómo, a veces, la falta de recursos se substituye por valor.

Nosotros, tan acostumbrados a escuchar de batallas y problemas sólo a través de la televisión, encontraremos en la lectura de este libro, una narración que nos hace pensar que aunque la novela es ficción, se convierte en el relato de un movimiento que requirió de sacrificios de sus protagonistas y de cómo la vida dentro de una guerra, de ninguna manera es novela, sino realidad, y cómo los héroes, que en la historia de México sobresalen de las multitudes, son seres humanos, con defectos y cualidades.

#### SUGERENCIA DIDÁCTICA:

A través de una lluvia de ideas referente a la lectura, el maestro reafirmará el tema de la Independencia de México, y tendrá la oportunidad de contrastar situaciones cómicas con la vida cotidiana de entonces y de ahora.

Periñón fue el primero en visitarme en la casa del aguacate. Reconoció los cuatro golpes pausados, abrí la puerta y lo vi parado en la calle de tierra, sin sombrero, con la vara de espantar perros y el capote enlodado, porque acababa de llegar a Cañada.

—Yo voy a ser tu padrino —me dijo muy serio, antes de entrar, como para explicar su presencia.

Quise enseñarle mi casa nueva y él aceptó de buen grado. Me siguió por los cuartos dócilmente pero sin poner mucha atención. Se apoyó en una mesa que temblaba, jaló una silla a la que se le desprendía el respaldo y cuando fuimos a la ventana para que yo le enseñara el valle, él recogió polilla con el dedo y se quedó mirando la yema.

—Dentro de un rato —me dijo— vamos a participar en una ceremonia que te va a parecer un poco rara, por no decir ridícula. Pero no vayas a reírte ni hacer ningún comentario burilón, porque fue ideada por Diego y Ontananza y ellos la toman en serio.

Fue el día de mi investidura como miembro de la Junta de Cañada.

Como había ocurrido la vez anterior el portón de la casa del Reloj estaba cerrado, Periñón llamó y el mozo nos abrió inmediatamente. No había nadie en el patio, nadie en las escaleras, nadie en los corredores, la puerta del "salón del candil de prismas" estaba cerrada. Periñón dio con el puño otros cuatro golpes pausados. Alguien preguntó desde adentro:

—¿Quién llama a nuestras puertas?

Era la voz de Ontananza, impostada, casi irreconocible. Periñón contestó con voz natural:

—Un hombre que quiere pertenecer a la Junta y un amigo que lo respalda.

Pasó un momento, como si adentro hubiera consulta, luego oímos la voz de Diego, lejana, que decía: 135

—Abridles.

Lentamente se abrieron las dos hojas de la puerta y apareció el portero: era Ontananza de bicornio emplumado y capa dragona. Nunca lo había visto tan elegante. Ordenó a Periñón:

—Conducid al aspirante ante la Junta.

Periñón y yo avanzamos cuando las puertas se cerraban a nuestra espalda. Diego nos esperaba de pie ante un cojincito morado, detrás de él estaban los demás en grupo compacto: todos de negro, Carmelita y Cecilia de mantilla y los hombres de sombrero. Las ventanas del salón estaban cerradas, los oscuros echados, las cortinas corridas y todas las luces del candil encendidas. Hacía un calorón. Periñón hizo que yo me parara ante el cojincito, frente a Diego, quien me estaba mirando de arriba abajo.

—¿Qué no trajiste tu espada? —me preguntó en un susurro.

En el mismo tono le contesté:

—No, ¿por qué?

Periñón se dio una palmada en la calva.

—¿Se me olvidó decirle que la trajera! —dijo.

Hubo que descolgar de la pared un sable que había sido del padre de don Emiliano Borunda.

—Hincaos —me dijo Diego, señalando el cojincito morado.

Hizo que yo pusiera la mano en la empuñadura del sable que Periñón sostenía a medio desenvainar y luego me hizo jurar, si mal no recuerdo, guardar lealtad eterna a la Junta "y a cada uno de sus miembros", no revelar jamás lo que se tratara en las reuniones y librar a mi Patria del yugo español. Cumplí mal ese juramento pero otros lo cumplieron peor.

Cuando terminé de jurar Diego desenvainó el sable con una floritura y me dio un espaldarazo en el hombro.

—Levántate independiente, Matías Chandón —me ordenó.

Carmelita fue la primera en abrazarme.

—Bienvenido a la Junta del Reloj —me dijo.

Diego la regañó.

—Quedamos en que se llamaba Junta de Cañada —le dijo apretando los dientes.

Ella le echó una mirada venenosa.

—Da igual —dijo y me dio el abrazo.

Era parte del ritual. Uno por uno los miembros de la Junta fueron a donde yo estaba y me dieron la bienvenida a la Junta y un abrazo. Fue la primera vez que abracé a Cecilia Parada, hoy mi esposa.

Todos acabamos sudando. Los demás se quitaron los sombreros y las mantillas, Ontananza, la capa dragona, apagaron la mayoría de las velas que había en el candel de prismas, pero no abrieron ni ventanas ni puerta. Diego, Ontananza y Perión presidieron la reunión que siguió desde una mesa, en un ángulo de la cual se sentó el joven Manrique con papeles, tintero y plumas; los demás nos sentamos en sillas que pusimos frente a la mesa. Yo iba a sentarme en una que estaba junto a Cecilia Parada cuando Carmelita ordenó:

—Ven a sentarte a mi lado, Matías.

Cuando nos acomodamos, el joven Manrique sacó una lista de los asuntos que había que tratar y leyó:

—Machetes.

El señor Borunda informó que el hombre que los hacía había prometido cien y nomás le había entregado sesenta.

—Propongo que busquemos otro abastecedor —concluyó— porque el tiempo se va como agua.

Los demás parecían de acuerdo pero ninguno sabía decir dónde conseguir en Cañada los cuarenta machetes que faltaban. Aldaco dijo:

—Yo conozco un cuchillero de confianza en Muérdago.

Recuerdo que Borunda aceptó que Aldaco mandara hacer los machetes en Muérdago y que luego hubo una discusión en que intervinieron varios y que yo no entendí. Quizá porque estaba recién llegado, pero más bien sospe-

cho que no se dijo todo lo que había que decir. Ahora sé que el problema estaba en que nadie se atrevía a llevar los machetes de Muérdago a Cañada. Pero estoy seguro de que en aquella reunión nadie confesó tener miedo ni se dijo que había un riesgo en se pronunciaron las palabras "ron-da aduanal". Se aprobó el cuchillero y se dejó pendiente el transporte.

Ya veremos después —dijo Diego y le hizo seña al joven Manrique de que leyera el siguiente punto:

—Balas para mosquete.

El señor Mesa se puso de pie e informó:

—La producción está suspendida desde hace una semana por falta de plomo.

El doctor Acevedo intervino:

—Como tesorero de la Junta es mi deber anunciar que no hay plomo porque ya se acabó el dinero.

—Yo pongo cincuenta pesos —dijo Perión y los puso sobre la mesa.

Cecilia Parada se metió la mano entre los pechos y sacó una bolsita.

—Mi papá manda doscientos —dijo.

El presbítero Concha dio un suspiro y treinta pesos, yo no llevaba nada, los demás dieron lo que pudieron —Diego y Carmelita, diez pesos—, el doctor Acevedo juntó el dinero, puso una parte en un cofre y entregó el resto al señor Mesa, con el encargo de que comprara más plomo.

—Tratos con cabecillas —leyó el joven Manrique.

Perión informó que había ido a la sierra de Güemes y hablado con un bandolero apodado "el Patotas". El asunto que habían tratado era cortar el camino real que une a Cañada con la ciudad de México. El Patotas se había comprometido a hacerlo cuando Perión se lo ordenara.

—¿Pero el Patotas qué gana? —quiso saber Juannito.

Se vio claro que la pregunta no le caía bien a Perión.

—Se conforma con lo que recoja —dijo.

—¿Lo que recoja de qué?

—Lo que le quite a la gente que pase —explicó Perión.

Juanito se puso más pálido que de costumbre y se levantó para decir:

—Protesto. Si esta Junta entra en tratos con bandoleiros será para mí un cargo de conciencia pertenecer a ella.

Periñón y Ontananza trataron de hacerle ver que cortar el camino real era una necesidad estratégica y que el único que podía llevar a cabo esa acción era el Patotas, que tenía cuarenta hombres armados. No lo convencieron. Entonces Diego intervino:

—Olvidan ustedes, señores, que este asunto que estamos tratando no es más que precaución. Un recurso al que no vamos a recurrir más que en caso de necesidad extrema. Dios mediante no necesitaremos usar ni al Patotas, ni las balas para mosquito ni los machetes. La independencia de la Nueva España va a lograrse por medio de un acto pacífico y perfectamente legal. Bastará con redactar un documento y firmarlo. Después daremos a conocer el suceso en todo el país por medio de bandos y yo estoy convencido de que será recibido con beneplácito por la mayoría de la población. El verdadero problema que tendremos entonces será el de formar un gobierno.

No me convenció a mí y probablemente no convenció a nadie, pero la protesta de Juanito quedó en suspenso y pasamos al siguiente punto:

—Instrucciones para el día del “cordónazo”.

Ontananza era el “jefe de las operaciones militares”. Había escrito en hojitas, que nos entregó, las instrucciones que cada quien tenía que seguir. En un pliego aparte tenía el plan general de la operación, que fue lo que leyó. Puesto a grandes rasgos consistía en lo siguiente: el día tres de octubre, es decir, la víspera del cordónazo, el capitán Aldaco con el escuadrón a su mando y los señores Borunda y Mesa con los doscientos hombres que decían que tenían, se iban a reunir en el cerro del Meco en donde iban a permanecer en reserva, listos para acudir “a donde hiciera falta”. En la mañana del día cuatro, Periñón, con cien hombres armados, iba a tomar Ajeteo, Ontananza, con su escuadrón, tomaría Muérdago, Adarviles, con su

compañía apostaría tiradores en la torre de San Francisco y ocuparía la alcaldía, los correos y el depósito de tabaco, haciendo presos a los empleados. Mientras tanto, yo, con la batería, iría a los Balcones y bombardearía el cuartel de las Arrepentidas. 137

“El primer disparo —decía la instrucción— deberá hacerse al sonar la primera campanada de la misa de seis y no deberá suspenderse el fuego hasta que se rinda la tropa que está en el cuartel.”

—Pero apenas ocurra esto —dijo Diego— acuérdense todos de que tienen que ir a la corregiduría para que firmemos el acta de la proclamación de la independencia.

Esa noche no pude dormir y al día siguiente, cuando Periñón fue a mi casa a despedirse, le expuse mis dudas:

—Las instrucciones que me dio “Luis” suponen que los que están en el cuartel, que serán más de cien, con oficiales veteranos, van a quedarse quietos esperando a que yo acabe de bombardearlos, ¿pero qué pasa si en vez de eso, salen del cuartel y me atacan en los Balcones?

Le expliqué lo elemental: toda artillería debe tener un piquete de infantería de apoyo.

—Dile a Luis —me aconsejó Periñón— para que él disponga que alguien te dé esa protección.

Pero nunca dije nada, porque no quería que “Luis” pensara que yo era un cobarde.

Estábamos dando vueltas en el patio de mi casa. Periñón se agachó y recogió un aguacate.

—¿Tú crees —le pregunté— que la proclamación de la independencia va a ser tan fácil como la pinta Diego?

—Va a ser tan fácil —dijo Periñón abriendo el aguacate y viendo que estaba podrido— como quitarle una tortilla a un perro.

Entonces lo oí decir por primera vez:

—Mientras los españoles no se vayan o sean enterrados no vamos a quedar en paz.

Tiró el aguacate lejos y recogió otro. Yo dije:

—Si el capitán Adarviles es miembro de la Junta y también lo fue del jurado que me examinó, ¿por qué no esta-

ba con ustedes aquella noche que fueron a la casa de La Loma a conocerme?

Periñón miraba con detenimiento la fruta podrida que tenía en la mano. Dijo:

—La Junta es como un aguacate: tiene cáscara, carne y hueso. La cáscara son los soldados de tu batería, los feligreses de mi parroquia, los doscientos hombres que dicen que tienen Borunda y Mesa. La carne son los que van a la casa del Reloj. Unos días ensayan una comedia, otros traman una revolución, pero siempre creen que dirigen la música. Saben que hay cáscara pero no que hay hueso. El hueso fue lo que conociste aquella noche: Ontananza y Aldaco, Diego y Carmelita, Juanito y un servidor.

Dicho esto tiró el aguacate y se limpió los dedos con un pañuelo colorado.

## 16

El episodio que sigue es tan conocido que no vale la pena contarlo. Voy a referirme a él brevemente nomás para no perder el hilo del relato y precisar algunos puntos que la leyenda ha borroncado. Es el que empieza con mi cabalgada nocturna y termina con Periñón en la iglesia dando lo que ahora se llama el "Grito de Ajetreo".

Dicen que yo tenía tanta prisa por avisar a mis compañeros que la Junta de Cañada había sido descubierta, que reventé cinco caballos aquella noche. Que me detuve en Muérdago nomás el tiempo que necesité para dar el mensaje y dejar que Ontananza y Aldaco montaran, desenvainaran espadas y gritaran "¡a las armas!". Luego viene "el abrazo". Un pintor que quiso evocar mi llegada a Ajetreo, me representó sacando el pic de debajo de un caballo muerto, al fondo se ve una iglesia, Periñón está en el atrio y va corriendo hacia mí con los brazos abiertos. Dicen que apenas di la noticia Periñón hizo tocar a rebafo, que llegaron los fieles corriendo y que cuando se llenó la iglesia, Periñón subió al púlpito y gritó:

—¡Viva México! ¡Viva la independencia! ¡Vamos a matar españoles!

Que la gente le hizo coro, que él sacó una espada, que salió de la iglesia y que todos lo seguimos.

Es una visión inexacta. Si yo hubiera reventado cinco caballos hubiera llegado antes, o bien mucho después, porque no es camino en el que se pueda cambiar de montura con facilidad. Fui al paso que daba mi yegua. Era noche de luna y yo estaba lleno de miedos. A veces arrendaba para escuchar, creyendo oír galopes lejanos, a veces me espantaban las formas de los huizaches, el peor susto me lo dieron unos que iban por el camino buscando un becerro perdido. Miedos vanos, nadie me persiguió aquella noche. Llegué a Muérdago clareando, y desayuné con la familia Aldaco.

Siguen las horas perdidas que pasamos discutiendo. Ontananza aconsejaba cautela: dejar pasar el tiempo y esperar más noticias.

Aldaco y yo tratábamos de hacerle ver que no teníamos más que dos caminos: el de levantarnos en armas ese día y el de San Juan de Ulúa. Por fin lo convencimos. Cuando me puse en camino otra vez ya estábamos de acuerdo: yo iría a Ajeteo, ellos me seguirían al día siguiente con sus escuadrones, nuestro primer objetivo militar iba a ser la ciudad de Cuévano.

A mi llegada a Ajeteo no hubo abrazo, porque Perión no estaba. Había ido a visitar amigos que vivían fuera del pueblo. Sus sobrinas me dieron de cenar mientras Cleto fue a buscarlo. Perión regresó pasadas las nueve y media. Pero apenas supo lo que había ocurrido en Cañada no titubeó.

Llamó a su gente en secreto y la armó. A la cabeza de ellos fuimos a buscar, primero al delegado Patiño y después a los cuatro españoles que vivían en el pueblo.

—Dénse presos en nombre de la independencia —les dijo Perión.

No hallábamos dónde encerrarlos. Por fin se nos ocurrió llevarlos a la cárcel. Hubo que soltar a los presos. Entonces oí a Perión decir su primer discurso revolucionario:

—Libertad os doy —dijo a los presos— porque habéis sido víctimas de un gobierno injusto.

—¡Viva el señor cura Perión! —gritaron los presos. Lo siguieron lealmente en su aventura. Todos murieron.

Cuando la campana tocó a rebato ya el peligro había pasado: los españoles estaban presos, los alguaciles desarmados, la ciudad en nuestras manos.

Perión descolgó la imagen de la Virgen Prieta que estaba en el cuadrante, arrancó tres palos del bastidor y amarró el cuadro a una lanza, convirtiéndola en estandarte.

—Ésta será nuestra bandera —dijo— y con ella venceremos.

Cuando la iglesia se llenó, salió al presbiterio y gritó:

—¡Viva México! ¡Viva la independencia! ¡Viva la Virgen Prieta!

El pueblo le contestó:

—¡Viva el señor cura Perión!

Ni él gritó "¡vamos a matar españoles!" ni matamos a ninguno aquella noche. Perión abrió una barrica del vino que él mismo hacía y nos dio a probar. Estaba agrio. Después dispuso guardias y nos fuimos a dormir.



Periñón despertó antes del alba, entró en mi cuarto y me dijo:

—Ya empezaron a llegar.

Fue a asomarse en la ventana y me hizo seña de que me acercara.

En la luz gris del amanecer vi que en la plaza había muchos hombres. Unos estaban dormidos, en el suelo, envueltos en sus cobijas, otros estaban en grupos, en cuclillas, tomando las hojas de naranjo que unas mujeres habían ido a venderles.

—Es fuerza —me dijo Periñón— que hagas de esta gente un ejército. Enséñales lo que tú sabes.

Antes de salir de la casa Periñón hizo algo que me extrañó pero cuya importancia no podía yo comprender entonces —fue el primer indicio del cambio que había ocurrido en su carácter a consecuencia del Grito—: para ir a la plaza, que estaba a cincuenta pasos, hizo que Cleto le ensillara su caballo blanco.

Cabalgó como la primera vez que lo vi: al paso, sin sombrero, dejando colgar el brazo en cuya mano llevaba la vara para espantar perros. Arrendó en el centro de la plaza y esperó a que los que estaban dormidos despertaran, a que los que estaban bebiendo hojas dejaran los jarros, a que todos lo rodearan. Cuando el rumor se apagó, Periñón preguntó:

—¿Qué es lo que buscan aquí?

Pasó un rato antes de que un indio serrano contestara por todos:

—Queremos que nos lleves a donde vayas.

—¿Y a dónde creen que voy?

—A donde quieras.

Periñón hizo caracolcar su caballo antes de decir, con mucha solemnidad:

—Con estas palabras que oyen, quedan admitidos como soldados del Ejército Libertador.

Los que estaban en la plaza gritaron:

—¡Viva el señor cura Periñón!

Apenas los recibió en el "ejército", se los pasó a Cleto para que hiciera una lista con sus nombres y luego a mí, para que les diera instrucción.

Convertí la plaza en campo de maniobras y enseñé a los hombres a alinearse, a ponerse en posición de firmes, a dar el flanco derecho y a obedecer la orden "de frente, marchen". El primer día eran cien, el segundo, trescientos, el tercero casi llegaban a mil. Tuve que nombrar cabos para delegar funciones. Periñón no descansaba, pasaba el día yendo de un rancho a otro, reclutando gente.

—Al paso que vamos —le dije— nunca tendremos un ejército en forma. Siempre será un gentío.

Me contestó con una frase que iba a decir muchas veces:

—A nadie podemos negarle que venga con nosotros. Si ésa es su voluntad, es su derecho.

Todos los que llegaban eran gente pobre. Unos eran peones de hacienda, otros eran de los que viven en las orillas de los pueblos y trabajan un día de adoberas y al siguiente de aguadores, otros eran cerreros, gente que vive en el monte haciendo un poco de leña, un poco de carbón, matando un venado. Raro era el que llegaba con un caballo, más raro el que traía una escopeta, algunos llevaban machetes u hoces, la mayoría no llevaba nada. Todos tenían hambre, cosa que había de convertirse en una de nuestras mayores preocupaciones.

Una mañana Periñón me despertó con estas palabras:

—Hay que asegurar bastimento para este ejército.

Hice una partida forrajera. Escogí cuarenta hombres, los que me parecieron más capaces: veinte de a caballo, que armé con las lanzas que había hecho don Lino, veinte de a pie, que habían aprendido a usar los mosquetes que estaban debajo del cuadrante. Salimos de Ajeteo en buen orden y al medio día atacamos la hacienda de Teresonas.

La operación fue imperfecta —todo salió a destiempo—, pero el resultado fue excelente, gracias a que no había nadie defendiendo. Los dueños de Teresonas, que eran españoles, al saber que Perinión había dado el Grito, se habían ido a Cuévano muy espantados, llevándose lo que podían pero dejando intactas las trojes y cincuenta y dos cabezas de ganado en el corral. Cuatro mil y pico de arrobas de grano midió Cleto, antes de ponerlo en carros.

Cuando la carga y el ganado estaban listos para ser llevados a Ajetreo, formé a mi gente y les dije:

—Estos animales que ven y lo que va dentro de los costales es propiedad del Ejército Libertador. Si agarro a alguno de ustedes con un puño de maíz en la mano, lo paso por las armas. ¿Me entienden?

—Entendemos —gritó la tropa.

Di la orden de "marchen" y el convoy se puso en movimiento. Yo fui el último en salir del patio de la hacienda. Era una casa que me gustaba. Había en ella una buganvilia, una fuente, techos de madera labrada. No había ningún fuego ardiendo cuando salí.

No me di cuenta de lo que pasaba hasta que alcancé a mis hombres. Se habían parado en un allillo para ver el incendio. La humareda que se levantó duró tres días con sus noches y se hizo tan famosa que actualmente la hacienda ya no se llama Teresonas sino La Quemada.

Este incidente me puso de mal humor. Lo que pasó al rato me lo puso peor. Empezó con que noté que faltaba uno de mis hombres. Hice que dos de a caballo fueran a buscarlo en una dirección y yo tomé el rumbo contrario. Al poco cabalgar oí entre la huizachera una voz que cantaba así:

*Soy la saltaparedes  
agárrame a ver si puedes,  
etc.*

Espoleé la yegua, salí a descubierto y le corté el paso al que se había desbalagado. Iba muy contento, arreando

dos bueyes que llevaba de regreso al rancho de donde había venido. Al verme abrió la boca.

—Cantas muy bonito —le dije y le di un cuartazo en la cara.

Cuando llegamos a Ajetreo lo encerré en un cuartito que había en la iglesia en donde Perinión guardaba triques.

—Cuando venga el señor cura —le dije antes de cerrar la puerta—, le pides que te confiese, porque mañana te mueres.

Estaba decidido a hacer un fusilamiento ejemplar, pero al llegar a la casa de Perinión encontré que las sobrinas habían hecho horchata y tendido una hamaca entre dos pilares. Eso me ablandó un poco. Bebí un jarro, me quité las botas y me recosté.

Perinión regresó de los ranchos de buen humor.

—Ya sé que encontraste las trojes llenas —me dijo—. La fortuna está con nosotros.

—Alguien prendió fuego a la hacienda —le contesté.

Comprendí que no le importaba.

—También lo sé. Es una lástima. Una hacienda tan bonita. Pero ya ni llorar es bueno. ¿Qué le vamos a hacer? Vamos a consolarnos pensando que al ver el incendio a nadie le quedará duda de que estamos en pie de guerra.

Se sirvió un jarro de horchata y estaba bebiéndoselo cuando le dije:

—Quiero que confieses a un hombre que está en capilla.

Cuando le dije el motivo no lo podía creer.

—¿Pero cómo vas a fusilar a un hombre nomás porque nos robó dos bueyes que ni siquiera son nuestros?

Traté de hacerle ver que el delito no era lo importante sino la indisciplina. Yo había dado una orden y el hombre me había desobedecido. Yo había prometido la muerte y ahora tenía que matarlo. Repetí lo que me había enseñado el coronel Bermejillo:

—Las órdenes son sagradas. La disciplina con sangre entra. Militar que se dobla es cuerda que se revienta, etc.

Perinión me miraba con incredulidad.

—Estás hablando como un militar pendejo —concluyó. Comprendí que tenía razón.

—Si no quieres que lo fusile, perdónalo.

—No —dijo él—. Perdónalo tú.

Tanta autoridad tenía Perinión sobre mí que perdoné al ladrón. Tan agradecido quedó que nos abandonó pocos meses después, llevándose una caballada.

A media legua de Ajetre se alza el cerro del Molcajete, desde cuya cumbre se domina la llanura y el camino que baja de la sierra. Allí pusimos un divisadero con centinelas a todas horas. Perinión les entregó dos trapos.

—Si ven que se acerca una fuerza enemiga —les dijo—, levanten el trapo azul, para preparar la defensa, si ven que se acercan los lanceros de Abajo, levanten el rojo, para hacer la fiesta.

Puso a sus sobrinas a hacer el mole.

—Asen los chiles y muélanlos. Tengan todo preparado para que cuando veamos la señal ya nomás falte meter el guajolote en la olla.

Estas disposiciones las tomó el día dieciséis, un jueves, con la idea de que Ontananza y Aldaco llegarían esa misma tarde, como habían quedado conmigo. Al lunes siguiente no teníamos de ellos aún ni razón ni nuevas. Yo estaba entre impaciente y temeroso de que nuestros amigos se hubieran rajado, Perinión, en cambio, les tenía paciencia y confianza.

—Hay que considerar —me decía—, que son hombres de obligaciones. Antes de emprender ningún movimiento tienen que poner a sus familias a salvo. A ti y a mí nos cuesta trabajo entenderlos porque no tenemos ni mujer que nos lllore ni perro que nos ladre.

En las noches, después de cenar, hacíamos conjeturas. Me extrañó el rigor con que consideraba los actos de Diego.

—Siempre fue pusilánime —decía—. Debió haberse levantado a la primera señal de que la Junta estaba descubierta. ¿Qué tenía que andar visitando al alcalde?

Yo defendía la actitud de Diego. Trataba de hacer ver a Perinión que la suerte había estado en contra nuestra aquella noche.

—El diablo sabe a quién se le aparece —concluía él.

Perinión le tenía gran respeto a Juanito, a pesar de que por confesarse nos había denunciado.

—Hizo bien —decía— en actuar de acuerdo con su conciencia.

Una tarde, al llegar a la casa, encontré a una de las sobrinas, la más prieta, hincada en el corredor, abriendo un altero de tunas cardonas. Sin que yo se lo pidiera, ella abrió una tuna y me la ofreció. Yo la acepté. Después de comérmela, me limpié los dedos con un pañuelo. Ella abrió otra tuna y me la ofreció. Fue la única vez que estuve solo con alguna de las sobrinas. Hubiera sido el momento oportuno de preguntarle si era sobrina de Perinión. No me atreví. Tomé la segunda tuna, ella bajó los ojos y nunca supe la respuesta.

Perinión y yo estábamos platicando en el corredor en la tarde del martes cuando llegó un centinela sofocado a avisarnos que los vigías que estaban en el cerro del Molcajete habían levantado el trapo rojo. Perinión se levantó de un brinco, dio órdenes de que echaran el guajolote en la olla y se fue a buscar su bandera —la que había hecho con la lanza y la imagen de la Virgen Prieta—.

Se estaba metiendo el sol cuando los lanceros de Abajo entraron en la plaza. Los caballos estaban empapados, los lanceros llenos de tierra, pero las trompetas tocaron la Marcha Dragona. El destacamento que yo había formado presentó armas. Fui a pararme al lado de Perinión que estaba en los escalones del atrio con la bandera.

Ontananza y Aldaco se apearon y nos dimos un abrazo. Entonces, nuestra gente gritó:

—¡Vivan los lanceros de Abajo! ¡Vivan sus capitanes!

Los lanceros respondieron:

—¡Viva el señor cura Perinión! ¡Viva el teniente Chandón! ¡Vivan sus hombres!

Mientras en la plaza había escenas de fraternidad y en la cocina calentaban la comida, tuvimos la primera reunión de lo que más tarde se había de llamar Consejo del Mando Supremo.

Entramos los cuatro en el comedor y nos sentamos alrededor de la mesa. Ontananza y Aldaco empezaron por disculparse: se habían atrasado, tal como lo había imaginado Perrión, por poner sus familias a salvo. Luego nos dieron las pocas noticias que tenían de Cañada: todo estaba perdido, Diego y Borunda estaban en prisión, había rumores de que a Carmen la habían encerrado en el convento de Las Candelarias, no había noticias de don Benjamín Acevedo ni del señor Mesa.

Cuando terminaron de hablar, Perrión tomó la palabra.

—Estas noticias no hacen más que confirmar lo que ya imaginábamos Matías y yo, que no debemos esperar ningún auxilio de Cañada.

Luego me pidió:

—Saca el tintero y las plumas para que lleves el acta.

Cuando estuve listo, siguió:

—En vista de que el ejército que tenemos está creciendo muy rápidamente y de que los grados que ustedes tienen no son bastante altos para hacer frente a tan gran responsabilidad, propongo que desde este momento tú seas coronel, Luis —dijo a Ontananza—, y tú también coronel, Pepe —dijo a Aldaco—, y que Matías sea capitán. ¿Están ustedes de acuerdo?

Estuvimos de acuerdo.

No se habló de qué grado debería tener Perrión, pero a partir de ese momento actuó como si fuera el único jefe.

Acabábamos de cometer el error más grande de la campaña. Al tomar la decisión de retirarnos habíamos seguido un razonamiento correcto —si no hay esperanzas de ganar no hay que arriesgar— basado en una premisa falsa —no había fuerza enemiga entre nosotros y la ciudad de México—. La capital estaba desguarnecida, los españoles ricos se habían ido a Puebla y estaban listos para irse hasta Veracruz; entre la gente pobre había confusión: unos estaban espantados y otros robando. Los españoles que por obligaciones o falta de medios no habían podido huir, cargaron en andas la imagen de la Virgen del Rayo —patrona de los gachupines— y la llevaron en procesión por las cinco garitas de la ciudad, para que conociera el terreno que ella tenía que defender sola contra el Ejército Libertador. Después dijeron que nuestra torpeza había sido un milagro.

Parte de los desertores se dispersó, yéndose cada quien para su tierra, el resto se formó en bandas que asolaron una extensa región. Nos precedían y a donde quiera que llegábamos encontrábamos sus huellas: milpas quemadas, casas tumbadas, restos de animales muertos nomás por capricho. Costaba trabajo creer que los pueblos por los que pasábamos en nuestra contramarcha eran los mismos que habíamos visto unos días antes: Habían sido risueños y ahora estaban abandonados y en ruinas. Sus habitantes no nos habían esperado, se habían ido, llevándose lo poco que habían dejado los desertores. No quedaba ni una mazorca ni un pollo. Cada día que pasaba nuestras partidas forrajeras tenían que ir más lejos a buscar bastimento.

—Estos daños, la historia nos los ha de achacar —dijo Ontananza contemplando una hacienda incendiada.

Borunda estaba irrecognocible. La hinchazón de la pier-

na se había extendido deformándole todo el cuerpo. 144

—Ya verás, Emiliano —le decía Perinión—: Benjamín te pondrá sano en un dos por tres.

Benjamín —el doctor Acevedo— estaba a cuarenta leguas.

La noche que paramos en La Joyita, Perinión escribió dos cartas. Una era para Diego Aquino y decía:

*Querido Diego:*

*Te escribo para decirte que hemos ganado una gran victoria, aunque por consideraciones de estrategia decidimos no llegar hasta la ciudad de México. Vamos de regreso a Cañada. Ve pensando dónde alojar diez mil hombres y cómo alimentarlos tres meses. Saludos cariñosos.*

*Perinión.*

La segunda era para Aldaco:

*Querido Pepe:*

*Ha llegado el momento de formar un ejército invencible. Deja en Cuévano lo porcito de tus tropas: una guarnición simulada que no servirá para nada. Ya sabemos que esa ciudad es indefendible. Tráete el dinero, el grueso de tu división, y encuéntranos en Cañada. Un abrazo.*

*Perinión.*

Mandó las cartas con dos lanceros de Abajo, uno se fue a Cuévano y el otro a Cañada. Al día siguiente, antes de ponernos en marcha, Borunda quiso confesarse.

—Emiliano es casi un santo —comentó Perinión después de absolverlo—. Comete pecados de niño.

Borunda murió llegando a Tlaxiaco. Allí lo enterramos.

—Pobre Emiliano —dijo Perinión, hablándole al montoncito de tierra—, ¿quién te hubiera dicho que habías de morir tan lejos de tu reloj?

en los extremos, montadas sobre el camino. Tras de esta defensa estaba el tren de los bastimentos y la caballería, que Ontananza volvió a querer que yo mandara.

—Si ves que el enemigo ataca los extremos —me dijo— queriendo obligarnos a desalojar el camino, tú sales con los caballos y le das por el flanco, pero no lo sigas, regresas a tu lugar.

Ocupamos las alturas, para evitar un ataque de retaguardia, encontramos un manantial, hicimos que la gente levantara una cerca de piedra, que le sirviera de parapeto. Cuando cayó la noche los hombres estaban agotados pero la posición era casi inexpugnable.

—Ésta será la batalla decisiva —dijo Ontananza—. Si la perdemos, se acabó el ejército libertador.

En la mañana, Perinión hizo formar a la gente y les presentó el otro lado de la medalla:

—El enemigo que nos va a atacar se llama la división de Perote. Sepan, muchachos, que si acabamos con ella habremos ganado la guerra, porque ya no hay más soldados coloniales en todo el país.

Pasaron tres días que usamos en reforzar nuestra posición y acumular bastimento. Nuestras partidas sorrageras causaron mucho perjuicio en la región. Al atardecer del tercer día vimos una columna que avanzaba por el camino: era Aldaco.

Había perdido por desertión más de tres cuartas partes de su gente, en cambio, le había aumentado el bagaje: traía a su familia y la de Ontananza, no sólo mujeres e hijos, sino a sus padres y madres y primos hasta de segundo grado, todos en dos coches, en otros dos iba el dinero, y mero atrás, jalado y empujado como siempre, "el Niño".

—Me siguen de cerca —dijo.

Pasamos una noche tranquila, pero me despertó la diada de los coloniales. Estaba clareando. Subí a una peña y levanté el catalejo. Vi una fuerza grande y bien disciplinada. Calculé uno o dos regimientos de artillería, tres de caballería y, por lo bajo, cinco batallones. Comprendí que, sin querer, Perinión había dicho la verdad: si acabábamos

con aquella fuerza no quedaba un soldado colonial en el país. El trabajo era acabar con ella.

El enemigo se desplegó en el llano, como si esperara que nosotros lo atacáramos.

—Ya pueden esperar sentados —dijo Ontananza y ordenó apostar las defensas.

Aldaco quedó al mando del ala izquierda, la más cercana al enemigo, Perinión, de la derecha, Ontananza del centro y yo de la caballería.

Durante cuatro horas las dos fuerzas estuvieron frente a frente, mirándose sin moverse. Por fin, el general Cuartana ha de haber comprendido que si de esperar se trataba llevaba las de perder, porque ellos no tenían agua y nosotros sí. Ordenó fintas: un destacamento de infantería se desprendió de la línea y avanzó hacia la posición de Aldaco. Yo estaba listo para salir al ataque, pero Ontananza me detuvo:

—Déjalos que vengan, no los espantes.

Aldaco recibió al enemigo con una descarga de fusilería demasiado larga y éste se retiró sin bajas. Se repitió el movimiento, idéntico, por el lado izquierdo. Perinión, que algo había aprendido en la batalla del cerro de los Tostonces, esperó a que el enemigo estuviera cerca para soltar la descarga. Cuando el enemigo vacilaba, yo salí con mis hombres, a la carga, y les di el puntazo. Se retiraron con pérdidas. No los seguimos, regresamos a nuestro lugar.

El enemigo avanzó simultáneamente en tres columnas, dirigidas hacia el centro y los extremos de nuestra posición. Ontananza me dijo:

—Cuando yo te diga, sales y cortas la retirada a éstos que vienen en medio. Pero no te alejes más de cien varas.

Así lo hicimos. Después de la primera descarga salí con la caballería, describimos un arco y partimos la columna enemiga en dos, provocando una desbandada. La caballería enemiga avanzó sobre mí para obligarme a soltar la infantería, pero al hacerlo quedó al alcance de nuestros cañones que tronaron causando bajas y provocando pánico en la caballada. El enemigo se retiró en desorden y no

Clavó en la tierra un ramito de zempasúchil.

Al cruzar el Bagre entramos en la diócesis del obispo Begonia. En las paredes del primer pueblo, Moloja, vi pegados los bandos por primera vez. Arrendé la yegua y me arimé para ver qué decían.

Era una carta pastoral que se refería al Ejército Libertador. Aliento de Satanás, nos llamaba. Decía que éramos el chahuixtle, una plaga que Dios había permitido para castigar los pecados de la región. Nos describía como ateos, asesinos y blasfemos, dirigidos por un sacrilego —Periñón—. A partir del día en que había sido fechada la carta estábamos excomulgados. No sólo nosotros sino todo el que se nos asociara. Daba ejemplos de esta asociación: darnos una tortilla, decirnos las señas de un camino, etc. Firmaba Begonia en latín. La carta había sido escrita tres días después de que lo encontramos y nos dio la bendición con el Santísimo.

Ontananza se puso furioso al leer los bandos.

—Vamos a Huctámara y le quemamos la casa —propuso.

Periñón parecía divertido.

—Apuesto a que cuando nos vea se retracta y nos da la absolución.

Aunque la mayoría de nuestra gente no sabía leer, hicimos que la descubierta arrancara los bandos que encontrara y los quemara. A pesar de esta precaución, alguien leyó, la voz corrió, y al poco andar ya todo el ejército sabía que estábamos excomulgados. Este conocimiento tuvo dos efectos: unos desertaron, a otros —la mayoría— no les importó. Alguien compuso una canción que los hombres cantaban en la noche, a la luz de la fogata. Empezaba así:

*Soy soldado excomulgado  
del señor cura Periñón...*

En Paso del Macho nos esperaban los dos lanceros que habían ido con los mensajes que Periñón había escrito.

Traían malas noticias. El que estaba encargado de ir a Cañada no había podido entregar la carta. Por una razón sencilla: la ciudad estaba en poder de los españoles. El otro había tenido mejor suerte. No había tenido necesidad de llegar a Cuévaño para cumplir su misión, porque había encontrado a Aldaco en el camino. Había entregado la carta y traía la contestación, que decía:

*Queridos amigos:*

*Voy con mi tropa a marchas forzadas hacia el valle de Cuijas en donde espero encontrarlos a ustedes. Estén preparados. Me sigue de cerca el general Cuartana con la división de Perote, a la cual prefiero no enfrentarme solo. Nos vemos.*

*Aldaco*

Fue un rato amargo el que pasamos al leer esta carta no sólo por lo que anunciaba sino por lo que esto implicaba: que la división de Perote, que nosotros hacíamos detrás, en México, estaba enfrente y venía a nuestro encuentro. No sólo eso, sino que ya nos había arrebatado el lugar que creíamos que iba a ser nuestro nido: Cañada.

Ontananza y yo empezamos a lamentar no haber tomado la ciudad de México. Periñón nos interrumpió:

—Ya ni llorar es bueno. Cuijas dijo Pepe, vamos a Cuijas.

Hay cuatro cerros que forman un arco. Frente a ellos del lado cóncavo, hay un llano que se extiende hasta la sierra de Las Palomas, que azulca en la distancia. Así es el valle de Cuijas. La cuerda del arco es el camino a Huctámara.

Llegamos al medio día, hacía mucho calor, los cerros estaban desiertos, un pajarito cantaba parado en un nopal, los cazahuates estaban en flor. Ontananza arrendó y recorrió el lugar con la mirada.

—Éste es el lugar propicio para dar la batalla —dijo.

Desplegó el ejército a la defensiva, en la media luna que forman las faldas de los cerros, con dos posiciones fuertes

Durante dos meses Cuartana fue nuestra sombra: a veces se adelantaba, otras iba detrás, pero nunca se despegaba. Quisimos ir a Huetámaro: allí estaba Cuartana. Volvimos a rodear la ciudad e hicimos camino a Cañada: la encontramos defendida y Cuartana iba pisándonos los talones. Regresar a Cuévano, ni pensarlo. Atravesamos el Plan de Abajo con Cuartana por detrás. Ibamos de un lado a otro buscando un refugio en vano: tomamos varias ciudades, nos recibían a balazos y a los dos o tres días teníamos que desalojar porque llegaba Cuartana. Entramos en la región de Mezcala: Cuartana nos siguió.

Ibamos de un lado a otro perdiendo gente. El Ejército Libertador se estaba desbaratando. Mandábamos una partida a hacer un reconocimiento: no la volvíamos a ver; dejábamos un destacamento a cubrirnos la retaguardia: nunca nos alcanzaba.

—Al próximo que deserte —propuso Ontananza a los jefes—, lo seguimos, lo alcanzamos y lo pasamos por las armas, para poner el ejemplo.

Aldaco y yo estuvimos de acuerdo, Perinión se opuso.

—¿Cómo vamos a fusilar a alguien porque deserta? Hacen bien. Es lo que haríamos nosotros si no estuviéramos metidos en esto hasta el cogote. Cada hombre que se nos va es un cargo de conciencia que se me quita.

Las avanzadas de Cuartana nos hostilizaban constantemente. Nos atacaban, les respondíamos, se retiraban, no los seguíamos, volvían a atacarnos, etc.

—Lo que no entiendo —dijo Aldaco una noche— es por qué no nos ataca en forma y nos hace pedazos de una vez.

Estuvimos discutiendo y llegamos a la conclusión de que estaba esperando que perdiéramos más gente y llegaríamos a un lugar propicio para sacrificarnos, cosa que no iba a tardar en ocurrir.

—No hay que esperar —dijo Perinión.

Propuso "aligerar": dispersar la tropa y nosotros huir llevando nomás lo indispensable —las familias—, con la esperanza de dejar atrás a Cuartana hasta que nos perdiera de vista. Discutimos, pero en el fondo los cuatro estábamos de acuerdo en que aquella guerra estaba perdida, que no había caso de hacer otra matanza y que si queríamos la independencia lo que teníamos que hacer era ponernos a salvo para empezar otra vez desde el principio.

No perdimos tiempo. Fuimos despertando a la tropa en grupos, que se acercaban a la fogata en donde Perinión les decía:

—Váyanse a sus casas, muchachos, y esténse muy calladitos. Cuando vuelva a necesitarlos para luchar por la independencia, les aviso.

Abrió los cofres y repartió casi todo el dinero que había en ellos.

Cuando amaneció, en el campamento no quedábamos más que los jefes, las familias, los coches y "el Niño". Abandonamos "el Niño" y nos fuimos hacia el norte con los coches.

Pasamos por Salto de la Tuxpana, por Mexcalapa, por Huantla. La división de Perote fue quedándose atrás, hasta perderse en lontananza. Llegamos a Las Lajas, una región en donde nadie nos conocía. No sabían ni siquiera que había habido revolución. Seguimos siempre yendo hacia el norte, atravesamos un desierto en el que no crecían más que yucas. Al final del desierto estaba la sierra de Las Agujas. Al poco andar encontramos un arroyo y, junto al arroyo, el primer encino. Nos detuvimos a descansar tres días.

Al atardecer del tercero llegó un hombre a caballo. Parecía un ranchero.

—Busco al señor cura Perinión —dijo.

—Soy yo —dijo Perinión.

El hombre le entregó un sobre lacrado, que Perinión abrió. Al pie de la página firmaba Adarviles.

"Hermanos", decía la carta:



sotros regresamos a nuestra posición. Ontananza estaba radiante:

—Es cosa de tener paciencia —me dijo—. Si esto sigue así, acabaremos con ellos antes de que se meta el sol.

En el campo había una ringla de muertos enemigos. Nuestros hombres empezaban a sentir confianza en la victoria. El enemigo volvió al ataque a las cuatro, en tres columnas. Esa vez las bajas fueron más severas y la retirada más desordenada. Casi parecía desbandada. Esa fue nuestra perdición. Perinón salió del parapeto y gritó:

—A la carga, mis valientes.

Con un griterío toda el ala izquierda dejó su puesto y avanzó corriendo. Al ver esto Aldaco hizo lo mismo con su gente. Ver nuestras tropas corriendo detrás del enemigo era tentación muy fuerte. Iba a seguirlos cuando Ontananza me detuvo. Estaba furioso.

—No te muevas hasta que yo te diga —ordenó.

Logré contener a mi gente. Vimos cómo nuestros compañeros, más fieros que nunca, corrían detrás de los soldados que huían, los alcanzaban y los tendían a machetazos. Mientras más enemigos caían más fieros se ponían los insurgentes y más aprisa corrían. Era una trampa. Iban acercándose a la línea enemiga, que los estaba esperando. La primera descarga causó mortandad terrible. Igual cayeron los que huían que los que iban persiguiéndolos. El avance se detuvo bruscamente, los que estaban vivos se quedaron parados, mirando, sin comprender, la humareda que tenían enfrente. Allí los agarró la segunda descarga que fue todavía más mortífera. Luego, nuestros compañeros empezaron a correr hacia nuestras líneas. Era desbandada. Cuando la caballería enemiga salió de su posición para cortarles el paso, Ontananza se volvió a mí y me dijo:

—Van a hacerlos pedazos. Sal a ver qué puedes hacer por ellos.

Salí con la caballería, choqué con la del enemigo, nos enredamos con ellos, durante un rato luchamos a machetazos confusamente. Muchos cayeron. Cuando el enemigo se retiró, nos retiramos.

Cuando regresé a nuestras líneas creí que la batalla seguía indecisa, pero al rato me di cuenta de que las bajas en las dos alas habían sido terribles. Ontananza tuvo que enviar refuerzos para defender las dos posiciones sobre el camino.

Al atardecer, dos de a caballo se acercaron con bandera blanca: querían tregua para recoger heridos y muertos. Se las concedimos e hicimos lo mismo. Nuevas zanjas, más heridos, otro entierro. Cuando nos reunimos los jefes, Perinón nos dijo:

—Ya sé que metí la pata. Es culpa mía. No les pido perdón porque no lo merezco.

Lo vimos tan contrito que tratamos de levantarle el ánimo.

—No te preocupes —dijimos—. Mañana se compone la cosa. A cualquiera le pasa, etc.

A esas horas ya estaba claro que habíamos perdido la guerra.

El general Cuartana también lo sabía. Esperó a que fueran las dos de la mañana siguiente para ponerse en marcha, con banderas, bandas de guerra, voces de mando, etc. Toda nuestra gente vio cómo la división de Perote se ponía en movimiento. Unos cuantos optimistas dijeron "se retiran", "van derrotados", pero nadie les creyó. Todos sabíamos que era una fuerza que se alejaba para darnos la puntilla en otra ocasión. Tan confiados estaban que no flaquearon a seguirlos que ni siquiera se molestaron en cubrir la retaguardia. Los vimos alejarse en el llano hasta perderse de vista.

*Ustedes han de creer que los traicioné, pero no fue así. Mis soldados me hicieron prisionero y me entregaron a los españoles. Por fortuna pude escapar. Ya les platicaré cómo fue. Por lo pronto les digo que estoy en la hacienda del Ojo Seco. Venganse a descansar unos días y después juntos volveremos a luchar por la independencia.*

Discutimos dos horas. Ellos trataron de convencerme de que lo que decía aquella carta podía ser verdad. Estaban asoleados, cansados de andar huyendo, pensaban en las familias que habían pasado incomodidades, era natural que quisieran ir a pasar unos días en una hacienda. Yo no tenía familia y por eso no creí lo que decía la carta.

—Adarviles nos traicionó una vez y volverá a traicionarnos —dije—. A esa hacienda no voy.

No pudieron convencerme ni pude convencerlos: optamos por separarnos. Lo hicimos de buena manera, sin pleito. Dijimos que en unos días volveríamos a encontrarnos, pero nos despedimos de abrazo. Cuando fue el turno de Perinión, me confesó:

—Voy a la hacienda del Ojo Seco porque ya quiero que acabe pronto esta historia.

Ellos subieron en los coches y yo monté en la yegua, ellos se fueron hacia el poniente y yo seguí hacia el norte, hacia Nacogdoches. No volví a verlos.

Dicen que al llegar a la hacienda del Ojo Seco, Adarviles los estaba esperando en el patio y que los recibió cariñoso. Parece que platicaron, cenaron y que después se acostaron. Ya estaban dormidos cuando llegaron "los hombres". Los separaron de sus familias —a Perinión, de sus sobrinas— y, amarrados, los sacaron al patio, en donde ya estaban esperando tres coches. Hubo entonces una última trifulca y Ontananza ganó una pequeña victoria: parece que trató de escapar, para evitarlo, un oficial disparó una pistola y la bala fue a dar, sin querer, a la frente de Adarviles, que murió en el acto.

Después los tres amigos fueron separados. Perinión fue

llevado a Horcasitas, Ontananza a Mezcala y Aldaco a Pedrones —tres ciudades en donde nuestras ideas nunca tuvieron eco y en donde nuestros hechos no fueron aplaudidos—. Los juzgaron por separado, pero los tres fueron condenados y murieron rayando el sol.

El juicio de Perinión duró seis meses, los fiscales fueron el licenciado Manubrio y el obispo Begonia, quienes lo acusaron, respectivamente, de veintiséis delitos civiles y treinta y dos eclesiásticos —todos múltiples—. El tribunal lo encontró culpable de todo. Pero no paró allí la cosa: querían que se arrepintiera de lo que había hecho y que firmara un acto público de contrición.

Dicen que Perinión preguntaba:

—Si ya me condenaron, ¿para qué quieren que me arrepienta?

—Para poder darte la absolución, Domingo —contestaba el obispo Begonia.

—No me interesa.

No firmaba y por eso duró seis meses el juicio.

Dicen que en las noches jugaba baraja con el licenciado y el obispo, que iban a visitarlo en la cárcel. Jugaban Paco Chico. Perinión ganó trescientos reales que le regaló al carcelero. Por fin, el veintisiete de agosto dicen que dijo:

—Traiganme en la mañana el acto de contrición, y lo firmo.

El veintisiete, en la madrugada, le llevaron el escrito. Dicen que lo leyó cuando estaba desayunando y cuando terminó el chocolate, firmó. Después lo llevaron a un baturero y lo fusilaron.

En el lugar donde escurrió su sangre, dice la gente, nació una mata de ese nopal chiquito que da flores rojas y se llama "perinióna".

Dieciséis años pasaron antes de que alguien se diera cuenta de que, en el acto de contrición que le llevaron, Perinión, en vez de firmar, escribió nomás "López".

TEJA Zabre, Alfonso. MORELOS.  
3a.Ed. México, Espasa Calpe,  
S.A. 1956(Colección Austral  
No. 553 )

UNIDAD II.-EL MOVIMIENTO  
DE INDEPENDENCIA

EL AUTOR:

Alfonso Teja Zabre fue originario de San Luis de la Paz en Guanajuato, nació en 1888 y falleció en 1962. Estudió la carrera de Derecho y tuvo un brillante desempeño en su profesión, como Magistrado del Tribunal Superior de Justicia y Presidente de la comisión revisora de las leyes penales. Fue también Diplomático Consejero en La Habana y embajador de nuestro país en la República Dominicana y en Honduras, así como historiador e ilustre maestro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

De entre su producción literaria destacan las biografías de Cauhtémoc, Morelos y Leandro Valle, y novelas como : Alas Abiertas; La Esperanza; El Nuevo Quetzalcoatl; Palmas y Fantasía, etc.\*

LA OBRA:

Para esta antología se ha seleccionado la biografía de Morelos, la cual nos brinda un panorama de su vida, antes de su intervención en la Independencia y una detallada descripción de su desempeño en la insurgencia.

Destaca un análisis de su vida política y sus ideales, así

\*Información apoyada en: Sánchez Quintanar, Andrea. El Pensamiento Histórico de Alfonso Teja Zabre. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Tesis: Licenciatura en Historia, 1966; y en Diccionario de Porrúa. Op.Cit. Vol. II, p.2064

como su visión futurista de una organización política definitiva, en un país libre y soberano.

El Capítulo II presenta a un José Ma. Morelos cotidiano, trabajador, con limitaciones, con carencias económicas y con inquietudes y afán de superación.

En el capítulo IX se encuentra la obra política de Morelos, la cual considero de vital importancia para ilustrar la segunda unidad del programa, pues describe con claridad los intereses de carácter político del caudillo y su visión innovadora, de absoluta independencia para nuestro país.

El capítulo XII nos relata la conclusión de la vida y esfuerzo de Morelos. Sin dramatismos ni exageraciones, nos presenta los últimos días del caudillo y su entereza en el momento final, nos hace entender que su esfuerzo no fue estéril.

Los héroes surgen en los libros de historia cubiertos de insignias o de un valor sobrehumano, lo cual los hace casi divinos e inaccesibles a la mentalidad adolescente. Los jóvenes, a través de las lecturas, deben aprender a situar cada acontecimiento y cada participante en él, en su propio tiempo y conocer las condiciones de vida que existían en ese preciso momento, tratar de materializar la gran obra de los personajes, dentro de su entorno; así, podrán darle la verdadera dimensión al desenvolvimiento histórico de dichos personajes, y sobre todo sentirlos "vivos", para entender su comportamiento.

En esta obra se conjunta de manera equilibrada la narración de su desenvolvimiento militar, así como su brillante labor política y legislativa, y sobre todo su absoluta decisión de romper definitivamente los lazos políticos que unían a México con España.

#### SUGERENCIA DIDÁCTICA

Al término de la lectura, el alumno realizará un cuadro sinóptico donde estén contenidas las principales ideas políticas de Morelos y a partir de ellas elaborará conclusiones, mismas que serán comentadas con el grupo.

II

MORELOS ANTES DE 1810

La vida de Morelos antes de que recibiera la comisión de D. Miguel Hidalgo para propagar la insurrección en el Sur de la Nueva España, tiene interés para la Historia, porque los orígenes, antecedentes y educación de un hombre marcan, por lo general, profundas huellas.

El acta bautismal dice: «En la ciudad de Valladolid, en cuatro días del mes de octubre de mil setecientos sesenta y cinco años, yo el bachiller D. Francisco Gutiérrez de Robles, teniente de cura, exercisé solemnemente, puse óleo, bautizé y puse crisma a un infante que nació el día treinta de septiembre, a el cual puse por nombre José María Tecló, hijo legítimo de Manuel Morelos y de Juana Pavón, españoles; fueron padrinos Lorenzo A. Cendejas y Cecilia Sagrero, a quienes hice saber su obligación, y para que conste lo firmé. — *Br. Francisco Gutiérrez de Robles.*»

Este documento, así como las confesiones del propio Morelos, debían hacer que se le tuviera por un criollo de la clase humilde. Pero los historiadores no se conformaron con reconocer sangre española pura en el que fué posteriormente el más formidable enemigo de la dominación de España en América, y a falta de comprobaciones auténticas, hallaron razones arrendibles, que apoyan su negación. La fuerza del acta del bautismo, así como el dicho de Morelos, quedan debilitados por la costumbre de ocultar en aquella época

la verdadera procedencia étnica, queriendo todos pasar por españoles y aun por españoles europeos y no simplemente criollos. Tal vez por los rasgos físicos o por testimonios verbales que no da a conocer, Alamán afirma que Morelos procedía por ambos orígenes de una de las castas mezcladas de indio y negro.

Su infancia no nos es conocida con detallada certidumbre. Sólo sabemos de sus ascendientes que fueron cristianos viejos, limpios de sangre y de buena reputación, según testimonios auténticos. Aunque era hijo de un carpintero, y nieto por la línea materna de un maestro de escuela, y a pesar de haber sido once años labrador de la hacienda de Tahuejo, jurisdicción de Apatzingán, recibió indudablemente alguna instrucción, superior a la suministrada en su tiempo a la clase humilde. Le fué administrado el sacramento de la Confirmación, y en ese acto fué su padrino Antonio Alvarado. Hasta los veinticinco años vivió como campesino, entregado a labores de campo y endureciendo su cuerpo en las fatigas y ejercicios rancheros, como si previera las pruebas que lo esperaban.

Huerfano muy temprano, recibió el apoyo de su tío Felipe Morelos. Fué pastor en Apatzingán en las haciendas de Tahuejo y Zindurio, y después arriero, entre Acapulco, Valladolid y México. Seguramente en estos viajes se hizo conocedor experto del terreno y logró reunir algunos ahorros.

Sin que sepamos cómo se verificó la transición de su vida rural a la vida eclesiástica, ingresó en 1790 en el Colegio de San Nicolás, de Valladolid; con seguridad no buscó las órdenes por motivos espirituales ni por inclinación mística, pues aunque fue sincero creyente, nunca pareció abrasado por el fervor religioso.

La urgencia de formar un cuerpo numeroso de curas para lugares apartados y pobres, le permitió orde-

narse con muy escasos estudios. Trabajando días y noches, primero en el Colegio de San Nicolás y después en el Seminario Tridentino, hizo sus cursos de Filosofía y de Moral, como se entendían estas asignaturas en los institutos claustrales de la época; Filosofía de escolástica y Moral de catecismo. De las obras didácticas que estudió en este tiempo conservó en la memoria nombres de Grocio, Echarri, Benjumea y Montenegro, así como los de sus maestros D. Jacinto Moreno, que le enseñó Gramática; D. Vicente Peña, Filosofía, y el doctor D. José Ma. Pisa, Teología Moral.

Este último es autor de un testimonio interesante, que viene a descubrir la existencia de un triunfo escolar de Morelos. En un certificado que firma el propio doctor Pisa, como catedrático de Teología Moral en el Seminario Tridentino, aparece que el futuro generalísimo, al acabar «sus cursos de Filosofía, en los que sacó primer lugar», pasó con el firmante a estudiar Teología Moral. Agrega el certificado que Morelos dejó de asistir a la cátedra para recibir el grado de bachiller en Artes por la Universidad de México, que efectivamente recibió; que después de más de veinte días volvió a su curso; que se «porra con formalidad y que es mozo de esperanzas».

En esta época fué cuando Morelos hizo su primera entrada en la ciudad de México, en un rápido viaje de unos cuantos días, para recibir el dicho grado de bachiller en Artes, previo examen que sustentó el 23 de abril de 1795, después del cual recibió su grado de manos del doctor y maestro Alcalá.

En cambio, debemos consignar el dato curioso de que su examen de admisión al diaconado recibió la siguiente nota: «El Sr. Morelos, en Positivo Infimo». Aunque el certificado y la adquisición del bachillerato en la Universidad de México son más expresivos que la

nota de examen, no podemos formar con tan secas noticias un juicio completo acerca de la instrucción que le fué proporcionada. Lo que él escribió de su puño y letra, sin el estorbo de secretarios particulares, y sus dichos y palabras auténticas, permiten creer que realmente no hubo proporción entre la grandeza de su alma y la relativa escasez de su cultura. Pero también es preciso rectificar la idea, generalmente aceptada, que representa a Morelos como un arriero sin letras hasta su edad adulta; como un obscuro estudiante que pasó de prisa y sin brillo por el Colegio de San Nicolás, sin que se tengan en cuenta sus estudios en el Seminario Tridentino; y, por último, como un cura de aldea, ilustrado apenas con las nociones elementales que exigía su ministerio.

No fué, sin duda, un escolar distinguido ni un clérigo letrado y estudioso, pero su ignorancia no pudo ser tan larga ni tan completa como ha llegado a creerse. Las noticias que ya hemos consignado comprueban que antes de iniciarse en la carrera eclesiástica recibió alguna instrucción, indispensable para ser admitido en colegios superiores. Hasta el año 1797 siguió sus tareas, al mismo tiempo educativas y religiosas, y obtuvo, mediante exámenes y sujetándose a las pruebas reglamentarias, las órdenes menores y mayores, recibiendo, sucesivamente, las investiduras de subdiácono, diácono y presbítero.

Y aun hay algo más significativo. Antes de ascender al presbiterado, vivía Morelos, ya fuera del Seminario, en Valladolid, en compañía de su madre y de su hermana Antonia, y ocupaba una casa menos que modesta en la primera cuadra de la calle de Mira al Llano. Su posición pecuniaria era tan difícil, que para poder continuar su carrera tuvo que aceptar el ofrecimiento del cura de Uruápam, bachiller Nicolás San-

tiago de Herrera, quien lo llevó a su parroquia para que enseñara Gramática y Retórica a los niños aprovechados que debían pasar a escuelas superiores. Desde el mes de enero de 1796 hasta el de febrero de 1798, desempeñó en Uruápam las funciones de preceptor y clérigo diácono. Precisamente, al solicitar su admisión al diaconado, pidió la exención de algunos trámites de pura forma, por necesitar atender a sus discípulos.

En cuanto a sus condiciones de maestro de niños, sólo podemos juzgarlas por el testimonio del mismo cura de Uruápam, quien certifica que Morelos no sólo cumplió sus obligaciones eclesiásticas con decoro y solicitud, sino también sus deberes de preceptor con empeño y eficacia.

Además de las nociones que pudo recoger en sus cátedras, aprendió un poco de latín para decir la misa y colocar más tarde citas hasta en su correspondencia privada, sin que se distinguieran nunca por la corrección su vocabulario ni su ortografía. No fué por falta de capacidad, porque lo poco que le enseñaron lo grabó tan profundamente en su espíritu, que al contestar los cargos del fiscal en su proceso de la Inquisición todavía pudo defenderse citando razonamientos de uno de sus libros de texto: el *Tratado de matrimonio*, de Benjumea.

En cambio, para la formación de su alma, como preparación de su futuro, encontró en el maestro y después rector del Colegio de San Nicolás, D. Miguel Hidalgo, un verdadero guía. Aunque no fué realmente su discípulo directo, pues no le tocó asistir a sus cátedras, ni parece que hayan tenido relaciones íntimas, ni era posible que el rector de un instituto con numerosos educandos, donde había muchos distingui-



dos, fijara especialmente su atención en un alumno poco brillante, la influencia decisiva de Hidalgo y el respeto que le guardó siempre Morelos, indican que el candillo recibió de su rector el germen de sus ideas políticas y sociales.

Aquel maestro amable y culto, afecto a las serenas discusiones de colegio y a las conversaciones especulativas, de lenguaje fácil e insinuante, modelo de refinamiento y de saber en el ambiente medieval de su tiempo, al conversar con los educandos mayores dejó tal vez caer, entre postulados expuestos para refutación, novedades con apariencia paradójica y narraciones y hechos nuevos y desconcertantes, los gérmenes que, en la mayor parte de sus oyentes, futuros obispos y curas, encontraron terreno estéril, pero que florecieron copiosamente en el alma de aquel estudiante ya hecho hombre, apto para recibir las ideas y arraigarlas con firmeza en su espíritu, un poco rudo y primitivo.

En tales condiciones se inició en el ejercicio de su ministerio propiamente dicho. Cuando se encontraba en Uruúpam, dedicado a funciones tan nobles como poco retribuidas, «sin recursos para sostener a su madre viuda y hermana doncellas», como él mismo dijo en el curso de admisión al presbiterado, recibió el 31 enero de 1793 nombramiento de cura interino de Churumuco, con residencia en Tamácaro de la Aguacana.

Aceptó con alegría su designación, aunque se le destinaba a una parroquia muy pobre, perdida en una comarca remota y de un clima extraordinariamente malsano. Lejos de proporcionarle una canongía, se le daba una misión dura y peligrosa, que el humilde presbítero, sin relaciones ni influencias, tuvo que recibir con ánimo entero.

Pero no fué su vida la que acabó por el influjo mortal de la tierra caliente, ni la de su hermana Anto-

nia, aunque ambos se resentieron de gravedad, sino la vida más débil y sagrada de la familia: la de doña Juana Pavón, la madre del héroe, viuda y anciana, que estaba desde un año antes cerca de la muerte. En vano le envió Morelos a Valladolid en busca de aires mejores, sin poder acompañarla por no abandonar su curato; al llegar a Pátzcuaro, la enferma no pudo continuar su marcha, ni en silla de manos. La acompañaban su hija Antonia, también enferma, pero ya de alivio con el cambio de clima, y el compadre Antonio Cornejo, quien escribió a Morelos, el 30 de diciembre, una de esas cartas lacónicas que trascienden a agonía, y que termina con estas palabras, de rusticidad sin ambages: «...no soy más largo, porque voy a buscar la cera para el viático».

Todavía el 3 de enero de 1793, inmovilizado en su parroquia por el deseo de cumplir hasta lo último con sus deberes, pedía Morelos a sus superiores un destino para tierra fría; estas gestiones, ya iniciadas desde que comenzó la gravedad de su madre, debían obtener resultados tardíos. El 5 de enero murió en Pátzcuaro doña Juana Pavón, y fué enterrada en el mismo pueblo, sin que el hijo único y ausente pudiera asistirle en su final, ni acompañar sus despojos a la tumba.

Y todavía después de tan sencillo y profundo sacrificio pide Morelos a sus superiores que lo excusen por el retraso con que envía una «diligencia matrimonial que necesitaba dispensa y un padrón de feligreses», y explica su demora de unos cuantos días por la muerte de su madre y enfermedades de familia. Esta oscura abnegación, esta supremacía concedida al deber no tienen ciertamente el esplendor heroico de una gran hazaña, pero son indicio de gran firmeza espiritual.

Aunque fuera de tiempo, llegó al fin el cambio que solicitaba Morelos, y a principios de marzo del mismo

año pasó a la parroquia de Carácuaro a desempeñar interinamente las funciones de cura y juez eclesiástico, en substitución del cura Eugenio Reyes Arroyo, quien a su vez fué designado para ocupar el curato de Churumuco.

Si era menos malsana la nueva residencia de Morelos, no era seguramente mucho menos pobre ni mejor poblada. Su existencia en Carácuaro no fué la regalada y suave de numerosos párrocos de su tiempo, casi siempre bien atendidos, con rentas bastantes y subsidios en forma de obvenciones o de agasajos voluntarios. Los feligreses de Carácuaro mantenían a su cura de muy distinto modo: por la miseria del distrito parroquial, los habitantes de San Agustín Carácuaro estaban obligados a proporcionar al cura lo necesario para su subsistencia durante cinco meses del año; otros cinco meses correspondían a los vecinos de Nucupétaro, perteneciente al mismo curato, y dos meses a Acuyo, más pequeño y pobre todavía.

Conforme a la tasación, debía recibir Morelos seis reales y medio diarios, el uso de algunos útiles humildes de cocina y el servicio personal de un muchacho mandadero, un mozo caballero y una mujer para la molienda del maíz. Este servicio personal tenía por objeto impartir la enseñanza de la doctrina.

En toda la jurisdicción del curato, los pobladores de San Agustín Carácuaro, a pesar de tener sobre sus vecinos las ventajas de río para regar, explotaciones de sal y algunas rentas, siempre se distinguieron por su resistencia para subvenir a las necesidades de su párroco. No pagaban sino mal y tarde los pobres reales de la tasación, eludían la parte laboriosa del servicio personal y sólo aceptaban este cargo para ir a comer a la casa del cura, llevando a veces todos sus

familiares, y consumir ellos mismos lo que habían pagado con tan poca voluntad y en medida escasa.

Es preciso recordar en descargo de los habitantes de Carácuaro, que tales subsidios tenían entonces el carácter de contribuciones forzadas y que venían a caer sobre ellos, para aumentar su penuria, además de lo malsano del país, de los tributos reales, de la opresión y de la ignorancia. Pero, en verdad, los naturales de San Agustín Carácuaro fueron para Morelos algo más que renuentes. A los ocho meses de residir en su nueva parroquia los feligreses presentaron en su contra un escrito de queja, dirigido a la autoridad superior del arzobispo. El gobernador del pueblo, el alcalde, el regidor, los gobernadores pasados, los naturales viejos y los vecinos principales suscribieron esta manifestación, y después de contar su pobreza, su obligación de pagar veinticuatro pesos y tres reales al mes, aparte de otros gastos; la peste, que sólo dejó diez familias en el pueblo y aniquiló a los indios que les ayudaban a soportar las cargas concejiles: la pérdida de las siembras, la escasez de agua y otras calamidades, se quejan por la dureza de su párroco, que «lo compele a pagar, los regaña, se enoja y hasta los maltrata»; piden pagar sus impuestos por arancel y no por tasación, y aseguran que, de no ser así, se verán obligados a no pagar, adeudarse o emigrar.

No sería ofensivo para Morelos suponer que, en alguna ocasión, la impaciencia y el disgusto por aquella sorda resistencia lo hicieron perder su calma y demostrar su ira en los más taimados y ladinos de sus feligreses, porque su gloria no está en haber sido un manso pastor de almas, y más bien serían explicables tales manifestaciones como un anuncio de su temperamento batallador.

Pero los testimonios auténticos no confirman esta

suposición. Del mencionado escrito de queja se corrió traslado a Morelos para que informara, y hay tal sencillez en su contestación, que bastaría con ella para darla por cierta, si no estuviese confirmada por testimonios suplementarios, además de la garantía de verdad que tienen las palabras del héroe.

En esta información se aclaran las excesivas lamentaciones de los denunciantes, y todas las calamidades que alegaran para no pagar, son reducidas a sus reales proporciones. Se descubre, en cambio, su disimulada rebeldía en contra de la autoridad cural, su negligencia en el pago y en la prestación de los servicios personales, su desdén por el trabajo y su escaso gusto por asistir a la doctrina. Pide Morelos que para mejor confirmación de sus declaraciones, informe respecto al asunto al antiguo cura, don Eugenio Reyes Arroyo. Y, por último, ofrece renunciar a la cuarta parte de su humilde tasación y reducirse a vivir con sólo dieciséis pesos al mes para realzar entre su baño la benignidad de la mitra.

La información rendida por el cura Reyes Arroyo confirma con exceso las palabras de Morelos y agrega algunos datos que comprueban la prudencia y dotes de buen gobierno que demostró en la parroquia de Churumuco el mismo párroco acusado por los feligreses de Carácuaro de severidad y falta de justificación.

La queja no prosperó ni tuvo ninguna consecuencia. Ni siquiera fué parte para enfriar en Morelos el interés por su curato, pues siguió ejerciendo sus funciones con igual empeño y desinterés. Cuando fué necesario emprender unas obras en la iglesia parroquial, trabajó él personalmente, ayudando a los obreros con sus propias manos. Para mejorar la administración de los servicios religiosos, intentó disminuir su jurisdicción y, por tanto, sus rentas, en beneficio de los fie-

les, y costó de su propio peculio los gastos que se hicieron en la tramitación del expediente relativo. La modificación de los límites del curato no se realizó por oposición de los funcionarios eclesiásticos superiores, que, aunque reconocieron las ventajas que se lograrían con ello, no quisieron amenguar las ya escasas rentas y dejar indotados a los curas posteriores, pues aunque Morelos se conformaba con la disminución, con tal de que sus feligreses recibieran con oportunidad y eficacia los sacramentos.

Sin más novedad que su nombramiento para el mismo curato, ya con el carácter de propietario, fueron corriendo los años hasta que llegó el de 1810. Si el destino no le hace salir de su posición menos que mediocre, allí habría terminado su vida obscura, sin otros incidentes que algunos amores con mujeres anónimas. Estos borrosos idilios se repitieron más tarde en el curso de su vida militar y le dieron dos hijos y una hija. Uno de sus hijos, que llevó el nombre de Juan Almonte, nacido de Brígida Almonte, es el único que parece haber tenido importancia y lugar en su corazón, el único ser que, después de la muerte de su madre, despierta los afectos familiares en aquel espíritu, tan entregado a sus pasiones patrióticas y a sus deberes para con los demás, que no tiene en su historia y existencia afectiva más que estos rasgos sin calor.

La apariencia física de Morelos no debe haber cambiado gran cosa en los cinco años que duraron sus campañas, y por eso es posible imaginar su persona con el aspecto que le encontraron el secretario de la Inquisición, que anotó algunos rasgos en la diligencia de «cala y cata», y el artista Rodríguez, que modeló en cera un retrato cuando el héroe estuvo preso en la Ciudadela a los cincuenta y un años de edad.

Fuera de la barba poblada y negra que tenía en su

celda de la Inquisición, así como de los naturales estragos del tiempo y las fatigas, se puede adivinar por estos datos la figura corpórea de Morelos tal como lo vieron sus feligreses de Carácuaro y Nocupétaro. Grueso de cuerpo y cara, con una estatura poco menor de cinco pies, y robusto, a pesar de las enfermedades que lo aquejaron; las facciones, duras y enérgicas, que no se alteraban ni en los trances más difíciles ni dejaban traslucir sus pensamientos ni sus emociones; la mirada, fija y sombría, y el entrecejo, ceñudo; la nariz, marcada por el golpe que recibió una vez contra un árbol, persiguiendo a un toro, durante su vida de campesino; color atezado y pelo negro; un lunar cerca de la oreja, y todo el conjunto poco marcial. Pocas veces llegó a abandonar su indumentaria eclesiástica, y lejos de amar los arreos militares, se le encontró, cuando fué aprehendido, vestido con una camisa de Bretaña, chaleco de paño negro, pantalón de paño azul, medias de algodón blancas, zapatos abotinados, chaqueta de indianilla, fondo blanco pintado de azul, mascada de seda toledana y montera de seda.

\*

Se han puesto en duda las relaciones de Hidalgo y Morelos antes de 1810. Sin embargo, no ha faltado quien suponga no solamente conexiones de maestro y discípulo, sino acuerdo expreso para trabajar por la Independencia. Don Alejandro Villaseñor dice:

«Ignórase cómo, pero el hecho es que entró nuevamente en relaciones con Hidalgo y que ambos empezaron a trabajar en pro de la idea que tenían, y que para ponerla en práctica se carteaban frecuentemente; lo probable es que esa inteligencia haya empezado desde fines de 1808 o principios de 1809, que fué cuando se empezó a conspirar formalmente en pro de la

Independencia, y que Morelos estuviese en inteligencias con los conspiradores de Querétaro; una carta que se ha publicado lo da a entender así: está suscrita por Hidalgo y fechada en Dolores el 4 de septiembre de 1810, y dice, entre otras cosas: «Tuve noticias del Centro»; ese centro era Querétaro, e Hidalgo no hubiera hablado de él si Morelos no hubiera estado en antecedentes; «se me dice que el venidero 29 de octubre es el día señalado para la celebración del gran jubileo que tanto ansiamos todos los americanos. Como aun puse en duda tan buena nueva, empecé el viaje a Querétaro, y el señor corregidor me confirmó la noticia lleno de gusto, así como doña Josefa». Ahora que ya se sabe lo que con estas frases se quería decir, queda comprensible que el centro era Querétaro; el jubileo, el grito de Independencia, y que quien parecía tener el principal papel en la conspiración era don Miguel Domínguez.»

Sigue diciendo la carta: «Y según lo que hablamos en nuestra entrevista de fines de julio, me apresuro a noticiárselo y espero que usted procurará, por su parte, que el dicho día 29 de octubre se celebre con toda pompa y con el objeto que, simultáneamente, en todo el Anáhuac tenga verificativo, y con tiempo vea a sus más devotos feligreses, a fin de que tomen parte. Yo procuraré tener a usted al tanto de todo lo que ocurra, y mi notario don Tiburcio estará encargado de recibir noticias y contestar en caso urgente. Don Ignacio lo saluda a usted lo mismo que el licenciado, y tienen la idea de que usted ha de sobresalir en esta función, y desean llegue el día señalado que le repito, «29 de octubre». El padre Mariano Matamoros estuvo a verme y también se fué entusiasmado y a disponerse para esa gran función. Por hoy no le digo más, y creo que pronto nos veremos.»

Es casi seguro que Morelos, tan ordenado y tan precursor, ya tenía para esa fecha del 4 de julio armas y municiones, y que en su biblioteca de cura de aldea, al lado del Oficio parvo y de los libros de su ministerio, figuraban obras de táctica y de estrategia.»

De todos modos, en los primeros días de octubre de 1810 tuvo Morelos noticias de la revolución iniciada por D. Miguel Hidalgo, y pudo ver pasar a los españoles que huían de Valladolid y de Pátzcuaro, al aproximarse los insurgentes. Salió de su curato para Valladolid, para investigar la situación del movimiento que se iniciaba, y al confirmar que la rebelión era acaudillada por su antiguo maestro, desoyó consejos que pretendieron disuadirlo y salió en busca de las tropas insurgentes hasta encontrarlas en Indaparapeo.

Don Miguel Hidalgo, que siempre procuró propagar la insurrección por todo el país, enviando a todas las provincias numerosos comisionados, no parece haber tenido ninguna dificultad para extender un nombramiento que decía: «Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente el Br. D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado.»

Las instrucciones verbales a que se refiere el anterior documento fueron de carácter general para recoger armas, establecer nuevas autoridades, aprehender a los españoles y remitirlos a la intendencia más inmediata, y muy especialmente, como misión principal, hacerse dueño de la plaza y el fuerte de Acapulco.

El 29 de octubre de 1810 tuvo lugar la entrevista de Hidalgo y Morelos, que por ser la última ocasión en que se reunieron los dos grandes caudillos insur-

gentes y el origen de enormes acontecimientos históricos, tenía que dar motivo para que la leyenda la transformara en un suceso teatral.

Cuéntase que se acercó Morelos con embarazo y poca gracia a Hidalgo y sus acompañantes, y con dificultad expresó que deseaba se le admitiese en la clase de capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted a abandonar su curato?

—Sí, señor.

—¿Y está usted decidido a cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras?

—Hace tiempo que lo estoy...

Hablaron luego en voz baja, mientras los jefes y la oficialidad burlona se divertían a costa del original capellán que iban a tener.

—¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el Cura de Carácuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él muchas extravagancias.

—Es un hombre «obsuro, sin carrera».

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años a la arriería, que en uno de sus viajes compró en México un Nebrija, y después de estudiarlo, cuando tenía veinticinco años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Silencio; oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor cura cómo resolvió seguirnos.

Callaron todos. Se oyó la voz del cura de Carácuaro:

—Vine a Valladolid, a fines del año pasado, a la casa de mi hermana; nos convidaron a un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturigaray y las prisiones ejecutadas en aquellos días; no sé lo

que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro opróbio, y concebí un odio contra los tiranos que me tuvo inquieto y engendró el pensamiento de combatir por la libertad de mi patria...

—Bien, muy bien.

—Me retiré con esa idea, proyecté construir un fortín en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí, a mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después de ver mi ignorancia en todo...

Al decir esto su voz era de trueno, su mirar, impo-  
nente; tenía arrebatado al auditorio... Hidalgo dijo:

—Padre, me parece que mejor ha de ser usted un general que un capellán.

La verdad histórica es menos pintoresca. El mismo Morelos declaró más tarde:

«Que al principio de octubre de 1810 tuvo noticia en su curato de Carácuaro por Dn. Rafael Guedea, dueño de la Hacienda de Guadalupe, que se había movido una revolución en el Pueblo de Dolores, y que la acaudillaba su Cura Dn. Miguel Hidalgo, quien asimismo supo que marchaba con una reunión sobre la Ciudad de Valladolid, con cuyo motivo salió el exponente a informarse de los que obligaban aquel movimiento, porque ya había advertido a algunos Europeos, que emigraban de Patzcuaro, Valladolid y demás poblaciones contiguas, teniendo un funesto resultado por las marchas de Hidalgo: Que en efecto, encontró a éste en la Ciudad de Charo, después de haber salido de Valladolid dejando esta Ciudad por suya, y con dirección a México, y habiéndole prevenido que lo acompañase hasta Indaparapeo, aquí le aseguró que los motivos que tenía para aquel movimiento o Revo-

lución heran los de la independencia a que todos los Americanos se veían obligados a pretender.»

Lo único ciertamente comprobado de esta famosa entrevista, aparte del nombramiento y las instrucciones verbales ya referidas, son las indicaciones de Hidalgo respecto a la organización del futuro Gobierno, y que Morelos llama «los elementos constitucionales que conferenciamos con el Sr. Hidalgo».

Puede ser también que esas indicaciones formaran el plan político que Hidalgo no tuvo tiempo ni modo de redactar con precisión y dar a la publicidad, pero recientes estudios históricos demuestran que Hidalgo tuvo una visión certera de los problemas sociales de México, incluso en cuanto a la reforma agraria y el reparto de la tierra. Es indudable que Morelos grabó en su memoria las frases de su maestro, porque frecuentemente demostró no haberlas olvidado. Y sin más que su nombramiento de lugarteniente y el impulso moral que recibió en la entrevista, volvió a su curato para empezar desde allí sus maravillosas campañas.

A esta época corresponde una carta donde se descubren detalles a la vez curiosos y significativos. El caballero andante de la Independencia se apercebe mandando arreglar «dos hojas de armas». Y el historiador que busca en todo el «factor económico» anotará este dato: en 1810 hubo hambre en México.

La carta dice, entre otras cosas:

«Sr. D. Miguel Cervantes.

»Carácuaro, octubre 14 de 1810.

»Estimado Hermano y muy Sr. mío:

»Si Ud. gustare que mi hermana y sobrinita se retiren por acá unos días por modo de paseo mientras pasan las balas, con su aviso mandaré remuda.

»Remito dos hojas de armas para que por la una me acabe un sillero la otra, y para su perfección ha de

llevar la dragona o guarnición de la caballería de vafilete amarillo con su respectivo bordadito.

»Todas las obenciones tengo fiadas sin poderlas cobrar por el hambre que hubo aquí este año. Yo hubo día que comí con solo elotes; pero quantos mediesitos me caen estoy comprando mays para no pasar otra.»

A su paso por Valladolid, recordó aún los deberes del sacerdocio que iba a abandonar, y fué a buscar al gobernador de la Mitra, don Mariano Escandón y Liera, Conde de Sierra Gorda, para comunicarle su resolución. El Conde de Sierra Gorda, partidario de la Independencia, no pretendió empeñosamente desviar a Morelos de su camino, y únicamente le recomendó con ingenuidad que procurara evitar la efusión de sangre.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó Morelos en busca del secretario de la Mitra, y como no lo encontrara, lo esperó con impaciencia hasta las nueve de la mañana, y al fin se decidió a escribir un ocuro, en el cual decía con toda claridad que había recibido una comisión del Sr. Hidalgo, y como tenía que salir con violencia hacia las tierras del Sur, pedía que se le nombrara un coadjutor para su parroquia de Carácuaro, el cual estaba obligado a reservarle la tercera parte de los emolumentos, y que formulaba su petición por escrito, por no tener un solo minuto que perder. Como una última formalidad, la Mitra designó a D. José María Méndez para substituir a Morelos, con dos terceras partes de los emolumentos y obligación de guardar al propietario la tercera parte para cuando se restituyera a su curato.

Pero el cura de Carácuaro ya no debía ser más el pastor de un ingrato rebaño ni volver a su vida oculta entre la sombra de una parroquia de aldea. Se aventuraba por nuevos y desconocidos senderos, en busca de la gloria y de la muerte.

## IX

## LA OBRA POLÍTICA DE MORELOS

El desastre de Valladolid, seguido por el de Puruarán, no sólo tuvo las naturales consecuencias militares de una derrota, sino que reanimó las discordias intestinas de los jefes insurgentes, acalladas hasta entonces por la autoridad y el ejemplo de Morelos.

Las rivalidades, las envidias y los odios personales se encendieron entre los miembros del Congreso, y las malas voluntades se enderezaron contra el generalísimo, como la cabeza más alta.

Entonces vino la verdadera caída del héroe. Es cierto que su situación militar era bien precaria, porque había perdido casi todos sus elementos materiales, le faltaba el auxilio de Matamoras y su prestigio se había nublado por la desgraciada campaña, que, al iniciarse apenas, lo dejaba casi aniquilado.

Sin embargo, no era la primera vez que Morelos conocía la derrota, y de sobra demostró que podía sacar tropas de la nada y reanimar despojos de ejércitos. Con 15 hombres y sin el menor prestigio inició sus campañas. Al salir de Cuautla, después del sitio, se le creyó escondido, muriéndose de hambre y abandonado en una cueva. Para un hombre del temple de Morelos, volver a empezar no era cosa imposible. Pero después de Puruarán la derrota le trajo una nueva plaga, peor que las dispersiones y el pánico. Entonces sintió cómo pesaban los políticos que él hizo personajes y que, como gratitud, se aprovechaban de su desgracia para pretender «mandarlo a hacer bautismos a su parroquia de Carácuaro», como dijo Rosáinz en su exposición al Virrey acerca del estado de la revolución.



Rosáinz, que, como secretario de correspondencia, hizo firmar a Morelos documentos de estilo abominable, por lo hinchado y pedantesco, no era, ni con mucho, digno de substituir a Matamoros, y así lo demostró más tarde, y fué precisamente Rosáinz el comisionado para indicar a Morelos la conveniencia de que renunciara al mando supremo. A la primera insinuación, se manifestó el caudillo conforme con despojarse de la investidura de generalísimo, ofreciendo servir como simple soldado. Dejó tranquilamente la jefatura de la revolución, y jamás se manifestó despechado.

Se refiere que entonces tuvo lugar una escena conmovedora. Habló Morelos a Galeana sobre sus desgracias pasadas. Galeana le dijo:

—¡Ah, señor! Aquí me separo; voy a sembrar algodón para comer y pasar mi vida en secreto, olvidado de las gentes... Todo se ha perdido porque usted se ha fiado de hombres que no debía para el mando de las armas. Yo no podré escribir en papel, es verdad; pero sí atacar un campo.

Y entonces Morelos procuró consolarle; le aseguró su amistad, le exhortó a que continuara en la empresa de salvar la patria, y concluyó:

—Si después de esto fueren inútiles nuestros esfuerzos, yo acompañaré a usted, Galeana, a trabajar en sus labores del campo.

Mucho poco tardó el Congreso, dice D. Jenaro García, en expiar sus faltas, porque, perseguido de nuevo por las fuerzas realistas, tuvo primeramente que huir al rancho de las Ánimas, y luego, al ser atacado allí, que abandonar su archivo y sello para retirarse violentamente a Ajuchitlan, y de aquí a Uruápam. Al cabo de tres meses la persecución volvió a obligarlo a refugiarse sucesivamente en las haciendas de Santa Efigenia de Póture, de Tiripitío y de la Zanja y en los pueblos de Apatzingán y de Ario.

Regresó a Uruápam y Apatzingán, que pertenecía a la Alcaldía Mayor de Tancitaro, y allí expidió, el

22 de octubre de 1814, el decreto constitucional, que tendía a «llenar las heroicas miras de la nación, elevadas nada menos que al sublime objeto de substraerse para siempre de la dominación extranjera, y a substituir, al despotismo de la Monarquía española, un sistema de administración que, reintegrando a la nación misma en el goce de sus augustos imprescriptibles derechos, la conduzca a la gloria de la independencia y afiance sólidamente la prosperidad de los ciudadanos».

La jura del decreto constitucional se verificó solemnemente y con regocijo desbordante. Los soldados insurgentes que allí estaban, y que hasta entonces habían andado casi desnudos, vistieron uniformes de manta; Morelos y el doctor Cos lucieron unos riquísimos, y todos en general se pusieron la ropa más decente que tenían». Dijose primeramente una gran misa en acción de gracias; luego, Licéaga, a la sazón presidente del Supremo Congreso, y los demás diputados juraron guardar y hacer cumplir el decreto constitucional; en seguida se cantó un tedeum, y después, enardecidos todos los concurrentes por el amor patrio, se entregaron a un júbilo delirante, «como niños». Hubo banquete y hubo baile sobre el campo libre; el gran Morelos, grave y circunspecto siempre, «depuso su natural mesura, y con jovial alegría, danzó y abrazó a todos, y dijo que aquel día era el más feliz que había gozado en su existencia.»

La vida del héroe comienza a decaer. Su actividad parece extinguirse, y estorbado por tantos obstáculos, sin más tropas que los famosos cincuenta pares de su escolta, recorre las regiones del Sur, pasa algún tiempo en Acapulco y se establece en el campo fortificado de Atijo. La huella que dejó al pasar por Acapulco es de tal manera trágica y profunda, que es preciso contarla por separado más adelante.

Sin realizar ninguna empresa militar de interés, ocupó su sitio en el Congreso, y más tarde fué designado miembro del poder ejecutivo, sin mando de tropas. Así acompañó al Congreso errante en sus peregrinaciones. Después de la muerte de Matamoros, la de D. Hermenegildo Galeana, quien cayó con muerte de valiente, con las armas en la mano, vino a aumentar la obscura tristeza de su situación.

Cuando Morelos supo la muerte de Galeana, se abatió mucho y exclamo, lleno de tristeza:

—¡Se acabaron mis brazos!... ¡Ya no soy nada!...

A Matamoros, por su inteligencia, lo consideraba como su brazo derecho, y a D. Hermenegildo, por su valor, su brazo izquierdo.

Aunque Morelos se empeñó en publicar sus cordiales relaciones con el Congreso, la verdadera situación del caudillo la descubrió el doctor Cos, quien escribió en su manifiesto contra el Congreso, dado en el fuerte de San Pedro el 30 de agosto de 1815: «...es de rigurosa justicia y necesidad, exigida imperiosamente por la nación, que no se reconozca ni obedezca orden ninguna dimanada de dichas corporaciones, sino antes bien a sus individuos se aprehendan por dondequiera que transiten, a excepción de los señores Morelos y Sánchez Arriola, que están sufriendo una especie de prisión, sin libertad para expresar sus sentimientos y poner coto a las arbitrariedades, debiendo dejar a estos sujetos sin embarazo para que transiten por donde mejor les parezca, sin poner obstáculo al primero para que se retire a su departamento del Sur, en donde su presencia hace mucha falta, quitándole de esa infame opresión en que está degradado y sustituido con bajeza, pudiendo adquirir brillantes progresos por las armas, que acaso en el día habrían ya triunfado de nuestros enemigos si se las hubiera dejado operar como antes».

Morelos callaba por no fomentar las rencillas; pero el Dr. Cos no tenía la grandeza de alma suficiente para sacrificarse en silencio.

Esta época de la vida de Morelos nos permite examinar su obra y sus ideas políticas. Los actos fundamentales de sus tareas de esta índole, que le pertenecen como productos personales, son la formación del Congreso de Chilpancingo y sus proyectos de nueva organización del país.

Los resultados que Morelos se prometía obtener de la reunión del Congreso eran los siguientes:

I. La formación de un núcleo insurgente capaz de organizar las fuerzas esparcidas y anárquicas de la revolución.

II. Desenmascarar el programa de la revolución, suprimiendo en las banderas insurgentes el nombre de Fernando VII y declarando francamente la Independencia.

III. Constituir la personalidad oficial de la nación.

IV. Dictar o confirmar legalmente las disposiciones relativas a reparto de la propiedad, supresión de la esclavitud y de las castas y distribución de impuestos.

V. Hacer por conductos legítimos las declaraciones generales de igualdad, libertad, buen gobierno y proyectos de nuevo régimen republicano.

Morelos no parece haber tenido al principio la idea de reunir un Congreso constituyente ni un poder legislativo propiamente dicho. Mucho menos creyó que de tal asamblea naciera una Constitución como fué la de 1814 ni que el poder nacido de esta manera resultara en oposición con el primero y fundamental de sus propósitos.

El deseo de organizar un centro coordinador del caos revolucionario no podía ser más justo y racional.

Fuera del núcleo acaudillado directamente por Morelos y mantenido coherente por su fuerza y su prestigio militar, no tenía la causa insurgente más elementos relativamente organizados que los de D. Ignacio Rayón. Éste representaba entre los independientes un reflejo de la autoridad de Hidalgo, y su carácter de ministro y presidente de la Junta Suprema lo hacía como heredero del mando. Prácticamente su autoridad era desconocida con frecuencia y siempre limitada, porque su poder militar nunca alcanzó proporciones brillantes.

Fuera del grupo de Rayón, la independencia no tenía más que adalides dispersos, no sólo sin coherencia, sino debilitados por discordias domésticas, por el bandolerismo, las envidias mutuas, la anarquía y la disipación. Los tipos de los revolucionarios de la época son, en este género, Albino García en Guanajuato, los Villagranes en la Huasteca y Osorno en los Llanos de Apam, verdaderos caciques, rebeldes por cuenta propia, que nunca reconocieron a mos ni jerarquías. Julián Villagrán se hacía llamar Emperador de la Huasteca: fué preciso que Morelos acudiera con tropas para recibir de Osorno una parte de las barras de plata procedentes del saqueo de Pachuca, y Albino García, refiriéndose a la Junta de Zitácuaro y al título de Alteza con que era designada, dijo alguna vez que no conocía más junta que la de dos ríos ni más alteza que la de un cerro.

Lo que Morelos hizo con sus propios elementos, organizando militar y administrativamente las comarcas que pudo dominar, quiso hacerlo con todas las fuerzas que sostenían la revolución. Pero ya hemos visto que el Congreso aumentó las disensiones y, en vez de fortificar la revolución, la hizo caminar por fracasos hasta la muerte de su mejor caudillo. Así, en el principal objeto que Morelos buscó en su proyecto, no sólo obtuvo un desengaño, sino que se empeoró la situación.

La causa está fuera de su responsabilidad. Por una parte, Rayón, que procuró en cuanto pudo evitar la formación del Congreso, asistió a él tarde y de mala gana, y nunca le prestó un sincero y firme apoyo. Por otra parte, con motivo de la reunión de un cuerpo legislativo, aparecieron en la revolución nuevos elementos, que modificaron su camino. Los diputados al Congreso de Chilpancingo tuvieron que designarse fuera del elemento militar. Los profesionales y semiprofesionales que mientras la revolución fué únicamente bélica tuvieron papeles modestos de secretarios, redactores de proclamas, agentes secretos, propagandistas y hasta vocales de la Junta, llegaron por este modo a ser personajes dentro de la revolución.

Este nuevo elemento, que tuvo gloriosos representantes, como el Dr. Cos y Quintana Roo, traía fuerzas ideales, amasadas con la cultura escasa de su tiempo y de su medio, estaba instruido en gacetas y libros franceses prohibidos y era portador del fuego que prendió la gran Revolución francesa. Su influencia se hizo sentir primero sobre los caudillos y jefes militares y después por sus propios actos. Pero esta influencia, que en otros puntos fué laudable y provechosa, hizo fracasar el mayor propósito que perseguía el iniciador y protector del Congreso.

La forma de gobierno adoptada por la Constitución de 1814, que Morelos declaró posteriormente, y con mucha razón, impracticable, fué causa de que los fracasos del caudillo se hicieran más graves y de que se fomentaran la incoherencia y la debilidad de la revolución.

En cambio, el segundo propósito de Morelos fué cumplidamente satisfecho. El nombre de Fernando VII figuraba en el programa independiente desde el 16 de septiembre de 1810. Ahora nos parece incompatible

el nombre del Rey Fernando con las ideas de libertad e independencia, y este claro antagonismo ha dado pábulo a la sospecha de que Hidalgo, en vez de tomar el nombre real con el propósito de sostener la causa de la dinastía, lo hizo con el deseo de no chocar abiertamente con los prejuicios, tradiciones, fanatismo y creencias del pueblo de la Nueva España, acostumbrado a figurarse al Rey como armado de potencias divinas, y tan reunidos su hombre y sus intereses con los de Dios, que no podía desconocerse a Fernando VII sin insultar a la divinidad.

Es, sin embargo, más verosímil suponer que no fué una simulación de político a la alta escuela la que hizo a Hidalgo invocar el nombre del Rey. La Independencia, como todas las magnas obras sociales, no fué tarea de un solo hombre, ni idea que saliera completa y redonda de un solo cerebro. La Independencia, para el Lic. Verdad y para el fraile peruano Talamantes, era una simple mutación política, casi puramente de personas, y sin modificar profundamente el régimen. Para Hidalgo, el pensamiento de transformación fué más lejós: sin tocar los privilegios dinásticos, pretendía substituir el gobierno de los europeos por el gobierno de los americanos.

La idea revolucionaria parece haber pasado por un período de transición después de la muerte de Hidalgo y antes que Morelos asumiera de hecho la jefatura del gran movimiento. Aunque D. Ignacio Rayón se titulaba presidente de la Junta gubernativa de las Américas, nunca se atrevió a negar la autoridad del Rey, y en carta dirigida a Morelos sostuvo la necesidad política de continuar usando el nombre de Fernando VII, procurando de hecho la Independencia.

Para Morelos, esta conducta contradictoria y engañosa, aprobada por la Junta de Zitácuaro, nunca fué agradable. Pretendió con insistencia suprimir el uso del nombre del Rey, y sólo pudo lograrlo por medio del Congreso. Suprimió, así, el disfraz de la insurrec-

ción, porque la idea de independencia, siguiendo su evolución natural, era ya en el pensamiento de Morelos nueva nacionalidad y nuevo régimen. Su espíritu honrado y severo no gustaba de ocultaciones y falsedades políticas. Quería que el pueblo se diera cuenta de la empresa que tanta sangre y tanto dolor costaba, y que se fuera fortificando el alma de la nacionalidad.

Don Andrés Quintana Roo contaba el siguiente episodio:

«Era la víspera de la instalación del Congreso. La estancia en que estábamos era reducida y con un solo asiento; en una mesilla de palo, blanca, ardía un velón de sebo que daba una luz palpitante y cálida.

Morelos me dijo:

—Siéntese usted, y óigame, señor licenciado, porque de hablar tengo mañana, y temo decir un despropósito; yo soy ignorante y quiero decir lo que está en mi corazón; ponga cuidado, déjeme decirle, y cuando acabe, me corrige para que sólo diga cosas en razón.

Yo me senté. El Sr. Morelos se paseaba con su chaqueta blanca y su pañuelo en la cabeza; de repente se paró frente a mí y me dijo su discurso.

Entonces, a su modo, incorrecto y sembrado de modismos y aun de faltas de lenguaje, desenvainó a mis ojos sus creencias sobre derechos del hombre, división de poderes, separación de la Iglesia y del Estado, libertad de comercio y todos esos admirables conceptos que se reflejan en la Constitución de Chiapancingo y que apenas entreveía la Europa misma a la luz que hicieron los relámpagos de la Revolución francesa.

Yo le oía atónito, anegado en aquella elocuencia sencilla y grandiosa como vista de volcán; él seguía; yo me puse de pie...; estaba arrobado... Concluyó magnífico, y me dijo:

—Ahora, ¿qué dice usted?  
 —Digo, señor..., que Dios bendiga a usted (echándome en sus brazos, enternecido), que no me haga caso ni quite una sola palabra de lo que ha dicho, que es admirable...>

Morelos no sólo tuvo visión política, sino prodigiosas anticipaciones económicas y sociales. Por su estilo personal puede señalarse lo que es idea suya o ha merecido su aprobación, tanto en decretos como en bandos o manifiestos.

Ya desde 1810 había firmado Morelos este documento:

«El Bachiller Dn. José María Morelos Cura y Juez Eclesiástico de Carrasquero Teniente del Exmo. Sr. Dn. Miguel Hidalgo Capitán Gral. de la América, etc.

»Por el presente y a nombre de S. E. hago publico y notorio a todos los moradores de esta América el establecimiento del nuevo gobierno por el qual a excepcion de los Europeos todos los demás avisamos, no se nombran en calidad de Yndios. Mulatos, ni Castas, sino todos generalmente Americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan, sus amos seran castigados. No hay cajas de Comunidad, y los Yndios percibirán la renta de sus tierras como suyas propias en lo que son las tierras. Todo Americano que deva qualquiera cantidad a los Europeos no está obligado a pagarsela; pero si al contrario deve el Europeo, pagará con todo rigor lo que deva al Americano.

Y en otras ocasiones declaraba:  
 (Manifiesto a los habitantes de Oaxaca.—Diciembre 23 de 1812.)

«Las Cortes de Cádiz han asentado mas de una vez que los americanos eran iguales a los europeos, y para halagarnos mas nos han tratado de hermanos; pero si

ellos hubieran procedido con sinceridad y buena fe, era consiguiente que al mismo tiempo que declararon su independencia hubieran declarado la nuestra y nos hubieran dexado libertad para establecer nuestro gobierno, así como ellos establecieron el suyo.

»Ya no hay España, porque el francés, está apoderado de ella, ya no hay Fernando 7º porque o él se quiso ir a su casa de Borbón a Francia y entonces no estamos obligados a reconocerlo por Rey, o lo llebaron a fuerza y entonces ya no existe: Y aunque estuviera a un Reyno conquistado le es lícito reconquistarse y a un Reyno obediente le es lícito no obedecer a un Rey, quando es gravoso en sus leyes.

Algunas veces parecía inspirado por el utopismo de un Robespierre, tal vez por el influjo de Bustamante o de Rosáinz, como aparece en este decreto:

«1º Todos los Vecinos y habitantes de Oaxaca usarán de la Cucarda Nacional, azul y blanca, Símbolos de la unión, y la virtud».

Pero la garra del hombre de acción se descubre cuando es preciso:

«(Bando.—Marzo 23 de 1813).

»Por observar que los Avitantes de la Provincia de Oaxaca, no todos han entendido el sistema del nuevo Gobierno americano, de cuya ignorancia se están siguiendo desordenes y pecados contra los mandamientos de Dios y de la Iglesia, he venido en mandar publicar el Bando del tenor siguiente.—Por ausencia y cautividad del Rey D. Fernando 7º ha recaído como devía el gobierno en la Nación Americana la que instó una Junta de individuos Naturales del Reyno, en que residiese el Ejército de la Soberanía.—Que ningún Europeo quede gobernando en el Reyno.—Que se quiten todas las pensiones, dejando solo, los Tabacos y Alcabalas para sostener la guerra; y los diezmos y derechos Parroquiales para sostencción del Clero.—Que quede abolida la hermosísima geringonsa de Calidades, Yndio, Mulato, o Mestizo, Tente en el Aire, etcétera y solo se

distinga la Regional, nombrándolos todos generalmente *Americanos*, con cuyo epíteto nos distinguimos del Inglés, Francés, o mas bién del Europeo, que nos perjudica, del Africano y del Asiático que ocupan las otras partes del mundo.—Que a consecuencia nadie pagase tributo como uno de los predicados en Santa libertad.—Que los Naturales de los Pueblos, sean dueños de sus tierras, Rentas, sin el fraude de entrada en las Cajas, que estos pueden entrar en constitución los que sean aptos para ello: que estos puedan Comerciar lo mismo que los demás, y que por esta igualdad, y Rebaja de pensiones entren como los demás a la contribución de Alcabalas, pues que por ellos se bajó al quatro por ciento, por aliviarlos en quanto sea posible.—A consecuencia de ser libre toda la America no debe haver Esclavos y los Amos que los tengan los deven dar por libres, sin, esigirles dinero por su libertad, y ninguno en adelante podrá venderse por Esclavo, ni persona alguna podrá hacer esta compra».

Tal vez lo más auténtico y decisivo en la ideología fundamental de Morelos se encuentra en estas breves líneas:

«En el Pueblo de Chilpancingo, a catorce de Septiembre de mil ochocientos trece.

»Habiendo pronunciado el Exmo. Sr. Capitán General un discurso breve y enérgico sobre la necesidad en que la Nación se halla de tener un Cuerpo de hombres Sabios y amantes de su bien que la rijan con Leyes acertadas, y den a su Soberanía todo el ayre de Magestad que corresponde, como también de los indecibles beneficios que deben subseguirle, y leido por mi en seguida un papel hecho por el Sr. General, cuyo titulo es *Sentimientos de la nación*, en el que efectivamente se ponen de manifiesto sus principales ideas para terminar la guerra, y se hechan los fundamentos de la Constitución futura que debe hacerla feliz en sí, y grande entre las otras Potencias.»

Dicho papel decía, entre otras cosas:

«1º Que la América es libre e independiente de España y de toda otra Nación, Gobierno o Monarquía, y que así se sancione, dando al mundo las razones.

»3º Que todos sus Ministros se sustenten de todos, y solos los Diezmos y primicias, y el Pueblo no tenga que pagar más ob(v)enciones que las de su devoción y ofrenda.

»5º La Soberanía dimana inmediatamente del Pueblo, el que solo quiere depositarla en sus representantes Dividiendo los Poderes de ella en legislativo ejecutivo y judicial.

»9º Que los Empleos los obtengan solo los Americanos.

»10º Que no se admitan extranjeros, si no son artesanos capaces de instruir, y libres de toda sospecha.

»12º Que como la buena Ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia, y la indigencia, y de tal suerte se aumente el Jornal del pobre, que mejore sus costumbres alexe la ignorancia, la rapiña y el hurto.

«13º Que las leyes generales comprehendan a todos, sin excepción de cuerpos privilegiados, y que estos solo lo sean en quanto al uso de su ministerio.

En estos renglones está no solamente la doctrina democrática, sino la esencia de la Reforma en su aspecto económico y social.

Ya no era la colonia humilde que invocaba con fidelidad al Rey desterrado y preso, sino la patria mexicana, la República nueva, que iniciaba su vida propia cortando viejas ligaduras políticas y sociales. En este sentido, Morelos puede considerarse como el revolucionario más adelantado, profundo y audaz. Ni la misma consumación de la independencia realizó sus ideales de un modo completo, y aun las generaciones contemporáneas tienen todavía mucho que destruir y que reconstruir, de acuerdo con los inmensos proyectos del gran guerrero.

El Congreso de Chilpancingo cumplió, pues, los deseos de su iniciador, desenmascarando a la revolución y constituyendo de un modo formal la personalidad de la nación.

Estaba también dentro de su carácter servir como poderoso medio de publicidad y ofrecer al país hermosos programas y patrióticas declaraciones. Desde este punto de vista, no es inferior a ningún otro Congreso nacional, de los varios que han producido principios generales de igualdad, libertad y progreso.

Asimismo, el cuarto propósito de Morelos fué satisfactoriamente cumplido, porque tanto el propio Congreso como el generalísimo, en uso de la autoridad emanada de aquél, publicaron las disposiciones que contienen los principios fundamentales de la revolución: abolición de la esclavitud, supresión de las castas y distribución equitativa de los impuestos.

En cambio, la Asamblea legislativa produjo algo que estaba fuera de la previsión y de los deseos de Morelos: la Constitución de 1814.

Morelos desaprobó esta Constitución categóricamente al confesar, ante el Tribunal de la Inquisición, que la rechazaba «por impracticable, y no por otra cosa». Esto es decir claramente que no la juzgó herética, como los inquisidores se empeñaron en probar, ni desautorizó la parte de ella que se ocupa sólo de principios generales, ni sus adiciones y complementos, que son verdaderas exposiciones doctrinales, rasgos líricos de patriotismo y utopías sociales, sino simplemente que juzgó imposible establecer el Gobierno proyectado por dicha Constitución.

Esa forma de gobierno imaginada por los constituyentes de 1814, con su complicada división de poderes y su despotismo parlamentario, tenía que parecer absurda a Morelos y, además, inoportuna en los momen-

tos de su aparición. La Revolución de Independencia había encontrado a su hombre, al hombre que la comprendía y que la amaba y al único capaz de hacerla triunfar íntegramente. La causa insurgente ya tenía su caudillo, nacido a la vida pública entre las convulsiones de la guerra, que desarrolló su genio con el calor revolucionario y templó en el fuego su corazón de acero. Y cuando el paladín quiso consolidar su poder y concentrar todas las energías dispersas, vinieron los clérigos y los abogados, los músicos y los líricos de la revolución y estorbaron el impulso de su brazo armado con el mecanismo de una Constitución imposible.

Y, sin embargo, los constituyentes de Apatzingán no merecen reproches, porque obedecieron a su conciencia patriótica, y su espíritu era el fruto de la cultura de su tiempo.

Morelos tenía que desaprobear la Constitución por impracticable, por inoportuna y, además, por ser obra de imitación, que repugnaba a sus ideas originales. Una vez llamó monos de los españoles a los miembros de la Junta de Zitácuaro, por su tendencia imitativa. Y en una proclama dada en Tlacosautitlán el 2 de noviembre de 1813, con el título de *Breve razonamiento que el Siervo de la Nación hace a sus conciudadanos, y también a los europeos*, escribió estas frases, en las que dejó su huella personal, reconocible por la llaneza casi brutal del estilo: «Somos libres por la gracia de Dios e independientes de la soberbia tiranía española, que con sus Cortes extraordinarias, y tan extraordinarias, y tan fuera de razón... Europeos, ya no os canséis de inventar gobiernitos. La América es libre, aunque os pese... Os he hablado con palabras sencillas e inteligibles: aprovechaos de este aviso, y tened entendido que, aunque muera el que os lo da, la nación no variará de sistema por muchos siglos».

Morelos se titulaba comisionado para la reconquista

y nuevo gobierno de la América, y al decir nuevo gobierno, pensaba no sólo en la destrucción del antiguo régimen, sino en la erección de un sistema original, adaptado a las costumbres y necesidades del país.

Esta es precisamente la segunda parte de su obra política. De ella, algo alcanzó a poner en práctica, al organizar las provincias que pudo dominar y al disponer las confiscaciones y reparto de bienes de españoles y criollos adictos al Rey, lo mismo que al modificar el sistema tributario.

Las instrucciones para los jefes insurgentes, que se encuentran en el legajo de la causa de Rayón, dan una idea incompleta de sus proyectos. El documento, que espantó por su violencia a Alamán, no tiene suficiente carácter auténtico, porque este historiador lo presenta como una copia reducida de otra copia publicada por Juan Martiñena, quien la tomó del original, con firma de Morelos. Sin embargo, puede ser aceptado, y no es incompatible con el espíritu audaz, implacable y sobrehumano del caudillo insurgente. Alamán lo ofrece como un cargo contra Morelos, lo designa con el nombre de plan de devastación y encuentra en él tendencias comunistas o socialistas, horribles para su criterio colonial.

Dicho documento tiene este encabezado: «Medidas políticas que deben tomar los jefes de los ejércitos americanos para lograr sus fines por medios llanos y seguros, evitando la efusión de sangre de una y otra parte». Sus puntos fundamentales son los siguientes:

Deben tenerse como enemigos todos los ricos, nobles y empleados de primer orden, y apenas se ocupe una población se les deberá despojar de sus bienes, para repartirlos por mitad entre los vecinos pobres y la Caja militar.

En el reparto a los pobres se procurará que nadie enriquezca y todos queden socorridos. No se excluyen para estas medidas los muebles ni alhajas, ni los tesoros de las iglesias.

Deben derribarse todas las aduanas, garitas y edificios reales, quemarse todos los archivos, excepto los parroquiales, y quemarse los efectos ultramarinos, sin perdonar los objetos de lujo ni el tabaco.

Deben inutilizarse las haciendas cuyos terrenos de labor pasen de dos leguas, para facilitar la pequeña agricultura y la división de la propiedad.

Deben ser también inutilizadas las oficinas de hacendados ricos, las minas y los ingenios de azúcar, sin respetar más que las semillas y alimentos de primera necesidad.

Como se ve, estas instrucciones tienen dos propósitos: uno, netamente militar, y otro, político o social. El militar busca privar al enemigo de toda subsistencia y restar elementos al Gobierno del Virrey. Morelos lo llevó a la práctica, en parte, cuando quemó el tabaco de Orizaba, en el curso de su tercera campaña. Lo que seguramente quiere señalar Alamán como socialista o comunista (porque aplica indistintamente estos dos vocablos) es la confiscación y reparto de bienes españoles, objetos de lujo y tesoros eclesiásticos. Esta medida es por mitad militar y política, porque procura la subsistencia del ejército insurgente, y al favorecer a los propietarios, además de hacerlo como acto de justicia, pretende propagar entre su clase el fervor por la causa independiente. Con más visos de socialista parece el proyecto de inutilizar las grandes haciendas para fomentar la pequeña propiedad.

Si juzgáramos sólo por el criterio conservador, tal vez podría tenerse como un reproche el creer a Morelos inclinado al socialismo, y con esa intención lo afirma Alamán.

Pero los beneficios y los daños que de la inmensa agitación socialista resulten a la humanidad, no pueden ser liquidados aún. Por tanto, si el gran debate social no se ha cerrado todavía: si el régimen existente no es definitivo y el socialismo ostenta un programa de mejoramiento, no es posible juzgar a Morelos por



ALFONSO TEJA ZABRE

este capítulo, sino como un hombre que se adelantó a su tiempo y a su medio, es decir, un hombre genial, y que si sufrió un error, lo comparte con espíritus que muchos tienen por superiores y apostólicos.

La destrucción de archivos y edificios reales indica el propósito de Morelos de aniquilar el régimen colonial, para fundar desde los cimientos un sistema liberal nuevo. Morelos era el hombre de la revolución, y no conocía la política de componendas y de artificios. Quería arrasar para reconstruir, y como la tarea fué exorbitante, fuera de los medios humanos, desmesurada para el grupo insurgente, que no tenía más que un Morelos, éste tuvo que sufrir la ley histórica de los reventores y encontrar, como todos los que sueñan mandos nuevos, los gritos de los fariseos, los insultos del populacho, las traiciones de los discípulos que reniegan del maestro, los hierros de los inquisidores, los momentos fugaces de debilidad y desfallecimiento, y, como premio final, la muerte en el cadalso, que quiere ser de infamia y destrucción y se vuelve de gloria y renacimiento.

## XII

## EL PROCESO Y LA MUERTE

Desde el momento en que el jefe principal de la insurrección cayó en poder de las autoridades virreinales, nadie podía poner en duda la suerte que le esperaba. No sólo las leyes en vigor, confirmadas y reforzadas por bandos y disposiciones especiales, sino los casos precedentes, el carácter inflexible y severo de Calleja y la notoriedad y dotes personales de Morelos, todo contribuía a llevarlo hacia la muerte de un modo inexorable. Así, pues, el proceso no era más que un formulismo jurídico, militar y religioso y un medio de publicidad.

También se quiso aprovecharlo como un elemento para combatir la insurrección, tanto por los funcionarios civiles como por los dignatarios eclesiásticos. Los primeros, por conducto del mismo Virrey, esperaban obtener de Morelos informaciones y datos útiles para la campaña y para la persecución de los partidarios y auxiliares de la Independencia, que desde la ciudad de México ayudaban como podían a la revolución. En este sentido no obtuvieron más que informaciones generales, que no comprometían ni señalaban a nadie; Morelos negó tener relaciones con alguna persona de México, y en cuanto a los datos sobre los jefes levantados en armas, pudo hacérsele declarar más ampliamente, aunque sus confesiones no eran para facilitar en ninguna forma la campaña de las tropas españolas contra las insurgentes.

Por su parte, los dignatarios eclesiásticos tenían empeño en intervenir en el proceso de Morelos para fulminar una sentencia que, al manchar de herejía y

señalar a Morelos como reo de crímenes contra Dios y la Iglesia, extendiera su anatema contra todo lo que significara afecto o adhesión a la Independencia.

Ningún esfuerzo humano era capaz de suspender o esquivar el decreto de la fatalidad. Es verdad que semejante esfuerzo no fué ni siquiera iniciado por nadie; pero debemos reconocer que las circunstancias de la época no lo permitían. En las puertas de la Catedral se fijaron unos impresos, en los que se habría podido reconocer la mano de algún partidario oculto; en ellos se defendía indirectamente a Morelos, haciendo valer su carácter sacerdotal, que sería mancillado con una muerte infamante. Pero esta excitativa, si es que no obedeció simplemente a un escrúpulo religioso, era tan débil y sofocada, que no podía resonar en aquel ambiente cargado de odio para Morelos y de miedo al Virrey y a la Inquisición.

Ninguna voz, ningún rumor colectivo, ninguna manifestación de simpatía se levantó para pretender despertar la clemencia del virrey o siquiera para llevar al prisionero un consuelo escaso. Por lo contrario, su conturbada existencia de sentenciado a muerte fué imfortunada, hasta interrumpir su descanso, por la curiosidad de conocerlo, y no faltaron hombres cobardes que en su camino hacia México y en su cárcel de la Ciudadela se atrevieran a injuriar al héroe indefenso.

Los mexicanos que tenían devoción por la causa independiente y que desde la propia capital habían seguido con alegría a Morelos en su carrera triunfal, estaban entonces reducidos a la impotencia y al silencio, amenazados y oprimidos por la dura mano del Virrey. En cuanto a los individuos del Congreso que habían podido instalarse en Tehuacán, no pudieron hacer más que dirigir al Virrey una comunicación orgullosa, amenazándolo con hacerle sufrir igual pena que la que

se impusiera a Morelos si la suerte de las armas se trocaba y algún día fuera tan desfavorable al Virrey que lo pusiera en las manos de sus enemigos. El tono quijotesco y vanamente amenazador de este escrito no era lo más a propósito para influir en el ánimo de Calleja, quien ni siquiera se dignó contestarlo; pero es justo reconocer que el Congreso no podía hacer más y que, aunque hubiera redactado el oficio más elocuente y persuasivo, sus palabras no habrían tenido mayor efecto en la suerte ineludible de Morelos.

Algo más hubiera podido lograr en este sentido su defensor, que, por tener este carácter, era la única persona que podía atreverse a expresar con relativa libertad algunos descargos. Pero el mismo nombramiento de defensor fué en este proceso una simple formalidad, que no debía tener el menor influjo material ni moral en la suerte del prisionero.

Ya sea por no comprometer con una designación que sin duda se habría tomado como prueba de ligas y relaciones anteriores, ya por estar convencido de la inutilidad de un nombramiento semejante, o por no conocer a nadie a propósito en México, Morelos no escogió por su voluntad a ningún letrado que se ocupara en su defensa. Sin embargo, entre los defensores de oficio eligió, para que lo defendiera en el proceso de la Inquisición, al licenciado José María Gutiérrez Rozas; que, a pesar de haber nacido en la Nueva España, demostró haber adquirido, en el seminario donde hizo sus estudios, las ideas, los prejuicios, el lenguaje y el criterio medieval de los más rancios y estrechos de la época. En lugar de poner en sus escritos de defensa siquiera un vislumbre de humanidad, una chispa de emoción, algo que nos lo permitiera suponer como penetrado y conector de la grandeza de su singular cliente, una palabra que denunciara su admiración o su respeto, se colocó a la altura de los jueces, de los inquisidores, del promotor fiscal, de los escri-

banos, y confundió sus alegaciones con las fórmulas muertas de los autos. Comenzó por desengañar a su cliente y se limitó a exponer como descargo la ignorancia y la falta de intención de Morelos, que lo hacían acreedor a la benevolencia de sus jueces. Por su parte, el licenciado José María Quiles, defensor en la causa de las jurisdicciones unidas, pidió que a Morelos se le aplicase la pena que se considerase justa, como no fuese la capital.

En cuanto al punto principal, que era la vida, muy pocos esfuerzos podían intentarse. Sin embargo, Morelos intentó cuantos podían ser eficaces, aun con detrimento de su renombre y de su aureola de héroe. Su condición de hombre fué en aquellos largos días de angustia más poderosa que su calidad sobrehumana. Quisiéramos encontrar en él al héroe sin sombras, sin desfallecimientos, sin errores. Es verdad que el tipo del héroe acabado es solamente creación de la leyenda y de la poesía, y que si el perfecto hombre superior llegara a existir, sus obras serían escasamente meritorias, porque no es causa de admiración ni de extrema alabanza que con poderosos y excepcionales medios se ejecuten empresas memorables. Aunque sea más humilde, es más digno de amor el héroe humano, con las debilidades y las flaquezas de un mortal y que, con los elementos vacilantes, incompletos y efímeros que la naturaleza otorga, realiza hechos inmortales.

Es cierto también que en las debilidades de Morelos queda aun mucho por esclarecer de un modo preciso. Las promesas que se dicen hechas al Virrey para procurar la sumisión de jefes insurgentes, el mismo Calleja las califica de «yagas e indeterminadas ofertas», que tanto valen como no prometer nada.

Así como el documento de retractación, que oficialmente se presentó como auténtico y que se dijo redactado y firmado por Morelos, resultó al fin una fal-

sificación, es posible que no todas las palabras y declaraciones atribuidas al guerrero insurgente sean auténticas y otorgadas espontáneamente.

A pesar de todo, no es posible reconocer sin dolor que hasta hoy aparece comprobado en lo posible que Morelos ofreció escribir a varios jefes insurgentes para inducirlos a la sumisión, que se manifestó arrepentido de su rebeldía y aun aseguró que su arrepentimiento era antiguo y le había hecho formar el proyecto de abandonar la revolución y presentarse al Rey en busca de perdón, y, finalmente, que prometió, si le perdonaban la vida, indicar los medios más eficaces para extinguir el movimiento insurgente.

También podría tenerse como signo de debilidad el descargo que expresó cuando, al ser inculpado como traidor al rey y a la patria por querer separar a la Nueva España de su metrópoli, aseguró que si pretendía la Independencia, era porque el Rey legítimo había perdido su libertad en poder de los franceses, y aunque la hubiera recobrado, habría sido con mengua de la religión. El verdadero concepto que Morelos tuvo de la Independencia fué mucho más amplio y bien distinto; pero las profundas causas sociales que hicieron de él un rebelde eran seguramente enormes y audaces hasta la insolencia para ser alegadas ante los mismos tribunales del rey.

Nuestro respeto por la verdad íntegra, y a falta de sólidas pruebas en contrario, nos obliga a aceptar estos hechos, únicamente con las reservas apuntadas, y en lugar de ocultarlos o negarlos, debemos preferir ver en ellos el humano deseo de salvar la vida, tal vez una estratagema para obtener la libertad y emplearla en beneficio de la Independencia, y de cualquier modo, un desfallecimiento provocado por la desgracia, la prisión, los escrúpulos de fe, el agotamiento físico y la proximidad de la muerte.

Tal vez nunca sabremos por qué los guardianes de Morelos llegaron a temer un suicidio. El inquisidor Flores recibió esta nota inquietanta:

«El Sr. Coronel Don Manuel de la Concha me ha manifestado sus recelos por algunas observaciones que hizo mientras estuvo hecho cargo de la persona de Morelos de que este reo pueda atentar contra su propia vida por medio de algún veneno que lleve consigo; y he creído conveniente participarlo a V. S. para que haga que esté a la vista y se registre su vestido y todo aquello de que haga uso, a fin de impedir el suicidio que sobre el daño espiritual que le ocasionaría produciría otro político en los de no poca gravedad y trascendencia. Dios guarde a V. S. muchos años. México, Noviembre 24 de 1815».

Pero, además de su vida, tenía Morelos aún mucho y muy valioso que cuidar, y que con no menor empeño quiso arrebatarle: su personalidad histórica y la pureza de su fe. El Tribunal de la Inquisición hizo patente un interés extraordinario por intervenir en la causa, aunque su intervención significara un retraso para el bien sabido desenlace. Puede suponerse que de antemano se tenía resuelto inculpar y sentenciar a Morelos como hereje y traidor al Rey, porque la precipitada averiguación denuncia el deseo de buscar en la vida del caudillo algo que justificara su herejía; los interrogatorios capciosos hicieron inútilmente presión; el promotor fiscal, ardiendo en ira ridícula, declaró a su víctima hereje formal, apóstata de nuestra sagrada religión católica, deísta, materialista y ateísta; reo de lesa majestad divina y humana; libertino, excómulgado, sedicioso, revolucionario, cismático, enemigo implacable del cristianismo y del Estado; seductor, protervo, lascivo, hipócrita, traidor al Rey y a la patria.

Lo mismo a los interrogatorios que a los veintiséis capítulos de cargos formulados en su contra respondió Morelos con brevedad y tal vez con cierto desdén

reprimido, que parece descubrirse en el seco laconismo de las respuestas y en la absoluta falta de espontaneidad para declarar.

Los cargos que pretendían demostrar su herejía se concretaban a imputarle delitos comunes, a mezclar hechos políticos con actos religiosos y a atribuirle lecturas, pensamientos y palabras impíos. En este proceso inquisitorial todos los actos de su vida eran monstruosos o dignos de sospecha, lo mismo la humilde condición de sus padres que el envío del hijo a los Estados Unidos para darle educación. Se le acusó por no tener bula de la Santa Cruzada; por haber contestado irónicamente la excomunión del obispo de Puebla, diciendo que «prefería sacar dispensa después de la guerra que morir sin sacramentos en la guillotina»; por nombrar y destituir funcionarios eclesiásticos, y por otras violaciones a las leyes de la Iglesia.

Es indudable que las tareas de Morelos como sacerdote no fueron ejemplares, y sería pueril intentar presentarlo como un manso pastor de almas. Su misión en este mundo fué muy distinta. Para decidir si en efecto fué apóstata y hereje, sería preciso un estudio especial de la jurisprudencia canónica, que, además de ser impropio en esta ocasión, es poco probable que condujera a una resolución clara y definitiva. Sin embargo, si vale la opinión del testigo que más nos sirve para conocer la vida de Morelos, de D. Lucas Alamán, que por su credo y por su cultura conocía algo de sutilezas teológicas, es preciso afirmar que el Tribunal de la Inquisición estuvo a la altura de su triste renombre.

Sin ocuparnos de las circunstancias de este proceso que atañen a la personalidad política de Morelos, que son repeticiones de lo que se encuentra en la causa seguida por las jurisdicciones unidas, sólo diremos que su digno remate y coronamiento fueron la sentencia tal como se deseaba, la farsa trágica y dolorosa del auto de fe y la ceremonia de la degradación.

Con la excepción de fray Domingo Barreda, que expresó «que el reo *sapit heresim*», todos los inquisidores declararon la herejía y lo sentenciaron como sigue: «Habiendo hecho relación de un proceso y causa criminal que en este Santo Oficio se ha seguido y sigue contra el presbítero Don José María Morelos, Cura que fué de Caricuaru, por hereje, materialista y deísta y traidor de lesa majestad divina y humana, y como a enemigo cruel del Santo Oficio, se le confiscan sus bienes con aplicación a la Real Cámara y fisco de S. M., en los términos que declarará el Tribunal; y aunque merecedor de la degradación y relajación por los delitos cometidos del fuero y conocimiento del Santo Oficio, sin embargo, por estar pronto a abjurar sus crasos e inveterados errores, se le condena destierro perpetuo de ambas Américas, Cortes de Madrid y sitios reales; a reclusión en cárcel perpetua en uno de los presidios de África, a disposición del Exmo. e Ilmo. Sr. Inquisidor General; se le depone de todo oficio y beneficio eclesiástico, con inhabilidad e irregularidad perpetua; que a sus tres hijos, aunque sacrilegos, se les declara incurso en las penas de infamia y demás que imponen los cánones y leyes a los descendientes de herejes, con arreglo a las instrucciones de este Santo Oficio...»

Toda la intervención del Santo Oficio se habría reducido a los anatemas ineficaces si el ceremonial del auto de fe, sorprendente y nuevo por desusado, no hubiera servido para exhibir al reo a la curiosidad no saciada del público, en medio de las solemnidades tremendas de la degradación.

Se reunieron en el salón principal del edificio de la Inquisición los funcionarios eclesiásticos que dispone el ritual y todo el público que pudo acomodarse, formado por individuos de las clases aristocráticas de México. Se condujo a Morelos a dicho lugar, sacándolo

de la cárcel secreta de la misma Inquisición, donde estuvo los días que duró este proceso, y sentado en un banquillo sin respaldo, con las vestiduras indicadas en la sentencia, oyó leer ésta, así como los capítulos de la acusación. Todo el público clavaba sus miradas curiosas en el extraordinario reo, que no parecía ser el principal actor de la ceremonia ni la causa de la atención general, porque su rostro impasible no denunciaba ni turbación ni insolencia.

Terminada la lectura, siguió la abjuración y la protesta de la fe, que recibió el inquisidor decano; después vino la reconciliación, y en ella, mientras se oían las palabras del salmo *Miserere*, rezado por todos los presentes, los ministros ejecutores de la Inquisición azotaban por fórmula a Morelos, golpeándole sin fuerza la espalda con unas varas. Siguió una misa rezada en la capilla del mismo salón, y luego el obispo de Oaxaca, revestido de pontifical efectuó la degradación, tan desconocida en México, que después de tres siglos se verificaba por primera vez en la Nueva España.

Puesto de rodillas frente al obispo, sufrió Morelos, sin alterarse, todo el lento y ceremonioso sacrificio de su calidad sacerdotal. Se conmovieron hasta las lágrimas todos los presentes y el mismo obispo ejecutor. Únicamente la víctima continuó impasible, no sin que al final asomaran a sus ojos algunas lágrimas, sin duda sinceras, pero brotadas a pesar del mismo Morelos. De todos modos, su firmeza nunca vista causó sorpresa y hasta cierta indignación, por creerla alguna obra de la indiferencia o de la insensibilidad.

Puede suponerse que la serenidad de Morelos no sólo se mantuvo por su carácter de acero, sino porque la penitencia que se le impuso fué vista por él de un modo muy distinto de como la contemplaban los ortodoxos y sensibles expectadores. La persecución de la Iglesia contra Morelos, lo mismo que contra todos los caudillos independientes, anduvo siempre tan mezclada

con la política y los intereses profanos, que las terribles armas de la excomunión y los anatemas perdían mucho de su vigor antiguo.

Finalmente, al terminar la ceremonia penitencial, se puso a Morelos a disposición de la autoridad secular, representada por Concha, su aprehensor y custodio hasta la muerte.

Puesto que todos los procesos seguidos contra el gran insurgente sólo pueden tenerse como pura fórmula, con excepción de la sentencia de muerte resuelta de antemano por el Virrey, su desarrollo pormenorizado no tiene importancia histórica más que por las declaraciones de Morelos, que han servido para conocer su vida. Ya hemos visto cómo pretendió defenderse y cómo cuidó la integridad de sus creencias. En cuanto a su personalidad histórica, pueden juzgarse como verdaderos descargos las confesiones del héroe. El proceso seguido por las jurisdicciones unidas y la declaración informativa levantada por Concha, de acuerdo con interrogatorios formulados por el Virrey, son los documentos que encierran los mejores materiales para trazar la biografía de Morelos, pues como si este caudillo comprendiera que por medio de ellos lo juzgaría la Historia, les dió toda la verdad, toda la sencillez posibles, sin más restricciones que los errores de apreciación o los desfallecimientos de la memoria.

Sólo falta señalar ahora un dato de interés para la Historia, que la autoridad militar y política se empeñó en investigar con insistencia: la participación de los Estados Unidos en nuestra guerra de Independencia. Y he aquí lo que se obtuvo:

«A la decima novena.—Dixo: que ni el que declara ni el Congreso Mexicano han tenido los mas minimos conciertos ni tratados con los Anglo Americanos ni con otra Nación extrangerá, sin embargo de que según oyó decir la solicitó Hidalgo; Anaya, que por sí solo

fué al Nuevo Orleans y se volvió sin conseguir nada; Rayon por medio de su embiado Peredo que no pudo pasar y ultimamente el Congreso por Herrera, como ha dicho en su precedente respuesta. Todos hán pedido auxilios de armas y gente y ninguno ha conseguido de los Anglo-Americanos mas que lo que lleva expuesto y a consecuencia infiere que a Herrera le suceda lo mismo. Lo unico que puede decir con certeza el que expone es que estando en Tehuacán en Agosto de 1812, le mandó un Capitan de una Fragata Ynglesa que anció en la Ysla de Sacrificios, una carta en Castellano, amistosa, sin tratar asunto particular y el que declara la contestó en los mismos términos: Lo propio hizo otro Capitan de igual Buque que no sabe el parage por donde se acercó, proponiendole por medio de una carta escrita en Yngles que si el exponente pagaba los millones de Pesos que la España le debía a su Nación propondria a su Gobierno el auxilio de tropa y Armas.

Preguntado: ¿Qué causa tenían para preferir los auxilios de los Extrangeros por seguir su ridícula idea sin advertir que aun quando estos les hubiesen dado los auxilios que pedían se habían de ver precisamente obligados a someterse a su gobierno y a seguir la religión advitraria que aquellos les pareciere con avandono total de la Católica? Dixo: Que la unica causa que estimaban necesaria era la protección de una Potencia en clase de auxiliar.

Que a mas de las diligencias que hizo Hidalgo en su tiempo para negociar la alianza con los Estados Unidos, las quales no tubieron efecto, y de ellas se halla ya instruido el Gobierno dispuso el Deponente que pasase al Norte de America vn David, Anglo-Americano, acompañado de Tavares vezino de Acapulco á entablar la misma negociación, pero habiendo encontrado á Rayon en el camino lo hizo revolver a Zitaquaro, y con motivo de haverse averiguado despues que trataban de que los Negros se levantasen contra los blancos, los hizo el Declarante decapitar: que por Agosto del

año proximo pasado, el Mariscal Anaya se pasó de su órden á los Estados Unidos con el mismo fin, y volvió sin haver adelantado nada ni pasado tampoco á la Nueva Orleans, trayendo consigo al General Rovinson como á curioso ó de espia para observar como se hallaba esto y se lo dió la comición que propuso y facilitó el mismo de tomar á Panzacola á nombre de los reveldes de aquí, respectó á que los Anglo Americanos no podían o no les convenia hacerlo por sí, de cuya expedición que tenia tambien por obgeto el que Rovinson, vencida Panzacola, viniese con vn exercito por tierra adentro á auxiliar la insurrección, no ha habido hasta ahora resultas, porque este Anglo Americano salió de Huetamo á mediados de octubre vltimo; que se le dieron mil pesos para sus gastos de camino, y que para su empresa nada mas pidió, que el que se le autorizase por el Supremo Consejo, que llaman de gobierno, como así se hizo: que él no solicitó esta comisión aviertamente, sino que propuso el plan, que deve estar entre los papeles aprehendidos al que depone, y facilitando su execución se le autorizó para que lo hiciera, siendo de advertir que no vino con credenciales algunas del Gobierno Anglo Americano, sino como vn particular, y con vn simple pasaporte; y que Anaya dijo que era General y Doctor en medicina».

De paso, se ganaron tambien estas noticias, que confirman el desinterés de Morelos:

Pregunta y contestación sobre bienes patrimoniales:

«Preguntado.—Por los bienes y cantidades que tiene, ya Patrimoniales, ya adquiridos antes de su reveldia y los que despues de esta há reunido á resultas de los saqueos de las Ciudades y Poblaciones, donde ha andado con el mando que hasta ahora há tenido, dixo: Que patrimoniales no tiene ningunos, que adquiridos por su trabajo antes de la rebolucion solo cuenta con una casa que mandó fabricar en Valladolid, situada frente al Callejón de Celio, por que los que tenia en su curato de Caracuario y habia adquirido á espensas

de aquel Beneficio y su trabajo, todo se gastó al principio de la revolución á causa de que con ello dió principio á mantener la jente que le acompañó en las primeras expediciones: Que todo el dinero que há adquirido en sus expediciones, dimanado de los saqueos que se han hecho en las Ciudades y demás lugares del Reyno á donde entró con su gente todo, todo, lo ha gastado en mantener esta, sin que en lo absoluto le quedase mas que aquello poco que se le cogió en su prision, y haviendole replicado é instado que diga la verdad supuesto a que han sido muchos los millones que debe haver reunido en todas aquellas partes donde introdujo la revolucion, principalmente en Orizaba, Oaxaca, Chilapa, Acapulco y demas que habia una existencia de mucha consideración no solo perteneciente al Rey, sino también a tantos infelices particulares que por su causa se ven reducidos á la mayor indigencia; Respondió: Que lo que há cogido en los lugares citados y en los demás por donde há andado no há sido bastante para pagar la jente que le seguia por que há havido meses que han trabajado sin sueldo.

»Preguntado.—Si de esta capital ó de otras Ciudades y lugares que han estado libres de su poder y dominio le han mandado alguna ropa para su uso, principalmente aquella de costosos bordados que há usado como Generalísimo de America y algunas otras alhajas de consideración que por ser esquisitas y de valor no es facil creer que se hayan hecho en otros lugares que en las Ciudades principales; á efectos de que exponga quines las han hecho; los sujetos que las han remitido y el conducto por donde las recibió. Dixo: Que de las Ciudades y lugares libres de su dominio, nada, nada, há recibido».

En resumen, los fragmentos decisivos de todo el procedimiento judicial son la petición del auditor Battaller y la sentencia de Calleja.



Batallero escribió textualmente:

«Declaro hereje formal y penitenciado por el Santo Tribunal de la Fe, depuesto y degradado por la Iglesia como indigno de las ordenes que recibió; y entregado el brazo seglar, solo resta que V. E. le haga sufrir la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes, á que podrá servirse condenarlo, si lo tubiera á bien: mandando que sea fusilado por la espalda como traidor al Rey; y que separada su cabeza y puesta en una jaula de hierro se coloque en la Plaza Mayor de esta Capital en el parage que V. E. estime combeniente para que sirva á todos de recuerdo del fin que tendran tarde ó temprano los que despreciando el perdon con que se les combida se obstinen todavia en consumir la ruina de su Patria que es todo el fruto que pueden esperar, según la ingenua confesion del monstruo de Carneuaro: cuya mano derecha se remita a Oaxaca para que asi mismo se coloque en su Plaza Mayor.»

Y Calleja resolvió:

«De conformidad con el Dictamen que precede del Sr. Auditor de Guerra, condena á la pena Capital, en los terminos que expresa, al reo Morelos; pero en consideracion á quanto me ha expuesto el Venerable Clero de esta Capital por medio de los Ilmos. Sres. Arzobispo electo y asistentes en la representacion que antecede, deseando hacer en su honor y obsequio y en prueba de mi diferencia y en repeto al caracter sacerdotal quanto es compatible con la Justicia, mando que dicho reo sea executado fuera de garita en el parage y hora que señalaré, y que inmediatamente se dé sepultura Eclesiástica á su cadaver sin sufrir mutilacion alguna en sus miembros, ni ponerlos a la expectacion publica: para todo lo qual tomará las providencias oportunas el Sr. Coronel D. Manuel de la Concha.

Y por quanto de las vagas é indeterminadas ofertas que ha hecho Morelos de escribir en general y en particular á los reveldes retrayendolos de su errado sistema, no se infiere otra cosa que el deseo que le anima

en estos momentos de libertar de qualquier modo su vida sin ofrezcer seguridad alguna de que aquellos se presten a sus insinuaciones».

Esta resolución fué dictada el 20 de diciembre y debía consumarse dentro de los tres dias siguientes, fuera de las garitas de la ciudad.

Se comisionó a Concha para la ejecucion, y éste mismo notificó a su prisionero, formal y solemnemente, sin olvidar la antigua costumbre de hacer arrodillar a los sentenciados, que seria fusilado antes de tres dias. Morelos siempre estuvo preparado para recibir una buena muerte, como hombre entero y como leal creyente, desde que entró en la revolucion; firme y prevenido lo encontró la hora suprema. Cumplió todos sus deberes religiosos con exactitud, y tuvo a su lado sin cesar a diversos eclesiásticos, que lo auxiliaron en su preparacion espiritual. Su fe cándida y profunda le sirvió de consuelo tan eficaz como cuando se confesaba y comulgaba antes del combate. Creía que sus pecados le habian sido perdonados, y que los sufrimientos que le habian herido y debían lastimarlo hasta el momento de su muerte eran expiacion justa de las penas del purgatorio. Por eso encontraba esa aguda voluptuosidad en el dolor que gozan los verdaderos creyentes, y cada vez que creía llegado el instante final, como no sabía la hora ni el lugar del suplicio, se preparaba a dejar la vida. Así agonizó muchas veces, y cada ocasion en que creyó morir aceptó las angustias del terrible trance como una compensacion de sus culpas.

A las seis de la mañana del 22 de diciembre de 1815, acompañado en un coche por el padre Salazar y un oficial de la division de Concha y seguido por una escolta del mismo cuerpo, salió Morelos de la ciudadela, con direccion a San Cristóbal Ecatepec. Durante el camino rezaba en voz baja las oraciones que conservaba en la memoria con mayor fidelidad. El padre

Salazar se unía a sus oraciones, y el oficial oía en silencio la mística invocación: *De profundis clamavit... Miserere mei Domine*, que se hacía más ardiente al pasar por cada plazuela desierta, porque cada una de ellas que atravesaban la creía Morelos señalada para ser el teatro de su martirio.

El carruaje se encaminó lentamente por la calzada que se dirige al Santuario de Guadalupe. Frente a la capilla del Pocito interrumpió Morelos sus oraciones para incorporarse, sobreponiéndose a la opresión y pesadumbre de los grillos, y decir tranquilamente:

—Aquí me van a sacar; vámos a morir.

Como las anteriores, esta nueva agonía fué un doloroso error.

Aun era preciso continuar el camino terrible, y después de tomar un alimento ligero se continuó la marcha hacia San Cristóbal Ecatepec. El lugar que el Virrey designó para la ejecución era una especie de cuartel o acantonamiento militar, un antiguo edificio que se construyó a expensas del Consulado de México, y que, con el título de palacio, sirvió algunas veces para alojar a virreyes, que acudían al lugar para inspeccionar las obras de desagüe del valle, o antes de hacer su entrada solemne en México. Una corta guarnición ocupaba el arruinado edificio, y no tuvo el jefe de ella más sitio donde guardar a Morelos, mientras terminaban los preparativos, que un cuarto lleno de paja.

El cura y el vicario del cercano pueblo de San Cristóbal fueron llamados como auxiliares espirituales. Se dió al moribundo una taza de caldo. Aunque se hubiera querido proporcionarle algo mejor, como el jefe de la guarnición no esperaba semejante visita, nada tenía preparado. Los dos eclesiásticos que llegaron se unieron a Morelos y al padre Salazar, y todos juntos continuaron implorando la misericordia divina.

Aquí las anotaciones tradicionales se hacen más precisas.

Morelos hablaba de cosas indiferentes.

—Señor Concha, ¿Sabe usted que esta iglesita no es tan ruin como yo creía?

—Señor; efectivamente, la iglesia es bonita.

—El terreno sí es demasiado árido; ya se ve: donde yo nací fué el jardín de la Nueva España.

En estos instantes tal vez pasó por la mente del héroe, con la rápida luzidez de los que sienten próxima la muerte, el recuerdo de su tierra fértil de Michoacán.

—Me han dicho que es usted de un pueblecito inmediato a Valladolid.

—No, señor; nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Unos a otros se veían en un silencio que tenía algo de pavoroso e imponente.

Paseábase Concha precipitado; llegaba hasta cerca de Morelos y se retiraba, arrepentido; por fin, con una voz insegura, le dijo:

—¿Sabe usted a qué ha venido aquí?

—No, a punto fijo, pero lo presumo... A morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

—Tómese usted el tiempo que necesite.

—Compañeros, «antes fumaremos un puro», porque ésta es mi costumbre.

Lo fumó despacio, siguió hablando con calma y dulzura tal, que los oficiales no se atrevían a levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse después con el vicario para prepararse a bien morir.

En este momento se oyó otro redoble.

—Hola —dijo Morelos—, a formar. No mortifique-mos más... Vamos, señor Concha; venga un abrazo.

—¡¡Señor general!!

—Nada de afligirse: será el último.

Metió después los brazos en su «turca».

—¡Bah! ¡Esta será mi mortaja! Aquí no hay cura. Sacó en seguida su reloj; empuñó con solemnidad una cruz y marchó.

—¿Qué va usted a hacer? — preguntó al que le iba a vendar los ojos —. No hay aquí objetos que me distraigan.

Una escolta entró en el pajar que sirvió de última y pasajera morada al caudillo. Después que el padre Salazar lo hubo reconciliado con Dios por última vez y se hubo quitado la capa que lo cubría, salió Morelos en medio de la escolta, caminando torpemente. Los grillos se arrastraban, sujetando los pies; el movimiento de los brazos estaba impedido por las correas de los portafusiles con que fué ligado; y el pañuelo blanco que él mismo ató alrededor de su frente lo cegaba ya, con una sombra que se anticipaba como anuncio de las tinieblas definitivas.

Junto al muro exterior, en forma de parapeto, el oficial que mandaba la ejecución, señaló el sitio de la muerte, marcándolo con la punta de su espada.

Oyó Morelos la voz del oficial:

—Hínquenlo aquí.

Notó que la escolta se detenía, y él hizo lo mismo, preguntando:

—¿Aquí me he de hincar?

—Sí, aquí — le respondió el padre Salazar —. Haga usted cuenta de que aquí fué nuestra redención.

Se puso Morelos de rodillas, presentando su espalda al pelotón, que tendía hacia él sus fusiles. A la voz de mando dispararon cuatro soldados; pero la descarga dejó aún vida en el héroe, que se agitaba, atravesado por los proyectiles, y todavía pudo quejarse, tal vez ofreciendo como rescate espiritual sus tremendos sufrimientos finales. Cuatro nuevos disparos cayeron sobre el cuerpo, ya tendido, y acabaron hasta con los quejidos confusos y los estremecimientos.

El padre Salazar cubrió el cadáver con la capa, a modo de mortaja, y a las cuatro de la tarde se inhumaron los despojos de D. José María Morelos y Pavón en el cementerio de la parroquia de San Cristóbal.

GUZMÁN, Martín Luis. UNIDAD II.-EL MOVIMIENTO  
MINA EL MOZO, DE INDEPENDENCIA.  
Héroe de Navarra.  
 Madrid, España, Espasa Calpe,  
 S.A.1932 (Vidas Españolas  
 e Hispanoamericanas  
 del siglo XIX, No. 23)

EL AUTOR:

Martín Luis Guzmán nació en Chihuahua en 1887. Político y novelista, perteneció al Ateneo y tomó parte activa en la Revolución y en la política Mexicana. Se afilió al Villismo y conoció de cerca al jefe de la División del Norte. Como político inició su carrera en la Secretaría de Guerra en 1914, dirigió varios periódicos y fue secretario de la Universidad Nacional así como Director de la Biblioteca Nacional.

Como escritor, denota una marcada preocupación por la forma expresiva de la literatura. Su prosa es directa y enérgica, saturada de mexicanismos en los diálogos. Los personajes están psicológicamente tratados, lo que da riqueza y emotividad al relato.

Vivió durante muchos años en España y en 1958 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Falleció en la Ciudad de México en 1976.

Fue autor de magníficas novelas como El Aquila y la Serpiente; Mina El Mozo, Héroe de Navarra; Campos de Batalla; Memorias de Pancho Villa; Filadelfia; Paraíso de Conspiradores; La sombra del Caudillo y otras historias noveladas.\*

\*Información apoyada en:Enciclopedia Gráfica del Estudiante. Op.Cit.p.215; en Diccionario Enciclopédico de México Ilustrado, Humberto Musacchio, México, Andrés León Editor, 1990. Vol 2, p.813 y en Diccionario de Autores de Todos los Tiempos y todos los Países, Op. Cit. Tomo II, p.1147 y 1148

## LA OBRA:

Esta novela biográfica sobre Francisco Javier Mina, está escrita con un estilo literario que permite una lectura ágil y amena. Se describe con elocuencia y precisión los años mozos de Mina y su destacada participación dentro de la guerrilla española, en el período en que España estuvo ocupada por Napoléon Bonaparte.

Seleccioné para esta unidad el capítulo VIII, en el cual el autor señala las características sobresalientes de la personalidad del caudillo Español y relata brillantemente algunas de sus acciones militares. Además se incluye el epílogo que se encarga de precisar las actividades militares de la breve, pero importante campaña de Francisco Javier Mina en favor de la independencia de México y comenta algunos aspectos ideológicos del personaje.

Considero que el conocimiento del texto logrará que los lectores puedan acercarse con mayor facilidad al conocimiento histórico de esta etapa de la independencia y enriquezcan su idea de Mina; sobre todo, habrá de recalcarse el hecho de que, siendo él español, luchó denodadamente por la independencia de nuestro país, pues para él la libertad era lo más importante en cualquier nación.

## SUGERENCIA DIDÁCTICA:

Se sugiere al maestro solicitar a los alumnos por escrito, información sobre la vida y obra de Francisco Javier Mina, misma que deberá ser discutida y comentada en clase, resaltando las situaciones de la época y la meteórica participación de Mina en el movimiento de independencia de nuestro país , que tan importante fué para la causa.

No consiente el criterio con que se ha concebido la presente colección de Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX dedicar más de un volumen a cada personaje.

Esto obligaba al autor de Mina el Mozo a escoger entre dos sacrificios: o tratar la biografía de Javier Mina según un procedimiento que la abarcara completa en un tomo como el actual, lo que acaso no conviniese a la idea que el autor se había hecho de su asunto, o bien acometer éste en la forma que parecía cuadrarle mejor, pero dejando entonces para otro libro los sucesos posteriores al momento en que Mina sale de España para siempre.

De los dos caminos posibles el autor ha preferido el segundo. En un futuro volumen (que editará Espasa-Calpe, y que se llamará Mina el Mozo, héroe de Méjico) encontrará el lector, narrado como los episodios anteriores, aquello que ocurrió a Mina desde su llegada a Inglaterra hasta su fusilamiento en Méjico. Pero entretanto, para que el tema no quede trunco aquí, en las páginas que siguen se relatan brevemente esos mismos sucesos.



1  
L concluírse las guerras napoleónicas Inglaterra pasó a ser en Europa el asilo de las ideas políticas liberales. Mina conoció en Londres a lord Holland, un noble no menos famoso por su amor a la libertad que por su cortesía y largueza para con los extranjeros. Frequentó también a muchos españoles americanos que predicaban con pasión la independencia de sus respectivos países, y, sobre todo, a uno, elocuente y persuasivo: fray Servando Teresa de Mier, dominico mejicano en cuya palabra eran lumbré las razones para que su patria se emancipase.

El trato con todos aquellos entusiastas de la libertad llevó a Mina a entender como fases diversas de un solo hecho histórico y político las revoluciones de Méjico, de Venezuela, de Buenos Aires, y las inquietudes de los constitucionalistas españoles. Era en ambos continentes la lucha de la libertad contra el absolutismo, personificado en Fernando VII. Y siendo esto así, ¿había diferencia alguna entre conquistar las libertades en Es-

pañá o conquistarlas en las colonias de América, que no eran menos España que la otra? Convenido, Mina decidió proseguir en Ultramar la guerra que en la Península tenía jurada a los absolutistas. Lord Holland lo puso en relaciones con un general norteamericano, Winfield Scott, que se apresuró a ponderarle, casi oficialmente, la ayuda que encontraría en los Estados Unidos una expedición destinada a liberar a Méjico. Varios lores del partido liberal le proporcionaron manera de adquirir un buque, armas, municiones, vestuario, y también medios de reunir el núcleo inicial de una tropa expedicionaria. Y el resultado de todo ello fué que Mina y Mier, más dos docenas de militares españoles, italianos, ingleses, se embarcaron para América el 5 de mayo de 1816, resueltos a secundar la causa que en Nueva España había iniciado el cura Hidalgo.

Quiso Mina, en un principio, ir en derechura hasta las costas mejicanas. Pero como a última hora le llegaron noticias sobre graves derrotas sufridas por los insurgentes, prefirió dirigirse primero a los Estados Unidos para orientarse allí y fortalecerse antes de seguir definitivamente hasta Méjico.

## II

Durante la travesía tuvo Mina serios altercados con cuatro oficiales descontentos, los cuales, así que el buque fondeó en Norfolk, fueron a presen-

tarse al ministro de España, don Luis de Onís, para ponerlo al tanto de la expedición que se proyectaba. Onís pidió al gobierno de Norteamérica que estorbase los planes de Mina, y si bien no logró su propósito, pues en Washington declararon no ser bastantes los datos en que la reclamación se fundaba, ni existir ley que prohibiese la exportación de municiones y armas, la intervención del ministro no dejó de suscitar incidentes y tropiezos.

En los Estados Unidos se alistaron bajo las banderas de Mina algunos oficiales norteamericanos, varios de nacionalidades diversas — que habían servido en Europa en los ejércitos franceses e ingleses — y una multitud de entusiastas y aventureros de los que por aquella época abundaban en Filadelfia y Baltimore.

Concluidos los preliminares de la expedición, Mina despachó de Baltimore con destino a Haïti, aunque con papeles expedidos para Saint-Thomas, la fragata *Caledonia*, en que había venido de Inglaterra, a bordo de la cual se embarcaron cerca del fuerte MacHenry 200 hombres, bajo la dirección del coronel alemán Conde de Ruuth. Además de éstos se embarcó entonces en una goleta que acompañaría al otro buque una compañía de artilleros, al mando del teniente coronel Myers. Los dos barcos tomaron el rumbo de la isla de Santo Domingo y perdieron de vista las costas de Virginia el día 1.º de septiembre; pero como en la travesía los separara el mal tiempo, cada uno llegó por su lado a Puerto Príncipe, y allí un huracán



hizo encallar a la goleta y causó a la fragata grandes averías.

Con anterioridad al embarco de las tropas cerca del fuerte MacHenry, fray Servando Teresa de Mier se había hecho a la mar en una goleta muy velera. Iba a acercarse a las costas de Méjico para indagar el estado de las cosas y ponerse en comunicación con el general Guadalupe Victoria, dueño entonces, según se decía, de Boquilla de Piedras, puerto sobre el Golfo. Mina y su estado mayor —con el coronel Montilla, colombiano que había servido a las órdenes de Bolívar, y el doctor Infante, habanero que se juntaba a la expedición en calidad de literato y periodista— salieron de Baltimore el 27 de septiembre en un bergantín comprado allí. La adquisición de este barco, lo mismo que la de algunos pertrechos y otras provisiones, se hizo con fondos que varios comerciantes de Filadelfia dieron a Mina, bien a título de préstamo, bien en pago de letras sobre Londres a cargo de lord Holland.

### III

Mina se encontró en Puerto Principe con el desastre de sus buques y con la deserción de algunos oficiales europeos y norteamericanos. El general Pétion, Presidente de Haití, le prestó auxilios para reparar la fragata. Como la goleta se había perdido hubo que fletar otra. Varios marineros franceses, escapados de una fragata de guerra de su

pais, reemplazaron a los desertores. Finalmente, la expedición se hizo de nuevo a la mar el 24 de ~~octubre~~ ~~en~~ ~~el~~ ~~puerto~~ ~~de~~ ~~Gálveston~~ donde se sabía que estaba el gobernador ~~de~~ ~~la~~ ~~provincia~~ ~~de~~ ~~Texas~~, llamado por los insurgentes mejicanos gobernador de la provincia de Texas. El viaje resultó difícil y doloroso. Calmas prolongadísimas retardaron la navegación y produjeron a bordo la fiebre amarilla; murieron ocho de los expedicionarios que iban en la goleta, entre ellos uno de los médicos, el doctor Daly. Todo lo cual, por de pronto al menos, hizo que los ánimos decayesen.

En Gálveston, Aury recibió bien a Mina y le proporcionó víveres frescos. Desembarcada la tropa, se improvisó un campamento al sur de un fuerte que Aury empezaba a construir; se prepararon armas y municiones; se distribuyeron uniformes a oficiales y soldados. Mina se ocupó en organizar los cuadros de los regimientos que luego habrían de llenarse con los voluntarios mejicanos hasta el efectivo de una división. Con los oficiales que no hablaban español formó una compañía aparte, llamada "Guardia de Honor del Congreso Mejicano", mandada por el coronel norteamericano Young. Nombró jefe de la caballería al coronel Conde de Ruuth. Puso al frente del futuro primer regimiento de infantería de línea al mayor José Sardá.

Por informes que trajo la goleta donde había salido de Baltimore el padre Mier se supo que Boquilla de Piedras estaba de nuevo en poder de las tropas realistas, pero que Victoria se había pose-

sionado del puerto de Nautla. Mina mandó en la goleta cartas para Victoria; mas como entretanto Nautla dejó de pertenecer a los insurgentes, los planes de Mina, que consistían en desembarcar en Nautla para unirse a Victoria, Osorno y Terán, quedaron otra vez desconcertados.

Mina publicó en Gálveston un manifiesto donde exponía las razones que lo impulsaban a combatir a Fernando VII y donde hacía ver —defendiéndose— de que se le considerase traidor— que la independencia de Méjico contaba con la simpatía de todos los españoles liberales y cultos. Y prueba evidente de que su verdadera actitud espiritual era ésa la dió en su viaje a Nueva Orleáns. Negociantes de allí le ofrecieron dinero, armas y municiones con que apoderarse de Panzacola, en la Florida; pero al tanto él de que sólo se pretendía encontrar un nuevo asilo de piratas contra el comercio español, rechazó la oferta, diciendo que "hacia la guerra al tirano de España y no a los españoles".

En Nueva Orleáns Mina compró un barco, la *Cleopatra*, con que sustituir el fletado en Londres, cuyo contrato había concluido. Compró también el *Neptuno*, un bergantín. Y armados ya y bien dispuestos estos buques volvió a la isla de Gálveston, de donde poco después partió la expedición hacia las costas de la provincia de Nuevo Santander. Iban, además de la *Cleopatra* y el *Neptuno*, el bergantín adquirido en Baltimore, llamado ahora *Congreso Mejicano*, la goleta y otros bu-

ques. Figuraban en la expedición 300 hombres; la escoltaban el comodoro Aury, su flota y su gente.

## IV

Demasiado lento el viaje, el agua se agotó. Hubo que proveerse de ella izando los colores espafioles a la desembocadura del río Bravo, guardada contra los piratas por un destacamento realista. Se ahogó allí un oficial. Cuatro soldados desertaron y fueron a denunciar la expedición ante las autoridades del Virrey, con lo que se alarmó toda la costa de la provincia.

Mina aprovechó aquella arribada para dirigir una proclama a los soldados mejicanos. No era su propósito —les decía— conquistar el país, sino todo lo contrario, socorrerlo para que se emancipase; exigiría, eso sí, la más severa disciplina; impondría el respeto a las personas, a la propiedad y a la religión.

La expedición no se detuvo mucho en la barra del río Bravo. Provisión de agua y víveres se hizo otra vez a la mar, ahora para dirigirse a Soto la Marina, en la desembocadura del río Santander, y allá fueron llegando los barcos a partir del 11 de abril, cuando ya estaba la *Cleopatra*.

Entre otros, el bergantín se atracó el día 15, y una semana después, descargados todos los pertrechos y anclados los buques fuera del río, al arribo de la costa, Mina y su división —nombre que

se daba a la fuerza expedicionaria— emprendieron la marcha hasta la villa de Soto la Marina, situada a dieciocho leguas de la desembocadura, sobre el río.

Mina iba a pie, a la cabeza de la división. La vanguardia, compuesta de la Guardia de Honor, de la caballería y de un destacamento del 1.º de Línea, no encontró resistencia, no obstante que durante la marcha fué siguiéndola a lo lejos la caballería realista del coronel Felipe de la Garza. Este había abandonado la villa diciendo a los habitantes que quienes venían a ocuparla eran unos herejes amantes del saqueo y de los peores desórdenes.

## V

La expedición fué bien recibida en Soto la Marina. Mina procedió, desde luego, a nombrar alcalde y demás autoridades. Hizo que las lanchas subieran de la playa, por el río, un cañón, municiones y otros efectos. Al Conde de Ruuth, que manifestó descos de reembarcarse con el comodoro Aury, se le sustituyó en el mando de la caballería, ascendiendo a mayor al capitán suizo Maylefer. Quedó instalada la imprenta que se traía desde Inglaterra, y pronto vieron la luz el manifiesto de Gálveston y el primer boletín de la expedición. Se redactó una proclama a las tropas europeas del país.

Mina se sentía satisfecho del feliz principio de

su empresa. Más de 100 hombres se le presentaron para alistarse en sus filas. Se le presentaron también el teniente coronel realista Valentín Rubio y un hermano suyo, por cuya mediación se adquirieron buenos caballos para el regimiento de dragones y para un cuerpo de húsares, crecidos ambos por el buen número de reclutas —jinetes de profesión— que se incorporaban. Pudo así Mina explorar el país y hacer que lo recorrieran partidas que De la Garza no molestaba y de las cuales una llegó hasta la capital de la provincia.

Entretanto, Aury se había alejado con su escuadrilla y el *Congreso Mexicano*, cuya compra ajustó con Mina. Sólo quedaron cerca de la desembocadura del río la *Cleopatra*, el *Neptuno* y la *Elena Tooker*, buques que días después fueron atacados por barcos de guerra que el Virrey mandó de Veracruz. La *Elena Tooker* levó anclas y escapó; la *Cleopatra* y el *Neptuno*, abandonados por sus tripulantes, cayeron en poder de la escuadra realista.

Tanto por esta pérdida, como por los preparativos que el general Arredondo hacía en la comarca para enfrentarse a los invasores, Mina resolvió construir un fuerte. Su idea era dejar los almacenes al cuidado de una pequeña guarnición mientras él y el grueso de las tropas avanzaban al interior del país hasta comunicarse con los insurgentes. Toda la división puso manos a la obra y en poco tiempo el fuerte estuvo en estado de que sobre sus baterías se montase parte de los cañones.

Quando se supo que Arredondo se acercaba con 2.000 hombres y 17 piezas de artillería, Mina dispuso la marcha. La temeridad de la empresa empezó entonces a dibujarse en toda su amplitud: el país, en poder del enemigo; los barcos, echados a pique. Asustados de aquello, el coronel Perry, el mayor Gordon, otros oficiales y 51 soldados desertaron hacia Matagorda —luego se sabría cómo acababan todos al encontrarse con tropas realistas salidas de San Antonio de Béjar—; pero, así y todo, se mantuvo firme el ánimo de las fuerzas restantes.

El 24 de mayo Mina se puso en movimiento al frente de 300 hombres. Con aquella minúscula fuerza iba a desafiar todo el poderío de los virreyes de Nueva España. ¿Se daba cuenta de su verdadera situación? Al aventurarse hacia el corazón de Méjico era evidente que se lanzaba a una de las más audaces empresas militares que jamás se han concebido.

## VI

Eludiendo con rapidez la columna del teniente coronel De la Garza, la división se dirigió al sur de la provincia. En una hacienda del tránsito Mina se apoderó de muchos efectos, que hizo distribuir entre la tropa. Entró en la villa de Horcasitas, cerca de la cual cogió 700 caballos que un coronel realista tenía allí, y eso le permitió montar a toda

la división. Como su intención no era combatir desde luego, sino evitar todo encuentro y doblar jornadas hasta reunirse con los insurgentes del Bajío, burló los movimientos de las tropas realistas que trataban de salirle al paso, y con tan buen tino, que estaba ya muy cerca de la provincia de San Luis Potosí, mientras sus perseguidores se hallaban todavía a dos jornadas de Horcasitas.

A la salida de la tierra, sobre Valle del Maíz, quiso venir al encuentro de Mina un capitán destacado allí con un escuadrón de dragones. Eran apenas 150 hombres. Mina los llevó en derrota hasta el pueblo mismo, que el capitán y los suyos abandonaron, y con sólo veinte husares los persiguió luego hasta el valle de San José. Consecuencia de esta primera acción, librada el 8 de junio, fué que Mina, por la intrepidez y habilidad de que dió pruebas, se ganara la confianza y el afecto de sus soldados, a la vez que ellos dejaban ver que su valentía y decisión no eran pocas.

Valle del Maíz, a orillas del Pánuco, vivía entonces en grande abundancia. Mina ordenó a la tropa abstenerse hasta del menor desorden y sólo exigió a los vecinos una contribución en dinero y algunos artículos indispensables. Su intención era proporcionarse corto descanso; pero enterado de que se le aproximaba una columna, la del general Armifián, dos días después reanudó la marcha hacia el Bajío, casi al propio tiempo de que la caballería de Armifián entraba en Valle del

Maíz. Uno de los húsares, que allí quedó herido, cayó luego prisionero, y fué fusilado.

A marchas forzadas, la noche del 14 de junio llegó Mina a la hacienda de Peotillos, a quince leguas de San Luis Potosí. El mayordomo y los criados habían huido llevándose el ganado y las provisiones. Fatigada, hambrienta, la tropa se echó a dormir, segura de poder hacer rancho a la mañana siguiente. Pero otro día Armiñán, que también había doblado jornadas, se presentó a la vista de Peotillos con 2.000 hombres. Sabía —por un rezagado a quien interrogó y fusiló después— que los soldados de Mina no pasaban de 300.

Inevitable, la batalla se libró. Duró tres horas. Contra fuerzas siete veces superiores la división se batió en circunstancias y con arrojo apenas creíbles. La arenga previa de Mina había sido contestada con tres hurras afirmativas de que los soldados seguirían a su general a todas partes. Y el resultado fué una victoria tan absoluta, que hubo jefe realista que salió huyendo en ancas del caballo de un corneta, y el propio Armiñán no paró la carrera hasta San José, pese a su jactanciosa orden del día. Porque, suponiendo por anticipado que saldría vencedor, esa mañana se había felicitado de tener a Mina a su alcance y había dispuesto no dar cuartel ni empezar el saqueo hasta no acabar la matanza. El triunfo sobre tan numeroso enemigo costó, sin embargo, enormes sacrificios: Mina tuvo 11 oficiales muertos, entre ellos 8 de la Guardia de Honor, y un navarro, Lázu-

ro Goñi, y 19 soldados muertos y 15 heridos. Total: 56 bajas, la quinta parte de todo su ejército.

Para eludir nuevo combate en condiciones tan adversas, a las dos de la madrugada del día 16 Mina abandonó a Peotillos, que en seguida sería ocupada por Armiñán. En la Hedionda el cura lo recibió con repiques, mientras en secreto tomaba acerca de las fuerzas informes que comunicaría luego a los realistas. En la hacienda del Espíritu Santo, abandonada por el dueño y todos los hombres —aunque fortificada—, las mujeres salieron en procesión con la imagen de la Virgen. Imploraban que se les ahorrasen los atropellos de que se creían amenazadas, y casi atribuyeron a milagro ver que aquellas tropas respetaban personas y cosas y lo pagaban todo con dinero.

El pueblo de Real de Pinos, fortificado y defendido por 300 realistas con 5 cañones, intentó resistir. Por la noche, 15 soldados de Mina lograron pasar en silencio, de azotea en azotea, descolgarse en la plaza, sorprender la guardia, apoderarse de la artillería y producir así la caída de la población, que, en castigo de no rendirse sin resistencia, fué entregada al saqueo, aunque con absoluto respeto a las personas. Un soldado que robó los vasos de una iglesia fué pasado por las armas al frente de la división. Los trofeos de este nuevo triunfo sumaron una bandera, cuatro cañones y pertrechos en abundancia.

Tenía Mina que atravesar las áridas llanuras de Zacatecas; pero, de súbito, tres días después de

marchas fatigosas, casi sin víveres, apenas con agua, la descubierta de la división se encontró con una partida de insurgentes. Sin noticia alguna sobre Mina, y ante tropas con buenos uniformes, la partida insurgente se creyó en presencia de los realistas y empezó a disparar. No sin trabajo se aclaró el error; quedó en rehenes el jefe de la descubierta, y varios de los insurgentes pasaron a hablar con Mina, cuya alegría, y la de toda la división, fué extraordinaria al ver que el primer propósito de la empresa, unirse a los revolucionarios, se había al fin conseguido.

Fué Mina a saludar al jefe de la partida insurgente, don Cristóbal Nava, y en la tarde volvió con él al campamento. Nava, vestido de charro al estilo de Méjico, con sombrero de ancha toquilla de plata y una estampa de la Virgen de Guadalupe en la copa, llamó la atención de los soldados de Mina, que no admiraron menos el peculiar aspecto de los soldados insurgentes, bien montados y bien armados.

## VII

Enterado Mina de que a cinco leguas de allí estaba un rancho donde podía alojarse, y cuatro leguas más adelante el fuerte del Sombrero, se puso en marcha lleno de satisfacción. Por los altos de Ibarra se descubrió en la llanura un considerable cuerpo de realistas que, por fortuna, no hizo intento de trabar pelea. En el rancho se encontraron

abundantes provisiones. Un oficial de la división pasó al fuerte del Sombrero, cuyo jefe, D. Pedro Moreno, mandó a Mina felicitaciones por su llegada. Le instó también para que se trasladase al fuerte y transmitió la noticia a la Junta insurgente, reunida en Jaujilla, que a su vez difundió por todas partes la nueva del suceso.

Mina y su división entraron en el fuerte del Sombrero el 24 de junio. Se le recibió con las más cordiales muestras de regocijo. Llegaba con 269 hombres, entre ellos 25 heridos; en un mes había andado 220 leguas por territorio en poder de los realistas; en su marcha, casi siempre a la vista del enemigo, había padecido toda suerte de privaciones, había ganado dos acciones reñidas —una contra fuerzas mayores siete veces— y había sometido un lugar fortificado. Con gran prestigio entre su gente, que siempre lo vió a la cabeza en las horas de peligro y esmerándose en dar buen ejemplo, su reputación a ojos de los mejicanos fué, desde luego, tan grande, que él y sus soldados parecían a muchos casta de hombres distintos de los demás.

Nuevo combate, en que Mina derrotó al comandante general de Guanajuato, que venía en su busca, confirmó aquella opinión. Porque Mina no dispuso entonces sino de 200 hombres de la división y 130 de Moreno, más un aparente refuerzo de 400 soldados de infantería casi sin fusiles, y así y todo obtuvo magnífica victoria. Su triunfo fué de tal magnitud, que, a cambio sólo de ocho muer-

tos y nueve heridos suyos, quedaron 339 muertos y 220 prisioneros de los 700 realistas que habían venido al ataque. Esto permitió a Mina volver al fuerte del Sombrero con dos piezas de artillería, 500 fusiles y gran acopio de municiones, todo quitado a los realistas. En Jaujilla aquel hecho de armas se celebró con *Te Deum*, salvas, música, iluminación y fuegos artificiales.

Tras corto descanso, Mina, acompañado de Moreno, volvió a salir del fuerte, y el 7 de julio, sin que se le sintiera, cayó sobre la hacienda del Jaral, que estaba fortificada y guarnecida; en ella se apoderó de 140.000 pesos de plata y cuantiosos viveres.

De regreso de esta expedición Mina se encontró con que lo esperaban en el fuerte del Sombrero, para saludarlo, el padre Torres, nombrado teniente general por la Junta de Jaujilla, y los comisionados de ésta. Tratóse de concertar el plan de las operaciones, que por entonces se reducían a conservar los sitios fortificados, y se dió a Mina el mando supremo. El padre Torres —ocultando apenas la envidia que le causaba el engrandecimiento del recién llegado— consintió en ceder el primer puesto, aunque sólo por consideración especial, pues dijo ser él a quien el mando, por derecho, le correspondía. Como Torres, por otra parte, asegurara disponer de 6.000 hombres, que desde luego dejaba a las órdenes del nuevo jefe, Mina contestó que, siendo así, marcharía directamente sobre la capital.

Sus ilusiones, sin embargo, empezaron a disiparse conforme fué creciendo su intimidad con los insurgentes. No advertía Mina entre ellos más que ignorancia y desorden, y, en vez de los nobles motivos y ardiente entusiasmo que esperaba encontrar en favor de las libertades, sólo hallaba voluntades anárquicas y bajas pasiones. Ocultó, con todo, la pesadumbre que esto le produjo, y si la descubrió en secreto a varios de sus amigos, aún se lisonjeó de dar a la revolución nuevo espíritu contando para ello con la ayuda y sacrificio de algunos jefes. Tal cooperación la halló sólo en Moreno, Borja, Ortiz y otros cuantos. Los demás, bien por desconfianza respecto de la sinceridad de Mina, bien por otras causas, se mantuvieron siempre tan opuestos o fríos, que su actitud habría de ser funesta para todos.

## VIII

Arredondo había atacado y tomado el fuerte de Soto la Marina y el Virrey, presa aún del susto por el desastre de Peotillos, había movilizadado, al mando del mariscal de campo don Pascual Liñán, todas las fuerzas de que pudo disponer en el centro de la colonia. Temía la caída de León, de Guanajuato, de Querétaro.

Liñán salió para Querétaro el 3 de julio. El 12 publicó el Virrey una proclama que declaraba a Mina "sacrilego, malvado, enemigo de la religión,

traidor a su patria y a su Rey". Lo acusaba así mismo de venir a turbar la paz de un país ya casi tranquilo; mandaba, bajo pena de la vida y confiscación de bienes, que nadie le prestase auxilio, y prometía 500 pesos a quien lo entregase y 150 por cada uno de sus compañeros.

Tras de fortificar a Querétaro, Liñán, que había recibido instrucciones de "desyanecer el terror que en las tropas y los pueblos habían inspirado Mina y su guerrilla de extranjeros, pese a la cortedad de su número", pasó a la provincia de Guanajuato para activar la concentración de fuerzas y los movimientos contra el fuerte del Sombrero.

Mina observaba inmóvil todos aquellos preparativos. Pero como los espías anunciaban por entonces una marcha del brigadier Negrete, por la cual León iba a quedar sin el grueso de las tropas que lo guarnecían, el 27 de julio Mina resolvió caer allí por sorpresa con 500 hombres. Frustró en mucho el golpe el encuentro con una partida realista cerca de la población, pues cuando Mina llegó a la ciudad, ésta, alarmada, estaba ya en disposición de resistir, lo que obligó a Mina a retirarse con la aurora. Había llegado hasta la plaza, había tomado un cuartel y había infligido a los realistas pérdidas superiores a las suyas.

A los cuatro días de esa acción —primer revés que Mina sufría en Méjico— Liñán se presentó ante el cerro del Sombrero, defendido entonces por 17 cañones viejos y mal montados y 650 hombres. Había en el fuerte otras 300 perso-

nas entre mujeres, niños y paisanos; los víveres eran escasos, pero el agua —en plena estación de lluvias— no tenía por qué faltar así se pusiera cerco a la plaza.

Liñán dispuso el sitio con sus 3.500 hombres y sus 14 piezas de artillería. Rompió el fuego al amanecer del 1.º de agosto. El día 11 los realistas atacaron por tres puntos a la vez, pero en todos fueron rechazados con no pocas pérdidas, tras combates en que Mina, con una lanza en la mano, peleó cuerpo a cuerpo y recibió varias heridas, aunque todas leves.

Los sitiados se hallaron pronto reducidos al último extremo por falta de agua, pese a las firmes esperanzas que habían puesto en la lluvia. Los realistas cuidaban de cerrar el paso hacia el arroyo que corría por la barranca, al pie del cerro, y un corto aguacero, que cayó al fin, no llenó los aljibes del fuerte más que para unos cuantos días.

Considerando desesperada tal situación, varios oficiales europeos del ejército realista se acercaron a persuadir a Mina de que se entregara a cambio del indulto. Pero él, desde lo alto del parapeto, los invitó a venir bajo la bandera insurgente. Su objeto —les dijo— era restablecer la Constitución y privar a Fernando VII de los recursos que sacaba de Méjico para sostener su autoridad despótica.

La noche del 7 al 8 Mina intentó en vano una salida, y sufrió, entre otras pérdidas, la de 11 heridos que cayeron prisioneros y fueron fusilados



un día después a la vista de sus compañeros del fuerte. Comprendió Mina entonces que la caída de la plaza era inevitable si él mismo no lograba ir en busca de socorro. Aprovechó, pues, el mucho viento y la oscuridad de la noche siguiente para burlar la vigilancia de los realistas arrojándose con Borja, Ortiz y varios ordenanzas por los más abruptos despeñaderos del cerró hasta pasar, sin ser sentidos, entre las avanzadas enemigas y llegar a los campos vecinos.

El padre Torres, entretanto, había fracasado en un intento para socorrer a los sitiados. Mina, con sólo 100 jinetes y la ayuda de Borja y Ortiz, fracasó también. Y en verdad que otra cosa era imposible, pues sólo para cerrar los caminos que conducían al fuerte Liñán tenía destacados más de 1.000 hombres.

De allí a poco la situación del Sombrero se hizo insostenible o poco menos: sin víveres, sin agua, casi sin municiones. Dejaban los realistas que las mujeres y los niños bajarán a la barranca a beber; pero una noche, siendo muchas las mujeres, los soldados enemigos las sorprendieron y se las llevaron presas.

Quando en el fuerte quedó apenas un mísero repuesto de municiones, el coronel Young, que mandaba en ausencia de Mina, aceptó, a instancias de varios oficiales, entrar en tratos para capitular. Liñán, sin embargo, se negó a conceder condición alguna, y como Moreno y otros desecharon entonces la idea de salir, propuesta por

Young, se acordó prolongar la defensa, a pesar de las atroces circunstancias en que se hacía.

El 15 de agosto Liñán intentó tomar el fuerte por asalto. Los sitiados lucharon con serenidad: desbarataron el primer ataque. Y en el segundo, que Liñán creía definitivo porque un aguacero que caía entonces sobre el fuerte iba sin duda a inutilizar allí las armas, el coronel Young y los suyos opusieron tal resistencia —hasta las mujeres ayudaban derrumbando piedras desde lo alto de los muros—, que los realistas tuvieron que retirarse con grandes pérdidas. Las que sufrieron los insurgentes tampoco fueron cortas: al coronel Young, que al final del segundo choque mandaba desde lo alto de una roca, una bala de cañón le llevó la cabeza.

Exhaustos al fin —medio muertos de hambre y de sed, agobiados hasta por el hedor que despedían desde el foso los cadáveres de los realistas—, los sitiados se resolvieron a salir el 19 de agosto. Se clavaron los cañones, se inutilizaron las armas y municiones que no se podían llevar, se enterró el poco dinero que quedaba... A las once de la noche el coronel Bradburn, jefe desde la muerte de Young, dió el orden de marcha, y ésta empezó a efectuarse en medio de las quejas con que imploraban la muerte los heridos y enfermos a quienes se dejaba.

La imprudencia de mandar por delante a las mujeres y los niños fué causa de que los realistas descubrieran el movimiento cuando la columna in-

urgente iniciaba apenas el descenso por la ladera. El fuego, más terrible aún en la oscuridad, produjo entonces horrible confusión entre los que pretendían seguir adelante y los que trataban de volver al fuerte. Chocaban en las tinieblas hombres, caballos y armas; lloraban y gritaban las mujeres y los niños; se lamentaban los heridos, pisoteados por la caballería o precipitados a los despeñaderos.

Los que lograron salir, dispersos en un país que muchos no conocían, fueron a la mañana siguiente alcanzados por la caballería realista, y, salvo Bradburn, Moreno y unos 50 ó 60 más, que escaparon a favor de la niebla, perecieron todos. Los que volvieron al fuerte no tuvieron ya armas ni municiones con que pelear. Disipada la bruma de la mañana, Liñán ocupó el fuerte con una parte tan sólo de sus tropas. La mujer y los hijos de Moreno y las familias de otros caudillos cayeron en poder del vencedor; los enfermos y heridos fueron pasados por las armas. A los demás prisioneros se les empleó en destruir las fortificaciones, y, concluida su tarea, 200 de ellos — todos, menos los niños y las mujeres— fueron también fusilados.

## IX

Sin perder instante, Liñán se puso en marcha hacia el fuerte de los Remedios, adonde Mina, después de desbaratar con 100 jinetes un cuerpo de

caballería realista entre León y Silao, había venido a reunirse con el padre Torres el 17 de agosto.

En los Remedios se preparaba entonces la defensa, pues se tenía por seguro que Liñán tardaría muy poco en venir. No había habido, en efecto, ni tiempo de poner en obra los propósitos de Mina para socorrer el fuerte del Sombrero, de cuyo triste fin se supo pronto, gracias a los relatos de los fugitivos que iban presentándose.

Para la defensa de los Remedios se acordó que Torres se quedase en el fuerte, mientras Mina mantendría el suministro de víveres, recorriendo la comarca con 900 caballos, y hostigaría a los realistas y los privaría de recursos. Mina, pues, dejó en el fuerte, para que auxiliasen a Torres, casi todos sus oficiales extranjeros, y se echó al campo sin más gente que la que Torres puso a sus órdenes, o sea sin otros recursos que los que le deparase su ingenio. La tropa que mandaba era una chusma de insurgentes sin organización, sin disciplina y acostumbrados los más a huir en presencia de los realistas.

El ejército de Liñán se presentó delante de los Remedios el 27 de agosto, fecha en que también comenzó a tomar posiciones hasta consumir el cerco. En el fuerte había 1.500 hombres; mandaba en jefe el padre Torres; se hacía todo bajo la dirección del coronel Novoa y los oficiales de Mina. El día 31 se formalizó el sitio. Liñán disponía de 2000 hombres y artillería abundante, entre la que se contaban cañones de 2 1/2 y de 3 1/4. La caballería

ría, acampada en el llano, fué destinada a proteger los convoyes de viveres, y un cuerpo de ella, al mando de Andrade, quedó en León para perseguir a Mina.

Este se había dirigido de los Remedios a la Tlachiquera, hacienda donde lo esperaban Ortiz con su gente y 19 hombres de la división, escapados del Sombrero. Al verlos, Mina picó espuelas y corrió a abrazarlos, imaginándose por un instante que allí iba a encontrar a todos los suyos. Pero como se le confirmara en seguida que sólo los 19 presentes procedían del desastre del Sombrero, ocultó el rostro en la mano y apoyado el codo en el arzón, no consiguió contener las lágrimas. Serenándose al punto, el antiguo jefe del Corso Terrestre de Navarra se entregó a organizar de algún modo la masa informe de sus nuevas tropas, las cuales, en verdad, no prometían mucho, por más que entre ellas no faltara gente de valor y de destreza.

Indignaba a Mina la matanza del Sombrero. Dominado por ese sentimiento, mandó fusilar a 31 prisioneros que cogió en su primera acción después de salir de los Remedios e incendió la hacienda donde el enemigo se hizo fuerte.

Siguió de allí a San Luis de la Paz, pueblo fortificado y defendido por tropas de línea. Si Mina hubiera dispuesto entonces de sus antiguos compañeros, apenas habría encontrado resistencia; pero sus soldados de ahora no eran útiles sino para atacar a caballo, en campo abierto, y volver

grupos con extraordinaria prontitud. Cualquier parapeto, cualquier obstáculo los detenía. Eran incapaces de ir al asalto de una muralla. "Como los escitas, peleaban desatándose en furia sobre los contrarios y disipándose luego como el humo." En vano se puso Mina a la cabeza de ellos para entrar por asalto en la población. Fué cosa de perder cuatro días cortando las correas de un puente levadizo, al cabo de los cuales, sedienta y sin ánimo, la guarnición se rindió.

Mina mandó fusilar al comandante de la plaza, a un soldado europeo y al dueño de la hacienda donde poco antes le habían resistido; dió el mando militar del pueblo al coronel González, y con su celeridad característica se lanzó a sorprender la villa de San Miguel el Grande.

Después de esto Mina volvió a su punto de partida, pero como por Dolores venía a atacarlo el Regimiento de Infantería de línea. Mina se replegó entonces a Valle de Santiago, que, aunque en ruinas a causa de la guerra, le proporcionó dinero, viveres y hasta elementos guerreros, pues el comandante de las fuerzas locales se le unió con parte de su gente y algunas armas. Desde Valle de Santiago dirigió Mina una circular a los insurgentes del Bajío invitándolos a reunirse con él para ir en socorro de los Remedios, y mientras acudían las fuerzas intentó el 16 de septiembre apoderarse de una hacienda — la Zanja —, cosa que impidieron oportunos refuerzos mandados por los realistas.

## X

Instado por Torres, Mina se acercó a los Remedios. Pero considerando luego una locura ir con tan poca gente al ataque de Liñán, se dirigió a la sierra de Guanajuato, marcha que dió oportunidad a que se le unieran Moreno y su caballería. Con aquel movimiento se preocupó Liñán: hizo resguardar el molino de Cuerámara, donde estaba todo el acopio de trigo y harinas para su ejército; dispuso también, descontento de la lentitud de Andrade, que el coronel Orrantia saliera en persecución de Mina.

Mina trataba de convencer a Torres de que el único modo de librar del sitio a los Remedios era distraer a los sitiadores llevándolos a otro punto de mayor importancia y que por fuerza los realistas tuvieran que conservar, como Guanajuato, cuyo ataque le propuso. Pero Torres no sólo desaprobó la idea, sino que ordenó a quienes dependían de él que únicamente siguieran a Mina en caso de ataque a las fuerzas sitiadoras. No impresionaba a Torres ni el hecho de que, por obra de las correrías de Mina, las tropas de Liñán se hallaban en mucha escasez, mientras que todo abundaba en los Remedios. Tampoco le persuadía el que las operaciones del sitio, hasta entonces, estuvieran muy lejos de serle desfavorables. Dos tentativas de asalto por parte de los realistas fueron desbaratadas el 16 de sep-

tiembre gracias a los oficiales de Mina; por ellos también los sitiadores consumaron un atrevido golpe para librarse del fuego de las baterías que más les dañaban. Una noche los capitanes Crocker y Ramsay y el teniente Wolfe, con 300 hombres escogidos, se acercaron callados a las baterías, y mientras unos atacaron por la retaguardia, otros se arrojaron sobre los cañones. "¡Mina! ¡Mina!", gritaban huyendo los realistas de aquella posición, imaginándose que Mina estaba sobre ellos.

Con 600 jinetes y 200 infantes Orrantia marchó en dirección de Guanajuato. Crefa encontró a Mina en la hacienda de Cuevas, muy cerca de aquella ciudad. Pero como al pasar por Irapuato el 10 de octubre supiera que Mina estaba en la hacienda de la Caja, allá se encaminó. Mina distribuyó sus tropas, 1.100 jinetes, en fracciones al abrigo de los sembrados y cercas de la hacienda; en los edificios de ésta puso en seguro multitud de mujeres y niños que seguían a la división con la esperanza del saqueo de Guanajuato. Pero casi no hubo combate; desbaratadas las masas de caballería insurgente, el desorden creció con los alaridos de las mujeres, que por todas partes huían, y Mina pudo apenas abrirse paso hasta el rancho de Paso Blanco, adonde Orrantia, que sólo había perdido un oficial y 18 soldados, no se empeñó en seguirlo.

En medio de aquella desgracia Mina dictó órdenes para que en determinado día se reuniesen en la hacienda de la Caja todos los dispersos. Luego,

con 20 hombres, se dirigió a Jaujilla. Llegó allá el 12 de octubre, y en sus conferencias con los individuos de la Junta insistió en su plan de ataque a Guanajuato. Ellos, creyendo poco prudente ese plan, estimaron mejor hacer salir de los Remedios a los oficiales de Mina para organizar al sur de Michoacán un cuerpo respetable con que luego se pudiera entrar firmemente en campaña. Mina, con todo, hizo punto de honor auxiliar a los sitiados; visto lo cual, la Junta le dió 50 de los 100 hombres bien disciplinados que tenía, y él, tras de dirigir una proclama a los españoles europeos establecidos en Méjico —los exhortaba a unirsele para destruir el despotismo de Fernando VII—, se puso en camino.

Dos días se detuvo en Puruándiro, donde fué recibido con repiques e iluminación. De allí pasó al Valle, luego a la Caja. Reunida la gente antes dispersa, marchó en seguida sobre Guanajuato con 1.100 hombres otra vez.

Alejándose del camino real, rodeando por entre los campos de labor, ocultó tan hábilmente su marcha, que sin dar sospechas de su intento llegó al amanecer del 24 de octubre a la mina de la Luz, entonces desierta. Allí se le presentó Encarnación Ortiz con 300 hombres, y allí, sin que su presencia fuese descubierta por el enemigo, se dispuso a dar el golpe al otro día.

Tan bien lo realizó todo hasta el momento de introducirse en Guanajuato, que a las dos de la madrugada siguiente sus 1.100 hombres, en dos co-

lumnas, iban entrando en silencio por las calles de la ciudad, cuando de súbito tropezó con ellos una ronda. Alarmada, la guarnición se puso en movimiento. El comandante hizo instalar en la plaza un cañón, que empezó a disparar sobre la principal columna de Mina, aquella, encabezada por él, que había seguido avanzando y estaba ya en el Puente Nuevo.

En la confusión del combate desaparecieron los guías de las columnas insurgentes, lo que fué causa de que Mina, sin ningún conocimiento de la población, no acertara a salir del intrincado laberinto de muchísimas calles torcidas y estrechas. Su gente, además, se dió a huir, y tan en desorden, que ella misma estorbaba los movimientos de la fuga. Sobrevino la desbandada general; los núcleos más resueltos volvieron la espalda y emprendieron la retirada tan velozmente, que a los pocos minutos de abandonado el Puente Nuevo no quedó en la ciudad uno solo de los asaltantes, a no ser los muertos y los heridos.

Al paso por la hermosa mina de Valenciana el propio Ortiz prendió fuego al tiro general, que pronto ardió con llamaradas enormes. Esto acabó de exasperar a Mina, y ya de vuelta en la Luz no disimuló la ira que le causaba la cobardía de su gente. Dijo a los oficiales que no eran dignos de que un hombre de honor abrazase su causa, pues de cumplir ellos su deber, los soldados hubieran hecho el suyo y Guanajuato habría sido tomado. En seguida mandó que todos se fueran a sus dis-

tritos, atentos a no dejar entrar víveres en Guajuato ni en el campamento de Lilián, y con sólo 40 infantes y 20 jinetes se fué a pasar la noche en un lugar próximo. De allí, al día siguiente, se trasladó al rancho del Venadito, propiedad de un amigo suyo, don Mariano Herrera.

## XI

Después de la acción de la Caja, Orrantia había regresado al campo de Lilián con un convoy de víveres y municiones. No tardó, sin embargo, en volver a la persecución de Mina. Entró en Puruán, dijo el mismo día en que Mina había salido de aquel lugar; pero incierto en cuanto a la dirección que los insurgentes hubiesen tomado, todavía se preguntaba en una hacienda inmediata a Irapuato lo que le convendría hacer, cuando en la madrugada del día 25 el incendio de Valenciana vino a sacarlo de dudas.

Marchó presuroso a Irapuato, y allí le informó sobre la retirada de Mina hacia la Luz. Tomó el camino de Silao, donde entró, en demanda de informes, el día 26 por la tarde, pues por dondequiera que pasaban los grupos insurgentes se oían rumores de haberse visto a Mina. Por fin, gracias a las noticias que en Silao le dieron, Orrantia se dirigió al rancho del Venadito con sus 500 caballos.

En la confianza de estar a salvo en sitio tan seguro, Mina, a quien había venido a ver Moreno con

alguna gente de caballería, se puso a descansar por vez primera desde hacía mucho tiempo. Se quitó el uniforme; permitió que desensillasen.

El día 27, al amanecer, Orrantia, ya a la vista del rancho, mandó que avanzaran al galope 120 dragones del Cuerpo de Frontera al mando del coronel José María Novon. La sorpresa fué completa. Los que intentaron defenderse —don Pedro Moreno, entre otros— fueron muertos. Al ruido, Mina saltó del lecho y, sin casaca, salió a tratar de reunir a la gente, lo que le hizo perder tiempo y fué causa de que luego no pudiera huir. Porque, al convencerse de que todo esfuerzo era inútil, ya no pudo encontrar su caballo, ensillado oportunamente por él mismo antes que había escapado desde Nueva Orleans. Un dragón, sin reconocerlo siquiera, lo cogió preso.

Minutos después, Mina se descubrió por sí mismo. Llevado ante Orrantia, éste lo llamó traidor a su patria y a su rey, y como él, altivo, contestase con expresiones injuriosas para Fernando VII, Orrantia lo golpeó de plano con la espada. Aquel acto tan innoble hizo justa esta exclamación de Mina: "No siento haber caído prisionero, sino estar en manos de un hombre que no respeta su carácter de soldado ni el nombre de español".

Ese mismo día Orrantia entró triunfalmente en Silao, llevando preso a Mina y la cabeza de Moreno en el hierro de una lanza. A Mina le echaron allí grillos. Conforme se los ponían dijo: "¡Bárbara costumbre española! Ninguna otra nación usa ya

este género de prisiones. ¡Más horror me da verlas que cargarlas!"

De Silao la noticia voló a todas partes. En la ciudad de Méjico se supo el suceso el 30 de octubre a las siete y media de la noche. Se mandó celebrarlo con repiques y salvas. En el teatro se cantó una marcha alusiva, cuya letra improvisó uno de los concurrentes. Y el 1.º de nóvembre, al comunicarse por correo extraordinario a todas las capitales de provincia el parte de Orrantía, se mandó solemnizar la captura con *Te Deum* y misa de gracias, que en Puebla el obispo cantó de pontifical.

Orrantía obtuvo el empleo de coronel de ejército. Al dragón que prendió a Mina se le ascendió a cabo, se le dieron los 500 pesos de la gratificación ofrecida y se le otorgó un escudo diverso del que se concedió a toda la división. El Virrey, don Juan Ruiz de Apodaca, fué premiado con el título de Conde del Venadito.

Mina fué llevado por Orrantía al campamento de Lilián, donde se le quitaron las prisiones y se le dió mejor trato. Para encargarse del proceso fué comisionado el coronel que hacía de mayor general del ejército sitiador. Se quería averiguar quiénes habían contribuido en Europa y los Estados Unidos a formar la expedición y con quiénes se relacionaba Mina en el Bajío. Mina nunca accedió a dar informe alguno, pero escribió a Lilián una carta —hay quien duda de la autenticidad— en que, sin hacer traición a su causa, reconocía no haber pro-

cedido bien, porque el partido republicano de Méjico no podría adelantar nunca nada ni conseguir otra cosa que la ruina del país.

## XII

El 11 de noviembre, día de San Martín, una escolta condujo a Mina desde el cuartel general del ejército hasta el cruce del camino de Saltillo. Eran las cuatro de la tarde. Los dos campos enemigos, suspendidos como de común acuerdo las hostilidades, guardaban el más profundo silencio. Acompañado por el capellán del 1.º Batallón de Zaragoza, Mina apareció revelando gran tranquilidad y compostura. "No me hagáis sufrir", dijo a los soldados que iban a matarlo.

Cayó herido por la espalda y lamentándose de que se le diera la muerte de un traidor.

## XIII

Los restos de Javier Mina yacen hoy en la ciudad de Méjico, al pie de la Columna de la Independencia, donde una llama que nunca se extingue lo recuerda entre los mayores héroes de la nación mejicana.

VALLE-Arizpe, Artemio de.  
LA GÜERA RODRIGUEZ.  
2da. Ed. México,  
Panorama Editorial, 1990.

UNIDAD III.-MEXICO  
INDEPENDIENTE  
(1821-1853)

EL AUTOR:

Escritor e historiador, nació en la ciudad de Saltillo en 1888 y falleció en la ciudad de México en 1961. Estudió la carrera de leyes aunque nunca la ejerció; por sus méritos, se le concedió el nombramiento de cronista de la Ciudad de México en 1910. En la última legislatura Porfiriana fue Diputado al Congreso de la Unión por el estado de Chiapas en el que nunca había estado y después, Embajador de México en España.

Dentro de la tradición romántica de Vicente Riva Palacio, a Valle-Arizpe, se le ha considerado como el más perfecto escritor colonialista. Posee una gran riqueza de lenguaje, el cual es deliberadamente arcaizante y casi siempre está matizado por una fina y punzante ironía.

Su producción literaria fue abundante y principalmente dedicada a cuentos, novelas e historias noveladas de la vida virreinal y subsecuente.

Entre sus obras mas importantes destacan: La Güera Roríguez; La vieja Calzada de Tlacopan; El Palacio Nacional; La Ciudad de México a través de sus cronistas; Virreyes y Virreynas de la Nueva España; Crónicas del Virreynato; Vida y Milagros;

\*La información está apoyada en: Enciclopedia Gráfica del Estudiante, Op. Cit. p.216 y en Diccionario Porrúa, Op. Cit. Vol.II, p.2223



Doña Leonor de Cáceres y Acevedo; El Canillitas; Cuentos de México Antiguo; Andanzas de Hernán Cortés y Otros Excesos.

LA OBRA:

La selección del libro de Artemio De Valle Arizpe, La Güera Rodríguez, para incluir algunos capítulos en la presente antología, se debió a que el argumento se desenvuelve en una época muy importante para México: los finales del virreinato y de la insurgencia.

Es la biografía graciosa y picaresca de Doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, conocida popularmente como la Güera Rodríguez.

El personaje es histórico, y junto a él desfilan los personajes históricos más importantes de la época, desde el Barón de Humboldt, el virrey Revillagigedo, hasta Simón Bolívar, y por supuesto, los personajes de la Independencia, como Hidalgo, Vicente Guerrero e Iturbide, a los cuales puede conocerse desde una perspectiva diferente, y sorprenderse con sus gustos, ambiciones, manías e incluso su crueldad o candor.

Su lectura es fácil, agradable y muy provechosa, ya que es un relato delicioso y divertido; contiene un dominio accesible del idioma español, y proporciona además retratos magníficamente pintados de todos los protagonistas, descripciones de usos costumbres y formas de vida en general, del México de finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Los capítulos seleccionados son: Jornada VI, Se juntó llama con flama; Jornada IX, De lo humano de la ciencia a lo divino del amor; Jornada X, Conspiraciones, inquisidores, destierros y otras cosas; Jornada XI, Prisión de amor.

Sin ser las únicas lectura que hablan de personajes muy importantes de la Historia de México, sí son los que reflejan en mucho su personalidad, costumbres, inclinaciones, etc.

#### SUGERENCIA DIDÁCTICA:

Al haber finalizado la lectura, el maestro puede realizar una dinámica entre sus alumnos para que ellos expresen sus comentarios y manifiesten, a partir de la lectura, cuánto más conocen la personalidad de los personajes descritos en ella y se haga resaltar el ambiente social de la época.

parte de estos tres amores lícitos, bien bendecidos por nuestra santa madre la Iglesia, Católica, Apostólica y Romana, tuvo doña María Ignacia Rodríguez de Velasco otros casamientos en los que no terció Dios. ¡alantos devaneos que le pedía su alma, siempre con sed de amor. En todo tiempo tuvo esa loca apatencia, pues los años no lograron nunca batirle los bríos, ni tampoco rendirle la apostura. Por eso cobró nombre famoso y de estruendo, pero se le han perdonado, alegremente, sus pedros, por el mundo de color que creó en la vida apacible de la ciudad, de ritmo pausado y monótono. Yerros por amor, dignos son de erdón.

Llegó Simón Bolívar a México con buenas cartas comendatorias ara el oidor don Guillermo de Aguirre y Viana, a quien aposentaba n su caserón, vasto y claro, de la calle de las Damas la marquesa de Huapa, la entonada y sería doña María Josefa, hermana de las fasciadora Güera Rodríguez. El mozo era de elegante gallardía y apenas le umbrea el labio una rubia esperanza de bigote. Sus dieciséis años nían muy suelta gracia, lozanía, atracción y desenfado de muchacho iteligente. Ágil de palabra y pronto en las respuestas. También así de giles eran sus movimientos. Vestía el uniforme de teniente de las Micias de Aragua, cuyo grado tenía a pesar de su juventud, y con esa opa bien entallada, con discretos azules y dorados, adquiría más eleante prestancia su figura airosa, siempre con actitudes gallardas. Pacecía un San Jorge juvenil.

La simpatía de este apuesto mozalbete, se llevaba la gente tras de sí on fuerza gustosa. Vio a la inflamatoria Güera y con el ¡zas! de su rlelleza le dejó aturridos los sentidos. Se repuso pronto y sin más doña María Ignacia le dirigió los fuegos, lanzándole una mirada promisoría, que no era sino buena solicitadora de sus deseos incontinentes a los que on ese ojeo les quería soltar la trailla. El tuvo inmediata afición de llegarse a ella y se le acreó con natural propensión de muchacho rijoso, con lo que fue bastante para que la dama lo sacara de seso con sus sonsacadores y múltiples encantos y ya ambos siguieron su natural inclinación y pasiones. En la carne y en el espíritu fueron conjuntísimos. Ya no era el fuego y la fácil estopa de que habla el refrán, sino llama y llama que unieron sus lumbres.

Simón Bolívar o el Caraqueñito, como cariñosamente lo llamaba en México todo el mundo, y que más tarde sería por antonomasia el Libertador, en vez de andar callejeando por la ciudad con el mansueto oidor Aguirre y Viana, prefería salir con la resplandeciente Güera por esas rúas desviadas y solitarias, con hierba en las junturas de las piedras

de su pavimento desigual, que es como un florecer del olvido; calles formadas por largos tapiales musgosos de huertas y paredes traseros de las casas nobiliarias y en los que se remansa una paz aldeana.

Entre este sosiego y este bandono, su presencia no daba motivo para revolver la curiosidad. Prefería Simón Bolívar la palabra ágil, liviana de la Güera Rodríguez, haciéndole pintorescas descripciones un tanto absurdas, de lo que veían, a la pausada y sabia del señor oidor don Guillermo de Aguirre, siempre tan reverente y cargado con el solemne pese de cosas graves, eruditas y, por lo mismo, aburridas. Cuando la mano breve y delicada de ella, señalaba algo, parecía que lo que indicaba volviase al punto más hermoso, alegre y exquisito, y si el índice del grave y parsimonioso señor de Aguirre y Viana le apuntaba la misma cosa, antojábasele eso tosco, pesado, carente de gracia y finura. Pero, a pesar de esto, gustaba Bolívar con más goce quedarse con la gentilísima señora para pasar las horas en el desuido de un fácil entretenimiento.

El virrey don José Miguel de Azanza gustaba mucho de conversar con el desenvuelto Bolívar; recibía placer oyéndolo discurrir, siempre con amenidad y soltura, sobre todas las cosas. Convidaba al desparajado Caraqueñito a pasear en su ligero quitrín, lo invitaba a su tertulia, sentábalo complacido a su mesa y no se cansaba nunca de su presencia, y menos aun de su charla ingeniosa, pues era Simón Bolívar afable y gustoso en sus palabras, iluminadas siempre por su mirar risueño, aclarado de alegría.

Pero una tarde en Palacio resbaló lo ameno de la conversación a cosas de la política y ¡qué ideas terribles fueron entonces las que Bolívar sacó a relucir de modo brillante! ¡Con qué habilidad y talento las desarrollaba ante los ojos asombrados, atónitos, de los ¡pucatos tertulios Criticó el régimen de gobierno; los enormes gravámenes que se imponían para llevarse ese díneral a la Corte, no para emplearlo en nada útil para el pueblo, sino para derrocharlo en fiestas y en cosas balafie y tirarlo a manos llenas; los justos derechos de la independencia de América, de la libertad de pensamiento y otros temas vedados no sólo para decirse en público, pero ni en voz baja y tras el alto embozo de la capus y ni siquiera pensarlos a solas.

Nadie en la ciudad se atrevía a comunicarse esas ideas si por acaso las tenían, pues en ese México feliz no podíase discutir nada; aquí lo vasallos del monarca, habían nacido sólo para callar y obedecer, n para discutir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno, como bie claro lo había expresado así el afrancesado y siempre furibundo virre don Carlos Francisco de Croix.



*Jornada sexta*

Se juntó llama  
con flama

Bolívar seguía dando su parecer y con desaprensiva despreocupación, don Miguel de Azanza echó con habilidad la plática por otro apañable sendero y quedóse horrorizado de que así pensara su joven amigo Caraqueñito. "Va este muchacho —se decía con dolor a sí mismo—, por caminos muy extraviados y malos, pues, ¿qué es eso de la independencia de América? ¡Vamos, que no está en sus cabales! no puede es- rlo ese mozo de espíritu tan fino y tan ágil!"

Pero a la tarde siguiente y ante las muchas personas que acudían a tertulia en una antecámara del Real Palacio, la conversación llevada por un inconsciente timidez por alguien, volvió a caer en el sucio hondón de la política de Carlos IV. No le importó a Simón Bolívar ni mucho ni poco la entonada presencia del virrey Azanza, sino de nuevo, con el desenfado de sus años mozos, puso todo su entusiasmo en alabar justificar la conspiración que hacía poco tiempo se descubrió en Caracas y volvió a defender con más ardoroso fervor los justos anhelos de la independencia americana; elogió a los hermanos Ávila por su celo de separar a la Nueva España de la Corona, y dijo después muchas cosas del bonachón Carlos IV, quien ocupaba lugar muy prominente entre los más esclarecidos y mansos cornúpetas.

Todos los apacibles tertulios estaban sin alma, pasmados de la audacia y valor del Caraqueñito. Tenían helado el corazón. Se miraban unos a los otros con asombro, removiéndose en los asientos de daisco. Los dedos tremuletos no podían coger las jicaras de chocolate, siquiera partir los frágiles pasteles, ni los encanelados rosquetitos. Para disimular la turbación se llevaban a los labios la copa con agua fría o ya con clara o rosoli y el fino cristal se entrecrocaba en los dedos por el temblor que le comunicaban las manos; algunos señores, con los dedos agitados, extrañan de sus lindas tabaqueras pulgaradas de nácar que con avidez llevábanse a las narices y casi ni sabían el lugar donde estas estaban; poníanse algunos a oler la canilla de su barrilillo de ámbar y los más, con los finos pañuelos, se enjugaban ya el sudor de la frente o dábanse aire con él porque tenían acaloro el rostro que se les ponía livido. Había toses discretas y discretos chicheos.

Bolívar continuaba hablando con exaltación ardorosa. El virrey don Miguel Azanza con mucha gentileza le cortó la palabra. Se disolvió el acto la tertulia y todos los angustiados señores se fueron a sus casas, llevando muy alterados los pulsos. No podían concebir cómo ese mozo tenía esas terribles solturas de lengua.

El Virrey detuvo al manso y asustado oidor, don Guillermo de Aguirre y Viana, sin hacer aspavientos, pero arqueando las cejas, clara e inequívoca señal del enfado muy quemante que le andaba por dentro, y dijo a Su Señoría que cuanto antes despachara para Veracruz, él sabría cómo, a ese inquieto mancebo de quien ya se habían dado cuenta que era harto peligroso y, sobre todo, era arriesgado que permaneciera más tiempo en la ciudad por la que pronto, sin duda alguna, se pondría a desparramar sus malas y dañinas ideas, que al soltarlas allá en la Metrópoli de fijo que le echarían a la cárcel o fuera del reino como era merecedor, si andaba con esas fantasías de iluso, porque era indiscutible la política sabia y benévola del buen rey don Carlos IV, a quien Dios guardara y prosperara por muchos años.

Cuando esto supo la Güera Rodríguez reía y reía interminablemente de solo imaginarse las aflicciones, sudores, congojas, temblorinas y espantoso asombros por los que pasaron los tertulianos de Azanza, a quienes bien conocía, gentes timidas, indecisas, encogidas. Se burlaba con mucha risa de esos timoratos señores y también le retozaban mil carcajadas al pensar en el circunspecto y paucato don Guillermo de Aguirre y Viana.

Igualmente Bolívar daba en lo risueño demostraciones de gozo. Le reventaban los ojos de alegría. Contó, además, la Güera con el saladisimo donaire que acostumbra, algunas historias e historietas de esos entonados señores cuyas faltas andaban de mano en mano por cantones y estrados.

El oidor Aguirre y Viana, muy espantado, indicó al fogoso Simón Bolívar, con los más suaves y largos circunloquios que encontró, que ya era tiempo de que dejara México y se fuese a tomar el navío a Veracruz, porque según fieles noticias, el *San Ildefonso*, el barco en que llegó a estas playas, iba a anticipar la partida, levando anclas en unos cuantos días y que solo yéndose en seguida podría alcanzarlo, pues ya en las semanas en que había estado en México había visto lo que encerraba esta ciudad de más hermoso y principal.

Bolívar, como que no era torpe, entendió al punto que había vehementes deseos de que se fuese y que por eso era la premura grande con la que lo acuciaba su huésped el Oidor. Comprendió bien que echábanlo del país, aunque con dulce amabilidad cortesana. Ya no fue a ver a nadie y se marchó de México el gallardo mancebo como vino, sonriente y afable. Quedó la Güera en perpetua memoria de él. Tuvo presente las cosas con las cuales ambos a dos se deleitaron. A lo largo de sus años siempre estuvo embebida y regalada con este pensamiento

gradable. Tenía fijos y firmes en el espíritu los hechos y palabras del puesto Caraqueñito. Le quedó memoria de la que no se acaba. Dejéle olivar plantados en el fondo del corazón buenos, deliciosos recuerdos, ue le estuvieron floreciendo toda la vida aromándose las delicadamen-  
a. Recordar es volver a vivir.



*Jornada novena*

De lo humano de  
la ciencia a  
lo divino del amor

ederico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, famosísimo viajero emán; en el mes de marzo, día 22, del año de 1803, arribó a tierras de México. Entró en la Nueva España por el puerto de Acapulco, en donde poco antes habíase celebrado la bulliciosa feria que se hacía en ocasión del ansiado arribo del galeón de Manila llamado la nao de China, que siempre traía en su seno fabuloso, deslumbrante cargamento de sedas y otros lienzos vistosos, lucientes porcelanas, lacas, marles, jades, odoríferas especias. Venía el Barón acompañado de su vivaz bizarro colaborador Aimé Bonpland, de nación francesa. Ambos señores se hicieron a la vela desde Guayaquil en la fragata *Orión*, que lle-va desarbolada, toda maltrecha, por haber corrido gran tormenta, con dos los vientos conjurados en su contra, viéndose así mil veces sumergida debajo de las olas, pero ya con tiempo bonancible enderezó su proa hacia Acapulco en donde en la fecha dicha *ut supra*, tocaron el puerto la deseada ribera.

Embelesado veía Humboldt la imponente belleza y majestad de Acapulco que le enamoraba los ojos; su hechizo le tenía como enloquecido entendimiento. No cabía aquella hermosura prodigiosa en la abstrata imaginación. No se hartaba de mirar hacia todos lados y donde veía las extasiadas pupilas no encontraba más que cosas cautivadoras, aquello sobrepujaba toda admiración.

En el *Ensayo Político sobre el Reyno de la Nueva España*, escribió en el recuerdo de Acapulco vivo y resplandeciente en su memoria, que es: "el puerto más bello de todos los que se encuentran en la costa del Pacífico"; "inmensa hoya tallada en montañas de granito"; "sitio de inimitable aspecto salvaje y a la vez lígubre y romántico, con masas gigantes de rocas que por su forma traen a la memoria las crestas dentadas de Montserrat, en Cataluña, y con costas de roca tan escarpadas que un navío de línea puede pasar rozándolas sin correr el menor riesgo, porque en todas partes se encuentran diez o doce brazas de fondo".

Este andariego trotamundos no era muy alto de cuerpo que digamos, como lo son casi todos los teutones, ni tampoco achaparrado de statura, sino que esta mediaba entre esos dos extremos; delgado sí era, pero recio de miembros, de fuertes músculos, despejada la frente sobre su blancura asolanada y teñida por los recios solos americanos, un largo y flotante mechón rubio que le bajaba con fija permanencia le su espesa cabellera en alboroto perpetuo. Tenía los ojos azules, expresivos, de mirar hondo, escudriñador y reconcentrado; chica la boca: lampiña; las manos grandes.

A la moda francesa del Directorio era su indumento, muy cuidado,

siempre de albeante limpieza, sin mota ni mancha; calzón blanco atacado, casaca de luengos faldones y alto cuello que le llegaba a media cabeza; vueltas blancas con botonadura dorada, blancos también los puños y asimismo el chaleco cruzado; luenga corbata de dogal dábale varias lazadas de las que apenas si sobresalían los picos, tiesos de almídon, de la camisa; botas de piel, lustrosas y volteadas, de aquellas que se les decía federicas.

Llegó Humboldt a la ciudad de México el 10 de octubre del dicho 1803, y lo hospedaron con toda comodidad y aseo en el viejo caserón que llevaba el número 3 de la calle de San Agustín. Allí se le tuvo con mucho regalo y le hicieron todo buen tratamiento. No solo lo agasajaban con comidas magníficas en las casas de los ricos señores, sino que hasta el mismo virrey don José de Iturrigaray lo sentaba a honrar su mesa. Fue con él a visitar en Huehuetoca las importantes e interminables obra del desagüe que iba a impedir para siempre las inundaciones que a menudo padecía la ciudad. A diario le enviaban al agasajado Barón fuentes con la rica succulencia de guisos mexicanos de sabores de maravilla, o con esplendorosa variedad de dulces, o bien con frutas odorantes de estos climas, que trascendían a gloria.

Fue cierta tarde a cumplimentar a doña María Ignacia Osorio y Bello de Pereyra, y en su estrado, de plática, sobre los viajes del andarín Barón con los que andaba recorriendo el mundo, las bellezas sorprendentes de esta tierra de sol, de que la ciudad maravillaba por la benéfica suavidad de su clima, sus alrededores con lindos paisajes de campo y montaña y por ser todo México de admirables palacios, se vino a parar en que deseaba con interés ir a cierto lugar cercano donde le dijeron había una tupida nopalera en la que se creaba la purpúrea cochinilla.

De un extremo de la sala salió la límpida cadencia de una voz, que llegó a sus oídos en sucesivas ondas deliciosas que decía: "Nosotras lo podremos llevar, señor, en el carruaje de la casa, a ese sitio que apetece para que conozca ese animalcillo minúsculo, cuyo cuerpo al restregarse se convierte todo en encendida sustancia".

Quedóse Humboldt maravillado por la sorpresa inesperada de esta como música halagadora y fina. No cabía en sí de admiración el Barón. Preguntó quién era la que hablaba así con acento tan grato que acariciaba el oído con su delicia armónica. La señora de Osorio le contestó con tierna sonrisa de madre satisfecha, que era su hija María Ignacia. Y sí Humboldt se admiró del encanto de la voz, se arrojó más aún con la belleza de aquella mujer que de repente tuvo ante sí. Fue

ello como un golpe súbito de luz que le deslumbró los ojos. Se le duraron algunos días sin poder tornar en sí, como cegado por aquella iminación brusca.

Desde esa tarde el barón de Humboldt y la gentilísima doña María nacía Rodríguez de Velasco quedaron bien amistados. Se juntó estrechamente aquella sabia aridez con este fuego donairoso que calentaba esta la frialdad incorpórea de una ecuación algebraica. Humboldt que aprendió de aquel agudo ingenio con permanentes chispazos de vitalidad y malicia. La Güera contaba entonces veinticinco años de su nacimiento.

Federico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, era un tanto serio, seco, como el género de estudios a los que dedicaba su vida con perseverante afán: estudiar plantas raras, estudiar minerales y piedras preciosas, determinar coordenadas y paralelos, hacer observaciones astronómicas y termobarométricas, sacar la posición geográfica de los lugares en que estaba, la longitud y latitud, y otras cosas así de ajenas.

Salió de su férrea Alemania a recorrer el globo terráqueo para gozar de otra luz, otro suelo y desflorar novedades. Era un atento observador del mundo. Estaba muy lleno de ciencias naturales y de la aridez de las ciencias matemáticas, y, por lo mismo, el torpe idioma de los deleites de la carne era extranjero en sus oídos. Le eran de tedio las cosas naturales.

Pero la muy endiablada Güera Rodríguez tenía recursos magníficos supremos para al más sosegado sacarlo de su paso y adormecer a los percibidos. Aquel que se le antojaba, con cualquier aire lo hacía murmurar de camino. Así es que cuando acordó el grave y estirado don Federico Enrique Alejandro, ya había tomado estrechísima amistad con doña María Ignacia, corriente huracanada. Fue una sirena que le cantó el dejóse perder muy contento, sin amarrarse a ningún mástil como aquel prudente Ulises de la historia.

Como con astucias, embelecos y mañas empezó a picar y a solicitar al serio Barón, cuando éste menos lo pensó, repito, ya andaba con la Güera Rodríguez en muy galanas distracciones de sabroso dulzor. Con sus gracias de esa criatura de pasiones no había firmeza que durase, quería a uno que se le negaba, hacía uso de sus habilísimos recursos y en un dos por tres lo dejaba rendido y rematado. Ponía finas redes a los pies del que pretendía coger y no había nacido aún el que se le escapara. Poseía ingenio y habilidad para la seducción; con un solo intento hacía caer a los virtuosos y hasta a un niño le alborotaba la suadad del alma.

Después de subir y bajar Humboldt cerros altísimos, de trasponer anfractuosas y elevadas cuevas; de andar en recorridos fatigosos por despoblados montes; por agrias sendas de cabras y picudos rollares; después de largas caminatas por escondidos ancurrales; vericuetos y vaguadas; de errar por lugares desiertos y sin carril para informar el ánimo, siempre curioso e insaciable, en el estudio de piedras, de árboles, de yerbas, de flores pinchudas de las de entre peñas; después de ejecutar largos complicados cálculos algebraicos, de sacar niveles, de observar varias alturas de estrellas y distancias lunares; de asistir a los exámenes del Real Seminario de Minería; de estudiar en grandes libros, robustos y copiosos tomos, cuya sola vista infundía respetuoso temor; de revolver en los desorganizados archivos porción de mamotretos polvorosos y arratonados; después de este constante ajeteo de cuerpo y espíritu, preparaba sus largos escritos y trabajos, entre estos *Las Tablas Geográfico-Político de México* de donde salió más tarde el famoso *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, "que ha sido la fuente de todos los errores y de todos los aciertos. Este libro fue el inspirador de Mora y de Alamán, de Zavala y del doctor Mier. Sus páginas animaban a los agentes de Jackson en sus planes de filibusterismo. La obra de Humboldt puso celajes magníficos en las obsesiones insensatas de Napoleón III".

Esas *Tablas Geográfico-Político* las escribía en español perfecto, así como otros de sus libros los compuso ya en francés o en alemán, su lengua nativa. Él tenía que escribir a diario, siguiendo el precepto latino que muchos tenemos por norma inquebrantable: *Nulla dies sine linea*, no dejar ni siquiera un día de escribir aunque sea un renglón.

Aunque era gran caminador y gran estudioso, se le fatigaban carne y huesos, así como el entendimiento y era blanco y suave reposario para su fatiga acercarse a la muy godible Güera que tenía siempre para él mil gracias esparcidas en la boca jugosa, de juguetón donaire. Era una sensación de viento fresco para su cansancio.

Tras de tantos caminos ásperos y fragosos, al lado de doña María Ignacia gustaba Humboldt de la dulzura del reposo, porque pronto, en un decir Jesús, ella le quitaba sus incómodos cansancios y ya era toda aire para ese deleite que trae consigo el amor. Si antes el tieso Barón ocupaba su atención en pedruscos y variados verbajos, en largas y frías ríngleras de números, fórmulas algebraicas y complicados cálculos astronómicos y geométricos, y en atisbar por los cristales de un anteojo teodolito o telescopio, ahora se hallaba bien ocupado, del contenido y hasta un caudaloso gusto le rompía en borbollones o en versos suspirantes de los poetas de sus brunosas tierras germanas. Así días y más



as regalaba el alma y parecía como si estuviese subido en la esfera l sol.

La Güera y el Barón andaban juntos y solos por toda la ciudad; se veía en los paseos muy del brazo en animadas pláticas, muy unidos o las lentas chalupas que bogaban por el ancho canal de la Orilla, hallábanse en el palco del Coliseo, muchas veces las manos en las manos. Con su mutuo embeleso casi no atendían a lo que dialogaban rídicamente los personajes de la comedia, les importaba un comino el ir un que ante su amartelamiento andaba por los palcos, por el patio lunetas y subía hasta la cazuela.

Él, cuando no tenía esas largas comidas a las que lo obligaba asistír pegajosa cortesía mexicana, se sentaba a la mesa solo con la Güera la casa de ésta, quien ponía todos los medios posibles para conseguir deleite y lo lograba muy a su sabor. Ella le hacía el regalo de platos igníficos, condimentados con vieja pericia, y en vajilla que denotaba gusto y dinero de su dueña y cocinados al estilo de acá. O bien se servía al sabio modo francés, que Humboldt amaba tanto, y siempre con buenos y aromosos vinos de España de los que también gustaba mucho el sabio teutón.

A estos lautos banquetes agregaba otro regalo exquisito, el de la música. Tocaba la Güera en el clavicordio magníficas melodías, muy ardidas, que oyéndolas hacían blanda y fácil la digestión más ardua. También cantaba a la guitarra lindas canciones, "con especial donaire", como la Gitanilla de Cervantes, con muy bonita voz, con cuya suavidad recreaba el Barón, y le daba consolador alivio a sus trabajos. "Tocaba la guitarra que la hacía hablar y sabía hacer de ella una jaula de jaros". Si no tenían apetencia de música tramaban pláticas que eran muy pasatiempo deliciosos.

También gustaba mucho la Güera Rodríguez de ir a la casa de Humboldt para continuar placenteras conversaciones y que le satisficiera porción de curiosidades e ignorancias. Le mostraba el Barón sus ros, sus flores y matojos disecados, algunos todavía con el olor suavísimo que tuvieron en el campo; su multicolor colección de mariposas; sus brillantes minerales; animalejos con la exacta apariencia de cuando taban vivos, y pájaros también de versicolor plumaje e innumerables muchas rosadas, azules, verdes, de vivos tornasoles y de todos los mares, todo ello recogido con incomparable paciencia en cuatro años de osas expediciones por la América meridional.

Las explicaciones justas y sencillas que daba el Barón, la Güera las escuchaba con atento interés y hasta saboreábalas como si le estuviese

diciendo delicadezas, gracias y divindades. Esas enseñanzas no las encontraba aburridas doña María Ignacia ni intrincadas, ni oscuras, sino antes bien claras y transparentes. Lo arduo se volvía fácil y diáfano al pasar por los labios sapientes de Humboldt, pues deslindaba las cosas magistralmente. En todo iba mostrando las excelencias de su saber.

Igualmente le agradaba mucho a doña María Ignacia que su docto amigo le enseñase sus aparatos científicos y le diera pormenorizadas explicaciones para lo que servía cada uno de ellos y cuál era su manejo. Y como si la dama viese lindas joyas o leves encajes y telas suntuosas para sus vestidos, se deleitaba ante aquellas cosas de extraño mecanismo y para cada una de ellas tenía una clara lección aquel hombre sapiente. Eran los sextantes, niveles de todos tamaños con su inquieta burbuja, círculos repetidores de reflexión, teodolitos, cronómetros, anteojos, glafómetros, brújulas, magnetómetros, barómetros, higrómetros, clinómetros, termómetros, sondas termométricas, escuadras y cadenas de agrimensor, anemómetros, patrones métricos de cristal y de latón para verificar las medidas de longitud, pantógrafos, planchetas para sacar y medir ángulos.

En diciembre, día 9 y año de 1803, con solemnidad y gran festejo, se descubrió en la Plaza Mayor la estatua ecuestre del rey don Carlos IV, obra suprema de don Manuel Tolsá, "el Fidias valenciano" como se dio en llamarle en aquellos días de su gloria. El sinvergonzón del virrey don Juan de la Grúa Talamanca y Branciforte, fue el que tuvo la idea adulatoria de erigir ese monumento al paciente soberano y mientras que Tolsá se dedicaba a la improbable tarea del cincelado y pulimento que vino a durar catorce largos meses después de la perfecta fundición, hasta no dejarla de todo a todo limpia, se puso provisionalmente en un hermoso pedestal un bulto hecho de madera y estuco dorado para solemnizar los días del natalicio de la reina doña María Luisa de Parma.

Siete años después en que quedó esplendorosamente terminada la estatua, se dispuso inaugurarla en la fecha que he dado *ut supra*. Estaba cubierta con un amplio velo rojo en el centro de un ancho recinto limitado por alta balaustrada de piedra con cuatro elevadas puertas de hierro de primorosa hechura, obra del metalista Luis Rodríguez de Alconedo. Hinchía la plaza de mar a mar, enorme muchedumbre bulliciosa y alharaquenta. Si se intentara meter entre ella un alfiler no hubiese cabido. Ventanas, balcones y azoteas desbordaban de gente curiosa en un rumor encesante de conversaciones.

Había multitud de damas y señores de las más altas casas de México, con gran boato de trajes, en las ventanas y extensa balconería del

Real Palacio que ondulaba de tapices y terciopelos colgantes. En el balcón principal destacábase Su Excelencia el virrey Iturrigaray con la reina, doña María Inés de Jáuregui, rodeados entrambos de entonados dignatarios palatinos, oidores, señoras principales y caballeros de leurnia, sedas joyantes, encajes, galones, perfumes, plumas multicolores y la pedería de las alhajas brincando en mil iris de luz.

Allí se encontraba satisfecho el barón de Humboldt con doña María Ignacia Rodríguez de Velasco llena de vivo destello de las joyas y errocchando la gracia de sus mejores palabras. Encantados estaban los ojos de ver la abigarrada muchedumbre, palpitante y sonora, llena de febre de impaciencia. A una señal del Virrey y como si fuese un resorte exacto, se rasgó en dos el velo colorado que cubría la estatua, que uedó desparramando reflejos en medio de la mañana azul llena de sol. A ella se enfocaron todas las pupilas. El gentío estaba como atenazado en un asombro quieto. De pronto estalla el apretado trueno de los aplausos. Era una onda larga de ovaciones que extendíase hasta muy lejos. En ventanas, balcones y azoteas había una blanca agitación de añuelos al viento.

Rompíó el limpio cristal del aire el humeante trueno de diez piezas de artillería, unánimemente disparadas. Luego el fragor de las tupidas alvas de los regimientos de la Nueva España, de Dragones y de la Corona. Y al terminar este gran ruido se alzó al cielo un agudo estrémito de clarines y el ronco estruendo de los parches y atronaron los estívos repiques de las campanas de la ciudad entera que envolviéronse ampliamente en su música y la tornaron toda sonora.

Se abrieron las cuatro anchas puertas de la elipse y el oleaje humano se precipitó por ellas como un agua tumultuosa y contenida a la que le alzan las compuertas para que corra libre. Lenó el ambiente un apretado rumor de comentarios henchidos de admiración. Todo en la muchacha plaza eran pláticas y algarabios. Un oleaje de rumor creciente.

Antes de descubrirse la estatua, hubo en la Santa Iglesia Catedral gran solemnidad, ofició la misa de pontifical el arzobispo don Francisco de Lizana y Beaumont, y se cantó un solemne tedém por la capilla catedralicia con el acompañamiento de la vasta polifonía del órgano. Asistió a esa función solemne, llena de infinitas luces de velas y de cirios y con mucha plata en el altar, no solo toda la clerecía, sino multitud de frailes de todas las religiones, y con los señores virreyes, lo más principal de la ciudad.

Enseguida toda esa vistosa concurrencia se trasladó al Real Palacio para ponerse a sus ventanas y balcones mientras sonaba el amplio gozo

de un repique a vuelo y entre él había un estremecido son de brillante trompetería. Poco después aquel elegante señorío tronaba de palmoteos entusiastas en una agitación de manos enojadas.

Formaron calle los vistosos alabarderos —color blanco con oros y vivos encarnados—, para que pasaran Sus Excelencias los señores virreyes con su largo séquito a ver de cerca el magnífico monumento, obra creada por un magno artífice español de Valencia. La Güera Rodríguez iba feliz del brazo del barón de Humboldt. Encareció el Barón el crecido mérito y belleza de la estatua. No debía de celebrarla con amplísimas alabanzas. Todo él se convirtió en aplausos. Habló después, encantando a todos los que lo oyeron, de las grandes estatuas ecuestres que había visto y admirado de sus andanzas por el mundo, en nada superiores a esta magnífica de Carlos IV, sino de igual valor, la del condotiero Bartolomé Colleone en la acuática Venecia, modelada por Andrés Verrocclio; en Padua, la de Erasmo Gattamelata, obra de Donatello; la del plo Marco Aurelio que se yergue en el Capitolio romano. También alabó el Barón la sencillez armoniosa del pedestal que sustentaba el bronce heroico del rey Carlos IV vestido, o más bien dicho, desvestido a la romana, y coronado, pero no como siempre lo estuvo en vida con largos y puntiagudos adornos debidos a las gracias exquisitas de su fogosa mujer, sino que aquí le puso don Manuel Tolsá simbólicos laureles. Hay más laurel en la real testa que los que necesita una hábil cocinera para condimentar un buen número de guisados de carne.

Pero la perspicaz y suspicaz Güera Rodríguez en el acto le vio al caballo un defecto mayúsculo y capital en el que nadie había hallado faclias ni menguas, sino que muy al contrario, encontraban en el corcel todo perfecto y todo en su punto y medida. Con la mayor gracia del mundo dijo que estaban a igual altura lo que los hombres, equinos y otros animales, tienen a diferente nivel. Su experiencia personal le enseñó esto de los didimos, cosa en la que no reparó al insigne valenciano Tolsá.

En seguida, para completar cumplidamente el festejo, hubo gran besamanos en Palacio, con magníficos frescos, exquisitas suculencias que salieron de los conventos de monjas. Después, banquetes, paseos públicos de gala en la Alameda y en Bucareli, iluminaciones, corridas de toros, lindas comedias en el Coliseo. Hubo un alambicado certamen literario que abrió con excelentes premios el ampuloso y atisonante canónigo don José Mariano Beristáin de Sousa, al que concurren numerosos poetas de musa estíptica con versos de enrevesado lenguaje y pe-

adísimos como el plomo y ni Cristo que lo fundó entendiera semejante rígonza. Siete años antes este campanudo señor Beristáin, cuando el irrey Branciforte descubrió la dorada estatua provisional, oró un sermón muy hinchadísimo, ostentosamente exornado con la tremenda riqueza de su hiperbólica literatura. Se le llamó el *Sermón del Caballito*.

Además, el señor Arzobispo hizo el buen regalo de un peso de plata vestido nuevo a doscientos niños pobres. El oidor decano, don Cosme e Mier y su esposa, doña María Iraeta, convidaron a don Manuel Tolsá junto con su mujer, doña Luisa Sáenz, a ir con ellos en coche al aseó público en donde fueron aclamados, y por la noche les ofrecieron un lautó banquete con muchos platos, todos ellos de suculencia extraordinaria, y con gente de alto porte para honrarlos al lado de tan exímio artista. El oidor regaló a Tolsá con un gran tejo de oro de quince arcosos.

A toda esta larga y vistosa serie de festejos no faltó, ¿cómo iba a faltar?, la Güera Rodríguez en la buena compañía del barón don Alejandro de Humboldt y en todos ellos era el centro precioso y vital que atraía las miradas como un imán de poder irresistible, a cuya fuerza misteriosa nadie se podía sustraer.

Humboldt y doña María Ignacia casi no se apartaban, eran dos en una voluntad. Eran por unión un cuerpo y un alma. Experimentaban trambos soberanas dulzuras con estar juntos, bañábanse en los deleites de la vida y nadaban en las aguas de sus gustos propios. Solo andaban en seguimiento de sus contentos y apetitos, pero todo pasó como or, que no dura. Tuvieron remate y fin sus contentos. El barón Federico Enrique Alejandro de Humboldt, que era como optimante del Recicimiento, salió de México, lo que fue fin ideal a sus gustosas y largas tripeccias con la Güera Rodríguez. Ambos se echaron los dos brazos y desenlazarse de aquel estrecho abrazo, se alejó el Barón a todo paso, la lo seguía con los ojos hasta no perderlo de vista y él volvió atrás muchas veces la cabeza. Ese adiós fue arrancárseles el alma y partírseles el corazón.

Escribe la célebre escocesa Frances o Fanny Erskine Inglis, que después fue la marquesa de Calderón de la Barca, que el Barón de Humboldt más se enamoró del talento que de la belleza de la Güera Rodríguez, "considerándola como una especie de Madame Staël de occidente, todo esto me induce a sospechar que el grave y sesudo viajero estuvo bajo la influencia de la fascinación que ejercía la joven que ni las minas, ni las montañas, la geografía o geología, ni las muchas fósiles, ni piedras calizas de los Alpes (*alpenkalstein*), le em-

bargaban de tal manera que no pudiese concederse a sí mismo el placer de un ligero stratum de coqueteo. Es un consuelo el pensar que «algunas veces hasta el gran Humboldt dormía».

Fue para él la singular Güera Rodríguez un breve y tórrido relámpago que le iluminó sus días y también se los quemó con delicia inefable. Subió de lo humano de la ciencia a lo divino del amor.



*Jornada décima*

Conspiraciones,  
inquisidores, destierro  
y otras cosas

Si los alegres devaneos, siempre de mucho brío, de la Güera Rodríguez, no eran mal vistos en aquella sociedad exigente, y pecata, o, al menos, se les tenía suave tolerancia, y hasta, acaso, levantaban algunas envidias en el alma de tal o cuales señoras encopetadas, de las de gran recato, que muy en lo íntimo de su ser las alimentaban porque creían también ser buenas merecedoras del disfrute de un amor prohibido, y que, por lo mismo, era de un sabroso agredirle; en cambio, la alta sociedad virreinal no le toleró nunca a doña María Ignacia Rodríguez de Velasco el desentono de ser libre propagadora de la independencia desde que el cura don Miguel Hidalgo y Costilla la proclamó, hasta que fue consumada por don Agustín de Iturbide, brillante aristócrata criollo.

¿Cómo una señora —decían damas y caballeros de los que bullían elegantes en torno de doña María Ignacia Rodríguez de Velasco—, cómo una señora de tan altas prendas y elevada prosapia que tenía allegado parentesco o al menos era muy de la amistad de lo más ennobrecido de la nobleza mexicana, amiga predilecta del virrey y que concurría, sin faltar a ninguno, a sus lucidos saraos en los que era el centro vivo y luciente de la gracia y en los que su belleza y refinado lujo ponían en todos los ojos un deslumbramiento inevitable; cómo se atrevía, sin recatarse de nadie, a ser del sucio partido de los malditos insurrectos que deseaban malamente la separación de México y España en la que como un sol estaba fulgiendo el generoso rey don Fernando VII que solo gobernaba con sabiduría y dulzura paternal, no mirando sino por acrecentar, con especial empeño, los beneficios de sus muy amados súbditos los americanos?

¿No salía la bulliciosa doña María Ignacia de las espléndidas casas de los marqueses, de los condes, de los duques, de las de los oidores, de los oficiales reales, de todas las de los ricos, caballeros de pro. El señor virrey la recibía con agrado; era deudo suyo un inquisidor; el arzobispo se recreaba gozosamente en su amistad; frecuentaba a varios canónigos, a los prelados de las religiones, a una infinidad de frailes y clérigos, mansuetos unos, otros de mucho brío y sapiencia, y delante de todos estos personajes, así como en cualquier parte, celebraba siempre con el brillante desenfado que le era ingénito, las hazañas de los insurrectos y les cantaba entusiastas loores en los oídos de todos.

Mirábanla con asombro y admirábanse de verla que sacase de su boca esas amplísimas alabanzas y que se embraveciera contra aquellos que los combatían y les cantaba el salmo de la maldición. Eso era el espanto de todo el mundo. Decir mal de los realistas era ser despreciado. Era extraordinario el pánico que causaba semejante proceder de la

Güera Rodríguez, pues todos los ricos y los de alto linaje, eran realistas por firme convicción y no afectos, ¡horror!, a las desordenadas chusmas insurgentes, a las que no veían sino con asqueroso espanto porque no andaban, declan, más que en desafortadas rapiñas, incendios y matanzas.

Los adinerados, los de prosapia y otra gente de ese tono, no se explicaban el caso bien extraño, de por qué una persona inteligente, de la juosa aristocracia, con buena fortuna inmobiliaria, fuera adicta con fidelidad a esa gentuza desmandada y cruel, y pensando en esto quedábanse confusos y perplejos, atados de razones. Era clima de los optimates de México despreciar con detestación a los insurgentes y decir de ellos las peores abominaciones; su alabanza era solo cosa de plebeyos, de insignificantes, de gentea ruín del estado llano, aunque esta tuviese riquezas o letras divinas o humanas, adquiridas ya en el Seminario Tridentino, bien en la Real y Pontificia Universidad. Esos mal nacidos eran más que traidores a su rey y merecían, como tales, ser quemados con leña verde y aventadas después sus cenizas a todos los vientos.

La Güera Rodríguez, con su fértil desparpajo, ensalzaba dondequiera con encarecidos elogios al cura don Miguel Hidalgo, a don Ignacio Allende, a los Aldama, don Juan y el licenciado don Ignacio, y a los hombres denodados que andaban peleando contra el régimen español para hacer libre a México, y decía lindezas contra esa vil alimaña de Fernando VII, vergüenza de la humanidad. Oyéndole esas cosas contra ese insigne bribonazo, la gente tímida levantaba muy compungida los ojos al cielo y santiguábase tres cruces con el espanto untado en el rostro por escuchar esas dicitades irrespetuosas, dedicadas a su soberano, a quien, indudablemente, allá en lo más hondo y escondido de la conciencia, tenía cada cual el firme convencimiento de que ese ser era una indigna, siniestra, infame y muy despreciable criatura, un "marrajo", como delicadamente lo llamaba su madre, la ardorosa María Luisa de Parma. Todas esas damas y caballeros se asustaban más, mucho más, de oírle decir a la Güera ingeniosas malediciencias contra ese sucio mentecato, que de las turbulencias de esa inflamable señora.

Es cosa bien sabida que el cura Hidalgo era de gran sociabilidad, amigable y comerciable con todos, posela buena conversación y un exquisito don de gentes, todo lo cual hacía conquistar buenos, excelentes amigos por todas partes. Algunas de las amistades que cultivaba con especial esmero en provincias, eran como la del tercer conde de Sierra Gorda, que era el canónigo don Mariano Timoteo Escandón y

Llera, don Manuel Abad y Queipo, gobernador y vicario capitular de la diócesis de Michoacán y considerado como su obispo, el intendente don Juan Antonio Riaño, el riquísimo don José Mariano Sardaneta y Llorente, marqués de Rayas, don Juan Vicente Alamán, y su esposa, doña María Ignacia Nepomuceno Escalada, entonces padres de don Lucas el gran historiador, don Juan Moncada y Berrio, marqués del Jaral de Berrio, don Francisco de Paula Luna Arellano Gorráez Malo y Medina, mariscal de Castilla, fastuoso señor, salaz y nigromántico. Hay que añadir a esta enumeración de próceres, algunos muy especiales, residentes en la ciudad de México, tales como el conde de San Mateo de Valparaíso y varios otros miembros de la nobleza, y la famosísima Güera Rodríguez, la que, ya con alabanza y con censuras, andaba en las lenguas de todos.

Es casi seguro que el sutil don Miguel Hidalgo, en sus viajes a la capital, no dejaba de hacer interesadas visitas a esta dama como las hacía a muchos otros señores de casas principales, y que en ellas, con su perspicaz e ingeniosa habilidad, procuró atraerla a la noble causa de la que sería el principal caudillo, toda vez que doña María Ignacia Rodríguez de Velasco empezó a dar buena ayuda en dinero antes de la proclamación de la independencia, la que causó tantísimo alboroto en todo el reino.

Ya puestos de acuerdo Hidalgo y Allende en llevar a cabo la lucha y en plena connivencia con los conjurados de San Miguel el Grande y los de Querétaro, no solo procuraron con el mayor empeño y sigilo hacer abundante aprovisionamiento de armas, municiones y de toda suerte de pertrechos de guerra, sino reunir fondos para las primeras necesidades de la lucha que iban a emprender, y el propio Allende determinó dedicar a este objeto todos los productos de un molino harinero que era de su propiedad en los alrededores de Querétaro. Por cierto que la vigilante atención de maquilas y otras cosas atañederas al negocio, le servía al Capitán de buen pretexto para encubrir sus frecuentes viajes a aquella ciudad con la mira principal de estar siempre en contacto con las recatadas juntas conspiradoras.

El cura Hidalgo, a quien desde estudiante, con atinado apodo, llamaban *El Zorro* por lo ladino, sutil, astuto y pronto para advertirlo todo, había procurado atraer, entre otros, a Juan Garrido, tambor mayor del batallón Provincial de Guanajuato. Este tímido sujeto, lleno de temeroso miedo, se denunció a sí mismo el 13 de septiembre de 1810, como complicado en el movimiento liberador, con el especial encargo de seducir a sus compañeros de armas y que para esta faena el Cura le entregó

competente cantidad de dinero, la que Garrido mostró íntegra, sin nada faltante, para que se viera que no decía embustes, pues dijo que abominaba la mentira por ser temeroso de Dios y de sus santas leyes.

El intendente de Guanajuato, don Juan Antonio Riaño, no creía en el levantamiento de su buen amigo don Miguel Hidalgo, pero le dio crédito a esa noticia por el contenido de unos irrefutables documentos que le mostró el capitán del ya dicho Batallón Provincial de Guanajuato, don Francisco Bustamante, y entonces convenció fácilmente a Juan Garrido con la amenaza de mandarlo matar si no aceptaba al punto de ir como espiá al pueblo de Dolores para traerle amplios y verídicos datos, con fundados testimonios, de lo que allá se tramaba y hacía.

Garrido, como era natural, accedió de mil amores, a ocuparse en lo que se le pedía, ya que se emplearon tan excelentes y efectivos argumentos para persuadirlo totalmente. Es muy eficaz manera avisar con el castigo.

Fue a Dolores con toda prisa e hizo buena caza de noticias fidedignas que en seguida y corriendo vino a Guanajuato a poner en los oídos del incrédulo intendente, con los que ya salió este señor de sus dudas y llegó al convencimiento. Ya tuvo certidumbre infalible.

Refirió de manera pormenorizada el tambor Garrido que Hidalgo era la cabeza visible de la facción y quiénes eran los principales inodados en el plan de independencia; que había almacenadas gran cantidad de armas punzocortantes; que doña Ignacia Rodríguez, conocida por la Güera Rodríguez "famosísima por su extraordinaria belleza" y que vivía en la ciudad de México, "daba dinero para la revolución", y que, por último, "la invasión debería empezar el día primero próximo de octubre, por Querétaro o Guanajuato, llevando los sediciosos un estandarte con nuestra Señora de Guadalupe para alucinar al pueblo". Esto declaró de palabra Juan Garrido, pero todo cuanto fue refiriendo se le tomó circunstancialmente por escrito y este documento importante lo publica don Luis Castillo Ledón en su magnífico libro *Hidalgo*. Allí puede verse y leerse.

Una vez dado el "grito" doña María Ignacia fue citada a la temerosa Inquisición por la denuncia del cobarde espiá Juan Garrido, a responder de los cargos que le hacía, el "en teoría Tribunal de la Fe, pero la realidad, extraordinariamente nacionalista," que ya desde principio del reinado de Felipe II estaba "identificado en demasiadas ocasiones con la voluntad del Rey, hasta el punto de convertirse a veces en instrumentos de éste, para fines que no afectaban la religión y cuya religión con ella había que forzar o, francamente, inventar".

La Güera Rodríguez no se alteró ni en lo mínimo con esa cita. A cualquiera otra persona se le hubiese helado el alma, llenándosele de temblores, pero ella se quedó muy ufana y sosegada como si una amiga suya le hubiese convidado a tomar en un estrado una jicara de chocolate. Presentóse en la temible "casa de la esquina chata" más campante que nunca, con el rostro muy arrebolado y compuestos los rizos. Iba bien vestida y vistosa, ataviada con el refinado lujo que tenía por costumbre usar. La fuerte seda de su ampulosa falda susurraba alegre al cruzar por las apenumbreadas estancias, llenas de grave silencio y de muebles oscuros, austeros, espectrales en aquel ambiente sombrío, parece que tenían ceño y efluían en las anchas y frías cámaras, algo temeroso, un espanto perturbador.

Y los retratos de personajes de otros tiempos que honraban las paredes, con rostros amarillos o de palidez plomiza, que descubrían cólera fácil o altivo menosprecio, desde lo alto de sus marcos dorados veían con sus ojos inmóviles, con miradas ya ásperas o soberbias, aquella donairosa señora que ante ellos pasaba sonriendo con deliciosa gracia entre un amplio rumor de sedas agitadas. Si por alguna milagrosa casualidad rompieran a hablar los torvos varones y le dirigieran la palabra a esa dama gentil, llena de donaire, no lo harían, ciertamente, con enérgicas voces en consonancia con su ceño hosco, sino que le dirían frases amables, llenas de sosiego y amor.

Se plantó la Güera ante los inquisidores muy garbosa y decidida y después de pasarles la vista junto con una sonrisa, les hizo larga reverencia como si fuese el atroso remate de una figura de pavana, de gallarda o de ceremonioso minué. Desplegó en seguida la pompa multicolor de su abanico de nácar y empezó a agitarlo frente a su pecho con lenta y suave parsimonia, con toda la tranquilidad del mundo. Volvió a sonreír con apacible encanto. A cada contoneo de su talle despedía una fragancia almizclada y oriental.

Ya que los graves señores no se la ofrecieron, tomó una silla con todo sosiego, se sentó y se puso a arreglar los múltiples pliegues de su traje y cuando terminó con esta faena elegante, subió sus manos, mórvidas, afiladas y breves, en las que había sortijas fulgurantes, a componer el cabello, no porque estuviese en desorden, no, sino por frívolo prurito de vanidad exhibita, para lucir su niveo encanto y el pulido donaire de sus movimientos; después las bajó y las puso, como descansando unos instantes, en el enfaldo de su vestido y en seguida, tomó de nuevo una de ellas el vérsicolor ventalle y se dio a abanicarse con pausada delicia, muellmente. El vigor jamás hufa de su ánimo. En aquel

pesado silencio se oía el repetido choque de las varillas de nácar sobre las joyas que adornaban su pecho.

La audacia de la elegante señora pasmó a los severos varones que la iban a juzgar por nefandos delitos, por que se imponían recios castigos y cárceles perpetuas. No los temía la Güera, no era medrosa ni cobarde, sino antes bien muy decidida; hombres muy de pelo en pecho en esa sala y ante esos señores hoscos, de negras vestiduras y altos bonetes de pico, ya se estaban rezumando de miedo, y aun antes de entrar en la anchurosa estancia, hallábanse ciscados y temblando del temor que iban a tener. La Güera Rodríguez no se arredraba con nada, ni ante nadie se le vio inmutarse; así es que encontrábase en aquel lugar, ni temerosa ni falta de ánimo y vigor. No tenía ningún desasosiego, el susto no entraba en su corazón. Pisaba siempre de valentía.

Aquello para la desaprensiva señora no eran sino coces y asombros de niños y ella no se embarazaba con semejantes cosas. La Güera, como se dice de los miedosos, no había comido liebre ni mucha gallina. Era doña María Ignacia de recio ánimo, no se alteraba fácilmente con temores, en ninguna ocasión perdía sus bríos. Jamás fue pusilánime ni de afeminado corazón.

Uno de los austeros jueces era muy conocido porque dizque quiso tener con ella retozones deslices; otro de aquellos rígidos jueces era su allegado y ella le sabía bien algunas ocultas y sabrosillas trapisondas con las que decoraba el acético rigor de su vida solitaria. Así es que los tres señores de imponente rigidez con sus negras gramallas, tras de su amplin mesa encubierta de rojo damasco, con su crucifijo y sus dos candelabros, que a los muy hombres les helaban la sangre, poniéndolos en gran espanto, no eran para la Güera Rodríguez sino vientos y espantajos de niños y de bestias asustadizas.

Les atronó las orejas al preguntarles, con la mayor naturalidad del mundo y gran dulzura en la voz, si ellos que eran esto y lo otro, y lo de más allá, y que habían hecho tales y cuales cosas, ¿serían capaces de abrirla causa y de sentenciarla? Y esto y lo otro y lo de más allá y aquellas cosas lindas y apetitosas que habían ejecutado, se las soltó con nimios detalles que dejaron turulatos a los tres señores, y una a una se las fue enumerando con brusquedad, sin cuidados eufemismos, ni suavidades emolientes. Bien claro les descubrió sus grandes secretos y les manifestó que habían cundido por trescientas partes y, con toda frescura, les empezó a quitar el embozo a sus recatados encubiertos. En los tres graves varones puso, sin reparo, la graciosa y perversa malignidad de su lengua, que les encendió los rostros como si les hubiesen arrimado una roja bengala.

Sus Señorías estaban atónitos, con la boca enmudecida y los ojos en gran expectación, porque aquella desvuelta señora estaba dando a conocer a uno y otros las lindezas que cada quien creía tener muy escondidas, siete estados bajo tierra. Todos sus galanes divertimientos estaban allí, con muy picantes añadidos que los ruborizaban, y su temor se entremezcló con enojo cuando les dijo la Güera Rodríguez con el lindo rostro bañado en la luz de sus sonrisas, que los gustosos vicios que tenían eran ya públicos y notorios y se contaban por las plazas y sobre ellos se componían coplas y decían donaires, pero que estaban en lo justo de hacer lo que hacían porque las bestias apetezen su propagación. Los derribó con la filosa espada de su lengua.

Salió muy airosa la dama dejando en el temeroso y vasto salón de audiencia el fulgor de su sonrisa y la suave delicadeza de su perfume. Ya en la puerta por la que se accedía a este tétrico recinto, se volvió llena de gracia e hizo una larga reverencia, ante el asombro de Sus Señorías, todos descoloridos y trémulos. Abrió de nuevo su policromado abanico de descubretalle y se fue firme y altiva, dándose aire con mucha gentileza entre el vasto fruífrú de sus sedas que sonaban armoniosamente con la euritmia de su andar.

Lo que pasó en esta audiencia tan de secreto, no sé cómo se puso pronto a la publicidad. Empezó a susurrarse, con mucho misterio, de un oído a otro. Pero un secreto dicho en secreto a uno, se descubre en secreto a otro y de los dos secretos resulta uno no secreto que empieza a esparcirse y pregonarse con el adorno de muchos añadidos.

Así, a este suceso chistoso cada cual que lo escuchaba agregábase flecos, borlas, volantes, nil faralaes y ringorringos; de boca en boca, fue creciendo la sabrosa historia de la que todo el mundo hacía comidilla y burla con mucha risa y por dondequiera era llevada en chacota. Los austeros señores de la Inquisición, de quien ya todos descreían, fueron alguacilados como el alguacil del cuento.

Para definir en este tiempo lo que era el Santo Tribunal de la Fe se decía:

*¿Qué cosa es Inquisición?  
un Cristo, dos candeleros,  
y tres grandes majaderos,  
esta es su definición.*

El proceso, iniciado con lentitud calmosa, "rayó en lo jocoso".<sup>1</sup> Inter-

<sup>1</sup> Esta frase es de don Manuel Romero de Terres y Vinent, marqués de San Francisco. Está en la página 227 de su *Ex antiquis*.

vino con su suave benevolencia el bonachón arzobispo- virrey, don Francisco Xavier de Lizana y Beaumont, para que ya dejasen de ir y venir por la ciudad aquellas cosas regocijadas que cada quien creía con beneplácito a la calle. El arzobispo- virrey condenó a la Güera Rodríguez a destierro: tendría que irse a Querétaro por breve tiempo. Esa fue su rigurosa justicia. No tenía mayor importancia el castigo de alejamiento de la ciudad de México que se le impuso, leve pena, tal como se manda a un niño travieso que permanezca un rato de pie en un rincón.

Pero la donairosa dama, antes de partir al lugar quieto y levítico, designado para su castigo, anduvo con malignidades irónicas muy salidas despidiéndose de sus numerosos amigos, tal como si fuese a emprender largo viaje a ultramar. Con su lengua que de tan filosa que era cortaba ella de vestir, hería sin cesar los hechos, nada unciosos, de los inquisidores, sanitarios de la fe, que, tan viejos como eran, parecía cosa de mentira que tuviese aún en la sangre rijosos fervores de juventud. Telarañas con vida.

En todos los estrados en que tomaba asiento doña María Ignacia, acudían a su boca palabras murmurantes y maliciosas, ya entre olorosa sopa y sopa de chocolate, o ya entre trago y trago de rosoli, de clara o agraz, con que le regalaban la vista, y un murmullo picareesco zigzagaba a través de la concurrencia. Con mucho gracejo le minaba la honra y fama a cada fogoso inquisidor, pues el que se la hacía a la Güera no se escapaba del sutil azote de su lengua. Sus dichos se los celebraban todos los de la elegante tertulia con jocunda alegría, nutriéndose con gran placer, considerablemente, de prójimo. En todas las casas a las que concurría, dejaba con desvuelta brillantez claras memorias de su ingenio.

No solo esta vez anduvo en la Santa Inquisición el nombre, famoso y de estruendo, de la Rodríguez de Velasco, sino que antes sonó en sus estrados. Don Mariano Sánchez Espinosa de Mora Luna y Pérez y Calderón —tomad resuello para decir esta cáfila de apellidos—, conde de Santa María de Guadalupe del "escuadrón de patriotas distinguidos de Fernando VII", era un cotorrón. Dice *Facundo*, seudónimo bajo el que escribió el observador y curioso don José Tomás de Cuéllar la extensa serie de sus libros costumbristas de *La linterna mágica*, en el tomo X que lo forman *Artículos ligeros sobre asuntos ascendentales*, que los señores que no tenían nada que hacer, que oían misa todos los días en el Señor de Santa Teresa y visitaban a Nuestro Amo, que paseaban en coche y se recogían temprano, eran llamados en tiempo de la Güera Rodríguez "cotorrónes". El conde este era un "cotorrón de los que



creían que no les ha alcanzado la *malición del trabajo*, y están listos para morirse a cualquier hora que se ofrezca."

Estaba este señor timorato y tolondro, lleno de mil escrúpulos ridículos y ajenos de razón. Todo se le hacía pecaminoso y protervo a esta estólida rata de sacristía, y sin que el caso le fuera ni le viniera, ni al necio tontón le importara cosa alguna, creyó era negocio digno, a su parecer, de grande consideración, y para salir del horrendo pecado en que había caído por ver, ¡horror, santo cielo!, lo espantoso que vio y salvar así a su pobre alma de las lumbres del purgatorio, fue de prisa y corriendo, casi desolado, al Oratorio de San Felipe Neri a buscar al preposito de este instituto, doctor don José Antonio Tirado y Priego, comisario del Santo Oficio de la Inquisición.

Ya ante él dijo el conde bobalías que iba a hacerle una muy importante denuncia y entonces le presentó llamado al doctor don Juan Bautista Calvillo, presbítero del mismo oratorio, para que sirviese de notario en las diligencias que se harían en la acusación que iba a presentar el conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco — que era esto lo que, acaso, tenía en vez de sesos el tal zonzorrión—, en virtud, dijo, de la cosa horrenda que habían contemplado sus pobres ojos mortales que se había de comer la tierra no supo cómo no cegaron al ponerlos encima de aquella nefanda espantosidad. Al decir esto se daba furibundos golpes de pecho y después se santiguaba.

Con aquellos largos espavientos, aquel azoro y temblor, creyeron los filipenses que el conde iba a delatar un horrible delito contra la fe, del que no se podía hablar sino con repugnancia y horror, y preguntando para qué había pedido esa audiencia, dijo, que después de jurar y perjurarse por Dios Nuestro Señor y la Santa Cruz, que hizo con los dedos de su mano, que iba a decir la pura verdad y que, además, guardaría el secreto:

—Que estaba presente en aquel bendito lugar "para denunciar al Santo Oficio un retrato en cera del medio relieve que representaba a doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, viuda en segundas nupcias de don Juan Ignacio Briones; el cual llevó a la casa del denunciante su autor don Francisco Rodríguez, fabricante de los dichos retratos, que vive en la calle de la Amargura No. 10. Que no se acuerda del día pero que si fue en la semana de este mes que comenzó el día siete, después de la oración de la noche, estando el exponente en su gabinete en compañía de la señora su esposa, la prima de esta, doña María Manuela Sandoval y Moscoso. Que aunque el citado fabricante llevaba otros retratos, el de la Rodríguez solo lo enseñó al declarante con reserva, y

los demás también a las otras, que manifestaron escandalizarse de los de la Panes, y una de Valladolid (que no sabe quién es), porque los pechos estaban muy descubiertos. Que el de la Rodríguez los tenía enteramente de fuera, de suerte que hace memoria el declarante, aunque no puede afirmarse, que se le veía el ombligo. Y porque cree no haberse explicado bastante, dice: que el retrato era de medio cuerpo, y todo él estaba desnudo y aun sin camisa hasta el estómago, en donde comenzaba un drapico azul hacia lo inferior. Que preguntando el declarante para quién era este retrato, respondió el autor que para la misma Rodríguez retratada. Que no es este el único retrato indecente que ha fabricado el citado don Francisco, pues el declarante ha visto muchos y entre ellos el de la señora Mariscal de Castilla, los cuales son para la mayor parte como los que ha referido antes de la Panes. Que el dicho fabricante Rodríguez, contó al que declara, ya que el señor Inquisidor Prado, había hecho pedazos otro retrato de la misma Rodríguez fabricado por él".

Y con todo esto que soltó el zoroelco conde Santa María de Guadalupe del Peñasco, sintió un dulce descargo en su conciencia atribulada, un bienestar incomparable, respiró hondo y acentuósele el alivio. Pero se le volvió a preguntar "por las señas y demás del denunciado" y dijo:

"Qué le parece es mexicano, y sabe que es casado, aunque ignora quién es su mujer; que será de veinte y tantos años, blanco, bajo de cuerpo, delgado, enriaguiliño, ojos azules, pelo castaño, pelón, de levita, pantalón y media bota; y de su conducta solo ha oído decir que es un poco afecto al juego".

Le hizo al motolito otra pregunta el preposito: "¿Si sabéis que alguna otra persona haya dicho o hecho cosa que sea o parezca ser contra Nuestra Santa Fe, buenas costumbres o recto proceder del Santo Oficio?" Y contestó el don Mariano que no sabía. Le fue leída su denuncia y manifestó muy complacido "que estaba bien escrita y asentada y que en ella se afirma, no por odio o mala voluntad sino en descargo de su conciencia" atribulada. Y después de esto puso su firma y el señor comisario también echó la suya.

Pero de aquí no pasó este atroz y abominable crimen que hizo sonreír sutilmente al preposito al cambiar una mirada leve de malicia con el presbítero Calvillo, negocio que tanto y tanto perturbó al zozzo señor conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco, cuya mente forraba mil quimeras de delitos. Esta diligencia se llevó a cabo el 16 de Julio y año de 1811. Se encuentra en el Archivo General y Pénico de la Nación, en el tomo número 1453 del ramo Inquisición, folios 187-198.

Por lo visto muchas señoras mexicanas de aquel entonces, de las de más alcurnia y distinción, tenían a inocente gala el hacerse retratar con la menor cantidad de ropa posible sobre sus carnes o si acaso se las cubrían, hacíanlo, lo que no era taparlas, con una ilusión de tul o una tenue túnica de vilanos. Con esto seguían con fiel obediencia, los dictados de la moda que andaban entre las damas europeas, a las que afamados escultores y pintores las trasladaban al mármol o al lienzo sin que siquiera cubriese la clásica hoja de parra una mínima parte de su persona, lo que manda el pudor que no se vea.

Para clara muestra allí está nada menos que en el Museo del Prado de Madrid el retrato que pintó don Francisco de Goya y Lucientes de la manolesca doña María Teresa Cayetana de Silva, duquesa de Alba, que se halla como salió del vientre de su madre, y en el fresco traje edénico, el de Paulina Bonaparte, a quien contrató Canova como "Venus Victoriosa". La escultura se conserva en el Museo de la Villa Borghese, de Roma. Paulina era la segunda hermana de Napoleón I, viuda del general Leclerc (que murió de fiebre amarilla en la isla de la Tortuga, al norte le Santo Domingo), casó en segundas nupcias con el príncipe Borghese. Canova la retrató cuando ya era princesa Borghese.

Volviendo un poco más sobre el conde del Peñasco, de parvo discurrir, pues vale la pena para saber cómo era este infeliz papatoste, diré que fue el que acusó, solo por simples figuraciones, sin razón alguna, al famoso metalista Luis Rodríguez de Alconedo, de que tenía un terrible odio contra los españoles y a favor de la independencia de México, con lo que acusó al insigne artista prisiones y hasta se le deportó a España bajo partida de registro. El bobarrón del Conde ese tenía ingerido el espíritu de entender al revés.

Era el señor Conde un badulaque lleno de melindrosos escrúpulos, uno de esos tontos que si se dedicaran a ser inofensivos se le tendría una compasiva simpatía y lástima por la confusa cerrazón de su cerebro, pero, eso es lo grave, que tales seres se quieren hacer pasar por inteligentes, eso es su perdición, y entonces tienen nuestra risa o nuestro desprecio más absoluto. El general don Álvaro Obregón dijo cierta vez que lo peor del mundo era un tonto con iniciativa. Pero ¡ay!, digo yo, que lo más insoportable es un tonto adulterado por la lectura.

Y vuelvo a mi narración de la que me sacaron muy a mi gusto los estratos que denunció al filipense, doctor don Juan Bautista Calvillo, emisario de la Inquisición, el tontivano conde de Santa María de Guadalupe del Peñasco. Paz para semejante bobatel.

La Güera Rodríguez, para amenizar en Querétaro el aburrido des-

tierro y para no estar ociosa, pues la ociosidad bien se sabe que es madre de todos los vicios, se ocupó activamente en la busca y rebusca de galanteos, y, tal vez, alguno de ellos le modificó el ritmo afectivo de su corazón, pocos no le faltaron, siempre los tuvo, y si no le salían de por sí, ella, gentilmente, procurábaselos con alegre facilidad. Regresó a México, antes de concluir su agradable condeña. Con más alegría siguió poniendo sal y pimienta con su correspondiente puntita de ajo en todas sus palabras. Tuvo muchos y buenos galanes que la sirvieron. ¡Qué verdad es el dicho: amar es bueno, ser amado mejor; lo uno es servir, lo otro ser señor!

Trajo este viento arrebatado y oloroso al puro retortero, a un riquísimo notario que andaba en un continuo suspirar por ella, aferrado en su obstinación amatoria hasta dejar en olvido sus escrituras y protocolos y sin poder trazar ya con pulso firme el complicado signo que ponía al par de su nombre, encaramado en revuelta rúbrica. Con ella desperdició como pródigo gran parte de su fortuna por servirla y regalarla.

Se recreó en seguida la Güera, muy lindamente, con un médico gordo, barrigote, de buena alma, que ya no atinaba con sus récipes, ni sabía el pobre, a dorechelas, cuál era la lanceta para sangrar y cuál el hierro con el que se atisba en la garganta enferma. Tomaba unas cosas por otras, porque tenía oscurecido y tonto el entendimiento, y así su juicio no distinguía la equivocación del acierto. Ya no llevaba pies ni cabeza en cuanto decía; todo era desconcierto y desvaríos. No sabía si estaba loco, muerto o vivo. La piadosísima Güera, ¡carambá, qué gran corazón el suyo!, con el noble fin de sacarlo de aquel lamentable estado de alelada idiotéz, le concedió unos meses su amistad pura, sin mancha, y con el pobre tontucio tomó solaz y entretenimiento. Además le gustó porque tenía, como los buenos vinos, calidad, finura y vejez y, además, olor. Olor a hombre o a macho cabrío.

Aún tuvo la dama pasajero antojo de ciencia y trajo a mal traer y de pura cabeza, pero no pasó de allí, a un sapientísimo maestro, togado y lleno de ínfulas con todos los colores universitarios, con quien satisfizo ampliamente sus loables caprichos de saber. Después a ella y a un poderoso abogado el ferrete de la simpatía los unió estrechamente. En otros juguetones devaneos anduvo metida y de ello hablase mucho y mal, suministraba a su pasión continuo alimento esta doña Juana Tenorio, pues ganó las inclinaciones de mozos fornidos y vigorosos, bestias magníficas de gran aguante en los caminos del amor.

Su ancho corazón, aunque lleno de amor, se llenaba más cada día. Era una sed que no se le apagaba, pues creíase que se le extinguía y

tornábale a salir irresistible. Los variados elementos de su carne y de su espíritu confluían sinfónicamente a aumentársela. Decían que su exuberancia vital era clara prueba de que tenía los humores alterados y que para este mal no se encontraba ningún remedio en la botica. La Güera Rodríguez ninguna pasión la transformó en amistad, sino que esta, muchas veces, la hizo amor.



Jornada decimaprimera

## Prisión de amor

Una vía llevaba don Agustín de Iturbide y Arámboque, Arregi, Carrillo y Villaseñor y por otro camino distinto iba doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, pero en un cruce de esas sendas el Destino los juntó y se trabaron sus vidas. Y aquí de la eficacia expresiva de los simples símiles: la carne y la uña, el olmo y la vid, la llama y el pábilo.

En el año de 1808 en el que villanamente fue depuesto y arrestado el virrey don José de Iturrigaray por algo más de trescientos dependientes de casas españolas de comercio y otro puñado de mozos de hacienda, acaudillando esta turba el ambicioso don Gabriel Yermo, don Agustín Iturbide que era por aquel entonces simple subteniente —contaba treinta y cinco años—, se apresuró ansiosamente a ofrecer sus importantes servicios al nuevo gobierno que surgió del vergonzoso motín de los mentecatos *chaquetas*.

En 1809, traicionó vilmente con su denuncia a los fieles patriotas de Valladolid —los dos Michelena, don José María el militar y el licenciado don José Nicolás, el capitán don José María García Obeso, el cura de Huango don Manuel Ruiz Chávez, el franciscano fray Vicente de Santa María, el comandante don Mariano Quevedo, el licenciado Soto Saldaña y alguno otro u otros— los denunció por la razón de que, siendo alférez en ese tiempo, no lo hicieron mariscal de campo como era su vivo y ardiente deseo.

El cura don Miguel Hidalgo le ofreció el nombramiento de teniente coronel si se unía a sus huestes, cosa que rehusó don Agustín no por adicta fidelidad a la Corona como se creyera, sino porque miró claro que aumentaría más sus provechos que era lo que le importaba, combatiendo a los insurgentes que formar en sus filas. Y así fue como allegó grandes riquezas. Desde 1810 dedicóse tenazmente a combatirlos y a perseguirlos con exceso de crueldad hasta el año de 1816 en que se le separó del mando del ejército del Norte, en virtud de las graves y constantes acusaciones que le hicieron algunas casas de importancia de Querétaro y Guanajuato, por los numerosos desmanes y sinrazones que cometió con ellas y no era nada falso lo que le imponían, pues que impulsado por la loca ansiedad de enriquecerse pronto a costa de lo que fuera, atropellaba las leyes, incurria en mil excesos e injusticias.

Estaba a la sazón en México para responder a los cargos que justificadamente le hacían, pero como era hombre astuto, de muchas mañas, enredos y sin escrúpulos pacaños para romper impedimentos y dificultades, echó sus coordenadas y cálculos y buscando embustes y falsas apariencias se hizo muy de la amistad de don Matías Monteagudo, prebósito que era de la Casa Profesa e inquisidor honorario, y aun entró

muy devoto, humilde y contrito, en una tanda de ejercicios espirituales solo con el interesado fin de lograr una recomendación eficaz para el oidor don Miguel Bataller, de quien, como auditor, dependía el despacho de su causa.

Estos engaños los manejaba muy bien Iturbide. Tenía la ostensible devoción de rezar todas las noches el rosario y si andaba en campaña lo decía casi a voz en grito para que lo oyeran los soldados, y si estaba en la ciudad, por más tarde que llegara a su casa lo rezaba con sus familiares y criados.

Escribe don Mariano Torrente en su *Historia de la Independencia de México* que "para acabar de deslumbrar a los fieles realistas, pasó Iturbide a hacer unos ejemplares ejercicios en el convento de la Profesa, durante cuyo tiempo recibió de todos los asociados los más útiles consejos y enérgicas amonestaciones; mas si bien aparentaba este pérfido confidente un aire exterior edificante y una dócil conformidad con las instrucciones de sus maestros, tenía premeditado burlar a unas y a otros, y valerse de tan favorables elementos en su propio provecho".

Iturbide enmieló con su miel, pues tan excelente y amplia obtuvo la recomendación que deseaba, que se sobreesó su proceso, devolviéndole, además, aunque solo fuera de nombre, el mando de sus tropas, al frente de las cuales se hizo poseedor de buen historial de ferocidades con las que deslucía sus triunfos, porque Iturbide, al lado de enorme luz, proyectaba sombras llenas de contrastes.

El Gobierno, como para estar contento con él y tenerlo a su lado de buen amigo, le arrendó a bajo precio, que nunca le cobró, *La Campana*, finca rústica cercana a Chalco, que fue propiedad de los jesuitas y que no se vendió como todos los bienes que les intervinieron a los padres ignacianos por estar dedicada a fomentar con sus productos las misiones de California. Esa hacienda la utilizaba el Estado con mucho provecho para favorecer graciosamente aquellos sujetos que le convenía tener gratos.

Siguió el coronel Iturbide en México metido alegremente en un alborotado desenfreno. Escribe don Vicente Rocafuerte que "vivía solo entregado al juego que es una de sus favoritas pasiones, y abandonado a sus vergonzosos amores". El irrecusable don Lucas Alamán, dice: "Iturbide en la flor de la edad, de aventajada presencia, de medales cultos y agradables, hablar gracioso e insinuante, bien recibido en la sociedad, se entregó sin templanza a las disipaciones de la capital, que acabaron por causar graves disensiones en el interior de su familia", o sea, que estaba muy separado de su esposa, la rica doña Ana María Puente. Don

Agustín pasaba de pasión y llegaba a desatino y locura. Con abundante prodigalidad derrochaba y así deshizo una gran máquina de bienes. Solo empleaba la noche en liviandades, "en medio de una sociedad —cito a Poinsett— que no se distinguía por su moral estricta, él sobresalta por su inmoralidad". Él mismo en sus *Memorias* que dictó a su sobrino don José R. Malo, afirma que al retirarse a la capital del virreinato fue a seguir "cultivando mis pasiones". Vida abrasada y frenética.

Puso siempre por obra la impiedad. Los ruegos no hallaban en él clemencia. A donde llegaba hacía cruel carnicería. Furoros y crueldades ejecutaba con los insurgentes. Tiñó siempre los castigos con mucha sangre. Cientos y cientos de estos patriotas fueron fusilados. Dice don Francisco Bulnes que "era un hombre de guerra notablemente cruel y acostumbrado a matar tanto como a comer y dormir". Hablando de la crueldad de Iturbide asienta don José María Coellar "que cuando no mataba o causaba un daño efectivo, lo inventaba en sus partes militares, en los que se nota no solo el deseo de agradar a sus superiores con promesas falsas, sino cierta voluptuosidad morbosa que se deleitaba con hacer muertos aunque fuera con la pluma en el papel". Y don Justo Sierra afirma por su parte, que "tenía detrás una larga historia de hechos sangrientos y de abusos y extorsiones; era la historia de su ambición. . . exageró su celo; lo que calentó al rojo blanco, por lo mismo que no era sincero, y la espada de represión se tiñó en sus manos de sangre insurgente hasta la empuñadura".

Y así y todo muchos hay que quieren hacerlo pasar por un blanco cordero sin mácula, cuando no era sino hombre, todo un hombre hecho de carne pecadora. El padre jesuita, don Mariano Cuevas, en su libro *El Libertador*, se afana en querer persuadir que no era sino un delicado y suave San Francisco de Asís con sable y charreteras.

Con su genio altivo, dominante y arrebatado de orgullo, manifestaba dondequiera su necio despotismo. A un tal Gilbert, que dizque había dicho de él cosas feas y que, por lo tanto, no le parecieron, lo obligó a firmar un recibo de veinticinco azotes que le mandó a dar a muy buen són, bien repicados. Esto mismo hizo alguna vez Federico el Grande y el coronel Iturbide quiso imitarle. Si fue de su sola invención el ordenar que el alcalde de Xalapa, don Bernabé Elías, le pusieran una albarda con todos sus atalajes por el gravísimo delito de no haberle podido facilitar unas mulas que necesitaba para que cargasen no sé qué cosas.

Si necesitaba dinero, que siempre lo había menester y con urgencia, "lo tomaba donde podía" sin ningunas dificultades, lo asienta así don

Carlos Navarro y Rodrigo. Esto lo hizo repetidas veces y no solo cuando andaba en la guerra persiguiendo y matando insurgentes, sino que aun siendo emperador ordenó el secuestro de todos los cuantiosos bienes de la mayor parte de los herederos de Hernán Cortés, de los que sacó no pocos provechos.

Carreola de escrúpulos para apoderarse de lo ajeno. Aprovechaba bonitamente su elevado puesto militar para realizar negocios suculentos que le rendían crecidas ganancias. Llevaba a Guanajuato cargamentos de azogue, necesarísimo para beneficiar la plata, y, además, conducía otros muchos artículos también indispensables a los mineros, todo lo cual vendían a elevadísimos precios porque solía mafiosamente "retardar el envío de estos cargamentos, siendo jefe de las fuerzas que custodiaban los convoyes". Esto afirma y no miente, el dicho don Carlos Navarro y Rodrigo.

Hasta con la vida negociaba el señor don Agustín de Iturbide. Vaya aquí un solo botón de muestra para saber cómo las gustaba este señor. Se aprisionó a don Juan Sein para fusilarlo, pero se le perdonó el grave delito de ser simpatizador de la Independencia mediante el pago de ocho mil pesos contantes y sonantes que se repartieron amigablemente el virrey don Félix María Calleja, su listo secretario Villamil y el no menos avisado don Agustín.

El padre Lavarrrieta que conoció muy de cerca tanto a este señor como a su familia, rindió un informe confidencial al virrey Calleja en el que, claro, nada nuevo decía que no supiese este sanguinario sujeto. "No solamente —pone en su escrito, julio de 1816—, se hizo comerciante sino monopolista del comercio; poniendo comisionados en todos los lugares, detenía los convoyes; vendía la lana, el azúcar, el aceite y los cigarros por cuenta de él; y para conducir sus cargamentos fungía expediciones del real servicio".

Pero todas estas abundantes riquezas y muchas más que allegó con perseverante dedicación y cuidado, se le fueron en pitos y flautas o como la sal en el agua, y bajó pobre de su inestable trono y en el destierro pasó penurias y hasta tuvo que empeñar alhajas que le dieron cosa de catorce mil pesos para poder vivir algún tiempo con mediana holgura.

Primero, mucha humildad y suavidad, los ojos en tierra fingiéndose ovejita de Dios, para lograr el perdón por sus cesas nefandas, aparente sumisión que encubría finas habilidades; pero después de haberlo conseguido, sacó a relucir todo su carácter imperioso, violento, apasionado. ¿Qué objeto embaucar con hechizos y embustes para pasar por moji-gato? Entonces trabó relaciones con la Güera Rodríguez, torbellino

brillante y suntuoso. Siempre se les veía a los dos por dondequiera. Se decían ambos dulces cosas apasionadas, mientras que con los ojos se cambiaban el alma. Mutuamente estaban presos y encadenados de amores.

Pero lo diré mejor con las autoridades palabras de don Vicente Rocafuerte, que tomo de su *Bosquejo Ligerísimo de la Revolución de México* —páginas 21 y 22, que también cita sin ninguna rectificación, las acepta y hace suaves sin la menor discrepancia, el descendiente de la Güera Rodríguez, don Manuel Romero de Terreros y Vincent, marqués de San Francisco, en *La Corte de Agustín I Emperador de México* página 9—; "Contrajo (Iturbide) trato ilícito con una señora principal de México, con reputación de preciosa rubia, de seductora hermosa, llena de gracias, de hechizos y de talento, y tan dotada de un vivo ingenio para toda intriga y travesura, que su vida hará época en la crónica escandalosa del Anáhuac. Esta pasión llegó a tomar tal violencia en el corazón de Iturbide, que lo cegó al punto de cometer la mayor bajeza que puede hacer un marido; con el objeto de divorciarse de su esposa, fingió una carta (y aun algunos dicen que él mismo la escribió), en la que falseando la letra y firma de su señora se figuraba que ella escribía a uno de sus amantes; con ese falso documento se presentó a Iturbide al provisor pidiendo el divorcio, el que consiguió, haciendo encerrar a su propia mujer en el Convento de San Juan de la Penitencia. Esta inocente y desgraciada víctima de tan atroz perfidia, solo se mantuvo con seis reales diarios que le asignó para su subsistencia su desnaturalizado marido".

Y añade Rocafuerte en una nota: "¡Qué mundanzas! ¡Y cuán voluble es la rueda de la fortuna! Ahora cinco años esta desventurada criatura hubiera cambiado su suerte por la última criada honrada de México, y hoy que tiene una corona en la cabeza, no hay individuo de ningún sexo que pueda aguantar el peso de su orgullo, su impertinente y vanidad".

Solo para mantener tela de conversación de lo que por entonces acontecía en España, se reunían en animada tertulia en una sala llena de libros y con viejas pinturas, de la santa Casa de Ejercicios llamada por todos La Profesa, varios señores orgullosos, personas de la nobleza, adinerados propietarios, gente del alto clero, militares, oidores, todos los fieles partidarios del absolutismo que sentían y respetaban como un dogma.

El jefe de estos tertulianos retrógrados era el preósito don Matías Monteagudo, hombre de mucha representación y valimiento en el partido

español, por lo que contribuyó en la indebida deposición del virrey don José de Iturrigaray, y también por haber influido mucho en el Santo Oficio de la Inquisición para que se procesara al cura batallador y heroico estratega, don José María Morelos y Pavón. Entremetió Monteagudo su baja obra con los inquisidores y de ella se derivó la condenación del gran Caudillo.

Sobresalían también en esas reuniones de altivos, el prepotente inquisidor don José Antonio Tirado, que jamás se prestaba a transigir, fiscal que fue en la causa desazonada del heroico cura de Cartaxaro el oidor don Miguel Bataller, regente de la Audiencia, quien decía a menudo con cara ceñuda y blandiendo el índice, autoritario y amenazador: "Mientras exista una mula tuerta manchega en España, ésta deberá dominar a los mexicanos". Todos estos enhiestos tertulianos abominaban de la Constitución porque les extinguía sus antiguos privilegios y prerrogativas que creían, con muy sólida convicción, que deberían de ser perdurables a través del tiempo, sin mudanzas ni variaciones, estar firmes en un mismo estado aunque la tal Constitución no era sino un fácil asidero que los reyes softaban o tomaban según les convenía.

Esta tertulia de señores presuntuosos y de escasos alcances, poco a poco pasó adelante; de solo conversaciones sin transcendencia, la reunión se mudó en junta secreta de conspiradores, si no con la aquiescencia del Virrey; sí, al menos, con su benévolo disimulo. Pretendían los conjurados que en la Nueva España no se jurase la Constitución, con el pretexto de que el amado don Fernando —¡bonito bribón!— había sido cruelmente obligado a aceptarla en contra de sus altos principios religiosos y morales —¿cuáles principios tenía ese malvado mentecato?—, y que mientras se establecía el benéfico absolutismo, la única forma buena de gobierno que hacía feliz a todo el mundo, se gobernase en México con las sabias e inigualables leyes de Indias. Esto sí es verdad, pues ese cuerpo legislativo es lo mejor que ha habido.

Todo esto no era sino proclamar la libertad de México, que así no iba a aprovechar en nada al pueblo, sino únicamente a las clases altas, clero y gente noble, para conservar íntegros sus privilegios, fueros y riquezas. Aceptados sin discrepancia estos propósitos, se formuló una nueva proposición que tuvo cabida y consentimiento en todos aquellos señores; proclamar la Independencia, ya de tan urgente necesidad, y libre la Nueva España se le ofreciera su gobierno a un infante español, para que en ella mandase como soberano absoluto, sin Constitución ni otras zarandajas que le estorbaban sus actos con impedimentos.

Mas para acaudillar esta revolución era menester un jefe militar.

¿Dónde encontrarlo? Sonaron varios nombres que no tuvieron eco eficaz. Pero la Güera Rodríguez, de vitalidad desbordante, con ánimo y pecho brioso, que era muy asidua concurrente a esas reuniones y andaba entre todos los conjurados con alegre familiaridad, habló de su amado coronel don Agustín de Iturbide con ardiente entusiasmo y con el fogoso donaire que ponía en todas las cosas de su vida, siempre alegre, proponiéndolo como el jefe adecuado para esa gloriosa campaña que se iba a emprender. El doctor don Matías Montegudo, con su gran autoridad, la secundó, alentando a los dudosos, diciendo, además, encarecidos loores de ese hombre audaz, persistente, valeroso, que huía de toda pusilanimidad y que siempre cobraba ánimo en las dificultades y confianza en el peligro.

¿Para qué más? Los conjurados aceptaron a don Agustín de Iturbide con alegre beneplácito, sin ponerle ningún pero, pues no atrevíanse, por temor y respeto, a contradecir al preposito Montegudo. Cedían todos sin réplica a su autoridad y talento. Además, de sobra sabían con qué saña feroz combatió Iturbide a los insurgentes y, con esa excelente táctica, estaban seguros que conduciría a buen éxito la campaña que se le encomendaba con tantísimo entusiasmo. Era el fuerte *Varón de Dios* como rezaba el anagrama latino *Tu vir Dei* que con su apellido Iturbide, compuso uno de sus asiduos aduladores, o "el del camino fuerte" que esto en el áspero vascuence es lo que quiere decir su dicho apelativo, o bien el *Agustinos Dei Providentia*, como decretó el adulador Congreso que llevase este lema la moneda imperial que se iba a acuñar con el busto de don Agustín.

Hay por ahí algunos que niegan ese hecho verídico alegando peregrinas razones, pero por tradición se sabe su certeza, y, además, don Carlos María de Bustamante lo asegura porque lo supo bien, pues este señor en todas partes metía los ojos y hasta las narices para averiguar verdades. Don Agustín de Iturbide estaba rendido por el deslumbramiento de esa bella mujer, quien alcanzó, por lo mismo, mucha cabida con él. Don Agustín le fiaba todos sus pensamientos. Se desabrochó con ella su pecho y dábale parte de sus secretos más ocultos. Así es que "cuando marchó al sur —dice Bustamante— con la idea de hacer la Independencia de México, consultaba sus planes y propósitos a la Güera como se refiere que el romano Numa Pompilio lo hacía con cierta ninfa, sabia en las artes mágicas".

"Dícese que algún descendiente de la Rodríguez conserva aún en su poder cartas muy curiosas de Emperador, en que pedía consejo a su amiga, lo cual demuestra el alto concepto que de ella tenía el entonces árbitro de los destinos de la nación mexicana".

En la página 10 de *La Corte de Agustín I Emperador de México*, escribe su autor que lo es don Manuel Romero de Terreros y Vincent, marqués de San Francisco y caballero de Malta como dije antes que se añade a este título, lo que es cosa verdaderamente importantísima para sus contemporáneos: "Que no existe prueba fehaciente para el acerto" (de los amores de la Güera con Iturbide). Fehaciente o fehaciente, significa lo que hace fe en un juicio, véase esto en cualquier diccionario, y no se entabló juicio alguno, que yo sepa, para demostrar los lios de esa dama y el héroe trigarante. Nadie tenía interés en probar eso que de público se sabía y estaba tan a la vista, a no ser su esposa, doña Ana María Huarte, si fuese ciega esta señora y no viese lo que todos veían. Ciego es el que no ve por tela de cedazo. No hubo tampoco persona alguna que llevase un notario para que dese fe extrajudicialmente de lo que hacían doña María Ignacia y el señor don Agustín.

Continúa diciendo don Manuel Romero de Terreros y Vincent, marqués de San Francisco y Caballero de Malta: que "pronto se propagó en todo el país la especie de que el jefe de las tres garantías tenía relaciones amorosas con la famosa Güera Rodríguez y hasta llegó a decirse que éstas tuvieron gran influjo en la Independencia". Para reforzar esto del "gran influjo", copia don Manuel Romero de Terreros y Vincent, marqués de San Francisco y caballero de Malta, lo que escribe don Guillermo Prieto en una página de sus *Memorias*: "que este influjo era tal que cambió la ruta señalada para el desfile del Ejército Trigarante "porque así lo quiso la dama favorecida por el empujón de las tres garantías".

Salía sobrando enteramente este refuerzo con la cita de don Guillermo Prieto, pues era demasiado conocido ese influjo por lo que había de por medio entre Iturbide y esa dama "famosa", como la llama el señor Romero de Terreros.

Estas felices relaciones amorosas de la placentera doña Ignacia Rodríguez las dice don Mariano Torrente en su documentada *Historia de la Independencia de México*, quien trató muy de cerca al inmortal don Agustín Iturbide, pues al llegar en destierro a Lorna lo encontró en este puerto en donde Torrente había sido cónsul de España. Como don Mariano era hombre culto y conocedor de idiomas que hablaba con la corrección y soltura del propio, Iturbide lo tomó a su servicio como secretario porque creyó que en ese desempeño le sería muy útil. Se dice que el encuentro de estas dos personas no fue nada ocasional, sino buscando a propósito y con maña, ya que el sapiente y políglota don Mariano era un hábil espía de Fernando VII. Este "baldón de la especie

humana" le pagó la edición de su libro, bien nutrido de noticias importantes.

Pues bien, don Mariano Torrente dice en esa obra de la amistad, digámosle así, con suave eufemismo, que unió a Iturbide y a la célebre señora Rodríguez, pero sin poner el nombre de esta y aunque lo calle por "deceñcia" se saca en el acto que es a ella ni más ni menos a quien se refiere de manera clara y patente. Está su nombre tan oculto como aquello que trata en una canasta el quidam del cuento y que decía al que se encontraba: "Si me adivinas lo que traigo aquí, te doy un racimo".

Don Rafael Heliodoro Valle examinó minuciosamente en Washington y el copiosísimo archivo particular de don Agustín de Iturbide y Arámburo que se guarda en la Biblioteca del Congreso y con todo aquello que de él copió compuso trece largos artículos llenos del mayor interés, con el título común de *Redescubriendo a Iturbide* que publicó en el diario *Excelsior* de esta ciudad de México del 28 de diciembre de 1950 a 20 de enero de 1951.

Antes que el señor Valle, ya había explorado ese riquísimo archivo don Mariano Cuevas, arisco y atrabiliario padre jesuita, quien solamente utilizó para escribir su libro *El Libertador*, apasionado como todos los suyos, las piezas firmadas por don Agustín. Olvidó el padre Mariano que las "personalidades históricas deben ser reconstruidas no solo por lo que dijeron bajo su firma, sino por lo que les dijeron otros, en ese tono que el ambiente epistolar permite que suene claro, redondo, a pesar de los años que amontonan página y olvido".

Pues bien, entre lo mucho que utilizó el señor Valle de los abundantes papeles iturbidianos, está la curiosa carta de un fraile en la que enumera algunos adeudos que tenía doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, y don Rafael Heliodoro la precede con este párrafo después del título que le dio de *Deudas de la Güera Rodríguez*: "Deploro cordialmente que el licenciado Artemio de Valle-Arizepe no haya conocido el documento que va en seguida, porque le habría dado mucho color en su delicioso libro reciente *La Güera Rodríguez*. La presencia de este documento entre los cartapacios de Iturbide, es una prueba indudable de que tenían magníficas relaciones. Dice así:

"Colegio de San Gregorio, diciembre 20/1822.

Muy señora mía:

"La ejecutiva necesidad en que estoy de dar cumplimiento a las

obras pías que son a mi cargo, me hizo ocurrir el Exmo. señor D. Domingo Malo, en solicitud del justo pago de la cantidad de novecientos treinta y tres pesos, dos y medio reales, que por razón de réditos adeuda usted a este colegio, por los vencidos en dos años cumplidos en catorce del último agosto, y un tercio más en catorce del presente diciembre, por el capital de ocho mil pesos que su Hacienda de la Patera reconoce a favor de mi colegio.

"No es de menos atención para más deberes el otros crédito de cuarenta pesos que por el capital de cuatrocientos adeuda usted también por dos años de réditos cumplidos en 15 de septiembre último al Colegio de San Pedro y San Pablo, hoy a Temporalidades, cuyo cobro es a mi cargo, y cuyo destino recomendable me estrecha a reclamarlo.

"Dicho señor me contestó no ser ya de su administración los bienes de usted por tenérselos ya entregados; por cuya causa suplico a su bondad se sirva providenciar el pago referido del cual depende únicamente el cumplimiento de las obras pías a que está afecto y á que es responsable en todo evento la finca hipotecada; sirviéndose al mismo tiempo disimular la molestia de su aflo. Servidor y Capellán Q.S.M.B.

"Fr. Juan Francisco Calzada".

Es indudable que la donairoa Güera, de tan suelta gracia, no le envió esta carta de cobro a Iturbide con el único objeto de que la viese, sino que se la entregó para que después de que se hubiera enterado de su contenido, le mandara pagar los adeudos, cosa que, de seguro, haría gustoso, teniendo en cuenta lo extremadamente despreñado que era, agregado a esto la sabrosa intimidad que mantenía con la desvenuelta dama. Si esta señora hubiese cubierto las sumas que le cobraba el fraile, estaría entre sus papeles la dicha carta y no habría razón alguna para que se encontrase entre los de don Agustín.

Escribe el mentado historiador Mariano Torrente: "La primera persona a quien confió Iturbide el sigiloso Plan de la Profesía, fue a una de las señoras principales de México, en la que la Naturaleza había prodigado de tal modo sus favores, que parecía que se había empeñado en formar un modelo de perfecciones. Su talle elegante, su rubicundo color, sus ojos rasgados, la frescura de su tez, sus bien delineadas formas, y el más interesante conjunto de gracias, competían con la amabilidad de su carácter, con la dulzura de su voz, con la sutileza de sus conceptos, sagaz previsión, agudeza de talento, rara penetración y prác-



tica del mundo. No es extraño, pues, que un ser adornado de tan seductores atractivos, hubiera merecido toda la confianza de quien tenía bien acreditada su afición a quemar incienso ante los profanos altares del amor".

Aquí el autor pone una *Nota*, esta: "Tenía ya dicha señora más de cincuenta años y conservaba tan fresca su belleza, que nadie que la haya conocido en aquel tiempo dirá que haya exageración en el cuadro que acabamos de trazar. Bastará este por sí solo para no equivocarse en su designación aunque por decencia se suprima su nombre". Hasta aquí el comentario. Sigue el texto:

"Esta nueva *Ninette de L'Enclos* trató desde luego de adquirir en el centro revolucionario fomentando la aversión en quien estaba muy inclinado a seguir la independencia para vincular en sus manos el mando supremo. Quedó, pues, convenido entre ambos que se cometiera al licenciado Zozaya el encargo de reformar el Plan de la Profesa en el sentido de la independencia; y como ese letrado no supiese pedir prestadas a su dominante pasión por el juego las horas necesarias para este trabajo, se encargó de él el licenciado don Juan José de los Monteros, quien formó el que luego fue conocido con el nombre de *Plan de Iguala*.

"Los asociados de la Profesa, que ignoraban estos pérfidos amaños y artificiosos manejos, trabajaban incautamente por proporcionar a Iturbide, para destruir la Constitución, los medios que luego sirvieron para asegurar el triunfo de la rebeldía".

Mediante la eficaz recomendación de los pacatos señores de la Profesa al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, que tenían sus simpatías, lo nombró "Comandante general del sur" y rumbo de Acapulco y manifestó que iba a exterminar a los únicos rebeldes que quedaban, el enricado Vicente Guerrero, Pedro Ascencio y las partidas insignificantes, pero bravas, de Montes de Oca y de Guzmán. En esa región abrupta la Independencia se defendía por sí misma, pues allí cada paso es un abismo y cada jornada una insolación.

Puso el virrey bajo el mando del coronel Iturbide el mayor ejército que hasta entonces se había formado y él, con su peculiar habilidad, todavía lo aumentó mucho más, ayudado siempre con pronta eficacia por Apodaca, quien no le negaba ni escatimaba tampoco cosa alguna de cuantas le pedía, que eran muchas, ya en refuerzos, municiones o dinero.

Los fieles realistas estaban más que satisfechos, encantados, no cabían en sí de loca alegría, pues todos hallábanse suficientemente informados de lo tremendo que era don Agustín con los insurgentes, que no

dejaba, como se dice, títere con cabeza, y, además, conocían su osadía y arrojado valor, y, sobre todo, lo miraban casi a diario confesar y comulgar con gran devoción y se sabía que era frecuentador asiduo de iglesias y conventos y, asimismo, dizque sabíase bien que vivía lleno de grandes austeridades y que en su casa rezaba, con todos sus criados, largos rosarios de quince misterios y que hasta se propuso la ardua, la penosa tarea, que Dios le tomaría muy en cuenta para la repición de sus más grandes pecados, de traer al buen camino a la tempestuosa Güera Rodríguez. El Coronel cimentaba interesados embustes para llegar a sus fines, con esa náscara que tomaba de santidad.

Lo cierto de todo es que el muy marrullero, junto, demasiado junto, con esa hermosa mujer toda ímpetu, llena de hervor vital, rezaban, a saber qué cosas, muy solitos ambos en una casa del Puente Quebrado. Todas estas demostraciones de acendrada piedad daban a los incautos realistas las más sólidas garantías para el recto desempeño de la comisión de acabar con todos los sublevados del Sur, sin dejar ni uno solo.

Como don Agustín era hombre listo y nunca se le helaban las migas entre la boca y la mano, puso, desde luego, todo su ingenio y actividad, que era mucha, para atraerse a Guerrero y a los suyos a fin de que se pusieran de acuerdo de cómo darle fin a la lucha; y aunque don Vicente no le tenía ninguna confianza a don Agustín, sabiendo, como lo sabía, y lo sabía todo el mundo, las tremendas atrocidades que cometió con los insurgentes, al fin pudo lograr Iturbide, valiéndose de hábiles intermediarios, que don Vicente Guerrero se adhiera al plan que habían forjado y vino el famoso abrazo de Acatempan en que se acogieron como dos buenos amigos. Esto lo comunicó al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, quien le contestó, satisfecho, "que nada había deseado como el restablecimiento de la paz general conforme a las órdenes y píasas intenciones del rey".

Iturbide sostuvo nutrida correspondencia política con la Güera Rodríguez y todas las cartas que le hacían llegar a sus manos las firmaba don Agustín con el seudónimo femenino de *Damiána*. El comandante José de la Portilla declaró que Iturbide le había mandado un oficio con otro para el Virrey, pero que ignoraba las razones que tenía para ello, si bien era de la confianza de Iturbide y su ayudante de campo. "Que cuando vino condujo algunas cartas abiertas para las familias de algunos oficiales que se hallan en aquel destino; otras, cerradas, para el padre y esposa de Iturbide, y otra, que le encargó Iturbide, bajo la mayor reserva, para que la pusiera en manos de una señora conocida, en esta capital, por la Güera Rodríguez, protestándole al que declara que

contenían solo asuntos familiares, sin mezclarse de ninguna suerte en los de Estado; que dicha carta le movió a curiosidad y que bien satisfecho de que no volvería a hallarse bajo la dominación de Iturbide sino muerto o prisionero (lo que es muy dudoso), abrió dicha carta y la leyó al señor coronel don José Joaquín Márquez y Donallo y a su ayudante, capitán don Manuel Santiago de Vargas, y habiéndole aconsejado el último que evacuase la comisión que encargó Iturbide y extraer la contestación de la dicha Rodríguez para que con más conocimientos diese cuenta al Exmo. señor Virrey, no lo verificó así, sino que todas las cartas sin excepción las puso en manos de dicho señor excelentísimo y, además, le dio verbalmente todas las noticias que sabía. "De la Portilla aseguré que trataba de atraerse la confianza de Iturbide, pero que no creía haberlo logrado"; y "que bien demuestra la misma de la Rodríguez en la que se firma Iturbide con el nombre de «Damiana», y se explica en ella en términos que no se puede formar sentido sin tener antecedentes, y que este no lo tenía el declarante".

Tomé lo anterior de *Redescubriendo a Iturbide* de que antes ya di noticia, por Rafael Heliodoro Valle, publicado en *Excelsior* de 20 de enero de 1951.

Claro está que la correspondencia de la trasladada doña María Ignacia con don Agustín de Iturbide, está llena de frases convenientes de antemano, de giros velados que le daban a las palabras otro diferente viso para entenderlas en modo interpretativo, de otra manera de como estaban escritas. Era una clave ingeniosa estudiada con cuidado y de común acuerdo entre los dos amantes para esconder el sentido recto de todo lo que se comunicaban y nadie desenvolvía el secreto por más que sudaran y se atareasen el entendimiento los más ingenios para develarlo. Ninguno participaba de sus secretos misteriosos.

Grande y fina habilidad demostró el coronel Iturbide para hacerse en la Puebla de los Ángeles con una imprenta para imprimir el famoso Plan de la Profesa reformado en sentido de la Independencia por el licenciado don Juan José Espinosa de los Monteros; pero estuvo aún más hábil y astuto para adquirir suficiente dinero del obispo don Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, a quien le sacó más de veinticinco mil pesos, con sutilísimos engaños bien tejidos y aun se burló de la credulidad del virrey Apodaca para hacer que saliera de México la conducta llamada de los manilos que conducía al puerto de Acapulco más de quinientos mil pesos, producto de las ventas de lo que trajo la nao de la China. Pegósele buena al ofrecerle lo que no pensaba hacer.

Ya de entero acuerdo con el teniente coronel don Vicente Guerrero,

así como con todos sus parciales para unirse y proclamar la libertad de México, se publicó en Iguala la famosa proclama, fundando la necesidad de la Independencia en el curso ordinario de las cosas humanas y cuyos artículos esenciales era la unión entre europeos y mexicanos, la conservación de la religión católica sin tolerancia de otra alguna y el establecer una monarquía moderada con el título de Imperio Mexicano para ocupar el trono Fernando VI pero que si éste no se presentaba personalmente en México a jurar la Constitución que habían de dictar unas cortes, serían sucesivamente llamados los infantes sus hermanos y, a falta de estos serenísimos señores, el archiduque Carlos de Austria u otro individuo de casa reinante a quien eligiese el futuro y renombrado Consejo.

A estos principios se les llamó de las Tres Garantías, Religión, Independencia y Unión, y se adoptó una bandera con los colores blanco, verde y rojo, puestas las tiras en sentido diagonal, con una estrella dorada de cinco picos en cada franja. Estas simbolizaban el cumplimiento de las Tres Garantías: el color blanco, la pureza de la Religión; el verde, el movimiento insurgente, la Independencia; el rojo, al grupo de españoles que secundaban este patriótico movimiento, que era la anhelada Unión. Don José Magdaleno Ocampo, sastre de Iguala, fue quien hizo la primera bandera del México independiente.

Con ardoroso entusiasmo y alegría se proclamó este plan y juró sostenerlo a costa de su sangre todo el numeroso ejército reunido en Iguala. Hubo tedsum solemne y nutridas salvas entre largos repiques. Con himnos y loores alababan todas las bocas al innaculado patriota don Vicente Guerrero y a don Agustín. Fueron grandes las alegrías. Resonó el lugar entero con gloriosas aclamaciones. Se hizo de ello fiesta y regocijo. Con sobra de razón todo esto, pues México se había independizado de España. Iturbide se nombró a sí mismo "Primer Jefe del Ejército".

Está bien comprobado, sin lugar a duda, que estuvo en poder de la Güera Rodríguez la famosa carta de Fernando VII, escrita de su letra y por su mano, de la cual salieron los principios del Plan de Iguala, pues dio la exacta solución para hacer la Independencia. Don José Prensas trajo personalmente esta misiva al virrey don Juan Ruiz de Apodaca, la cual vio el marqués del Jaral de Berrio, así como otros señores respetables que pertenecían a la logia *Arquitectura moral*, sita en la calle del Coliseo Viejo. Como el virrey también era marón, por eso se la mostró a esos sus conmiltones.

La carta del abyecto y protervo Fernando era esta:

"Mi querido Apodaca:

"Tengo noticias positivas de que vos y mis amados vasallos los americanos, detestando el nombre de Constitución, solo apreciáis y estimáis mi real nombre: este se ha hecho odioso en la mayor parte de los españoles que, ingratos, desgraciados y traidores, solo quieren y aprecian el gobierno constitucional y que su rey apoye providencias y leyes opuestas a nuestra sagrada religión.

"Como mi corazón está poseído de sentimientos católicos, de que di evidentes pruebas a mi llegada de Francia con el restablecimiento de la Santa Inquisición y de la Compañía de Jesús y otros hechos bien públicos, no puedo menos de manifestaros que siento en mi corazón un dolor inexplicable; este no calmará ni los sobresaltos que padezco mientras mis adictos y fieles vasallos no me saquen de la dura prisión en que me veo sumergido, sucumbiendo a picardías que no toleraría si no temiese un fin semejante al de Luis XVI y su familia.

"Por tanto, y para que yo pueda lograr la grande complacencia de verme libre de tantos peligros, de la fe de estar entre mis verdaderos y amantes vasallos los americanos y de la de poder usar libremente de la autoridad real que Dios tiene depositada en mí, os encargo, mi querido Apodaca, que si es cierto que vos me sois tan adicto como se me ha informado por personas veraces, pongáis de vuestra parte que ese reino quede independiente de este; pero como para lograrlo es necesario valerse de todas las inventivas que pueda sugerir la astucia (porque considero yo que ahí no faltarán liberales que puedan oponerse a estos designios), a vuestros cargo queda el hacerlo todo con la perspicacia, y sagacidad de que es susceptible vuestro talento; y, al efecto, pondréis vuestras miras en un sujeto que merezca toda vuestra confianza para la feliz consecución de la empresa; que en el entretanto yo meditaré el modo de escaparme incógnito y presentarme cuando convenga en mis posesiones; y si esto no pudiese yo verificarlo porque se me opongan obstáculos insuperables, os daré aviso para que vos dispongáis el modo de hacerlo; cuidando, si, como os lo encargo muy particularmente, de que todo se ejecute con el mayor sigilo y bajo de un sistema que pueda lograrse sin derramamiento de sangre, con unión de voluntades, con acrobacia general y poniendo por base de la causa la religión, que se halla en esta desgraciada época tan ultrajada, y me daréis de todo oportunos avisos para mi conocimiento y gobierno por el conducto que os diga en lo

verbal (por convenir así), el sujeto que os entregue esta carta. Dios os guarde: vuestro Rey, que os ama.

Fernando.

"Madrid, a 24 de diciembre de 1820".

De esto vino, principalmente, que se nombrara a Iturbide para realizar el plan propuesto por el monarca, ese "chispero infame y mamolo indecente". Como la Güera Rodríguez andaba en la intriga para la designación de su amigo con el fin de que fuera él quien tuviese el mando de las tropas que irían al sur, dizque a sosegar a los rebeldes, ella tuvo en su poder la mentada carta del falaz Rey chulón. Llegó ese papel a poder suyo o bien porque se lo dio el mismo don Agustín de Iturbide, a quien, a su vez, se lo había entregado don Juan Ruiz de Apodaca para que se enterase de los descos de Fernando, o bien, puede ser, que alguien lo sustrajo de donde lo tenía bien guardado el Virrey y se lo entregó a doña María Ignacia que se hallaba patrióticamente muy metida en el ajo.

El caso es que, de cualquier manera de estas, la Güera poseyó la tal misiva y ésta no apareció entre sus papeles particulares, acaso porque la destruyó para no comprometer al rey Fernando, quien siempre la negó, pues era un bribón de siete suelas, pero no un tonto, y ya con esto el infame se aferró más en que nunca había existido esa carta que aquí, repito, vieron muchas personas llenas de probidad que no tenían por qué mentir de tan común acuerdo.

El día 27 de septiembre de 1821 el Ejército Trigarante hizo en México su vistosa entrada triunfal, entre las claras voces de los clarines, el tarantántara de los tambores y el alborozado estruendo de los repiques, en los que se injertaba alegre el múltiple y constante estruendo de los cohetes. La ciudad ardía en gran deleite que expresaba en vitores ferrosos al libertador. México entero, encendido de gozo, echó llave a sus casas, y amos y criados se trasladaron a las calles por donde iba a pasar el vistoso desfile de las tropas trigarantes. Aquellos que no tenían quien les sirviera cerraron sus puertas y fueron a aumentar el contento popular, que atronaba con músicas y con larga algazara de festivos vivas que prolongaban los ecos; las campanas, llenas de júbilo, vibraban a los corazones ansiosos.

Ese día lo señaló todo el mundo con piedra blanca. Se decía por todas partes que esa gran hazaña de don Agustín de Iturbide merecía esculpirse en mármoles y grabarse en bronce.

La carrera que iba a seguir el Ejército Libertador se acordó fuese desde la Tlaxpana por San Cosme, Puente de Alvarado, costado de la Alameda, Mariscal, San Andrés y calles de Tacuba, para pasar en seguida frente al Palacio Virreinal en donde estaría el virrey don Juan de O'Donojú, recientemente llegado a México. Pero Iturbide mandó desviar la columna con el galante fin de que doña María Ignacia Rodríguez de Velasco presenciara el desfile y lo viese a él muy arrogante al frente de sus tropas invictas. Cambió a última hora las órdenes de la marcha y quiso pasar por la calle de la Profesa en la que estaba la casa morada de esa magnífica señora con quien tenía sus alegres veleidades.

Se hallaba doña María Ignacia con el cuerpo bañado en delcete, como beatificada con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas. Se hizo la marcha desde el Pasco de Bucareli por las calles de San Francisco, que no podían estar más llenas de gente entusiasta, toda ella con el alma llena de gozo y fiesta. En esas engaladas tréas no hubiese cabido un arroz, como suele decirse para ponderar la gran muchedumbre que hay en un lugar.

Se detuvo un instante el héroe en la esquina del convento franciscano en donde el cabildo municipal había mandado levantar un elevado arco de triunfo, cuya arquitectura adornaban banderas y largos gallardetes con los colores trigarantes. Allí el Ayuntamiento tuvo el alto honor de entregarle las llaves de la ciudad, que eran de oro, puestas en una bandeja de gruesa plata repujada, las que en el acto devolvió Iturbide después de un breve discurso del regidor decano y de un gentil intercambio de sonrisas, saludos y otras bien estudiadas y exquisitas cortesías, y siguió un redoble profundo de tambores junto con la recogida resonancia de las trompetas y campanas. Llenaba el aire un largo retumbar de gritos y de aplausos.

La famosa Güera estaba sobre el balcón con el rostro dado suavemente de blanquete, con tenues frescores en las mejillas que armonizaban con el desleído azul de sus ojos. Se hallaba muy entre sedas, con encajes y joyas lucientes y con el alma cargada de gozo. El brillo de las armas, entre un ondear de plumas, le anunciaron mil próximos contentos, expansiones vehementes.

Iba don Agustín muy enhiesto, airoso y bizarro, con un uniforme muy galano; en cada vuelta del galón de oro se veía prendido un minúsculo relumbre. Montaba muy gallardo un caballo alazán, braceador y de gran alzada.

*El héroe frison se lozanca  
del ronco tarantántara incitado,*

como dice en su *Arauco domado* Pedro de Oña. Rodaba a Iturbide el brillante bullicio de su Estado Mayor, además de un crecido estol de altos personajes ataviados con todo fausto. Los ojos de doña María Ignacia, guiados por el alma, lo descubrieron pronto, entre tanto ardiente colorín y tanto relfulgir de metales. La alegría que le salió a la cara voceó y pregonó en el acto el buen hallazgo. Los ojos de él también dieron con lo que apetecía e igualmente les salió el contento al verla tan radiante, vestida y adornada con esmero suntuoso y con mil alhajas fulgurantes. Ambos cambiábanse el alma con la mirada, mientras el versicolor abanico de nácar aleteaba con muclle parsimonia, poniendo aire fresco en el rostro de la dama y llevándose perfumes.

Don Agustín, con voz magnífica de mando, detuvo la columna, y ante la pasmada admiración de todo el mundo, se desprendió del sombrero una de las simbólicas plumas tricolores que en él llevaba ondeando, y con uno de sus ayudantes de campo la envió muy galán a la donairosa y traviesa dama, quien la tomó con delicada finura entre el índice y el pulgar, como si fuese cosa quebradiza, de suma fragilidad, y con magnífico descaro se la pasó por el rostro varias veces, lenta y suavemente, acariciándoselo con voluptuosa delectación. Su rostro con aquel roce se le coloreó de alegría con el preguiso de fúterres y largos contentos. Su gozo en aquel instante era igual a las ansias de su deseo. Por el aire diáfano, trasapado de sol, de aquella mañana limpia como un diamante, bajó la sonrisa de ella a pagarle a Iturbide la sencilla fineza. Más tarde celebraron el fausto acontecimiento con las expresiones de rigor en tales casos, tras de mucha ausencia y mucho deseo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, en su libro *Ex antiquis*, páginas 227 y 228, dice que la Güera "tuvo gran amistad con Iturbide", y (tanto, digo yo, y cuenta lo que es bien sabido de que don Agustín desfiló el desfile del Ejército Trigarante de las calles de San Andrés y Tacuba por donde iba a pasar, para que fuera por las de San Francisco "con el objeto de que ella pudiera admirarlo desde su casa de la calle de la Profesa" y cuenta, además, que detuvo la marcha y, desprendiendo de su sombrero una de las plumas tricolores que en él llevaba, la envió con uno de sus ayudantes a la hermosa Güera".

A propósito de esta pluma quiero poner aquí, ya que viene a pelo, lo que don Jesús Galindo y Villa escribe en el capítulo titulado *Los reliquias del general*, que es uno de los de su ameno libro *Pulso de historia*. El general con Vicente Rivera Polanco era poseedor de muchos curiosos objetos históricos entre los que estaba una silla que fue del cura Hidalgo, una espada de Mina, una parte del uniforme militar de su abuelo, el general don Vicente Guerrero, etcétera, etcétera, y el "pernudo o plumero tricolor, que Iturbide usaba en su gran sombrero de campanada, cuando en medio de las exclamaciones de un pueblo delirante de gozo, entró en la ciudad de México el venturoso 27 de septiembre de 1821, el frente del Ejército Trigarante. Ocho que se lo regaló la famosa Güera Rodríguez".

Por la noche fue adecuada la celebración de las paces firmadas en Iguala. En la fachada del Real Palacio, en la del Ayuntamiento, así como en todas las casas del Estado, se hicieron profusas iluminaciones que dizque fingían bien la claridad diurna. Además de esto la noche que se asentaba en la Plaza Mayor se aclaró más, aunque fugitivamente, en los multicolores fuegos pirotécnicos que se multiplicaban en castillos, altos y complicados, y en aisladas girándulas. También llenaron la noche el sin fin de los cohetes voladores que volcaban brillantemente sus flores de luz. Todo estaba hecho con mucho arte por los mejores polvoristas. La Güera e Iturbide, con sus almas también muy de fiesta, presenciaron desde un balcón del Palacio, junto con el Virrey y las encumbradas personas de su corte, el incendio multicolor de los castillos y el bullicio de la gente que llenaba la plaza.

"Iturbide —vuelvo a citar a don Carlos María Bustamante— después de idear el notabilísimo Plan de Iguala, lo juró solemnemente, así como los demás jefes de la revolución separatista; en aquel documento haciéndose promesas muy formales al pueblo mexicano respecto del sistema de gobierno que había de regir la nueva nacionalidad. No se dijo allí, ni por asomo, que un mexicano ocuparía el solio del imperio, porque a la sabiduría política de Iturbide no se ocultaba entonces que, intentarlo, era fracasar, como sucedió más tarde. Pero la popularidad del héroe de cien batallas, del libertador, del verdadero Padre de la Patria, iba creciendo más y más cada día; y no cien, ni mil, ni cien mil mexicanos, pedían a gritos la consagración de Iturbide Emperador, sino toda la Nueva España, como un solo hombre.

"Y sucedió entonces que el famoso guerrero y libertador, aceptó el cetro y la corona que se le ofrecían, sin pensar que con ello, las promesas de Iguala se disipaban como nubes de verano, y que el pueblo, que al fin todo lo comprende, y todo lo descubre, tacharía de ambicioso al que antes colmara de honores.

"Naturalmente, la Güera Rodríguez tuvo conocimiento de la resolución adoptada por Iturbide; y cuando él solicitó el parecer de su bella amiga, ésta díjole con la penetración de un augur, poco más o menos, lo siguiente:

—Guardáos muy bien de aceptar la corona, don Agustín, porque yo sé que cuantos hombres entran a Palacio pierden la cabeza.

—Daré garantías, conservaré el orden —repuso Iturbide.

—Pensad —observó la dama—, que la primera cabeza que caerá será la vuestra.

Cuando el Presidente del Congreso puso a Iturbide la refulgente

corona imperial, se le ladeó rápida hacia una oreja con lo que estuvo a punto de ir a dar al suelo y en el acto exclamó don Rafael Mangino, con un cierto dejo de ironía:

—¡Cuidado, no se le vaya a caer a Su Majestad!

—¡Yo haré que no se me caiga!

Contestó también rápido don Agustín. Pero a pesar de todo lo que hizo no la pudo sostener firme en su cabeza con las violentas arremetidas que le deban los liberales.

Al fin se le vino abajo definitivamente al del "camino fuerte", que esto, en vasconce, significa Iturbide como aquí decimos o Iturbide como en España se pronuncia este apellido, con acento en la u.

El archivo del general don Vicente Guerrero, que posee el general don Juan Andrew Almazán, se guarda una hoja volante que salió a luz en 1882 de la "Imprenta Imperial (contra el despotismo)" y su autor la firma solo con sus iniciales: D. B. T. Dice así ese papel:

DUDAS, PARA EL QUE QUISIERA RESPONDERLAS, QUE LE HAN OCURRIDO A UN TRISTE EVANGELISTA

- 1a. Si a la Güera Rodríguez por la unión carnicopostática con el Smo. Sor. Iturbide le corresponde la S. A.
- 2a. Si esta, u otra distinción, a las subalternas de que por más tiernas usa S. A. S.
- 3a. Si en el caso de coronarse este Héroe, las sobredichas Señoras han de ser comprendidas en la familia Ymperial.
- 4a. Si las Cortes exigirán a S. A. S. los ocho millones que se ha embolzado.
- 5a. Si los dos de contribución al Venerable estado eclesiástico se destinarán a las urgencias del Ymperio o a las del presunto Emperador.
- 6a. Si las pérdidas que este hace en los albuces han de ser por cuenta de la Hazienda Ymperial, o de la suya particular.
- 7a. Si agotado el numerario por S. A. S. será permitido el robo, y ha de sellarse el cobre, u otro metal.
- 8a. Si nuestra libertad consiste en que el Sr. Yturbide se corone, y nos gobierne a su aditrio, o en que se formen las Cortes y tenga uno de los llamados por el plan de Yguala y Trat. os de Córdoba.

Compatriotas: interesado en la felisidad común del suelo en que nací, no puedo menos de decirlos que uyendo del fuego hermoso caído en las brasas, y que al paso que vamos yegará el día que ni tengamos que co-

mer ni a quien pedirselo, y lo es mas, ni a quien robarselo, porque la metalica hidropeca de nuestro regenerador se traban e tras cosechas de oro y plata de tal modo que en el presente año ni semillas se hayan para la nueva siembra. Despreocupémonos, que nos sucede ya lo que a la culta Francia, que no pudiendo sufrir la tiranía de Napoleon, se acoció a su legitimo Gobierno.

Ymprenta Ymperial (contra el despotismo) de D. B. T.  
México 1822.

En el effmero relámpago del Imperio, doña María Ignacia Rodríguez de Velasco, que era la quinta esencia de la astucia y avisadísima en extremo de todo lo que le tocaba, no quiso ocupar puesto alguno en la corte, como esperaban todos que lo tuviese, y puesto prominente, al lado de la emperatriz doña Ana María Huarte, ya como camarera, ya como dama de honor o dama de Palacio. ¿Para qué quería nada de esto la Güera Rodríguez? Ella tenía puesto muy firme y principal en el corazón de Iturbide, el flamante emperador.

A don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco, le causa gran admiración —página 10 de su *Corte de Agustín I emperador de México*—, de que si su antepasada la Güera Rodríguez "tuvo tanta influencia en el ánimo de Iturbide, llama mucho la atención que esta señora, no figurara con cargo alguno cuando se formó la corte del nuevo imperio. Ni en la *Gaceta Imperial* ni en las listas separadas que se publicaron al efecto, se halla el nombre de la célebre dama". Esto es como un dolido reproche que hace don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco y caballero de Malta, a Iturbide por no haberle dado puesto alguno sobresaliente en su flamante corte.

Ya dije antes el puesto que ocupaba la listísima señora. ¿Habría, acaso, otro mejor para ella?

En cambio sí consiguió con su valimiento elevados cargos para sus tres hijas, que fueron como consta en la *Gaceta Imperial de México* de 26 de julio de 1822. Don Manuel Romero de Terreros y Vinent, marqués de San Francisco y caballero de Malta, le da el nombre de "Mayordomo de Semana", e igual cargo tuvo el conde don Pedro José María Romero de Terreros y Trebusco y Rodríguez Sáez de Pedros de la Costera Rivas Cacho, marido

de Peralta. E de señas que nombra la "Mayordomo de Semana", e igual cargo tuvo el conde don Pedro José María Romero de Terreros y Trebusco y Rodríguez Sáez de Pedros de la Costera Rivas Cacho, marido de doña María Josefa, hija mayor de la Güera. Este encumbrado cargo lo tuvo el nombramiento del virrey Apodaca, capitán del Escuadrón Urbano de Patriotas de Fernando VII.

El esposo de doña María de la Paz, la segunda hija de la notable doña María Ignacia, era el señor don José María Rincón Gallardo y Santos del Valle, marqués de Guadalupe Gallardo y mayorazgo de Ciénega de Mata o la Grande. Este caballero tuvo el puesto de "Caballero Mayor" que, como su nombre lo indica, tenía a su cargo el importante gobierno y cuidado de las caballerizas y de los que servían en ellas, así como algo de más calidad, el oficio de ir a caballo a la izquierda del carruaje que ocupaban las imperiales personas.

Fue "Mayordomo Mayor de Su Majestad" don José María Echéverez Espinar de Valdivieso Azlor y Vidal de Lorca, marqués de San Miguel de Aguayo y de Santa Olaya, y maestrante de Ronda, marido de doña María Antonia, la tercera de las hijas de la templadísima Güera Rodríguez. El marqués de San Miguel de Aguayo era muy admirado, poseía extensas posesiones en las provincias de Coahuila y Texas.

A todos estos perflucitos señores no les cabría la rimbombancia de sus nombres, apellidos y títulos, en una simple tarjeta de visita, sino que para ponerlos todos completos necesitarían una serpiente.

Después del Imperio fugitivamente deslumbrante, vino en seguida la amargura del destierro; luego el sangriento cadalso de Padilla y el jamás de la muerte. La sepultura es lo verdadero, lo que no falla, es puerto seco que está a la raya de este reino terrenal y entrada del celestial. Polvo y ceniza era don Agustín de Iturbide, como todas las criaturas humanas hechas del deleznable barro mortal. Viene de través el pierzo de la muerte y marcha y acaba con el vigor y juventud. Todo pasa como agua corriente de río que no se detiene, como flor que se mustia y acaba.

Muñoz, Rafael F. SANTA ANNA  
EL DICTADOR RESPLANDECIENTE.  
México, Fondo de Cultura  
Económica, Cultura SEP, 1992  
(Lecturas Mexicanas 33)

UNIDAD III.-MEXICO  
INDEPENDIENTE  
(1821-1853)

EL AUTOR:

Novelista y periodista, Rafael F. Muñoz nació en Chihuahua, Chih. Desde muy joven se dedicó al periodismo en su ciudad natal. Más adelante colaboró con El Herald y por muchos años con El Universal. Fue jefe de prensa del General Alvaro Obregón, jefe de redacción de El Nacional y jefe de prensa de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de la SEP.

Ha sido considerado como uno de los mejores novelistas de la Revolución, concretamente centrado en torno a Francisco Villa y sus hombres de la División del Norte.

Escritor límpido, directo, enérgico, logra evocaciones de gran fuerza realista.

En colaboración con el Dr. Ramón Puente escribió Memorias de Pancho Villa. Otras de sus obras son: El Feroz Cabecilla (cuento); El Hombre Malo y Otros Relatos; Vámonos con Pancho Villa; Si me han de Matar Mañana; Se Llevaron el Cañón para Bachimba; Fuego del Norte; Santa Anna, El Dictador Resplandeciente.

Murió en la Ciudad de México el 2 de Julio de 1972.\*

\*Información apoyada en: Enciclopedia Gráfica del Estudiante.  
Op. Cit. p.223.

LA OBRA:

Santa Anna, El Dictador Resplandeciente, es una obra muy descriptiva. Nos relata la situación de nuestro país desde 1810, inicio del movimiento de Independencia de México, hasta 1876, fecha del fallecimiento de Antonio López de Santa Anna.

En la obra, no se descuida la narración de los acontecimientos cotidianos; por el contrario, éstos sirven de marco de referencia para las situaciones políticas que se van sucediendo en la narración.

El personaje central de la historia es el presidente Santa Anna, quien ascendió y descendió del cargo en varias ocasiones, y a quien el pueblo seguía fielmente.

La personalidad del presidente es presentada sin partidarismos, para que sea el lector quien emita el juicio definitivo, y para ello, se cuenta con una rica descripción de las diferentes facetas de su personalidad, de la situación internacional que hubo de enfrentar, de la adulación con la que era tratado, etc.

Con la lectura de este libro se puede seguir paso a paso el desarrollo de nuestra Historia Patria por el convulso transitar hacia la definitiva liberación de España, la desorganización reinante ante la inexperimentada situación de la libertad y la propicia oportunidad para que, quienes se encontraban en el lugar indicado, aprovecharan la situación y quisieran obtener el poder y eternizarse en él.



Los capítulos seleccionados son: La Independencia, La Guerra de Texas, La Guerra de los Pasteles y Las Últimas Jornadas, a lo largo de los cuales, puede seguirse el desarrollo y desempeño del presidente Santa Anna, su formación militar, ambiciones políticas, descalabros diplomáticos, destierro, el olvido de sus seguidores y su muerte.

#### SUGERENCIA DIDÁCTICA

El profesor invitará a sus alumnos a que formen un cuadro sinóptico conteniendo las principales características políticas y sociales de la época descrita en el texto, procediendo enseguida a elaborar un breve comentario de la actuación política de Santa Anna.

## LA INDEPENDENCIA

## 1

Al RESBALAR el sol hacia el horizonte aparecen en el mar las velas cuadradas de los barcos pescadores. Comienza a soplar el viento, untando en la carne de las mujeres, que con sus cestos vacíos van a la playa, la tela multicolor de las enaguas. En la puerta de las tabernas, viejos marineros que fuman largos cigarros, platican a gritos, como si disputaran. Muchachos semidesnudos recogen en la orilla del mar las conchas que deja el oleaje, y metidos en el agua hasta la rodilla, los hijos de los pescadores ensayan a tirar la red. Mulatas de caderas amplias y ondulantes van por las callejuelas, con cestos planos cargados con frutas del trópico, y al decirles cosas picantes los marineros hacen aparecer en sus caras el relámpago blanco de la risa. Las mulatas pregonan su mercancía:

—¡Papaya frejca! ¡Piña frejca!

En las aguas verde olivo que el viento riza dormitan bergantines y goletas, caídas las velas de los mástiles, como medias de mujer en torno a la pierna. Frente a la playa, el viejo castillo de Ulúa, construido para defensa y amenaza del puerto, refleja en sus blancos bastiones la luz amarilla del sol, y el mar refleja en sus aguas oscuras los blancos muros de piedra. En un redondo y almenado torreón, «El Caballero Alto», la brisa hace ondear el pabellón rojo y amarillo del reino de España.

Las campanas de la iglesia han llamado a rosario y las calles se pueblan de mujeres que se encaminan al rezo. En la torre, el farero se apresta para encender las luces de los reflectores.

Dejando atrás el mar, como si fueran a las dunas que rodean la villa, caminan lentamente, bajo los anchos aleros de las casas, un hombre bajo y regordete, ataviado con un largo casacón, y un jovencillo vestido de blanco lino, muy esti-

rado, para parecer más alto de lo que es. Sus ojos vivaces platican con la sonrisa de las mulatas fruteras.

-¡Papaya frejca!...

Unas señoras de amplias enaguas superpuestas, que trotan precipitadamente hacia el templo, saludan sonriendo:

-Buenas tardes le dé Dios, señor licenciado...

El licenciado levanta su sombrero de copa cuadrada, y aprovecha la ocasión para quitarse el sudor de la frente con su gran pañuelo verde y rojo, de seda de la China.

Frente a una posada se detiene la diligencia de Jalapa, tirada por seis mulas resoplantes; bajan los viajeros con sus amplias maletas de terciopelo floreado y los cocheros cubiertos de arena de las dunas van a echarse un trago en la más próxima taberna.

-Buenas tardes le dé Dios, señor licenciado...

El hombre del casacón saluda y saluda mientras el jovencillo sonríe a las fruteras y se pone listo para ver si alguna viajera descubre algo más que el tobillo, al bajar de la diligencia.

Llegan frente al baluarte de gruesos muros donde tiene su cuartel el «Regimiento Fijo de Veracruz» y su gabinete de trabajo el coronel del cuerpo, Arredondo. Un granadero que hace la guardia les impone el alto. A sus voces, aparece en el ancho zaguán un oficial de bandas blancas cruzadas sobre el pecho; habla con los civiles, vase por allá dentro, y al regresar dice cortésmente:

-Pase usted, señor licenciado...

## 2

Los españoles de las Indias tienen los ojos de su patriotismo vueltos a Europa. Más de dos años hace que tropas francesas, enviadas por Napoleón a través de la península ibérica para llevar hasta los puertos lusitanos el bloqueo continental contra Inglaterra han colocado en el trono de Fernando VII a José Bonaparte, "El Intruso". Pero España es el único país de Europa en que el pueblo no acepta los gobernantes impuestos por Napoleón ni tolera la presencia de sus tropas: se levanta en Madrid el dos de mayo; hace capitular a

Dupont a la orilla del Guadalquivir; resiste en Zaragoza a Lefevre primero y a Moncey después; y contra el mismo Napoleón y sus mimados de la victoria mantiene, en la Península, la guerra y en las Indias, la fe.

En cada puerto de las colonias, los galeones de España son esperados ansiosamente. Los impresos que informan de las operaciones militares y excitan a los españoles a no reconocer nunca a José Bonaparte, avivan la llama, y los hijos de españoles, nacidos en América, van entusiastas a ponerse bajo las banderas del rey Fernando.

Malas noticias llegan de España en esos primeros meses de 1810. La derrota del Austria en Wagram ha dado a Napoleón la posibilidad de enviar otros cien mil hombres para ver de aplacar al pueblo insurgente. Los ingleses retroceden hasta Portugal, y para resistir a Massena apoyan las espaldas en el mar.

-Pero habrá que seguir luchando, señor coronel...

-Indudablemente, señor licenciado... Hasta que quede un español con vida, de aquel o de este lado de la mar.

El licenciado se limpia la frente con su pañuelo de seda china. El jovencillo, de pie junto a una ventana, con ojos tan vivos que parece que no tiene párpados, mira hacia el patio de la fortaleza, donde unos granaderos practican el manejo del fusil y la esgrima de la bayoneta. El coronel posa los codos en su extenso escritorio y hace el resumen de las últimas noticias. En una de sus pausas, el licenciado, que ha oído atentamente, lleva la conversación al asunto que le preocupa. Señala a su hijo.

-Yo deseaba que sirviese al rey en el comercio, y lo he puesto de meritorio en el almacén de Cos. Pero él dice que no nació para «traper» y se empeña en servir en las armas. Ya sabe usted lo que son los hijos... Convenció primero a la madre y la hizo hablar a don José Cos, nuestro comandante, para que le dispenséis la edad que le falta...

Arredondo toma una larga pluma de ave, la pasa del frasco de la marmaja al tintero de plata, y comienza a trazar algunas líneas:

-¿Se llama como usted, señor licenciado?

-Sí, señor coronel, y como mi padre: Antonio, el tercero de la familia...; Antonio de Padua, María, Severino...

-¿Edad?

-Nació en Jalapa el 21 de febrero del año de gracia de 1794.

Suena un cañonazo lejano: en el peñón de Ulúa se arría la bandera de España, que habrá de elevarse de nuevo cuando el sol aparezca sobre el mar. El coronel deja la pluma, arroja marmaja para secar los gruesos trazos que su mano firme ha marcado en el papel, y lee:

«Ante mí, don Joaquín de Arredondo y Muñiz, caballero de la Orden de Calatrava y coronel del Regimiento Fijo de Veracruz, se ha presentado hoy, nueve de julio del año de gracia de mil ochocientos y diez, demandando ser admitido como caballero cadete en el servicio de Fernando VII, Rey Nuestro Señor, el joven don Antonio López de Santa Anna...»

3

Vivaracho y alegre, servicial y meloso con los superiores, zalamero, de adulaciones siempre a flor de labio, el joven don Antonio López parece dispuesto a todo, por subir. Admira y envidia la roja cruz calatraveña en la casa de don Joaquín de Arredondo, sus charreteras que se desbordan en gruesos hilos de oro sobre los hombros y sus bordados de honor en el pecho. Y piensa: «¡Qué lástima que el Napoleón no llegue hasta la Nueva España o que los reales ejércitos de aquí no vayan a la metrópoli a hacer la guerra!...» La guerra... Derrama la sangre de los hombres en campañas y fortalezas, pasea la miseria por campos y ciudades, arrasa pueblos, incendia villas, deja a las naciones en luto y hambre. Pero los soldados conquistan la gloria, más rápidamente y mayor, mientras más prolongada y cruenta la guerra sea. Santa Anna quiere una guerra, en España o en Indias, contra franceses o contra moros, contra blancos o contra negros, pero una guerra.

Su primera hoja de servicios dice: «Cadete don Antonio López de Santa Anna. Su edad, dieciséis años. Su país, Xalapa. Su condición, Noble. Su salud, buena.» «Valor reconocido», «capacidad bastante», pero aplicación «poca», y con-

16

ducta, «mediana». Más que a estudiar, el caballero cadete se dedica a reñir a puñetazos con sus compañeros. Es el más pendenciero de la escuela.

Cuando el sacerdote Miguel Hidalgo inicia la lucha por la independencia de Nueva España, cuando llegan los primeros correos hablando de sus triunfos, cuando Arredondo recibe orden de movilizarse con su batallón, y cuando la tropa sale del baluarte envuelta en sones bélicos, el cadete Santa Anna hincha el pecho bajo el uniforme de blancas correas, yergue la cabeza tocada con un alto gorro de cuero charolado y al compás de los aires marciales va repitiéndose por el camino:

-Ésta es mi guerra... mi guerra... mi guerra...

4

Del Monte de las Cruces, sobre la serranía que rodea el valle donde está enclavada la capital del Reino, Hidalgo retrocede. Marcha tras él y lo derrota en el puente de Calderón, el rápido, audaz y cruel Félix María Calleja, general de los reales ejércitos. El libertador continúa en retirada hacia el norte, cae prisionero y sus hombres se dispersan, formando guerrillas para mantener viva la gesta de la independencia.

El Fijo de Veracruz sale del puerto; 13 de marzo de 1811. El viento impulsa al bergantín de guerra *Regencia* y las goletas mercantes *San Pablo* y *San Cayetano*, hacia Tampico. Desembarcadas las tropas, se internan en la provincia de Nuevo Santander.

Anda por ahí un insurgente, el lego Herrera. Sus propios hombres lo entregan y Arredondo lo fusila. Son los primeros tiros que oye el cadete Antonio López en su primera guerra. Otro insurgente, el lego Villeras, tiene 2,000 hombres por el rumbo de Matehuala, y considerándose superior a Arredondo, que comanda tan sólo 500, lo invita a unirsele, en un escrito que habla del derecho de las Américas a su independencia. El calatraveño ordena quemar la invitación por mano de verdugo y lanza esta proclama:

«Soldados de la División del Norte, ciudadanos honrados y fieles de la villa de Aguayo: el vil lego Villeras ha tenido la temeridad de querer intimidar y aun seducir a vuestro jefe

17

con mil patrañas y mentiras, sin acordarse de vuestro valor y de que todos vosotros estáis prontos a derramar hasta la última gota de vuestra sangre en defensa de nuestra sagrada religión católica y de nuestro legítimo soberano Fernando VII. Este ultraje es más a vosotros que a mí, y sólo la sangre de los perversos que lo dictaron puede satisfacer su osadía y atrevimiento; y no dudéis que será antes de muy corto tiempo, pero mientras, para que ese vil cabecilla vea el desprecio que hacemos de él y de sus satélites, he mandado que se quemase su proclama por mano de verdugo, y ésta es la respuesta que le doy ahora...

El cadete López ha recibido un ejemplar: lo lee y lo vuelve a leer hasta aprenderlo de memoria: «el vil lego... la temeridad de... mil patrañas y mentiras... derramar hasta la última gota de vuestra sangre... perversos, osadía, atrevimiento, vil cabecilla...»

Inflamado su espíritu, cuando una fracción del Fijo ataca al lego Villéras en su retirada hacia Matehuala, la mañana del 10 de mayo de 1811, el joven don Antonio tiene ganas de derramar hasta la última gota de su sangre: se bate como fiera, persigue a los insurgentes cuando se retiran, captura dos prisioneros, va y viene por el campo de batalla recogiendo armas abandonadas, buscando pertrechos utilizables; reúne un poco de ganado que los vecinos dejan atrás, y presencia cómo tres jefes insurgentes son colgados de los árboles. Por primera vez en partes oficiales se habla de que «se condujo dignamente el cadete don Antonio López de Santa Anna.»

Y todavía le entusiasma la proclama contra los «viles cabecillas y perversos insurgentes», cuando Arredondo vuelve a Tampico, cuando destaca el capitán Cayetano Quintero con una fracción en la que va el cadete, a batir al indio Rafael que está levantando en armas por la hacienda de Amoladeras. Sólo el día en que alcanzan a los alzados en los Altos del Romeral, 28 de agosto, y una flecha lanzada desde el matorral se le clava en el antebrazo izquierdo, al ver sobre la piel las primeras gotas de su sangre, tiene un instante de vacilación, palidece, deja caer su arma, mira a su rededor con ganas de encontrar un escape... Pero el indio Rafael está derrotado, se pierde entre la maleza, termina el combate. Entonces, Antonio López recoge su arma, la levanta sobre la cabeza y da un

grito de triunfo. Por esa herida le mandan un ascenso y un escudo de honor, que recuerda el lugar y la fecha de la acción, para que lo lleve cosido en la manga izquierda de su casaca.

Santa Anna, el de los ojos tan vivos que parecen no tener párpados, sonríe, satisfecho y confiado en lo que le espera.

## 5

Arredondo es su maestro: no sólo aprende de él palabras sonoras y frases de relumbrón para las proclamas, sino también a moverse rápidamente, a no dar descanso al enemigo, a sorprenderlo, a entrar en las ciudades con repiques y salvas de artillería. Y como don Joaquín fusila por aquí, ahorca por allá, envía caballería a perseguir a éstos e infantería a combatir a los otros, en poco tiempo queda en paz la provincia de Nuevo Santander.

Entonces, ¿en qué ha de ocupar el tiempo el calatraveño?: «en fomentar los chismes entre todas las personas, sin distinción, contra los vecinos y contra los oficiales, en abusos de autoridad y en desaciertos de toda clase y a cada paso». Hay que adularlo, para no caer en desgracia, como el capitán Vidal de Lorca, el padre capellán, del Campo, y el capitán del Fijo don Francisco Troncoso, que son encerrados con centinelas de vista, en los bajos de la casa donde vive Arredondo. Acepta todas las delaciones y manda instruir sumarios, una tras otra, vejando a todos los acusados, de modo que llega a infundir el pavor en propios y extraños.

«Divertiase también S. S. por las noches en tocar generala a la hora más intempestiva, algunas veces para dar gusto a su amiga y que gozase del espectáculo que presentaban los oficiales, saliendo apresurados de todas direcciones a medio vestir, rumbo al cuartel. Dictaba regaños a los que llegaban con retraso, sin que se le escapara el padre capellán. Formaba la fuerza, la ponía a hacer ejercicios y evoluciones militares, y colocándose a su cabeza, hacía todas las formaciones que le venían a las mientes, marchando por las calles con la música, tambor batiente y piezas de artillería. Y después de coretear por todo el pueblo y de haber formado muchas veces en columna y desplegado otras tantas en batalla y de chocar

contra las tapias o meterse en las zanjas a causa de la oscuridad, mandaba tocar fajina y que la tropa se retirase a sus cuarteles, dándole las gracias por su puntualidad y destreza, aun cuando no hubiere hecho sino disparates en la mojiganga militar de media noche . . . »

Pero es extraordinariamente activo: sale a campaña cada vez que alguna partida aparece en cualquier parte. Nadie se le escapa. Anda por la sierra sin importarle que soldados y caballos se desbarranquen por los precipicios. Obedece las órdenes cuando le convienen y las olvida cuando no. No puede el virrey Venegas hacerlo salir de Nuevo Santander, porque a cada instrucción contesta con una evasiva.

Santa Anna lo observa y lo analiza: arbitrario, desobediente, vanidoso, débil a la adulación, duro con los subordinados que muestran decoro, alegre, bailador, mujeriego . . . Infatigable en la campaña, despreocupado, confiado, ambicioso, cruel. A pesar de estos defectos, el teniente de dieciocho años lo admira. Sin darse cuenta quizá, se hace su discípulo. Años después, cuando lo haya perdido de vista, tales enseñanzas habrán arraigado en él profundamente.

6

En la provincia de Texas los insurgentes ocupan San Antonio de Béjar y degüellan «hasta sin auxilio de cristianos», al coronel don Simón Barrera y al gobernador don Manuel Salcedo, «dejando sus cuerpos insepultos». Ha cambiado el virrey. Ahora lo es don Félix María Calleja, a quien Arredondo teme y por tanto, obedece. Le ordena salir, y sale rumbo a Texas.

Encabeza a los insurgentes don José Alvarez de Toledo. Sus tropas son restos de las de Hidalgo, a las que se han unido muchos colonos norteamericanos que estaban establecidos en Texas. «Pero la mayor parte son aventureros reclutados en los barrios bajos de Nueva Orleans, o rufianes fronterizos que buscan el saqueo y la riqueza rápida.» Y 600 indios pieles rojas, armados con arcos y flechas, de la tribu de los cochates.

El coronel calatraveño hace su plan: se fortifica en «El Atascoso», un encinal en la orilla del río de Medina, for-

mando su infantería una V abierta hacia el enemigo. Una caballería se adelanta y a los primeros tiros con los insurgentes finge retirarse desordenadamente, atrayéndolos a la emboscada. Cuando Toledo se encuentra con Arredondo atrincherao, es muy tarde para retroceder. Pelea ferozmente, comprendiendo que no tiene otra salvación que el triunfo. Y cuando el Fijo de Veracruz da una contracarga al son de la música militar, insurgentes, colonos e indios echan carrera hacia atrás. Ciento doce son alcanzados, y el implacable Arredondo los fusila, cuando aún no se deshace la polvareda de los que han logrado huir.

De ochocientos cincuenta yaquis, colonos y aventureros, sólo noventa y tres quedan para contar la historia.

Arredondo ha dado el primer golpe a la independencia de Texas. Las ilusiones de los colonos norteamericanos de formar un país libre, quedan desvanecidas por veinticinco años. Y el calatraveño pasa diez meses en San Antonio de Béjar, dedicado a sus amigos, a oír chismes, o procesar oficiales, a tocar generala a la media noche para ver a los subordinados salir de sus casas rumbo al cuartel en calzoncillos.

Cuando regresa a Monterrey, disuelve la diputación provincial, riñe con las autoridades civiles y se pone de pique con las eclesiásticas, a las que exige que cuando va a la catedral se le hagan honores iguales que al virrey. Oye y fomenta las delaciones, hace sumarias, ordena prisiones. «Es atolondrado, despótico y caprichoso.»

Santa Anna continúa su aprendizaje de los hombres y de los territorios. Conoce bien a su jefe. Todo Nuevo Santander y todo Texas los tiene dibujados en la memoria. Y se van precisando algunos rasgos de su carácter: temperamento tropical, pasa de la más intensa actividad a la indolencia más completa. Sensual, jugador . . . Miente a las mujeres y queda a deber dinero a los amigos. Sólo una lección de su coronel se le escapa: la crueldad. Ni ahorca insurgentes ni fusila vencidos, cuando son de su sangre.

7

El virrey ordena que se formen nuevas compañías del Fijo de Veracruz para guarnicionar el puerto. Comienza el reclu-

tamiento, se reúnen en los cuarteles los indígenas y los «jarochos» venidos de todos los departamentos de la provincia. Y hacen falta instructores que les enseñen el manejo del arma, los disciplinen, los dirijan en los desfiles, les hagan comprender los complicados toques de las cornetas. Y Antonio López de Santa Anna, curtida su piel pálida por el sol, los vientos y la nieve, enronquecida su voz, endurecido el pecho, afianzado el paso, vuelve a sus lares con cintas de oro y escudos de honor bordados en la casaca.

Viento que unta en la carne de las mulatas la tela multicolor de las enaguas. Relámpagos blancos de sus sonrisas. ¡Papaya fresca!

## 8

La lucha por la independencia continúa en el sur y parte del centro del Reino. En la costa, sólo Guadalupe Victoria, con unos cuantos mulatos, indígenas y «jarochos», sostiene una rebelión poco activa, que por meses largos se limita a substraerse, en las montañas, a las órdenes del gobierno virreinal. La insurrección parece irse apagando. Un nuevo virrey, don Juan Ruiz de Apodaca, ha llegado de España con la real autorización para suspender las represiones sangrientas y poner en práctica medidas de dulzura. Concede indultos, contiene los ímpetus sangrientos de sus generales, pero combate con actividad y perseverancia a los núcleos realmente fuertes.

Muere en el patíbulo el gran Morelos. Guerrero, con sus tropas considerablemente disminuidas, se oculta en las montañas del Sur. Victoria encuentra un asilo entre las fieras, como un salvaje, escondido en una cueva. En la parte del Noreste, Arredondo ha inspirado tal terror que nadie se mueve.

La guerra va agotándose, como una hoguera abandonada. Los rescoldos que conservan un poco de calor, se vuelven ceniza al contacto del viento. Entonces, el teniente Santa Anna cambia de ruta: de la campaña en los llanos desiertos o en el matorral abundante en alimañas, misterios y sorpresas, pasa a la vida del salón, del gabinete, de la fortaleza. Se convierte en ayudante del anciano y respetable general don José Dávila, gobernador español de la provincia de la Vera Cruz.

No hace nada. Nada más que cortejar a las señoritas y leer los libros de la biblioteca del señor Dávila. Clásicos de Grecia y del Lacio, la mitología y los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*. Cuando termina de leer un volumen de éstos, está ebrio de cesarismo. Comienza a desarrollarse en él la megalomanía. Todo lo quiere hacer como los héroes de Homero, como los varones fuertes de Roma. ¿Que no es posible en esta época? ¿Por qué no? En Europa se percibe todavía el temblor que deja a su paso el pequeño Bonaparte. Y Antonio López de Santa Anna se le semeja en figura: menudo de cuerpo, ancho del arco del pecho y de los hombros. Lo toma como modelo. Lee ávidamente cada palabra escrita sobre sus hazañas, sus proclamas, sus leyes, sus amores. Contempla los dibujos en que aparece su effigie, y como uno de ellos lo presenta pasando los Alpes en un corcel del tono de la nieve, mientras el viento le unta los cabellos de atrás hacia adelante sobre las sienes, él se compra su bridón blanco y con dos redondos cepillos se arregla la cabellera, como si siempre le soplara por la espalda el ventarrón de los Alpes.

## 9

Dávila llega a estimarlo, a considerarlo como un hijo. Le da consejos que si el teniente no sigue, cuando menos oye con estudiada atención, que halaga al gobernador. Lo distingue en las comisiones, sobre otros oficiales de más edad; se hace acompañar de él en las ceremonias oficiales y religiosas; lo lleva a los festejos de la sociedad, le confía sus secretos políticos y aun lo envía de embajador ante el virrey.

Porque entre Ruiz de Apodaca y Dávila existe una situación tirante. Discrepan en muchos puntos de vista. Los enemigos de Dávila intrigan ante el virrey y éste se aprovecha de la intriga para procurar una orden de remoción. El teniente de Granaderos Antonio López de Santa Anna es comisionado por el gobernador para ir a desvanecer las intrigas, ante Ruiz de Apodaca. Tres veces lo recibe el virrey, se interesa por su carrera militar, le pregunta detalles sobre las campañas en Nuevo Santander y Texas. El oficial platica en forma inteligente: a la primera palabra sobre cada tema, comprende si

causa agrado o disgusto y lo continúa tratando con amenidad o lo cambia hábilmente. Don Juan Ruiz encuentra su compañía agradable, porque sabe adular con la sonrisa, con la mirada, con caravanas discretas que fingen una dignidad que no existe. Y cuando el joven embajador parte de regreso no ha logrado arreglar cosa alguna en favor del señor Dávila, pero ha obtenido para sí el despacho de capitán graduado.

Antes de salir, va con un sastre para que le tome medidas de una nueva casaca. Y que se la envíe a Veracruz, donde le pagará, si le queda bien.

10

El Virrey suspende a Dávila en el gobierno y comandancia militar y el brigadier Ciríaco Llano se hace cargo interinamente de ésta. Santa Anna deja de ser el oficial favorito que asiste a las ceremonias al lado del jefe. Tiene que salir a campaña, ahora que los insurgentes, olvidados por algún tiempo, se acercan al puerto de vez en cuando, entrando en las rancherías de los «jarochos» y en los pueblos desguarnecidos.

El cambio no es desagradable: comandante de cerca de trescientos jinetes e infantes, con una extensa zona que pacificar, el capitán graduado se considera en ella tan jefe como lo era Arredondo en Nueva Santander, como el virrey en Nueva España. Puede actuar según su criterio, hacer y deshacer, fusilar o perdonar, destruir o edificar. Desde el pie de las murallas de Veracruz, donde comienza el mar de arena y de malezas, hasta más allá del horizonte, él es el señor, el que impone la ley de su voluntad, el de la voz indiscutible. Y ejercer el poder en toda su extensión. Durante dos años y medio no rinde un informe, no hace una consulta. Por meses permanece alejado de las ciudades, y llega al puerto de vez en cuando a decir de palabra lo que está haciendo.

Comienza la campaña a tiros y la termina con apretones de manos y obsequios. Aleja de Veracruz las partidas de insurgentes, obligándolas a refugiarse otra vez en la zona de las cuevas. Los bate en Caxtula Sancampuz, y obtiene otro escudo de honor por la toma de «Boquilla de Piedra». A los

prisioneros que logra, cuando esperan ser fusilados, o suspendidos de un árbol para quedar de muestra, les habla con energético afecto, de que el Rey no es mal Señor, sino el padre de todos y que hay que amarle mejor que aborrecerle. Los deja volver a la gente de sus ranchos a predicar que hay jefe realista que no mata a cuantos captura. Cuando llega a una ranchería, los indígenas y los «jarochos» no huyen de él, como huían de sus antecesores, porque no pone en prisión a hombre alguno ni fusila a quien le es antipático, declarándolo insurgente. Así recorre gran parte de la costa y zonas montañosas, primeras estribaciones de la gran Sierra Madre. Cuando sabe que alguna partida insurgente está operando, la persigue, la busca entre los recovecos de los cerros, la ataca cuando la alcanza, la dispersa. Habla a los prisioneros y los deja ir libres.

Un nuevo capitán general llega a la provincia: el mariscal Pascual Liñán, a quien Santa Anna se presenta a cumplimentar y le informa de lo que ha hecho. Liñán aprueba en gran parte, pero opina contra la libertad de los prisioneros: si no se quiere ejecutarlos, hay que formar con ellos pueblos en los que estén reconcentrados, para evitar que vuelvan a reunirse con los insurgentes. Y el capitán graduado, astuto y atraente, reúne a los indígenas y a los «jarochos», busca parajes apropiados para fundar pueblos, desmonta el matorral, hace el trazado de una plaza, señala el lugar para la iglesia, divide los terrenos entre las familias, «dándose a cada una la superficie necesaria en proporción a sus circunstancias». Cada pueblo tiene tierras comunales para sembrar, y cada familia debe construirse una casa con cocina y corral. «La que menos, tiene una media cuartilla de maíz de sembradura, otro tanto de frijol y poco más o menos de arroz, además de sus cañales, plataneros y hortalizas y una porción de monte para que pasten sus animales.»

Dos años y medio transcurren así. Regresa al gobierno y comandancia militar José Dávila, repuesto por la orden del rey. El capitán Santa Anna asciende a comandante y recibe la cruz de Isabel la Católica.



No ha vivido mal entre los «jarochos». Son éstos descendientes de andaluces que vinieron a la conquista y conservan mucho de sus costumbres, su tipo, su lenguaje ceceado. Viven dentro del bosque, en rancherías formadas por casas de paja, muy grandes, divididas y subdivididas por paredes de caña cubiertas con finas esteras. No tienen más muebles que bancas de madera y los arcones en que guardan su ropa, pues duermen en esteras o en hamacas. Los hombres llevan sombreros de fieltro de anchas alas, «hablan con acento andaluz y tienen el andar jaque y fanfarrón». Se expresan ponderadamente, no blasfeman, miden sus palabras. Son fornidos, de cabellos negros, voz bronca y fuerte. En público silenciosos con sus mujeres. Cuando hay fiesta en el pueblo, se presentan a caballo, llevando en ancas cada uno una mujer, su esposa, su hermana, su novia.

Las mujeres usan camisas de batista bordadas en la pechera, ajustadas al cuerpo como una media: enaguas sutiles de gasa, encaje o batista, que transparentándose, dejan que se marque la silueta de los muslos y las pantorrillas; medias color de carne, bordadas al frente, zapatos de raso y una banda carmesí o amarilla, terciada sobre el pecho. Llevan pulseras y collares de luciérnagas que parpadean, esmeraldas de la noche capturadas en los bosques. «De corta talla, color moreno subido, muy bien formadas, cabeza erguida, abundante pelo negro, ojos brillantes, negros, grandes; cejuntas, boca pequeña y dientes blancos, pie chico, torneada pantorrilla, maneras desenvueltas, miradas provocativas...»

Se comprende por qué el joven capitán pasó muy a su gusto, entre los «jarochos» dos años y medio.

Militarmente, la insurrección no ha progresado en ese tiempo. Por el contrario, Mina es vencido y muerto. Terán capitula. Rayón y Bravo están presos; Guerrero, en las montañas; Victoria, en las cuevas. Pero la miseria aumenta a causa de la guerra tan prolongada. Las haciendas están desoladas;

nadie en ellas trabaja, y los granos escasean, los precios son altísimos para la gente pobre. Las minas paralizadas; el comercio empobrecido. Hay miles sin trabajo en los campos y las ciudades. Un disgusto general, una desazón, pesa sobre Nueva España como capa de plomo. La metrópoli, más necesitada que nunca, pide auxilios, y como no existe sobrante en las arcas, hay que subir los impuestos, crear nuevos alcabalas, aumentar las deudas del Gobierno y de las tropas. La revolución resurge.

En el Sur, las fuerzas de Guerrero obtienen una «rápida fortuna militar», cambiando el aspecto de la insurrección. «El ejército insurgente merecía este nombre: armado y equipado regularmente, ocupaba posiciones ventajosas, vivía en ordenanza militar, evolucionaba como los realistas, operaba bajo planes y reglas fijas.»

El virrey decide enviar un fuerte ejército, bajo el mando del coronel del regimiento de Celaya, Agustín de Iturbide, para pacificar el Sur. Como despedida, el coronel dice a Apodaca: «que jamás tenga V. E. motivo de arrepentirse de la confianza que ha librado en mis cortas luces y genio». Va confiado en vencer la rebelión rápidamente. Pero cinco encuentros con los insurgentes, alguno desastroso para él, lo cambian de opinión. Antes, en México, había concurrido a unas juntas efectuadas en el templo de La Profesa, encaminadas a hacer de la Nueva España un imperio independiente, con Fernando VII u otro Borbón en el trono, y considera llegado el momento de iniciar la realización de este propósito. En Iguala, el 24 de febrero de 1821, formula su plan: absoluta independencia de este reino, gobierno monárquico bajo Fernando VII u otro de su dinastía, «para hallarse con un monarca ya hecho y precaver los atentados funestos de la ambición»; junta de gobierno mientras se reúnen las Cortes y viene Fernando; creación del «Ejército de las Tres Garantías» (Religión, Independencia, Unión).

Es un plan conservador que deja el dominio de la nación a un príncipe de la casa reinante en España; mantiene al «clero secular y regular, conservando todos sus fueros y propiedades»; pone el gobierno en manos de una Junta encabezada nada menos que por el virrey y compuesta de obispos, oidores, etc., que tienen nombramientos expedidos por la Corona

española. Casi no significa la independencia. Pero los insurgentes, quizá fatigados por once años de luchas y creyendo que el plan será benéfico para el país, lo aceptan. Primero Guerrero, después los Bravo, los Rayón... Muchos jefes realistas lo secundan también: Luis Cortázar, Anasasio Bustamante, José Joaquín de Herrera, Barragán...

Pero Apodaca lo declara «anticonstitucional» y continúa la lucha.

13

Cien granaderos de la guarnición de Jalapa se sublevan. Se les unen otros del Fijo de Puebla y algunos insurgentes antiguos. El 18 de marzo, Herrera tiene setecientos cincuenta hombres y un cañón.

Dávila comprende que la situación se vuelve seria, que debe luchar con todos los elementos que tiene a su alcance. Refuerza las guarniciones de las villas, y al comandante Santa Anna toca ir a Orizaba con doscientos granaderos. Don José lo despide, hablándole como al «más fiel de sus subordinados». Antonio López se emociona y ofrece cumplir «hasta la última gota de su sangre».

Apenas ha dormido en Orizaba, cuando a las cinco de la madrugada del 23 de marzo se presentan quinientos insurgentes a las órdenes de Francisco Miranda y José Martínez, enviando al sargento Cristóbal Ballecscano para invitarlo a que se una al Plan de Iguala y tome el mando de ellos. Pero el jefe realista se entera, por el emisario a quien después manda encerrar, del pésimo estado de las fuerzas insurgentes y las ataca sin contestar su invitación. Rechazado por el número, se refugia en el convento del Carmen con sus soldados y los padres, realistas de cuerpo y alma. El día 29, Santa Anna, madrugador y astuto, sorprende un puesto avanzado donde los rebeldes están desnudos y durmiendo. Los acaba y regresa al convento afirmando haber obtenido una gran victoria. Suenan en repiques constantes las campanas del Carmen, y los cañones y fusiles disparan salvas en señal de regocijo. El comandante escribe inmediatamente un parte rimbombante al Virrey anunciándole la destrucción de los enemigos y hace que los padres formulen una petición para que se le ascienda

teniente coronel. Un propio sale a caballo con órdenes de apoderarse hasta detenerse ante Ruiz de Apodaca y entregarle los pliegos. Los monjes carmelitas sacan de sus bodegas los jamones y el vino, preparan pasteles y confituras para dar el gran festín a los bravos realistas.

A la mesa está Santa Anna cuando un granadero le entrega disimuladamente un pliego. Ha llegado frente a la plaza don José Joaquín de Herrera, quien dice la mentira de llevar dos mil hombres más, con los que ha cercado a los defensores. Y el comandante, mentiroso como es, cree en las falsedades del otro, se espanta y sale a entrevistarlo, dejando a carmelitas y oficiales regocijándose en el refectorio.

El diálogo es breve: una exposición de Herrera sobre lo que es el plan de Iguala, y la oferta de conservar al comandante realista en su grado si acepta unirse al movimiento.

—Pero es que yo espero que mi triunfo de esta mañana...  
—Si es así, yo ofrezco a usted que el señor Iturbide le hará coronel inmediatamente...

Santa Anna se rasca la cabeza y arruga la piel de la frente.  
—Y, además, tendrá usted el mando de los insurgentes en toda la provincia de Veracruz, pues yo preciso de marchar a Puebla acarando órdenes del señor Iturbide...

Ambicioso, voluble, acobardado, Antonio López acepta. De comandante realista brinca a coronel insurgente. En un día pide un ascenso al virrey, y obtiene del bando contrario la promesa de dos grados de ascenso.

—¡Viva el Plan de Iguala!...

—¡Viva!—repiten los soldados.

El festín se interrumpe. Los insurgentes se esparcen por la ciudad y hacen repicar las campanas. Sus jefes y oficiales devoran confituras, jamones, vinos, que los religiosos habían sacado de sus bodegas para celebrar el triunfo de las armas del rey.

14

Tomando a sus órdenes la masa insurgente, Santa Anna despliega su actividad incansable, sus dotes brillantes de organizador, sus ardidés ingeniosos y eficaces, su resistencia

29

física de centauro joven. Forzando una marcha de catorce leguas, cae sobre el puerto de Alvarado, donde vuelve la tropa a su favor. Aprehende al comandante realista Juan Topete, y como «algunos negros insolentes» querían matarlo, le extiende un pasaporte para que llegue sano y salvo a Veracruz a dar cuenta a Dávila de su desastre. Brinca a Córdoba, donde Herrera tiene encerrados a los realistas del coronel Hevia y planta por primera vez la bandera verde, blanca y colorada sobre la loma de Los Arrieros. Los realistas abandonan la plaza y Santa Anna los persigue haciéndoles fuego hasta Orizaba.

Asedia Jalapa, asaltando personalmente por en medio de los parapetos de San José y El Vecindario. Pero una lucha que dura nueve horas y media le agota el parque. Está a punto de retirarse cuando el coronel Orbeagozo, su contrario, ofrece capitular. Y él se muestra generoso en conceder todo lo que se le pide. Recibe municiones, cañones, un obús grande, mil fusiles. Lo que necesita. Y deja salir a Orbeagozo con banderas y vestuario. Ha capturado la ciudad, por resistir un minuto más que el enemigo. Estas acciones le valen la «Cruz de Córdoba» y la medalla de la Guerra de Independencia, que muestra el mundo antiguo y el moderno, rotas las cadenas que los unían. El lema dice que el portador de tal adorno, «desató un orbe de otro».

Después, realiza algunas escaramuzas sobre el fuerte de Perote, fortifica La Joya para contener un posible intento de los realistas de recuperar Jalapa. Y hace rendir al coronel Flores en los dos fortines de Puente del Rey. Durante las marchas, procura que sus tropas guarden el orden militar y en los descansos, las instruyen en ejercicios y maniobras, forma cuadros, concede grados de oficiales, distribuye elementos, junta a los indígenas con los indígenas a los mulatos con los mulatos a los jarochos con los jarochos; señala denominaciones a los cuerpos, establece vanguardias y retaguardias, alas, centro, reserva; dispersa espías, concierta señales... Y un día recibe de Iturbide, como premio por su victoria en Jalapa, el título de «Jefe de la Undécima División del Ejército de las Tres Garantías». Nadie está ya por encima de él sino el autor del Plan de Iguala.

Napoleón se dirige a sus hombres llamándoles: «Soldados».

Washington, en una ocasión, les dice: «Libertadores».

Bolívar e Iturbide llámanles: «Americanos».

Santa Anna, en su proclama del 24 de junio, principia: «Camaradas...»

Un siglo después, habla así a los suyos Vladimir Ilich Uliánov, alias Lenin.

El jefe de la undécima división inicia el asedio de Veracruz, tras de cuyos bastiones lo espera, resentido hasta el alma, el que fue su paternal jefe, don José Dávila. Aún no está listo para el sitio cuando se le informa que una partida realista, con los grumetes de varios buques, ha saqueado y quemado varias casas del barrio del Santo Cristo del Buen Viaje, situado extramuros. Se precipita a atacarla. Hace más de treinta muertos, captura diez granaderos. El jefe realista vencido es el coronel José Rincón.

Ha llegado a tiro de cañón de las murallas. De un momento a otro puede romperse el fuego formal. Entonces, cumple con una costumbre militar: envía al señor Dávila un pliego pidiéndole la entrega de la plaza. Pero el viejo ni siquiera rasga el sobre. Lo devuelve con estas palabras escritas de su puño: «¡Ingrato, traidor!—Dávila.»

En el campo insurgente se inflama el entusiasmo. De todas las posiciones, los soldados han salido a aglomerarse en rededor de un hombre que acaba de presentarse en el campamento: Guadalupe Victoria, que ha salido de su cubil, «después de treinta meses de estar tan desnudo como Adán, solo, enfermo, botado en el suelo sin más alimentos que yerbas y raíces de árboles», para adherirse al Plan de Iguala y continuar la lucha por la independencia. Es el jefe querido de los

insurgentes veracruzanos, por noble y valiente, lleno de constancia y firmeza. Santa Anna, recién llegado a este bando, comprende la realidad de su posición y en la orden del día cede el mando a Victoria, poniéndose a sus órdenes con todos los ayudantes.

Perro don Guadalupe rehusa. Quiere hablar con Iturbide. Y sólo consiente en presentarse ante las murallas de Veracruz, para elevar el entusiasmo del ejército, al que dirige una proclama.

Santa Anna deja escapar un suspiro de satisfacción. Conservará el mando de las tropas en la provincia. Y complacido, desde el Médano de Perro hace el primer disparo de obús sobre el puerto fortificado.

18

Ésta es su primera gran batalla. Un «horroroso fuego de cañón» resuena desde el alba hasta la tarde, sin intermitencias. Lluven las granadas sobre el campamento, matando e hiriendo. Impaciente, deseoso de un gran triunfo, el jefe divisionario quiere precipitar los acontecimientos. Tiene cincuenta escalas listas y decide el asalto por el baluarte de La Merced. Es «uno de los primeros que se arrojan a trepar», a las once de la noche. En medio de las sombras brillan sin cesar los fognazos. Los de los obuses parecen hogueras encendidas sobre las murallas. A las cuatro de la mañana, los insurgentes han ocupado las baterías de la Merced, Santa Lucía y Santa Bárbara, y se han apoderado de la puerta. Se precipitan dentro de la ciudad a atacar los otros baluartes, la Escuela Práctica de Artillería y el cuartel del Fijo.

Se desata un aguacero que convierte en barro el pavimento de las calles. Los atacantes se acogen bajo el techo de las tiendas, apuran los licores, dejan pasar las horas. Una caballería que viene a reforzarlos se acerca a los baluartes no conquistados y el fuego realista la dispersa y casi la aniquila. La pólvora para los cañones insurgentes ha quedado inservible. La columna que ha ido a atacar el cuartel del Fijo es rechazada y arrojada fuera de la muralla. Y Santa Anna ha quedado dentro de la ciudad, cuando trata de cortar la retirada de los

32

defensores hacia el castillo de Ulúa. Tiene nada más ochenta hombres y toda la guarnición se reúne para capturarlo. Lo cañonean de Santiago y de la Escuela, del cuartel del Fijo y de las lanchas ancladas en el puerto. Dos partidas de infantería lo asaltan. Los demás insurgentes se han ido y sus fuegos no se escuchan por ningún lado.

Sólo el conocimiento de la ciudad lo salva. Escapa por los callejones y los vericuetos, traspone la puerta, no cerrada aún. Cuando, cubierto de lodo, llega al campamento, su pequeña columna ha dejado la mitad en muertos, dentro de los muros.

Un historiador de su tiempo le hace este elogio: «Se portó como granadero.»

19

Un día, Dávila le tiende una celada: envía a Boca del Río el bergantín de guerra «Diligente», con bandera de los Estados Unidos, confiado en que el coronel insurgente subirá a solicitar municiones; entonces, el bergantín llevará anclas y una hora después lo entregará en Veracruz, atado codo con codo.

Perro no ha contado con la desconfianza de su discípulo. De zorro a zorro es más astuto el joven. Un comerciante amigo es el que sube primero, diciendo tener urgencia de ir a Veracruz, no pudiendo hacerlo por tierra a causa del sitio. Y descubre la treta. Santa Anna ha escapado del paredón una vez más.

20

Iturbide envía un correo a Dávila invitándolo a dejar la plaza en manos de los insurgentes, para favorecer la independencia. Y el anciano, terco y rencoroso, no retarda su respuesta: «Veracruz capitulará ante cualquiera, menos Santa Anna.»

21

Retirándose, Antonio López establece el sitio del castillo de Perote. Cuando llega a Orizaba aún no le pasa el derrame

33

de bilis del fracasado asalto. Está tan indignado, que su pedantería se desborda en una proclama. «La mortífera Veracruz se gloriará de restituir a las cadenas las víctimas destinadas para sus sepulcros insaciables? ¿Un pueblo de cinco o seis mil almas se jactará de dar la ley a siete millones?» y luego, este gran final: «¡Veracruz!, la voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar a las batallas; en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá a todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió a Roma como Veracruz a México... Sed romanos, pues tenéis Escipiones!... Seguro es que él se considera uno de éstos: Escipión el Jalapeño.

22

El 30 de junio llegó a Veracruz, en el navío *Asia*, don Juan O'Donojú nombrado capitán general y jefe superior político de la Nueva España, por no permitir la nueva Constitución española el título de virrey. Encuentra la ciudad todavía conmovida por el asalto. Su primer proclama dice a los insurgentes: «Soy solo y sin fuerzas, no puedo causaros ninguna hostilidad. Permittedme pasar a mi destino.»

La undécima división está otra vez amagando el puerto. Pero O'Donojú viene en plan de paz y ordena que no se haga fuego, y que al «¡Quién vive!» se conteste: «Amistad». Santa Anna y sus oficiales obtienen permiso para transitar por la ciudad libremente. Y en la Alameda, el capitán general y el coronel insurgente tienen una primera conferencia. Aquél desea internarse en el país para hablar con Iturbide. Y éste ofrece enviar correos a gestionar la entrevista. Al despedirse, Santa Anna hace a don Juan las más cortesanías zalamerías. Su ayudante, José Mariño, parte en busca de Iturbide y le entrega los pliegos con la invitación a pláticas, en la hacienda de «El Colorado», a tres leguas de Querétaro.

La idea de la conferencia es aceptada. Sitio: la Villa de Córdoba. O'Donojú se encamina a ella, al amparo, desde la puerta de La Merced, de una brillante escolta que manda don

34

Antonio en persona y que le va haciendo durante el trayecto los más grandes y respetuosos honores.

En Córdoba, el capitán general se despide: «Agradeciendo vuestras finezas, no dejaré de hacer presente al señor Iturbide que si todos los oficiales de su ejército son tan bizarros y entendidos como su señoría, indudablemente estáis llamados a hacer la felicidad de esta nación.

El insurgente hace una reverencia hasta tocar el suelo con su sombrero:

—No he hecho sino cumplir con mi deber, al rendir a persona tan importante como Su Excelencia los acatamientos que le son debidos...

Todavía se cambian tres o cuatro frases más de cumplimiento, y al separarse, O'Donojú murmura:

—Tiene trazas este señor Santa Anna de ser un buen perillán...

—Quizá. Pero ha demostrado que es, además de un militar diestro, astuto negociador que parece que ve venir los acontecimientos y que de todos sabe sacar partido.

Iturbide y el «Jefe superior político de la Nueva España» firman los «Tratados de Córdoba», reconociendo la soberanía e independencia de la nación, que habrá de denominarse «Imperio Mexicano», con gobierno monárquico, constitucional, moderado; el trono, para Fernando VII; en su defecto, a su hermano, el Infante don Carlos; en su defecto, al Infante don Francisco de Paula; si no viene, al Infante don Carlos Luis, y en último caso, al que las Cortes del Imperio designen. Pero Fernando no acepta, ni deja aceptar a los infantes. Por el contrario, manda quemar por mano de verdugo la copia del tratado, y declara a O'Donojú «de funesta memoria».

24

El castillo de Perote capitula. Las últimas fuerzas realistas que había en el centro del país son derrotadas por Iturbide en

35

**Atzacapotzalco. El Ejército de las Tres Garantías entra triunfante en la capital de Nueva España. La independencia está consumada, tras once años de lucha.**

**Sólo Dávila sigue fiel al Rey. Se hace fuerte en las murallas que Santa Anna no osa asaltar nuevamente. Un mes más de sitio. Hasta que el anciano general decide retirarse al castillo de San Juan de Ulúa, con toda la artillería gruesa, los almacenes, las municiones y noventa mil pesos que había en caja. Desde la fortaleza que surge de las aguas mantendrá la amenaza del poder español sobre la nación recién nacida.**

**Y el veintisiete de octubre, los insurgentes ocupan por fin la ciudad, sin hacer un solo disparo. Personalmente, Santa Anna iza el pabellón del Imperio sobre los baluartes que no pudo capturar por asalto. Y lanza su proclama, que los historiadores de la época consideran llena de «sublime pedantería», por esta frase: «Dejemos cerradas las puertas del ominoso templo de Marte y abiertas únicamente las de Mercurio, Minerva y Flora.» Es la enseñanza de los libros latinos de la biblioteca del Gobernador. Y la destrucción de Cartago no fue imitada en la «humilde grama», a pesar del voto de «todas las juntas y senadores».**

**La nación entera, jubilosa, conoce y aclama por primera vez, de frontera a frontera y de mar a mar, el nombre de Antonio López de Santa Anna.**

## LA GUERRA DE TEXAS

### I

Texas perteneció a Nueva España sin disputa, hasta que los Estados Unidos compraron a Francia la Luisiana, en 1803, suscitando con Madrid la controversia de que el territorio adquirido llegaba hasta al Río Grande (hoy Bravo del Norte). Mientras se discutía, Texas fue escenario de guerras y desastres. La insurrección contra el poder español se había iniciado. Crueles represiones contra los insurgentes, a los que se habían unido colonos y aventureros. Matanza de americanos en El Atascoso por las tropas realistas de Arredondo. Depredaciones de piratas. Presión, abuso, mano militar.

En 1819, España y los Estados Unidos celebraron un tratado de límites que mantuvo el dominio del rey en Texas. Muchos americanos no quedan conformes y tratan de realizar la ocupación por su cuenta. El general Long intenta tomar Nacodoches. Se le derrota y se le obliga a regresar a su país. Organiza otra expedición y ocupa el presidio de la Bahía del Espíritu Santo. Nueva derrota, ahora con captura. Conducido a México, queda preso en el cuartel de los Gallos.

La independencia. La reclusión subsiste, hasta que un día, un centinela a quien Long ultraja, le dispara y lo deja muerto.

Un doctor, Juan Dwins Hunter y un tal Hayden Edwards, formulan un plan para integrar, con todos los colonos americanos que se han establecido en Texas, la «República de Freedonia». Cuentan con aventureros, con indios cheroquis y con algunos, muy pocos, colonos. El jefe de éstos, Esteban F. Austin, que había obtenido la concesión de tierras y que tenía el designio de llevar a Texas a formar parte de la Unión Americana, delata a Hunter y Edwards ante el comandante de escuadrón Mateo Almada. Doscientos infantes, cien drago-

nes. Austin se incorpora y guía. Los creadores de Freedonia, americanos e indios, son derrotados y muertos.

En 1832, el coronel José Antonio Mejía, con el objeto de extender la revolución de Veracruz, pasa a Texas a invitar a los colonos a desconocer la administración de Bustamante. Los americanos aceptan. Son federalistas, pues su nación ha adoptado ese sistema. Su número ha crecido considerablemente. Muchos de ellos no tienen permiso para instalarse en territorio mexicano. Y cuando el gobierno comprende que ha incurrido en un error al poblar todo Texas con extranjeros, es tarde. Los texanos están dispuestos a independizarse.

El 3 de octubre de 1834, el Presidente Santa Anna reúne a sus secretarios de Estado, a tres generales, tres diputados, a Esteban F. Austin y a Lorenzo de Zavala, para discutir la situación de Texas. Tres horas de debate. Austin propone e insiste en que Texas debe ser independiente. Y el excelentísimo don Antonio lo manda encerrar, por tres meses.

Un año después, Santa Anna, que había sido federalista, deroga la constitución de 1824 y establece el sistema central. Los colonos americanos se levantan en armas y declaran la independencia de Texas. David G. Burnett es presidente de la República. Samuel Houston, el generalísimo. Su bandera es verde, blanca y colorada, como la mexicana, sólo que en vez de águila, lleva en el centro la fecha de 1824, en recuerdo de la Constitución.

2

José Antonio Mejía es ya general. Se había opuesto al Plan de Cuernavaca y salió desterrado. Concibe el proyecto de sorprender Tampico, aliado con el coronel Martínez Peraza. Reúne doscientos extranjeros en Nueva Orleans y los monta en tres buques americanos. Desembarca y ocupa el fortín de La Barra. El coronel Gregorio Gómez lo ataca, le toma veintiocho prisioneros y lo obliga a hacerse a la vela. Los aventureros son fusilados.

El presidente Barragán, que gobierna mientras el caudillo «cuida de su salud» en Manga de Clavo, decreta que los extranjeros que entren en el país con armas, en actitud bélica, serán tratados y castigados como piratas.

3

Las pequeñas guarniciones mexicanas en Texas son atacadas por amotinados colonos, a los que se han unido centenares de aventureros de los Estados Unidos, llamados «voluntarios». El general Cos es sitiado y obligado a capitular en San Antonio de Béjar. No hay más remedio que emplear la fuerza. Y el Presidente interino vuelve los ojos a Manga de Clavo. El vencedor de Tampico es el hombre para someter a los rebeldes texanos.

Santa Anna, que había afilado cuidadosamente su espada, «siempre la primera en descargar el golpe sobre el cuello de los osados enemigos de la patria», la blande y marcha a la guerra.

4

Situación endemoniada. Descontento por la abolición de la constitución federalista. Ejército reducido al mínimo. Los batallones son apenas cuadros. El tesoro en la miseria. Temor de decretar nuevos impuestos que producirían revueltas. Crédito agotado, aduanas empenadas. Cuando Santa Anna se instala en San Luis Potosí, para organizar con aire un ejército, se encuentra con que, durante los primeros cinco días, los soldados no tienen paga, ni qué comer.

Hay necesidad de concertar un préstamo, casi insignificante, al cuatro por ciento... mensual. De nuevo, el gran organizador se muestra en toda su actividad, fértil en recursos de imaginación, incansable, autoritario. Reúne dinero, reúne hombres, fabrica pertrechos, requisa armas y caballos, uniforma, disciplina. A fines de 1835, un ejército de seis mil inexpertos reclutas se lanza al desierto, a cruzarlo en una longitud de mil seiscientos kilómetros.

5

Lentitud. La impedimenta va en carretas tiradas por bueyes. Penalidades. «Los árboles suplen las tiendas de campaña y los animales silvestres completan el rancho de soldados».



Los oficiales tienen que pagar sus comidas sin aumento de presupuesto. Vientos nortes barren el llano día y noche, frios intensos causan la muerte de algunos caballos. Invierno. A veces, la caballería pasa la noche a campo raso, sobre media vara de nieve. Mueren los animales, la carga se pierde en la costra helada. Los bueyes perecen o se dispersan. Los carros con provisiones quedan abandonados. Ríos. Hay que hacer balsas frente a cada uno, porque el ejército no lleva equipaje de puente. Carros volcados sobre las aguas, soldados que se pierden en la corriente. Pólvora que se moja. Tiempo que corre. El ejército deja una estela de cadáveres y despojos.

Y cuando pasa por alguna población, don Antonio se entera de que sus enemigos están tramando una revuelta. Hay que salir inmediatamente, otra vez al desierto, para que la tropa no oiga las malas noticias.

6

A los dos meses de marcha, llega la expedición al Río de Medina, lugar de la sangrienta batalla de «El Atascoso», veintidós años antes. Santa Anna hace recuerdos: aquellos arroyos donde se parapetó la fuerza de Arredondo, aquella pradera por donde los insurgentes se presentaron, aquella loma donde los prisioneros fueron fusilados...

-Si su Excelencia me permite...  
Un sacerdote se ha acercado.  
-Diga vuestra merced...

-Allá, en San Antonio de Béjar, señor... Los insurrectos texanos son doscientos cincuenta. No esperan fuerzas mexicanas. Creen que han triunfado definitivamente. Ahora están de fiesta, abusando de licores... Una sorpresa...

Preciosa oportunidad. Hay que organizar inmediatamente una columna. Santa Anna dicta órdenes precipitadamente y mira todos los preparativos, impaciente por salir. Los caballos de los oficiales de infantería se destinan a los dragones, para remuda. Se forma la columna, la marcha va a principiar de un momento a otro. Pero todo el día ha sido de lluvia. Una tormenta que venía del norte se deshizo en el valle. Crece el Río de Medina. Aguas rápidas, bullentes, amenazadoras. Se

suspende el paso hasta que baje el nivel. La sorpresa no puede realizarse.

El 26 de febrero, el ejército entra en San Antonio de Béjar. Logra un botín que se vende en tres mil quinientos noventa y cuatro pesos y seis reales, que se distribuyen entre la tropa. Los rebeldes americanos se refugian en El Álamo.

7.

El Álamo. Vieja y pacífica misión de San Antonio de Valero. Álamos gigantes dan sombra a sus gruesas murallas, a sus amplios patios. Los franciscanos se fueron hace largo tiempo, entraron los militares. Hace muchos años que la misión se ha convertido en fortaleza. Muro exterior de ocho pies de alto y tres de grueso, formando un cuadrángulo de 450 pies de largo y 150 de ancho. Dentro, el convento, con paredes de seis pies de espesor, la iglesia, de muros de cuatro pies de grueso, un recinto de 200 pies de largo con otra «robusta pared» y un ancho foso. Catorce cañones enfilados desde las esquinas, en las puertas, en los ángulos. De frente y de flanco. Y ciento ochenta y tres hombres dispuestos a todo.

Su Excelencia decide esperar a que llegue el resto de su ejército y pone sitio a El Álamo.

8

Los colonos son esclavistas. Hombres y mujeres, viejos y niños de color de ébano, trabajan en los campos y grilletes al pie, hostigados por el látigo del blanco. Para burlar la constitución mexicana, que prohíbe la esclavitud, aquellos infelices traídos del Africa han «firmado» contratos para prestar «voluntariamente» sus servicios por cincuenta, por ochenta o por noventa y nueve años...

Santa Anna se pregunta: «¿Toleraremos por más tiempo que esos infelices giman en cadenas en un país cuyas leyes benéficas protegen la libertad del hombre sin distinción de color ni casta?». Cuando encuentra alguno, personalmente da un martillazo en su cadena. Todos los jefes de las columnas

laterales tienen órdenes estrictas de libertar y dar protección a los esclavos.

9

Conforme llegan más tropas el sitio se va estrechando. El turbulento río San Antonio se lleva varios soldados que tratan de cruzarlo. Hay que hacer un puente. Como no se encuentra otra madera, se desmantelan algunas casas de la población. En una de ellas aparecen una mujer de mediana edad y una linda señorita, por la que el alegre caudillo se interesa inmediatamente. Su asedio fracasa. Hay que tomar la posición por la fuerza o por un ardid. Y el general escoge el segundo medio, su favorito: viste a un oficial de sacerdote, le consura la coronilla, llama a la madre y se casa con la hija. El oficial se quedó para siempre con el opodo de «el padre Arce.»

10

El comandante Travis, jefe de los sitiados, se dirige a todos los demás texanos pidiéndoles refuerzos. Todos se los prometen, mas nadie se los envía. Samuel Houston, el generalísimo, le escribe: «Animo y sostenerse a todo trance, pues ya voy en camino en su auxilio con dos mil hermosos hombres y ocho cañones bien servidos.» Santa Anna intercepta el correo y lee la carta.

Los rebeldes quieren hacer tiempo en espera de refuerzos. Pretenden parlamentar. Envían un emisario, al que Su Excelencia dice:

«No les queda más recurso, si quieren salvar sus vidas, que ponerse inmediatamente a las órdenes del gobierno.

Y como le contestan con algunos disparos, manda clavar frente a la puerta de El Álamo una bandera roja. No dará cuartel.

11

La noche del 5 al 6 de marzo se prepara el asalto general. No hay suficiente artillería para abrir brechas en los muros;

pero el caudillo no quiere esperar a que Samuel Houston se presente, si es cierto que se aproxima. Pasa la noche en vela, tomando café muy cargado. Nervioso, impaciente. Dos mil infantes van rodeando el fuerte. A rastras, se colocan a trescientos pasos de la muralla exterior y esperan...

Domingo, 6 de marzo de 1836. A las cinco y media, en vez del toque de diana, el toque de «ataque». Las sombras de la noche se han despejado ya. Los americanos, cazadores, tiradores certeros, están rifle al pecho. Los asaltantes llegan bajo el muro bajo una rociada de balas. No pueden escalarlo, y con el mismo muro se protegen. Truenan los cañones de dentro y de fuera. Aquéllos con metralla, éstos con bala rasa, tratando de abrir brechas en la gruesa pared. Varios jefes mexicanos están heridos y dentro, Travis lleva la cabeza vendada con un paño ensangrentado. «Joven de veintisiete años, pelirrojo, de temperamento vehemente, valeroso, impelido quizá a la resistencia desesperada por el recuerdo de su esposa ausente.»

Otro asalto por diferente rumbo, se detiene también al pie de la muralla esperando que los cañones abran brechas. El tercer asalto toma el muro exterior y la mayor parte de los cañones. Los texanos se retiran al convento, la iglesia y el recinto interior, protegidos por barricadas de sacos de arena. Todo lo conquistan los mexicanos, aposento por aposento, rincón por rincón, barricada por barricada. Lucha cuerpo a cuerpo, a bayoneta, a culatazos, a cuchilladas. Una carnicería brutal, rapidísima. Cada disparo de americano es un asaltante muerto. Después, una bayoneta le impide cargar de nuevo. Caen el convento, cae el recinto, cae, por fin, la iglesia, donde está el hospital de sangre de los sitiados.

Un corneta es el primero en entrar. Mira a un hombre herido entre las plumas de un deshecho colchón. Le apunta con su arma. El herido suplica en español: «No me mates... tengo mucho dinero...» Y ofrece al corneta un grueso fajo de billetes de Banco. Entran los generales Amador y Cos, el sitiado y vencido meses antes en el mismo lugar. Y Santa Anna, a quien Cos dice:

«Señor presidente, aquí tiene usted este prisionero. En el nombre de la República, le suplico le conceda la vida.

Su Excelencia mueve la cabeza en sentido negativo. Una

mirada es orden para varios soldados. El herido cae atravesado por las bayonetas. Travis, el jefe. Su heroísmo le falló en el último momento. La oferta de dinero a cambio de salvar la vida no concuerda con la defensa de la muralla.

El segundo en jefe, Bowie, «antiguo negrero y pirata», «terrible en el uso del cuchillo en un combate mano a mano», está oculto con otros cuatro en un pajar. Los soldados mexicanos, que buscan enemigos en todas partes, los encuentran, frente al general Castrillón, que pide para ellos clemencia a su jefe. Éste le responde volviéndole la espalda. Está cumpliendo su amenaza de la bandera roja plantada frente a la puerta. Cinco muertos más. «En menos de una hora acabó todo. Las cornetas mexicanas no habían cesado de tocar...»

Bajas mexicanas, cuatrocientas. Americanas, todos los hombres, ciento ochenta y tres. Sobrevivientes y libres, la viuda del capitán Dickinson, muerto en la defensa, y su hijita. Varias otras mujeres y los esclavos negros.

Santa Anna mandó hacer una pira para los cadáveres de americanos. El fuego ardió todo el día y toda la noche, hasta que Travis, Bowie, Dickinson y sus compañeros, se volvieron ceniza.

Cuando Sam Houston y sus dos mil hermosos saben la noticia, dan media vuelta y echan carrera.

12

El primero de marzo ha muerto el general Barragán. Curiosa disposición testamentaria distribuyendo su cuerpo: los ojos a Río Verde, por haber visto ahí la primera luz; el corazón, a Guadalajara, por cierto motivo romántico; las entrañas a la Colegiata de Guadalupe y capilla de Santa Teresa, en testimonio de su devoción; la lengua al Castillo de Ulúa, en recuerdo de haber tomado posesión de él en 1825, cuando capitularon los últimos soldados del rey de España. Y el resto del cadáver, a sepultura en la Catedral de México. Sin esperar sugerencias del presidente constitucional, que por otra parte, tardarían dos meses, el Congreso nombra presidente interino al licenciado José Justo Corro, «el abogado más devoto de la República».

130

13

El seis de marzo, al mediodía, cuando ya está ardiendo la pira de cadáveres Su Excelencia escucha los relatos de sus oficiales sobre diversas fases de la lucha. Llevan a su presencia un grupo de esclavos negros que servían a los defensores de El Álamo y con gesto teatral, don Antonio echa mano al bolsillo y regala a cada negro, dos pesos y un sarape. La viuda y la niña de capitán Dicknson son llevadas ante él. Quiere ser galante: se pone en pie, saluda inclinándose, acaricia amablemente a la niña y le pregunta si tuvo miedo durante el combate. Pide a la madre permiso para adoptar como hija a la pequeña, ofreciéndole llevarla con su familia para educarla y velar por su futuro. La señora rehusa con la mayor cortesía posible.

Entonces, el general ordena que un escolta especial proteja a las dos hasta las proximidades de la población de González, donde muchos colonos y rebeldes se han congregado. Cuando menos, madre e hija podrán estar entre gente de su propia nacionalidad. Las despide con grandes cortesías haciendo caricias a la niña y diciendo a la madre:

«Si tiene usted, señora, oportunidad de hablar con el señor Houston, preséntele mis cumplimientos y anúnciele que lo que sucedió en El Álamo, sucederá en el resto de Texas...»

Todavía está celebrando el triunfo, muchos días después, cuando un jinete cubierto de polvo pone en manos de Su Excelencia el pliego en que le informa de la muerte de Barragán.

14

Es mala noticia, la peor que puede llegar de México, excepto la esperada de una revuelta. Barragán era el depositario de las instrucciones y de los secretos. Mientras él viviera, Santa Anna podía estar tranquilo. Pero Corro es un hombre de «poca experiencia y falta de conocimiento del mundo, rodeado de parásitos que pueden hacerlo cometer muchos absurdos». ¿Qué nuevos conflictos aparecerán? Don Antonio conoce demasiado bien a cierta gente y comprende que en esos momentos están tratando de sustituirlo en el poder, sin

131

tomar para nada en cuenta el desarrollo de la guerra. El problema es grave. Su frente se nubla. En momentos, su nerviosidad toma caracteres de verdadera locura.

Durante toda la campaña, Su Excelencia ha presentado continuamente señales de desarreglo mental. «Los testigos presenciales de la marcha lo pintan como poseído, gesticulando, maldiciendo, golpeando a los soldados.» A todos los generales reprende, a veces con violencia, a veces con amargura. Va creando una situación tensa, de desagrado e injusticia. Muestra «un desarreglo en las funciones cerebrales que se manifiesta por las oscilaciones de la atención: no la mantiene fija ni un instante».

Y para colmo de males, la muerte de Barragán. Dilema: ¿seguir la campaña hasta el fin?, ¿regresar a México? Al frente, los rebeldes texanos. Atrás, a distancia que los hace más peligrosos, los políticos críticos, revoltosos y egoístas.

Decide la guerra. Acabarla cuanto antes. Aplastar primero a los rebeldes, después a los políticos. La tensión nerviosa es intensa. «Muestra profundo abatimiento, despecho, aspereza, desvío.» Con la preocupación de lo que puede ocurrir en México, tiene que dirigir la guerra hasta el más mínimo detalle. Las órdenes absurdas se suceden. Las contraórdenes son frecuentes. No hay un plan definido, nada está previsto para el evento de una derrota. Las provisiones son escasas y cada quien las toma de donde puede. El general está cada momento más nervioso, más impaciente. Quiere terminar pronto, a todo trance. Se precipita por las praderas soladas por los texanos en retirada, con un deseo loco de alcanzarlos y darles fin. Su desequilibrio le lleva de la incertidumbre a la confianza excesiva, de la depresión de ánimo a la alegría absurda. Cuando monta a caballo y sale en busca de Sam Houston hay tal carencia de normalidad en su mente, que los generales que le rodean y que tienen que obedecerlo, confían, para triunfar, únicamente en la resistencia, el sacrificio, el valor de los soldados. Su Excelencia se convierte en el más grande estorbo. Es, más que nunca, «El Anormal».

La estación favorable para la campaña es apenas de cuatro meses. Después, lluvias y nieve. El ejército se divide en tres columnas: una que limpia de enemigos la zona de la costa, otra a la izquierda, Santa Anna y mil hombres por el centro. La carnicería en El Álamo ha producido, en unos texanos, indignación; en otros, desaliento y temor. Las tropas mexicanas avanzan rápidamente sin encontrar enemigo. Los rebeldes se retiran, obligando a todos los colonos a hacer lo mismo, a incendiar sus granjas, a destruir sus siembras, a llevarse todo lo que puedan. El ejército se encuentra siempre en medio del desierto, sin otra cosa que comer que lo que trae en sus carros. Ni un techo, ni un granero, ni una res, ni una gallina.

Y tiene que seguir adelante, adelante, tras un enemigo que no da la cara nunca. Aquello no es una guerra, es una cacería.

La columna que opera por la costa, al mando del general José Urrea, se presenta frente al presidio del Espíritu Santo (Goliath). Otra antigua misión, como El Álamo. Pero el jefe texano, James W. Fanning, no quiere esperar la suerte de Travis y se sale. Lleva más de trescientos hombres y nueve cañones. Urrea lo sigue, los alcanza en el Llano del Perdido, «sobre el Coletto». Fuerzas iguales. Toda la tarde disputándose a cañonazos un encinal, en el que los mexicanos pasan la noche. Al amanecer, dos piezas de Urrea están colocadas a ciento sesenta pasos del enemigo. Bandera blanca. Comandante Wallace y ayudante Chadwick, parlamentarios de Fanning. Urrea dice: «Rendíos a discreción.» Y se rinden.

Su Excelencia sostiene que «los soldados de Travis en El Álamo, los de Fanning en Presidio, el mismo Houston y sus tropas, con pocas excepciones, es notorio que vinieron de Nueva Orleans, y de otros puntos de la República vecina exclusivamente para sostener la rebelión de Texas, sin haber pertenecido antes a las empresas de colonización.» Además, «los prisioneros embarazan sobremanera al comandante de Presidio. Habían incendiado antes todas las habitaciones. No

había más que la iglesia, convertida en hospital. Las tropas nuestras eran inferiores en número a los prisioneros . . . Ya no es el Santa Anna «que prefería la fama de humano a la de valiente.»

Fanning y los demás prisioneros son sacados al llano y tiroteados descuidadamente. Como quince escapan, pero más de trescientos quedan en tierra. Para siempre.

De nada sirve en disculpa de don Antonio, invocar el decreto que declaró piratas a los aventureros, ni el perdón de otros ochenta y tres prisioneros capturados en Copano: El Álamo y Presidio le atraen el apodo de «El Villano».

17

¡Adelante! ¡Adelante! Santa Anna se confía. Su columna tiene solamente setecientos hombres y un cañón. Se interna al norte, sin esperar al resto de sus tropas. El general Antonio Gaona, con una columna de caballería, se pierde en el desierto. ¡Adelante! Granjas incendiadas, casas destruidas, animales sacrificados, en putrefacción. ¡Adelante!

En ocasiones, Su Excelencia deja confusos a los oficiales, con órdenes, contraórdenes y repetición de las órdenes. No sabe qué hacer, no sabe adónde ir. Manda construir lanchones para cruzar un río, y cuando están casi listos, abandona el trabajo y se va bordeando el cauce. Pantanos traicioneros donde se hunden los hombres, matorrales espesos, arroyos profundos. Los soldados se cansan. Marchas y contramarchas. Pocos combates. De la villa de San Felipe de Austin no quedan sino cenizas. ¡Adelante! . . .

Ciento cincuenta rebeldes protegen el Paso Thompson, en el Río Brazos. Santa Anna lo cruza en otra parte y derrota a los texanos. Harrisbourg, la capital de Texas, donde reside el presidente Burnett con todo el gobierno, está próxima. ¡Qué golpe sería su captura! Marcha forzada durante la noche. Dieciséis leguas . . .

Don Antonio, que es el primero en llegar con quince dragones únicamente, encuentra en toda la ciudad sólo tres tipógrafos que preparan una edición del *Texas Register and Telegraph*. Ellos le informan que Burnett y su gabinete han

embarcado en un lanchón de río, rumbo a Gaiveston. Han escapado precipitadamente. En la habitación del presidente encontró Santa Anna cartas a medio escribir, ropas en desorden, archivos. Una carta de Sam Houston, llegada el día de la fuga, dice: «Las catástrofes de El Álamo y Llano del Perdido, con la deplorable pérdida de los bravos Travis y Fanning, han desalentado a mi gente, que deserta en pelotones creyendo la causa de Texas perdida . . .»

Huida tan precipitada la de los texanos, que ni siquiera quemaron la ciudad.

18

Otros días de incertidumbre. Santa Anna pierde tiempo en ir de un lado a otro. Con toda su columna se mueve «a proteger» ¿contra quién? algunos viveres capturados por una patrulla en Nueva Washington. A veces se encamina hacia la costa, en otras la deja a la espalda.

Las otras columnas están lejanas. Y Sam Houston próximo, con ochocientos «hermosos hombres». Don Antonio pide al general que debe estar más cerca «quinientos hombres escogidos» que pueden llegar a tiempo.

19

Una mañana, el general charla con sus oficiales en la estrecha callejuela única de Nueva Washington. Llega al galope el capitán Marcos Barragán con la noticia de que Houston está en las cercanías y que ha capturado unos correos mexicanos. «El Cuervo», como le llaman, tiene en sus manos la felicitación del gobierno a Santa Anna por el triunfo de El Álamo.

El general brinca sobre su caballo y galopa por la callejuela de un extremo a otro, derribando y pisoteando a quien obstruye su camino, provocando gran confusión con gritos de «¡El enemigo está cerca! ¡El enemigo está cerca!» . . .

¿Qué le sucede? ¿Es ésa la manera de dar órdenes? Provoca un desconcierto de todos los demonios. Sus oficiales dan cada uno una disposición, diferentes o contradictorias. Santa Anna

ordena a los soldados que arrojen sus mochilas al suelo, que estén listos para marchar en un minuto, aun cuando sea tan sólo con el rifle. «¿Es miedo? ¿Temor de pagar la cuenta de El Álamo y Presidio?» se pregunta un escritor americano. No es miedo por una razón sencilla: cuando la tropa puede marchar, aunque sea en desorden, sin bagajes, sin esperar los pedidos refuerzos, sale a cazar al «Cuervo».

20

A través de bosques y pantanos, por la orilla del río San Jacinto, las tropas mexicanas van hacia el enemigo. A las dos de la tarde encuentran una pradera, ligeramente inclinada hacia el río, cubierta de pasto. En un bosquetillo en la margen de las aguas, están agazapados Sam y sus hombres. Ochocientos del «Cuervo». Setecientos del «Villano». Suenan las trompetas. Los mexicanos extienden sus líneas en tiradores. En medio, su único cañón, de «defectuosa cureña». Sam tiene dos cañones de a cuatro, llamados *Twin Sisters* o hermanas gemelas. Un intento de los texanos para capturar el cañón es rechazado. Las cinco de la tarde. Santa Anna decide esperar y se retira mil yardas. Acampa en una meseta, ligeramente elevada sobre el bosque donde se abriga Houston. Malas posiciones las de los dos. Un movimiento envolvente de cualquiera, dejaría al otro metido en una botella.

En la noche se presenta el general Martín Cos, con los refuerzos. Quinientos reclutas que no han disparado un tiro en toda su vida.

21

Un día texano, de calor ardiente. Su Excelencia no puede conformarse con los reclutas y pide otros soldados. Espera durante toda la mañana. Las tropas están acampadas, haciendo comida en una sucesión de pequeñas fogatas. Los húsares y los lanceros llevan sus caballos, desensillados, a tomar agua en el río, los infantes lavan su ropa y la tienden a secar sobre las jarillas. Los centinelas dormitan, agobiados por el calor. El general en jefe duerme la siesta, a la sombra de un

136

encino. El segundo, general Castrillón, ha hecho traer agua del río y se está afeitando cuidadosamente. ¿Es esto campamento frente al enemigo?

Las tres y media de la tarde. Houston sale del bosque con todos sus hombres formados en columna. Su recomendación es: «No disparen.» Avanzan por la suave pendiente cubierta de pasto que sube a la meseta. Caminan inclinados, para presentar menos blanco a las balas. Al primer quién vive, al primer cañonazo, ¡adelante y al ataque!... No hay grito ni disparo. Los texanos brincan sobre una baja barricada y caen sobre el campo. Griterio, tiroteo, confusión, desastre. Espantosa carnicería. Un arroyo profundo, hacia donde escapan los mexicanos, queda lleno de cadáveres, que sirven de puente a centenares de locos empavorecidos. Batalla no, asesinato en masa. Los oficiales texanos en vano ordenan que cese el fuego. Nadie los obedece. El general Castrillón cae muerto. Santa Anna puede tomar un caballo y escapar al galope. Sólo Juan Nepomuceno Almonte queda en pie. Reúne algunos cientos de hombres, desarmados, desmontados, desparvidos. Alza bandera blanca. Cuando menos, esa gente no es sacrificada. El encuentro con Houston, la campaña entera, la provincia de Texas, la fe en los jefes de la nación, se pierde en menos de sesenta minutos. En lo que podía haber durado la siesta de Antonio López de Santa Anna.

Los texanos, tres muertos y dieciocho heridos. Los mexicanos, cuatrocientos muertos, doscientos heridos, setecientos prisioneros.

Tal es el desastre de San Jacinto, la tarde del caluroso día 21 de abril. Año, el de 1836.

22

Santa Anna ha perdido todo. Campaña, honor, valor, decoro. Galopa desafortadamente. El puente sobre un arroyo está destruido. Deja el caballo y cruza las aguas a pie. No sabe dónde está, no sabe a dónde va. Le falta decisión y vergüenza para pegarse un tiro. Huye toda la noche, con el uniforme empapado. Una casucha que los colonos han incendiado. Penetra, encuentra ropas viejas y sucias que le vienen muy ajustadas.

137

tadas; pero que prefiere a su uniforme, cubierto de galones. A la mañana siguiente, vestido con una chaqueta azul y pantalones blancos de algodón, echa a andar en busca de tropas mexicanas, sin saber el rumbo. Comienza a pensar en la revancha.

Patrullas americanas recorren la pradera, buscando fugitivos. Cuando ve venir una de ellas, se tumba entre el matorral, creyendo que no lo han notado. Pero lo encuentran y lo levantan.

-¿Dónde está el general Santa Anna?

-Allá va delante . . .

-¿Quién es usted?

-Un sargento.

Las patrullas han recibido órdenes de no matar más prisioneros. Lo montan en un caballo, porque se queja de que le duelen las piernas, y lo llevan a presencia de Sam Houston. Al verlo, los prisioneros le hacen el saludo militar. Delación involuntaria. Cuando se sabe que es *Santy Anny*, todos los rebeldes prorrumpen en exclamaciones.

«El Cuervo» está tendido en el suelo, sobre un cobertor y bajo un álamo de cuyas ramas penden grises crenchas de heno. Un cirujano le acaba de vendar el pie izquierdo, herido. Le rodean algunos de sus hombres, de anchos sombreros y largos fusiles; y varios prisioneros, entre los que se destaca Almonte, con la pechera roja de la casaca azul. Santa Anna se acerca. Rápidamente dice en español su nombre y sus títulos. Moisés Bryan traduce. Y Sam responde.

-Ah . . . general . . . siéntese, siéntese . . .

Platican. «El Cuervo» quiere que su cautivo dicte órdenes para que todas las fuerzas mexicanas en Texas se rindan a discreción. Es demasiado pedir, aun cuando sea a Santa Anna. Negativa, rotunda. Houston se conforma entonces con la retirada general.

Un tal Rusk, texano, no se siente satisfecho. Quiere fusilar al prisionero ahí mismo. Sus hombres gritan, embravecidos por la fácil victoria. Se aglomeran, aprestan sus fusiles. Pero nadie se atreve a lanzar el primer disparo, que hubiera sido la señal para acabar con los prisioneros. Y Sam se impone. Otros son sus planes. Defiende a los cautivos, hace callar a la chusma. Un instante de flaqueza, y el desastre de San Jacinto

hubiera tenido el final que se merecía. Acobardado, Su Excelencia acepta escribir y firma tres cartas:

A Filisola, su segundo: «Prevengo a V. E. ordene al general Gaona contramarcharme a Béjar a esperar órdenes, lo mismo que verificará V. E. con sus tropas, previniendo asimismo al general Urrea se retire con su división . . . pues se ha acordado con el general Houston un armisticio, interin se arreglan algunas negociaciones que hagan cesar la guerra para siempre . . .»

Al mismo: «Inmediatamente dispondrá V. E. que el comandante militar de Goliath ponga en libertad a los prisioneros hechos en el campo . . .»

Al mismo: «Ordene a los comandantes de las tropas que en la retirada no se cause daño alguno en las propiedades de los habitantes de este país . . .»

Las tropas mexicanas evacuan Texas. No quedan en el territorio sino los prisioneros, oyendo todas las noches a los texanos gritar en demanda de su ejecución. «Parecen fieras aullando en la sombra.»

23

Houston, que no es un aventurero como los otros, evita el fusilamiento. Su finalidad es más práctica. Santa Anna es una buena pieza para rescate. Hay que sacarle provecho. Voces sensatas le dicen que la ejecución del presidente de México atraería sobre los texanos el desprecio de los Estados Unidos y de Europa. Que siga prisionero, y si después de exprimirlo no es mucho lo que se obtiene de él, siempre será tiempo de entregarlo a los iracundos filibusteros. Armisticio, pláticas. Los leguleyos formulan proyectos de tratado, en los que el prisionero figura como presidente de la República Mexicana, en plena libertad para contratar. Libertad garantizada por Rusk y sus lobos.

Que reconozca, sancione y ratifique la completa, entera y perfecta independencia de Texas; que marche a México a obtener la confirmación del pacto; que los prisioneros texanos sean puestos en libertad inmediata, pero que los mexicanos permanezcan en rehenes, y si el gobierno de México no ratifica el tratado, el de Texas dispondrá de ellos según sea

-conveniente y equitativo, relativamente a la conducta que las fuerzas mexicanas han observado con los voluntarios y soldados de Texas que han caído hasta ahora en sus manos».

El cautivo se niega a firmar tal oprobio. No se reconoce en libertad para aceptar la independencia de Texas. Pero en cuanto se le abre la puerta para debatir, para regatear, para prometer, se encuentra en su elemento. Discute cada palabra, habla sin cesar, hace ademanes, se pone en pie y camina de un lado para otro, como centinela. Las negociaciones se alargan. Houston no mejora de la herida de su pie. El 5 de mayo, el gobierno texano, en masa, con su prisionero, se embarca en el *Yellowstone* hacia Galveston. No hay buenos alojamientos. A Velasco, el primer puerto de la República.

24

Un americano, compañero de viaje, lo describe: «Aparenta cierta desilusión sobre su propia infalibilidad. Pero atribuye siempre los reveses de fortuna a un ciego y variable destino, un tiránico 'Ya estaba escrito.' Cuando puede confiar en que se respetará su vida, su conversación se torna animada y frívola, increíble en quien había sufrido tan triste derrota. Despliega gran habilidad diplomática, oponiéndose firmemente a todo acuerdo que perjudique a México. Después, su plática pasa a otros asuntos indiferentes, en los que demuestra la versatilidad de su mente y una cultura histórica y política muy amplia. Hace muchas observaciones sobre el paisaje a lo largo del río, extasiándose ante la hermosura de la naturaleza. Por invariable costumbre, todas las mañanas envía sus saludos al general Houston y pregunta sobre el estado de su herida.»

Pintura exacta: indiferente a la derrota porque ha salvado la vida, parlanchín, afecto a encontrar siempre una disculpa para cada una de sus barbaridades, zalamero, negociante.

25

Se llega a un acuerdo. Habrá un convenio público para satisfacer a los gritones. Y uno secreto para garantizar, a es-

paldas de ellos, la libertad inmediata de Su Excelencia, quien promete no tomar las armas ni influir para que se tomen «durante la actual contienda». (Claro que puede afirmar, si las toma, que ya se trata de «otra contienda».) Que las tropas mexicanas abandonarán todo el territorio al norte del río Grande, libertando a los prisioneros texanos, para que sean libertados prisioneros mexicanos en igual número y rango. (Ya no hay rehenes, que serían tratados como los hombres de Fanning en Presidio.)

Además, ¡cuándo lo habían de olvidar!, ¡los esclavos! - Artículo 5º Toda propiedad particular, incluyendo ganado, caballos, *negros esclavos* o gente contratada de cualquier denominación, que haya sido aprehendida por el ejército mexicano o que se hubiere refugiado en él... será devuelta.»

Los negros están satisfechos.

El tratado secreto estipula sobre don Antonio que «el gobierno de Texas dispondrá su embarque para Veracruz sin pérdida de más tiempo».

26

Ya está Su Excelencia sobre el puente de la goleta de guerra *Invencible*. Pocos detalles faltan para la partida cuando la plebe se da cuenta de que su presa se le escapa. Ciento treinta hombres al mando de Thomas J. Green arman un escándalo y obligan al presidente Burnett, al gabinete y al generalísimo a cometer la primera violación a los convenios. Son aventureros que acaban de llegar de Nueva Orleans, y que al momento logran que se haga su voluntad. El presidente firma la orden de que Santa Anna sea bajado de la *Invencible*. La plebe se aglomera en la orilla del agua, alborotando en demanda del prisionero.

Este responde por escrito: «No puedo obedecer dicha orden si no se emplea la violencia, para lo cual necesito cerciorarme si V. se halla decidido a usar de ella.» El presidente es incapaz de usar violencias ni contra la chusma que se le insubordina para hacerlo faltar a su palabra. Confiesa que ha tenido que obrar «bajo la influencia irresistible de una opinión popular predominante.» Y envía «una comisión de caballeros de alto y honroso carácter», que pasan a «asegurarle la per-

141



fecta inviolabilidad de su persona». Detrás de los caballeros de alto y honroso carácter asoma Green con unas cadenas en la mano: grilletes listos para cerrar sobre tobillos y muñecas. Santa Anna tiene que ceder. No es posible atenerse a los tratados con cierta clase de gente.

Ese mismo día llega a Velasco la noticia de que el general Filisola, segundo en jefe del ejército mexicano, ha cumplido exactamente con los arreglos, letra por letra.

27

Ante la multitud que espera en la playa, la lancha que lleva al prisionero cambia de rumbo. Hacia Quintana, mal sitio hasta para los negros, donde lo tienen tres días. La chusma alborotadora se ha calmado. Se comienza a olvidar de *Santy Anny*. Y entonces, se presenta en Quintana la lancha de la *Invencible*, montan cautivo y custodios y los remeros hunden sus palas en el agua.

—¿Volvemos a la goleta? ¿Podré marcharme ya a Veracruz?

—No. Vamos a Velasco. A la cárcel.

Airosa es la protesta «ante el mundo civilizado» «por haberseme tratado como a un reo de delitos comunes, más que como un prisionero de guerra, jefe de una nación respetable». Porque no se cumple con el convenio en lo que respecta al canje de prisioneros, pues los texanos están libres y los mexicanos no. «Por la violencia que se me sigue haciendo, manteniéndome en una estrecha prisión, rodeado de centinelas y con todas las privaciones que hacen la vida insufrible.»

La respuesta consiste en agregar a la escolta que lo vigila cuatro «desesperados» que han jurado matarlo. Uno de ellos hace fuego con su pistola hacia el interior de la prisión. Y como no logra blanco, Rusk y su partido fuerzan la presión para que se les entregue el prisionero. Quieren llevarlo a Goliath, a ejecutarlo donde cayeron Fanning y sus trescientos. El general Urrea se ha retirado ya, y Rusk puede ir por ahí sin peligro.

Además, las «naciones civilizadas» están muy lejos.

28

Hombres que tienen decoro abogan por que se cumpla lo convenido y se deje al presidente de México en libertad: Burnett, Houston, Austin. Ellos lo salvan de la muerte, que por momentos hace sombra sobre su cuerpo pequeño y debilitado. Pero no se atreven a arrostrar la cólera de los aventureros, dejándolo libre. Esteban Austin concibe una idea: que el cautivo escriba una carta al presidente de los Estados Unidos de América, general Andrés Jackson, en cierta forma que calme los ánimos de los vengativos texanos.

El espíritu batallador y ávido de otras épocas está empequeñecido por la derrota y el cautiverio. Es ya capaz de todo por salvar la vida, con el pretexto de que su muerte en nada favorecerá a la patria. Pero es hábil y busca no comprometerse. De palabra, puede llegar a las complacencias más rastroseras; por escrito, se cuida. Busca palabras ambiguas, reuerce los giros, retoca las frases, hilvana los párrafos, aparenta una dignidad que el solo hecho de escribir la carta a Jackson ha desmentido.

Dice: «La continuación de la guerra y sus desastres serán inevitables si una voz poderosa no hace escuchar oportunamente la razón. Me parece, pues, que V. es quien puede hacer tanto bien a la humanidad, interponiendo sus altos respetos para que se lleven a cabo los citados convenios, que por mi parte, serán exactamente cumplidos.» Como los convenios expresan que él debe quedar libre, si Jackson interviene, podrá Santa Anna salir del círculo amenazante de los texanos. Es lo que le interesa.

Luego, unas frases que tampoco lo comprometen, pero que pueden amenazar a sus enemigos: «Entablemos mutuas relaciones para que esa nación y la mexicana estrechen la buena amistad y puedan entrambas ocuparse amigablemente en dar ser y estabilidad a un pueblo que desea figurar en el mundo político y que con la protección de las dos naciones alcanzará su objetivo en pocos años.» Nada de mencionar la independencia con la palabra categórica. Vaguedades, sutilezas, frases complicadas. Que surten efecto.

Antes de que la carta llegue a manos de Jackson, pasa por

las de los campeones de la venganza. No entienden muy bien lo que quiere decir, y quizá por eso mismo se aplacan.

El capitán Guillermo Patton, que tiene el mando de una escolta que va a fusilar a Santa Anna donde Fanning cayó, recibe, en marcha por la pradera texana, antes de llegar a Goliath, la orden de que se regrese con el cautivo.

29

Están prisioneros también don Juan Nepomuceno Almonte y un tal Caro, que era amanuense del general en jefe y que sirve las mismas funciones en el cautiverio. Cobarde y mezquino, Caro es el que más sustos lleva con los desplantes de los texanos. Un día don Antonio le atribuye la desaparición de un diamante montado para botón de camisa y Caro toma venganza; habla con Patton y le anuncia que Santa Anna y Almonte están preparando la fuga. Patton informa a Rusk. ¡Precioso pretexto para usar aquellos grilletes que Green había aprestado!

Cincuenta y dos días pasan el presidente de México y el coronel Almonte con una cadena sujeta a cada tobillo, y al otro extremo una bala de cañón del tamaño de la cabeza. El convenio secreto se sigue cumpliendo con puntualidad texana.

30

Jackson contesta evasivamente. Dice tener comunicaciones del ministro mexicano en el sentido de que el gobierno no reconoce ningún arreglo a que el presidente llegue mientras se encuentre prisionero. Y declina intervenir por el momento. Para otro cualquiera es una mala respuesta. No para Santa Anna, que sabe aprovecharse de todo. Afirma que el presidente Jackson no le ha entendido bien, atribuye errores a la traducción de su carta y, por lo pronto, logra que le quiten las cadenas. Ya era tiempo: tiene los tobillos pelados hasta el hueso.

Después obtiene que lo envíen a la ciudad de Washington para hablar personalmente con su colega el presidente nor-

teamericano. Lo que él quiere es salir de Texas. Con mucha razón.

A pesar de que los gritones han llegado ya hasta la convención texana que se celebra en la villa de San Felipe de Austin, donde un tal Everett llama a Santa Anna «perro demoníaco, calentito del infierno», los tres hombres sensatos evitan que lo despachen a los llameantes dominios de Satán. El 25 de noviembre, con más de siete meses de cautiverio sobre su cuerpo extenuado, se pone en marcha hacia la ciudad de Washington.

31

En estos meses mucho han cambiado las cosas en México. El Congreso, bajo la influencia de Corro y los prohombres de su partido, ha dictado las siete leyes de que se compone la nueva constitución que habrá de regular el sistema central. «Obra acabada del partido retrógrado o estacionario, en la que además de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, se creaba un cuarto poder, llamado conservador, que tenía la misión de cuidar de la fiel observancia de las leyes y declarar cuál era la voluntad de la nación en los casos extraordinarios que se presentaran.»

El mismo partido retrógrado que se apoyaba en Santa Anna, lo abandona a su suerte. Cree que no lo volverá a necesitar más, que es políticamente un cadáver. Y entre los cuervos que acuden al festín, Anastasio Bustamante, desterrado en 1833, regresa entre salvas y repiques.

32

Su Excelencia el cautivo va en camino. De Texas a Luisiana, rumbo a Louisville, en un bote que surca las quietas aguas del Mississippi. En todos los embarcaderos la gente se aglomera a verle. Sensacionalísimo. Los notables se empeñan en saludarlo. Y aunque enfermo, esta vez de veras, recibe a todos «con el gran talento de su cortesía». Se le prodigan cálidas atenciones. Se abalanzan a entrevistarlo los periodistas. El corresponsal del *New York Times* en Louisville escribe: «Ima-

ginad un hombre de estatura ordinaria, cuarenta años de edad, pesando como ciento sesenta libras, de caminar y aspecto gracioso, redondo de hombros, de lustroso pelo negro, tez blanca y frente ancha, nariz cuadrada y pequeña, ojo redondo y oscuro, medio hundido... pasaría bien por un inteligente y activo comerciante... Lo he observado, sin encontrar nada de villano ni desagradable en su apariencia...»

Conforme marcha hacia el norte, mayor es la diferencia en el trato que recibe. «Los antiesclavistas consideraban que la guerra de Texas había sido parte de una conspiración para incluir otro Estado partidario de la existencia de siervos en la Unión Americana.» Llega hasta ser considerado como un paladín de la libertad humana, como una víctima de los negros. El periódico *Patriot* de Woonsocket, R. I., escribe: «¡Santa Anna! Cómo podríamos considerar como tirano... a quien se opone a rebeldes, y los trata con la severidad que merecen...», a esos que propugnan por el horrible sistema de la esclavitud.»

33

En Louisville comienza la jornada por ferrocarril, que don Antonio ve y usa por primera vez. En todas las estaciones grandes multitudes se reúnen para verlo. Sin hostilidad, aunque con más curiosidad que simpatía. Y el 18 de enero de 1837 llega a la capital de los Estados Unidos, ensabanada de nieve.

Jackson lo recibe en audiencia privada. Santa Anna es de nuevo el hombre de amable superioridad, de sonriente altivez, que ha pasado cuatro veces por el Palacio de los Virreyes de Nueva España como amo y señor. Como nada va a quedar escrito, suelta la lengua, escucha cosas que no debiera atender. Igual situación que cuando estaba con Barradas, encerrado en el consulado francés de Tampico. Promete lo que sabe que no podrá cumplir; pone oído a las ofertas, como si mucho le interesaran; se hace el convencido por las razones que Jackson le expone. Cuando se le habla de una indemnización a México por reconocer la independencia de Texas, no salta de su asiento, indignado, sino que evasivamente refiere

146

el asunto al Congreso. Aparentemente, él no se opondrá a tal componenda. Es, ha sido y será siempre el mismo: dispuesto a prometer y aceptar todo, con tal de salir de una situación apurada.

Pero no le sacan ni una palabra por escrito.

Consigue que se ponga a su disposición la corbeta de guerra *Pioneer* y se hace a la vela rumbo a Veracruz.

La trampa de Rusk queda vacía.

34

Tiene todavía partidarios. Muchos partidarios que aumentan con los descontentos del gobierno interino. Ellos han establecido la costumbre de que los miembros del ejército lleven crespones negros al brazo y que las banderas nacionales ondeen a media asta, como si el presidente de la República hubiera muerto. Su cautiverio en Texas es comparado con el martirio de los apóstoles.

Cuando la *Pioneer* llega a la vista de Ulúa, Veracruz está de fiesta. Otra vez las salvas y los cohetes, los repiques y los arcos triunfales, las aglomeraciones de gente que quiere admirarlo y ovacionarlo. En el hotel donde se hospeda se le brinda un gran banquete. Sus amigos están impacientes por colocarlo de nuevo en la presidencia.

Pero Su Excelencia advierte, adivina, el sentimiento popular. No se atreve a desafiarlo colocándose en la silla simbólica del mando. Prefiere permanecer olvidado, ignorado, «agachado», mientras pasa el descontento. Y anuncia el viaje a su hacienda, refugio en todos los vendavales. Antes de partir se presenta a don Antonio de Castro, comandante militar de Veracruz:

—He tenido conocimiento de que durante mi ausencia el Soberano Congreso ha dictado una nueva constitución, y deseo jurarla para evitar toda duda sobre mis propósitos, pues he de retirarme a la vida privada...

Ante las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, el ayuntamiento, los notables y el pueblo aglomerado, presta juramento, todavía con la faz estragada y la voz llorosa. Ha vuelto a ponerse en actor, en actor de tragedia. Dice: «Al

volver a mi patria constituida de nuevo, he debido acatar su voluntad y acabo de jurarlo. Dios y mi honor, cuanto es más grande en los cielos y en la tierra, atestigüen siempre un deber tan grato para mí. Séalo para todos los mexicanos, y el Código constitucional afirme así la paz y felicidad de la nación . . . »

En Manga de Clavo se dedica febrilmente a dictar: un parte de la campaña y un manifiesto tratando de justificar su conducta. Explicaciones detalladísimas sobre cada uno de sus planes y de sus órdenes. Cargos a Urrea por el fusilamiento de Fanning, cargos a Filisola por haberle hecho caso cuando le ordenó, prisionero en San Jacinto, que se retirara; cargos a Castrillón, cargos a todo el mundo. Él no ha tenido ninguna responsabilidad. De lo que no puede culpar a nadie, fue causante el destino. A todo le encuentra una excusa. Todo lo que ha hecho le parece justificado y aun meritorio. Se humilla: «El término de mi carrera política ha llegado.» No quiere sino vivir tranquilo en su «pacífico retiro». Hojas y más hojas. Razonamientos repetidos hasta el fastidio. Conciencia intranquila.

No convence. Todas las aguas del mar no lavarán las manchas que traje de los pantanos de Texas.

35

Nueva elección presidencial. Anastasio Bustamante sube al poder el 19 de abril, para ver si puede sostenerse durante los ocho años que abarcará ahora el periodo presidencial. Centralistas y federalistas siguen agarrados del pelo. Centralistas en la capital y los Departamentos «donde el clero tiene influencia». Federalistas en el resto. Pronunciamientos en San Luis, Río Verde, Ixtlahuaca, Nuevo México, Sonora. Los federalistas llaman a Gómez Farias, quien desembarca en Veracruz en febrero de 1838. Lo aclaman. Vítores y cohetes, como a Bustamante. Pero don Anastasio no lo quiere en el país. No pudiendo desterrarlo, lo manda encerrar. Por principio de cuentas.

Santa Anna atisba. No pierde detalle. No se mueve, no habla. Es un perfecto cazador. De cuarenta y dos años, puede ser paciente. Ha leído en un libro raro que «el que sabe esperar, verá el cadáver de su enemigo, que pasa frente a su tienda . . . »

## LA GUERRA DE LOS PASTELES

## 1

Allá por el año de treinta y cinco, desembarcaron frente a Tampico los aventureros contratados por el general José Ignacio Mejía. El coronel Gregorio Gómez los derrotó, capturó a veintitantos, los fusiló. Bien hecho. Dos de ellos, Demoussent y Saucien, eran franceses.

En Atencingo, cuando transcurría el año de treinta y tres, el cólera morbo hizo tremendos estragos. Cinco buhoneros franceses que se habían internado en la región de los poblados indígenas para vender mercancía, fueron culpados (como alguna vez en España los jesuitas) de ser los transmisores de aquella enfermedad desconocida e implacable. Los rústicos se amotinaron. La ignorancia realizó el crimen de adelantarse a la obra destructora de la peste.

Un francés, Pilse le Morgue, pasó a los calabozos de San Juan de Ulúa a cumplir una condena por diez años, dictada por el juez Tamayo, a causa de haber cometido un homicidio delante de veinte testigos, entre ellos los franceses Fossey y Mangin.

El alcalde de México, don José Mejía, mandó matar unos marranos que engordaba el francés Duval para hacer chorizotes y carnitas, por estar enfermos, como otros sacrificados anteriormente, con los que se envenenaron varios artilleros glotonos y confiados.

Y en el restaurante que había abierto en Tacubaya monsieur Remontel, varios oficiales que una noche andaban de juerga, después de silenciar las protestas del propietario cerrándolo en su cuarto, se comieron todos los pasteles que había en el establecimiento, empalagosos de cremas y de mermeladas.

El barón Deffaudis, ministro del rey Luis Felipe de Francia, trepa en el puente de la fragata *Herminia*, anclada frente a Veracruz, y con voz iracunda truena el siguiente ultimátum:

Destitución del coronel Gregorio Gómez. Destitución del juez Tamayo. Veinte mil pesos para los deudos y las deudas de los dos aventureros. Quince mil pesos para los familiares de las víctimas de Atencingo. Cinco mil pesos por los marranos triquinosos de monsieur Duval. La libertad y dos mil pesos de indemnización al asesino Pilsle le Morgue. Ocho-cientos pesos por los pasteles de monsieur Remontel. «Picos, palas y azadones», quinientos cincuenta y siete mil doscientos pesos. Total, seiscientos mil pesos, «cuya liquidación, el Gobierno de S. M. el Rey se reserva».

Y bajando la voz iracunda, haciéndola amable, Deffaudis habla en clausulillas secretas, de ciertos bonos, de ciertos créditos, de ciertos impuestos de exportación...

México no le hace caso y viene la guerra. El pueblo, entre indignado y burlón, la llama «La Guerra de los Pasteles».

Para apoyar las pretensiones de Deffaudis, una escuadra de Luis Felipe de Orleans se ha situado frente a Veracruz, buscando la guerra «para añadir un nuevo florón a las armas francesas y exaltar la gloria de un príncipe de la sangre, Joinville, enviado en la expedición». Y como el gobierno de México, aun cuando está en la miseria, puede reunir seiscientos mil del águila antes de que comiencen los cañonazos, se añaden en el ultimátum otras pretensiones que impiden todo arreglo satisfactorio:

Que México dé «al comercio y a la navegación de Francia, el tratamiento de la nación más favorecida». Que se comprometa a no necesitar nunca de empréstitos de guerra de los súbditos de S. M. Que no ponga coto para que los comerciantes franceses vendan al menudeo, «en los mismos términos que los nacionales». Y que todas las autoridades judiciales

tengan en consideración la nacionalidad francesa en los pleitos por dinero.

Si la respuesta «fuese negativa en un solo punto, si aún ella fuese dudosa en un solo punto», «el asunto quedará en manos de M. Bazochet, comandante de las fuerzas navales de S. M.».

México responde: «Nada podrá tratar el gobierno sobre el contenido de ese documento, mientras las fuerzas navales de Francia no se retiren de las costas de la República.»

Bazochet declara el bloqueo de todos los puertos, de todos los litorales, el lunes, 16 de abril de 1838.

El Ministro de Relaciones de México, al Encargado de Negocios de Francia: «Habiéndose sabido la llegada de algunos buques de guerra franceses a Veracruz, es indispensable que la Legación de S. M. se sirva dar desde luego las explicaciones que el caso demanda» (13 de marzo).

El Encargado: «El viento norte impide la comunicación entre la División Naval y el Cónsul del Rey en Veracruz. La Legación ofrece explicarse cuando esté a su alcance hacerlo.» (14 de marzo).

El Ministro: «Han transcurrido muchos días. El Gobierno de la República vuelve a pedir las explicaciones necesarias, a fin de que el silencio que ha guardado la Legación, no comprometa en manera alguna las relaciones que existen entre los dos países.» (19 de marzo).

El Encargado: «Continuamos en la imposibilidad.» (20 de marzo).

El Capitán de Puerto en Veracruz: (Hace una semana que no sopla viento norte.)

El Ministro: «Los muchos días que han pasado obligan al gobierno a pedir explicaciones con exigencia.» (22 de marzo).

El Encargado: «Tengo el honor de enviar al señor Cuevas, Ministro de Relaciones, la nota del señor baron Deffaudis, y como es necesario que el correo esté en Veracruz en la mañana del 15 de abril, partiré el viernes 13 de abril a las nueve de la mañana, a lo más tarde, con o sin la contestación del gobierno mexicano» (25 de marzo).

El Ministro: «Las fuerzas navales situadas en nuestras costas dan a las reclamaciones del gobierno francés carácter de odiosidad y violencia tal, que el Presidente de la República no ha podido dudar ni un momento que nada podría concederse, aun suponiendo muy justas y racionales sus pretensiones, mientras se exijan con la fuerza.» (30 de marzo).

El Encargado: «De un conflicto, por grave que pueda llegar a ser entre los dos gobiernos, no puede hacerse un conflicto de nación a nación.» (31 de marzo).

El Ministro: «Para el Presidente de la República es sobremanera satisfactorio que la nación francesa no tome parte en las medidas hostiles ni en las pretensiones de su gabinete. La República Mexicana, por el contrario, apoya firme y únicamente a su Gobierno, y me atrevo a afirmar que no ha habido causa alguna más nacional, desde la independencia.» (3 de abril).

El Encargado: «¿Podrá la Legación del Rey continuar sus funciones? Si la respuesta es negativa o dudosa, el infrascrito pide desde luego sus pasaportes.» (14 de abril).

El Ministro: «La respuesta del Presidente es que la permanencia de la Legación no está en conformidad con la intervención del señor Bazochet... México va a recibir de las fuerzas navales de S. M. los perjuicios que puedan causarle. Por graves que sean, el Presidente de la República jamás se arrepentirá de haber considerado el honor nacional como el más precioso de los bienes de un pueblo independiente.» (19 de abril).

El Encargado: «Me voy.»

Bazochet: «Lo que la Francia esperaba obtener de los sentimientos de justicia y equidad del gobierno de la República, lo exige hoy por la fuerza.» «Confianza en su buen derecho, no quiere desde luego aniquilar a México con el peso de su poder; mas «si algún insulto, algún nuevo atentado, viniera a aumentar los ultrajes por los cuales reclama reparación, ella no vacilará en exigir por la vía de las armas, el ejemplar castigo de los culpables.»

Santa Anna, desde Manga de Clavo: «Derramaré hasta la última gota de mi sangre...»

El bloqueo se prolonga por siete meses; y como los derechos de importación y exportación constituyen el principal ingreso del gobierno, éste pasa por terribles apuros económicos, los puertos sufren la paralización completa del comercio, las industrias declinan, las condiciones del ejército son lamentables.

Al principiar el bloqueo había en Veracruz y en Ulúa cuatrocientos treinta y ocho hombres, con haberes muy retrasados; las murallas estaban cubiertas con arena de las dunas que el viento hace cambiar de posición; los baluartes muy deteriorados, la artillería desmontada en gran parte, el parque escaso, las puertas de la ciudad, especialmente la del muelle, viniéndose al suelo, remendadas con tablas de cajón de mercancía. Una parte del castillo de Ulúa amenazaba desplomarse, socavados sus cimientos por el mar y hacía muchos meses que no se izaba en sus torreones la bandera nacional, porque no la había. No se hacía pólvora en el molino de Santa Fe a causa de estar descompuesta la máquina principal y de no haber dinero para remendarla. El mismo presidente Bustamante vio que los ingredientes estaban inservibles y que producirían una pólvora útil nada más para hacer humo y arrojar las balas fuera de las armas con el impulso de un escupitajo.

Sin embargo, el gobierno expide un decreto aumentando el ejército a sesenta mil hombres. El general Manuel Rincón, nombrado jefe de las tropas en Veracruz, limpia y repara las murallas, hace cureñas, fija nuevas baterías en Ulúa, afianza las puertas y se adelanta setenta y cinco años a las alambradas de púas de la guerra moderna, mandando rodear los baluartes con talas de espinosa nopalera. Construye parapetos en el interior de la ciudad, pone sacos de arena en las azoteas de los edificios más altos, iglesias, capillas, conventos... arma seis lanchas rápidas para hostilizar a los barcos de la escuadra, envía baterías a los puntos distantes de la costa para evitar desembarcos; recibe más tropas, levanta voluntarios...

Pero nada más cinco centavos le han dado para hacer todo eso, y se le acaban: el destacamento en la posición de Antón Lizardo la abandona por no recibir sus haberes; el boticario que provee de medicinas al hospital suspende las remesas por

falta de pago; los practicantes se marchan por igual causa . . . Para colmo de males, el 17 de noviembre alguien roba mil cartuchos de cañón de varios calibres . . .

6

El gobierno insiste en no tratar mientras no se retire la escuadra. Por el contrario, se la refuerza: varias fragatas, dos bombarderas, barcos chicos y grandes de todos tipos. Deffaudis se va a Francia, y viene el contralmirante Charles Baudin a bordo de su fragata *Nereida*. Es el jefe de la división y al mismo tiempo plenipotenciario. Se abren las pláticas en Jalapa: el ministro Cuevas, por México; el contralmirante, por Francia.

Baudin pide: los seiscientos mil pesos; las destituciones; compromiso de pagar puntualmente las deudas a franceses; trato igual al de la nación extranjera más favorecida; excepción en favor de los franceses residentes en México, de todo impuesto de guerra o contribuciones semejantes; la renuncia de parte del gobierno mexicano a reclamar los daños y perjuicios ocasionados por el bloqueo. «Artículo adicional y secreto»: Pago de ciertos bonos que andan por ahí. Y, por último, doscientos mil pesos más por los gastos de la división naval que mantiene el bloqueo: gastos en bananos, piñas, papayas y mulatas.

Cuevas ofrece: seiscientos mil pesos como saldo definitivo; cero por los gastos de la división naval; que el gobierno mexicano resolverá por sí sobre las solicitudes destituciones; que ya que el gobierno está resuelto a no imponer más contribuciones de guerra, no cabe el convenio sobre ese punto; que los demás serán sometidos al arbitraje de S. M. británica . . .

Baudin: Ochocientos mil pesos . . .

Cuevas: Seiscientos mil . . .

Baudin: Ochocientos . . .

Cuevas: Seis . . .

Baudin: Son las doce de la noche. Me iré mañana a las cinco de la mañana. Ochocientos mil . . .

Cuevas: No tengo tiempo de estudiar su proposición «definitiva».

156

Baudin: De Francia me informan que no ha sido aceptada la mediación de Inglaterra. No se admitirá ninguna nueva dilación después del 27 de este mes, al mediodía. A falta de un acta que satisfaga las demandas de Francia, comenzarán inmediatamente las hostilidades. Ya hemos discutido el larguísimo tiempo de tres días . . .

El 27 de noviembre, una tarde soleada y fresca por el viento del norte, verde de cocoteros, olorosa de sal y hierbas, Baudin levanta su espada y comienzan los cañonazos.

7

Se han situado frente a Ulúa las fragatas *Nereida*, *Ifigenia*, *Criolla* y *Gloria*, las corbetas *Náyade* y *Cerceta* y las bombarderas *Cíclope* y *Vulcano*. Los bergantines *Voltigeador* y *Cebra* se mantienen a la vela para acudir adonde sea preciso. El comandante del castillo, general Antonio Gaona, espera a que le tiren primero.

Y le tiran. Ciento cincuenta cañones y morteros cubren San Juan con sus bombas. Por cuatro horas y media, barcos y castillo se baten, envueltos en una humareda que los oculta a la vista de la costa. Durante las primeras tres, todo artillero que cae en la fortaleza es sustituido. Mas los reemplazos se acaban y las baterías comienzan a quedar en silencio. La infantería, lista para evitar un desembarco, permanece rifle en mano, sin disparar, recibiendo el fuego de los cañones franceses. El repuesto de municiones de la batería baja de San Miguel, vuela y destruye todo a su alrededor. El repuesto de municiones del Caballero Alto vuela con todo el mirador, y los cañones de la batería van a hundirse en el mar, mientras quedan sepultados en los escombros cuarenta y un servidores de las piezas y muchos de la vecina batería de San Crispín. Muere ahí el coronel de Zapadores don Ignacio de Labastida. A las cuatro horas y media, la mitad de la artillería está desmontada, principalmente la de la línea exterior, abandonada ya. Los muros destrozados. Ciento cuarenta heridos sin curación y entre las ruinas. Municiones para una hora más.

El general Gaona pide una tregua para atender a sus heridos. El fuego se suspende. Cuando el humo que se eleva va

157



dejando al descubierto el castillo, de tierra se le ve aspecto de moribundo. El jefe defensor y sus oficiales se reúnen a conferenciar.

8

Su Excelencia el general Santa Anna ha terminado su comida del mediodía. En una hamaca tendida a la sombra de grandes árboles, dormita en espera del momento en que habrán de comenzar las peleas concertadas con unos galleros de Guanajuato. Entre el murmullo de las frondas y de las aguas en corriente, de los ganados y de los peones, en medio de su somnolencia, don Antonio percibe un rumor diferente: como si el mar embravecido hubiera entrado a tierra.

Se incorpora, trata de captar los detalles de ese temblor sonoro que llega envuelto en viento de mar. No le es desconocido, aunque casi lo había olvidado. Le basta medio minuto para identificarlo y para comprender lo que sucede. Es el cañón que truena.

Mientras el temblor arceja, coro de doscientas voces de cañón, el Excelentísimo hace un balance de sí mismo: el Gobierno lo posterga y lo humilla; el presidente, los ministros, los generales, los políticos o le odian, o le desprecian, o le envidian. El pueblo, entretenido con la serie de sublevaciones que tienden a mejorarlo, pero que lo empeoran, ha olvidado ya Tampico y El Álamo. Los periódicos, de vez en cuando, hincan el diente en su vida privada, sus gallos, sus aventurillas. Parece que la nación entera le ha vuelto la espalda.

Es feliz entre los suyos: la esposa, doña Inés de la Paz, «mujer de la costa, mañanera y sencilla, hecha para recibir el rocío temprano, bajo el fulgor de los luceros en fuga de las tibias madrugadas»; los cuatro muchachos, dos hombrecillos y dos mujercillas que corren por toda la finca, inquietos e incansables, como el padre. Su hacienda próspera, sus sirvientes afectuosos y fieles, sus gallos y algún que otro placer que no logra, por más que procura, que ignore su mujer. Tranquilo, olvidado, general de división, millonario, medio enfermo...

Ni quien haya tenido interés en anunciarle que Veracruz

estaba en peligro. Ni quien le haya pedido un consejo para la mejor defensa. Ni quien le haya ordenado que desenvaine su espada. Es el cañoneo el que le avisa de la batalla, el que le dice el peligro, el que lo llama.

Vuelan varios minutos de silencio. Se cierra el balance. El viento sigue y el rumor del cañoneo. Las bombas francesas deben estar cayendo sobre el castillo, sobre el puerto... Se acerca la hora en que comenzará la partida con los galleros de Guanajuato. Los niños, de paseo a caballo, no regresarán hasta las primeras sombras... ¿Se cañoneo!...

—¡Un caballo! ¡Mi caballo blanco!...

Mientras se lo enjaezan, corre a ponerse las botas. Al minuto brinca sobre la silla. Sale del patio de la hacienda a todo galope. Solo, dejando todo lo que tiene. Sigue su primer impulso, como siempre. Galopa hacia la metralla. Hacia la gloria o al ridículo. Jugador empedernido, se arroja el mismo como apuesta, en el más emocionante de los albures.

Apenas tiene ocasión para decir adiós, con el brazo en alto, a doña Inés de la Paz, que montada a lá amazona, vuelve del campo al trote corto, tras de vigilar la faena de los peones humildes, que la veneran.

9

Al verlo acercar, devorando el camino en su cortel de nieve, los centinelas le abren la puerta sin saber quién es, pero adivinándolo. Apenas traspone la muralla, los vitores acompañan el choque de las herraduras con el empedrado. El general Rincón, su viejo contrincante de Perote, de Tolomé, de Oaxaca, lo recibe afectuosamente cuando el cañoneo acaba de suspenderse, y el humo que todo lo ocultaba se va desprendiendo del mar hacia las nubes.

—¿Soy útil para algo, general Rincón?

—Si Su Excelencia quisiera molestarse... Tengo interés en saber qué pasa en Ulúa...

Es comisión como para un teniente. Menos aún: para un cadete. Santa Anna la acepta sin vacilar.

El voluntario (millonario y general de división) embarca en una cáscara de nuez con sólo dos remeros. Sin bandera blanca. Sin más protección que la insignificancia y la penum-

bra. Pasan como a doscientos metros de una fragata. Marineros y artilleros asomados a la borda, los miran, escupen, los dejan pasar. Llegan a los arrecifes que rodean el peñón de Ulúa y Su Excelencia brinca, llenándose las botas de agua.

En el castillo, el general Gaona está en junta con sus oficiales. Se ha pasado lista, se ha hecho el recuento. Tres jefes, trece oficiales y doscientos siete hombres fuera de combate. Ni cañones útiles, ni artilleros. Infantería con fusil, nada más. Todos firman la capitulación.

Santa Anna se excusa de firmar el acta, por no haber participado en la defensa. No reprueba la capitulación, pero tampoco la acepta. Su idea es que la guarnición evacue durante la noche la fortaleza y la haga volar por los aires, dando fuego, en una sola carga, a toda la pólvora que resta. Así estaban instruidos de obrar los virreyes, por Madrid, en caso semejante. Pero la entrega está pactada. Don Antonio regresa a tierra, portador de malas nuevas.

A Rincón se le presenta esta disyuntiva: exponer la plaza al fuego de la escuadra o evacuarla para hostilizar después al enemigo que la ocupe. Está decidido a salir cuando Baudin habla. Está satisfecho con el triunfo sobre Ulúa. Quizá en su interior, aquella guerra le repugna. Propone: que las tropas y las autoridades mexicanas conserven el orden en la ciudad, limitándose la fuerza a mil hombres, y que se suspendan las hostilidades por ocho meses, dando tiempo a negociaciones que puedan llevar a la paz. Rincón acepta después de una Junta de Guerra que el Excelentísimo preside, pero en la que no opina, ni aprueba, ni reprueba, ni firma.

Después, don Antonio monta a caballo y recorre el camino a Manga de Clavo, ahora al trote corto, seguido por cuatro lanceros, que le hacen escolta silenciosamente.

## 10

David Farragut, años después uno de los marinos más distinguidos de la Unión Americana, se encontraba en su barco, fondeado frente a Veracruz. En sus notas, expresa así sus impresiones de aquella jornada: «Visité el castillo para darme cuenta de las causas de su rendición y una simple mirada me

convenció de que hubiera sido imposible para los mexicanos seguir al lado de sus cañones. La misma construcción destinada a protegerlos se había convertido para ellos en un peligro, en un elemento destructivo, pues el castillo está hecho de cal y canto, que parece coral. Una bomba explota y esparce la piedra en grandes masas que matan o hieren a los artilleros. A veces, hiende la muralla desde la cornisa hasta los cimientos. Estoy perfectamente convencido de que en unas horas más hubiera quedado reducido a un montón de ruinas. ¡Imaginad una regadera de doscientas granadas cayendo sin cesar!...»

## 11

El treinta de noviembre, el presidente de la República desaprueba la capitulación de Ulúa y el convenio Rincón-Baudin. El pueblo se agita, gritando ¡traición! Los moderados hablan de impericia y de cobardía. Los defensores de Ulúa y los jefes de Veracruz son llamados a someterse a un consejo de guerra. Por la noche, un decreto de Bustamante anuncia que se declara la guerra a S. M. Luis Felipe, rey de los franceses.

Y un correo extraordinario sale al galope rumbo a Manga de Clavo, con una orden para el general de división Antonio López de Santa Anna, a fin de que se encargue del mando de las tropas mexicanas. Deberá tomar la ofensiva, como pueda, pero inmediatamente.

## 12

Sale de la hacienda muy de madrugada, en un «quitrín» o calesa pequeña. Le escoltan los cuatro lanceros y un mozo de estribo conduce el caballo blanco. En Vergara se detiene a tomar una taza de café, encontrándose con el antiguo oficial español Manuel María Jiménez, quien se pone a sus órdenes. Desde ese instante, Jiménez le acompañará en los trances difíciles, hasta el supremo de la muerte.

«Vamos a combatir —le dice—. El gobierno desaprobó las capitulaciones y ahora soy yo el comandante general en el Estado...»

Turbaco... los plantíos de caña... el ganado que paca, indiferente a la lluvia monótona... Su Alteza piensa, sueña... Los ministros le llevan decretos para aplicar toda la crueldad de las leyes militares, no sólo a los rebeldes capturados, sino a los enemigos sospechosos. Su Alteza firma y piensa en La Rosita, en su hamaca, que se balancea suavemente entre las argollas de don Simón. Le llevan el informe de que se ha agotado en combatir la rebelión, el dinero que Estados Unidos dieron por el Valle de La Mesilla. Su Alteza mueve la testa en señal de enterado y piensa en las buenas monedas que le deja su cosecha de tabaco. Le relatan las derrotas de sus tropas en Michoacán y San Luis Potosí, y recuerda la capilla que mandó construir para que en ella reposase para siempre su incompleta osamenta.

—¡Hay que resistir! ¡No hay que transigir! ¡Su Alteza debe continuar en el poder hasta el triunfo o la muerte!

—¡Vayan al infierno!

A las cuatro y media de la mañana del 9 de agosto el hombre del destino sale del Palacio en su carruaje, en medio de cincuenta lanceros. ¡Al galope!

Cuando el Consejo se da cuenta, don Antonio va muy lejos, dormitando medio hundido en los almohadones de su litera.

Veracruz, el vapor de guerra *Iturbide*, el mar... Turbaco...

## LAS ÚLTIMAS JORNADAS

### 1

Dos años y siete meses, Don Antonio, todavía paciente, todavía confiado, permanece sentado en la puerta de su estancia, seguro de que verá pasar los cadáveres de sus enemigos. En cada paquebote inglés que tira sus anclas frente a Cartagena le llega un grueso atado de cartas y periódicos. Lee durante el día y escribe durante la noche. Lee que los federalistas han dictado una constitución, vigente desde el 5 de febrero de 1857; que poco después, Comonfort, presidente de la República, la repudia, alegando que es imposible gobernar con ella y del poder pasa al destierro. Es presidente Benito Juárez, con quien Santa Anna no podría entenderse nunca: liberal, anticlerical, civilista, enemigo de las ostentaciones, silencioso y austero. Lee que los conservadores, que ya tienen nuevos caudillos, Zuloaga y Miramón, asumen el poder sin tomarlo a él en cuenta, olvidándolo como cosa perdida. Y que Juárez ha vuelto a la presidencia...

Escribe sus memorias, que son la mejor señal de su mala memoria. Todo lo desfigura, exagerándolo o paliándolo. Declara falsos documentos calzados con su firma, inventa testigos de lo que no ha sucedido y se pinta a sí mismo con una precisión, que nadie lo hará mejor: megalómano, faruo, audaz para mentir, ingrato con quienes le sirvieron, sediento de gloria... y poco rencoroso. En estos años se ha olvidado ya de sus viejos enemigos y sólo mantiene vivo su odio contra Comonfort, Juan Álvarez y Benito Juárez.

Es que éstos le han desposeído de sus bienes: Manga de Clavo, El Encero, Paso de Ovejas y otras haciendas, están en manos de depositarios que las explotan a su antojo. Si no fuera por La Rosita y algunos fondos que pudo sacar de

su último paso por la presidencia, hubiera quedado a morir de hambre.

2

Un nuevo tipo de guerra civil ha aparecido en México: los odios entre los partidos, condensados durante tantos años, se desatan con furia. No hay perdón para el enemigo que cae prisionero. Liberales y conservadores se fusilan sin misericordia. No hay armisticios ni capitulaciones. El vencedor magnánimo y el negociador hábil, no tienen nada que hacer dentro de ese nuevo sistema. Además, la nueva gente ya no toma en cuenta a Su Alteza Serenísima, ni para bien ni para mal. Cuando los conservadores pueden hacer una nueva elección presidencial, Zuloaga obtiene veintiséis votos y Santa Anna, uno. Sin embargo, don Antonio confía aún en que habrán de llamarlo para que ocupe la presidencia por duodécima vez. El destierro ha revivido en él los deseos de gobernar, como el gobierno le provoca el deseo de desterrarse.

3

Una revolución estalla en Nueva Granada, acaudillada por el general Tomás C. de Mosquera. «Para librarme de las consecuencias», escribe don Antonio, se traslada a Santo Tomás, donde el viento extiende la bandera del rey de Dinamarca. Vieja ciudad de piratas, refugio de Barba Negra, de clima semejante al de Veracruz, pródiga en flores el año entero y en la que prevalece la costumbre de dormir la siesta. El viejo general, doña Dolores y los hijos, se acomodan bien en casas del tipo español, con grandes patios que refresca el agua de las fuentes y ventanas enrejadas que miran a angostas y retorcidas callejas. Don Antonio cria gallos y escribe sus memorias, salpicándolas de simplista filosofía: «El hombre es nada, el poder es todo» y de quejas contra sus enemigos del presente: «No me han dejado un palmo de tierra, una choza en que albergarme ni una piedra donde reclinar mi cabeza...»

262

4

En México, la guerra entre conservadores y liberales continúa. Por temporadas, unos y otros disfrutan de la presidencia. Los conservadores vuelven los ojos a Europa, buscando apoyo para establecer una monarquía. Aun cuando mantiene correspondencia con los agentes monarquistas y ofrece su apoyo a cualquier príncipe europeo, Santa Anna significa poca cosa en la combinación. Apenas Gutiérrez de Estrada, que intriga hábilmente en la corte de Napoleón III, le menciona, los demás monarquistas se apresuran a hacer silencio en torno a su nombre. Cuando se escoge definitivamente al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo para el trono imperial de México, el nombre de don Antonio no aparece en ninguna parte.

Tropas francesas desembarcan en Veracruz y se internan en el país. Los sólidos fuertes y los fuertes soldados de Puebla, las detienen temporalmente. Más tarde, aliadas con tropas conservadoras mexicanas, llegan a la capital anunciando el próximo arribo de Maximiliano. Asume la regencia Juan N. Almonte, aquel compañero de *Santa Anna* en los días de prisión en Texas. Serían amigos, pero también Almonte quiere ser el dictador de México.

Don Antonio se embarca rumbo a Veracruz, al río re-  
vuelto.

5

Es el año de 1864 y son las cinco de la tarde del 27 de febrero. Un paquebote inglés ha tirado las anclas frente a Veracruz. Y como ya se sabe que a bordo viene Su Excelencia, el jefe de la guarnición francesa trepa al navio, con un ayudante y un secretario cargado de papeles.

—General, ¿tenéis la bondad de hacerme conocer la mira de vuestro viaje a este país?

—No hay inconveniente: regreso a mi patria en uso del derecho que el hombre tiene para vivir donde nace...

—Bien, pero es necesario mostrar adhesión al imperio y al emperador. Asentad vuestro nombre en este libro...

Hay unas frases escritas en francés, que el recién llegado

263

no lee porque sería inútil. Lo que quiere es desembarcar. Doña Dolores está «excesivamente mareada» y con ansia de pisar tierra. Y como Su Excelencia es ahora partidario de la monarquía, firma, saluda y baja al puerto.

En la travesía ha escrito un manifiesto en el que anuncia que acatará con decisión y lealtad las órdenes que emanen del «ilustre príncipe» que viene al trono de los Moctezumas. Y pide «por gracia solamente, que se me deje disfrutar en mis últimos días del reposo que no he podido conseguir en ninguna de las posiciones de mi vida».

Pero no se le deja. El general Bazaine, jefe del ejército franco-mexicano, le dice: «V. ha faltado a lo que firmó a bordo del baquebote inglés *Conway*... V. no puede permanecer por más tiempo en el territorio mexicano, y lo invito a que lo deje...»

De nada sirve que don Antonio afirme que la publicación de su manifiesto se hizo sin tomarle consentimiento. Le dan seis horas para que se apreste a salir. En esas seis horas, recibe cartas de Almonte el regente, y de Peza, el ministro de la Guerra, felicitándolo por su feliz arribo. Pero las órdenes militares francesas no se doblan con estas felicitaciones. Su Excelencia tiene que trepar al vapor *Colbert*, de la escuadra francesa, y desembarcarse en La Habana.

Dos meses está «en acecho de las ocurrencias de México». Se entera de que Maximiliano ha llegado para asumir el poder. Confía en que el «ilustre príncipe» lo llame a su lado, pero Max tiene demasiadas atenciones para acordarse de un viejo cojo de setenta años, a quien ni siquiera conoce. Santa Anna se queja de él: «No le merecí el cumplimiento de invitarme a regresar al suelo natal.» Y sus amigos le escriben: «No inspira V. confianza a los imperialistas. Recuerdan que V. derribó el trono de Iturbide y proclamó la República.» Lo adulan, nada más. Don Antonio no sirve ya para proclamar cosa alguna.

6

Los desaires lo hacen cambiar de rumbo. Ahora es nuevamente republicano. La monarquía, en cuanto le hace poco aprecio, deja de ser un «gobierno paternal, justo e ilustrado».

264

ahora Maximiliano sí es un «usurpador» y «humilde vasallo de un soberano extranjero». En otro largo manifiesto ofrece derramar hasta la última gota de su sangre para restablecer la República. Nadie le responde: los republicanos se están batiendo por su propia cuenta, incansables, indomables, y no necesitan de nadie. El viejo general se vuelve a sus memorias.

Es el tipo pintoresco de Santo Tomás, el que los guías enseñan a los visitantes distinguidos, después del castillo de Barba Negra, de las murallas semiderruidas y del mercado, donde las mulatas de pecho desnudo y amplias caderas, prueban la fruta del trópico.

7

Un viajero distinguido es William H. Seward, secretario de Estado del gobierno americano, que pasea por las Antillas en vacaciones. Después de mostrarle las ruinas y el mercado, sus amigos lo llevan a la casa del ex presidente de México. Seward es curioso y acepta ver lo que queda de «El Villano de El Álamo». Y está de buen humor, pues el viaje de descanso le ha sido provechoso.

Don Antonio aparece tras una mesa cubierta de libros y manuscritos. En cuanto se entera de quién es el visitante, piensa que el viaje a Santo Tomás lo ha realizado expresamente para verlo. Y suelta la lengua contra los franceses y los imperialistas, se apoya en la Doctrina Monroe para pedir a los Estados Unidos auxilio contra las tropas europeas que combaten en América y toma todas las miradas y los cabeceos de Seward como una aprobación oficial del gobierno americano a sus planes guerreros.

El ministro, amable y divertido de la plática, se despide con un apretón de manos y unas palabras de cortesía:

—Cuando vaya usted por Washington, general, me será muy grata su visita...

El iluso septuagenario se queda convencido de que tiene el apoyo de los Estados Unidos para cualquier cosa que intente.

265

Dario Mazuera, colombiano, de veintiséis años, de «elegante figura y locuacidad extraordinaria», se presenta a Santa Anna pidiéndole datos para escribir su biografía. Una revolución lo había arrojado de Colombia hacia el Perú, otra revolución lo arrojó del Perú y fue a Santo Tomás. Se hace pronto de la confianza del general, se entera de sus planes para obtener apoyo norteamericano y se decide a explotar su senil ingenuidad. Se hace enviar a Washington y de ahí le escribe mentira y media sobre pláticas que no ha tenido, con el presidente y con el ministro. Y se reúne con otros tres aventureros conjurados para quitar al confiado anciano hasta el último centavo.

Un día, se presentan en Santo Tomás, en un barco que dicen haber comprado por cuenta de don Antonio, en doscientos cincuenta mil pesos. Le muestran «un papel con grande sello en inglés», que dizque es un «memorándum reservado» del secretario Seward. En él se dice que ha sido aprobado en las Cámaras un préstamo de cincuenta millones de pesos para México, de los cuales treinta podrán destinarse a una expedición encabezada por el general Santa Anna. Éste debe presentarse en Washington, porque será apoyado.

El viejillo no puede ocultar su contento. Ni se detiene a examinar la autenticidad del «memorándum secreto». Sólo pregunta a Mazuera:

—¿El ministro Seward ha entregado a usted ese documento para mí?

Cínicamente responde el colombiano:

—Sí, señor. El mismo, en la pieza de su despacho...

Le hacen firmar pagarés por doscientos mil pesos para cubrir el valor del buque y le sacan cuarenta mil en efectivo, que dizque tienen que entregar al capitán. Lo están explotando miserablemente.

Lo llevan a Nueva York. Primera decepción: que no le han hecho saludos con artillería, como prometió Mazuera. La ex-

plotación continúa: en una casa de huéspedes de Elisabethport, le cobran cien pesos diarios por su comida. Y se entera de que el barco no había sido comprado, pues los propietarios exigían el dinero en oro, y de que no se daban por recibidos de los cuarenta mil pesos que él había entregado en Santo Tomás. Tiene que dar veinticinco mil más por recobrar sus pagarés y deja empeñada una cajita de alhajas que valen treinta mil y que no volverá a ver en su vida.

No es eso lo peor: un amigo de Seward, George I. Turnbull, recibe las confidencias de don Antonio y sorprendido, ofrece hablar con el secretario de Estado. Sus noticias son terribles: Seward no conoce la cara de Dario Mazuera, y no puede recibir al general Santa Anna...

El Serenísimo está a punto de volverse loco. Comprende que le han robado vilmente, quisiera ahorcar a Mazuera y a toda su pandilla. Pero no se le vuelven a poner enfrente. Son abogados los que vienen a verle, pidiéndole el pago de cien mil pesos de unos rifles que «su gente» había encargado. Ya no quiere rifles ni tiene con qué pagarlos. Y le cuesta treinta mil pesos salir del enredo. Entre aventureros y abogados lo han dejado «sin un cubierto para comer».

Mazuera desaparece. Tiempo después su víctima se entera de que, mezclado en una conspiración, ha sido fusilado en Mérida. Es un justo castigo, pero que no devuelve al general ni un centavo del dinero que ha perdido.

Un hijo político acude. Gracias a él, don Antonio tiene comida y fuego durante el invierno.

Todavía tiene destellos el ingenio del viejo mutilado. Ingenio un poco ingenuo: ofrece su espada a Benito Juárez para expulsar de México a los franceses. Juárez no la acepta y le contesta que si hubiera sido únicamente imperialista, podría recibirlo con agrado, pero como además ha sido un viejo aliado del clero y de los conservadores, no le inspira ni le inspirará confianza.

¿Qué le queda entonces? Dice a Seward que Juárez, Ortega y otros jefes republicanos están divididos entre sí y que

él es el único que puede derribar el imperio. -Yo soy el fundador de la República Mexicana y estoy presto a derramar hasta la última gota de mi sangre para vengar sus afrentas... ¿Los herederos de Washington consentirán que este anhelo de mi corazón quede sin realizarse?... ¡No lo creo! El ministro interpreta sus palabras como productos de la senilidad y no les hace caso. Cuando habla de Su Excelencia le llama «viejo loco». Pero el general dice a todo mundo que tiene un convenio firmado, que volverá a México y que será otra vez el presidente.

La gente comienza a burlarse de él.

11

No escarmienta. De Mazuera ha pasado a Gabor Naphegyi, húngaro, que le propone lanzar un empréstito comprometiendo la hacienda de El Encero, la casa en Santo Tomás y otras propiedades. Con el dinero que se obtenga se armará una expedición contra los franceses, a quienes rechazará como en el año treinta y ocho. Entonces, sus conciudadanos lo aclamarán y lo llamarán a la presidencia... ¡Los franceses!... Los setenta y cinco años de Santa Anna lo hacen delirar con los franceses... Cuando le hablan de ellos, se excita y se echa a pasear por la habitación como animal preso, blandiendo un candelabro o un cuchillo de mesa. Quiere vengar su pie perdido, su mano incompleta. Y le hacen firmar todo lo que quieren.

Naphegyi lo compromete a hipotecar todas sus propiedades. No obtiene para él un centavo, pero más tarde, don Antonio verá embargada su casona en Santo Tomás y le costará trabajo y dinero salir del conflicto.

Comprende que ha fracasado. Abandona los Estados Unidos, de tan ingrata memoria. Y se embarca rumbo a las Antillas, en un buque que antes hará escala en Veracruz. Un último intento...

268

12

Los franceses han regresado a Europa. Maximiliano está preso en Querétaro y ya los soldados cargan sus fusiles para ejecutarlo, cuando Santa Anna llega a Veracruz en el *Virginia*. Hay en el puerto dos mil soldados que aún son fieles al emperador prisionero y que no saben qué hacer. Los jefes van a visitar al anciano caudillo, pidiéndole consejo. Y él ofrece bajar a tierra a las cinco de la tarde, para estar presente en la declaración de la República.

Está en la proa del barco, esperando la hora, cuando se presenta «un militar de alta estatura y mal semblante». Es el comandante Roe, del *Taconi*, barco americano de guerra. Rechaza un asiento y dice ásperamente:

-Vengo a llevar a usted a mi buque...

Santa Anna finge creer que los Estados Unidos están en guerra con México. Y protesta.

-¿Viene usted a sorprenderme para declararme prisionero de guerra? No puedo defenderme, estoy sin soldados; mas espero que no se abusará de la fuerza con el débil...

-No me detendré en explicaciones. Si V. no va de grado, irá por fuerza...

En un falucho atracado al *Virginia*, un grupo de marineros americanos espera en actitud decidida, las órdenes de su comandante. Santa Anna se somete y pasa la noche en el *Taconi*, negándose a tomar alimentos, aun frutas y nieves, por temor a ser envenenado. Y a la mañana siguiente el comandante Roe le visita para informarle que evitándole bajar a tierra le ha salvado la vida. Algún informe secreto ha tenido sobre algo que el general ignora. Y le aconseja que continúe el viaje. Tres días después, el *Virginia* y su famoso pasajero están a la vista del puerto de Sisal.

13

El viejo caudillo está empeñado en proclamar la república, en cualquier parte. En Sisal lanza otro manifiesto, saludando a los yucatecos y recordándoles su amistad de cuarenta años antes. Los yucatecos ya no se acuerdan de esa amistad, si la

269

hubo, y lo encierran en la casa del comandante militar. Cuatro días después lo embarcan prisionero rumbo a Campeche, donde lo tienen dos meses metido en un cuartel y rodeado de centinelas.

Hasta ahí llega doña Dolores de Tosta, enferma y conmovida, temiendo no encontrarlo ya con vida. Son los días del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo y sus fieles generales. La república necesita cimentarse, definitivamente, con un acto que aleje toda tentación de la mente de los príncipes y de los ambiciosos. Santa Anna sería un ejemplo más. El afortunado autor de veintae planes de revuelta, que escapó de Iturbide y de tantos enemigos más, tiene la vida pendiente de las manos de Juárez, el inmovible. Noticias de que ha sido ejecutado, vuelan por el mundo. Y cuando doña Dolores acude al presidente a implorar la vida de su esposo, Juárez mismo cree que ya no existe. Su respuesta es:

-Señora, llegará V. tarde...

14

De Campeche lo remiten a Veracruz. En Ulúa, «los cerrojos de una fétida mazmorra» se cierran tras de él. No hay un escaño para sentarse, ni un cántaro de agua. Mes y medio de incomunicación rigurosa. Hasta que se le anuncia que va a ser juzgado como traidor a la patria, por haber apoyado el imperio. Su defensa es larga: explica a su modo el por qué de las cartas a los monarquistas, el del manifiesto impreso sin su voluntad y repite que no supo lo que decían las palabras en francés que le presentaron en el *Comway* para que las calzara con su firma.

No tanto por su defensa como porque se ve que ya no tiene significación alguna, en vez de ejecutarlo le señalan otros ocho años de destierro. Con la seguridad de que antes de esos ocho años...

15

De La Habana lo expulsan. Brinca de una parte a otra de las Antillas. Hasta que en Nassau le permiten vivir tranquilo.

270.

Pero es él solo el que se inquieta. Cada acto de Juárez le pone frenético. Cuando lo señala entre los excluidos de la amnistía que el Congreso concede a los imperialistas, don Antonio requiere la pluma para llamar al presidente, «sátrapa, hombre sin conciencia, individuo revoltoso, hipócrita, símbolo de crueldad, boa constrictora que rodea y comprime a su víctima hasta consumirla...»

Juárez fallece el 18 de junio de 1872, poco antes de las campanadas de medianoche. Santa Anna, paciente y longevo, ha visto pasar frente a su tienda...

16

Antes de los ocho años, le permiten regresar, para que se muera en su propia tierra. Veracruz lo mira con curiosidad cuando desembarca, el 27 de febrero de 1874. Es un anciano encorvado y canoso, que camina con dificultad, apoyándose siempre en el brazo de otra persona, su esposa, su hija, su yerno. Hace dieciocho años que partió al destierro. Todos los que van a verle ahora no le habían visto nunca. Gente nueva... Y el general no conoce ya a Veracruz: nuevos muelles han sustituido a aquel donde cayó herido, bajo el caballo blanco, al recibir la metralla francesa. Grandes trozos de muralla han sido derruidos, los bastiones restantes están ya dentro de la ciudad.

No le espera su quitrín para emprender el camino a Manga de Clavo. Es ahora el ferrocarril el que lo recibe y lo deja en Orizaba, durante seis días, para que el cambio brusco del mar a la altiplanicie no descompense su cansado corazón. El siete de marzo, un sábado, llega a México. No hay salvas de artillería ni comisiones que salgan a recibirlo más allá de las garitas: un grupo de viejos, militares unos, clérigos otros, le espera en el «paradero de Buena Vista», donde el tren de vapor termina su jornada. Reconoce a muy pocos. Casi todos son gente que no fue de su intimidad nunca, sino simplemente segundones de su partido. Además, no ve bien. Tiene nubes en los ojos, que el profesor de homeopatía Guillermo Hay tratará más tarde de disolver con globulitos.

Anciano encorvado que arrastra un pie y una pata de palo.

271



Mucho ha cambiado desde que le hacían guardia los gastadores de barba postiza.

17

Sale a pasear a pie por las calles, cuando hace buen tiempo. A veces, se le acercan jóvenes alegres que dicen ser hijos o nietos de alguno de sus amigos y con toda seriedad le proponen realizar una revolución para llevarlo a la presidencia. Brillan los ojillos velados por la nube y el cuerpo gastado intenta erguirse.

—Hay que esperar, hijos míos, no es éste el momento... hay que esperar.

Y se marcha a casa, alegre y rápido en su cojera. Encuentra en las antenasales quince o veinte personas que le esperan. Las ha contratado doña Dolores, a real por día, para que den al anciano la impresión de que aún lo busca el pueblo. Con ademán grave los manda retirar...

—No tengo tiempo para recibir... vuelvan mañana.

Y se encierra en su alcoba, a hacer lo único que puede hacer: recuerdos. Grata ocupación de los viejos, triste anuncio de la proximidad de su fin.

Recuerdos de los que se han ido. ¡Todos se han ido! Los que con él hicieron la Independencia, los que con él hicieron la República. Sus amigos y sus enemigos descansan ya. Iturbide y Guerrero, Gómez Pedraza y Bustamante, Gómez Farías y Alamán, Tornel, Sierra y Rosso, Suárez y Navarro... Comonfort y Juan Álvarez, Ocampo, Degollado. Maximiliano ha caído en Querétaro... Almonte, Valencia, el diputado Gamboa... Desfile de sombras de quienes lo atacaron y no lo pudieron aniquilar, de quienes lo admiraron y se fueron antes de verlo arrastrar el pie en la última jornada...

Puede citar amigos y enemigos, la memoria le comienza a fallar. Y de ello se aprovechan otros aventureros, mazueras de ínfima categoría, que van a quitarle unos cuantos reales diciéndose sus viejos soldados. Como cinco veces le llevan huesos que dizque son los de su pie, salvados por un fiel soldado o un sincero admirador, cuando las turbas rompieron la urna de Santa Paula. Es pródigo: a todos da lo que puede dar. Doña Dolores de Tosta tiene que quitarle el dinero para

272

que no lo reparta íntegro. Ya están viviendo de lo que les pasan los yernos, y de unos pesillos que le debía el negociante Escandón...

Nadie le reconoce su grado de general de división, ganado a orillas del Pánuco. Le deben años de sueldos, y todo lo que él dice que prestó de su bolsillo para hacer la guerra a los americanos. No obtiene pago alguno del gobierno y ambula a pie, añorando sus carruajes dorados que volaban por las calles, rodeados de húsares y cazadores uniformados de gala...

18

Con la edad, crece su sentimiento religioso. Ahora es devoto, olvidándose de cuando confiscaba los bienes de la Iglesia y obtenía de los conventos el dinero necesario para los gastos de Palacio. No importa: una cosa es el clero y otra cosa es el santo. Allá va el anciano, rumbo a Guadalupe, a visitar en su basilica a la virgen patrona, con la esposa y una nietecilla. El abad lo recibe y levanta para él, como sólo lo hace para los altos prelados de la Iglesia, el cristal que cubre la imagen. Por una angosta escalerilla sube hasta la Guadalupana, la besa y le ora. La gente que lo ve salir, con lágrimas en los ojos, lo toma por un bienaventurado.

19

No es tranquila su vida. Los periódicos liberales lo atacan cada vez que alguien se acuerda de él. Cuando se conmemora la defensa de Churubusco, los diarios gobiernistas lo ponen como la basura. Si se defiende o lo defienden los amigos, aparecen en la prensa las pruebas de su amistad con los imperialistas... Es preferible callar. Ya falta poco para callar por siempre...

Sin que nadie lo vea, fallece en su cama, durante la noche del 20 al 21 de junio de 1876. Había entregado a su esposa, para los gastos de la casa, sus últimos cuatro pesos. Todos duermen. A nadie molesta con su última queja. Se va como ha vivido: sin anunciarlo a nadie, sin consultar, sin pedir

273

ayuda, sin vacilaciones ni preparativos. Es la última sorpresa que da. Su última maniobra.

Ochenta y dos años.

Once veces presidente de la República.

Desterrado por toda América.

Millonario y miserable, poderoso y perseguido, tirano y cautivo.

¡Patriota y traidor! ¡Héroe y villano!

## BIBLIOGRAFÍA

- Antonio López de Santa Anna.—*Mi vida militar y política.—Las guerras de México con Texas y los Estados Unidos.—Correspondencia.—Apelación al buen criterio de nacionales y extranjeros.—Manifiestos.*
- Carlos María Bustamante.—*Cuadro histórico de la revolución mexicana. La voz de la patria.—El nuevo Bernal Díaz.—Apuntes.—Gabinete.*
- Lorenzo Zavala.—*Ensayo histórico de las revoluciones en México.*
- Lucas Alamán.—*Historia de México.*
- Niceto de Zamacois.—*Historia de México.*
- Hubert Howe Bancroft.—*Obras.* Vols. XII, XIII y XVI.
- Gazeta de México.—Año de 1813.
- Francisco de P. Álvarez.—*Santa Anna hasta 1822.*
- Miguel Lerdo de Tejada.—*Apuntes históricos.* Veracruz.
- Joel R. Poinsett.—*Notes on Mexico.*
- Manuel Rivera Cambas.—*Gobernantes de México.—Historia de Jalapa.*
- Elijo Ancona.—*Historia de Yucatán.*
- Manuel Muro.—*Miscelánea potesina.*
- Juan Suárez y Navarro.—*Historia de México y del general Santa Anna.*
- Francisco Bulnes.—*Las grandes mentes de nuestra historia.*
- Mirabeau Lamar.—*Biography of Santa Anna.*
- Guillermo Prieto.—*Memorias.*
- Carlos E. Castañeda.—*El lado mexicano de la revolución de Texas.*
- Villa Amor.—*Biografía de Santa Anna.*
- Marquesa de Calderón de la Barca.—*La vida en México.*
- Valentín Gómez Farías.—*Correspondencia.*
- Mariano Paredes Arrillaga.—*Correspondencia.*
- Vicente Riva Palacio.—*Correspondencia.*
- E. del Castillo Negrete.—*México en el siglo xix.*
- J. M. Ros Barceña.—*Recuerdos.*
- Teniente Manuel Balbontin.—*La invasión norteamericana de 1846 a 1848.*
- Narciso Bassols.—*Discurso sobre Valentín Gómez Farías.*
- Vito Alessio Robles.—*Saltito en la historia y en la leyenda.*
- Mariano Cuevas.—*Historia de la Iglesia en México.*
- Varios.—*México a través de los Siglos.*
- Victoriano Salado Alvarez.—*De Santa Anna a la Reforma.*
- Enrique de Olavarria y Ferrari.—*Episodios históricos mexicanos.*
- Vicente Filisola.—*Historia de la Guerra de Texas.*
- Carlos Mendoza.—*Las grandes batallas del siglo xix.*
- Hanighen, Frank C.—*Santa Anna, The Napoleon of the West.*
- Alberto María Carreño.—*Jefes del ejército mexicano en 1847.*
- Ramón Gamboa.—*Impugnaciones al informe del general Antonio López de Santa Anna.*

DEL PASO, Fernando.  
NOTICIAS DEL  
IMPERIO. México,  
Editorial Diana, S.A.  
de C.V. 1989.

UNIDAD IV.-EL CONFLICTO  
ENTRE LIBERALES Y CONSERVADORES

EL AUTOR:

Nació en la ciudad de México el 1º de abril de 1935. Estudió el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria , y abandonó sus estudios de economía para dedicarse a la literatura y a la publicidad.

Fue becario del Centro Mexicano de Escritores (1964-1965); ha viajado a Centro América, Estados Unidos y Europa; obtuvo el Premio Nacional de Novela en México y en la actualidad trabaja como publicista y redactor.

La complejidad narrativa y conceptual de las novelas de Fernando del Paso sitúan a su autor entre las figuras más destacadas de la narrativa mexicana del siglo XX.

Su primera obra fue un libro de poemas: Sonetos de lo Diario.

El éxito y la polémica llegaron con su novela: José Trigo, que es una recreación mítica de la capital mexicana que despertó gran interés. Su siguiente novela de tono satírico y grotesco, fue Palinuro de México, y en 1987 Noticias del Imperio, que fue considerada por su autor como un intento de comprender la realidad de México por sus raíces históricas.\*

LA OBRA:

Noticias del Imperio, es una novela inspirada en los acontecimientos del efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo

\*Información apoyada en: Diccionario de Escritores Mexicanos. Op. Cit. p.275

en tierras mexicanas. Del Paso hace aparecer como narradora en alguno de los capítulos la emperatriz Carlota Amalia, esposa de Maximiliano de Habsburgo.

En el libro, la infortunada princesa nos relata su vida en México y en Austria, en un lenguaje demencial, profundamente erótico, pero no por ello deja de ser hermoso y vibrante.

Nos describe todos los sucesos que condujeron a la pareja imperial a creer en las promesas hechas por Napoleón III, al que durante todo su relato tilda de traidor. Nos habla de las incomodidades del viaje, y de la enorme desilusión que a ella le causó un país del que habían esperado demasiado.

Intercalados en las narraciones de Carlota, se encuentran capítulos que nos permiten conocer la situación política y social de México en 1864, la actitud servil de los conservadores hacia los príncipes, así como su desencanto al constatar que Maximiliano tampoco era lo que ellos esperaban, un príncipe que cumpliera con todos sus requerimientos.

Finalmente se presenta el abandono en que Francia lo colocó y su trágico, pero esperado desenlace.

Los capítulos seleccionados son:

Así es, Señor Presidente, donde se nos relata una imaginaria plática entre el presidente Benito Juárez y su secretario, en el que ambos comentan las características físicas de Maximiliano, así como el estado de la monarquía en Europa, los enlaces,

los adulterios, las traiciones. Esto nos abre un magnífico panorama de la situación política y social en Europa, y la manipulación de los destinos de las poblaciones a capricho e intereses de sus soberanos.

Por otra parte, nos presenta a un Benito Juárez, interesado en conocer la situación, méritos y debilidades de sus oponentes, para encontrar su "talón de Aquiles", y colocar su estratagema de acuerdo a las características de su adversario.

La ciudad y sus pregones, es otro capítulo en donde una vez más se pone de manifiesto el ingenio del pueblo mexicano, que a cada acontecimiento, cambio político, guerra, alegría o desgracia, sabe encontrarle el lado gracioso y elabora canciones y versos para burlarse o celebrar dichos acontecimientos. Esta costumbre, que por suerte no ha desaparecido del todo, es un retrato de la creatividad de nuestro pueblo, y de cómo se defiende contra la injusticia o a favor de la verdad, burlándose de lo que le disgusta o alabando lo que le agrada.

Con el corazón atravesado por una flecha, en éste capítulo se describe la forma como un general francés, Du Pin, tortura a un soldado mexicano prisionero y cómo se ensaña con su víctima, haciendo alarde de su fuerza. En esta lectura se puede observar la prepotencia de los invasores y la actitud heroica de los dominados.

**SUGERENCIA DIDÁCTICA**

Se recomienda que los alumnos realicen una visita al castillo de Chapultepec de preferencia en compañía de su profesor, llevando como guía un cuestionario preparado previamente por el maestro, en donde se destaque la situación social de la época y el tipo de vida de la familia imperial en comparación con las limitaciones que padecía la mayoría del pueblo de México.

crecen allí, y algunos animales, como una o dos guacamayas azules. Dime: ¿te gustaría morir ahogado en el Tamesí?».

Juan Carbajal alzó la vista para mirar al coronel, pero no contestó.

«Hay muchas cosas de este país que no entiendo», dijo el Coronel Du Pin. «Por ejemplo, por qué le llaman ustedes a este río casi como se llama el río inglés, el Tamesis, si no tiene nada que ver. O por qué, y eso lo pensaba yo el otro día, por qué algunos indios como tú se bañan todos los días, y otros nunca, y traen en la cara unas costras de mugre gruesas como corteza de árbol. Tampoco entiendo cómo pueden ustedes comer tanta porquería. Estoy cansado de frijoles y tortillas. Si no es en el Restaurant Recamier de México o en el Café Reverdy de Tampico, no hay un lugar en este país donde se pueda tener una comida decente... Estoy cansado de bebidas hediondas como el pulque y de aguardientes ponzoñosos. En mi casa de París voy a tener una bodega llena de vinos de Burdeos, de Sauternes, ajenojo Pernod, de licor de Cassis... pero seguro que tú no sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad? Y ahora... ahora ya estoy cansado de ti...»

El Coronel Du Pin se asomó por el mosquitero, levantó los ojos, sonrió y señaló hacia arriba.

«¡Mira, mira! ¡Arriba, arriba de tu cabeza: los cocuyos!».

Por encima de la barcaza pasó una luminosa nube de cocuyos, como una constelación fugaz de estrellas verdes.

«Cocuyos, cocuyos», dijo el Coronel Du Pin y se levantó del equipal, «eso es lo que quisiera yo: que una noche cuando esté yo en París haciendo el amor, una nube de cocuyos entre por la ventana y se quede, dando de vuelcas, arriba de la cama... Pero no se puede tener todo».

El Coronel Du Pin bajó del cajón y con una mano le levantó la cara a Juan Carbajal.

«Tú también, ¿ya lo ves?, tuviste que escoger. Eres un pendejo, pero tengo que reconocer que eres un hombre. Eso tampoco lo entiendo: hay mexicanos que cuando los voy a matar lloran como maricas, y otros, como tú, que ni parpadean. Un coronel inglés me decía que así son los sepoys de la India: indiferentes a la muerte...»

«¿Cómo me va a matar?», preguntó por tercera vez Juan Carbajal.

El coronel pidió que le pasaran el sombrero.

«Qué bonita rosa de oro... Es de oro, ¿verdad?, ¿de dónde te la robaste? Con ésta sí que me voy a quedar. Se la voy a dar a una amiguita francesa que tengo en París, y le voy a decir que se la ponga en el ombligo... ¿Que cómo te voy a matar, dices? A ver, a ver... vamos a ver...»

El coronel caminó despacio alrededor de Juan Carbajal. Al prisionero le escurrián hilos de sangre por la cara y el cuello, por las nalgas y las piernas, por el pecho y el vientre. Los primeros rayos del sol pintaron de anaranjado el mosquitero del coronel a la altura de su rostro. Como antes los cocuyos, atravesó el río una alharaquienta banda de loros verdes

y amarillos. El coronel se paró delante del prisionero, se acarició la barba y los bigotes y dijo:

«Tengo una idea».

Estiró la mano hasta tocar el prendedor que habían encajado en la tetilla izquierda de Juan Carbajal. Lo cogió, y lo arrancó de un tirón. El prisionero lanzó un grito. La tetilla, casi desprendida, quedó colgando, y un hilo de sangre, más grueso que los otros, brotó de la herida.

«Tengo una idea, pero, ¿sabes?, antes de matarte decidí que no te vas a llevar nada puesto, ¿me oyes? No te lo mereces... Voy a regresar todo al sombrero, y el sombrero me lo llevo a París. A ver, tú, y tú: arránquenle todo lo que le pusieron: el fistol, las estrellas, el zopilote, todo, para que aprenda: uno por uno y de un tirón, sin abrir los broches...»

Luego volvió a mirar a los ojos al prisionero.

«Y si tú quieres saber cómo te voy a matar, Juan Carbajal, ahora mismo lo vas a saber. Te voy a matar como nunca he matado a nadie...»

El coronel se quedó mirando por unos segundos el prendedor que tenía en la mano, y murmuró: *C'est beau!* Luego dijo:

«*Faites venir l'Indio Mayo et qu'il apporte son arc et ses flèches.*»

El intérprete tradujo:

«Que venga el Indio Mayo, y que traiga su arco y sus flechas.»

desde que el Barón Haussman la llenó de avenidas muy anchas que además de ser bonitas, hacen más fáciles las cargas de caballería contra los revoltosos... las cargas de nuestros cazadores de Africa: de esos mismos que hicieron correr a los juaristas en Cholula... A ver: levanten al prisionero. Hínquenlo. Así... y pásenme el sombrero otra vez».

El coronel comenzó a darle la vuelta al sombrero, despacio.

«Ah, esto me gusta. Miren qué cosa tan bonita: un corazón de plata atravesado por una flecha. ¿Te lo regaló tu novia?».

El coronel arrancó el prendedor y lo contempló por un rato.

«Te doy una oportunidad más: ¿a dónde llevabas el mensaje?».

Juan Carbajal no contestó.

«Tercero, te digo, terco como esas mulas a las que ustedes les gritan: ¡machol! machol! A ver... préndanselo en la tequilla izquierda... Una vez, a un chinaco, le amarramos los brazos con una cuerda y la cuerda a la silla de mi caballo, y lo traje al trote toda la mañana. Cada vez que se caía, yo detenía mi caballo y le gritaba: ¡machol, machol, y le aventábamos piedras, como hacen ustedes con las mulas. Pero una vez ya no se levantó y lo arrastré, lo arrastré muchas horas, hasta dejarlo a las puertas del infierno... Esa vez montaba yo un caballo de La Panocha, de los que tienen los cascos tan fuertes que no necesitan herraduras... Dime: ¿te gustaría morir así?».

La selva comenzaba a llenarse con rumores y gritos distintos a los gritos y murmullos de la noche. En el horizonte, hacia la desembocadura del río, apareció un pálido resplandor blanco. De la tequilla izquierda de Juan Carbajal escurría un hilo de sangre.

«A algunos, a los que se portan bien, hasta les doy a elegir su muerte. Les pregunto si quieren morir fusilados. O destazados por cuatro caballos. O ahogados. Y a veces, también, a los que huelgo, les doy la oportunidad de que escojan el árbol que más les guste. Y habrás de saber una cosa: el Coronel Du Pin nunca cueлга a más de uno con la misma cuerda: cada quien estrena la suya...»

«¿Cómo me va a matar a mí?», volvió a preguntar Juan Carbajal.

El coronel se hizo el desentendido.

«Aunque tengo que confesar que tengo un árbol favorito, y que es uno muy alto y grueso, muy frondoso y muy verde, que está en la Plaza de Medellín. Allí he colgado a más de veinte... pero no puedo llevarme a todos los condenados a Medellín... ¿no es verdad? Y mira, te decía: qué más quisiera yo que París estuviera a la orilla de un mar caliente de arena blanca... ¿me estás oyendo?».

Juan Carbajal tenía la cabeza doblada y los ojos cerrados.

«A ver, tú: dale un poco de mezcal para que se reanime...»

El coronel había dicho *anisette* pero el intérprete tradujo *mezcal*. Uno de los hombres cogió del pelo a Juan Carbajal para levantarle la cara, y con la otra mano le acercó una botella a los labios. El mezcal

escurrió por la barbilla del prisionero, que siguió con los ojos cerrados.

«Y con uno de esos prendedores de manitas», dijo el coronel a otro de sus hombres, «levántenle el párpado y préndanselo a la ceja para que aunque sea un ojo me mire el cabrón éste...»

Algunos monos comenzaron a dar gritos. El mastín del coronel bostezó, paró las orejas, abrió los ojos, se desperezó, se levantó y caminó hasta la orilla de la barcaza para beber de las aguas del río. Las aguas, negras y plateadas, comenzaban a teñirse de rosa y violeta hacia el este, hacia la desembocadura. El hilo de sangre bordeó el párpado de Juan Carbajal y comenzó a escurrirse por la mejilla, hasta llegar a los labios.

«¿Ahora sí me oyes...? ¿Ahora sí me ves?».

El prisionero asintió con un suave movimiento de cabeza.

«Pues sí, qué más quisiera yo, te decía, que a lo largo de los Campos Elíseos corrieran los plataneros... ¿Sabes lo que es los Campos Elíseos? La calle más bella del mundo».

El mastín se echó a los pies del coronel.

«Y qué hubiera cocoteros a la orilla del Sena... Mira», agregó el Coronel Du Pin asomándose por el mosquitero: «ya está casi amaneciendo y no me va a quedar más remedio que matarte. Pero tú me estás obligando. Dime: ¿a dónde llevabas el mensaje?»

El prisionero no contestó.

«O que en el Bosque de Boulogne se dieran las lianas y los helechos, los bambúes, los mangos, qué se yo... ¿Oyes al pájaro campanero? Es como si diera la hora. Deben ser ya como las cinco... ¿qué horas son?».

Uno de los hombres consultó el reloj.

«*Il est cinq-heures, mon colonel*».

«Pero tengo que escoger, y me quedo con París. Allí me voy a morir. En cuanto acabemos con ustedes y dejemos bien firme en el trono al Emperador Maximiliano y civilicemos el territorio, pido mi retiro del ejército y regreso a Francia. Aunque sé que no va a ser tan fácil pacificarlos porque ustedes son muy escurridizos y México es muy grande. Oye... ¿has oído alguna vez hablar de la Barragana?».

«Dicen que es una guerrillera juarista...», contestó Juan Carbajal.

«¿Guerrillera? Bandida. Todos ustedes son bandidos, no guerrilleros. Pero tengo entendido que es muy valiente y no más por eso no sé qué voy a hacer con ella si la agarramos viva: si cortarle los pechos para que parezca más hombre, ya que eso es lo que le gusta, vivir y pelear como hombre, o si perdonarla en memoria de nuestra Santa Juana de Arco... ¿tú que opinas?».

El mastín del coronel se levantó, corrió a la orilla de la barcaza y se tiró al agua. Nadó rumbo a la orilla.

«Debe haber oído alguna tuza... le encantan las tuzas», dijo el coronel, «de todos modos, me llevaré a París algunas plantas a ver si



a prender una estrellita. Te voy a hacer que veas estrellitas. A ver, bájenle los pantalones al prisionero».

A Juan Carbajal le escurrió otro hilo de sangre por la barbilla y el cuello.

El coronel se asomó por el mosquitero.

«Acérqueme el sombrero. A ver... sí: quiten ese zopilote mexicano».

«No es un zopilote», dijo Juan Carbajal, «es un águila».

«C'est un zopilote», insistió el coronel.

El intérprete tradujo:

«Es un zopilote».

«...y préndanselo en el prepucio», agregó el coronel.

«¿En el qué?»

«En el pellejo que le cuelga de la punta de la verga», dijo el Coronel Du Pin y hundió la cara en el mosquitero, «ya veremos al rato qué le vamos a encajar en los testículos...»

El hombre se acercó al prisionero, le jaló el prepucio y lo atravesó con el alfiler del águila de plata.

«Ustedes los mexicanos», dijo el coronel, «son además de muy tercos, muy tontos. ¿Tú sabes quién fue Napoleón Bonaparte?»

«Sí», contestó Juan Carbajal.

«Pues el emperador que tenemos en Francia también se llama Napoleón Bonaparte, porque es su sobrino. Y nuestro emperador ha hecho que Francia se cubra de gloria en muchas batallas, como en Magenta y Solferino, en Sebastopol...»

«Nosotros los derrotamos en Puebla», dijo el prisionero. El coronel siguió hablando como si no hubiera escuchado:

«Y hemos llevado la civilización a muchas partes: a la Cochin China, a Senegal, a La Martinica, a Argelia... y ahora que la queremos traer a México, ustedes no la quieren...»

«¿Y usted sabe quién es Benito Juárez?», preguntó Juan Carbajal.

«Ah, sí, un indio. Un indio terco como tú. ¿Por qué son tan tercos todos ustedes?»

«Napoleón no era francés», dijo el prisionero, «y Benito Juárez sí es mexicano».

El Coronel Du Pin se puso de pie y abrió el mosquitero.

«Carajo, mierda, carajo: ¿y a tú qué te importa? A ver, agárrenlo bien, porque esto sí que le va a doler. Ese, ese fistol de la piedrita amarilla: encájenselo en un testículo... ¡mierda, carajo, mierda contigo!».

Juan Carbajal se retorció del dolor. El hombre le pinchaba una y otra vez el testículo, que se le resbalaba entre los dedos.

Al fin pudo asirlo y lo atravesó con el alfiler.

«Echenle agua en la cara para que reviva», dijo el Coronel Du Pin, se sentó en su quipal y volvió a correr el mosquitero.

Juan Carbajal abrió los ojos.

«Ahora sí te hice gritar, ¿verdad? Como marica. A ver, a ver... para que parezca más marica, préndanle una estrella plateada en cada nalga».

Los hombres le dieron vuelta al prisionero y cumplieron la orden del coronel. La festejaron a carcajadas. Dos hilos de sangre escurrieron de las nalgas de Juan Carbajal.

«Bueno, ya, ya está bien. Cállense. Denle vuelta... Dime: ¿ahora sí me vas a decir a dónde y a quién llevabas el mensaje? ¿O quieres que te condecore el otro testículo?»

A Juan Carbajal se le doblaban las piernas. Los hombres lo sostuvieron por el palo al que estaba crucificado. Temblaba, y el sudor se mezclaba con los hilos de sangre.

«Yo, ya te dije, hago hablar a cualquiera. Me decían que los plateados, tú los conoces, ¿verdad?, esos bandidos que así les llaman porque están cubiertos de plata de la cabeza a los pies... me decían que eran muy bravos: pues a uno de esos plateados, no sólo lo hice hablar... acabó pidiéndome de rodillas, por la leche de mi madre, que le perdonara la vida... También me decían que eran muy hombres esos otros bandidos que se ponen pantalones y chaquetas de cuero gruesas porque andan siempre en tierras llenas de zarzas y espinos, y lo mismo: todos los que han caído en las manos de las contraguerrillas del Coronel Du Pin me han contado hasta cómo vinieron al mundo... Yo, por mi parte, les cuento cómo se van a largar de él...»

El Coronel Du Pin se llenó los pulmones con el aire caliente, y resopló:

«Mira que te estoy teniendo mucha paciencia», le dijo a Juan Carbajal. Y a los hombres que lo sostenían: «suéltenlo».

Juan Carbajal se desplomó en el suelo de la barcaza. El mastín del coronel abrió los ojos y paró las orejas. Después, volvió a dormirse.

«Terco, sí, muy terco que son ustedes. Y además, no saben escoger. Porque siempre hay que escoger. No se puede tener todo. Tú, por ejemplo, vas a tener que escoger entre ser un traidor vivo, o un pendejo muerto. ¿Qué prefieres?».

Juan Carbajal alzó la cara, pero no contestó. El coronel se asomó por el mosquitero, sacó un brazo y señaló a una y otra orilla del río.

«Mira, mira», dijo, «todo esto me gusta: la selva, las lianas, las orquídeas, los gritos de los monos, la algazara de los pericos, el vuelo de los tucanes. Bueno, una sola cosa me fastidia, que son los mosquitos. Por lo demás, de la selva me gusta todo, hasta el calor... y me gustan los mares tibios... Entonces: ¿por qué no me quedo a vivir aquí para siempre?, ¿por qué no me hago una casa de granito rojo en la cumbre del Chiquihuite y la cubro de orquídeas? Ah, pues porque también me gusta París... Tú nunca has estado en París, ¿verdad?».

El Coronel Du Pin se acarició el bigote y después se lamió los labios.

«París... París... París es la ciudad más bella del mundo, y sobre todo

«Y ahora dime, cabrón, qué carajos es lo que dice el papelito que tenías escondido en la carne».

El coronel se refería a un trozo de carne de vaca que colgaba del arzón del caballo de Juan Carbajal, y donde había encontrado el mensaje en clave de los juaristas. El mastín del Coronel Du Pin había ya dado cuenta de la carne.

El prisionero contestó:

«Yo no sé qué dice. Yo no sé la clave».

El Coronel Du Pin arrojó el puro, que trazó una curva luminosa en la noche para hundirse, con un ligero chasquido, en las aguas del Tamesí.

«Eres un mentiroso. Pero yo te voy a sacar la verdad, cabrón».

El coronel volvió a sentarse y corrió el mosquitero.

«Y además eres un pendejo, porque ni siquiera sabes esconder bien un mensaje. Tú no has de saber nada de diamantes famosos, ¿verdad? Pues verás: hay un diamante amarillo que se llama el diamante Orloff, el del cetro imperial ruso, pero que venía de un templo de la India... ¿sabes cómo lo sacaron de la India?»

El prisionero no contestó.

«Fue un soldado francés. Con su cuchillo, él mismo se hizo una herida en la pantorrilla, puso allí el diamante y después cosió la herida. Nadie se iba a imaginar dónde lo llevaba. Luego se lo vendió al Príncipe Orloff... Así se hacen las cosas. Las cosas se esconden en carne propia y no en un pedazo de carne de res, donde cualquiera las puede encontrar, ¿no es cierto?»

El prisionero no movió los labios. El coronel dijo:

«Estás muy callado y a mí me gusta la gente que habla. A ver, dime, ¿de dónde venías?, ¿a dónde ibas?, ¿cuántos son ustedes?»

El coronel se llevó la mano a la nariz y gritó:

«¡Y llévase a este perro de aquí que se está echando pedos!... Bueno, qué... ¿no me vas a contestar?, yo tengo muchas formas de hacer hablar a los mudos... eso sí lo sabes, ¿verdad?»

«Sí, eso sí lo sé», contestó Juan Carbajal.

«Déjame pensar qué es lo que voy a hacer contigo, para que hables... a ver, a ver... Ah, sí, tengo una idea. Pásemme el sombrero...»

El coronel abrió el mosquitero. Tomó el sombrero de Juan Carbajal y le dio vueltas muy despacio.

«¿Sabes?», dijo. «Voy a ser bueno contigo. No me voy a llevar todas las estrellitas de tu sombrero, ni todas las manitas de plata: te voy a dejar que te laves algunas... que te las laves puestas...»

Luego escogió una estrella.

«Esta. Esta estrella americana me gusta. A ver, tú: sácala de aquí...»

Uno de los hombres cogió el sombrero y desprendió la estrella.

«Y ahora», dijo el Coronel Du Pin, «ahora te vamos a condecorar con la orden del tarugo... tú, encájasela en el pecho».

El hombre se acercó al prisionero. Juan Carbajal cerró los ojos y apretó los labios.

«¿Qué pasa?», preguntó el coronel, «¿a poco tiene la piel tan dura?»

«No, mi coronel. Lo que sucede es que el alfiler está medio oxidado».

«Pues empuja más duro».

La estrella brilló en el pecho desnudo del prisionero. De ella escurrió un hilo de sangre.

«¿Y ahora sí me vas a decir cuántos son ustedes?», preguntó el coronel.

«No. No lo sé. A mí sólo me encargaron que llevara el mensaje».

«¿A quiénes?»

Juan Carbajal no contestó.

«¿A quiénes? ¿A dónde?»

El coronel se acarició la barba.

«¿Por qué eres tan terco? ¿Te gusta sufrir? La vida es tan corta... Mira: si no hablas, vas a hablar de todos modos, y después a lo mejor hasta te mato. Si hablas, te pasas de nuestro lado, te incorpo a mis filas y te vas a divertir mucho...»

En una de las orillas del río, tras la silueta negra de los árboles, brillaban las luces de unas antorchas en movimiento.

«Mira, mira allá... La otra vez nos dijeron que en un teatro de Tampico habían escondido armas los juaristas. Las requisamos todas: un montón de revólveres Colt y carabinas Sharp además de muchas municiones. Pero también nos encontramos un cajón lleno de pelucas de mujer y a veces mis hombres se emborrachan y se las ponen y bailan en la noche con antorchas encendidas y se divierten mucho. Dime... ¿no te gustaría a ti ponerte una peluca colorada y bailar una habanera con uno de mis hombres? Uno de ellos es un holandés muy grandote que con un solo brazo te podría romper la cintura...»

El coronel pidió que le dieran de nuevo el sombrero.

«Tú eres un hereje, ¿verdad? La gente lleva a las iglesias estas manitas y estas piernitas de plata y estos corazones de oro, como agradecimiento de que la Virgen o el Señor los curaron con un milagro... Y luego tú vas y se los robas a la Virgen... ¿que no temes a Dios?»

«¿Cuál Dios?»

«Ah, y además eres un blasfemo», dijo el Coronel Du Pin y desprendió una piernita plateada.

«Toma», le ordenó a uno de sus hombres, «y préndesela a los labios, para que aprenda a no decir más blasfemias».

El hombre se acercó a Juan Carbajal, le jaló el labio inferior y se lo atravesó con el alfiler del exvoto. El prisionero apenas si se quejó. El coronel volvió a sacar el papel de su bolsillo y lo desdobló.

El intérprete tradujo las palabras del coronel:

«Si no me dices lo que dice aquí, por cada letra del mensaje te voy

A su lado, en el suelo, había un sombrero tejano de fieltro gris, constelado de una infinidad de pequeños resplandores metálicos.

El coronel dijo:

*«Dis-lui que mon chapeau est plus grand que le sien».*

El intérprete tradujo:

«Dice mi Coronel Du Pin: Mi sombrero es más grande que el tuyo».

Además del intérprete, que estaba al lado del coronel, había otros cinco o seis hombres en la barcaza, que se mecía en las aguas del Tamesi. Todos usaban sombreros mexicanos de paja, de copa alta, pero sin adornos. Algunos estaban en cuclillas y fumaban. Era una noche de luna llena, poblada de ranas y chicharras.

El coronel agregó:

*«Et que ma moustache est aussi plus grande que la sienne».*

«Dice mi coronel: Y mi bigote también es más grande que el tuyo».

Además de un enorme bigote, el Coronel Du Pin, comandante de las contraguerrillas francesas y gobernador militar de Tamaulipas, tenía una larga barba, llena de canas. Vestía como siempre su gran dormán rojo estilo húngaro con vueltas de piel y alamares dorados, como los del sombrero, sus pantalones blancos, enormes botas amarillas y grandes espuelas. En la cintura llevaba dos pistolas y un sable que, así sentado, llegaba al suelo.

A su lado, dormido, estaba su mastín negro.

El coronel señaló el sombrero tejano de fieltro gris y habló por boca de su intérprete:

«¿Dónde conseguiste ese sombrero?»

«Me lo regaló el General Santa Anna... a él se lo había regalado un gringo que hizo preso en El Alamo», contestó el prisionero.

«¿Con todo y las estrellitas?», preguntó el coronel.

«Sí, con todo y las estrellitas. Yo después le fui poniendo los exvotos».

Había un intenso olor a naranjas y se escuchaba el ruido de alguien que molía café en la orilla del río.

«¿De dónde eres?»

«De Ciudad Victoria», contestó el hombre.

«Ciudad Victoria», dijo el coronel, «cabría toda entera en la Plaza de la Concordia».

Después abrió el mosquitero llevando las manos a la altura de la cara, como si se asomara tras una cortina, y ordenó que le acercaran el sombrero del hombre. Contempló por unos instantes las estrellitas de metal, los fístones, las medallas y pequeños escudos prendidos a las alas y la copa del sombrero, los broches con forma de águila o anclas o rosas y los diminutos corazones y piernas, manos y orejas de oro y plata. Luego señaló al fondo de la barcaza y dio otra orden.

Dos de los hombres se levantaron, se dirigieron a un montón de

costales y cajas y regresaron para poner a los pies del coronel varios objetos.

«Esto es nada más que una parte del botín de ayer», dijo el coronel. «Mira qué bonito: la caña de mando del Alcalde de Güemes, un tambor americano, un trombón, un gallardete de infantería. Yo me voy a quedar con todo, menos con esa bandera de caballería bordada con oro y plata. A ésa me la voy a llevar a París para que la pongan en Los Inválidos. Pero tú que vas a saber qué es la Concordia o qué son Los Inválidos. Dime, ¿cómo te llamas?»

«Juan Carbajal», contestó el hombre.

«¿Y sabes dónde está ahora el alcalde que el día de ayer tenía esa vara en las manos?»

El prisionero no contestó.

«Está colgado de un árbol de la Plaza de Güemes».

El coronel volvió a abrir el mosquitero, sacó un habano de un bolsillo de su dormán, y lo encendió.

«A los juaristas y los enemigos del Imperio», dijo, «a unos los cuelgo de los árboles o de los postes, otros se los dejo a los perros para que los hagan pedazos. El otro día agarré a uno, ordené que lo amarraran de los pies y lo bajaran a un pozo de esos que ustedes han envenenado con arsénico y con cadáveres de mulas. Lo subíamos y lo bajábamos, lo metíamos y lo sacábamos. No supimos de qué murió: si de tragar tanta agua, o de tragar tanta ponzoña».

«¿Cómo me va a matar a mi?», preguntó el prisionero. El intérprete tradujo la pregunta, pero el coronel no la contestó:

«De Pequin, ¿sabes lo que es Pequin? Es la capital de la China. De allí me traje muchas cosas: un cetro de jade que tenía la forma de un hongo sagrado al que llaman el ling-chi, y unas muñequitas de porcelana. Me traje unos ganchos también, de jade, con los que la Emperatriz de China ensartaba hojas de morera para darle de comer a sus gusanos de seda...»

El coronel echó una gran bocanada de humo y levantó los ojos al cielo. En esos momentos, una nube cubrió la luna y se escuchó el grito de un pájaro.

«De México a ver qué otras cosas me llevo... Por lo pronto tu sombrero para colgarlo en la pared de mi sala, junto con mis otros trofeos de caza...»

El coronel se quedó callado unos instantes. La luna volvió a salir y el coronel se levantó. Así, de pie sobre el cajón, parecía un gigante. Sacó un papel doblado del bolsillo de su pantalón y ordenó:

«Pónganlo de pic...»

Dos hombres levantaron casi en vilo a Juan Carbajal. El coronel desdobló el papel y se lo mostró al prisionero. Después habló casi a gritos, y el intérprete tradujo:

## 2. *Con el corazón atravesado por una flecha*

La barcaza estaba a la mitad del río, inmovilizada por unas cuerdas que partían de ambas orillas, y en la mitad de la barcaza estaba el Coronel Du Pin. En un cajón de madera había colocado un equipal donde estaba sentado, con el sombrero puesto. El sombrero era un sombrero mexicano de alas muy anchas y copa muy alta, con muchos alamares y arabescos de oro, y en él tenía prendido, como si fuera un velo de novia antigua, un mosquitero que le daba toda la vuelta y llegaba hasta el suelo.

El prisionero estaba delante del coronel, hincado, con el torso desnudo y los brazos crucificados, las muñecas atadas a un palo que le pasaba por detrás de la cabeza.

*«le pasó las manos por las tetas... en mi pueblo no hay  
estatuas de patrias con las tetas al aire...  
¡Fósforos y cerillos!*

Instalado ya en el Palacio de Buenavista de la ciudad de México y apaciguada, por el momento, la Iglesia, el General Bazaine ordenó la partida de un destacamento de turcos para sitiar por tierra el Puerto de Acapulco mientras desde el mar lo atacaba, con un destacamento de argelinos, el aventurero conocido como el *Maitre* Salar, quien nueve años antes y al mando de un buque lleno de filibusteros había acudido a Sonora en un intento tardío de salvar la vida de Raousset Boulbon. El Capitán Blanchot, edecán de Bazaine, resintió que no se le hubiera mandado a Acapulco, porque según le habían contado a ese puerto, durante la Colonia, llegaban de Asia los cargamentos que, después de ser transportados a lo ancho del territorio mexicano, eran reembarcados en Veracruz con destino a la Metrópoli: Y, como al comenzar en México la inacabable serie de sublevaciones, pronunciamientos y asonadas el tráfico había quedado interrumpido, algunos ricos cargamentos se quedaron en el puerto del Pacífico. Se decía que, aparte de esos chinitos que nunca llegaron a las fábricas de cigarros de La Habana —donde sus amos españoles como no se podían aprender sus nombres los rebautizaban con nombres griegos como Sócrates, Protágoras o Alcibiades—, porque también ellos, los chinitos se quedaron en Acapulco, se rumoreaba que había allí bodegas repletas donde era posible comprar, muy baratas, algunas maravillas que envidiaría el Coronel Du Pin y de las que ya no vendrían quizás por mucho tiempo en las naos de la China y de las Filipinas, como cajitas de sándalo y laca, figurillas de marfil, diamantes de Golkonda quizás, y quizás chales de Lahore, mantones de Manila, bufandas de Cachemira. Pero el General Bazaine consoló al Capitán Blanchot al encargarlo de dos proyectos. Uno fue pedirle que se rediseñara el jardín español del Palacio de Buenavista: el general en jefe prefería un jardín estilo inglés, *à l'anglaise*. Entre otras cosas, el Capitán Blanchot desvió las aguas de un arroyo cercano para transformarlo en varios riachuelos rumorosos, pero como el arroyo estaba lleno de culebras de agua que se colaron en el jardín, se vio precisado a solicitar la ayuda del cacique, o como lo llama Blanchot en sus Memorias, del «nabab» de Chapala, quien a vuelta de correo le envió treinta grullas que en unos cuantos días se zamparon a todas las culebras. La otra tarea del capitán fue la de organizar un baile de gran gala que sería ofrecido por el ejército francés a Maximiliano y Carlota a su llegada a la ciudad de México. El capitán calculó que, para cubrir con un toldo o carpa color azul cielo el gran patio del Palacio de Buenavista, necesitaba varios kilómetros de cretona, un ejército de costureras, una docena o más de cubetas donde se mezclaría el albayalde con las anilinas azules, otras tantas escobas que hicieran las veces de

brochas, y un pequeño destacamento de marineros franceses traídos de Veracruz: gaveros, veleros y carpinteros provistos de sierras, jarcias, calabrotos y todo lo que fuera necesario para levantar el toldo azul cielo —lo más cielo posible— y de su centro colgar una gran águila dorada con las alas extendidas.

*«Dos cosas si te voy a decir, para que te las aprendas bien:  
una es que nunca te voy a llevar a la Plaza de Mixcalco,  
porque allí, todas las madrugadas, afusilan a dos o tres  
juaristas o cuando menos a uno, y no sea la de malas y nos toque  
una bala perdida. ¿Has oído a La Llorona? Es el fantasma de una  
mujer que se murió de cuita porque le mataron a sus hijos en  
Mixcalco y que en las noches camina por la plaza gritando... "Ayyayy  
mis hijos... Ayayyyyyy mis hijos" y cuando la oigo siento  
que se me encoje el corazón: dicen que tiene las greñas largas  
y un camión que arrastra por las piedras... y la otra cosa  
que te digo es, fíjate bien: yo no sé de dónde vienes, y si eres  
de pueblo o de suidad. Pero si quieres andar conmigo y que  
te dé tus huesos y tus tortillas y que te deje dormir pegado  
a mí y que te acaricie y que te rasque, tienes que aprender a  
portarte bien y a no ladrarle sino a los indios y a los  
léperos. Cuidado vayas a gruñirle a un cura: a los curas se les  
mueve la cola. Cuidado se te ocurra tirarle una tarascada a  
una monja. A las monjas se les mueve la cola, y lo mismo a los  
frailes y a las señoras y a los policías de Basén. Sólo al  
Santo Viático no se le mueve la cola...  
¿Zapatos qué remendar?  
¿Jericalla y champurrado!  
¿Ropa usada que vendan?  
¡A las castañas asadas, señores,  
a las castañas!*

*pulchra est Maria*, entre nubes de tisú y organdí y arcoíris de céfiro multicolor por donde asomaban las cabezas de los ángeles y querubines.

*¡A las palanquetas de nuez!*

• ¿Oyes? ¿Oyes ese tris-tras, tris-tras? Vamos, pálale, que ya vienen, tris-tras, ¡los oyes? son los presidiarios que vienen barriendo las calles. De los ruidos que se oyen, uno es el de las escobas cuando barren de un lado para otro, riz-raz, y el otro: tris-tras, es el de los grilletes que tienen en los pies y el de las cadenas que van de los pies de uno a los pies del otro y del otro y así. Siempre salen de la prisión con el toque del alba, y van una fila adelante y otra atrás y barren todos al mismo tiempo primero para un lado, tris, y luego para el otro, tras, apúrale, ándale, que a mí uno de los peones que viene con ellos y que sacan con cubetas el lodo y la basura de las coladeras y lo echan en medio de la calle para que se seque, una vez me tiró una cubeta entera y me baño de mierda y el capataz y los guardas nomás se rieron porque son unos cabrones... ándale, ¡álale...»

Para cortar por lo sano, Bazaine decidió quitar al arzobispo del Consejo de Regencia, y se marchó a Guadalajara. Monseñor Labastida aprovechó su ausencia, citó al otro arzobispo mexicano y a cinco de los obispos que habían regresado al país y, reunidos en sínodo, redactaron un documento dirigido a los generales Almonte y Salas, en el que desconocieron la autoridad del gobierno para apropiarse de los bienes de la Iglesia, y condenaron a la excomunión total, incluso en artículo de muerte, *in articulo mortis* no sólo a los autores y ejecutores del despojo de los templos, sino también a quienes se negaban a dar las órdenes de restitución a sus legítimos dueños. Y, como esta responsabilidad abarcaba no sólo al gobierno, sino también a la oficialía francesa y en última instancia a todo el ejército, la Iglesia decidió que no había ya necesidad de celebrar la misa militar solemne de cada domingo, y anunció que las puertas de la catedral permanecerían, de allí en adelante, cerradas. El General Neigre, a quien Bazaine había dejado el comando de la capital, respondió que, si no abrían las puertas, las abriría a cañonazos. El domingo siguiente, a las siete de la mañana, y por órdenes de Neigre, se colocó un cañón frente a la Catedral de San Hipólito. Unos minutos después, las puertas se abrieron y se celebró la misa. Cuando Bazaine se enteró, ordenó a su vez que se disparara una carga de artillería que coincidió con la elevación, en la misa que él y sus oficiales se preparaban a escuchar en la Catedral de Guadalajara.

*¡Tamalitos cernidos  
de Chile, dulce y manteca!*

• Que en esta suidada hay mucho ruido y en mi pueblo no, pues sí. Pero en mi pueblo no nos organizan los curas como lo hicieron aquí con todos los léperos y mendigos para que fuéramos haciendo ruido con nuestros rosarios y nuestras latas y nuestras medallas y nuestros pocillos de peltre, en protesta contra las proclamas y los pregones de Don Foré y De Bisón. Que aquí hay muchos temblores de tierra, pues también. Pero en mi pueblo, aunque de repente tiembla, como todas las casas son de adobe, todas las rajaduras son iguales. Aquí no, aquí las cuartaduras del tezontle del Palacio de la Inquisición son muy diferentes de las hendeduras que dejó el último terremoto en la piedra de la arquería de Belén, donde se está saliendo el agua desde hace como un año. ¿Y sabes otra cosa? En mi pueblo no hay árboles. Aquí sí: aquí en la suidada fue donde por primera vez pude tocar un árbol completo desde la copa hasta las raíces: fue cuando el temblor de Santa Cecilia, que derrumbó un eucalipto muy grande, y yo me llené las bolsas de dedales de eucalipto que huelen muy bonito. Y es que aquí en la suidada hay muchas cosas que tocar, y en mi pueblo no. Ni modo que el arzobispo me dé permiso de tentar su sombrero de picos o la cruz de amatista que dicen que lleva colgada al cuello, pero una vez me dejó besar las hebillas de sus zapatos que dicen que son de pura plata. Aquí aprendí lo suaves que son las cabritillas de los guantes de las señoras que me dan limosna, y lo frío del charol de sus botines que es casi tan liso como el agua, y que tiene un rechinido especial. Me gusta también tocar lo raspo de la piel de los mameyes y los picos de la de las piñas. En mi pueblo no hay de esas frutas. Y como te dije antes, un día te voy a llevar en domingo, a la Alameda, donde me gusta escuchar los ruidos del agua de las fuentes y tocar las cabezas frías de los leones que la escupen y te voy a enseñar la banca de Don Foré. También, y eso hoy mismo, vamos a ir a la Plaza Mayor. Allí al lado del Sagrario Metropolitano está el Paseo de las Cadenas que suenan cuando hace viento, y a un lado la piedra azteca que llaman el calendario y que a mí me gusta tocarla porque tiene muchas bolitas... Me acuerdo que el temblor de Santa Julia, del 58, fue el peor de todos porque las acequias se desbordaron y se dañaron muchos templos, como el propio del Sagrario y el de San Fernando y fue ése el temblor que tiró al suelo a una estatua de la Patria y también me dejaron tocarla, y se rieron mucho cuando

en el Portal de Agustinos que olía siempre a turrón de almendras, otras proclamas y exhortaciones contra los franceses, en las bardas del Colegio de Niñas, contra Luis Napoleón, en los mismos muros del Convento de San Lorenzo o de Santa Teresa la Antigua, contra las autoridades y contra la intervención, sin olvidar el Callejón de Bilbao perfumado siempre con el olor del blanco de Chapala y los frijoles chinos, o las fachadas y puertas de todas las cantinas y cafés a los que iban los soldados franceses a comer y beber y algunas veces también a jugar — y hasta la calle se escuchaba el ruido de cartas, bolas y fichas—, y el mismo Monseñor Antonio Pelagio de Labastida y Dávalos, quien expulsado obispo por Juárez regresó arzobispo tras vivir como Príncipe de la Iglesia en Roma y en París, y que tanto temía volver a México por el riesgo de contagiarse con el vómito negro de las tierras calientes y para evitarlo eligió como fecha de retorno la época en que soplaban en Veracruz los vientos norte, tampoco quedó contento, a pesar de que el propio Bazaine le entregó intacto y remozado su Palacio Episcopal, le reconstruyó su seminario y reparó su casa campestre de Tacubaya, aunque lo único que no pudo hacer el general fue reemplazar los olivos del huerto que, ya crecidos y llenos de fruto, habían desaparecido con la revolución.

*¡Cecina buena!*

*• Le rasco un poco, y siempre hay otro abajo. Y le rasco al de abajo, y más abajo hay otro. Me gusta descarapellarlos, agarrar un pedacito y jalarlo, y hacer tiritas. Pero eso sólo se puede hacer muy noche, cuando estoy casi seguro que no me están viendo. Y, como te decía, me sé de memoria todas las esquinas donde los ponen, y todas las iglesias, como aquí en Escalerillas y Tacuba, o en La Profesa. Pero ahora tengo que cuidarme mucho porque los curas, que últimamente no quieren a los franceses, aprovechan también la noche para pegar sus pregones. Este que tiene el engrudo todavía mojado, seguro que es uno de los que pusieron los padrecitos, y que está encima del último de Basén. Y el de Basén está arriba de un afiche de El Pájaro Verde y el de El Pájaro Verde tapando un decreto de Don Foré. Y el de Don Foré encima del de Napomuceno Almonte, y el de Almonte arriba del Don Victor y Don Hugo. Y el Don Victor y Don Hugo encima de una proclama de Don Benito. Y la de Don Benito tapando el Plan de Navidad de Echegaray y Miramón. Y el Plan de Navidad arriba de un pronunciamiento de Santa Anna, y bueno, es cuento de nunca acabar, y más que yo, fíjate, dejé mi pueblo hace un montón de años y llegué a la capital cuando los muros estaban llenos con las proclamas del Plan de Iguala que*

*• quedaron después abajo de los pregones del Emperador Iturbide, que los taparon con las proclamas del Plan de Casa Mata, y así, te decía, nomás es cuestión de rasclarle un poco...  
¡Tierra pa las macetas!*

De todos modos, la Iglesia mexicana decidió reconquistar sus fueros y privilegios, prohibió que se trabajara los domingos, y todos aquellos sacerdotes, frailes y monjes que habían desaparecido durante el gobierno de Benito Juárez volvieron a poblar las calles de México y a la multitud de cristaleros que cambiaban floreros por ropa usada, de vendedores de chichichuilotes vivos y de camotes asados, castañas y plátanos fritos, de barberos ambulantes, de cabeceros que vendían de puerta en puerta cabezas de carnero al horno con peluca de hojas de laurel, de polleros y de vendedores de jabón de Marsella y al bullicio de sus pregones y al ruido de los coches: los brougham, los barouches, los simones de los sitios de Seminario y la Mariscala, las calesas tiradas por rollizos frisonos plateados, las diligencias que salían del Callejón de Dolores hacia todos los puntos cardinales, los tranvías de mulas y los guayines, agregaron su bullicio las procesiones, las campanas de los templos y su revuelo las sotanas y los hábitos, y a los colores de las flores y las frutas de los portales, al violeta y al verde pistache de los chalecos de dandies y lagartijos, al negro de los abrigos de nutria de catrines y currutacos, al gris de las capotas militares, a los ocre, marrones, azulmarinos de escribientes, guardias de alcabalas, recaudadores de pensiones y carretoneros, despenseros, guardafaroles y demás empleados y tinterillos, sirvientas y representantes de cuanto mester u oficio había, y a los rosas, amarillos pálidos de los tules y las crinolinas de damas y damiselas con los traseros acojinados con puñs rellenos de cerdas de caballo, y al magenta y verde olivo tornasolado de las capas y faldas de terciopelo de Génova de las futuras marquesas y damas palatinas mexicanas agregaron las siervas y esposas de Cristo que habían renunciado al reino de este mundo y a las pompas del siglo: las concepcionistas el azul cielo de sus mantos; las teresianas al café de sus túnicas, y las recoletas, además del pardo de sus sayales y del blanco de las cintas entretejidas en sus gorros, el encarnado de los cinco discos, cosidos a las cintas, en memoria de las Cinco Llagas de El Salvador. Volvió también el Santo Viático a pasar por las calles; y volvió La Purísima a desfilar, por el centro de la ciudad, por Empedradillo y Plateros y San Francisco, precedida por elegantes batidores montados en alazanes soberbios, y seguida por bandas de música, los alumnos de los colegios, las cofradías con sus estandartes y pendones y las comunidades religiosas y sacerdotales del clero secular, en su bellissimo carro triunfal que por medio de largos y gruesos cordones de seda roja tiraban los obispos y los canónigos, virgen entre las vírgenes con su manto azul cielo salpicado de estrellas y la leyenda escrita con letras áureas *Tota*

fume del terebinto afrodisíaco, y sin más que dar órdenes a sus generales desde su despacho del Palacio de Buenavista y dulces a los niños los domingos, sentado en esa misma banca de la Alameda. Pero a la campaña contra Forey y sus adláteres se agregó Monsieur de Radepont, quien dijo que Elías Forey era poco menos que una nulidad, y después el Barón de Saligny quien le pasó el chisme a Hidalgo de que el General Douay había dicho poco antes de la caída de Puebla que la ciudad era inexpugnable y que toda la empresa una locura, nacida del capricho de una mujer, *née du caprice d'une femme*, con lo que por supuesto se refería a la Emperatriz Eugenia. Hasta que al fin el emperador decidió retirar a Forey de México y dejar el comando de la expedición en manos del General Bazaine. Y para ello, premio y castigó a Forey al mismo tiempo: tras darle el bastón de Mariscal de Francia, le dijo que en México no había tropas suficientes como para que un Mariscal estuviera al frente de ellas, de modo que tenía que regresar a Francia y así fue, Forey se fue para no volver: de aquí de México se llevó el bastón de Mariscal, y allí en México dejó el recuerdo de los pregones y las proclamas donde una vez más ensalzaba el poderío de su Patria, y decía que las expediciones a China y la Cochinchina demostraban que no había comarcas tan lejanas como para que una ofensa contra el honor de Francia quedara impune, y donde otra vez también volvía a regañar a los mexicanos acusándolos de crueldad por su afición a las corridas de toros cuando que, y tal como apareció en un periódico de la capital, los franceses se habían dado el lujo de «lidiar toros de la talla de Luis XVI y María Antonieta», como rezaba el pie de la caricatura en la cual el verdugo, Robespierre en traje de luces, paseaba en alto no la cola o las orejas de un toro de la ganadería de Atenco, sino las cabezas despelucadas de los dos monarcas. Y con Forey, se fue de una vez por todas el Barón de Saligny, quien habiendo sido ya convocado varias veces por el Quai D'Orsay se mostraba rejejo y se hacía el tonto, porque no quería dejar abandonados sus negocios en México, ni vestida y alborotada a la novia con la que pensaba matrimoniarse:..

•Guajito, guajito/ Dame un traguito para Saliñil

•Guajito, guajito/ Dame un traguito para Saliñil

•... así decía la canción que le pusimos. ¿Sabes? De entre

• todos los franceses, Saliñil era el que olía peor que todos. Y no

• es que no me gusten los aromas del vino: es que no me gusta el

• olor de los borrachos... Un día te voy a llevar a la

• vinatería de Don Atanasio, el que te digo que me lee los pregones,

• y que me deja estarme allí las horas, pidiendo limosna. Al

• principio uno no diferencia los olores, porque se le echan

• todos juntos, como si fuera uno solo: después ya se van haciendo

• los distingos: ése es el del licor de fambuesa, ése

• otro el de naranja, y ése, que es el que más me gusta, el de

• guayaba. Luego, si uno quiere, los puede juntar todos de

• nuevo en un solo perfume... ¿oyes? ¿Oyes ese pregón:

• Carbosiu? Carbosiu?

• son los indios, que traen carbón de la sierra y que gritan:

• ¿Carbón, señores? ¿Carbón, señores? Pero se oye así: Carbosiu,

• Carbosiu... También los pregones perfuman la suidadi...

En nombre de esos principios iluminados que a tantos habían llevado al cadalso, la oposición en Francia al *imbroglio* mexicano estaba representada por cinco parlamentarios franceses, el grupo de *Les Cinq*: Ernest Picard, Emile Ollivier, Adolphe Thiers, Antoine Berryer y Jules Favre, destacado político, este último, que había declarado sobre la guerra con México: «No hay sino un camino: negociar y retirarnos. Hacer la guerra; ¿por qué? No se la hace sino a los enemigos. ¿Dónde están nuestros enemigos?». Y sobre la probable victoria: «Después de ella vendrá la responsabilidad. El gobierno que habéis fundado, tendréis que sostenerlo». Por su parte el novelista y poeta francés Víctor Hugo, quien en política había sido de todo: bonapartista, legitimista, republicano y orleanista, desde su exilio en Bruselas envió a México una proclama en la que decía «Ambos combatimos al Imperio. Vosotros en vuestra Patria, yo en el exilio. Os aporito mi fraternidad de proscrito». Benito Juárez ordenó que se tradujeran al español las declaraciones de ambos —Favre y Víctor Hugo— y se fijaran, como *affiche*s o carteles en los muros y paredes de México, Puebla y otras ciudades. Por otra parte, menos entendió Forey por qué, si la guerra se había hecho para cobrar las deudas que México tenía con Francia, Luis Napoleón le había ordenado que por lo pronto se olvidara del asunto. Menos aún todavía por qué, si con la guerra se deseaba llevar a México para defender la fe al príncipe católico que habían pedido los reaccionarios y los clericales mexicanos, las órdenes de las Tullerías habían sido las de proclamar la libertad de cultos en México, y la de no tocar la cuestión de los bienes de mano muerta de la Iglesia expropiados y vendidos a particulares: porque por supuesto, con la llegada de los franceses y las vísperas del Imperio la Iglesia pensó que las cosas iban a ser lo que eran antes de la llegada de Juárez al poder y cuando vio que estaba equivocada, cuando se topó, primero con las proclamas de Forey y después, ya ido el mariscal, con las disposiciones de Bazaine, la Iglesia misma comenzó a redactar y a imprimir en secreto y a engomar y fijar, en las mismas bardas y tapias donde primero Juárez y luego Forey y Bazaine habían fijado sus decretos y edictos: en la Calle de Vergara famosa por sus gorditas cuajadas

¡A las gorditas cuajadas, señores!



«nopaleras y a los barrancos. Aquí en la ciudad no: camina uno  
 «cuadras y cuadras y nunca sale. Te voy a llevar a Puente de  
 «Peredo, a Siete Principes, a la Calle Nueva, a la Carrera de  
 «Corpus Cristi, a la Calle de Verdeja y de Medinas, a la Puerta  
 «Falsa de La Merced y a Puente Quebrado y a la Calle de la Joya  
 «paque aprendas a conocer cómo huelen a borrego mojado los  
 «almacenes de paños poquito después de la lluvia, y a bencina las  
 «tintorerías. Los expendios de mármol se conocen más bien por  
 «el ruido, como las academias de esgrima, y de las boticas  
 «siempre salen muchos olores, como el del lavatorio de rosas  
 «para la gonorrea, el del elixir paregórico o el del vinagre  
 «aromático para los granos...

¡Al buen turrón de almendra!

Y aunque Forey pensaba que eso era lo que deseaba Napoleón, y  
 Douay también, no lo era. O al menos, no exactamente: *pas exactement*.  
 Entre otras cosas, porque había comenzado ya a hablarse de las cartas  
 que un tal Capitán Loizillon le escribía desde México a la madrina de  
 Luis Napoleón, Hortensia Cornu, y en las cuales le decía que Forey  
 estaba entregando el país a los elementos ultrarreaccionarios y ultracler-  
 icales —la mayor parte de los Notables de la Asamblea lo eran, en efecto,  
 y muchos de ellos, además, antiguos miembros de los gobiernos de Santa  
 Anna—, y una de esas cartas se la enseñó la madrina al ahijado, el cual  
 decidió, sin decirle el nombre del autor a Bazaine, enviarle una copia de  
 la carta a dicho general quien a su vez se había encargado ya de intrigar  
 en contra de Forey, quejándose en su correspondencia con el ministro  
 de Guerra francés que el comandante de la fuerza expedicionaria había  
 comenzado a repartir, con generosidad excesiva, cruces de la Legión de  
 Honor entre oficiales mexicanos que apenas conocía. No importaba ya  
 si era verdad o no que Forey se hubiera llevado una lista de nombres en  
 el bolsillo, escrita en las Tullerías con la asesoría de Hidalgo, y de la cual  
 tendrían que salir muchos de esos «Notables» mexicanos: lo que impor-  
 taba ahora es que Luis Napoleón insistía en un gobierno liberal y ésa,  
 ésa desde luego no era la forma de hacerlo, y menos cuando se enajenaba  
 al partido liberal mexicano, que después de todo se instruía e ilustraba  
 en los libros, las instituciones, las costumbres y códigos franceses, me-  
 diante los edictos y los decretos a los que tan aficionado resultó ser el  
 general, como el llamado «De Secuestros» que ordenaba la confiscación  
 de los bienes de todos los republicanos que tomaran las armas contra los  
 franceses. Y mucho menos era la forma, ya no de servir a México, sino  
 la de servir los intereses de Francia, y sobre todo en vistas al protectorado  
 de Sonora, la de prohibir, como hizo Forey con otra proclama, la expo-  
 rtación no sólo de moneda, sino de barras de oro y plata...

¡Al buen coco fresco!  
 «Que aquí en la suidad no se puede caminar por las calles de las  
 «siete a las nueve de la mañana porque sacuden los tapetes  
 «desde los balcones y tiran los orines de las bacinillas por  
 «las ventanas, pues sí. Pero mi pueblo ni a tapetes llega, y  
 «menos a balcones altos. Y te voy a llevar también a los bajos  
 «de Porta Cheli para que oigas los ruidos de la Imprenta  
 «Murguía: en mi pueblo no hay imprentas. Y al Hotel Iturbide  
 «para que oigas los ruidos que salen del restorán Recamié y los de  
 «las diligencias que llegan todos los días. ¿Las oyes? ¿oyes  
 «las esquilas? Son las esquilas del Santo Viático, que se lo  
 «llevan a alguien que se está muriendo... desde que llegó Don  
 «Foré, volvimos a tener Santo Viático y aquí se oye todos los  
 «días, porque en la suidad se muere más gente que en los  
 «pueblos... Por eso prefiero la suidad a mi pueblo: por los olores  
 «y los ruidos, por los pregones. Porque me gusta oyrlos:

¡Barriles de agua a un real!

¿Mercarán ranas?

«y porque es muy bonito como suena el agua en los barriles, y  
 «el ruido de los delantales de cuero de los aguadores.  
 «Aunque de las ranas no me gustan ni los croidos que hacen  
 «cuando están vivas, ni el olor que tienen cuando están muertas.  
 «... ¿Oyes? ¿Las oyes las campanas de la Catedral? Es el toque  
 «del alba. Imaginate qué casualidad: apenas acaba de pasar el  
 «Santo Viático, cuando comienzan a sonar... en mi pueblo nunca  
 «hubo campanas que tañeran tan bonito...

Tranquilo allí, cada domingo, sentado en la banca de siempre, los  
 niños con sus aros que gritaban «Allí está Don Foré, Allí está Don Foré»  
 porque sabían que siempre les traía caramelos y colación, el murmullo  
 de las fuentes, los rehileteros y vendedores de plumeros y los de pesca-  
 ditos blancos que gritaban:

¡Juiles asados, juiles!

Los organilleros, los puestos de lotería, los marchantes de velas, el  
 ciego que le pedía «Una caridá Mosié Don Foré, pardiú», y él siempre  
 le daba unos tlacos, a veces un real, y el sol, sobre todo ese maravilloso  
 sol amarillo de México: quizás el General Forey hubiera preferido que-  
 darse así, tranquilo, en esa ciudad llena de colores y ruidos tan distintos  
 a los de París y de los pregones de los que hablaba la Marquesa Calderón  
 de la Barca, de las frutas lujuriosas y extrañas como el delicadísimo  
 mamey y el mango cuyo aroma comparaba el Capitán Blanchot al per-

•el de los Antoninos, el de la Exclaustración, el de Santa  
 •Isabel, el de Regina: todos me los sé, como si los estuviera  
 •viendo. Y si se puede, es bueno también aprenderse los  
 •ruiditos que hacen las monjas y los frailes, aunque sea muy  
 •difícil, porque hay muchos: que si los Betlemitas y los  
 •Juaninos, que si los Franciscanos y los Hospitalarios... Pero  
 •de todos modos, con el tiempo uno se va enseñando a distinguir  
 •entre el frufrú que hacen las faldas de las monjas de Santa  
 •Brígida y el ruidoito que hacen los rosarios que cuelgan del  
 •cinto de las Hermanas de la Caridad y el chapoteo de los pies  
 •de los Carmelitas descalzos... Aunque a mí, así como me ves  
 •de pobre, nunca me han faltado huaraches: con tantas cacas de  
 •perro y de gente que hay en la suidada, me pasaría la vida  
 •embarrándome los pies. Que en mi pueblo no hay tantas cacas...  
 •pues sí. Pero en mi pueblo no hay un Café Inglés y un restorán  
 •Fulquieri donde me regalen sobras...

Y, de acuerdo también a lo expresado por Luis Napoleón a Lorencez:  
 «va contra mis intereses, mi origen y mis principios el imponer un  
 gobierno al pueblo mexicano», Elías Forey, quien firmaba sus proclamas,  
 pregones y decretos como «el General de División, Senador y Coman-  
 dante en Jefe del Cuerpo Expedicionario», ¿no había acaso nombrado  
 una Junta de Gobierno compuesta por treinta y cinco ciudadanos y  
 presidida por los desde ese momento llamados «Los Tres Caciques», a  
 saber: el propio General Juan Nepomuceno Almonte,

*Amo quinequi, Juan Pamuceno,  
 no te lo plantas el Majestá  
 que no es el propio manto y corona  
 que tu huarache, que tu huacal*

el mismo General Salas que a la entrada de Forey en México le había  
 entregado las llaves de la ciudad y el Arzobispo Labastida en su ausencia  
 representado por un tal Señor Ormachea, así como una Junta de Notables  
 —doscientos quince desde médicos a diplomáticos hasta tiradores y za-  
 pateros— la cual Asamblea a su vez, y apenas a cuarenta y tantos días  
 de la toma de la capital había proclamado:

*¡Reguesón y melado bueno!  
 •Que por qué "to huarache" y "to huacal" en lugar de tu huarache  
 •y tu huacal, no lo sé, pero así dice la canción. Y yo todos los  
 •edictos de Don Foré me los aprendí de memoria de tanto que los  
 •oyí, y lo mismo los de su General Duay, que nos vino a decir  
 •muchas formas, como veinte, de merecer la muerte si no nos  
 •poníamos del lado de los franchutes. Un día vamos y les*

*•preguntamos a los Evangelistas por qué "to" y no "tu", y si eran  
 •escripulos o crepúsculos cuando Don Foré decía "Yo no vengo a  
 •hacer la guerra al pueblo mexicano, sino a un puñado de  
 •hombres sin crepúsculos que gobiernan mediante un terror  
 •sanguinario"... Y es lo que yo le arguyía a Don Atanasio que  
 •decía que Don Foré nomás regañaba y regañaba a los mexicanos,  
 •pero para mí que a veces tenía algo de razón. "¿Qué se ve en  
 •vuestras calles?" decía en sus pregones Don Foré, "aguas  
 •corrompidas que envician el aire", que me lo digan a mí, que  
 •las huelo doble que los demás mortales, "¿qué son vuestros  
 •caminos? hoyas y pantanos" que me lo digan a mí, que no paso  
 •un día en que no esté al filo de romperme un hueso al caerme  
 •en una atarjea abierta, como en el Callejón de la Amargura,  
 •donde abren hoyos nuevos todos los días, "¿qué es vuestra  
 •administración? el robo organizado", que me lo digan a mí,  
 •que ya perdí la cuenta de las veces que me han robado las  
 •limosnas... Y vas a ver, allí con los Evangelistas, qué  
 •bonito huele también la tinta con la amapa rosa...  
 ¡Mantequilla de real y medio!*

Uno —había proclamado la Asamblea—: la Nación Mexicana adop-  
 taba la monarquía hereditaria y moderada; dos: el trono sería ofrecido al  
 Archiduque Fernando Maximiliano de Austria y su esposa la Archidu-  
 quesa Carlota; tres: si el Archiduque no aceptaba, la Nación Mexicana  
 se acogería a la bondad y la sabiduría del emperador de los franceses para  
 que éste designara a otro príncipe católico para el trono mexicano...

*•¿Y tú crees eso del terror sanguinario? Yo no veo la diferencia.  
 •Aunque sí que la huelo. A mí me contaban que cuando llegaron  
 •los soldados de Don Fernán Cortés, el Emperador Moctezuma les  
 •echaba incenso no porque se imaginara que eran dioses, sino  
 •porque olian muy feo: no se cambiaban sus ropa de hoja de lata  
 •ni cuando subían al Popo para bajar azufre para sus cañones.  
 •¿Tú conoces el olor del azufre? En mi pueblo no hay fábricas  
 •de pólvora. Y para mí, te decía, que así son los franceses:  
 •como que jieden más que los indios, y además son muy avaros  
 •para soltar sus tlacos... ¿O será que no entienden cuando les  
 •digo Una bendita caridá por el amor de Dios? ¿Será que tendré  
 •que pedirles limosna en francés, que decir pardiú en lugar de  
 •Por Dios? En eso sí que los franchutes se parecen a las  
 •hermanas de la Caridad, que aunque así se llaman, nunca me dan  
 •ni los buenos días, sólo quieren llevarme al convento a  
 •entular sillas. Pero yo no puedo comprometer mi libertad...  
 •Allí en mi pueblo, uno camina tres cuadras y ya llegó a las*

...muy blanco". Un día de éstos le voy a escribir y le voy a decir: "¿Sabes, Margarita? ¿Sabes qué? Nos salió bonito el Archiduque"...»

### 3. La ciudad y los pregones

¡Alpiste para los pájaros!

¡Compren tinta!

• Que en esta ciudad hay muchas inundaciones y en mi pueblo ni una, pues sí. Pero en mi pueblo no hay la estatua de un león, como aquí en la Calle de San Antonio, que con su cabeza señala la altura a la que llegaron las aguas en el año de desgracia de 1629... Que en esta ciudad hay muchas ratas, pues es verdad. Pero en el pueblo de donde vine no había carnavales y aquí en el Carnaval, hay huevos rellenos de aguas perfumadas, y confeti y serpentinas que me hacen cosquillas. Que no hay que fiarse aquí de la comida que dejan en los zaguanes porque puede tener veneno para las ratas, de ése que llaman polvo muricida, pues sí. Pero aquí en diciembre hay muchas piñatas, y en mi pueblo no las había. Y aunque a mí no me dan permiso de pegarles, porque soy muy bueno para romperlas, nunca dejo de darme un buen atracón de jicamas y cacahuates... ¿Y dónde más se oyen tantos boleros y habaneras toda la noche, aunque sea de lejos? En mi pueblo no. ¿Y música francesa en la Plaza de Armas después del toque de ánimas? En mi pueblo no. Que aquí me hacen desaires y a veces me tiran el sombrero de un sopapo para que me descubra cuando pasa un padrecito o un fraile, pues sí. ¿Pero dónde más hay un Tivoli del Eliseo con días de campo los domingos llenos del olor de las tortas compuestas de sardinas y salchichón? En mi pueblo, por ejemplo, nunca ha habido Evangelistas, que son los que escriben las cartas de los que no podemos escribir, como yo... Un día te voy a llevar a donde están ellos, la Plaza de Santo Domingo, nomás para que conozcas el olor de la tinta del huizache y oigas el ruidito que hace la pluma cuando rasguea el papel... Y si te portas bien, te voy a llevar a la esquina de la Casa de los Azulejos, que tiene las paredes más lisas y frías de todo México, y te voy a llevar un domingo a la Alameda, para que conozcas la banca donde se sentaba Don Foré... ¡A cenar, pastelitos y empanadas!

Apoltronado, sí, un poco bizco desde siempre y viejo desde hacía ya algunos años y con una bolsa de dulces para los niños, cada domingo en

esa banca de la Alameda se sentaba el General Elías Forey quien ya a punto de empacar sus maletas para regresar a Francia no entendía nada de lo que estaba sucediendo, ya que, al menos según su leal saber y entender, había cumplido al pie de la letra las instrucciones de su emperador, y así se lo comentaba al General Douay: ¿Acaso no disolvió el gobierno creado por Almonte? ¿No soy ya el amo de México sin que, como me recomendó el Emperador Luis Napoleón, lo parecza? ¿No he evitado, como también me insistió el emperador en una carta que me escribió desde Fontainebleau, el identificarme con la querrela de ningún partido político así fueran los liberales o los conservadores?

Cangrejos a compás/marchemos para atrás!

¡Ziz, ziz y zaz! marchemos para atrás

• ¿Oyes? ¿Oyes la canción? En mi pueblo no canta nadie. Aquí

• sí. Aquí, a Don Foré, le hicimos unos versitos que dicen:

Con las barbas de Foré

Voy a hacer un vaquerillo

pa' ponérselo al caballo

del valiente Don Porfirio

• ¿Quién será, eh, ése Don Porfirio de la canción?

Y el General Douay asentía: Sí, mi general, usted mismo en una de sus proclamas lo dijo bien claro: «Mexicanos, abandonad las denominaciones de liberales y reaccionarios que no hacen más que engendrar odios y perpetuar el espíritu de venganza». Y el General Forey: «Sí, sí, así les dije».

¡Jabón de la Puebla!

¡Gorditas al horno!

• En mi pueblo tampoco había ni proclamas ni edictos. No cuando yo me vine, hace muchos años. Aquí sí, a cada rato hay uno nuevo y por eso también me acuerdo de Don Foré: por todos sus pregones y sus pronunciamientos que Don Atanasio el de la vinatería me hacía el favor de leerme. Pero también, vas a ver, en algunas esquinas hay quienes leen en voz alta las proclamas fijadas en el muro, para quienes no podemos leer, como yo... Lo bueno de que vinieran los franceses, es que ahora tenemos fiestas dobles: las de México y las de París. Lo malo, es que ya volvieron a salir a la calle todos los curas y los frailes, y como cuando estaba Don Benito los conventos y los templos estaban vacíos y todos se habían ido, yo me desacostumbré a descubrirme. Por eso es bueno saberse de memoria dónde está cada convento, como el de Recoletos,

cisamente porque se esmeraba en ser justo y en llevar adelante las reformas a las que Viena se negaba... Y Manin, por su parte, manifestó que los italianos no deseaban que Austria se volviera más humana, sino que se fuera...»

«¿Y se estaba volviendo Austria más humana, Señor Secretario?»

«Bueno, no exactamente. Me dijeron que en una ocasión, imagínese usted, Don Benito, la administración militar de Milán le pasó a la municipalidad la factura de los palos que la policía había roto en las espaldas de unos manifestantes... Y qué más le puedo decir que no haya yo puesto en el resumen... bueno, sí, que Maximiliano y Carlota se ganaron la simpatía de sus súbditos italianos, pero ésta sólo se manifestaba a nivel personal. Dejaron de presentarse en público, aunque a Carlota le encantaba ir a la Scala, por los abucheos del pueblo. Incluso las jóvenes italianas se rehusaban a bailar con los oficiales austriacos. Y dicen que el Archiduque dio más de una muestra de debilidad, por ejemplo, cuando se rebelaron los estudiantes de Padua... y me contaron que criticó la crueldad con la que Radetzky suprimió la revuelta de los milaneses en el 48, cuando el mariscal colgó y fusiló a varios centenares de patriotas italianos por el solo hecho de estar en posesión de armas...»

Don Benito continuó la lectura, esta vez también en voz alta:

*«En más de una ocasión el Archiduque expresó a Viena que el dualismo entre la autoridad militar y la autoridad civil era incompatible con un gobierno, y solicitó el mando directo del ejército austriaco en el Lombardoveneto, pero Francisco José se lo negó. Y, cuando el Conde Cavour ordena a sus tropas marchar hacia la Lombardia junto con el ejército de Luis Napoleón, el emperador releva al Archiduque de sus funciones y nombra comandante político y militar de Venecia y Lombardia al Conde Gyulai...»*

«Luego siguen los desastres de Magenta y Solferino, Don Benito, el 4 y el 24 de junio, respectivamente, del 59...»

Don Benito continuó:

*«La reunión de Villafranca entre Luis Napoleón y Francisco José culmina en la liberación de la Lombardia...»*

«Pero no con la de Venecia...», dijo Don Benito.

«Así es, Señor Presidente: es allí cuando Luis Napoleón traiciona a Cavour.»

*«El Archiduque Maximiliano y la Princesa Carlota se retiran entonces a su Castillo de Miramar, a orillas del Adriático, en las cercanías de Trieste. Allí es donde los monárquicos mexicanos van a ofrecerles el trono de México.»*

«Y me hablaba usted de una isla donde van a veces...»

«Sí, Don Benito, la Isla de Lacrova, frente a las costas de Dalmacia... Donde naufragó una vez Ricardo Corazón de León. Por cierto, por esto

es quizás nada más un chisme, dicen que Ricardo Corazón de León también era sodomita...»

«No me diga. Sí, como dice usted: qué de degeneraciones... eso sí que no lo sabía. Pero claro, esas cosas no las enseñan en las escuelas...»

Don Benito dejó el resumen en la mesa.

«No me lo va usted a creer, pero hablar de vez en cuando de tantas banalidades, me ayuda a distraerme de cosas muy graves. ¿Sabe usted que ahora me culpan de la derrota de Puebla porque no preví que el sitio fuera tan largo?... En fin, que le agradezco mucho, Señor Secretario, su sabrosa plática... ¿Cuándo regresa usted a Europa?»

«En unas tres semanas, Don Benito.»

«Mándeme mis saludos a Emile Ollivier y mi agradecimiento. Lo mismo a Victor Hugo, si tiene usted ocasión de verlo... Ah... y si también ve usted a Jules Favre dígame que por favor no compare a Maximiliano con Don Quijote... Don Quijote era un idealista. El Archiduque es un hombre cuyas ambiciones no conocen límite.»

«Si el Señor Presidente me permite retirarme...»

«Sí, claro, cómo no... pero no, espérese... quería preguntarle algo más. ¿Qué era? Ah, sí... en su informe dice usted que el Archiduque tuvo dos romances, pero nada más habla de uno de ellos. Del de la Condesa Von Linden, y ya no dice nada de Amelia de Braganza...»

«Ah, sí, perdón, Don Benito. Amelia se me quedó en el tintero. Esa unión sí que la hubiera aprobado la Casa de Austria. Pero ella murió muy joven, de consunción, antes de que se pudiera anunciar su compromiso con el Archiduque. Por cierto, murió en la Isla de Madeira, allí donde más tarde la Archiduquesa Carlota, ya casada, pasaría un invierno sola mientras el Archiduque viajaba al Brasil. Y dicen, pero eso también es sólo un chisme, me imagino, que en Brasil una negra le contagió a Maximiliano una enfermedad venérea que lo volvió estéril y que por eso no han tenido hijos...»

Don Benito caminó hacia la ventana.

«¿Estéril? Bueno, ya ve usted por qué a mí no me ofende que me llamen mula, Señor Secretario, si es nada más que por lo tozudo, por lo terco... porque de mula no tengo nada más. Las mulas son estériles y yo no... he tenido varios hijos...»

«Así es, Don Benito...»

«Y algunos hasta me han salido bonitos, como se acostumbra decir... mucho menos prietos que yo. Fíjese usted...», dijo Don Benito y contempló, a través de la ventana, el cielo encapotado.

«Fíjese usted», continuó, «eso del prejuicio del color está tan arraigado, que hasta a mi propia esposa Margarita la he oído decir, hablando de un sobrinito o de otro niño: "salió muy bonito, con ojos azules y

sus coterráneos a venerar las características nacionales peculiares... ¿Y qué me dice usted de Metternich? No en balde era un renano: él fue el creador de la Confederación Germánica, el *Bundestag*, un sistema dedicado a defender, no sólo contra la intervención de Francia, ¿no es cierto?, sino contra los movimientos liberales internos, a los soberanos de los estados alemanes, entre los cuales se incluyó siempre a Austria... Lo más irónico de todo es que si no hubiera sido por el primer Napoleón, los alemanes se hubieran quedado divididos en esas trescientas y pico de principaldades, ciudades "libres" y estados eclesiásticos. Bonaparte y su Código le hicieron al mundo, Señor Secretario, el dudoso favor de reducir esa multitud de entidades a sólo treinta y tantas... No tienen vergüenza... ni dignidad. A propósito de Metternich, fíjese: a mí me acusan de huir de México... ¿cuándo he huido yo de México? Yo sólo me he retirado de la capital... he tenido que hacerlo. ¿Y ya se olvidaron cómo huyó de Viena —porque ése sí que huyó— el Gran Canciller Clemens Metternich en el 48...? ¿Sabe usted cómo, Señor Secretario? Escondido en el carramato de una lavandería...

«Sabe usted mucho de historia, Don Benito...»

«No se crea. Pregúnteme usted los nombres de las seis esposas de Enrique VIII, y verá que me acuerdo, si acaso, de dos o tres de ellas como máximo. Tengo grandes lagunas. Pero precisamente su informe me ha servido para aclarar algunas dudas que tenía yo sobre la actuación de Maximiliano en Italia, y que me interesa muy en lo particular...»

«Me alegra mucho saberlo, Don Benito.»

Don Benito se dirigió a la mesa, se caló las gafas y hojeó el resumen.

«Aquí, donde dice usted... ah, no, esto es sobre Leopoldo y Carlota...»

Don Benito leyó:

*«Es durante el viaje a Francia que Luis Napoleón pone a disposición del Archiduque el yate "Hortense" en el cual Maximiliano se dirige a Bélgica. Conoce allí al Rey Leopoldo y a su hija Charlotte. Leopoldo se casó, en primeras nupcias, con la Princesa Charlotte, hija del futuro Rey de Inglaterra, Jorge IV, quien se desempeñó como regente en vida de su padre Jorge III...»*

Don Benito murmuró:

«Otro rey loco, Jorge III...»

Y continuó la lectura:

*«Con ese matrimonio Leopoldo pretendía llegar a ser algún día Príncipe Consorte de Inglaterra, cuando la Princesa Charlotte ascendiera al trono. Pero Charlotte muere poco después sin dejar sucesión, y Leopoldo, a los cuarenta y dos años, se casa con la Princesa María Luisa, hija del Rey Luis Felipe de Francia. Al nacer la Princesa Carlota, es la reina quien insiste en llamarla así, en homenaje a la memoria de la primera esposa de Leopoldo. El Archiduque y la Princesa se enamoran, y poco después la*

*Casa de Austria solicita su mano. El enlace se lleva a cabo el 27 de julio de 1857 en Bruselas, con la aprobación no sólo de Leopoldo y Sofía y Francisco José, sino también de la Reina Victoria: en un viaje a Inglaterra, previo al enlace, el Archiduque conquistó la simpatía de la soberana inglesa y de su cónyuge, el Príncipe Alberto. Con anterioridad, Carlota había causado el enojo de Victoria al rechazar como probable esposo a Pedro de Portugal. Otro candidato para matrimoniarse con Carlota fue el Príncipe Jorge de Sajonia.»*

«Pero entonces», dijo Don Benito, «Leopoldo se equivocó dos veces. ¿No es cierto? Primero se le murió la inglesa y luego son los Bonaparte y no los Orleans o los Borbones los que tienen el poder en Francia...»

«Así es, Señor Presidente: su casamiento con Luisa María fue un error de cálculo político...»

«Dígame», dijo Don Benito y miró al Señor Secretario a los ojos: «¿Ha estado usted enamorado muchas veces?»

«¿Yo, Don Benito?»

«Le pregunto eso porque no sé cómo se puede querer a tantas mujeres tan distintas. O cómo tantas mujeres lo pueden querer a uno...»

«Bueno, Don Benito, en el caso de Leopoldo, tal parece que en su juventud era muy atractivo y apuesto. Ahora, claro, está hecho un viejo. Me decían que no sólo se pinta las cejas sino que usa colorete y una peluca negra peinada al estilo antiguo...»

«Qué ridículo... es como si yo me polveara, ¿no le parece?», dijo Don Benito y prosiguió su lectura:

*«Poco después del matrimonio, Francisco José nombra a Maximiliano Virrey de las provincias del Lombardovéneto...»*

«Ah, aquí está lo de Italia. Sí, sí, me interesa mucho el papel que hizo el Archiduque en el Lombardovéneto... ¿Qué me puede decir usted sobre eso, Señor Secretario?», preguntó Don Benito.

«No mucho más de lo que puse en el resumen, Señor Presidente. El Archiduque hizo algunas cosas que no incluí...»

«¿Como qué cosas?»

«Ah, bueno, como por ejemplo... inspiró la construcción de la gran plaza situada frente al Duomo de Milán y restauró la Biblioteca Ambrosiana. Cuando enfermó el poeta Manzoni lo visitó personalmente, en fin... y lo que dice en el resumen: que el Archiduque intentó en vano que Austria liberalizara su actitud hacia el Lombardovéneto, porque Francisco José se opuso siempre de manera terminante y nunca le gustó la forma en que su hermano gobernaba las provincias. Dicen, Don Benito, que Francisco José llegó a ponerle espías a Maximiliano, y que las cartas del Archiduque eran censuradas por el llamado *Cabinet Noir* de Viena... La verdad es que el Archiduque llevó su liberalismo muy lejos, si me permite usted llamarlo así, "liberalismo". El Conde Cavour dijo que Maximiliano era el enemigo más terrible que los italianos tenían en Lombardía, pre-

monarcas europeos, les sirven para limpiar la sangre de vez en cuando... Dicen por ejemplo que Luis Napoleón no tiene una gota de sangre Bonaparte...»

«Lo que sería una razón más para alejar de Europa a un hombre que podría tenerla...»

«Así es, Don Benito, pero como digo en el resumen, Francisco José tiene otras razones para alejar a su hermano. Entre ellas, los celos. No sabe usted cómo le molestó que Maximiliano fuera candidato a varios tronos europeos, como el de Polonia y ahora, muy recientemente, al de Grecia... Me decían que durante uno de los últimos levantamientos habidos en Polonia, el Virrey de Galicia, desde el balcón de su Palacio de Cracovia comenzó a gritar "Viva Maximiliano, Rey de Polonia"...»

«Sí, de esa rivalidad quiero también que me dé detalles, Señor Secretario... y el Archiduque, dígame, ¿es masón?»

«Parece que sí.»

«Escocés, naturalmente...»

«¿Cree usted que en Europa sea como aquí, Don Benito? ¿Que los conservadores sean del rito escocés y los liberales del yorkino?»

«Más bien creo que aquí es, como en Europa, y no al revés, Señor Secretario... Por lo demás, el vinagre será siempre vinagre, y el aceite será aceite siempre...»

«Bueno, pues en ese caso, me imagino que sí, que el Archiduque es del rito escocés...»

«Se contradice usted, Señor Secretario: hace unos minutos me decía usted que Maximiliano era liberal, y ahora está de acuerdo en que es un conservador...»

«Ah, qué Don Benito, que siempre me está poniendo cuatros... Yo quería decir "liberal" dentro de lo conservador, si me explico...»

Don Benito se detuvo ante un calendario que colgaba en la pared, y que ilustraba una corrida de toros.

«Hace tres meses que cayó Puebla... Cómo vuela el tiempo... Así que primero Polonia, luego Grecia y ahora México... al rato esos Habsburgo van a pretender crear otro Sacro Imperio Romano.»

«Que como dijo Voltaire, Don Benito», Don Benito paseaba una vez más por el cuarto, «ni fue sacro, ni fue romano, ni fue imperio...»

«Bueno, Imperio sí que lo fue. Y lo ha seguido siendo. De hecho han reinado sobre tantos pueblos: italianos, españoles, holandeses, escandinavos, franceses, magiares, eslavos, qué sé yo... e hispanoamericanos, desde luego.»

«Bien dijo en una ocasión Carlos V, como usted sabe, que en su reino jamás se ponía el sol... ¿o fue Felipe II, Don Benito?»

«Sí, Felipe II, creo... ahora que, si han podido gobernar a tantos pueblos tan diferentes, es precisamente porque el Imperio Habsburgo se levantó sobre la negación de la idea de la nacionalidad... Es decir, de todas

las nacionalidades menos una: la alemana. Y la confirmación de esta política, como usted sabe, fue que en el Congreso de Viena se desconoció en la forma más cínica el principio de las nacionalidades...»

«¿Menos de la alemana, decía usted, Don Benito? Pero el Archiduque Maximiliano no es alemán, sino austriaco...»

«Es alemán, Señor Secretario, no nos hagamos tontos... todos ellos habrán nacido en Austria o en Baviera o en el Palatinado o donde le plazca a usted, pero son alemanes de corazón, es más: no pueden dejar de serlo. Y como le digo, los alemanes son un pueblo alimentado por teorías peligrosas de superioridad y dominio del mundo. ¿Ha leído usted a Fichte, Señor Secretario? Un gran filósofo, es cierto, pero imbuuyó en la mente de los autócratas alemanes la idea de que, habiendo traicionado Bonaparte los ideales de la Revolución Francesa, los alemanes estaban mejor capacitados que los franceses para conducir a la humanidad al logro de esos ideales. Lo absurdo es que poco después de Fichte, Hegel acabó de divinizar al Estado, con lo cual no hizo sino divinizar la tiranía... Yo me pregunto: ¿cómo puede, una persona como el Archiduque, que según usted dice es "liberal", conciliar en su cabeza la idea del Estado como un contrato social emanado del consenso del pueblo, con la concepción mística del Estado? ¿Cómo, Señor Secretario? Parecería imposible, ¿no es cierto? Y sin embargo es posible, ¿sabe usted por qué? Porque son capaces de traicionar todo por ambición, hasta a sí mismos. Es, como le decía, a los designios del hombre que humilló a los austriacos en Magenta y Solferino a los que ahora se somete el Archiduque... Aunque Austria y sus emperadores tampoco se han distinguido por cumplir sus promesas, ¿no es verdad? Allí tiene usted a Andrés Hofer, el patriota tirolés: Austria le juró a Hofer que jamás le devolvería el Tirol a Baviera, y lo traicionó, lo cedió a Bonaparte quien, con la misma facilidad con la que César repartió las Galias él repartió el Tirol entre Italia, Iliria y Baviera... y el pobre de Andrés Hofer acabó fusilado por los soldados franceses. Lo mismo sucedió con Polonia: Austria y Prusia habían jurado defenderla contra el ataque de cualquier otra nación... ¿y qué pasa? Apenas Catalina invade Polonia, los austriacos y los prusianos se ponen del lado de los rusos, y se la reparten entre los tres. ¿Y Luis Napoleón? ¿No es también acaso un traidor a sí mismo? ¿Dónde, me pregunto, Señor Secretario, quedaron sus ideales carbonarios? Los carbonarios le declararon la guerra a muerte a todas las tiranías... ¿Y no se dijo también Cavour traicionado por Luis Napoleón? Claro que Napoleón puso el pretexto de que los prusianos habían comenzado a movilizarse en el Rhin. ¿Y no le había mandado Cavour a Luis Napoleón a la Condesa de Castiglione para que le sedujera y lo convenciera a ayudar a la causa italiana? Puras inverguenzuras, Señor Secretario. Ah, y a propósito de los alemanes, se me olvidaba Herder que concebía al mundo como una sinfonía de pueblos, sí, pero dirigida por el pueblo germano y que se encargó de enseñarles a

agazajos y de una cálida recepción por parte de Napoleón III y Eugenia. Más tarde se sabe que critica con ferocidad a la corte francesa.

«¿Y cómo se supo?»

«¿Cómo se supo qué, Don Benito? ¿Lo de las críticas?»

«Sí...»

«Ah, bueno, pues al parecer, Maximiliano enviaba desde París a Viena, en el correo ordinario, cartas elogiando a Napoleón porque sabía que iban a ser interceptadas y leídas por agentes franceses antes de llegar a su destino. Pero con un correo secreto, mandaba otras en donde ponía a Napoleón y Eugenia por los suelos. Que cómo se supo, no lo sé. Pero ya ve usted que todas esas cosas trascienden. En Viena corren muchos chismes...»

«Qué hipocresía la del Archiduque, ¿no le parece? Y ahora se acoge a ellos. Ahora Napoleón y Eugenia son sus patrocinadores...»

«Así es, Don Benito. La memoria del Archiduque debe ser muy frágil y en especial si se toma en cuenta que fue Luis Napoleón el que ayudó al Conde Cavour en su lucha por la unidad de Italia, en la que Austria perdió la Lombardia...»

«Y es ahora Carlota, Señor Secretario, la nieta de Luis Felipe de Orleans, la que acude a la ayuda de Luis Napoleón, cuando que fue él quien confiscó todos los bienes que los Orleans tenían en Francia. Eso es lo que yo llamo no tener vergüenza...»

«Así es, Don Benito. Pero por otra parte es natural. Entre ellos se perdonan todo, porque todos son parientes... de allí la degeneración de la sangre y la locura... ha habido tantos reyes locos...»

«Pero el Archiduque Maximiliano no está loco, ¿no es cierto?»

«Bueno, Don Benito, mucha gente cree que sólo un loco aceptaría el trono de México, pero loco de verdad, loco loco, no está. Como le dije, el Archiduque tiene fama de ser inteligente y sensible. Incluso de ser un poco liberal... Ha escrito unas Memorias de sus viajes, y poemas. Y también una serie de aforismos que, según dicen, son brillantes. Y se sabe que siempre trae consigo desde muy joven, un cuaderno con preceptos morales... es decir, preceptos de conducta, que se ha propuesto seguir siempre.»

Don Benito miró al secretario por encima de las gafas.

«¿Y no incluye el Archiduque entre esos conceptos el respeto al derecho ajeno, Señor Secretario, el derecho de otras naciones a decidir la forma de su gobierno?»

«Me imagino que no, Don Benito.»

«Sólo cuando se respeta ese derecho puede haber paz entre las naciones, ¿no le parece, Señor Secretario?»

«Así es, Don Benito.»

«Don, Don, Don Benito... Don Benito por aquí, Don Benito por allá. No sabe usted, Señor Secretario, el trabajo que me costó llegar a

ser Don en la vida. Cuando nací, yo sólo era un Don Nadie, eso sí. En cambio, como decíamos, esos archiduques vienen al mundo con todos los títulos habidos y por haber. Nacen con la mesa puesta. Yo me gané el Don hasta que me hice maestro de física en el Instituto de Oaxaca. Pero ni siquiera lo gané para toda la vida... En San Juan de Ulúa y en Nueva Orleans, dejé de ser Don de nuevo, para volver a ser Benito a secas... Y de Eugenia, ¿qué me dice usted?... ésa sí que es muy bonita, ¿verdad?»

«Parece que algunos pintores como Wintherhalter la favorecen un poco pero sí, dicen que es muy bella. Me imagino, Don Benito, que Eugenia heredó la belleza de su madre, la Condesa de Montijo, que fue la que posó desnuda para el pintor Goya...»

«Ahí sí que está usted equivocado, Señor Secretario: fue la Duquesa de Alba... Lá confusión está en que fue la hermana de Eugenia, Francisca, la que se casó con el Duque de Alba, y fue la madre de ese Duque de Alba, o la abuela, la que inspiró a Goya la Maja Desnuda...»

«Ah, muy bien, Don Benito. Si así lo dice usted... Qué de degeneraciones y adulterios, ¿verdad?»

«Sí, muchos...»

«No sabe usted de las cosas que me enteré, y que no puse en el resumen, porque también las consideré superfluas...»

«¿Como qué cosas, Señor Secretario?»

«Ah, pues me contaron que además el padre de Carlota, Leopoldo, cuando joven, en el 14, entró a París con las tropas rusas a las que se había incorporado, y fue seducido por la Reina Hortensia, la madre de Luis Napoleón...»

Don Benito dejó el habano en el cenicero y se recargó en el respaldo de la silla.

«No me diga. ¿Entonces Luis Napoleón podría ser hijo de Leopoldo de Bélgica?»

«No, Don Benito. Luis Napoleón nació... creo que en 1808. Ya tendría por entonces unos seis años...»

«En el año 8... dos menos que yo... ¿Y cuántos años me decía usted que tienen Maximiliano y Carlota?»

«Maximiliano tiene treinta años, Don Benito, y Carlota veintidós.»

«¿Veintidós? ¿Tan joven?»

«Sí, Don Benito...»

Don Benito dio una fumada más al puro, volvió a dejarlo en el cenicero, puso las gafas en la mesa y se levantó para caminar de nuevo por el cuarto.

«¿Y duró mucho la relación entre Hortensia y Luis Napoleón? Perdón: ¿entre Hortensia y Leopoldo, Señor Secretario?»

«No lo sé, Don Benito. ¿Sabe usted? Se me ocurre, de broma, que todos esos adulterios y hijos... e hijos bastardos que han tenido los

«Pero ¿de verdad cree usted que nuestro pueblo va a confundir a Maximiliano con un dios?»

«Usted mismo me ha contado que muchos indios se arrodillan ante las fotografías de Maximiliano y Carlota... pero no, la verdad sea dicha, no lo creo. Si el Archiduque llega a poner un pie en México, muy pronto se darán cuenta que no es un dios ni nada que se le parezca... Así pasó con los españoles... Pero lo que sucede es que todas esas cosas del color de la piel y de los ojos me enojan mucho, porque me convencen cada vez más de la arrogancia europea... de la hipocresía de todos esos países que se llaman cristianos, y discriminan por el color... ¿Se acuerda usted lo que dijo "*Le Monde Illustré*" de mí?: "El actual Presidente de México, Benito Juárez, no es ni mucho menos de la más limpia raza caucásica". Y eso lo dice un periódico que se llama a sí mismo "ilustrado". Y ese periódico inglés, ¿cuál era?»

«¿"The Times", Don Benito?»

«No, otro...»

«¿El "*Morning Post*"?»

«Sí ése. ¿Se acuerda usted, Señor Secretario, que me llamó *usurpador*, y que después de decir que había que consultar al pueblo mexicano dijo que por *pueblo* se entendía sólo a las razas europeas y semieuropeas?»

«Sí, me acuerdo muy bien, Don Benito.»

«¿Y no le parece a usted el colmo?»

«Ya lo creo que sí, Don Benito. El colmo.»

Don Benito hojeó de nuevo el informe y leyó al azar: «*Se conocen dos romances del Archiduque. Uno, con la Condesa Paula Von Linden, y el segundo, con la Princesa María Amelia de Braganza, de Portugal. La primera era hija del Ministro de Württemberg en Viena. Esto causa el disgusto de la Archiduquesa Sofía...*»

«Archiduquesa... archiduquesa... ¿Sabe usted, Señor Secretario? Varias veces me he preguntado por qué esos austriacos no se conforman con llamarse "duques" nada más. ¿Por qué tienen que ser Archiduques, como si digamos hubiera también archicondes o archimarqueses, archirreyes?»

«Ah, sí, Don Benito. Eso, según tengo entendido, aunque no estoy seguro, fue idea de uno de ellos, creo que de Rodolfo IV, quien consideró que el concepto "ducado" era ya insuficiente para la magnitud de los territorios bajo la jurisdicción de un duque...»

«México, Señor Secretario, es todavía un país muy extenso, a pesar de todo el territorio con el que se quedaron los yanquis. Más grande que Austria, más que Inglaterra o que Francia, y quizás más grande que las tres juntas. ¿Y qué? ¿Por eso me voy a llamar yo "archipresidente" ¿El "Archipresidente Benito Juárez"?»

El Señor Secretario sonrió. Don Benito dio una fumada al puro y continuó su lectura.

«Esto causa el disgusto de la Archiduquesa Sofía quien le pide a su hijo el emperador que envíe al Archiduque a un largo viaje, con el fin de que se olvide de la Condesa Von Linden. Al ministro württembergués se le asigna otro puesto, en Berlín, y el Archiduque...»

«¿Sabe usted? Al único que creo capaz de darse este título es a Santa Anna: "Su Alteza Serenísima Antonio López de Santa Anna, Archipresidente de México", dijo Don Benito sin alzar la vista del papel y continuó la lectura:... «y el Archiduque se embarca rumbo al Oriente Medio, acompañado por el Conde Julius Andrassy. En éste y otros viajes posteriores conoce, además de algunos países de esa región del globo, Sicilia, las Islas Baleares, Pompeya, Nápoles, Sorrento, Grecia, Albania, Las Canarias, Madeira, Gibraltar, Africa del Norte y varias ciudades de España como Barcelona, Málaga, Sevilla, Granada.»

«Y dígame: ¿tiene una querida el Archiduque?»

«No lo parece, don Benito: hace ya dos o tres años que vive aislado en su Castillo de Miramar... aunque se habla de unas escapadas a Viena... El que sí tiene o ha tenido varias queridas es el Rey Leopoldo...»

«Ah, ¿sí?»

«Sí, Don Benito.»

«¿Incluso cuando vivía "el Angel de los Belgas"?»

«Eso sí no sabría decirselo, Señor Presidente. Pero es posible. Ahora, entre las más conocidas están una prostituta parisiense llamada Hortense y una tal Arcadie Claret a quien tuvo el descaro de casarla con uno de sus cortesanos, Von Eppingcofen, o Eppinghoven o algo así, a quien después le asignó una misión lejos de Bruselas. Con ella Leopoldo tiene dos niños pero el pueblo no la quiere: más de una vez han arrojado verduras podridas contra su coche...»

«Ah, ¿sí?», dijo Don Benito. «¿Y Francisco José?»

«No lo sé, Don Benito, pero debe tener una amante, ya que no se entiende para nada con la Emperatriz Elisabeth, con Sisi como la llaman que, ésa sí, créame, Señor Presidente, es una mujer bellísima...»

«Sí, creo que he visto algún retrato de ella... ¿y por qué no se entienden?»

«Pues porque son dos caracteres completamente opuestos, Don Benito: ella es muy alegre y vivaracha, y le encantan los espacios al aire libre, le fascina cabalgar por los bosques. Dicen que cuando niña, su padre se disfrazaba de gitano y se la llevaba a bailar en las tabernas de Hungría mientras él tocaba el violín...»

«¿Y será verdad eso, Señor Secretario?»

«Pues puede ser, Señor Presidente...»

El Señor Presidente continuó la lectura, esta vez en voz alta: «*En 1856, el Archiduque Maximiliano viaja a Francia. Su visita coincide con la del Príncipe Oscar de Suecia. El Archiduque es objeto de numerosos*



Si nada más que por eso me fui de mi pueblo a Oaxaca, para aprender castellano... "castilla", como le decía entonces...

«Hizo usted muy bien, Don Benito...»

«Sí, no me fue mal, lo admito. Pero me costó mucho trabajo, Señor Secretario, y nada más porque era yo un indio... un indio patarrajada, como a veces me decían...»

«¿De verdad, Don Benito?»

«Pues claro que de verdad, y usted lo sabe muy bien, Señor Secretario: yo he sufrido mucho por el color de mi piel. Aquí mismo, en mi Patria. No digamos en Nueva Orleans, aunque allí tenía yo la ventaja de parecer casi blanco junto a los negros, nomás por comparación...»

Don Benito se levantó y comenzó a caminar despacio por el cuarto, en círculo. Se quitó las gafas y comenzó a agitarlas al hablar.

«Y de una vez por todas, Señor Secretario, le voy a aclarar una cosa. ¿Por qué cree usted que estoy interesado en los rasgos físicos del Archiduque? A fin de cuentas a mí me debería importar un comino cómo es, ¿no es cierto? Que si tiene el pelo rubio... lo tiene rubio, ¿verdad?»

«Sí, Don Benito, es de cabello y barba rubios...»

«Para acabarla de amolar...»

«Una barba larga, partida en dos. Pero usted ha visto algún retrato del Archiduque, ¿no es cierto, Don Benito? Dicen que la barba se la dejó para disimular una de las lacras familiares. Aunque se me ocurre ahora: si en efecto el Archiduque tiene el mentón hundido, no podría ser hijo entonces de Napoleón II, ¿no, Don Benito?, porque ésa es una característica Habsburgo...»

«Olvida el Señor Secretario que si Maximiliano fuera hijo de Napoleón II, sería entonces nieto de María Luisa la austriaca, otra Habsburgo también...»

«Es verdad, Don Benito. Y además, claro, no todos heredan la lacra. Dicen que el Emperador Francisco José se afeitó el mentón precisamente para demostrar que no tiene ni el labio colgante ni la barba hundida, y que con ese fin ensayó varios cortes de barba hasta decidirse por una variante estilo Príncipe Alberto... pero me decía usted, Señor Presidente...»

Don Benito seguía caminando, despacio. Despacio, también, columpiaba las gafas en el aire.

«Le decía, sí, que a mí me debía importar un comino cómo es el Archiduque. Pero las cosas no son tan sencillas, Señor Secretario. Usted tiene que considerar que los escritos raciales de Gobineau han tenido mucho más trascendencia en Alemania que en Francia... ¿por qué? Porque la teoría de la superioridad pangérmica va de la mano con la idea de la superioridad de la raza blanca, incluso con la teoría de que, a unas facciones bellas, corresponde siempre un alma bella y viceversa. Y como le decía, aquí mismo, en México, no escapamos a ese prejuicio. ¿Por qué

cree usted, Señor Secretario, que yo servía la mesa descalzo en la casa de los que iban a ser mis suegros, en Oaxaca? Pues porque yo era un indio prieto. ¿Por qué cree usted que cuando llegué a Veracruz en el "Tennessee"...? Le he contado, ya, ¿no? ¿No? Pues fíjese que luego yo a Veracruz, me alojan en la casa del gobernador, y un día salgo a la azotehuela y a una negra que estaba allí le pido que me dé un poco de agua. Y claro, ella no sabía que yo era el presidente, y ¿sabe usted qué me contestó? Nunca se me olvidará: "¡vaya un indio manducón, me dijo, que parece impropósito. Si quiere agua vaya y búsquela!" Todo eso, Señor Secretario, me pasa por ser un indio prieto...»

«Pero le pasa cada vez menos, Señor Presidente...»

«Sí, cada vez menos. Pero todavía...»

«Y además, Don Benito, usted nos ha hecho sentirnos orgullosos de nuestros antepasados indios. Yo mismo... yo, Don Benito, estoy seguro que tengo algunas gotas de sangre india en mis venas...»

Juárez se detuvo, sonrió, y se caló las gafas, y miró por encima de ellas al Señor Secretario.

«Usted, sangre india, Señor Secretario? Me está usted tomando el pelo. Lo dice sólo por halagarme. Usted es tan blanco que casi es transparente. Y le decía...», dijo Don Benito y se sentó ante su escritorio, se quitó las gafas y sacó un habano y una caja de cerillos de un cajón.

«Le decía...»

«Permítame, Don Benito...»

«No, no, está bien» dijo Don Benito y encendió el puro. «Le decía que para colmo, nos quieren imponer un dizque Emperador, que tiene todo lo que aquí mucha gente considera bonito, como el color de la piel, blanca, o de los ojos, azules, y usted no debe olvidar, Señor Secretario, que vivimos en un país en cuya mitología el dios benefactor, podríamos decir el dios máximo, es un dios blanco, alto y rubio, que prometió volver un día...»

El Señor Secretario le alcanzó un cenicero a Don Benito.

«¿Quetzalcóatl, Don Benito?»

«Quetzalcóatl, Señor Secretario»

«Pero no insinúa usted, Don Benito... sería muy exagerado... No insinúa usted, ¿verdad? que nuestro pueblo podría confundir a Maximiliano con un Quetzalcóatl redivino...»

«Muchos, no, por supuesto. Cualquiera que sepa leer y escribir sabe muy bien que el Archiduque no es sino un títere de Napoleón. Pero hay tanta ignorancia todavía en nuestro país, Señor Secretario... seis millones de indios iletrados. Yo fui un indio con suerte...»

«Con voluntad, Don Benito.»

«Con suerte, le digo. En lo que sí tuve voluntad, me parece, fue en la decisión de vencer la desconfianza en mí mismo...»

Si nada más que por eso me fui de mi pueblo a Oaxaca, para aprender castellano... "castilla", como le decía entonces...»

«Hizo usted muy bien, Don Benito...»

«Sí, no me fue mal, lo admito. Pero me costó mucho trabajo, Señor Secretario, y nada más porque era yo un indio... un indio patarrajada, como a veces me decían...»

«¿De verdad, Don Benito?»

«Pues claro que de verdad, y usted lo sabe muy bien, Señor Secretario: yo he sufrido mucho por el color de mi piel. Aquí mismo, en mi Patria. No digamos en Nueva Orleans, aunque allí tenía yo la ventaja de parecer casi blanco junto a los negros, nomás por comparación...»

Don Benito se levantó y comenzó a caminar despacio por el cuarto, en círculo. Se quitó las gafas y comenzó a agitarlas al hablar.

«Y de una vez por todas, Señor Secretario, le voy a aclarar una cosa. ¿Por qué cree usted que estoy interesado en los rasgos físicos del Archiduque? A fin de cuentas a mí me debería importar un camino cómo es, ¿no es cierto? Que si tiene el pelo rubio... lo tiene rubio, ¿verdad?»

«Sí, Don Benito, es de cabello y barba rubios...»

«Para acabarla de amolar...»

«Una barba larga, partida en dos. Pero usted ha visto algún retrato del Archiduque, ¿no es cierto, Don Benito? Dicen que la barba se la dejó para disimular una de las lacras familiares. Aunque se me ocurre ahora: si en efecto el Archiduque tiene el mentón hundido, no podría ser hijo entonces de Napoleón II, ¿no, Don Benito?, porque ésa es una característica Habsburgo».

«Olvida el Señor Secretario que si Maximiliano fuera hijo de Napoleón II, sería entonces nieto de María Luisa la austriaca, otra Habsburgo también...»

«Es verdad, Don Benito. Y además, claro, no todos heredan la lacra. Dicen que el Emperador Francisco José se afeitó el mentón precisamente para demostrar que no tiene ni el labio colgante ni la barba hundida, y que con ese fin ensayó varios cortes de barba hasta decidirse por una variante estilo Príncipe Alberto... pero me decía usted, Señor Presidente...»

Don Benito seguía caminando, despacio. Despacio, también, columpiaba las gafas en el aire.

«Le decía, sí, que a mí me debía importar un camino cómo es el Archiduque. Pero las cosas no son tan sencillas, Señor Secretario. Usted tiene que considerar que los escritos raciales de Gobineau han tenido mucho más trascendencia en Alemania que en Francia... ¿por qué? Porque la teoría de la superioridad pangermánica va de la mano con la idea de la superioridad de la raza blanca, incluso con la teoría de que, a unas facciones bellas, corresponde siempre un alma bella y viceversa. Y como le decía, aquí mismo, en México, no escapamos a ese prejuicio. ¿Por qué

cree usted, Señor Secretario, que yo servía la mesa descalzo en la casa de los que iban a ser mis suegros, en Oaxaca? Pues porque yo era un indio prieto. ¿Por qué cree usted que cuando llegué a Veracruz en el "Tennessee"...? Le he contado, ya, ¿no? ¿No? Pues fíjese que llevo yo a Veracruz, me alojan en la casa del gobernador, y un día salgo a la zototehuela y a una negra que estaba allí le pido que me dé un poco de agua. Y claro, ella no sabía que yo era el presidente, y ¿sabe usted qué me contestó? Nunca se me olvidará: "¡vaya un indio manducón, me dijo, que parece impropósito. Si quiere agua vaya y búsquela!" Todo eso, Señor Secretario, me pasa por ser un indio prieto...»

«Pero le pasa cada vez menos, Señor Presidente...»

«Sí, cada vez menos. Pero todavía...»

«Y además, Don Benito, usted nos ha hecho sentirnos orgullosos de nuestros antepasados indios. Yo mismo... yo, Don Benito, estoy seguro que tengo algunas gotas de sangre india en mis venas...»

Juárez se detuvo, sonrió, y se caló las gafas, y miró por encima de ellas al Señor Secretario.

«¿Usted, sangre india, Señor Secretario? Me está usted tomando el pelo. Lo dice sólo por halagarme. Usted es tan blanco que casi es transparente. Y le decía...», dijo Don Benito y se sentó ante su escritorio, se quitó las gafas y sacó un habano y una caja de cerillos de un cajón.

«Le decía...»

«Permítame, Don Benito...»

«No, no, está bien» dijo Don Benito y encendió el puro. «Le decía que para colmo, nos quieren imponer un dizque Emperador, que tiene todo lo que aquí mucha gente considera bonito, como el color de la piel, blanca, o de los ojos, azules, y usted no debe olvidar, Señor Secretario, que vivimos en un país en cuya mitología el dios benefactor, podríamos decir el dios máximo, es un dios blanco, alto y rubio, que prometió volver un día...»

El Señor Secretario le alcanzó un cenicero a Don Benito.

«¿Quetzalcóatl, Don Benito?»

«Quetzalcóatl, Señor Secretario»

«Pero no insinúa usted, Don Benito... sería muy exagerado... No insinúa usted, ¿verdad? que nuestro pueblo podría confundir a Maximiliano con un Quetzalcóatl redivino...»

«Muchos, no, por supuesto. Cualquiera que sea muy bien que el Archiduque no es sino un titerete... tanta ignorancia todavía en nuestro país, Señor Secretario, de indios iletrados. Yo fui un indio con suerte...»

«Con voluntad, Don Benito.»

«Con suerte, le digo. En lo que si tuve voluntad la decisión de vencer la desconfianza en mí mism

Así  
tes,  
Archid.  
El Sr.  
continúa  
«En  
numerosos

digo: todos éstos fueron próceres a caballo. Pero si tú pasas un día a la historia, Benito Pablo, vas a ser un prócer a mula...»

«Pero como usted ha dicho, Don Benito, las mulas llegan más lejos...»

«No, es usted quien lo ha dicho, Señor Secretario: las mulas *llegamos* más lejos».

«Perdón, Don Benito, yo no quise...»

«Usted no me replique. Así es: las mulas *llegamos* más lejos. Y ahora dígame, ¿por qué pone usted en su informe cuando habla de Francisco José: *el más Habsburgo de los dos hermanos* cuando que son cuatro en total, como usted mismo dice más adelante?»

«Ah, sí, claro, son cuatro: Francisco José, Maximiliano, Carlos Luis y Luis Víctor, además de una o dos niñas, sí, deben ser seis en total...»

Don Benito volvió la cabeza.

«¿Y cuál de esos dos me decía usted que es afeminado? ¿Carlos Luis?»

«No, Don Benito: Luis Víctor. Pero es más que afeminado, Señor Presidente: es invertido, sodomita. De aquí que no se haya querido casar con una de las hijas del Emperador del Brasil, como quería el Archiduque Maximiliano.»

Don Benito contemplaba de nuevo el cielo gris.

«Aquí, en el norte, hay demasiados cielos grises, que me ponen triste. No sabe usted, Señor Secretario, cómo extraño los cielos azules...»

«Lo que pasa, le decía, Don Benito, es que yo intenté destacar el contraste que existe entre los dos hermanos, Francisco José y Maximiliano, por sus implicaciones políticas... Un contraste, por cierto, que como dice en el informe repite el habido entre otros hermanos de la dinastía austriaca, como Federico III y Alberto VI, José I y Carlos IV, Francisco I y el Archiduque Carlos...»

«Azules, azules como el cielo: así decía mi padrino...»

«¿Cómo dice, Don Benito?»

«Que así me decía mi padrino Salanueva, que en paz descanse: si te casas, Benito Pablo, cástate con hija de blancos, para ver si así tienes un hijo con los ojos azules. Azules como el cielo... Y dígame, Señor Secretario: ¿Es muy blanco el Archiduque?»

«Sí, Señor Presidente, Maximiliano es muy blanco. Y lo mismo la Princesa Carlota...»

Benito Juárez regresó a su escritorio, se sentó, se caló las gafas y hojeó el informe.

«Carlota... Carlota de Bélgica. No me cuenta usted mucho de ella, Señor Secretario...»

«Bueno, Don Benito. Me limité a los datos esenciales, que por lo demás me imagino que usted ya sabía: que es hija de Leopoldo de Bélgica

el tío de la Reina Victoria de Inglaterra, que su madre la Princesa Luisa María, hija del Rey Luis Felipe de Francia...»

«Perdón, Señor Secretario: Luis Felipe no era Rey de Francia, sino sólo rey de los franceses...»

«¿Cómo, Don Benito?»

«Es decir, no era Rey de Francia por designio de Dios, sino rey de los franceses por voluntad del pueblo... pero siga usted...»

«Ah, sí, decía yo que la madre de Carlota, la Reina Luisa María, la dejó huérfana a los diez años de edad, que tiene dos hermanos, el Duque de Brabante y el Conde de Flandes, y que...»

«Cuando le comenté que no me contaba usted mucho de la Princesa Carlota, me refería, Señor Secretario, a su carácter y a su físico...»

«Es que, como le dije, Don Benito, consideré que algunos de esos detalles no eran tan importantes como para figurar en el resumen...»

«Sí, tal vez tiene usted razón. Pero eso no obsta para que me los platique. Dígame, Señor Secretario: ¿tuvo usted oportunidad de conocer a la Princesa Carlota?»

«Bueno, pues como le decía, Señor Presidente, también visité varias veces los jardines del Castillo de Miramar que están abiertos al público los domingos, y en una ocasión vi de cerca a la Archiduquesa del brazo del Archiduque, que paseaban por el muelle... Y la verdad, no me pareció tan bonita como dicen que es... Eso sí, tiene "buen lejos". Y en cuanto a su carácter, un sacerdote con el que conversé en Bruselas, me dijo que es muy católica. Usted sabe: a pesar de que Leopoldo es protestante, accedió a que sus hijos se educaran en la religión de su madre. Me contaba el sacerdote que la Reina Luisa María rezaba varias horas al día y que la llamaban "El Ángel de los Belgas". Según parece, la Princesa Carlota se ha hecho notar por su temperamento y por su perseverancia. También por una inteligencia precoz... y en cuanto a sus lecturas, creo que sí me referí a ellas en el informe, Don Benito...»

Benito Juárez hojeó el informe y sus ojos se detuvieron en un párrafo que decía: «*Nutrida de una teología austera, ha leído a San Alfonso de Ligorio y San Francisco de Sales, la inspira Montalambert, lee a Plutarco.*»

Don Benito miró al secretario por encima de las gafas y señaló el escritorio.

«Es nutrida *con*, y no nutrida *de*, Señor Secretario.»

«¿Cómo, Don Benito?»

«Que debió usted poner "nutrida *con* una teología" y no "nutrida *de* una teología...»

«Ah, qué Don Benito... siempre me corrige el español.»

«Lo tuve que aprender muy bien, Señor Secretario, con todas sus reglas, porque no era mi lengua materna. Y lo aprendí con sangre. ¿Nunca le he contado que cuando mi tío me tomaba la lección yo mismo llevaba la disciplina para que me castigara las veces que no había aprendido bien?»

## 2. «Así es, Señor Presidente»

«¿Dice usted uno ochenta y cinco?»

«Sí, Don Benito, un metro con ochenta y cinco.»

«Pues sí que es muy alto...»

«Así es, Señor Presidente.»

«Me ha de sacar una cabeza, por lo menos...»

«Por lo menos, Don Benito. Dígame: ¿Usted quería que yo incorporara todos esos detalles en mi resumen?»

Benito Juárez se puso las gafas y abrió el informe o «resumen» como lo llamaba el secretario, en la segunda página. Y leyó:

*Maximiliano se transformó en el heredero al trono de la Casa de Austria, cuando el 1.º de diciembre de 1848 su tío el Emperador Ferdinand, habiendo renunciado ese mismo día a la sucesión su hermano Francisco Carlos, abdicó en favor de su sobrino Francisco José, hermano del Archiduque...*

Luego volvió a la primera página y una vez más sus ojos recorrieron el primer párrafo:

*Fernando Maximiliano José, descendiente en línea directa de los Reyes Católicos Fernando e Isabel y Carlos V de España y I de Alemania, nace el 6 de julio de 1832 en el Palacio de Schönbrunn.*

«¿Detalles, Señor Secretario? ¿Como lo de la estatura y eso? No, era mera curiosidad. Son cosas superfluas que no vienen al caso. Lo que me gustaría es que me platicara de Schönbrunn... Usted visitó Schönbrunn, ¿no es cierto?»

«Así es, Don Benito. Pero nada más los jardines, que me gustaron mucho más que los de Versalles...»

«¿Por qué?»

«¿Por qué me gustaron más los Jardines de Schönbrunn que los de Versalles? Ah, pues porque... No sé. No había pensado en eso. En realidad se parecen bastante. Pero tal vez me gustaron los de Schönbrunn porque no son planos sino inclinados, y suben hasta la Fuente de Neptuno, y es como si formaran parte del horizonte. ¿Me explico, Don Benito?»

«¿Y son muy grandes?»

«Enormes, Señor Presidente. Y también el palacio. Dicen que tiene mil cuatrocientas habitaciones y más de cien cocinas...»

Benito Juárez continuó la lectura del informe: «*Siendo sus titu-*

Kolonitz, Paula. UN VIAJE A UNIDAD IV.- EL CONFLICTO  
MÉXICO EN 1864. ENTRE LIBERALES Y CONSERVADORES  
 México, Fondo de Cultura  
 Económica, Cultura SEP, 1984  
 (Colección Lecturas Mexicanas 41)

EL AUTOR:

Paula Kolonitz nació en 1830 y murió en 1890, fue canonesa del capítulo de nobles en Saboya. Nada se sabe de ella, salvo que era joven y que resistió la incomodidad de un viaje largo y penoso con toda entereza y que, como mucha gente de su tiempo, gustaba de los libros de viajes y aprovechó su jornada a la "tierra incógnita" para escribir el suyo.

Vino como dama de la corte de la Emperatriz Carlota a México. No permaneció todo el tiempo del imperio.

Regresó a Europa y en Viena, en 1867, publicó su obra Un Viaje a México en 1854.

Su estilo y afición a realizar viajes de exploración recuerda a la marquesa Calderón de la Barca.

Kolonitz escribe con un estilo claro y directo, a veces juzgando con dureza a una sociedad que no entiende.\*

LA OBRA:

Un Viaje a México en 1864 es un relato histórico escrito por una aristócrata contemporánea de los fallidos emperadores de México, Maximiliano de Habsburgo y Carlota Amalia de Bélgica.

\*Información apoyada en: Diccionario Porrúa. Op.Cit. Vol.I p.1143 y en los datos de la contraportada del libro de Kolonitz, Paula. Un Viaje a México en 1864. México, Fondo de Cultura Económica, Cultura SEP, 1984. (Lecturas Mexicanas 41)

Los capítulos seleccionados son el IV, V y IX.

En esta obra encontramos una muy amena, interesante y cuidadosa recopilación de los detalles del viaje realizado a nuestro país y dentro de él por la pareja real y por su numerosa comitiva.

Se nos relatan los sinsabores de un muy incómodo trayecto por mar y de las recepciones que a su paso recibieron.

Al llegar a México, se encuentra con un panorama natural que le causa gran encanto casi siempre, no así el panorama humano, al que critica, pues no concuerda con el tipo de costumbres de estas tierras.

Hace una rica descripción de monumentos, iglesias, climas, alimentos y caminos, de los lugares que tiene oportunidad de conocer en nuestro país. Escribe también sobre las fiestas nacionales y religiosas del pueblo y del gusto y devoción con que son celebradas.

Tiene en un gran concepto la hospitalidad de los Mexicanos. Sin embargo no por ello disculpa, por ejemplo en la mujer, su falta de interés por la cultura.

Cuando ha terminado su misión de hacer compañía a la pareja imperial, se va de México reconociendo que es un pueblo que, si no ha alcanzado gran desarrollo, es en buena medida debido a las continuas guerras que había sufrido y por no haber encontrado un gobierno bien cimentado que dé coherencia a la economía y que estimule la creatividad del pueblo.

**SUGERENCIA DIDÁCTICA**

Se sugiere realizar un debate en el que los alumnos aporten su punto de vista sobre lo que más les interesó de la lectura, haciendo sobresalir la vida cotidiana del pueblo de México en la época del Imperio de Maximiliano y de la peculiar situación de la mujer de clase privilegiada dentro de esta comunidad, haciendo una comparación con la situación del país en la época actual.



"Ni antes en su vida ni después ella vio mayores bellezas, tanto que, dormida o despierta, sólo soñaba con la floresta virgen."

## CAPÍTULO IV

*Veracruz. Razones de la situación malsana de esa ciudad. El Emperador y sus nuevos súbditos. El Contralmirante Bosse. El General Almonte. Nuestro desembarque. Fria acogida. El viaje por ferrocarril. El Chiquihuite. Córdoba. Orizaba. Las guerrillas. Las Cordilleras y Puebla.*

NO HAY LUGAR en el Nuevo Mundo cuyo aspecto tan mal satisfaga las ansias y la expectativa de quien llega con el ánimo lleno de esperanzas, como el de Veracruz.

La costa es plana, arenosa y sin vegetación. Las casas no tienen tejado y están construidas en línea recta, regulares, formando una vasta calle, dando en todo la apariencia de un cementerio.

La Villa Rica de la Veracruz fundada por Cortés, es uno de los lugares más maléficos y malsanos del mundo. Ocho largos meses al año reina aquí la fiebre amarilla, disminuyendo las filas de los pobres europeos, así como las de los mexicanos nativos del planalto pero que, por sus negocios, se ven forzados a pasar algún tiempo en este funesto lugar.

Para los veracruzanos son inocuas las fatales miasmas. Las razones por las cuales el terrible morbo florece con tanta fuerza deben buscarse en las altísimas dunas que impiden el libre curso del aire, en las marismas que circundan toda la ciudad y de las cuales, por la putrefacción de las plantas, el aire se impregna de mortíferas exhalaciones; en el agua malísima y en el ex-



cesivo calor. La melancolía es mayor cuando se ven, sobre un escollo de coral, los restos de una nave francesa que aquí naufragó.

La flota de Francia ancló al poniente de la isla de Sacrificios. Frente a la costa, en tierra firme, están sepultados en un vasto camposanto los miles y miles de franceses que, al principiar la expedición bajo el mando del valiente almirante De la Graviere, fueron víctimas del funesto morbo. Con melancólica extravagancia sus conacionales llamaron al lugar *le jardin d'acclimatation*.

La *Themis* nos había precedido para anunciar nuestra llegada; no había ni una señal de vida; nadie se movía en el puerto; no había nadie en la costa. El nuevo soberano de México estaba frente a su propio imperio, en poco tiempo debía pisar su suelo, pero sus súbditos se habían escondido. Nadie lo recibía.

Nuestras impresiones fueron dolorosísimas y nuestro corazón estaba angustiado. Sólo el emperador se conservó sereno aunque su serenidad era sarcasmo. Parecía que tenía el deseo de burlarse de sí mismo con ingenio y sutileza, como él sabía hacerlo.

La atmósfera era pesada para todos. El general Almonte, el cual hasta la llegada del emperador y durante los tratados para la aceptación de la corona había gobernado el país, esperaba en Orizaba la noticia del desembarque. Por el temor de la fiebre amarilla se conservaba lo más lejos posible de Veracruz. Desde allá hasta el puerto había una larga jornada, lo que ocasionó un nuevo retardo. Veracruz nunca fue favorable a las nuevas combinaciones políticas. De sus ocho mil habitantes, la mayoría son forasteros relacionados con las grandes casas bancarias y las grandes ciudades, los cuales para enriquecerse aprovechaban de cualquier desorden practicando el contrabando, sin respetar las leyes. Para ellos un gobierno severo y enérgico, era un delito. El prefecto y el Ayuntamiento habían ido al encuentro del general

Almonte entre las mayores discordias. Poco después apareció el comandante de las tropas francesas, el contralmirante Bosse, con su ayudante, ambos irascibles porque el emperador había rehusado anclar en la flota gala. El contralmirante se comportaba con tan poco miramiento y tales inconveniencias que nada podía ser peor y como si quisiese volcar sobre nosotros buena parte de su cólera nos dijo todo el mal posible del país, exagerando los peligros y los disgustos.

Primero que nada nos aseguró que el lugar era el más infecto y que resultaba muy peligroso dormir allí. Citó, uno después de otro, casos en que los pasajeros y marinos fueron, en una sola noche, víctimas del vómito; en seguida enumeró los peligros a los cuales estábamos expuestos hasta llegar a la ciudad de México viajando por el interior del país; dijo que se habían formado bandos con el propósito de hacer prisionera a la pareja imperial y que el general Bazaine no había tenido el tiempo suficiente para garantizar nuestra seguridad personal. Y durante un largo rato continuó diciendo cosas por el estilo. Ésta fue la primera demostración y no debía ser la última, de la arrogancia y de la prepotencia francesas de las cuales muchas pruebas más nos esperaban en México. Finalmente por la tarde llegaron Almonte, el general Sala y todas las autoridades de Veracruz. Almonte nos hizo la más favorable impresión. Él es hijo de aquel párroco Morelos que se hizo célebre durante la guerra de Independencia y de una india que lo tuvo en la montaña, "al monte". Su amarillenta pero bella fisonomía muestra su amabilidad y su afabilidad, además de ser dueño de un corazón firme. Sus modales son sencillos pero gentiles y educadísimos. Su saludo fue estrecharnos las manos. Con ese saludo se inició en México cualquier presentación, cualquier amistad. Pero no hay en ello nada de benevolencia ni de la confianza en que creíamos al principio.

Al caer de la tarde tronaron todos los cañones del fuerte de San Juan de Ulúa; se iluminó la ciudad de Veracruz con miles de fuegos de Bengala y la flota francesa puso sus fanales en los mástiles, lanzando sus rayos.

A bordo nadie podía dormir. Habíamos tenido esperanzas e inquietudes demasiado vivas. A las cuatro y media asistimos a misa en la cubierta central; a las cinco descendimos a los barquitos que debían conducirnos al muelle que arribamos. Cuanto más se acercaba uno a la ciudad más pestilente se hacía el olor que es característico de Veracruz. Como consecuencia de la procesión de *Corpus Christi* que hacía pocos días se había hecho, la fiebre amarilla irrumpió violentísima, por lo cual no podíamos pernoctar allí. Al poner los pies en suelo mexicano terminaba nuestro servicio de corte austriaca que había formado el séquito del archiduque y de la archiduquesa.

Debían sustituirnos las damas mexicanas, pero las buscamos en vano. El temor a la fiebre amarilla les había impedido ir a recibir a sus nuevos soberanos, los cuales sólo tenían a su alrededor una escasa parte de la población que se había limitado a festejarlos con los acostumbrados arcos triunfales y los usuales petardos.

La acogida fue glacial. Acompañada por las autoridades tanto francesas como mexicanas la pareja imperial fue conducida a la plaza donde esperaban los vagones. La palabra estación aquí no es aplicable.

Los carros, para el breve camino que recorren, son cómodos. Los asientos están tejidos de paja así como las persianas que dan acceso al aire libre. A gran prisa los franceses tendieron las vías para escapar con sus tropas lo más ligeramente que pudieron de los límites de las miasmas pestilentes. Aquí el europeo no se encuentra bien, y huye.

El lujo de un guardavía no se conoce y sería, por así decirlo, imposible.

El camino atraviesa los pantanos y entra a lugares desiertos donde no se ven más que estropeados e inclinados arbustos y algunos cactus. Así viajamos por una larga hora hasta llegar a Soledad, que es un lugarejo solitario y pobre en el cual habían hecho un cobertizo de madera adornado como mejor pudieron y donde nos fue servido un abundante desayuno. Tocaba una banda musical y se había juntado en torno a nosotros una compacta multitud. Fieles a las costumbres mexicanas, aquí se desperdició muchísimo tiempo y cuando proseguimos era ya casi mediodía.

Nadie podía dudar que el lugar en que nos encontramos forma parte de la tierra caliente. La locomotora nos transportó casi una hora más hasta llegar a Loma Alta, donde termina la magnificencia de los ferrocarriles mexicanos.

Bajamos de los vagones para subir a las carrozas que nos esperaban y aquí la caravana se separó. Sus majestades deseaban viajar a pequeñas jornadas para poder detenerse aquí y allá, pero su séquito, que era de 85 personas y traía consigo una carga de 500 bultos, tenía necesariamente que dividirse ya que hubiera sido imposible llevarnos y hospedarnos a todos juntos.

La esposa del gran maestro, el gran maestro y yo, una parte de los señores que intentaban quedarse en el país y el servicio personal con sus familias, entre las cuales había muchos niños, íbamos primero. Tuvimos que esperar un gran tiempo hasta que aquellas pobres criaturas encontraran sus cosas.

Por fin partimos.

Sus majestades viajaban en un *coupé* inglés que dio pruebas de la máxima solidez llegando íntegro y sano hasta la ciudad de México. Mi compañera y yo subimos a una calea que era cómoda y buena, mientras los otros se habían amontonado en ciertas diligencias cubiertas y altísimas donde cabían doce y hasta quince personas.

Estos vehículos eran transportados por ocho mulas, dos adelante, cuatro en medio y otras dos atrás. Rápidamente dejamos la llanura a nuestras espaldas. Por fin habíamos pasado los confines de la fiebre amarilla.

Nos acercábamos a las montañas que habíamos admirado de lejos. La vegetación se hacía más y más lujuriante hasta llegar sobre el Chiquihuite, que es un altísimo monte con todos los encantos del esplendor tropical. Aquí comenzamos a ver bellísimos árboles llenos de lianas, miles de plantas y por todos lados flores dispersas con admirable variedad de colores en montes y valles. Especialmente bellas eran las enredaderas que se entrelazaban a cada tronco y a cada copa hasta la cima. Mariposas de color naranja con manchas del más hermoso azul gozaban de este divino banquete. Pero a tanta fiesta faltaban del todo los pájaros y los pocos que vimos, desgraciadamente, no eran bellos.

Comenzaba la estación de las aguas, las nubes se hacían densas, se oscurecía el sol y con él las montañas, por lo que poco pudimos gozar de la vista del altísimo pico de Orizaba, cuya altura es de 17 000 pies sobre el nivel del mar. Es este el famoso Citlaltépetl de los aztecas. Mientras tanto, menos intenso se sentía el calor ya que nos acercábamos a la tierra templada de la zona tórrida, que se extiende casi hasta el planalto del Anáhuac, la altura sobre la cual se extiende la ciudad de México y que a pesar de la deliciosa dulzura de su clima, pertenece a la tierra fría.

Los lugares por donde pasábamos estaban en su mayor parte despoblados. Sólo de vez en vez, dispersas aquí y allá, encontrábamos cabañas hechas de carrizo y cubiertas de palma o de hojas de maguey.

Sorprendidos y curiosos, con aquella mirada dulce y melancólica, nos veían los macilentos y amarillentos indios. Con frecuencia los hombres tenían entre los brazos a los niños y las mujeres acariciaban en el regazo algu-

na gallina, sentados uno junto al otro. La impresión que causan estos pobres seres inspira simpatía y casi compasión. En ellos se ve la marca de la pobreza y la resignación. Sus necesidades parecen no ser grandes como no sean las mínimas de cubrirse o vestirse sin hacer mucho caso a la limpieza. Cada habitación tiene, sin embargo, sus flores, de las cuales son amantísimos. Se prodigan, especialmente, los grandes cercados de plantas que le dan sombra a las cabañas y esparcen por todos lados un suavísimo perfume.

Nada vi cultivado, la naturaleza está virgen, nada contiene sus impulsos. Pasamos junto a varios torrentes que en medio de precipicios y rocas se despeñan en las profundidades. La tierra, en general, tiene aquí grandes hendiduras. Con frecuencia hay interminables abismos cuyas rapidísimas paredes se hacen más inaccesibles por lo espeso de los matorrales y las yerbas que las cubren. A estas hendiduras se les llama barrancas y juegan un papel importante y peligroso en las guerras de este país.

En Paso del Macho fue levantada a las prisas una sala de tosca madera que adornaron elegantemente y donde nos sirvieron una comida en la que hizo los honores el prefecto de Córdoba, señor Mendoza, hermano del conde del Valle de Orizaba, que más tarde conocimos muy bien.

Las comunicaciones por correo que utilizan las diligencias de Veracruz a México están bien organizadas. A intervalos de dos o tres horas, muchas veces en medio de lugares inhóspitos y desiertos se pasa junto a grandes establos en los cuales hay siempre anexa una pulquería. El mexicano que, como ya dije, no sabe apreciar el tiempo, se regocija y aprovecha estas ocasiones para entretenerse aquí y allá todo lo posible. Esta vez, sin embargo, habla en realidad una buena razón para esperar, porque todas las mulas de los alrededores habían sido requisitadas para el servicio del emperador.

En una larga espera pasaron muchas horas y para continuar de nada valieron las imprecaciones y las blasfemias del coronel vizconde de la Pierre, el cual se había metido entre nosotras en Soledad y a fuerza de ser inoportuno nos vimos constreñidas a aceptarlo.

Pronto nos aburrimos de aquel valiente pues ya nos habíamos dado cuenta de lo molesto que era como compañero de viaje. En Orizaba se debía dormir pero fue imposible porque no había medio de proseguir más allá de Córdoba. Semejante desgracia nos aterrorizó a todos porque la pareja imperial había escogido aquella ciudad para pasar la noche, por lo que no había modo de evitar nuevamente la aglomeración de toda la compañía en el mismo lugar.

Los caminos se hacían cada vez peores; no hay europeo que pueda imaginar los obstáculos y los peligros que deben vencerse. Muchas veces el camino no es más que el lecho de un seco torrente. Hay un lugar al que se denomina Salsipuedes. Nunca vi tanta habilidad como la de un cochero mexicano, ni esfuerzo como el de aquellas pobres mulas para salir sanos y salvos de la empresa. Al principio teníamos un poquitín de miedo pero después era imposible no tener confianza en la temeraria seguridad de nuestro mulero. De vez en cuando se paraban frente a las carrozas las pobres bestias que nada querían saber más del yugo, y con repugnancia asistíamos a los preparativos que se hacían para ponerlas a trabajar nuevamente. Apenas se detenían, el cochero, desde lo alto de su lugar y asistido por el ayudante, las dominaba. Con dieciséis cordeles entre las manos y una larguísima fusta se diría que las guía irresistiblemente y mientras les habla, les chifla, silba y susurra. El ayudante, que ya a pedradas las había invitado a continuar, baja y sube incesantemente de la caseta ya para recoger nuevas piedras, ya para examinar el camino, ya para frenar o detener la carroza, ya para regular los arreos, sin

que por esto la carrera pierda velocidad. Finalmente vuelve a su puesto junto al cochero para lanzar nuevamente sus piedras al animal perezoso o al resto de ellos. Es necesario que el aprendiz pase por esta alta escuela antes de poder aspirar al puesto de honor. No en balde un hábil e inteligente cochero de diligencia es persona altamente estimada. Si cumple un buen servicio en el camino que va de Veracruz a México tiene un sueldo mensual de 120 pesos, que equivale a 250 florines de nuestra moneda austriaca.

Su chaqueta de cuero, sus pantalones de gamuza, el sombrero de anchas alas que lo protege del sol y de la lluvia, le dan un aire original y pintoresco. No hay que decir que este árbitro de nuestra suerte se mantenía tranquilo e impávido ante los accesos de cólera de nuestro fatal *monsieur* de la Pierre.

Me sorprendió la gentileza que domina entre las más bajas clases mexicanas. Los cocheros, apenas llegan a las estaciones, estrechan la mano del ayudante usando la palabra señor. Entre aquella gente del pueblo jamás oímos una frase altanera, jamás alzar la voz, un insulto o una descortesía. Tienen una dulzura y una indiferencia capaces de desespearar al europeo impaciente, altanero, curioso como es. ¿Quién sabe? es la respuesta común que el mexicano le da a cualquier pregunta, súplica o amenaza.

Entretanto, hacía tres horas que había anochecido y cerca de las diez llegamos a Córdoba. En una enfestada casa, grande y bella, se había dispuesto todo para albergar aquella noche a sus majestades. Pero no se había pensado en que, además del emperador y la emperatriz, habíamos ochenta pobres criaturas que cansadas y abrumadas pedíamos un lugar y un lecho.

Con grandes trabajos mi compañera y yo encontramos dos camitas y tal honor era tan grande como para enrojecer porque los caballeros y el personal de servicio

tuvieron que dormir en las carrozas, en sillones, en las terrazas de los cuartos y hasta en las escaleras. Pero dormir era imposible. La noche entera se oyeron incesantemente gritos y músicas y también hubo cañonazos.

A las dos de la mañana llegó la pareja imperial y a esa hora tuvo que recibir homenajes, oír discursos, responder y aceptar una cena que no acababa nunca, por lo que poco tiempo hubo para el reposo.

A las seis y media de la mañana siguiente volvimos a emprender el viaje atravesando una región rica y cultivadísima, pasando entre selvas, junto a villas y haciendas, campos de caña de azúcar, de maíz, de cacao, entre jardines de naranjos, de granados y de miles y miles de otros árboles frutales. Aquí encontramos plataneros y palmas y también el camino estaba en mejores condiciones. Por todas partes se habían hecho preparativos para recibir a los emperadores; había numerosos arcos de triunfo adornados de las bellas flores, banderas y papeles multicolores. Cada pobre indio había colocado alguna pequeña señal de júbilo en su cabaña. Aquí, donde comienzan los grandes beneficios y la propiedad legal, todos tenían enormes deseos y ansias de un gobierno ordenado. Por esto las fiestas y la gratitud eran comunes, pues tenían la esperanza de una era de paz y de prosperidad.

A las diez de la mañana llegamos a Orizaba, que está dentro de un valle angosto pero encantador, encerrado entre altos montes. Desgraciadamente al comenzar las lluvias regulares sus cimas están siempre nubladas y el magnífico Pico, que más tarde pude admirar grandemente, estaba velado también. Fuimos recibidos con la más grande fiesta; varias representaciones vinieron a encontrarnos y nos agradecieron el haber llevado a la pareja imperial.

El sonido de los cañones se oía por todos lados. A la entrada de una casa ante la cual nos detuvimos fuimos

cortésmente recibidos por varias señoras que querían llevarnos a ver la sala que habían preparado para recibir a los emperadores.

Al emperador le habían destinado un lecho adornado de bellísimos festones de seda roja. Con la máxima cordialidad nos fue servido un abundante almuerzo. Por ventura entre aquellas señoras había una de nacionalidad francesa y así pudo interpretar el cambio de cortesías que hubo entre nosotros. Además de la belleza del lugar nos alegraba la gran hospitalidad con que se nos acogía en todas partes.

No podíamos sino expresar nuestra admiración y nuestra gratitud, de lo que se asombraban mucho los mexicanos, ya que los franceses eran pródigos en desprecios y ultrajes, que los mexicanos toleraban con calma y resignación aparentes, pero que en realidad rechazaban desde lo más profundo de su alma con odio y vivísima amargura.

Fue breve nuestra estancia en Orizaba porque era necesario llegar a Palmar al caer de la noche, aunque se nos ponían miles y miles de obstáculos, ora los franceses, ora los mexicanos se negaban a nuestra partida y a esta oposición se unían nuestros compañeros, cosa que muy misteriosa nos parecía. De todos modos partimos, pero cuando nos vimos escoltados por veinte hombres supimos cómo había llegado la noticia de que Díaz [Porfirio], un jefe guerrillero, se ocultaba en una hacienda por la cual debíamos pasar y donde pretendía asaltar al emperador. Por esto nuestra partida se había retardado: se necesitaban datos precisos, los cuales fueron obtenidos junto con las necesarias precauciones. Aquí y allá veíanse tropas dispersas, aquí y allá campamentos improvisados; pero antes de llegar a la peligrosa hacienda encontramos al general francés Brancourt, el cual, previsor y cortés, vino a nuestra carroza para saludarnos

y asegurarnos que todo el peligro había pasado, ya que los liberales habían emprendido la fuga.

Este contratiempo fue, sin embargo, la causa de nuestra demora. Había caído la noche y no podía admirarse la belleza sublime del lugar. Subimos la cadena de las cordilleras que llaman Cumbres [de Acultzingo] y que de las Rocky Mountains pasando por el Istmo de Panamá, se prolongan hasta la América del Sur. Los niños y las mujeres se habían quedado en Orizaba; los otros lentamente y con miles de precauciones subían la rapidísima cuesta. En el techo de la diligencia iban varios soldados sentados, con antorchas encendidas; junto a nosotros los hombres de la escolta marchaban a pie, llevando a mano sus caballos, vigilando, espiando aquí y allá para ver si no había peligro. Pero todo lo que vimos fueron millones de lucecitas que erraban entre las cercas y la maleza mientras en lo profundo de los valles centilaban las fogatas de los campamentos franceses. El aire era frísimo y nosotros, mal acostumbrados con los calores del día anterior, nos envolvimos bien en nuestras mantas y chales.

Cuando volvió la aurora y torné a ver las Cumbres bajo el esplendor del más bello sol, mirando nuevamente el camino recorrido de noche, confieso que me asaltó un ligero temblor. Aquel camino que los españoles construyeron con tal arte y grandiosidad se encuentra ahora en un estado de deterioro que en Europa se diría impracticable. Por los profundos abismos, las masas de roca, los troncos de árboles tirados aquí y allá puede parecer que los obstáculos son insuperables, pero los cocheros mexicanos, con sus maravillosas bestias, no saben de temores porque su inteligencia, su habilidad y su constancia superan y vencen todas las dificultades.

Sonaba la medianoche cuando llegamos a la cima de las Cumbres Delcorado [sic]: Estábamos cansados; habíamos llegado al pequeño pueblo de La Cañada, pero Pal-

mar quedaba todavía a varias horas de camino. Se decidió parar aquí. Los hombres se recogieron en las tabernas durmiendo sobre las mesas, las sillas y los bancos. En cuanto a nosotros, hicimos que cerraran nuestra carroza y dentro pasamos la noche. Pocos días después, el hospedero que nos dio posada fue asaltado y asesinado por los bandos de los liberales.

Al albear proseguimos el viaje. Llegamos a Palmar, que es un horrendo lugarcillo y allí almorzamos. Como todos los pueblos mexicanos, tiene en el centro una especie de plazuela donde hay una iglesia casi parecida a una catedral. Las casas sólo tienen un piso, son bajísimas, sin tejado y muchas incluso sin ventanas, pareciendo unos dados grandes. Una puerta es la única abertura por la cual entran luz y aire. Las paredes exteriores están pintadas con frecuencia de colores vivos, lisos o en franjas.

Palmar fue teatro de una de las más sangrientas luchas que hubo durante la guerra de Independencia. El párroco Morelos venció aquí al general español Iturbide, que poco tiempo después hizo suya la causa y de ella se sirvió como trampolín para proclamarse a sí mismo emperador de México.

El lugar es tristísimo y feo. Bajo una ligera capa de arena se extiende hasta muy lejos un estrato de lava, testimonio de las destrucciones alguna vez causadas por aquellas montañas volcánicas. En su mayor parte hoy están apagadas pero arrojan todavía vapores ardientes. Los terremotos son frecuentes, recordando una maléfica potencia que se agita en el seno de aquella tierra, trayendo de vez en cuando la ruina y el daño a sus habitantes.

La llanura tiene ligeras ondulaciones. Aquí lo único que se cultiva es el maguey (*Agave americana*) al cual en nuestros invernaderos erróneamente llamamos áloc. Alcanza de 7 a 8 pies de altura. De esta planta se ob-

tiene el pulque, la bebida predilecta de los mexicanos. Ya en la época de la dominación azteca se cultivaba y se estimaba mucho por el jugo que le extraían y con el cual preparaban una bebida embriagante; con sus hojas cubrían las casas y cocinaban una especie de polenta; con ellas hacían paños, cuerdas y hasta papel. En una palabra, el maguey satisfacía casi todas las necesidades del hombre pobre. Para muchísima gente es hoy una fuente de riqueza. Una vez plantada no necesita de grandes cuidados. Entre el octavo y el décimo año antes de la floración va formándose en su corazón un jugo lácteo; este corazón se corta y de la cavidad se recoge todo el jugo que han absorbido hojas y flores. Durante tres o cinco meses el indio obtiene de ahí su alimento dos o tres veces al día y se me asegura que una planta sana puede dar hasta 16 barriles de pulque. Después muere dejando una infinita cantidad de retoños que, replantados, dan lucrosísimo rédito.

El nopal, del cual en algunas partes del país se extrae la cochinilla, es una planta melancólica. Sin embargo, ofrece graciosas variaciones en la época de la floración por el color amarillo, blanco o rojo de sus flores, especialmente cuando puede verse en grandes cantidades. Hay otra cualidad de esta planta: crece y crece perpendicularmente hasta una altura de diez o doce pies y ofrece con sus hojas espinosas un resguardo a los jardines. Se hacen de ellos grandísimos cercados.

Los dos gigantescos montes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, de 16 y 18 mil pies de altura [sic], cubiertos de nieve se erguan ante nosotros. Sus cimas estaban casi siempre envueltas en nubes. Habíamos llegado al planalto de Puebla, cuya altura es de 6 800 pies sobre el nivel del mar y forma parte del territorio más productivo y mejor cultivado del país: Aquí se extienden campos desmesurados de maiz, cebada, trigo. Se ven, sin embargo, las trazas de las devastaciones que una guerra civil de

varios decenios ha ocasionado, así como las del sitio de Puebla, hace un año. En medio de grandes masas de ruinas yacen destruidas iglesias y pueblos enteros, espectáculo muy triste de verdad.

Finalmente, he aquí Puebla de los Angeles, con sus innumerables cúpulas, con sus infinitos campanarios, con sus casas, aquí también sin tejado, muy sobresalientes.

Ya cerca de la ciudad encontramos una numerosa caravana de jinetes vestidos a la extraña y pintoresca usanza del país. Eran habitantes de Puebla que, enterados de nuestra llegada, venían a encontrarnos y acompañarnos. Cabalgaban tan bien que parecían haber crecido junto con sus maravillosos caballos; las sillas y los arreos estaban recamados de oro y adornados con cordones de seda de los más vivos colores. Venían padres con sus pequeños hijos, muchachos montados uno atrás del otro, cabalgando alegremente. Este cuadro vivo era interesante y estupendo.

Así llegamos a la ciudad, cuya entrada no ofrece sino ruinas. Hace ahora un año que, después de una heroica defensa de tres meses, se rindió a los franceses. Es opinión general en México y entre los franceses, que el general Forey, que dirigía y comandaba la expedición, retardó a propósito la toma de la ciudad porque su ambición le hacía parecer bello y glorioso enviar a París brillantes boletines con los cuales se coronaba de laureles.

Dejando los suburbios penetramos en la ciudad, que se hacía cada vez más sonriente y más bella. Pasamos por regulares y grandísimas calles entre grandes casas y junto a magníficas iglesias. Cada calle tiene un canal recubierto de grandes piedras por donde escurren las aguas que se precipitan en la estación de las lluvias. De ambos lados tienen banquetas que pintan como magníficas ciertas viejas descripciones de la ciudad. Yo no po-

dría decir lo mismo. Quién sabe si las luchas ciudadanas y las barricadas hayan ocasionado tan desagradables mudanzas.

Puebla es una ciudad que atrae. Su arquitectura es más hermosa y más original que la de la ciudad de México. Es mayor su pureza y las trazas del decaído esplendor son menos profundas que en la capital, cuya grandeza tantísimo sufrió con las revoluciones y la guerra civil. Las casas son más altas, menos aplastadas, y los poblados no tienen la manía de pintarlas de ese color amarillento que las hace a todas iguales, como en la ciudad de México. La vivacidad y el calor de las tintas que tanto complacía a los aztecas complace aún hoy a los poblanos, que combinan los colores con exquisito gusto y delicada inspiración. La casa donde paramos estaba estucada de rojo y recubierta con mosaicos de porcelana blancos y celestes, lo que es tan original como gracioso; encontramos otras iguales por las calles de la ciudad.

La acogida fue festiva. Un gran número de señoras y de señores nos acompañaron por la gran escalera que llevaba hasta un amplio corredor bien arreglado, sostenido por columnas, y que circundaba el patio sembrado de naranjos y bellísimas flores. De aquí pasamos a las estancias cubiertas de tapetes y de cortinas, y donde tan grandes eran el lujo y la comodidad que aun el más refinado europeo no podía sino sorprenderse. Los salones son altos y espaciosos, y las ventanas tan grandes que iban del techo al piso, cada una con su balcón.

A nuestras palabras de agradecimiento, a nuestras exclamaciones de alegría y de admiración se respondía con aquellos largos párrafos que acompañan siempre a la hospitalidad y el obsequio mexicanos, intercalando la celebérrima frase "a la disposición de usted", que tiene una parte muy principal. En realidad el mexicano considera al huésped que alberga bajo su techo como si fuese su propio patrón.

Cuando el hijo del prefecto, que se había ido en busca del emperador, nos llevó a un salón donde estaba preparado un magnífico banquete, el remanente de la compañía se entretuvo en la sala mayor. Después de un momento de embarazo y de tregua, el joven mexicano balbuceó algunas palabras para decir y tornar a decir que nadie que no estuviera invitado por nosotros podía sentarse a aquella mesa. Sus palabras fueron transmitidas a todo mundo y nadie aceptó sino después de un incesante intercambio de cortesías. De las señoras solamente una era bella, pequeña y vivaz y hablaba un poco de francés. La llamaban la Generala. Varios señores hablaban el francés aunque no correctamente, por lo que la conversación se estancaba y era fatigosa, y más aún porque el concepto de cortesía y gentileza europeas no corresponde al mexicano. Antes de entendernos nos cansábamos, ya que era necesario mucho tiempo.

Por fin, terminada la cena, quedaban sentados uno frente a otro sin que la sociedad pareciese dispuesta a separarse. Teníamos tres noches sin dormir y habíamos hecho tres fatigosísimas jornadas de viaje y por no saber cómo conducirnos ante la solemne formalidad de nuestro anfitrión, casi fuimos vencidos por el sueño y el cansancio. Finalmente, coincidiendo, por así decirlo, en el común deseo de descansar, nos despedimos para dedicarnos al reposo.

Jamás olvidaré el bienestar físico y moral que tuve después de dos largos meses de no acostarme en una buena cama, y encontrar una que era grande, cómoda e inmóvil, y verme en una estancia amplia y espaciosa.

A la mañana siguiente me desperté revigorizada y contenta pero mi alegría fue turbada por una seria enfermedad que obligó a mi amiga a permanecer en su cama. Estaba demacrada y pasamos por un momento de inquietud pero afortunadamente la elástica ley de la naturaleza venció pronto sus males. Eso nos obligó a dete-



nermos en Puebla y en lugar de estar sólo un día, emprendimos el viaje al tercer día.

El interés que nos ofrecía la ciudad era grandísimo; volví a ver las iglesias ricas de tesoros, de objetos varios y de dorados; observando aquellas costumbres, aquella vida, aquella agitación, para nosotros tan nueva, tan extraña, hubiera sido poco europeo no sorprenderse bastante ni cansarse de ver mucho.

Mi mayor placer era ir a los Portales, como hice después en la ciudad de México, vagando por los vastos peristilos que circundan la plaza principal y donde los indios acurrucados por todos lados traen a vender sus productos. Todo era característico y nuevo a mi curiosidad y a mis observaciones.

La inminente llegada de la pareja imperial ocupaba todos los ánimos y todos trabajaban. Aquí surgían arcos de triunfo, allá se decoraban las iglesias y las casas, se hacían preparativos en todas las calles. La multitud no se cansaba de pedirnos informaciones sobre la pareja imperial y sus cualidades físicas y morales. Todos se decían gratísimos, reconocidos porque el emperador y la emperatriz habían abandonado su país natal, la familia, y atravesado los mares en un larguísimo viaje para reinar en una nación que una serie de desventuras, de guerras civiles, de cadenas de engaños, de codicia y de avaricia, habían precipitado en la más profunda corrupción; donde los habitantes habían perdido no solamente las virtudes morales sino hasta el concepto de las buenas costumbres y la honestidad. Con una resignación y un juicio muy característico, y que tenía algo de doloroso, decían de sí mismos que entre ellos no había más que ladrones y picaros.

Al principio es imposible creer y dar oídos a estas confesiones, porque todo aquello que se ve y se ofrece es cordialmente ofrecido, y atrae y hace bien al corazón sentirse indignado ante un juicio que a primera vista

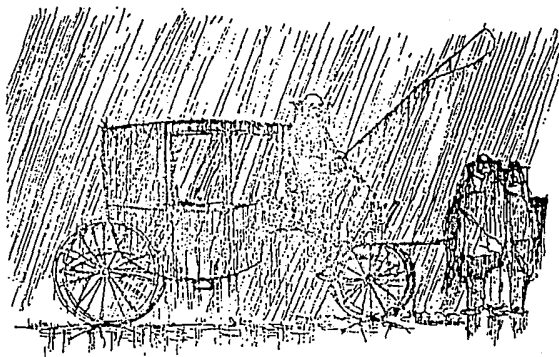
parece duro e injusto. Desgraciadamente hay hombres sin fuerza y sin energía que no resisten las seducciones y caen en la más profunda y humillante corrupción, aunque con frecuencia no les faltan sentimientos delicados y gentiles. Los mismos hombres que públicamente son acusados de las acciones más desleales, que con engaños y con la más triste astucia arruinaron a éste, perjudicaron a aquél e hicieron a miles y miles infelices, los mismos hombres que nada saben de la conciencia ni de las leyes pueden ser, dentro del círculo familiar, los mejores maridos, los padres más amorosos y los hermanos más tiernos, prodigar además con paternal sensibilidad beneficios a los amigos y parientes y tener para todos suavidad y benevolencia.

La población de Puebla asciende a 70 000 habitantes y está muy adelante de la ciudad de México en el número y la perfección de sus institutos y su actividad industrial y comercial; casi se diría que sus habitantes son más trabajadores, más inteligentes y menos degradados moralmente que los de la capital. Aquí todo parece más ordenado y menos descuidado. Bellos huertos rodean la ciudad. De ellos traen los habitantes frutas y legumbres. Aquí el bienestar parece más generalizado mientras que en México el contraste entre la riqueza y la miseria resalta y es tangible por todos lados.

El segundo día visitamos el Fuerte de Guadalupe. Desde allí se domina la ciudad, la vastísima llanura y los magníficos montes que la circundan. Al poniente se encuentra la gigantesca cadena de la cual sobresalen las nevosas cimas del Popocatepétl y del Iztaccihuatl; hacia oriente está la Sierra Madre, con el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote, y en medio de todas estas grandes cadenas, la montaña de La Malinche. El espectáculo es soberbio e impresionantísimo, su belleza resalta por la admirable pureza del aire que acerca las cosas más lejanas. Y aquello que estamos acostumbrados a llamar

cielo, que en Europa aparece en realidad como una cubierta compacta, tiene aquí una transparencia que hace perceptible el concepto de lo infinito. Los ojos no tienen reposo, no encuentran confines; y el ánimo se levanta atónito adorando y admirando.

Después del mediodía subimos a la terraza de nuestra casa, la cual es toda el techo. De allí pudimos ver las montañas que mostrábase sin nubes, cosa rarísima en esta estación. Por mala suerte la comunicación de nuestra habitación con la terraza era imperfecta. Por un salto que di desde una considerable altura me disloqué un pie, lo que me impedía después caminar y me ocasionó miles y miles de tribulaciones durante el resto del viaje. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, abandonamos Puebla.



"Su chaqueta de cuero, sus pantalones de gamuza, el sombrero de anchas alas que lo protege del sol o la lluvia, dan al cochero un aire pintoresco."

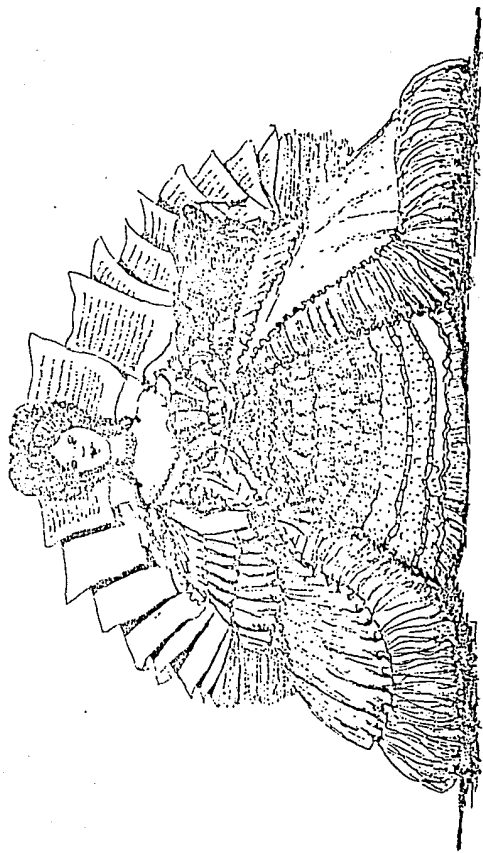
## CAPÍTULO V

*Partida de Puebla. Cholula. Quetzalcóatl. San Martín. General Mejía. Río Frío. El planalto de Anáhuac. La ciudad de México. Festiva acogida. Llegada de la pareja imperial.*

Los NUEVOS amigos que tan cortésmente nos habían hospedado, se encontraban reunidos para darnos el último adiós a la hora de nuestra partida. En las afueras de la ciudad nos esperaba nuevamente una escolta de honor de hombres a caballo, especie de milicia bien armada, la cual, cabalgando junto a nuestra carroza, nos acompañó hasta la estación vecina, donde otra caravana la sustituyó.

Nos desviamos del camino real para entrar a Cholula, ciudad poderosa bajo la dominación azteca, que llegó a albergar a una población de 160 mil habitantes y que ahora ha caído en tal decadencia que no parece sino, un miserable pueblito. Para nosotros tenía un máximo interés por la célebre pirámide que se levanta en sus cercanías.

En ningún lugar nos hicieron un recibimiento tan espléndido como aquí; y aunque los europeos se complazcan pavoneándose con un poco de altanería y los habitantes de esta otra parte del globo los tengan en más de lo que en realidad son, si aparentábamos estar deslumbrados y orgullosos era por no sentir vergüenza de nosotros mismos y casi encontrarnos ridículos en medio de aquellas extraordinarias ovaciones. Aún no en-



"A las damas mexicanas jamás les vi un libro en las manos, como no fuera el de las oraciones, ni jamás las vi ocupadas en algún trabajo."

## CAPÍTULO IX

*Las fiestas de la Independencia de México. Los españoles en el reino mexicano. Influencia de los acontecimientos de la América del Norte y de la Revolución francesa. Caída de los Borbones en España. Reacción en las colonias. La guerra de la Independencia. Los párrocos Hidalgo, Morelos y Matamoros.*

DURANTE LOS primeros días de septiembre, se celebraron las fiestas de la Independencia mexicana. El emperador estaba ausente y la emperatriz las presidió. Se cantó un *Te Deum*, hubo banquete en la corte y representaciones en el teatro. Sin embargo, se respiraba en torno de toda aquella festividad, de toda aquella alegría, un aire de descontento y de desánimo. México se separó de la madre patria solamente después de una funesta e ignominiosa secuencia de delitos y muertes, como suele suceder siempre en las revoluciones, pero México no supo mostrarse digno de su independencia.

En las páginas de su historia no ha podido, como país libre, registrar ningún día de grandeza o de gloria, sino tiempos de corrupción y de ruina material. La bella idea de la independencia aquí nunca tuvo forma, ni vida, y sacudiendo el yugo de la opresión española no se hizo sino ensanchar los caminos a las tiranías, a las arbitrariedades y a la prepotencia. Con esto no se pretende absolver al gobierno español de sus grandes pecados en las colonias, aunque es verdad que entre todas las posesiones españolas de América el mayor y más ac-

tivo cuidado se prodigó siempre al reino mexicano. En ningún lugar progresaba mejor la civilización que entre estos indígenas, en ningún lugar había una raza tan activa y laboriosa, ni había hombres como aquellos para soportar heroicamente, resignados y pacientes, su durísima suerte. La tierra ayudaba, y por sus riquezas y por sus tesoros agrícolas y minerales, podría decirse que era la mejor del mundo.

Debido a esto España podía retirar del país sumas enormes. Pero mientras el gobierno ponía grandísimo cuidado en escoger a los hombres que enviaba a esas tierras paradisiacas como virreyes, dándoles grandísimos poderes y autoridad, a pesar de que hubo entre ellos algunos dotados de eminentes cualidades y verdadero y dulce amor por sus semejantes, ni las ideas, ni las instituciones de aquel tiempo pudieron proteger y sustraer a los infelices indios de las bajas pasiones y dureza de los colonos. El funesto principio de las encomiendas fue traído a México de Santo Domingo y de Cuba. Los indios fueron repartidos como rebaños a los españoles, y así se creó la esclavitud más brutal y degradante. Los inhumanos patrones empleaban a aquellos miserables, abandonados a su avaricia, en las minas, haciéndolos desenterrar el oro y la plata y de tal modo oprimidos, que morían bajo el peso del enorme esfuerzo. De tal guisa y con tales tratamientos, en brevísimo tiempo los indios fueron casi exterminados en las islas y su número disminuyó en tales proporciones que la alarma fue general. Más tarde substituyó a la esclavitud una especie de servidumbre y sólo a fines del siglo xviii se tomaron seriamente las más enérgicas medidas para evitar la total destrucción de aquella raza infeliz.

Con esto se aliviaron un poco sus desventuras pero la funesta y ruinosa influencia ejercitada sobre su cultura y su inteligencia, quedó pura siempre; el abandono, el descuido, los malos tratos de tantos siglos habían pa-

ralizado y debilitado, quizá para toda la vida, las facultades intelectuales de aquel pobre pueblo.

No solamente con los indios el gobierno de España dio pruebas de incapacidad. Temeroso de que las colonias pudieran demasiado fácilmente liberarse de la patria lejana procuró la seguridad con medidas tan severas, que con el tiempo no crearon sino el mayor descontento. Con un miedo angustioso el gobierno trataba de separar a los españoles nacidos en la colonia de los nacidos y educados en la península. A estos últimos se les daban los empleos administrativos y judiciales mientras se excluía y se olvidaba a los criollos.

La inquisición, uno de los mayores delitos de la tiranía, vigilaba ávida, celosa e inquieta, para que ninguna idea de libertad política y de derechos naturales llegase hasta ellos. Los libros sufrían una triple censura y a los criollos se les mimaba dándoles todo lo que contribuyera a su bienestar material, satisfaciendo largamente sus ambiciones. Así se les proporcionó la ocasión de enriquecer con las minas, se les repartieron grandes extensiones de tierra, títulos y honores, y hasta podían comprar patentes de oficiales con un dinero que pasaba a la casa privada del virrey o al tesoro público. Como consecuencia muchos oscuros comerciantes vendedores de azúcar o de café se sentaban ante sus establecimientos vistiendo un uniforme deslumbrante de oro y de adornos. No debía ser poca la sorpresa de los forasteros ante tales cosas.

Pero a pesar de todo era imposible que lo sucedido en otros países permaneciese extraño a México, sacudiendo a las colonias de su letargo; primero la guerra de independencia de la América del Norte y la separación de las colonias inglesas de la poderosísima Inglaterra, constituyéndose en república federativa. Después los gritos de la Revolución francesa que, atravesando los mares, llegaron hasta la Nueva España sin que la vi-

gilancia de la inquisición pudiera dominar el profundo impacto causado por tales acontecimientos.

En medio de todas estas inquietudes preparatorias del solemne momento llegó a México la nueva de que la monarquía, de la que todo emanaba, no gobernaba más: los Borbones de España habían caído del trono.

Fue entonces la primera vez que se manifestó en los mexicanos el sentimiento de la Independencia. A toda prisa se formó un partido cuyos más calurosos promotores estaban entre los miembros del Ayuntamiento de la capital. En el mes de julio de 1808, con espectaculares vestidos recamados de oro se presentaron ante el virrey don José de Iturrigaray, al cual le aseguraron obediencia y lealtad a la casa real y le pidieron la organización de una representación nacional, que debía estar compuesta por diputados de las diversas provincias del reino y que deberían ser llamados a decidir en todas las medidas que imponían los tiempos y las condiciones del momento.

Iturrigaray no se mostró desfavorable a sus proposiciones pero les advirtió que sería necesario dirigirse a la Audiencia de México, que no era sino un consejo de estado compuesto por grandes dignatarios, casi todos españoles de nacimiento y a los cuales se les prohibía casarse con una criolla. En realidad, se trataba de un organismo que vigilaba y observaba las acciones del virrey.

La Audiencia, que tenía la influencia de los criollos y se preocupaba por la pérdida de la supremacía española, combatió con toda energía las proposiciones de los síndicos del Ayuntamiento y, sabedora de las simpatías que les demostraba el virrey, una noche lo sorprendió en su lecho y junto con sus dos hijos lo encerró en la cárcel de la inquisición. Más tarde, con algunos miembros del Ayuntamiento, fueron llevados al Fuerte de San Juan de Ulúa y de allí trasladados a las Filipinas [sic]. Estas rigurosas medidas causaron sumo disgusto,

haciéndose más grande el abismo que dividía a los españoles y a los mexicanos.

Extrañamente, fue el clero el que más especialmente hizo suya la idea de la libertad. En el interior del país el descontento era mayor y por todas partes había constantes luchas entre españoles y criollos cuando un párroco alzó por primera vez la bandera de la revolución, dando el primer impulso para sustraer a México de la señoría española. Don Miguel Hidalgo y Costilla, párroco de Dolores, lugar no lejos de Guanajuato, hombre con cerca de 60 años, conocido por todos los indios, preparó la insurrección con gran energía y mucha prudencia. En Querétaro se alió con don Miguel Domínguez y su valiente esposa, y en Guanajuato ganó para su causa a tres oficiales.

Entre los indios, que lo amaban y lo respetaban, y a los cuales trató siempre con paternal cuidado, despertó el deseo de sacudirse la opresión y con ello la sed de venganza por los muchos padecimientos y las muchas humillaciones. Mientras tanto los españoles reaccionaban con la fuerza alimentando así la insurrección, hasta que en 1810, dos años después de la prisión de Iturrigaray, comenzó la gran lucha por la independencia de México.

La expedición de Hidalgo y sus seguidores, fue manchada por miles de espantosos delitos, por miles de acciones vergonzosas e infames. Parecía que en los indios había vuelto a nacer aquella sed de sangre de los tiempos de los aztecas, ya apagada, e Hidalgo, el párroco católico, no sabía frenar la crueldad. Primero que nada conquistó Guanajuato, y todos los españoles que vivían en aquella ciudad populosa y floreciente, fueron asesinados. Igual suerte corrieron los de las ciudades de Valladolid y Guadalajara, e Hidalgo, ebrio por la alegría de las victorias, pretendía llegar hasta la capital. Pero las noticias de sus barbaridades hicieron volverse contra

él a muchos hombres honestos. Un ejército regular salió a su encuentro y el párroco, incapaz de aceptar el desafío, se retiró. Fue perseguido hasta cerca de la ciudad de Aculco y junto al puente de Calderón fue derrotado por el general español Calleja. Con pocos de los suyos se puso a salvo en los Estados Unidos pero allí fue traicionado por Elizondo, un oficial de los insurrectos, y cayó en manos del enemigo en 1811. Hidalgo fue fusilado y con él muchos de sus partidarios.

Pero con su muerte no terminó la causa de la Independencia, porque su amigo y colega, el párroco Morelos, combatiendo junto con Matamoros, otro sacerdote, levantó nuevamente la desventurada bandera.

La insurrección llegó a tomar una enorme fuerza, pero su ejército estaba mal organizado y mal provistas sus necesidades por lo que, a pesar de las victorias de Acapulco, de Guadalajara, de Oaxaca, y la muy brillante del Palmar, los insurgentes no supieron resistir largamente ante un ejército regular bien conducido. Después de las derrotas de Valladolid y Puruarán, donde venció el general español Iturbide, los facciosos agitadores cayeron en poder de los enemigos, y Morelos y Matamoros fueron fusilados como lo fue Hidalgo.

Cansado de las sangrientas luchas y las horribles matanzas, el país, se mantuvo por algunos años en una aparente tranquilidad. Pero aquella calma mal disimulaba el odio que se tenía por la dominación española y el anhelo de independencia. Fernando VII había regresado a España y abolido la constitución napoleónica, lo que tomó de sorpresa a las instituciones liberales mexicanas en vigor, entre ellas la Junta.

Fueron enviadas nuevas tropas a la colonia, regresó el virrey con todos sus derechos y la paz y el orden parecían haberse restablecido. Pero los mexicanos esperaban ansiosos la hora de poder recomenzar la lucha por la independencia. En 1820 España fue sacudida por una

rebelión militar, por la cual fue violentamente restituida la constitución.

Se le daban derechos a México, donde tal nueva no creó más que una grande y profunda conmoción. El virrey llamó a Iturbide poniéndolo a la cabeza de un numeroso ejército pues, aunque era criollo, ya había prestado innumerables servicios a la causa española. Pero como tenía ya la idea de independizar el país, simuló estar en completo acuerdo con los proyectos del virrey, y fiándose en la popularidad que gozaba entre los mexicanos, más numerosos dentro del ejército que los españoles, se puso a la cabeza del movimiento y el 24 de febrero de 1821 proclamó en Iguala la independencia mexicana, exponiendo, al mismo tiempo, un proyecto según el cual el país debía ser gobernado por una monarquía constitucional y hacerse imperio. Se le ofreció la corona al rey de España, Fernando VII. Como éste la rechazara, la propusieron a sus dos hermanos, don Carlos y don Francisco de Paula y más tarde al archiduque Carlos de Austria. Ninguno la aceptó. Pero el plan entusiasma a los mexicanos; capital y provincias se unieron con entusiasmo a Iturbide y a los grandes agitadores y cabezas de la insurrección, Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y otros muchos cuya vida había estado amenazada y que escaparon para unirse a ellos.

El virrey Apodaca y sus soldados se encontraban en la ciudad sin ayuda y sin consejo. Las cosas habían mudado y Apodaca fue sustituido por otro virrey, el general O'Donojú. En una conferencia celebrada en Córdoba, los dos generales [Iturbide y O'Donojú] firmaron un tratado que revalidaba el proyecto de Iguala. Se propuso la corona a un tercer infante, don Carlos Luis, príncipe heredero de Lucca. En caso de que no la aceptase, se decretó llamar a elecciones para el trono de México, cuyo principio quería conservarse, escogiendo a un soberano de alguna casa reinante. Se hizo a O'Donojú miembro de la Junta la cual, provisoriamente, debía re-

gir el país. A partir de este momento, se consumó la independencia mexicana.

Después de que también el tercer infante de España rechazó la corona y las cortes españolas declararon nullos e irregulares los Tratados de Córdoba, se presentó Iturbide como pretendiente a la corona imperial mexicana. Gozaba de gran prestigio en el país, sobre todo dentro del ejército. Por otro lado el alto clero, que miraba con horror el avance de las instituciones democráticas y liberales, apoyó al general, y así, el 18 de mayo de 1822, primero por el ejército y después por el pueblo, Iturbide fue aclamado emperador con el nombre de Agustín I.

La masa penetró en la sede de la Junta, donde se trataba de un asunto tan importante y, con sus tempestuosas manifestaciones, influyó en el ánimo de los miembros, ganando así Iturbide por 71 votos contra 18. Fue coronado, pero siempre se mantuvo viva la rivalidad entre Agustín I y la Junta. En Veracruz el general Santana, que había sido partidario de Iturbide y uno de sus favoritos, junto con Bravo, Guerrero, Victoria y otros, se puso a la cabeza de una rebelión.

Corría el mes de mayo de 1823 y una fragata inglesa llevó hacia Europa al destronado emperador, acompañado de toda su familia. Para colmo de sus desventuras intentó nuevamente la prueba en 1824, y en el mes de julio de ese mismo año regresó a México desembarcando en Soto la Marina, un lugar no lejos de Tampico, pero fue preso y fusilado.

Por todos lados se proclamaba ahora la república. Un intento de los españoles para dominar nuevamente el país fue rechazado valientemente por Terán y Santana, después de lo cual el Congreso expulsó de México a todos los nativos de España. Con ello se perdieron muchos hombres valientes, activos e industrioses, así como muchos grandes capitales.

La historia de la República Mexicana no es sino una

enumeración incesante, melancólica y funesta, de una serie de revoluciones, de guerras civiles y de pronunciamientos contra los presidentes; de furor y de rabia por la autoridad y la riqueza del individuo a cargo del todo; una historia lamentable de ruina y destrucción de las riquezas materiales, de la dignidad moral que es la base de todas las naciones, de toda sabiduría y de toda educación y cultura; es la historia de una desmedida corrupción en todos los ramos de la administración y de la justicia.

En medio de este miserable estado sólo dos cosas podían prosperar: los asaltos y las misteriosas componendas con las más bajas maquinaciones. Siempre y en todos lados donde había una insurrección o una lucha aparecía el nombre de Santana, que en todo estaba presente tomando parte principal, en el ambicioso juego que ha sabido jugar tan perfectamente.

Aprovechándose de la anarquía y de la impotencia del imperio y sin que se les hubiera dado ningún pretexto para hacerlo, los americanos del norte sorprendieron en 1846 al pobre país y penetrando hasta la ciudad de México impusieron una paz vergonzosa por la cual se quedaban con más de la mitad del imperio. Sin embargo, también es verdad que aquellas provincias así conquistadas gozan actualmente de una prosperidad como jamás conocieron bajo el gobierno mexicano.

Era a este estado de cosas que la intervención francesa debía poner fin. Ésta es la Independencia, éstos eran los héroes que debían honrarse en septiembre de 1864 en la ciudad y en la corte, donde se habían preparado grandes fiestas.

Con mucha razón había hombres que no sentían el desecho de tomar parte en ellas. Sus padres habían sido asesinados o sus tierras saqueadas. No era de extrañar que el teatro donde fuimos martirizados con una representación que no tenía fin, con arengas, discursos y demostraciones patrióticas, que el teatro, digo, estuviese

casí vacío. Un tremendo aguacero que parecía un verdadero diluvio sirvió a muchos de buen pretexto para excusar su ausencia. El agua corría por las calles de la ciudad a una altura de varios pies y de las pocas carrozas no se encontraba una, así que muchos señores, siguiendo la costumbre del país, recurrieron a los buenos indios que sobre las espaldas los transportaban por las calles, sanos e incólumes.

Al día siguiente hubo fuegos de artificio en la Plaza Mayor. La iluminación era general y la plaza, ya bella de por sí, ofrecía aquella noche un gran encanto. Nuestro interés no cesaba ni un momento al caminar dentro del grandísimo espacio porque aquí, durante esa larga noche, se juntan siempre los indios. Pequeños tripiés con carbón ardiendo iluminaban sus morenos rostros. Junto a ellos una vieja india vendía sus tortillas. Sobre una especie de pequeña pirámide con gradas de madera, dispuestas en fila, había botellas, lindamente doradas y pintadas, llenas de pulque. De allí era servido en vasos de cristal rojo, blanco o verde, presentándolo a los indios con la más graciosa astucia, para tentarlos y seducirlos.

Unos cuantos días más tarde vivimos un fenómeno de la naturaleza que para nosotros, los nórdicos, es rarísimo, pero no así para los habitantes del suelo volcánico de América, fenómeno que con mucha frecuencia siembra la ruina y la desolación entre los pueblos de este Continente.

Corría la noche del 2 al 3 de octubre. El día había sido muy caluroso y, al caer de la noche, el aire se hizo sensiblemente grave y pesado. Me atormentaba un intenso dolor de cabeza, tenía yo el pulso febril, así es que me acosté en mi cama y me dormí. Estaba en el más profundo sueño cuando tuve la sensación de ser dulcemente mecida. Pero el movimiento poco a poco se hacía más fuerte y cuando pude entender bien de lo que se trataba, ya todo a mi alrededor chocaba y gemía. Las

sillas y las mesas se encontraban entre sí, la ondulación y el movimiento bajo mis pies era tal que pensé estar de nuevo en mi cabina del barco. Parecía que en cualquier momento caería el techo de mi cuarto y que las paredes se precipitarían sobre el patio. Jamás, nunca, podré olvidar aquella impresión aterradora, angustiosa, cuando la tierra parece que huye de nuestros pies y se pierde toda seguridad, cosa en la que nunca se había pensado. Casi interminables me parecieron los dos minutos que duró el terremoto. Por todos lados, dentro de la casa, en la calle, era un corre corre general, una agitación, una de exclamaciones. A las prisas me puse un vestido y corrí al patio donde, con los trajes más estrambóticos, se encontraban ya reunidos todos los de la casa. Uno de ellos, sintiendo sonar los vidrios de su puerta se despertó y viendo que se movía el espejo que usaba para rasurarse y oyendo todo aquel barullo, pensó que los ladrones se habían metido a su recámara. Con alta voz gritando *au voleur*, con una vela que tenía en la mano, cuya clara luz iluminaba bien su vestido adamítico, apareció sobre la galería de la planta superior y sólo después de una larga disputa se consiguió persuadirlo de que no había sido la audacia humana sino que la tierra había temblado sin la cooperación de ningún mortal.

El susto terminó alegremente. Los europeos, tan poco acostumbrados a estas cosas, no sabíamos si en realidad había sido un gran terremoto y a la mañana siguiente los mexicanos no nos entenderían y se reírían de nosotros.

Pero no fue así. Nadie recordaba nada igual y los habitantes permanecieron tan asustados y aterrorizados que nadie volvió a su lecho y pasaron la noche rezando en medio de una mortal angustia. En la ciudad de México nada hubo que lamentar porque está asentada en una sutil capa de tierra sobre una vasta base de agua, tanto que los terremotos son ondulatorios y más ligeros y ja-



más las casas pueden ser destruidas. Pero en otras ciudades del imperio había causado grandes daños. De Puebla, de Orizaba, de Jalapa, de Oaxaca, y de algunos otros lugares, llegaban lamentables noticias. Afortunadamente no se cumplieron las profecías de algunas personas, temerosas de que se repitiese la desgracia.

Más que el terremoto me horrorizó el descubrir, a la mañana siguiente, un gran escorpión que se había ocultado en mi lecho; y aunque es verdad que no había sido hostil conmigo, lo aplasté.

Mientras tanto, se esfumó nuestro proyecto de partir de México hacia La Habana y Nueva York, para después ir a las cataratas del Niágara, pues no había posibilidad de llegar hasta Veracruz en carroza; y mientras aquí y allá todos pronosticaban que había terminado la estación de las lluvias, más nos fastidiaban los aguaceros. Todo lo que en realidad hacía esperar que cesaran en poco tiempo era la irregularidad, porque ni las mañanas eran seguras y los diluvios tropicales se hacían ya molestos, tanto como nuestras bien conocidas lluvias otoñales.

La incertidumbre era penosa y la idea de la próxima separación nos dolía cada día más. Era duro, lo confieso, el decir adiós para siempre a este bello lugar, el cual, por su clima, por sus bellezas naturales y la riqueza de su suelo, no es sino un pequeño paraíso.

Al terminar el mes de octubre el emperador regresó de su viaje, contentísimo y alegre de las experiencias y de las observaciones que había podido hacer por sí mismo. Lejos de la capital encontró hombres más inteligentes, caracteres más enérgicos y más leales, con lo que sus esperanzas de poder triunfar en su obra se reavivaron.

El 8 de noviembre, cuando nos despedimos en Chalultepec de sus majestades, nos dijo el emperador: "Decid a mi madre que no desconozco la dificultad de mi

tarea, pero asegúradle también que no me arrepiento de haber tomado tal resolución".

Y en verdad ahora las cosas parecían tan bien como nadie osaba esperarlas. La guerra en el norte de América se inclinaba a favor de los estados del sur, de los cuales México podía esperar el tratamiento de buen vecino. Muchos entre los disidentes se habían sometido al emperador. Las bandas de Juárez se hacían menos numerosas y más grandes y compactas las de Maximiliano.

En general, todo su deseo era reconciliar entre sí a las diversas facciones. Muchos acercamientos ya se habían efectuado y parecía que la profunda necesidad de paz y de legalidad que el país sentía había atraído hacia el emperador un gran número de hombres con la voluntad de unir sus esfuerzos y su trabajo a los del monarca, para hacer florecer nuevamente las inmensas riquezas del país y allanar los caminos hacia la prosperidad.

Sin embargo, el primero en obstaculizar el imperio fue el clero, que en México tiene un gran poder con frecuencia peligroso. El bajo clero es ordinariamente pobre y está estrechamente unido a sus feligreses, siendo muy accesible a las ideas de libertad. Así lo vemos levantar fanático el estandarte de la rebelión y llevarlo adelante aun manchado de sangre y delitos. Al contrario, la alta jerarquía pertenece desde hace mucho tiempo al partido conservador. Con el correr de los años acumuló desmedidas riquezas, se hizo influyente y poco a poco se apoderó de las tierras de la mitad del país.

Esta opulencia contribuyó grandemente a conservar el esplendor y el prestigio del sacerdocio, que no era muy edificante. Una buena parte era empleada en intrigas políticas, en pompas y en placeres que bien contrastaban con la vocación sacerdotal y los deberes religiosos. La gran desvergüenza de su vida privada es bien conocida. En esto se halla de acuerdo el bajo clero, y

apenas si guarda la aparente decencia y respeta los más religiosos deberes.

El gran obstáculo, la gran dificultad entre el gobierno del emperador Maximiliano y el clero, fue la confiscación de una parte de los bienes eclesiásticos; confiscación que fue hecha por otros gobiernos después de la guerra de independencia. Pero el clero no solamente esperaba sino que exigía su recuperación, olvidando que en los varios decenios transcurridos esos bienes habían pasado de una mano a otra y, por la fuerza de los acontecimientos, se habían creado intereses y condiciones irrevocables. Bien pronto entendieron los reverendos que el emperador no intentaba secundarlos ni podía acceder a sus exigencias, y que tampoco estaba dispuesto a plejarse ante la ilimitada prepotencia con la cual intentaban quitarle autoridad.

El modo anticristiano con que ejercitaban su sagrado ministerio causó más de una vez su dolor y su indignación, indignación y dolor que con él compartían todos aquellos que, con el mayor respeto por la religión católica, tenían la profunda convicción de que la misión más benéfica sobre la tierra, es la de una caridad activa.

El alto clero de México fue el que firmemente comenzó a excavar y minar las bases del trono del emperador Maximiliano.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel.  
EL ZARCO. Prólogo  
de Francisco Sosa  
México, Espasa-Calpe  
1989, (Colección  
Austral 108)

UNIDAD IV.-EL CONFLICTO  
ENTRE LIBERALES Y  
CONSERVADORES

EL AUTOR:

Ignacio Manuel Altamirano nació en Tixtla, Guerrero, en 1834 y murió en Italia en 1893.

Hizo estudios en el Instituto Literario de Toluca gracias a una beca para escolares indios creada por una propuesta de Ignacio Ramírez, de quien fue discípulo y heredero de inquietudes políticas e intelectuales.

Liberal exaltado, jacobino puro, combatió contra la invasión francesa y militó en la resistencia nacional en contra del imperio de Maximiliano. Tras el restablecimiento de la República ocupó el cargo de Diputado, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Presidente del Tribunal Supremo y Cónsul en Barcelona y en París.

Su formación literaria es un ejemplo de voluntad y de fe. Fue tribuno, político, catedrático, periodista, novelador y poeta, y considerado como el más grande escritor de su época.

Se le conoce como romántico por temperamento, pero clásico por la expresión.

Ha sido considerado como una de las figuras más generosas y nobles del pensamiento nacional. La prosa de Altamirano es fluída fuerte y límpida, narra con soltura y describe con sobriedad y elegancia.

Los escenarios que plasma en sus creaciones no son imaginarios, sino vistos y sentidos por él, y sus personajes no son ficticios, son seres vivos que él conoció, gente común, que él hizo parte de sus descripciones y tramas.

Fundó la revista literaria El Renacimiento, lo que alentó el resurgimiento de las letras nacionales; también El Correo de México; colaboró en diversas publicaciones como comentarista político y crítico teatral.

Fue autor de libros de poesías y rimas, y algunas de sus novelas mas importantes son : Clemencia; Navidad en las Montañas; Cuentos de Invierno; El Zarco.\*

#### LA OBRA:

El novela seleccionada es El Zarco y de ella los capítulos: El Comandante, Pilar, Entre los Bandidos, Xochimancas, El Presidente Juárez, y El Albazo, en los que el personaje principal encarna a uno de los famosos bandidos que asolaron la zona de Morelos y parte de Guerrero, conocidos como los Plateados.

En ellos nos relata cómo la precaria situación en que vivía el país debido a la Guerra de Reforma y el temor de la invasión extranjera (francesa), provocó el desorden, el caos en los caminos, y debilitó las fuerzas públicas que no pudieron atender su misión de vigilar los caminos y la paz en los pueblos; esta historia se entrelaza con una de amor que da colorido a la narración.

\*La información está apoyada en: Enciclopedia Gráfica del Estudiante. Op. Cit. p. 204 , en: Diccionario Porrúa, Op. Cit. Vol. I, p.18 y en Diccionario de Autores de Todos los Tiempos, Op. Cit. Tomo I, p.77

**SUGERENCIA DIDÁCTICA:**

Se recomienda abrir un debate con el grupo en el que a partir de la lectura realizada se llegue a caracterizar con más precisión los tipos históricos que Altamirano pretende destacar en su obra.

plaza. La caballería del gobierno entraba con toda solemnidad en la población.

Doña Antonia, enloquecida de ira y de dolor, salió apresuradamente de la casa con intención de hablar al prefecto.

## XIII

## EL COMANDANTE

El pobre prefecto se hallaba en la casa del Ayuntamiento, vestido con su traje dominguero para recibir a la tropa con los honores debidos; en el momento en que llegó doña Antonia, acompañada del tío de Pilar y de Nicolás, que la había seguido por deferencia, se entretenía en ver a aquella fuerza mal vestida y peor montada, que se formaba en la placita para pasar lista. Mandábala un comandante de mala catadura, vestido de una manera singular, con uniforme militar desgarrado, y cubierto con un sombrero charro viejo y sucio.

Luego que acabó de pasar su lista, el comandante vino a saludar al prefecto y a manifestarle, lo que era de cajón entonces, que necesitaba raciones para sus soldados y forraje para su caballería, pues debía continuar su marcha esa tarde.

El prefecto dio las órdenes convenientes para facilitar esos elementos, imponiendo a los vecinos acomodados semejante carga, que ellos estaban ya acostumbrados a soportar hacía tiempo.

Después la tropa se acuarteló y el comandante y algunos oficiales fueron invitados por el prefecto a tomar algunas copas y a comer en la Prefectura.

Tales eran los deberes que se imponía entonces la autoridad política de los pueblos para con esos militares, que ni defendían a la gente pacífica ni se atrevían a encararse con los bandidos de que estaba llena la comarca.

—¿Qué tal, comandante —preguntó el prefecto—, ayer y antier han tenido ustedes una buena tarca con los *plateados*?

—Fuerte, señor prefecto —respondió el comandante atusándose los bigotes—, muy fuerte; no hemos descansado ni de día ni de noche.

—¿Y lograron ustedes algo?

—¡Oh!, les dimos una *correccada* a los *plateados* terrible. Estoy seguro de que en muchos días no volverán a aparecer en la cañada de Cuernavaca. Han quedado escarmentados.

—¿Cogieron ustedes algunos, eh?

—Sí; y los hemos dejado colgados, por ahí, de los árboles, en donde se estarán campaneando... a esta hora.

—Pero ¿cayeron todos?

—Todos, no, usted sabe que eso es difícil. Esos cobardes no atacan más que a la gente indefensa, pero luego que ven tropa organizada, como la mía, corren, se dispersan.

—Pero el Zarco... porque dicen que fue el Zarco el que mandaba la gavilla.

—Sí, él fue, pero es el más *correlón* de todos. Ni siquiera nos esperó, de modo que cuando nosotros llegamos a Alpuéca, ni su luz del Zarco. En vano quisimos darle alcance. Luego que hizo su robo, apenas se detuvo a recoger a sus heridos y se largó precipitadamente, y no fue posible dar ni con su rastro. En ningún pueblo ni rancho de los que atravesamos en su persecución pudieron darnos ruzón de él, sea que no hubiera pasado por allí o sea que tenga en todas partes cómplices, lo cual es más probable. El caso es que no pudimos continuar con mi caballería en aquellos montes tan escabrosos.

—Pero, entonces, señor comandante —preguntó el prefecto con malignidad—, ¿a quién cogieron ustedes por fin, porque acaba usted de decirme que dejaron algunos colgados en los árboles?

—¡Oh, amigo prefecto —contestó el militar sin desconcertarse—, tomamos algunos sospechosos de quienes estoy seguro que eran sus cómplices; yo los conozco bien a estos pícaros, no pueden disimular su delito; corren de nosotros cuando nos divisan, se ponen descoloridos cuando les hablamos, y a la menor amenaza se hincan, pidiendo misericordia. Ya usted ve que éstas son pruebas, porque si no, ¿por qué habían de hacer todo eso? Su delito los acusa, son los cómplices, los que avisan a los bandidos, los que ocultan su marcha y los que participan del botín. A varios de éstos, y según mi parecer los más importantes, es a quienes he dejado dando vueltas en el aire... ¿Servirá de ejemplar! ¿No le parece a usted?

De manera que el valiente militar había fusilado a algunos infelices campesinos y aldeanos, por simples sospechas, a fin de no presentarse ante su jefe, en Cuernavaca, con las manos limpias de sangre.

El prefecto lo comprendió así, y por tal motivo respondió insistentemente:

—Sí, señor comandante, eso estuvo bueno siempre; pero, por fin, ¿y el Zarco?

—El Zarco, señor prefecto, debe hallarse ahora muy lejos de aquí; tal vez en el distrito de Matamoros o cerca de Puebla, para repartirse el robo con toda seguridad. ¡Bonito él para haberse quedado en este rumbo!

—Pero dicen —objetó el prefecto— que tiene su madriguera en Xochimnacas, a pocas leguas de aquí, y que cuenta con más de quinientos hombres. Al menos es lo que se dice por aquí, y lo que sabemos, porque frecuentemente se desprenden de allí partidas para asaltar las haciendas y los pueblos. En esa madriguera es donde guardan sus robos, en donde tienen a los plagiados, sus caballos, sus municiones, en fin; parece, según noticias que recibimos diariamente, que allí viven como en una fortaleza, que tienen hasta piezas de artillería, hasta músicas y charangas que llevan algunas veces a sus expediciones, y que les sirven también para divertirse en sus bailes.

—Ya sé, ya sé —replicó el comandante con cierto enfado—; pero usted conoce lo que son las exageraciones del vulgo. Todo eso son cuentos; habrán buscado allí refugio alguna vez, habrán permanecido allí dos o tres días, habrán hecho tocar dos o tres clarines, y el miedo de los pueblos ha inventado lo demás, porque no me negará usted, señor prefecto, que ustedes viven muertos de miedo y que ni parecen humbres los que habitan estas comarcas.

—Pero, con razón, señor comandante —dijo el prefecto, picado en lo vivo—, con muchísima justicia; si todo eso que usted dice que son cuentos nos parecen a nosotros realidades; si vemos atravesar por nuestros caminos partidas de cien y de doscientos hombres, bien armados y montados; si se llevan al cerro todos los días a los vecinos de los pueblos y a los dependientes de las haciendas; si se meten dondequiera como en su casa, ¿cómo no hemos de creer?

—Pues bien, y ustedes, ¿por qué no se defienden?, ¿por qué no se arman?

—Porque no tenemos con qué; porque estamos desarmados.

—Pero ¿por qué?

—Le diré a usted: teníamos armas para la defensa de las poblaciones, es decir, armas que pertenecían a las autoridades y armas que habían comprado los vecinos para su defensa personal. Hasta los más pobres tenían sus escopetas, sus pistolas, sus machetes. Pero pasó primero Márquez con los *reaccionarios* y quitó todas las armas y los caballos que pudo encontrar en la población. Algunas armas escaparon, sin

embargo, y algunos caballos también, pero pasó después el general González Ortega con las tropas liberales y mandó recoger todas esas armas y todos esos caballos que habían quedado, de manera que nos dejó con los brazos cruzados. Luego, los bandidos apenas saben que alguno tiene un caballo regular, cuando en el acto se meten a cogerlo. ¿Quién quiere usted que compre ya ni armas ni caballos?... Además, aun cuando nos quedan machetes y cuchillos, ¿crec usted que nos vamos a poner con quienes traen buenos mosquetes y rifles?

—Pues, hombre —replicó el militar reflexionando—, eso sí está malísimo, porque así cualquiera puede burlarse de ustedes. ¿Y qué hacen entonces?

—Lo único que hacemos es huir o escondernos. Tenemos un vigilante en la torre, durante el día. Cuando toca la campana, dando la alarma, las familias se esconden en el curato o donde pueden, en lo más oculto de las huertas; los hombres corren y las autoridades... nos sumimos —añadió el pobre prefecto, encogiéndose de hombros en ademán de vergüenza y de resignación.

—¡Caramba, hombre!, ¡eso es atroz! —exclamó el comandante sirviéndose una gran copa de coñac—. Yo no sería autoridad aquí por nada de esta vida.

—Pues yo he renunciado la prefectura cincuenta veces; pero no me admiten la renuncia, y como es lo mismo...

—¿Cómo es lo mismo?

—Pues es claro; es lo mismo que haya prefecto como que no lo haya; dirán que tanto da que yo esté como que esté otro, y mientras, aquí me tiene usted limitándome a dar forraje y raciones a las tropas que pasan, sin poder hacer más, sin disponer de un solo guarda, de un solo soldado, de nadie... escondiéndome por la noche, porque de noche quedamos expuestos a todo, sin poder ejercer la vigilancia que tenemos de día, trabajando en nuestros quehaceres, siempre con sobresalto. De manera que no son cuentos los que le referimos a usted; no son invenciones del miedo. Son verdades, y se las referirá a ustedes todo el mundo.

En el instante en que el prefecto acababa de hablar, doña Antonia, cansada de esperar que concluyese la conversación, se hizo anunciar por conducto del secretario de la oficina, diciendo que tenía un negocio muy urgente que comunicar, tanto al prefecto como al comandante.

—Que entre —dijo el prefecto.

Doña Antonia se presentó llorando y desesperada.

—¿Qué le pasa a usted, doña Antonia? —preguntó el prefecto con interés.

—¿Qué me ha de pasar, señor prefecto, una gran desgracia!; que mi hija ha sido robada anoche.

—¿Su hija de usted! ¡Manuelita! ¡La muchacha más linda de Yautepec! —dijo el prefecto, dirigiéndose al comandante, que se volvió todo orejas.

—Sí, señor, Manuela, ¡me la han robado!

—¿Y quién, vamos, diga usted?

—¡El Zarco! —exclamó furiosa doña Antonia—, ¡ese gran ladrón y asesino!

—¿Ya ve usted, señor comandante? —dijo el prefecto, sonriendo con malicia—. No anda tan lejos como usted creía; todavía está por aquí robándonos muchachas, después de haber robado y asesinado en la Cañada.

—Pero ¿cómo ha sido eso?... diga usted pronto, señora —dijo el militar levantándose.

Doña Antonia refirió los hechos que ya conocemos. Nicolás fue llamado a declarar lo que sabía, y no hubo ya duda de que, en efecto, el Zarco había sido el raptor.

—Y bien; ¿qué quiere usted ahora que se haga?

—Señor —respondió la anciana en actitud suplicante—. que usted haga perseguir a ese bandolero, que le quiten a mi hija, y yo duré lo poco que tengo si lo logran. Que la traigan viva o muerta, pero ha de ser pronto, señor; pueden envenenarla muy cerca de aquí, en Xochimancas, que es donde el Zarco tiene su madriguera. Ya sé, señor prefecto, que usted no tiene tropa, ni gente de quien disponer para eso; pero ahora que está aquí este señor militar con su tropa, puede prestar ese servicio a la justicia y a la humanidad.

—¿Qué dice usted, comandante? —preguntó con sorna el prefecto.

—¡Imposible, señor prefecto, imposible! —repitió con resolución—; yo tengo orden de continuar mi marcha para Cuautla, como que se trata de escoltar a un señor muy amable del señor Presidente, don Benito Juárez, que tiene que ir a México. Ya usted comprenderá que cuando no he podido continuar la persecución de ese malvado ayer, y por causa de un robo y de asesinatos, menos he de poder entretenerme de un robo y de asesinatos por esos andurriales... ¡Bah!... en ir a buscar una muchacha por esos andurriales... ¡Bah!... déjenos usted en paz, señora, ya se contentará la niña con el bandido ése, ¡no tiene remedio! ¡La tropa del gobierno no puede perder el tiempo en andar rescatando



muchachas bonitas! Además, yo no conozco bien estos terrenos.

—Pero yo sí los conozco —dijo Nicolás—, y si el señor prefecto lo dispusiera, algunos amigos míos y yo acompañaríamos a la tropa del gobierno para guiarla y ayudarla en sus pesquisas.

—Pues si este muchacho tiene algunos amigos que lo acompañen, supongo que armados, ¿por qué no va él a hacer la persecución? —preguntó el comandante.

—Porque sería lo mismo que sacrificarnos inútilmente —respondió Nicolás—. Mis amigos y yo seremos a todo rigor diez, y los bandidos a quienes podemos encontrar en Xochimilcan pasan de quinientos, o por lo menos son trescientos; ¿qué podríamos hacer diez contra trescientos? Moriríamos estérilmente. No así yendo la tropa del gobierno, porque tiene más de cien hombres, además los que iríamos de aquí, que estamos bien armados y que, apoyados por la tropa, serviríamos de algo. Conocemos caminos por los que lograríamos sorprender a los *plateados*.

—Pero ¿toda esa pelotera y ese empeño por una muchacha? —dijo el comandante, que no se dejaba convencer.

—No, señor —repuso indignado Nicolás—; no sería solamente por la muchacha, porque se lograrían otros fines que son de mayor importancia. Se lograría acabar con esa guardia de malhechores que tiene azorado al distrito; se lograría tal vez matar o coger a los asesinos a quienes persiguió el señor comandante ayer y antes inútilmente; se les quitaría el robo, se les quitarían los demás robos que tienen guardados allí, se libertaría a los hombres que tienen plagiados hace tiempo, y el señor comandante cumpliría con su deber, restableciendo la seguridad en todo este rumbo. Yo creo que hasta el Supremo Gobierno se lo agradecería.

—A mí nadie me enseña mis deberes como soldado —respondió el comandante con los ojos centelleantes de cólera, y comprendiendo que no podía contestar de otro modo a las razones del joven—. Yo sé lo que debo hacer, y para eso tengo superiores que me ordenan lo que crean conveniente. ¿Quién es usted, amigo, para venir aquí a imponerme leyes y a hablarme con ese tono?

—Señor —dijo Nicolás, encarándose con dignidad al comandante—, yo soy un vecino honrado del distrito; soy el encargado de la herrería de la hacienda de Atlihuayán, y el señor prefecto sabe que he prestado no pocos servicios cuando la autoridad los ha necesitado de mí. Además, soy un

ciudadano que sabe perfectamente que usted es un jefe de seguridad pública, que la tropa que usted trae está pagada para proteger a los pueblos, porque no es tropa de línea conpara proteger exclusivamente al servicio militar de la Federación, sagrada exclusivamente al servicio militar de la Federación, sino que es fuerza del Estado, despachada para perseguir ladrones, y ahora precisamente lo estamos proporcionando a usted la oportunidad de cumplir con su comisión.

—¿Usted qué sabe de eso, don cualquiera, ni qué tiene usted que gritarme aquí ni que leerme la cartilla, ni quién le ha dado a usted facultades para hablarme en ese tono! ¿Quién es ese hombre, señor prefecto? —preguntó el comandante en el paroxismo del furor, con los bigotes erizados y poniendo mano en el puño de su pistola Colt, que llevaba ceñida a la cintura.

—Este muchacho —respondió el prefecto palideciendo, porque temió algún desmán del soldadote, que como todos los de su rúlea era un gran insolente con los hombres honrados y pacíficos—, este señor es, en efecto, un vecino muy honrado y muy apreciable, que ha prestado muy buenos servicios a los pueblos y que es muy estimado de todos.

—Pues no lo valdrá todo eso de nada para evitar que yo lo fusilo —dijo el comandante—; yo le enseñaré a no faltar al respeto a los militares.

Nicolás se cruzó de brazos, impassible, y contestó sin arrogancia, pero con acento frío y altivo:

—Haga usted lo que quiere, señor militar; usted tiene allí su fuerza armada. Yo estoy solo, sin armas y delante de la autoridad de mi población. Pueda usted fusilarme, no lo temo y ya lo estaba yo esperando. Era muy natural: no ha podido usted o no ha querido perseguir o fusilar a los bandidos a quienes era necesario combatir arriesgando algo, y le es a usted más fácil necesar a un hombre honrado que lo recuerda a usted sus deberes. Es claro... esto no será gloria para usted, pero sí lo único que puedo y sabe hacer.

—¿De manera que usted cree que yo me valgo de la fuerza para castigar las insolencias de usted?

—Así lo creo —respondió Nicolás, siempre cruzado de brazos y con acento frío y seguro.

—Pues se equivoca usted, amigo —gritó el comandante—. Yo no necesito de la fuerza armada para castigar a los que me insultan. Yo sé corregirlos hombre a hombre.

—¿Sería de ver! —respondió Nicolás, con una ligera sonrisa de desprecio—. Y precisamente —añadió—, por aquí cerca de Yautepac hay algunos lugares bastante solitarios en que

podría dar pruebas de valor. Deje aquí a su tropa, montaremos a caballo los dos y nos iremos juntos a escoger el sitio a propósito.

—¿Sí, me desafia usted? —preguntó el militar, livido de rabia.

—Yo acepto, señor comandante. Usted ha dicho que es muy capaz de castigar a los que le insultan hombre a hombre y sin valerse de la fuerza. Yo acepto y estoy dispuesto, con iguales armas y donde a nadie favorezca más que su propio valor.

—Bueno —dijo el comandante—, ahora verá usted si soy capaz.

Y saliendo precipitadamente de la pieza, gritó a varios soldados que estaban por ahí:

—¡Hola, sargento, préndame usted a ese pícaro y téngalo en el cuartel con centinela de vista! Si se mueve, mátenlo.

—¡Donita manera de arreglar las cosas hombre a hombre! —murmuró Nicolás, mirando al comandante con un gesto de profundísimo desdén.

—¡Ahora verá usted si me echa bravatas, insolente!

—Peró, señor comandante —dijo el pobre prefecto, interponiéndose en actitud suplicante—, dispense usted a este muchacho; es un exaltado, pero es hombre de bien, incapaz de cometer el más mínimo delito.

—¡Cállese usted, señor prefecto del demonio —replicó el militar, furioso como un energúmeno—; cállese usted o también me lo llevo! Para eso nada más sirven ustedes, las autoridades de aquí, para dar alas a los zaragates. ¡Ya verá usted si hago otro ejemplar! Llévenselo, llévenselo —dijo a los soldados que se apoderaron de Nicolás, el cual no hizo ninguna resistencia, contentándose con decir al prefecto:

—No ruegue usted, señor prefecto; deje usted que hagan lo que quieran, pero no humille usted su autoridad.

Sin embargo, el prefecto comprendía que aquel militar fanfarrón y cobarde era capaz de cumplir sus amenazas.

Por aquel tiempo y en aquellas comarcas, tales hechos no eran, por desgracia, sino muy frecuentes. Los bandidos reinaban en paz, pero, en cambio, las tropas del gobierno, en caso de matar, mataban a los hombres de bien, lo cual les era muy fácil y no corrían peligro por ello, estando el país de tal manera revuelto y las nociones de orden y moralidad de tal modo trastornadas, que nadie sabía ya a quién apelar en semejante situación.

Las autoridades locales eran autoridades de burlas en las

poblaciones y cualquier militarillo por inferior que fuese se atrevía a ultrajarlas y a humillarlas.

El infeliz magistrado de Yautepec no pudo hacer otra cosa que reunir al Ayuntamiento, que se reunió, en efecto, con gran temor, no sabiendo qué deliberar. Además, el prefecto envió inmediatamente aviso al administrador de la hacienda de Atlihuyán, quien en el acto montó a caballo y se dirigió a galope a Yautepec, acompañado de los dependientes principales de la hacienda, con el objeto de procurar la libertad del honrado herrero.

## XIV

## PILAR

En cuanto a doña Antonia, desde el principio del altercado de Nicolás con el comandante, viendo el giro que tomaba aquel asunto y comprendiendo que no tenía que esperar nada de las autoridades y que, por el contrario, se iba a cometer una gran injusticia y tal vez un crimen con su generoso defensor, había caído en un extremo tal de abatimiento que por un instante se la creyó enferma. Pero nadie le hizo caso, estando todos atentos al desenlace de aquella discusión.

Cuando los soldados se llevaron a Nicolás preso, la pobre señora ni aun fuerzas tuvo para levantarse y seguirlo, contentándose con gemir arrinconada y atónica en un banco de la Prefectura.

Por fin, cuando el prefecto salió, ella también, acompañada del tío de Pilar y de varios vecinos, se dirigió a la casa, en donde la esperaban aquella joven, sus tíos y algunos vecinos y vecinos que se interesaban en su desgracia.

Refirióles en pocas palabras lo que acababa de suceder, y agotadas sus fuerzas por tantos sufrimientos, débil, extenuada, pues no había tomado alimento alguno desde la mañana y habíase empapado de agua en la huerta, ni hacer sus primeras pesquisas, se arrojó en la cama temblando de fiebre. Su ahijada y aquellas gentes piadosas le prodigaron los primeros cuidados. Pero la buena y bella joven, tan luego como aplicó las medicinas necesarias a su madre, comenzó a ocuparse en otra cosa que la había conmovido hasta el fondo del alma.

La noticia de la prisión de Nicolás había sido para ella un rayo. Se sintió trastornada, pero disimuló cuanto pudo su

## XVIII

## ENTRE LOS BANDIDOS

Manuela, apasionada del Zarco y por lo mismo ciega, no había previsto enteramente la situación que la esperaba, y, si la había previsto, no se había formado de ella sino una idea convencional.

Su fantasía de mujer enamorada e inexperta le representaba la existencia en que iba a entrar como una existencia de aventuras, peligrosas, es verdad, pero divertidas, romancescas, originales, fuertemente atractivas para un carácter como el suyo, irregular, violento y ambicioso.

Como hasta allí, y desde que se había soldado esa nueva plaga de bandidos en la tierra caliente, al acabar la terrible guerra civil que había destrozado a la República por espacio de tres años, y que se conoce en nuestra historia con el nombre de Guerra de Reforma, no puede decirse que se hubiera perseguido de una manera formal a tales facinerosos, ocupado como estaba el gobierno de la nación en luchar todavía con los restos del ejército clerical, Manuela no había visto nunca levantarse un patibulo para uno de esos compañeros de su amante.

Al contrario, había visto muchísimos pasearse impunemente por las poblaciones y los campos, en son de triunfo, temidos, respetados y agasajados por los ricos, por las autoridades y por toda la gente.

Si alguna persecución se les hacía, de cuando en cuando, como aquella que había fingido el feroz comandante conocido nuestro, era más bien por fórmula, por cubrir las apariencias; pero en el fondo, las autoridades eran impotentes para combatir a tales adversarios, y todo el mundo parecía resignado a soportar tan degradante situación.

Manuela, pues, se figuraba que esa situación, por pasajera que fuese, aún debía durar mucho, y que el dominio de los *platacos* iba consolidándose en aquella comarca. Además, ella era muy joven para recordar las tremendas persecuciones y matanzas llevadas a cabo contra los bandidos de otras épocas por fuerzas organizadas por el gobierno del Estado de México y puestas a las órdenes de jefes enérgicos y terribles, como el célebre Oliveros.

Eso había pasado en tiempos ya remotos, a pesar de que no habían transcurrido desde tales sucesos ni quince años. Por otra parte, las circunstancias eran diversas. En aquella época se trataba de perseguir a cuadrillas de saltadores vulgares, compuestas de diez, de veinte, a lo sumo de cuarenta bandidos, que se dispersaban al menor ataque y cuyo recurso constante era la fuga. Se estaba en una paz relativa, y podían las fuerzas organizadas de varios Estados concurrir a las combinaciones para atacar a una partida numerosa; las poblaciones y los hacendados ricos podían prestar sus auxilios, las escoltas recorrían constantemente los caminos, y hombres conocedores de todos las guardias servían de guías, o eran los perseguidores.

Pero ahora era diferente. Ahora el gobierno federal se hallaba demasiado preocupado por la guerra que aún sostenían las huestes de Márquez, de Zolunga, de Mejía y de otros caudillos clericales, que aún reunían en torno suyo numerosos partidarios; la intervención extranjera era una amenaza que comenzaba a traducirse en hechos, precisamente en el tiempo en que se verificaban los sucesos que relatamos, y, como era natural, la nación toda se conmovió, esperando una invasión extranjera que iba a producir una guerra sangrienta y larguísima, que, en efecto, se desencadenó un año después y que no concluyó, con el triunfo de la República, sino en 1867.

Todas estas consideraciones no podían venir al espíritu de la joven con la lucidez con que se presentaban a los ojos de las personas sensatas; pero ella oía hablar a las gentes serias que visitaban a doña Antonia o ésta le transmitía los rumores que circulaban, y aunque vagamente, como las gentes de la muchedumbre suelen resumir la situación pública, pero de un modo exacto, ella sacaba las consecuencias que le importaban para su vida futura.

Por lo demás, el estado que guardaban las cosas en la tierra caliente, era demasiado claro para que Manuela pudiera abrigar grandes temores por la vida del Zarco.

Lo cierto era que los *platacos* dominaban en aquel rumbo, que el gobierno federal no podía hacerles nada, que el gobierno del Estado de México, entonces desorganizado, y en el que los gobernadores, militares o no, se sucedían con frecuencia, tampoco podía establecer nada durable; que los hacendados ricos tenían que huir a México y cerrar sus haciendas o someterse a la dura condición de rendir tributo a los prin-

cipales cabecillas, su pena de ver incendiados sus campos, destruidas sus fábricas y muertos sus ganados y sus dependientes.

Lo cierto era que no se trataba ahora de combatir a cuadrillas de pocos y medrosos ladrones como aquellos a quienes se había perseguido en otro tiempo, sino a verdaderas legiones de quinientos, mil y dos mil hombres, que podían reunirse en un momento, que tenían la mejor caballería y el mejor armamento del país, que conocían éste hasta en sus más recónditos vericuetos; que contaban en las haciendas, en las aldeas, en las poblaciones, con numerosos agentes y emisarios reclutados por el interés o por el miedo, pero que les servían fielmente, y por último, que alocionados en la guerra que acababa de pasar, y en la que muchos de ellos habían servido tanto en un bando como en otro, conocían las tácticas lo bastante para presentar verdaderas batallas, en las que no pocas veces quedaron victoriosos.

Así, pues, Manuela, a quien el Zarco había también instruido en sus frecuentes entrevistas acerca de las ventajas que contaban los bandidos, acababa por disipar sus dudas, sabiendo que su amante pertenecía a un ejército de hombres valerosos, resueltos, y que contaban con todos los elementos para establecer en aquella desdichada tierra un dominio tan fuerte como duradero.

De modo que, por una parte, con el impulso irresistible de su pasión, y por otra, convencida por todas las razones que le daba su amante y el temor de las gentes que la habían rodeado, acabó por confiarse resueltamente a su destino, segura de que iba a ser tan feliz como en sus sueños malsanos lo había concebido.

Pero, en resumen, Manuela, que no había hecho más que pensar en los *plateados* desde que amaba al Zarco, no conocía realmente la vida que llevaban esos bandidos, ni aun conocía personalmente de ellos más que a su amante. Los había visto varias veces en Cuernavaca desfilar ante sus ventanas, formando escuadrones; pero la rapidez de ese desfile y la circunstancia de no haberse fijado con atención más que en el Zarco, que fue quien la cautivó desde entonces por su gallardía y su lujo, impidieron que pudiese distinguir a ningún otro de aquellos hombres.

Después, retirada en Yautepéc, y encerrada, justamente por el miedo que tenía doña Antonia de que fuese vista por semejantes facinerosos, Manuela no había vuelto a ver a ninguno de ellos, pues cuando habían llegado a entrar a

día en la población, había tenido que esconderse, ya en el cuarto, ya en lo más oculto de las huertas, donde la gente se preparaba escondrijos, en los que permanecía días enteros, hasta que pasaba el peligro.

Así, pues, no conocía a los bandidos más que de oídas, ya que por los relatos seductores que le hacía el Zarco, entremezclados, sin embargo, de alusiones de peligros pasajeros, que, lejos de asustarle, le causaban emociones punzantes, o ya por las terribles narraciones de la gente pacífica de Yautepéc, abultadas todavía más por doña Antonia, cuya imaginación había acabado por enfermar.

De estas noticias tan contradictorias, Manuela, con una parcialidad muy natural en quien amaba a un bandido, había formado una idea siempre favorable para éste y ventajosa para ella.

Pensaba que el terror de las gentes exageraba los crímenes de los *plateados*; que con la mira de inspirar mayor horror hacia ellos, sus enemigos los pintaban como a monstruos verdaderamente abominables y que no tenían de humano más que la figura; que la vida de crápula constante en que se les suponía encenagados cuando no andaban en asaltos y matanzas, no era más que una ficción de las gentes, aterradas o llenas de odio; que los suplicios espantosos a que condenaban a sus víctimas no eran más que ponderaciones a fin de infundir pavor y arrancar dinero más fácilmente a las familias de los plagiados.

Ella creía que el Zarco y sus compañeros eran ciertamente bandidos, es decir, hombres que habían hecho del robo una profesión especial. Ni esto le parecía tan extraordinario en aquellos tiempos de revuelta, en que varios jefes de los bandos políticos que se hacían la guerra habían apelado muchas veces a ese medio para sostenerse. Ni el plagio, que era el recurso que ponían más en práctica los *plateados*, le parecía tampoco una monstruosidad, puesto que, aunque inusitado antes, y por consiguiente nuevo en nuestro país, había sido introducido precisamente por facciosos políticos y con pretextos también políticos.

De manera que, a sus ojos, los *plateados* eran una especie de facciosos en guerra con la sociedad, pero por eso mismo interesantes; feroces, pero valientes; desordenados en sus costumbres, pero era natural, puesto que vivían en medio de peligros y necesitaban de violentos desahogos como compensación de sus tremendas aventuras.

Razonando así, Manuela acababa por figurarse a los bandidos como una casta de guerreros audaces y por dar al Zarco las proporciones de un héroe legendario.

Aquella misma guardia de Xochimancas y aquellas alturas rocosas de las montañas en que solían establecer el centro de sus operaciones los *plateados*, aparecen en la imaginación de la extraviada joven como esas fortalezas maravillosas de los antiguos cuentos, o por lo menos como los campamentos pintorescos de los ejércitos liberales o conservadores que se habían visto aparecer, no hacía mucho, en casi todos los puntos del país.

Todo esto había pensado Manuela en sus horas de amor y de reflexión y ya resuelta a compartir la suerte del Zarco.

Así es que la noche de la fuga ella esperaba entrar en un mundo desconocido. De pronto, la noche tempestuosa, la lluvia, la emoción consiguiente al abandono de su casa y de su pobre madre, que siempre le hiciera miel, a pesar de su pasión y de su perversidad, al verse ya entregada en alma y cuerpo al Zarco, todo esto le impidió comparar su situación con sus sueños anteriores y examinar a los compañeros de su amante. Por otra parte, nada había aún de extraordinario en aquellos momentos. Se escapaba de su casa con el elegido de su corazón; éste, caballero y bandido, había tenido que acompañarse de algunos amigos que afrontasen el peligro con él y que le guardasen la espalda; he ahí todo. Ella no los conocía, pero le simpatizaban ya por el solo hecho de contribuir a lo que juzgaba su dicha.

Cuando obliados por la tempestad, tanto ella como el Zarco y sus compañeros, se refugiaron en la cabaña del guardacampo de Atibunayán, todos permanecieron en silencio y no echaron abajo sus embornos, de modo que así, en la obscuridad y sin hablar, Manuela no pudo distinguir sus fisonomías ni conocer el metal de su voz. Algunas palabras en voz baja, cruzadas con el Zarco, fueron las únicas que interrumpieron aquel silencio que exigía el lugar.

Pero cuando a las primeras luces del día, y calmada ya la lluvia, el Zarco dio orden de montar, Manuela pudo examinar a los compañeros de su amante: embornados en sus jorropos, siempre cubiertos hasta los ojos, con sus bufandas, no dejaban ver el rostro; pero su mirada torva y feroz produjo un estremecimiento involuntario en la joven, acostumbrada a las descripciones que se le hacían de estas figuras de facinerosos. Entonces fue cuando Manuela, en un pedazo

de papel que le proporcionó el Zarco, escribió con lápiz aquella carta dirigida a doña Antonia en la que le daba parte de su fuga.

Luego echáronse a andar los prófugos con dirección a Xochimancas, encumbrando rápidamente la montaña en que vimos aparecer al Zarco por primera vez.

La comitiva continuó callada. De vez en cuando, Manuela, que iba delante con el Zarco, escuchaba ciertas risas ahogadas de los bandidos, a las que contestaba el Zarco volviéndose y guiñando el ojo de un modo malicioso que disgustó a la joven.

Después la embalgata comenzó a entrar en un laberinto de veredas, unas serpenteando a través de pequeños valles encajados entre las altas rocas, y otras frecuentadas por bandidos y leñadores.

Por fin, poco antes de mediodía se divisaron por entre una abra, formada por dos colinas monstruosas, las ruinas de Xochimancas, madriguera entonces de los *plateados*.

De una altura que dominaba aquella hacienda arruinada se oyó un agudo silbido, al que respondió otro lanzado por el Zarco, e inmediatamente un grupo de jinetes se desprendió de entre las ruinas y a todo galope se acercó a reconocer la cabalgata del Zarco, llevando cada uno de aquellos jinetes su mosquete preparado.

El Zarco se adelantó, y rayando el caballo, habló con los del grupo, que se volvieron a toda brida a Xochimancas a dar parte.

Pocos momentos después, el Zarco dijo a Manuela, con tono amoroso:

—Ya estamos en Xochimancas, mi vida, ahí están todos los muchachos.

En efecto, por entre las viejas y derruidas paredes de las casuchas del antiguo *real*, así como en los portales derrumbados y negruzcos de la casa de la hacienda, Manuela vio asomarse numerosos cabezas patibularias, todas cubiertas con sombreros plateados, pero no pocas con sombreros viejos de palma; aquellos hombres, por precaución, tenían todos en la mano un mosquete o una pistola.

Algunas veces, al atravesar la comitiva, gritaban continuamente:

—¡Miren al Zarco! ¡Qué maldito!... ¡Qué buena garra so trae!

—¿Dónde te has encontrado ese buen trozo, Zarco de tal?

—preguntaban otros riendo.

—Esta es para mí no más —contestaba el Zarco en el mismo tono.

—¿Para ti no más?... Pos ya veremos... —replicaban aquellos bandidos—. ¡Adiós, güerita; es usted muy chula para un hombre solo!

—¡Si el Zarco tiene otras; ¡pa qué quiere tantas? —gritaba un mulato horroroso que tenía la cara vendada.

El Zarco, enfadado al fin, se volvió, y dijo con ceño:

—¡Se quieren callar, grandísimos!...

Un coro de carcajadas le contestó; la comitiva apretó el paso con dirección a una capilla arruinada, que era el alojamiento del Zarco, y éste dijo a Manuela, inclinándose a ella y abrazándola por el talle:

—No les hagas caso, son muy chaperos. ¡Ya los verás qué buenos son!

Pero Manuela se sentía profundamente contrariada. Vanidosa, como era, y aunque sabiendo que se entregaba a un forajido, ella esperaba que este forajido, que ocupaba un puesto entre los suyos semejante al que ocupa un general entre sus tropas, tuviese sus altos fueros y consideraciones. Crea que los capitanes de bandoleros eran alguna cosa tan temible que hacían temblar a los suyos con sólo una mirada, o bien que eran tan amados, que no velan en torno suyo más que frentes respetuosas y no escuchaban más que aclamaciones de entusiasmo. Y aquella recepción en el cuartel general de los *plateados* la había dejado helada. Más aún: se había sentido herida en su orgullo de mujer, y puede decirse en su pudor de virgen, al oír aquellas exclamaciones burlescas, aquellas chanzonetas malignas con que la habían saludado al llegar, a ella, que por lo menos esperaba ser respetada yendo al lado de uno de los jefes de aquellos hombres.

Porque, en efecto, ella no podía olvidar tan pronto, por corrompida que se hallara moralmente y por cegada que estuviera por el amor y la codicia, que era una doncella, una hija de padres honrados, una joven que, hacía poco, estaba rodeada por el respeto y la consideración de todos los vecinos de Yauatepec. Jamás en su vida habían llegado a sus oídos expresiones tan cínicas como las que acababa de escuchar, ni las galanterías que suelen dirigirse a las jóvenes hermosas, y que alguna vez se habían arrojado en su paso, tenían ese carácter de infame desvergüenza y de odiosa injuria que acababan de lanzarle al rostro en la presencia misma del que debía protegerla, de su amante.

Sintió, pues, que el semblante se le encendió de cólera; pero cuando el Zarco se volvió hacia ella, risueño, para decirle: «¡No les hagas caso!», su amante le pareció, no solamente tan cínico como sus compañeros, sino cobarde y despreciable. Dijose a sí misma, y por una comparación muy natural en aquel momento, que Nicolás, el altivo herrero indio, cuyo amor había desdenado, no habría permitido jamás que la amada de su corazón fuese ultrajada de esa manera. Por rápido que hubiera sido ese juicio, lo fue totalmente desfavorable al Zarco, quien, si hubiese podido contemplar el fondo del pensamiento de Manuela, se habría estremecido viendo nacer en aquella alma, que rebosaba amor hacia él, como una flor pomposa, el gusano del desprecio.

La intensa palidez que sucedió al rojo de la indignación en el semblante de la joven, debió ser notable, porque el Zarco la advirtió, e inclinándose de nuevo hacia ella, le dijo con tono meloso:

—¡No te enojés, mi alma, por lo que dicen esos muchachos! Ya te he dicho que tienen modos muy diferentes de los tuyos. ¡Es claro, pues, si no somos frailes ni catrines! Nosotros tenemos nuestros dichos aparte, pero es necesario que te vayas acostumbrando, porque vas a vivir con nosotros, y ya verás que todos esos chanceros son buenos sujetos y que te van a querer mucho. ¡Te lo dije, Manuela, te dije que no extrañarás, y tú me has prometido hacerme a nuestra vida!

Eso te lo dijo del Zarco resonó como un latigazo en los oídos de la atolondrada joven. En efecto, comenzaba a sentir la indiscreción de su promesa y los extravíos y ceguedades de la pasión. Inclinó la cabeza y no contestó al Zarco sino con un gesto indescriptible en que se mezclaban la repugnancia y el arrepentimiento.

Entretanto, habían llegado ya a la capilla arruinada que servía de alojamiento al Zarco, pues las habitaciones de la antigua casa de la hacienda estaban reservadas a otros jefes de aquellos bandoleros.

Aquel lugar, antes engrado, se hallaba convertido ahora en una guarida de chacales. En la puerta, y a la sombra de algunos arbolillos que habían arraigado en las paredes llenas de grietas o entre las baldosas desmenuadas y cubiertas de zaca-te, estaban dos grupos de bandidos jugando a la baraja en torno de un sirupe tendido, que servía de tapete y contenía las apuestas, los naipes y algunas botellas de aguardiente de caña y vaños. Algunos de los jugadores se hallaban sentados en cuclillas, otros con las piernas cruzadas, otros estaban

tendidos boca abajo, unos tarareaban con voz aguda y nasal canciones tabernarias, todos tenían los sombreros puestos y todos estaban armados hasta los dientes, no lejos de ellos se hallaban sus caballos atados a otros árboles, desembrizados, con los cinchos de las sillan flojos y comiendo algunos manojos de zacate de maíz, y por último, trepado en una pared alta, vigilaba otro bandido, pronto a dar la señal de alarma en caso de novedad.

Así, pues, los malvados, aun seguros como se sentían en semejante época, no descuidaban ninguna de las precauciones para evitar ser sorprendidos, y únicamente así se entregaban con tranquilidad a sus vicios o a la satisfacción de sus necesidades.

Manuela abarcó de una sola mirada semejante espectáculo, y al contemplar aquellas fisonomías de patibulo, aquellos trajes cuajados de plata, aquellas armas y aquellas precauciones, no pudo menos de estremecerse.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó curiosa al Zarco.

—¡Ah! —contestó éste—, son mis mejores amigos, mis compañeros, los jefes... Félix Palo Seco, Juan Linares, el Lobo, el Coyote, y ese güerito que se levanta es el principal... es Salomé.

—¿Salomé Plasencia?

—El mismo.

En efecto, era Salomé, el capataz más famoso de aquellos malvados, una especie de *Fra Diavolo* de la tierra caliente, el fleucelo y audaz burladero que había logrado, merced a la situación que hemos descrito, establecer una especie de señoría feudal en toda la comarca y hacer inclinár, ante su miserable persona, las frentes más soberbias de los ricos y propietarios del rumbo.

Salomé se adelantó a recibir al Zarco y a su comitiva.

—¿Qué hay, Zarco? —le dijo con voz aflautada y alargándole la mano—. ¡Caramba! —añadió mirando a Manuela—, ¡qué bonita muchacha te has sacado! —Y luego, tocándose el sombrero y saludando a Manuela le dijo—: ¡Buenos días, güerita...! bien haya la madre que la parió tan linda!...

Los otros bandidos se habían levantado también y rodeaban a los recién llegados, saludándolos y dirigiendo requiebros a la joven. El Zarco se apeó, riendo a carcajadas, y fue a bajar a Manuela, que se hallaba aturdida y no acertaba a sonreír ni a responder a tales hombres. No estaba acostumbrada a semejante compañía y le era imposible imitar sus modales y su fraseología cinica y brutal.

—¡Vamos, aquí hay frescol —dijo uno de los del grupo, trayendo un vaso de aguardiente, de ese aguardiente de caña fuerte, y mordendo y desagradable, que el vulgo llama chinguirito.

—No —dijo el Zarco, apretando el vaso—, esta niña no toma chinguirito, no está acostumburada; lo que queremos es almorzar, porque hemos andado casi toda la noche y toda la mañana, y no hemos probado bocado.

—A ver, mujeres —gritó a las gentes que había dentro de la capilla, de la cual se exhalaba, juntamente con el humo de la leña, cierto olor de guisados campesinos—, hápannos de almorzar, y tomen esto —añadió alargando la maleta que contenía la ropilla de Manuela; ésta sólo conservó su saco de cuero, en que guardaba las alhajas, que nunca le parecieron más en peligro que en ese lugar.

Un grupo de mujerzuelas, desarrapadas y sucias, se apresuró a recibir la maleta, y los recién llegados penetraron en aquel pandemónium; en que se aglomeraban objetos abigarrados y extraños y gentes de catadura diversa.

Por acá, y cerca de la puerta, se veía la cocina de humo, es decir, el fogón de leña en que se cocían las tortillas, y junto al cual estaban la molendera con su metate y demás accesorios. Un poco más lejos había otro fogón, en el que se preparaban los guisados en ollas o en cazuelas negras. Del otro lado había sillas de montar puestas en palés atravesados, mecate en que se colgaba la ropa, es decir, calzoneras, chaquetas, arripes, tunicos viejos de percal y lana; en un rincón se revolcaba un enfermo de fiebre, con la cabeza envuelta en un pañolón negro desgarrado y sucio; más allá un grupo de mujeres desgreñadas remendaban ropa blanca o hacían vendas, y al final, en el fondo de la capilla, junto al altar mayor, convertida en escombros, y separada de la nave por una cortina hecha de sábanas y de petates, se hallaba la alcoba del Zarco, que contenía un catre de campaña, colchones tirados en el suelo, algunos bancos de madera y varios baúles forrados de cuero. Tal era el mobiliaje que iba a ofrecer aquel galán a la joven dama a quien acababa de arrebatar de su hogar tranquilo.

—Manuelita —le dijo, conduciéndola a aquel rincón—, esto, como ves, está muy feo, pero por ahora hay que conformarse; ya tendrás otra cosa mejor. Ahora voy a traerte de almorzar.

La joven se sentó en uno de los bancos y allí, cubierta con la cortina, sintiéndose a solas, dejó caer la cabeza entre las

manos, desfallecida, abismada; y oyendo las risotadas de los bandidos ebrios, sus blasfemias, las voces agudas de las mujeres, aspirando aquella atmósfera pesada, pestilente como la de una cárcel, no pudo menos que mesarse los cabellos desesperada, y derramando dos lágrimas que abrasaron sus mejillas como dos gotas de fuego, murmuró con voz enronquecida:

—¡Jesús!... ¡Lo que he ido a hacer!

## XIX

## XOCHIMANCAS

Hemos introducido al lector en una de las madrigueras de los famosos *plateados*, que por el tiempo nefasto que transcurrió de los últimos meses de 1861 a los finales de 1862, sirvió de cuartel general a los temibles y espantosos bandidos que fueran la calamidad y la deshonra de nuestro país.

Era Xochimancas, y es todavía, una hacienda arruinada, es decir, una finca de campo, con buenos terrenos propios para el cultivo de la caña de azúcar o de maíz, con abundantes aguas y clima ardoroso, y en suma, con todos los elementos, necesarios para una agricultura tropical, productiva y fecunda. El algodón, el café, el indigo, la caña de azúcar pueden propagarse allí lo mismo que en los más fértiles terrenos de la cañada de Cuernavaca o de los distritos de Tetecala, de Yautepec, de Morelos o de Jonatepec, rindiendo al agricultor el ciento por uno.

¿Por qué en tal época no se velan en ese pequeño y ardiente valle las hermosas plantaciones de los ricos ingenios que en las otras comarcas hemos mencionado?

No lo sabemos a punto fijo. Xochimancas, ya en aquel tiempo, era una ruina, pero ella revelaba que en épocas pasadas, desde la dominación colonial seguramente, había sido cultivada por los españoles como una buena finca de campo que rendía pingües productos. ¿De cuándo databa su decadencia y su ruina? No lo hemos averiguado, aunque hubiera sido fácil, ni importa gran cosa para la narración de estos sucesos.

Pero sí es evidente que el lugar es propio para el cultivo, y que sólo la apatía, la negligencia o circunstancias muy particulares y pasajeras pudieran haberle convertido en una guardia de malhechores, en vez de haber presentado el as-

pecto risueño y halagador de un campo de trabajo y actividad, porque el nombre mismo, de origen náhuatl, indica que desde la época anterior a la conquista española este lugar era fértil y ameno, y tal vez en él tuvo asiento un pueblo de jardineros.

El ilustrado joven ingeniero Vicente Reyes, en su preciosa obra inédita intitulada *Onomatología geográfica de Morelos*, dice, explicando el jeroglífico correspondiente a Xochimancas:

«Xochimancas, Hacienda de la Municipalidad de Tlaltizapán, en el distrito de Cuernavaca. —Etimología: Xochimancas, lugar de cuidadores y productores de flores; de *Xochimanqui*, el cuidador y productor de flores, y *ca*. Formamos el nombre pictórico con el grupo que en la colección Ramírez sirve para descifrar la palabra Xochimancas, *Xochimanque*. Y luego, citando al viejo cronista Salubgún, añade: «En la fiesta celebrada al tercer mes, Tezontli ofrecían las primicias de las flores que aquel año primero nacían en el cu llamado Topico, y antes que las ofreciesen, nadie osaba oler flor alguna.»

«Los oficiales de las flores que se llamaban Xochimanqui hacían fiesta a su diosa llamada Coatlycue, y por otro nombre Cuntlaton.»

Y el laborioso y erudito anticuario Cecilio A. Robelo, en sus *Nombres Geográficos Mexicanos del Estado de Morelos*, obra apreciableísima, dice, citando a otro antiguo cronista, Torquemada: *Xochimancas, ¿Xochimant? Lugar en que se cuidaban o producían las flores que se ofrecían a los dioses.*

Entre las divinidades de los aztecas se hallaba la Coatlycue o Coatlantloma, culebra resplandeciente, diosa de las flores, a la que ofrecían en el mes Tezontli ramos de flores formados con precioso artefacto. Los oficiales encargados del cultivo de esas flores y de formar los ramos se llamaban Xochimanqui. El lugar que en el Estado lleva el nombre de Xochimancas, estaba tal vez destinado para el jardín de la diosa, o para la morada de los *Xochimanqui*, y de ahí quizá tomó el nombre, cuya terminación, como nombre de lugar, no hemos podido encontrar.

Así, pues, parece que en la antigüedad azteca este lugar, hoy abandonado y yermo, fue un jardín, seguramente un vasto jardín, tal vez una ciudad llena de huertos y de flores, un lugar ameno y delicioso consagrado al culto de la flora azteca, a cuyo pie los inteligentes y bravos *tlahuica*, habitantes de esta comarca y celebrados floricultores, ofre-



viento a Martín Sánchez cercado, se lanzó sobre el grupo, repartiendo lazos y reveses. Ya era tiempo, porque el valiente jefe tenía la espada rota y estaba herido.

El Zarco y el Tigre eran los que rodeaban a Martín, pero al ver a Nicolás retrocedieron y procuraron huir. El herero, al reconocer al Zarco, no pudo contener un grito de odio y de triunfo. ¡Por fin lo tenía enfrente!

Partió sobre él como un rayo; el bandido, perdido de terror, se salió del combate y se dirigió a un bosquecillo, donde estaban algunas mujeres de los bandidos, a caballo, pero ocultas.

Nicolás alcanzó al Zarco, precisamente al acercarse éste al grupo de mujeres, y allí, al mismo tiempo en que el bandido disparaba sobre él su mosquete, le abrió la cabeza de un sablazo y le dejó tendido en el suelo, después de lo cual volvió al lugar de la pelen, no sin gritar:

—¡Ya está vengada doña Antonia!

Ni oyó siquiera, furioso como estaba, el grito de Manuela, que era una de las mujeres que estaban a caballo, y que le había reconocido precisamente en el instante mismo en que hería al Zarco.

La pelen, después de esto, duró poco, porque los bandidos huyeron desparvoridos, dejando libre el cargamento.

El sol se había puesto ya enteramente. Avanzaban las sombras, y a la luz crepuscular, Martín Sánchez recogió sus muertos y heridos, lo mismo que los de los *plateados*, operación que le hizo detenerse algunas horas hasta que anocheció completamente.

Entonces, temiendo que los *plateados* se rehicieran y volvieran sobre él con todas las ventajas que les daban el número y la obscuridad, determinó que alguno avanzara rápidamente, hasta Morelos y pidiera a la autoridad el auxilio de fuerza y las canillas que se necesitaban.

La comisión era peligrosísima; los bandidos no debían estar lejos, y era de temerse una emboscada en el camino.

Sólo un hombre podía desempeñarla, y Martín Sánchez, en aquella angustia, no vaciló en pedir tal sacrificio a Nicolás.

—Señor don Nicolás —le dijo—, sólo usted es capaz de exponerse a ese riesgo, pero acabe usted su obra. Ya nos salvó usted hace un rato. Usted conoce los caminos, tiene buen caballo y es hombre como ninguna. Se lo ruego...

Nicolás partió inmediatamente. Cuando Martín le vio perderse entre las sombras:

—¡Yo no he visto nunca —dijo— un hombre tan valiente como éste!

—Pero en un descuido lo van a matar por ahí —dijo el comerciante.

—¡Dios ha de querer que no! —replicó Martín Sánchez—. ¡Pero qué quiere usted que hagamos para salir de aquí? No hay más que este recurso. ¡No le ha de suceder nada, ya verá usted! Don Nicolás tiene fortuna. Y es tan bueno... ¡valla más que me mataran a mí y no a él!

Entretanto, los soldados que observaban las cercanías de aquel lugar para ver si había algunos heridos, volvieron diciendo que cerca, en unos matorrales, estaba llorando una mujer junto a un cadáver.

Don Martín fue en persona a reconocer a esa mujer, que no era otra que Manuela, que no había querido huir con sus compañeras, no por amor al Zarco, a quien creyó muerto al principio, sino por miedo al Tigre, que la hubiera tomado por su cuenta.

Martín, examinando el cuerpo, se cercióró de que aún respiraba. La herida que recibió el Zarco fue terrible, pero no mortal. El bandido estaba bañando en sangre y era difícil reconocerlo, pero por Manuela sí supo que era el Zarco.

Martín Sánchez se estreñeció de gozo. Aquel bandido temible y renombrado había caído en su poder.

Iba a colgarlo tan pronto como amaneciera. Desgraciadamente, a la madrugada llegó la autoridad de Morelos con la fuerza y las canillas. Martín le entregó los bandidos prisioneros y heridos, juntamente con aquella mujer. Nicolás apenas lo vio, y Manuela, por su parte, no quiso dar la cara de vergüenza y se cubrió toda la cabeza con su rebozo.

Así marcharon a Morelos, Martín para curarse de sus heridas, que eran graves, lo mismo que sus soldados, continuando Nicolás a Yauztepec, a fin de preparar su matrimonio.

Manuela, como era natural, presa con su amante, permaneció en la cárcel, incomunicada, y viendo en su imaginación la imagen de Nicolás cada vez más bella.

## XXIV

## EL PRESIDENTE JUÁREZ

Martín Sánchez estaba indignado. El partido de los bandidos aún era muy fuerte y contaba con grandes influencias,

tanto en México como en la tierra caliente. La desorganización en que se hallaba el país, en aquel tiempo, era causa de que se viese semejante escándalo.

Los plateados contaban con amigos en todas partes, y si un hombre de bien, como lo hemos visto con Nicolás, encontraba difícilmente patrocinio, un burladero contaba con mil resortes, que ponía en juego tan luego como corría peligro. Y es que, como eran poderosos, y tenían en su mano la vida y los intereses de todos los que poseían algo, se les temía, se les captaba y se conseguía, a cualquier precio, su benevolencia o su amistad.

Mientras que el bravo jefe que exponía su vida en lucha tan desigual se estaba curando de sus heridas, el Zarco, ya restablecido, había logrado, por medio de sus protectores, que se le sometiera a juicio y que se le trasladase a Cuernavaca, so pretexto de que allí había cometido crímenes.

Jugarlo y trasladarlo era salvarle la vida; encontraría defensores y quizá podría evadirse. Lo mismo se había hecho con los otros bandidos que habían caído heridos o prisioneros en el combate cerca de La Calavera. La población de Morelos estaba escandalizada, pero como hechos de esta naturaleza no habían sido, por desgracia, sino muy frecuentes no puso de ahí.

Martín Sánchez reflexionó entonces que mientras no se entendiese en grande la lucha con los bandidos, éstos, por la mancomunidad de intereses que tenían entre sí, habrían de favorecerse siempre; que mientras él, Martín, y otros jefes perseguidores no tuviesen facultades como las que tuvo en otro tiempo el famoso Oliveros, habría de ser inútil toda persecución, porque sometidos los bandidos al fuero común, hubieran de encontrar recursos, influencias y dinero para substraerse al castigo. Que mientras no viesen los pueblos abierta la lucha sin cuartel entre la autoridad y los malhechores, no habían de decidirse en favor de la primera.

En ese concepto, pensó en dar un paso decisivo para saber a qué atenerse; y resolvió ir a México, para apersonarse con el presidente Juárez, darle cuenta con verdad del estado en que se hallaba la tierra caliente, decidirlo en favor de la buena causa y pedirle facultades, armas y apoyo.

Esa resolución se hizo más urgente aún cuando Martín Sánchez supo que, al ser conducido el Zarco con su querida y sus compañeros a Cuernavaca, escoltados por una fuerza pequeña y mala, los plateados se habían emboscado en el estrecho y escabroso paso llamado Las Tetillas, y atacando

a la escolta, la desbarataron y libraron a los presos. Así, pues, el Zarco había vuelto con sus antiguos compañeros para sembrar de nuevo el terror con sus crímenes en aquella comarca.

Martín Sánchez se dirigió a México, y aunque no contando con ningún valimiento, ni reputación, provisto sólo de algunas cartas de amigos del presidente Juárez, se presentó a éste tan pronto como pudo.

Juárez no era entonces el magistrado de autoridad incontestable y aceptada, ante cuya personalidad se inclinaban todos, como lo fue mucho más tarde.

Por aquella época, aunque acababa de triunfar en la famosa Guerra de Reforma, luchaba aún con mil dificultades, con mil adversarios, con mil peligros, de que sólo su energía y su fortuna pudieron sacarle adelante.

Las fuerzas clericales, acudilladas por Márquez, Zulouga y otros, todavía combatían con encarnizamiento y destruían a las tropas del gobierno liberal, es decir, de que sólo su energía y su fortuna pudieron sacarle adelante.

En el partido liberal surgían para el Presidente rivalidades poderosas, aunque, a decir verdad, ellas no constituían el mayor peligro.

El Erario estaba en bancarota, y para colmo de desdichas la invasión extranjera había ya profanado el territorio, y los adversarios del gobierno liberal, es decir, la función renclonaria y clerical, se unía a los invasores.

Juárez, pues, se hallaba en los días de mayor conflicto. Ya hemos dicho que, merced a estas circunstancias, los bandidos se habían enseñoreado de la tierra caliente.

Martín Sánchez pensó encontrar en el Presidente a un hombre ceñudo y tal vez predisposto contra él, y se encontró con un hombre frío, impassible, pero atento.

El jefe campesino lo abordó con resolución y le presentó las cartas que traía. El Presidente las leyó, y fijando una mirada profunda y escrutadora en Martín Sánchez, le dijo:

—Me escriben aquí algunos amigos que usted es un hombre de bien y el más a propósito para perseguir a esos malvados que infestan el sur del Estado de México, y a quienes el gobierno, por sus intenciones, no ha podido destruir. Infórmele usted acerca de esto.

Martín Sánchez le dio un informe detallado, que el Presidente escuchó con calma ordinaria; pero que interrumpió a veces con señales de indignación. Al concluir Sánchez, Juárez exclamó:

—¡Eso es un escándalo, y es preciso acabar con él! ¿Qué desea usted para ayudar al gobierno?

Entonces, animado Martín Sánchez por esas frases del Presidente, lacónicus como todas las suyas, pero firmes y resueltas, le dijo:

—Lo primero que yo necesito, señor, es que me dé el gobierno facultades para colgar a todos los bandidos que yo coja, y prometo a usted, bajo mi palabra de honor, que no mataré sino a los que lo merezcan. Conozco a todos los malhechores, sé quiénes son y los he sentenciado ya, pero después de haber deliberado mucho en mi conciencia. Mi conciencia, señor, es un juez muy justo. No se parece a esos jueces que libran a los males por dinero o por miedo. Yo ni quiero dinero ni tengo miedo.

—Lo segundo que yo necesito, señor, es que usted no dé oídos a ciertas personas que andan por ahí abogando por los *plateados* y presentándolos como sujetos de mérito que han prestado servicios. Desconfíe usted de esos patronos, señor Presidente, porque reciben parte de los robos y se enriquecen con ellos. Por aquí hay un señor que usa peluca güena, que toma polvos en caja de oro y que recibe cada mes un gran sueldo de los bandidos. Ese da pasaportes a los hacendados para que pasen sus cargamentos de azúcar y de aguardiente, sin novedad, pagando por supuesto una fuerte contribución. Ese, con el mismo dinero de los *plateados*, se procura influencias y nombra autoridades en la tierra caliente, y liberta a los presos, como liberó al Zarco, el otro día, un ladrón y un asesino que merecía la horca. Ese, por fin, es el verdadero capítlin de los plagueros, que vive de los robos y sin arriesgar nada, y ése si yo lo viera por mi rumbo, aunque me costara la vida después, iba a dar a la rama de un árbol, amarrado por el pescuezo.

—¿Quién es ese sujeto —preguntó Juárez, impaciente.

Martín Sánchez le alargó unas cartas, y le dijo:

—Ahí está el nombre disfrazado, pero por las señas usted lo conocerá.

—Bueno —replicó Juárez, después de leer las cartas y guardándolas en seguida—. No tenga usted cuidado por é; ya no libertará a ninguno. ¿Qué más desea usted?

—Armas, nada más que armas, porque no tengo sino unas cuantas. No necesito muchas, porque yo se las quitaré a los bandidos, pero para empezar necesitaré unas cien.

—Cuente usted con ellas. Mañana venga usted al Ministerio de la Guerra y tendrá todo. Pero usted me limpiará de ladrones ese rumbo.

—Lo dejaré, señor, en orden.

—Bueno, y hará usted un servicio patriótico, porque hoy es necesario que el gobierno no se distraiga para pensar sólo en la guerra extranjera y en salvar la independencia nacional.

—Confíe usted en mí, señor Presidente.

—Y mucha conciencia, señor Sánchez; usted lleva facultades extraordinarias, pero siempre con la condición de que usted debe obrar con justicia, la justicia ante todo. Sólo la necesidad puede obligarnos a usar de estas facultades, que traen tan grande responsabilidad, pero yo sé a quién las doy. No haga usted que me arrepienta.

—Me manda usted fusilar si no obro con justicia —dijo Martín.

Juárez se levantó y alargó la mano al terrible justiciero.

Al ver a aquellos dos hombres, pequeños de estatura, el uno frente al otro, el uno de frac negro, como acostumbra entonces Juárez; el otro de chaquetón también negro; el uno moreno y con el tipo de indio puro, y el otro amarillento, con el tipo del mestizo y del campesino; los dos serios, los dos graves, cualquiera que hubiera leído un poco en lo futuro se habría estremecido. Era la ley de la salud pública armando a la honradez con el rayo de la muerte.

## XXV

## EL ALBAZO

A pocos días de esta entrevista y en una mañana de diciembre, templada y dulce en la tierra caliente como una mañana primaveral, el pueblo de Yautepac se despertaba alborozado y alegre, como para una fiesta.

Y en efecto, esperaba una fiesta; no una fiesta religiosa, ni pública, sino una fiesta de familia, una fiesta íntima, pero en la que tomaba parte la población entera.

Nicolás, el honradísimo herrero de Atlihuanán, se casaba con la buena y bella Pilar, la perla del pueblo por su carácter, por su hermosura y sus virtudes.

Y como sabemos, estos dos jóvenes eran muy amados por sus compatriotas.

Así es que festejaban su enlace con toda solemnidad. Desde muy temprano, desde que la luz del alba había extendido en el cielo, limpio de nubes, y sobre las montañas, las huertas

y el caserío, su manto aperlado y suave, los repiques a vuelo, en el campanario de la iglesia parroquial, habían despertado a los vecinos; la música del pueblo tocaba alegres sonatas, y los petardos y las cámaras habían anunciado la misa nupcial.

Nicolás era humilde y no había deseado tanto ruido, pero las autoridades, el cura, los vecinos, habían querido demostrar así al estimable obrero y a su bella esposa el amor con que los veían. La iglesia, los altares, y especialmente el altar mayor, en que iba a celebrarse el casamiento, estaban llenos de arcos y de rainilletes de flores. Todos los naranjos y limoneros de Yauatepec, y se cuentan por centenares de miles, habían dado su contribución de azahares. Sin exageración podía decirse que ninguna novia en el mundo había contado jamás, en el camino de su casa a la iglesia, en ésta y en la casita que se le había dispuesto en Atlihuyán, con un adorno en que se ostentara la flor simbólica con tal riqueza y tal profusión. Era una lluvia de nieve y de aroma que rodaba a la pareja por todas partes. A las siete de la mañana, ésta apareció radiante en la puerta de la casa de Pilar y se dirigió a la iglesia, acompañada de sus padrinos y de una comitiva numerosa.

Ya la noche anterior se había celebrado el matrimonio civil, delante del juez recién nombrado, porque la ley de Reforma acababa de establecerse, y en Yauatepec, como en todos los pueblos de la República, estaba siendo una novedad. Nicolás, buen ciudadano ante todo, se había conformado a ella con sincero acatamiento.

Pero todavía en ese tiempo, como ahora mismo, la fiesta de bodas se reservaba para el matrimonio religioso. Los novios, pues, se presentaron ante el altar.

Nicolás, vestido con esmero, aunque sin ostentación, manifestaba en el semblante una alegría profunda, un sentimiento de felicidad tanto más verdadero, cuanto que se cubría con un exterior grave y dulce. Pilar estaba encantadora; su belleza natural se hallaba realzada ahora por su traje blanco y elegante, por su peinado de cabellos negros y sedosos, adornados con la corona nupcial, aquella corona que ella se complacía siempre en formar con el mayor gusto, no sabiendo todavía, como decía ella, si le serviría para su tocado de esposa ó para su tocado de virgen muerta.

Ya estaba viendo que sería para lo primero, y que un espíritu bueno y protector le había augurado siempre su feliz destino. Apenas lo creía; había en sus ojos dulcísimos y lán-

guidos algo como el reflejo de una visión celeste que le daba un aspecto de santa, una mirada angelical.

El rubor natural causado por aquel momento y por ser el objeto de las miradas de todos, la timidez, el amor, aquel concurso, aquel altar lleno de cirios y de flores, la voz del órgano, el murmullo de los rezos, el incienso que llenaba la nave, todo había producido en ella tales y tan diversas emociones que parecía como arrebatada a un mundo extraño, al mundo de los sueños y de la dicha.

Con todo, y a pesar del aturdimiento que le embargaba, la buena joven tuvo un pensamiento para la pobre anciana a quien había amado como a una madre, para la infeliz mártir cuyo luto acababa de llevar y cuyas bendiciones la protegían. Una lágrima de ternura inundó sus mejillas al recordarla, y al recordar también a la desdichada Manuela, por quien oró en aquel momento en que era tan feliz.

Por fin la misa acabó, y los novios, después de recibir los plácemes de su amigos, de todo el pueblo, se dispusieron a partir para la hacienda de Atlihuyán, donde tenían su casa, a la que habían invitado a muchas personas de su estimación para tomar parte en un modesto festín.

Al efecto, se dispuso una cabalgata que había de servir de cortejo al *guayín* en que caminaban los esposos con el cura y otros amigos.

A las ocho de la mañana partieron, y comenzaron a caminar por la carretera que conducía a la hacienda.

Pero poco antes de llegar al lugar en que se alzaba el gran amate en que siempre cantaba el búho, las noches en que pasaba el Zarco, cuando venía a sus entrevistas con Manuela, la comitiva se detuvo estupefacta.

Al pie del corpulento árbol estaba formada una tropa de caballería, vestida de negro y con las armas preparadas.

Nadie esperaba ver allí esa fuerza, que se aparecía como salida de la tierra. ¿Qué podía ser?

Era la tropa de Martín Sánchez Chaqollán, como cien hombres y con el aspecto lúgubre y terrible que les conocemos.

Al descubrir el cortejo nupcial, alegre y acompañado de la música, el comandante, es decir, Martín Sánchez, se adelantó hasta donde venía el *guayín* de los novios, y quitándose el sombrero respetuosamente, dijo a Nicolás:

—Buenos días, amigo don Nicolás; no esperaba usted verme por aquí, ni yo esperaba tener el gusto de saludar a usted, de desearle mil felicidades, lo mismo que a la señora, que es un ángel. Ya le explicaré el motivo de mi presencia

aquí. Ahora mi tropa va a presentar las armas, en señal de respeto y de cariño, y yo le ruego a usted que continúe sin parar hasta la hacienda. Allí ire yo después.

Tenia Martín Sánchez tal aspecto de serenidad y de franqueza, que Nicolás no sospechó nada siniestro. Así es que se contentó con darle un apretón de manos, y con presentarle a su esposa y a las demás personas del *quayin*.

Pero en esto una mujer, una joven en quien todos reconocieron luego a Manuela, se abrió paso entre la fila de los jinetes y vino corriendo, arrastrándose, desmelenada, descajada, temblando, pudiendo apenas hablar, y asiendo a las puertas del *quayin*, dijo, con una voz enronquecida y con palabras entrecortadas:

—¡Nicolás! ¡Nicolás! ¡Pilar, hermana!... ¡Socorro! ¡Miseré cordia! ¡Tengan piedad de mí!... ¡Perdón! ¡Perdón!

Nicolás y Pilar se quedaron helados de espanto.

—Pero ¿qué es eso?... ¿Qué tienes? —gritó Pilar.

—Es que... —dijo Manuela—, es que... ahorita van a fusilar al Zarco; allí está amarrado, tapado con los caballos... ¡lo van a matar delante de mí! ¡Perdón! ¡Perdón, don Martín! ¡Perdón, Nicolás!... ¡Ah, me voy a volver loca!...

En efecto, la fila de jinetes entubados ocultaba un cuadro estrecho en el centro del cual, y sentados en una piedra y bien amarrados, lívidos y desfallecidos, estaban el Zarco y el Tigre, próximos a ser ejecutados. Martín Sánchez, al ver la comitiva y previendo que podría ser el cortejo nupcial, de Nicolás, había querido ocultar a los bandidos para ahorrarse este espectáculo a los novios.

—Si yo hubiese sabido que ustedes venían para acá, en esta hora, crea usted, don Nicolás, que me habría llevado a esos picaros para otra parte; pero no lo sabía. Lo que sí sabía yo, y por eso me tiene usted aquí, es que le esperaban a usted estos malvados con su gente, y que se ha escapado usted de buena. Lo supe a tiempo, anduve dieciséis leguas, y les di un *allico* este mañana, por aquí cerca...; los he matado a casi todos, pero tengo que colgar a los capitanes en este camino; al Zarco aquí, y al Tigre lo voy a colgar en Xochimanco.

—Pero, don Martín, yo le ruego a usted por quien es... que si puede, perdone a ese hombre, siquiera por esta pobre mujer.

—Don Nicolás —respondió ceñudo el comandante—, usted es mi señor, usted me manda, por usted doy la vida, pídale usted y es suya, pero no me pida usted que perdone a ningún

bandido y menos a estos dos... Señor, usted sabe quiénes son...; asesinos como éstos y plagiarlos no los hay en toda la tierra. ¡Si no pagan con una vida! ¡Y lo iban a matar a usted!... ¡Lo habían jurado! ¡Y se iban a robar a la señora, a su esposa de usted! Ese era el plan. ¡Conque dígame usted si es posible que yo los deje con vida! Señor don Nicolás, siga usted su camino con todos estos señores, y déjeme que yo haga justicia.

Pilar estaba temblando. En cuanto a Manuela, por un raptó de locura, había corrido ya al lado del Zarco y se había abrazado a él y seguía gritando palabras incoherentes.

—Siquiera nos llevaremos a Manuela —dijo Pilar.

—Si ustedes quieren, pueden llevarla, pero esa muchacha es una malvada; no lo quitele un sacro en que tenía las alhajas de los ingleses que mataron en Alpuycan... alhajas muy ricas; ¡no mereco compasión!

Sin embargo, por orden de Martín Sánchez, un soldado procuró arrancar a la joven del lado del Zarco, a quien tenía abrazado estrechamente, pero fue en vano. El Zarco le dijo:

—¡No me dejes, Manuclita, no me dejes!

—¡No —respondió Manuela—, moriré contigo!... Prefiero morir a ver a Pilar con su corona de flores de naranjo al lado de Nicolás, el indio herrero a quien dejé por ti...

—Vámonos —dijeron el cura y los demás vecinos desparavidos—. Esto no tiene remedio.

Pilar se puso a sollozar amargamente; Nicolás se despidió de Martín Sánchez.

—Señor cura, usted puede quedarse. Éstos han de querer confesarse, tal vez.

—Si, me quedará —dijo el cura—, es mi deber.

Y la comitiva nupcial, antes tan alegre, partió como una procesión moribunda y apresuradamente.

Cuando se había perdido a lo lejos, y no había quedado ya ningún rezagado en el camino, Martín Sánchez preguntó al Zarco y al Tigre si querían confesarse.

El Zarco dijo que sí, y el cura lo oyó pronto y lo absolvió; pero el Tigre dijo a Martín:

—¿Pero, yo también voy a morir, don Martín?

—Tú también —respondió éste con terrible tranquilidad.

—¿Yo? —insistió el Tigre—, ¿yo que le di a usted el aviso para que viniera, y que le dije a usted las señas del camino que seguíamos, y que le avisé que tendría yo un pañuelo colorado en el sombrero para que me distinguiera?

—Nada tengo que ver con eso —respondió Martín—. Yo nada te prometí; peor para ti si fuiste traidor con los tuyos. Vamos, muchachos, fusilen al Zarco y después cuélguenlo de esa rama...; véndelo primero...

El Zarco apenas podía tenerse en pie; el terror lo había abatido. Con todo, alzó la cara, y viendo la rama en que colgaban ya los soldados una reata, murmuró:

—¡La rama en que cantaba el tecolote!... ¡Bien lo decía yo!... ¡Adiós, Manuelita!

Manuela se cubrió la cara con las manos. Los soldados arrimaron al Zarco junto al tronco y dispararon sobre él cinco tiros, y el de gracia. Humeó un poco la ropa, saltaron los sesos, y el cuerpo del Zarco rodó por el suelo con ligeras convulsiones. Después fue colgado en la rama, y quedó balanceándose. Manuela pareció despertar de un sueño. Se levantó, y sin ver el cadáver de su amante, que estaba pendiente, comenzó a gritar como si aún tuviese el *guayín* de los desposados:

—¡Si, déjate esa corona, Pilar; tú quieres casarte con el indio herrero; pero yo soy la que tengo la corona de rosas...; yo no quiero casarme, yo quiero ser la querida del Zarco, un ladrón!...

En esto alzó la cabeza; vio el cuerpo colgado...; después contempló a los soldados, que la veían con lástima, luego a don Martín, luego al Tigre, que estaba inclinado y mudo, y después se llevó las manos al corazón, dio un grito agudo y cayó al suelo.

—¡Pobre mujer —dijo don Martín—, se ha vuelto loca! Levántenla y la llevaremos a Yauhtepec.

Dos soldados fueron a levantarla, pero viendo que arrojaba sangre por la boca, y que estaba rígida y que se iba enfriando, dijeron al jefe:

—¡Don Martín, ya está muerta!

—Pues a enterrarla —dijo con aire sombrío—, y vámonos a concluir la tarea.

Y desfiló la terrible tropa lúgubre.

TURNER, John Kenneth  
MÉXICO BÁRBARO.  
México, Editorial  
Epoca, S.A., 1990

UNIDAD V.-EL PORFIRISMO  
Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
(1876-1920)

EL AUTOR:

Nació en Portland, Oregon, Estados Unidos y creció en California en donde estudió. Se dedicó al periodismo y trabajó en varias ciudades.

En 1908 entrevistó a Ricardo Flores Magón, quien había sido acusado de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos; esto le despertó un enorme interés por México, a donde se transportó y elaboró una serie de reportajes para el American Magazine de Nueva York. En 1910, y tras una detallada investigación, publicó en Chicago México Bárbaro.

Estuvo en México durante la Decena Trágica e incluso entrevistó a Francisco I. Madero . Informó de la invasión de Veracruz en 1914 por los marineros de su país. En 1920 volvió a México y entrevistó a los jefes zapatistas.

Escribió otro libro llamado Shall it be again?. Falleció en 1948.\*

LA OBRA:

Es éste un relato histórico, en el que el autor es uno de los protagonistas. Nos describe su viaje a México precisamente en la época porfiriana y su interés por conocer las condiciones de vida de sus habitantes.

\*Información apoyada en: Diccionario Porrúa. Op. Cit. Vol.I p.1140

Por afán investigador, se transporta a varios lugares del sur de la República Mexicana en donde se encuentra cara a cara con la realidad que vive el pueblo pobre y su primer descubrimiento es la existencia, nada encubierta, de la esclavitud.

Gracias a su calidad de extranjero y a las mentiras que inventó para hacerse pasar por un posible comprador de tierras, le son abiertas las puertas de los lugares en que estas personas estaban confinadas al trabajo sin descanso. Así se da cuenta de los excesivos jornales de trabajo, la escasa alimentación que recibían los campesinos, sus condiciones de vida y sobre todo, los castigos que se imponían a quienes se atrevían a desobedecer a sus "amos", así como los engaños con los que eran conducidos a su cautiverio.

A través de la lectura descubrimos qué eran los "enganchadores", y cómo engañaban tanto a campesinos como a trabajadores pobres de la ciudad para aceptar imaginarios contratos e irse por su propia voluntad a trabajar a las fincas, pero sin olvidar que algunos eran conducidos contra su voluntad por ser reos de algún delito o por haber sido capturados por cualquier motivo, justificado o no.

Realiza también un análisis de la política del régimen del presidente Porfirio Díaz, en el cual destacaban los estupendos contratos con las compañías extranjeras y la buena situación en la que vivían, tanto estos inversionistas, como la escasa población rica de nuestro país.



Los capítulos seleccionados son el número IV, V y VI, en los que se habla ampliamente de la situación reinante en Valle Nacional, Oaxaca, y de cómo éste lugar es una tumba para los aproximadamente quince mil campesinos que llegaban anualmente al lugar. Describe sus "habitaciones", su comida, sus lugares de trabajo, sus horarios de labor y los castigos; describe cuáles eran las ganancias para los enganchadores por cada campesino transportado y entregado a sus nuevos dueños.

El capítulo VI nos habla precisamente de cómo se efectuaba el movimiento de la población de las ciudades a los campos de trabajo; presenta un análisis de los porcentajes de los que eran capturados o enganchados, la forma en que se amasaron cuantiosas fortunas a través de estas maniobras, y cómo una parte de la participación de éstos negocios iba directamente a los bolsillos de los funcionarios porfiristas.

También se nos habla de las condiciones de trabajo de los pobladores del norte de nuestro país, de los jornales miserables que recibían los campesinos libres; de cómo, al endeudarse con los hacendados, eran despojados de sus tierras por sus propios patrones, y de cómo, eran enganchados y transportados a zonas distantes.

La lectura de estos capítulos es de suma importancia para la comprensión de algunos de los más importantes factores que resolvieron al pueblo a lanzarse al movimiento de Revolución contra la opresión del sistema de Díaz.

**SUGERENCIA DIDÁCTICA:**

Se recomienda una visita a alguna Hacienda de la época Porfirista, en alguna de las cuales se nota aún en la actualidad, un contraste brutal entre la magnificencia de sus interiores y la pobreza de las casas de los alrededores.

## CAPÍTULO IV

LOS ESCLAVOS CONTRATADOS DE  
VALLE NACIONAL

VALLE NACIONAL es, sin duda, el peor centro de esclavitud en todo México. Probablemente es el peor del mundo. Cuando visité Valle Nacional esperaba encontrar algo que fuera más benigno que Yucatán, pero resultó ser más lastimoso.

En Yucatán, los esclavos mayas mueren más rápidamente de lo que nacen, y dos tercios de los esclavos yaquis mueren durante el primer año después de su llegada a la región; pero en Valle Nacional todos los esclavos, con excepción de muy pocos —acaso el cinco por ciento— rinden tributo a la tierra en un lapso de siete u ocho meses.

Esta afirmación es casi increíble. Yo no la hubiera creído; acaso ni después de haber visto la forma como los hacen trabajar, el modo de azotarlos y de matarlos de hambre, si no hubiere sido por el hecho de que los propios amos me dijeron que era verdad. Y hay quince mil de estos esclavos en Valle Nacional... ¡Quince mil nuevos cada año!

—Al sexto o séptimo mes empiezan a morir como las moscas durante la primera helada invernal y después no vale la pena conservarlos. Resulta más barato dejarlos morir; hay muchos más en los lugares de donde éstos vinieron. —Palabra por palabra, esta es la afirmación que me hizo Antonio Pla, gerente general de un tercio de las plantaciones de tabaco en Valle Nacional.

—He vivido aquí más de cinco años, y todos los meses veo centenares, a veces millares de hombres, mujeres y niños tomar el camino del Valle; pero nunca los veo regresar. De cada centenar

que emprende el camino, no más de uno vuelve a ver esta ciudad —esto me dijo un agente ferroviario de la línea de Veracruz al Pacífico.

—No hay supervivientes de Valle Nacional...; no hay verdaderos supervivientes —me contó un ingeniero del Gobierno que está a cargo de algunas mejoras en ciertos puertos—. De vez en cuando, sale alguno del Valle y va más allá de El Hule. Con paso torpe y mendigando hace el pesado camino hasta Córdoba; pero nunca vuelve a su punto de origen. Esas gentes salen del Valle como cadáveres vivientes, avanzan un corto trecho y caen.

La profesión de este hombre lo ha llevado muchas veces a Valle Nacional y conoce más de esa región, probablemente, que cualquier otro mexicano que no esté interesado directamente en el mercado de esclavos.

—Mueren, mueren todos. Los amos no los dejan ir hasta que se están muriendo. —Tal cosa declaraba uno de los policías de la población de Valle Nacional, que está situada en el centro de la región.

Y en todas partes, una y otra vez, me dijeron lo mismo. Lo decía Manuel Lagunas, presidente municipal de Valle Nacional, protector de los patrones y el mismo propietario de esclavos; lo decía Miguel Vidal, secretario del municipio; lo decían los mismos amos; los esclavos también lo decían. Y después de haber visto lo que antes había oído, me convencí de que ésta era la verdad.

Los esclavos de Valle Nacional no son indios, como lo son los esclavos de Yucatán; son mestizos mexicanos. Algunos de ellos son hábiles artesanos; otros, artistas, y la mayoría de ellos son trabajadores ordinarios. En conjunto, aparte de sus andrajos, sus heridas, su miseria y su desesperación, constituyen un grupo representativo del pueblo mexicano. No son criminales. No hay más del diez por ciento a quien se haya acusado de algún delito. El resto son ciudadanos pacíficos y respetuosos de la ley. Sin embargo, ninguno de ellos llegó al Valle por su propia voluntad, ni hay uno solo que no esté dispuesto a dejarlo al instante si pudiera salir.

No hay que aceptar la idea de que la esclavitud mexicana está confinada en Yucatán y en Valle Nacional. Condiciones similares rigen en muchas partes de la tierra de Díaz, y especialmente en los Estados al sur de la capital. Cito a Valle Nacional por ser notorio como región de esclavos y porque, como ya se indicó, constituye el mejor ejemplo de la peor trata de esclavos que conozco.

La causa de las extremas condiciones de Valle Nacional es principalmente geográfica. Valle Nacional es una honda cañada de

tres a diez kilómetros de anchura, enclavada entre montañas casi inaccesibles, en el más extremo rincón al noroeste del Estado de Oaxaca. Su entrada está ocho kilómetros aguas arriba del río Papaloapan, partiendo de El Hule, que es la estación ferroviaria más próxima, y por este lugar pasa todo ser humano que va o viene del Valle. No hay ninguna otra ruta practicable para entrar ni para salir. Las magníficas montañas tropicales que lo rodean están cubiertas por una impenetrable vegetación cuyo paso dificultan aún más los jaguares, pumas y serpientes gigantes. Además, no hay camino carretero a Valle Nacional, solamente un río y un camino de herradura...; un camino que lo lleva a unó por la selva, después bordea precipicios donde el jinete tiene que desmontar y andar a gatas, llevando al caballo de la brida; más tarde hay que atravesar la honda y alborotada corriente del río. Se necesita ser un fuerte nadador para cruzar este río cuando la corriente es crecida; pero, no obstante, quien vaya a pie tiene que cruzarlo a nado más de una vez para salir de Valle Nacional.

Si se va a caballo es preciso cruzarlo cinco veces: cuatro en canoa, haciendo nadar trabajosamente a los caballos, y otra vadeando por una larga y difícil ruta en la que hay que evitar grandes rocas y hondos agujeros. El Valle propiamente dicho es plano como una mesa, limpio de toda vegetación inútil, y por él corre suavemente el río Papaloapan. El valle, el río y las montañas circundantes forman uno de los más bellos panoramas que he tenido la suerte de contemplar.

Valle Nacional se halla a tres horas de viaje de Córdoba y a dos de El Hule. Los viajeros perdidos llegan a veces hasta Tuxtepec, la ciudad principal del distrito político; pero nadie va a Valle Nacional si no tiene allí algún negocio. Es región tabaquera, la más conocida de México, y la producción se obtiene en unas treinta grandes haciendas, casi toda propiedad de españoles. Entre El Hule y la entrada al valle hay cuatro pueblos: Tuxtepec, Chiltepec, Jacatepec y Valle Nacional, todos situados a orillas del río, y todos ellos provistos de policías para cazar a los esclavos que se escapan; pero ninguno de éstos puede salir del Valle sin pasar por los pueblos. Tuxtepec, el más grande, cuenta con diez policías y once rurales. Además, todo esclavo que se escapa supone un premio de diez pesos al ciudadano o policía que lo detenga y lo devuelva a su propietario.

En esta forma se comprenderá hasta qué punto el aislamiento geográfico de Valle Nacional contribuye para que sea algo peor que otros distritos de México, en los que también explotan esclavos.

Además de todo esto, hay que añadir el completo entendimiento que hay con el Gobierno y la proximidad a un mercado de trabajo casi inagotable.

La esclavitud en Valle Nacional, lo mismo que en Yucatán, no es otra cosa sino peonaje o trabajo por deudas llevado al extremo, aunque en apariencia toma un aspecto ligeramente distinto: el de trabajo por contrato.

El contrato de trabajo es, sin duda, el origen de las condiciones imperantes en Valle Nacional. Los hacendados tienen necesidad de trabajadores y acuden al expediente de gastar en importarlos, -en la inteligencia de que tales trabajadores deben permanecer en sus puestos durante un plazo determinado. Algunos han intentado escapar a sus contratos y los hacendados han usado la fuerza para obligarlos a quedarse. El dinero adelantado y los costos del transporte se consideran como una deuda que el trabajador debe pagar mediante trabajo. De aquí sólo se necesita un paso para organizar las condiciones de trabajo de tal modo que el trabajador no pueda verse libre en ninguna circunstancia. Con el tiempo, Valle Nacional ha llegado a ser sinónimo de horror entre toda la población trabajadora de México; nadie desea ir allí por ningún precio. Así los dueños de las haciendas se ven en la necesidad de decir a los contratados que se les llevará a otra parte, lo cual ha sido el principio de que se engañara por completo a los trabajadores, de que se formularan contratos que no serían cumplidos, pero que auxiliarían a enredar totalmente a quienes cayeran en el garlito. Por último, de esta situación sólo hubo un paso para integrar una sociedad mercantil con el Gobierno en la que la fuerza policíaca fue puesta en manos de los hacendados para que los ayudara a llevar adelante un comercio de esclavos.

Los hacendados no llaman esclavos a sus esclavos. Los llaman trabajadores contratados. Yo sí los llamo esclavos, porque desde el momento en que entran a Valle Nacional se convierten en propiedad privada del hacendado y no existe ley ni gobierno que los proteja.

En primer lugar, el hacendado compra al esclavo por una suma determinada. Lo hace trabajar a su voluntad, lo alimenta o le hace pasar hambre a su antojo; lo tiene vigilado por guardias armados día y noche, lo azota, no le da dinero, lo mata y el trabajador no tiene ningún recurso al cual acudir. Llámese esto como se quiera, yo lo llamo esclavitud, porque no conozco otra palabras que se adapte mejor a tales condiciones.

He dicho que ningún trabajador enviado a Valle Nacional para convertirlo en esclavo hace el viaje por su propia voluntad. Hay dos maneras de llevarlo hasta allí: bien por conducto de un jefe político o de un "agente de empleos", que trabaja en unión de aquel o de otros funcionarios del Gobierno.

El jefe político es un funcionario público que rige un distrito político, correspondiente a lo que se llama "condado" en los Estados Unidos. Es designado por el presidente o por el gobernador del Estado y también funge como presidente municipal de la ciudad principal de su distrito. A su vez, él suele nombrar a los alcaldes de los pueblos de menor categoría que están bajo su autoridad, así como a los funcionarios de importancia. No tiene ante quién rendir cuentas, excepto su gobernador, y a menos que el presidente de la república resuelva intervenir, resulta por todos conceptos un pequeño zar de sus dominios.

Los métodos empleados por el jefe político cuando trabaja solo son muy simples. En lugar de enviar a pequeños delincuentes a cumplir sentencias en la cárcel, los vende como esclavos en Valle Nacional. Y como se guarda el dinero para sí, arresta a todas las personas que puede. Este método es el que siguen, con pequeñas variantes, los jefes políticos de todas las principales ciudades del sur de México.

Según me informaron Manuel Lagunas, algunos enganchadores y otras personas de cuya veracidad en el asunto no tengo motivo para dudar, el jefe político de cada una de las cuatro ciudades sureñas más grandes de México paga una cuota anual de diez mil pesos por su encargo, el cual no valdría esa suma si no fuera por los gajes de la trata de esclavos y otros pequeños latrocinios a que se dedica el favorecido con el puesto; los jefes menores pagan a sus gobernadores cantidades más cortas. Envían a sus víctimas por los caminos en cuadrillas de 10 a 100 y a veces más; gozan de una tarifa especial del Gobierno en los ferrocarriles y utilizan rurales a sueldo del Gobierno para custodiar a los que aprehenden; por todo ello, el precio de venta de cuarenta y cinco a cincuenta pesos por cada esclavo es casi toda utilidad neta.

Pero solamente un diez por ciento de los esclavos son enviados directamente a Valle Nacional por los jefes políticos; como no hay base legal para el procedimiento, tales jefes prefieren trabajar en connivencia con los enganchadores. Tampoco hay base legal para emplear los métodos que siguen estos enganchadores; pero esa aso-

ciación es provechosa. Los funcionarios pueden escudarse tras de los enganchadores y éstos bajo la protección de los funcionarios, absolutamente y sin temor de ser penalmente perseguidos.

En esta asociación, la función del enganchador consiste en atraer con engaños al trabajador y la función del Gobierno en apoyar a aquél, ayudarlo, protegerlo, concederle bajas tarifas de transporte y servicio de guardias gratuito y, finalmente, participar de las utilidades.

Los métodos del enganchador para engañar al obrero son muchos y variados. Uno de ellos consiste en abrir una oficina de empleos y publicar anuncios demandando trabajadores a los que se ofrecen altos jornales, casa cómoda y gran libertad en algún lugar al sur de México. También les ofrece transporte libre, por lo que tales ofertas siempre hacen caer a algunos en el garlito, especialmente a hombres con familia que buscan trasladarse a sitios más propios. Al cabeza de familia le da un anticipo de cinco dólares y a toda ella la encierra en un cuarto tan bien asegurado como una cárcel.

Después de uno o dos días, a medida que van llegando otros, empiezan a tener algunas dudas. Quizá se les ocurra pedir que los dejen salir, y entonces se dan cuenta de que están realmente prisioneros. Se les dice que tienen una deuda pendiente y que los retendrán hasta que la paguen con trabajo. Pocos días después, la puerta se abre y salen en fila; ven que están rodeados por rurales. Los hacen marchar por una calle de poco tránsito hasta una estación de ferrocarril, donde son puestos en el tren; tratan de escapar, pero es inútil; son prisioneros. Pocos días después están en Valle Nacional.

Generalmente el obrero secuestrado en esta forma pasa por el formalismo de firmar un contrato. Se le dice que tendrá buen hogar, buena alimentación y jornales de uno, dos o tres dólares diarios durante un período de seis meses o un año. Le pasan por los ojos un papel impreso y el enganchador lee con rapidez algunas frases engañosas allí escritas. Luego le ponen una pluma en la mano y le hacen firmar a toda prisa. La entrega del anticipo de cinco dólares es para afianzar el contrato y para que la víctima quede en deuda con el agente. Le suelen dar oportunidad para que los gaste en todo o en parte, por lo común en ropa u otras cosas necesarias, con el objeto de que no pueda devolverlos cuando descubra que ha caído en una trampa. Los espacios blancos del contrato impreso para fijar el jornal y otros detalles son cubiertos después por mano del enganchador o del consignatario.

En la ciudad de México y en otros grandes centros de población se mantienen de modo permanente lugares llamados *casas de enganchadores*, conocidas ordinariamente por la policía y por los grandes compradores de esclavos para la tierra caliente. Sin embargo, no son más ni menos que cárceles privadas en las que se encierra con engaños al trabajador, a quien se mantiene allí contra su voluntad hasta que se le traslada en cuadrilla vigilado por la fuerza policiaca del Gobierno.

El tercer método que emplea el enganchador es el secuestro descarado. Oí hablar de muchos casos de secuestro de mujeres y de hombres. Centenares de individuos medio borrachos son recogidos cada temporada en los alrededores de las pulquerías de la ciudad de México, para encerrarlos bajo llave y más tarde remitirlos a Valle Nacional. Por lo regular, también se secuestra a niños para enviarlos al mismo sitio. Los registros oficiales de la ciudad de México indican que durante el año que terminó el 1º de septiembre de 1908, habían desaparecido en las calles 360 niños de seis a doce años de edad, algunos de los cuales se encontraron después en Valle Nacional.

Durante mi primer viaje a México, *El Imparcial*, uno de los principales diarios de la capital, publicó un relato acerca de un niño de siete años que había desaparecido mientras su madre estaba viendo los aparadores de una casa de empeños. La desesperada búsqueda fracasó; se trataba de un hijo único y para mitigar su tristeza el padre se emborrachó hasta que murió en pocos días, mientras la madre se volvió loca y también murió. Después de tres meses, el muchacho, andrajoso y con los pies heridos, subía trabajosamente la escalera de la casa que había sido de sus padres y llamaba a la puerta. Había sido secuestrado y vendido a los dueños de una plantación de tabaco; pero pudo conseguir lo casi imposible: con un muchacho de nueve años había eludido la vigilancia de los guardias de la plantación y debido a su corta estatura, los dos pudieron escapar sin ser vistos. Robando una canoa llegaron hasta El Hule. En lentas etapas, mendigando la comida en el camino, los pequeños fugitivos lograron llegar hasta su hogar.

Supé una historia típica de un enganchador; la conocí en Córdoba, cuando iba camino del Valle. Primero me la contó un contratista negro de Nueva Orleans, que había residido en el país unos quince años; luego me la contó el propietario del hotel donde me hospedé, y después me la confirmaron varios hacendados tabaqueros del Valle. La historia es la siguiente:

Hace cuatro años, Daniel T., un aventurero, llegó sin un centavo a Córdoba. Pocos días después tenía dificultades con su casero por no pagar la renta de la habitación; pero en pocos días aprendió dos o tres cosas y se dedicó a aprovechar lo que sabía. Salíó a pasear por las calles y al encontrar a un campesino le dijo: "¿Quieres ganarte dos reales (veinticinco centavos) con facilidad?"

Naturalmente la oferta interesó al hombre y después de unos minutos ya estaba camino de la habitación del aventurero llevando un "mensaje", mientras el astuto individuo tomaba otra ruta para llegar antes. Esperó al mensajero en la puerta, lo agarró del cuello, lo arrastró, lo amordazó y amarró, y lo dejó en el suelo mientras iba en busca de un enganchador. Esa misma noche, el aventurero vendió su prisionero en veinte pesos, pagó su renta y comenzó a hacer planes para repetir la operación en mayor escala.

El incidente sirvió a este hombre para entrar en el negocio de "contratar trabajadores". En unos cuantos meses se había puesto de acuerdo con los jefes políticos de la ciudad de México, de Veracruz, de Oaxaca, de Tuxtepec y de otros lugares; hoy es el señor Daniel T. Yo vi su casa, una mansión palaciega que tiene tres gallos en un escudo sobre la puerta. Usa un sello privado y dicen que su fortuna llega a cien mil pesos, todo ello adquirido como "agente de empleos".

En 1908, el precio corriente por cada hombre era de cuarenta y cinco pesos; las mujeres y los niños costaban la mitad; en 1907, antes de la crisis, el precio era de sesenta pesos por hombre. Todos los esclavos que se llevan al Valle tienen que hacer parada en Tuxtepec, donde Rodolfo Pardo, el jefe político del distrito, los cuenta y exige para él un tributo del diez por ciento sobre el precio de compra.

La evidente asociación del Gobierno con el tráfico de esclavos tiene, necesariamente, alguna excusa. Esta es la deuda, el anticipo de cinco dólares que suele pagar el enganchador al bracero, la cual es anticonstitucional, pero efectiva. El presidente de Valle Nacional me dijo: "No hay un solo policía en todo el sur de México que no reconozca ese anticipo como deuda y apruebe su derecho para llevar al trabajador donde usted quiera".

Cuando la víctima llega a la zona del tabaco, se da cuenta de que las promesas del enganchador fueron tan sólo para hacerle caer en la trampa; además, se enteró también de que el contrato —si tuvo la suerte de echarle una ojeada a ese papel— se hizo evidentemente con el mismo fin. Así como las promesas del enganchador

desmienten las estipulaciones del contrato, éste es desmentido por los hechos reales. El contrato suele establecer que el trabajador se vende por un periodo de seis meses; pero ningún trabajador que conserve un resto de energía queda libre a los seis meses. El contrato suele decir que el patrón está obligado a proporcionar servicios médicos a los trabajadores; el hecho es que no hay ni un solo médico para todos los esclavos de Valle Nacional. Finalmente, tal documento suele obligar al patrón a pagar un salario de cincuenta centavos por día a los varones y tres dólares por mes a las mujeres; pero yo nunca encontré algún esclavo que hubiera recibido un solo centavo en efectivo, aparte del anticipo entregado por el enganchador.

Varios patrones se jactaron ante mí de que nunca daban dinero a sus esclavos; sin embargo, no llamaban a ese sistema esclavitud. Afirman que llevaban en los libros las cuentas de sus esclavos y que las arreglaban de modo que éstos siempre estuvieran en deuda. "Si, los jornales son de cincuenta centavos diarios —dijeron—; pero nos tienen que reembolsar lo que pagamos para traerlos; también tiene que cubrir los intereses, la ropa que les damos, el tabaco y otras cosas".

Esta es exactamente la actitud de todos los tabaqueros de Valle Nacional. Por la ropa, el tabaco y "otras cosas" cargan el décuplo del precio, sin exageración. El señor Rodríguez, propietario de la finca "Santa Fe", por ejemplo, me mostró un par de algo parecido a una pijama de tela de algodón sin blanquear que los esclavos usan como pantalones. Me dijo que su precio era de tres dólares el par y pocos días después encontré el mismo artículo en Veracruz a treinta centavos.

Pantalones a tres dólares; camisas al mismo precio; ambas prendas de tela tan mala que se desgasta y se cae en pedazos a las tres semanas de uso; sí, ocho trajes en seis meses a seis dólares, son cuarenta y ocho; agréguese cuarenta y cinco dólares, que es el precio del esclavo, más cinco de anticipo, más dos de descuentos y así se liquidan los noventa dólares del salario de seis meses.

Esa es la forma de llevar las cuentas para mantener a los esclavos sujetos como esclavos. Por otra parte, las cuentas son diferentes para calcular el costo que ellos representan para el amo. "El precio de compra, los alimentos, la ropa, los jornales... todo —me dijo el señor Rodríguez— cuesta de sesenta a setenta dólares por hombre en los primeros seis meses de servicio".

Agréguese el precio de compra, el anticipo y los trajes al costo de sesenta centavos cada uno, y resulta un remanente de cinco a

quince dólares para alimentos y jornales durante seis meses, que se gastan en frijoles y tortillas.

Claro, también hay otro gasto constante que tienen que pagar los amos: el entierro en el cementerio del Valle Nacional. Cuesta un dólar cincuenta centavos. Digo que se trata de un gasto constante porque en la práctica todos los esclavos mueren y se supone que hay que enterrarlos. La única excepción se presenta cuando, para ahorrarse un dólar cincuenta centavos, los amos mismos entierran al esclavo o lo arrojan a los caimanes de las ciénagas cercanas.

Los esclavos están vigilados noche y día. Por la noche los encierran en un dormitorio que parece una cárcel. Además de los esclavos, en cada plantación hay un mandador, o mayordomo, varios cabos que combinan las funciones de capataces y guardias, y algunos trabajadores libres que hacen de mandaderos y ayudan a perseguir a los que se escapan.

Las cárceles son grandes construcciones, a manera de trojes, sólidamente construidas con troncos jóvenes clavados en el suelo y atados con mucho alambre de púas. Las ventanas tienen barras de hierro; los pisos son de tierra, y en general sin muebles, aunque en algunos casos hay largos y rústicos bancos que hacen las veces de camas. Los colchones son delgados petates de palma. En ese antro duermen todos los esclavos, hombres, mujeres y niños, cuyo número varía entre 70 y 400, de acuerdo con el tamaño de la plantación.

Se amontonan como sardinas en lata o como ganado en un vagón de ferrocarril. Uno mismo puede calcularlo e imaginarlo. En la finca "Santa Fe" el dormitorio mide veinticinco por seis metros y aloja a 150 personas; en la finca "La Sepultura" el dormitorio es de trece por cinco metros y aloja a 70; en "San Cristóbal" es de treinta y tres por dieciséis metros y aloja a 350, y en "San Juan del Río" es de veintiséis por treinta metros para 400 personas. Así, el espacio disponible para que cada persona se acueste es de tres a seis metros cuadrados. En ninguna de las fincas encontré un dormitorio separado para las mujeres o los niños. A pesar de que hay mujeres honestas y virtuosas entre las enviadas a Valle Nacional todas las semanas, todas son encerradas en un mismo dormitorio junto con docenas o centenares de hombres y dejadas a merced de ellos.

A veces llegan a Valle Nacional mexicanos trabajadores y honrados, con sus mujeres e hijos. Si la mujer es atractiva, va a parar al patrón o a uno o varios de los jefes. Los niños ven que se llevan a su madre y saben lo que será de ella. El marido también lo sabe;

pero si se atreve a protestar es golpeado con un garrote como respuesta. Repetidas veces esto me dijeron los amos, los esclavos, los funcionarios; las mujeres encerradas en esas latas de sardinas tienen que cuidarse por sí mismas.

La quinta parte de los esclavos de Valle Nacional son mujeres y la tercera parte menos menores de 15 años. Estos trabajan en los campos con los hombres. Cuestan menos, duran bastante y en algunas labores, como la de plantar el tabaco, son más activos y, por lo tanto, más útiles. A veces se ven niños hasta de 6 años plantando tabaco. Las mujeres trabajan también en el campo, especialmente en la época de la recolección; pero principalmente se dedican a las labores domésticas. Sirven al amo y al ama, si la hay; muelen el maíz y cocinan los alimentos de los esclavos varones. En todas las casas de esclavos que visité encontré de 3 a 12 mujeres moliendo maíz, todo a mano, en dos piedras llamadas *metate*. La piedra plana se coloca en el suelo; la mujer se arrodilla tras de ella, y completamente doblada, mueve hacia adelante y atrás la piedra cilíndrica o mano del *metate* sobre la piedra plana. El movimiento es parecido al que hace una mujer lavando ropa; pero es mucho más duro. Pregunté al presidente municipal de Valle Nacional por qué los propietarios no compraban molinos baratos para moler el maíz, o por qué no compraban uno entre todos, en vez de acabar con los pulmones de varios centenares de mujeres cada año, y la respuesta fue: "Las mujeres son más baratas que las máquinas".

En Valle Nacional parecían trabajar todo el tiempo. Los vi trabajar al amanecer y al anochecer; los vi trabajando hasta muy tarde por la noche: "Si pudiéramos usar la potencia hidráulica del Papaloapan para alumbrar nuestras fincas, podríamos trabajar toda la noche —me dijo Manuel Lagunas y sí creo que lo hubiera hecho. La hora de levantarse en las fincas es generalmente las 4 de la mañana; a veces más temprano. Excepto en 3 ó 4 de ellas, en las otras 30, los esclavos trabajan todos los días del año... hasta que mueren. En "San Juan del Río", una de las más grandes, disfrutan de medio día de descanso los domingos. Casualmente estuve en "San Juan del Río" un domingo por la tarde. ¡El medio día de descanso! ¡Qué hroma tan triste! Los esclavos lo pasaron en la prisión, bien encerrados para impedirles huir.

Todos mueren muy pronto. Los axotan y eso ayuda. Les hacen pasar hambre y eso ayuda también. Mueren en el lapso de un mes a un año, y la mayor mortalidad ocurre entre el sexto y el octavo mes. Igual que los algodoneríos de los Estados norteamericanos del



Sur antes de la Guerra de la Secesión, los tabaqueros de Valle Nacional parecen tener su negocio calculado hasta el último centavo. Una máxima bien establecida de nuestros algodoneros era que se podía obtener la mayor utilidad del cuerpo de un negro haciéndole trabajar hasta morir durante siete años, y comprar después otro. El esclavista de Valle Nacional ha descubierto que es más barato comprar un esclavo en \$45, hacerlo morir de fatiga y de hambre en siete meses y gastar otros \$45 en uno nuevo, que dar al primer esclavo mejor alimentación, no hacerlo trabajar tanto y prolongar así su vida y sus horas de trabajo por un periodo más largo.

## CAPÍTULO V

## EN EL VALLE DE LA MUERTE

VISITÉ VALLE NACIONAL a fines de 1908 durante una semana y me detuve en todas las grandes haciendas. Pasé tres noches en varios de sus "cascos" y cuatro más en uno u otro de los pueblos. Lo mismo que en Yucatán, visité la región bajo el disfraz de un probable comprador de fincas, y logré convencer a las autoridades y a los propietarios de que disponía de varios millones de dólares listos para su inversión. En consecuencia, evité hasta donde fue posible que estuvieran en guardia. Igual que en Yucatán, pude conseguir información no solo por lo que vi y oí de los esclavos, sino también por lo que me dijeron los propios amos. En realidad, tuve más suerte que en Yucatán porque me hice amigo de jefes y policias, al grado de que nunca llegaron a sospechar de mí; sin duda, algunos de ellos esperaban que llegase por allí un buen día con unos cuantos millones en la mano, listo para pagarles por sus propiedades el doble de su valor.

A medida que nos aproximábamos a Valle Nacional, notábamos en la gente mayor horror por la región. Ninguno había estado allí, pero todos habían oído rumores; algunos habían visto a los supervivientes y la vista de esos cadáveres vivientes había confirmado tales rumores. Al bajar del tren en Córdoba vimos que cruzaba el andén una procesión de 14 hombres; dos adelante y dos detrás de la fila, con rifles, y los diez restantes con los brazos amarrados a la espalda y las cabezas bajas. Algunos iban andrajosos, otros vestían bien y varios llevaban pequeños bultos colgados del hombro.

—¡Camino del Valle —murmuré. Mi compañero afirmó con un movimiento de cabeza y pocos momentos después desapareció la

procesión; había entrado por una puerta estrecha del lado opuesto de la calle, en una caballería situada estratégicamente para que los desterrados pasaran allí la noche.

Después de la cena me mezclé con la gente que había en los hoteles principales de la ciudad, y representé tan bien mi papel de inversionista que conseguí cartas de presentación de un rico español para varios esclavistas del Valle.

—Lo mejor es que vaya usted a ver al jefe político de Tuxtepec, tan pronto como llegue allí —me aconsejó el español—. Es amigo mío. Muéstrele mi firma y le hará pasar sin dificultades.

Cuando llegué a Tuxtepec seguí el consejo de este señor; tuve tanta suerte que Rodolfo Pardo, el jefe político, no sólo me autorizó el paso, sino que me dio una carta personal para cada uno de los subordinados que tenía a lo largo del camino, como eran los presidentes municipales de Chiltepec, Jacatepec y Valle Nacional, a quienes daba instrucciones para que abandonasen sus asuntos oficiales, si ello fuera necesario, para atender mis deseos. Así fue como pasé los primeros días en el Valle de la Muerte en calidad de huésped del presidente; además, éste me asignó una escolta especial de policías para que no sufriera ningún contratiempo durante las noches que estuve en el pueblo.

En Córdoba, un negro contratista de obras que había vivido en México durante 15 años, me dijo:

—Los días de la esclavitud no han pasado todavía. No, todavía no han pasado. Ya llevo aquí largo tiempo y tengo una pequeña propiedad. Yo sé que estoy bastante a salvo, pero a veces tengo temores...; si señor, le aseguro que paso miedo.

A la mañana siguiente, temprano, mientras me vestía, miré por el balcón y vi a un hombre que caminaba por mitad de la calle, con una reata amarrada al cuello y a un jinete que iba detrás de él sujetando el otro extremo de la cuerda.

—¿Adónde llevan a ese hombre? —le pregunté al sirviente—. ¿Lo van a ahorcar?

—Ah, no. Lo llevan a la cárcel —me respondió—. Es la manera más fácil de apoderarse de ellos. En uno o dos días estará en camino de Valle Nacional. Todos los individuos a quienes arrestan aquí van a Valle Nacional... todos, menos los ricos.

—Quisiera saber si esa cuadrilla que vimos anoche irá en el tren de hoy —me dijo mi compañero De Lara, camino de la estación.

No estubo en duda mucho tiempo. Apenas nos hubimos sentado, vimos a los diez esclavos y a sus guardianes, los rurales, desfilando

hasta el coche de segunda clase que estaba junto al nuestro; tres de los prisioneros iban bien vestidos y sus fisonomías denotaban inteligencia poco común; dos de los primeros eran muchachos de buen aspecto, menores de 20 años, uno de los cuales rucnió a llorar cuando el tren se puso en marcha lentamente hacia el temido Valle.

Penetramos en el trópico, en la selva, en la humedad y en el perfume de las tierras hajas que se conocen como "tierra caliente". Bajamos una montaña, después pasamos por el borde de una profunda cañada, desde donde más abajo vimos plantaciones de café, plataneros, árboles de caucho y caña de azúcar; más tarde llegamos a una región donde llueve todos los días excepto a mediados del invierno. No hacía calor —verdadero calor, como en Yuma—, pero los pasajeros sudaban copiosamente.

Miramos a los exilados con curiosidad y en la primera ocasión dirigimos algunas palabras al jefe de la escolta de rurales. En Tierra Blanca nos detuvimos para cenar. Como los alimentos que los rurales compraron para sus prisioneros consistían solamente en tortillas y chile, les compramos algunas cosas más y nos sentamos a verlos comer. Poco a poco iniciamos y estimulamos la conversación con los desterrados, teniendo cuidado de conservar al mismo tiempo la buena voluntad de sus guardianes; al cabo de un buen rato ya sabíamos la historia de cada uno de ellos.

Todos eran de Pachuca, capital del Estado de Hidalgo; a diferencia de la gran mayoría de los esclavos de Valle Nacional, eran enviados directamente por el jefe político de aquel distrito. El sistema peculiar de este jefe nos lo explicó dos días más tarde Espiridión Sánchez, cabo de rurales, en la siguiente forma:

—El jefe político de Pachuca tiene un contrato con Cándido Fernández, propietario de la plantación de tabaco "San Cristóbal la Vega", por medio del cual se compromete a entregar cada año 500 trabajadores sanos y capaces a \$50 cada uno. El jefe consigue tarifas especiales del Gobierno en los ferrocarriles; los guardianes son pagados por el Gobierno, de modo que el viaje de cuatro días desde Pachuca le cuesta solamente \$3.50 por hombre; esto le deja \$46.50. De esta cantidad, tiene que pasarle algo al gobernador de su Estado, Pedro L. Rodríguez, y algo al jefe político de Tuxtepec; pero aún así, sus ganancias son muy grandes. ¿Cómo consigue a sus hombres? Los aprehende en la calle y los encierra en la cárcel. A veces los acusa de algún delito, real o imaginario; pero en ningún caso les instruyen proceso a los detenidos. Los mantiene en la prisión hasta que hay otros más para formar una cuadrilla, y entonces los

envía aquí a todos. Bueno, los hombres que pueden mandarse con seguridad a Valle Nacional ya escasean tanto en Pachuca, que se sabe que el jefe se ha apoderado de muchachos de escuela y los ha enviado aquí sólo por cobrar los \$50 por cada uno.

Todos nuestros diez amigos de Pachuca habían sido arrestados y encerrados en la cárcel; pero ninguno había estado ante un juez. A dos de ellos se les acusó por deudas que no podían pagar; a uno lo habían detenido borracho; a otro, también en estado de ebriedad, por haber disparado al aire; uno más había gritado demasiado en el Día de la Independencia, el 16 de septiembre: otro había intentado abusar de una mujer; el siguiente había tenido una leve disputa con otro muchacho por la venta de un anillo de cinco centavos; otros dos habían sido músicos del ejército y habían dejado una compañía para darse de alta en otra sin permiso; y el último había sido empleado de los rurales y lo vendieron por haber visitado a dos rurales, sus amigos, que estaban en la cárcel cumpliendo sentencia por desertión.

Cuando sonreíamos con incredulidad al oír el relato del último prisionero, y preguntamos abiertamente al jefe de los guardias rurales si aquello era cierto, nos asombró con su respuesta. Afirmando con la encanecida cabeza, dijo en voz baja:

—Es verdad. Mañana me puede tocar a mí. Siempre es el pobre el que sufre.

Hubiéramos creído que los relatos de estos hombres eran cuentos de hadas; pero fueron confirmados por uno u otro de los guardias. El caso de los músicos nos interesó más. El más viejo de ellos tenía una frente de profesor universitario: tocaba la corneta y se llamaba Amado Godínez. El más joven no tenía más allá de 18 años; tocaba el bajo y se llamaba Felipe Gómez. Este último fue quien lloró en el momento de la partida.

—Nos mandan a la muerte... a la muerte —dijo entre dientes Godínez—. Nunca saldremos vivos de ese agujero.

Durante todo el camino, dondequiera que lo encontramos, decía lo mismo, repitiendo una y otra vez: "Nos mandan a la muerte... a la muerte"; y siempre, al oír estas palabras, el muchacho de cara bondadosa que iba a su lado, acobardado, dejaba escapar las lágrimas silenciosamente.

En El Hule, la puerta del infierno mexicano, nos separamos de nuestros desgraciados amigos por algún tiempo. Al dejar la estación abordar la lancha en el río vimos a los diez que iban amarrados en fila, custodiados por un rural a caballo en la vanguardia y otro

detrás, desaparecer en la selva hacia Tuxtepec. Cuando llegamos a la capital del distrito, cuatro horas más tarde, los encontramos de nuevo a la luz incierta del crepúsculo. Habían adelantado a la lancha en el viaje aguas arriba, habían cruzado en una canoa y ahora descansaban por un momento en la arena de la orilla, donde sus siluetas se destacaban contra el cielo.

Rodolfo Fardo, el jefe político a quien visitamos después de la cena, resultó ser un hombre delgado, pulcro, de unos 40 años, bien rasurado; sus ojos penetrantes como flechas aceradas nos reconocieron de arriba a abajo en un principio; pero la imagen de los millones que íbamos a invertir, y de los cuales él podría obtener buena parte, lo dulcificó a medida que nos fuimos conociendo; cuando estrechamos su fría y húmeda mano al despedirnos, habíamos conseguido todo lo que nos proponíamos. Aún más, don Rodolfo llamó al jefe de la policía y le dio instrucciones para que nos proporcionara buenos caballos para nuestro viaje.

La mañana nos encontró ya en el camino de la selva. Antes del mediodía hallamos a algunos otros viajeros y nos perdimos la oportunidad de interrogarlos.

—¿Escapar? Sí; lo intentan... a veces —dijo uno de aquella región, un ganadero mexicano—. Pero son muchos contra ellos. La única escapatoria es por el río. Tienen que cruzarlo muchas veces y necesitan pasar por Jacatepec, Chiltepec, Tuxtepec y El Hule. Y deben ocultarse de toda persona que encuentren en el camino, porque se ofrece una gratificación de \$10 por cada fugitivo capturado. No nos gusta el sistema, pero \$10 son mucho dinero y nadie se los pierde. Además, si uno no se aprovecha, lo hará otro, y aunque el fugitivo lograra salir del Valle, al llegar a Córdoba encontraría al enganchador Tresgallos esperándole para hacerlo regresar.

—Una vez —nos dijo otro indígena—, vi a un hombre apoyado en un árbol al lado del camino. Al acercarme le hablé, pero no se movió. Tenía el brazo doblado contra el tronco del árbol y sus ojos parecían estar observando la tierra. Lo habían soltado para dejarlo morir lejos y había caminado hasta allí. ¿Cómo supe que no era un fugitivo? Ah, señor, fue fácil. Usted lo hubiera sabido también si hubiera visto sus pies hinchados y los huesos de su cara al descubierto. Ningún hombre en esa condición podría escapar.

A la caída de la noche entramos en Jacatepec y allí vimos a la cuadrilla de esclavos. Habían salido antes y se habían mantenido adelante, andando los 46 kms. de camino lodoso, a pesar de que

algunos de ellos se debilitaron por el encierro. Estaban tendidos en un espacio verde delante de la casa de detención.

El cuello blanco de Amado Godínez había desaparecido; el par de zapatos finos, casi nuevos, que en el tren llevaba puestos, estaban en el suelo a su lado, cubiertos de fango y humedad; los pies desnudos eran pequeños, tan blancos y suaves como los de una mujer, y tenían contusiones y rasguños. Desde aquel atardecer en Jacatepec, he pensado muchas veces en Amado Godínez y me he preguntado —no sin estremecerme— cómo les iría a aquellos delicados pies entre las moscas tropicales de Valle Nacional. Recuerdo sus palabras: "Nos mandan a la muerte..., a la muerte". Y si recibiera la noticia de que Amado Godínez todavía vive, me sorprendería. Esa noche parecía darse cuenta de que ya no necesitaría para nada aquellos finos zapatos y antes de irme a la cama, oí que trataba de venderse los en 25 centavos a un transeúnte.

Dondequiera que nos deteníamos inducíamos a la gente, medianamente preguntada, a que nos hablase del Valle. No quería equivocarme. Quería oír la opinión de todo el mundo. Yo no sabía lo que más tarde pudieran negarnos. Y siempre era la misma historia: esclavitud y hombres y mujeres azotados hasta morir.

Nos levantamos a las 5 de la mañana siguiente y no desayunamos para poder seguir a la cuadrilla de esclavos por el camino a Valle Nacional. Al comienzo, el principal de los dos rurales, un mexicano joven, limpio y bien plantado, vio con desconfianza nuestra presencia; pero antes que llegásemos a medio camino ya platicaba con agrado. Era un rural de Tuxtepec y vivía del sistema, aunque estaba contra él.

—Son los españoles quienes golpean a nuestras gentes hasta hacerlos morir —dijo con amargura—. Todas las haciendas tabaqueras pertenecen a españoles, menos una o dos.

El rural nos dio los nombres de dos socios, Juan Pereda y Juan Robles, que se habían enriquecido con el tabaco de Valle Nacional; después vendieron sus propiedades y se fueron a España a pasar el resto de sus vidas. El nuevo propietario, al reconocer su hacienda, llevó a una ciénaga en la que encontró centenares de esqueletos humanos. Pereda y Robles se ahorraron hasta los gastos del entierro de los hombres a quienes habían dejado morir de hambre y azotes.

Nadie había pensado en arrestar a un propietario por el delito de dejar morir a sus esclavos, según nos dijo el rural. Mencionó dos excepciones a esta regla: una, el caso de un capataz que había balaceado a tres esclavos, otra un caso en que figuraba un norte-

americano y en que intervino el embajador de los Estados Unidos. En el primero, el propietario condenó el asesinato porque necesitaba a los esclavos, y el mismo procuró la aprehensión del capataz. Respecto al segundo, me dijo el informante:

—En años pasados, de vez en cuando era arrestado algún vagabundo norteamericano para enviarlo aquí; pero los molestias que causó este norteamericano en particular hicieron que se prescindiera por completo de los trabajadores de esa nacionalidad. Ese norteamericano fue enviado a "San Cristóbal", la finca de Cándido Fernández, donde existía la costumbre de matar un venado cada dos semanas para proporcionar carne a la familia del hacendado y a los capataces; lo único que quedaba para los esclavos era la cabeza y las vísceras. Un domingo, mientras ayudaba a descuartizar un venado, el hambre del esclavo norteamericano pudo más que él; se apoderó de algunas vísceras y se las comió crudas. Al día siguiente murió. Pocas semanas después, un esclavo escapado visitó al embajador de los Estados Unidos en la ciudad de México, le dio el nombre y dirección del norteamericano y le dijo que lo habían matado a golpes. El embajador obtuvo la detención de Fernández y a éste le costó mucho dinero salir de la cárcel.

Hicimos un bello viaje, aunque muy duro. En cierto lugar descendimos y por las inclinadas faldas de una gran montaña, dejando a nuestros caballos que encontrasen por sí solos el camino entre las piedras detrás de nosotros. En otro sitio esperamos mientras los esclavos se quitaron la ropa, la recogieron en envoltorios que cargaron sobre la cabeza y vadearon un arroyo; nosotros seguimos a caballo. En muchos lugares hubiera deseado tener una cámara fotográfica; pero sabía que si la hubiera tenido me habría traído disgustos.

Imaginé aquella procesión desfilar en fila india por la ladera de una colina; la vegetación tropical arriba, interrumpida a trechos por salientes de gigantescas rocas grises; más abajo una pradera llana y un poco más allá las curvas, las líneas casi femeninas de ese encantador río que es el Papaloapan. Imaginé a esos diez esclavos, seis de ellos con el alto sombrero de palma que es de rigor entre la gente del pueblo, y cuatro con sombreros de fieltro; todos descalzos, menos el muchacho músico quien con seguridad, tiraría sus zapatos antes del fin de la jornada. La mitad de ellos iba sin equipaje, en la creencia de que los amos les proporcionarían cobijas y otras ropas; la otra mitad llevaba a la espalda bultos pequeños envueltos en mantas de vivos colores; finalmente, los ruzales mon-

tados y uniformados, uno de ellos delante y el otro detrás; y los viajeros norteamericanos a la zaga.

Pronto empezamos a ver cuadrillas de 20 a 100 hombres, trabajando en los campos, preparando la tierra para plantar el tabaco. Estos hombres tenían el color de la tierra; no parecían tales y me extrañaba que se movieran sin cesar mientras el suelo se mantenía firme. Aquí y allá, en las formas que se movían había otras que sí parecían hombres y estaban armados con palos largos y flexibles y a veces se les veían espadas y pistolas. Entonces nos dimos cuenta de que habíamos llegado a Valle Nacional.

La primera finca en que paramos fue "San Juan del Río". Junto a la entrada estaba encogido un esclavo enfermo. Tenía un pie hinchado hasta el doble de su tamaño natural, envuelto en un trapo sucio:

—¿Qué te pasa en el pie? —le pregunté.

—Infección por picadura de insectos —replicó el esclavo.

—En uno o dos días más —nos dijo un capataz con una sonrisa sardónica— tendrá gusanos.

Continuamos nuestro camino y avistamos por vez primera una casa de esclavos de Valle Nacional; una simple prisión con ventanitas protegidas por barrotes, donde había un grupo de mujeres inclinadas sobre los metates y un guardia a la puerta con una llave en la mano.

Ya se dijo antes que uno de los cabos de rurales se oponía al sistema; pero pronto nos demostró la perfección con que participaba en él. Al rodear una Peña vimos de repente a un hombre agachado; medio oculto tras de un árbol. Nuestro rural lo llamó y el hombre se acercó temblando y tratando de ocultar las naranjas verdes que había estado comiendo. La conversación entre ambos fue algo parecida a lo siguiente:

*El rural:* —¿A dónde vas?

*El hombre:* —A Oaxaca.

*El rural:* —¿De dónde eres?

*El hombre:* —Del puerto de Manzanillo.

*El rural:* —Te has desviado como 160 Km. de tu camino. Nadie viene por estos rumbos si no tiene nada que hacer aquí. Bueno, ¿de qué finca te escapaste?

*El hombre:* —Yo no me escapé.

Y nos llevamos al hombre. Más tarde se supo que se había es-

*El rural:* —Bueno, hasta aquí llegaste.

capado de "San Juan del Río". El rural cobró \$10 de gratificación.

En la hacienda "San Cristóbal" dejamos atrás a la cuadrilla de esclavos; al hacerlo cometimos antes la temeridad de estrechar las manos de los dos músicos, a quienes no volveríamos a ver. Ya solos nosotros por el camino, observamos que la actitud de quienes encontrábamos era muy distinta de la que tenían aquellos que vimos cuando íbamos en compañía de los rurales agentes del Gobierno. Algunos españoles a caballo, con los cuales nos cruzamos no se dignaron contestar nuestro saludo; nos miraron con sospecha, con ojos medio cerrados, y uno o dos de ellos llegaron a expresarse de nosotros en forma ofensiva, a una distancia que nos permitió oírlos. Si no hubiera sido por la carta que llevaba conmigo dirigida al presidente municipal, hubiera sido muy difícil que nos admitieran en las haciendas tabaqueras de Valle Nacional.

En todas partes veíamos lo mismo: cuadrillas de hombres y muchachos extenuados que limpiaban la tierra con machetes o araban con yuntas de bueyes los anchos campos. Y por todas partes veíamos guardias armados con largas y flexibles varas, sables y pistolas. Poco antes de cruzar por última vez el río para entrar en el pueblo de Valle Nacional, hablamos con un viejo a quien le faltaba una mano, y que trabajaba solo junto a la cerca.

—¿Cómo perdiste la mano? —le pregunté.

—Un cabo me la cortó con el sable —fue la respuesta.

Manuel Lagunas, presidente de Valle Nacional, resultó ser un individuo muy amable y casi simpático con él... hasta que vi a sus esclavos. Su secretario, Miguel Vidal, era aún más amable, y los cuatro estuvimos de sobremesa durante dos horas, después de la cena, con gran contento de todos... hablando de la región. Durante la comida, un muchacho mulato de unos 8 años permaneció silencioso de pie tras de la puerta; sólo salía cuando se amó lo necesitaba y lo llamaba: "¡Negro!"

—Lo compré barato —dijo Vidal—. Sólo me costó \$25.

Debido a su gran belleza, Valle Nacional fue llamado Valle Real por los primeros españoles; pero después de la independencia de México, el nombre fue cambiado por el de Valle Nacional. Hace 35 años esas tierras pertenecían a los indios chinantecos, tribu pacífica, entre quienes las dividió el Presidente Juárez. Cuando Díaz subió al poder olvidó dictar medidas para proteger a los chinantecos contra algunos hábiles españoles, de modo que en pocos años los indios se habían bebido unas cuantas botellas de mezcal y los

españoles se habían quedado con sus tierras. Los indios de Valle Nacional consiguen ahora su alimento cultivando pequeñas parcelas rentadas en lo alto de las laderas de las montañas, impropias para el cultivo del tabaco.

Aunque los agricultores siembran maíz y frijol, a veces plátano u otras frutas tropicales, el tabaco es el único producto de consideración en el Valle. Las haciendas son en general muy grandes; tan sólo hay unas 30 en todo el distrito. De éstas, 12 son de Balsa Hermanos, propietarios de una gran fábrica de puros en Veracruz y de otra en Oaxaca.

Después de la cena salimos a dar un paseo por el pueblo y el presidente nos asignó un policía, Juan Hernández, para nuestra protección. Desde luego hablamos con éste:

—Se retiene a todos los esclavos hasta que mueren... ¡a todos —dijo Hernández—. Y cuando mueren, los amos no siempre se toman la molestia de enterrarlos: los arrojan a las ciénagas donde los caimanes los devoran. En la hacienda "Hondura de Nanche", son arrojados tantos a los caimanes que entre los esclavos circula la expresión de "¡Echenme a los hambrientos!". Entre estos esclavos existe un miedo terrible de ser arrojados a "los hambrientos" antes de morir, mientras están todavía conscientes, como ya ha sucedido.

Los esclavos que están exhaustos y no sirven para nada —según nos contó el policía—, pero que tienen la fuerza suficiente para gritar y defenderse si van a ser echados a "los hambrientos", son abandonados en el camino sin un centavo, y andrajosos muchos de ellos se arrastran hasta el pueblo para morir. Los indios les dan algunos alimentos, y en las afueras del pueblo hay una casa vieja donde se permite a esas miserables criaturas pasar sus últimas horas. El sitio se conoce con el nombre de "Casa de Piedad". La visitamos acompañados del policía y encontramos allí a una anciana echada boca abajo en el suelo. No se movió cuando entramos ni cuando hablamos entre nosotros y luego a ella; por algunos momentos, no supimos si estaba viva o muerta, hasta que gruñó débilmente. Puede imaginarse lo que sentimos, pero nada podíamos hacer. Caminamos quedamente hasta la puerta y salimos de prisa.

Poco después, por la tarde, nos dijo el secretario municipal:

—Notarán ustedes que ésta es una región saludable. ¿No ven lo gordos que estamos todos? ¿Los trabajadores de las plantaciones? Ah, sí, se mueren, mueren de malaria y de tuberculosis, pero se debe a que están mal alimentados. Todo lo que comen, general-

mente, son tortillas y frijeles... frijeles agrios. Además, los azotan mucho. Sí, se mueren; pero nadie más aquí se ha enfermado.

A pesar de lo que nos había contado Juan Hernández, el policía, el secretario nos aseguró que la mayoría de los esclavos que morían eran enterrados. El entierro se hace en el pueblo y cuesta a los amos \$1.50, y por caridad el municipio coloca una cruz de bambú en cada tumba. Cuando caminábamos bajo la luna echamos una mirada al cementerio, y contuvimos la respiración ante tanto terreno lleno de cruces. Sí, los hacendados entierran a sus muertos. A juzgar por la cantidad de cruces, se creería que Valle Nacional no es un pueblo de mil almas, sino una ciudad de 100 mil.

Al dirigirnos hacia la casa del presidente para dormir nos detuvo el rumor de una débil voz que nos llamaba. Siguió después un lastimero ataque de tos, y vimos algo así como un esqueleto humano en cuclillas junto al camino. Era un hombre que pedía un centavo. Le dimos varios y poco después ya sabíamos que era uno de los que iban a morir a la "Casa de Piedad". Era cruel hacerle hablar; pero insistimos, y en horrible susurro logró relatar su historia entre golpes de tos.

Se llamaba Angel Echavarría; tenía 20 años y era de Tampico. Le ofrecieron pagarle \$2 diarios en una finca, 6 meses antes, y había aceptado; pero sólo para ser vendido como esclavo a Andrés M. Rodríguez, propietario de la hacienda "Santa Fe". A los tres meses de trabajo empezó a agotarse por el inhumano tratamiento que recibía, y a los cuatro un capataz llamado Agustín le rompió un sable en sus espaldas. Cuando volvió en sí, después de los golpes, había escupido parte de un pulmón. Después lo azotaban con más frecuencia, porque no podía trabajar con la misma intensidad, y varias veces se desmayó en el campo. Por fin lo dejaron libre; pero cuando pidió los jornales que creía suyos, le dijeron que debía \$1.50 a la finca. Vino al pueblo y se quejó ante el presidente, pero no fue atendido. Ahora, demasiado débil para emprender la marcha a su hogar, moría tosiendo y pidiendo limosna. Nunca en mi vida había visto otra criatura tan extenuada como Angel Echavarría, y parecía increíble que ese hombre, tan sólo tres días antes, hubiera trabajado todo el día bajo los rayos del sol.

Visitamos la hacienda "Santa Fe", así como otras seis más, y comprobamos que el sistema de alojamiento, de alimentación, de trabajo y de vigilancia de los esclavos era el mismo.

El dormitorio principal de "Santa Fe" consistía en una habitación sin ventanas, con el piso de tierra, y cuyas paredes eran postes

clavados en el suelo a tres cms. de distancia uno de otro, sujetos firmemente con alambres de púas. Era tan inexpugnable como una cárcel norteamericana. Las camas consistían en ptaes extendidos sobre bancas de madera. Había cuatro bancas, dos a cada lado, una encima de otra, situadas a todo lo largo del aposento. Las camas estaban tan juntas que se tocaban. Las dimensiones del recinto eran de 23 por 5.5 mts., y en este reducido alojamiento dormían 150 hombres, mujeres y niños. Los hacendados de Valle Nacional no tienen la decencia de los esclavistas de hace 50 años; en ninguna de las haciendas visitadas encontré un dormitorio separado para las mujeres. Varias veces me dijeron que las que entran en esos antros llegan a ser comunes para todos los esclavos, no porque así lo quieran ellas, sino porque los capataces no las protegen contra los indescendos ataques de los hombres.

En la hacienda "Santa Fe", el *mandador* o superintendente duerme en una pieza situada en un extremo del dormitorio de los esclavos; los cabos o capataces duermen en el extremo opuesto. La única puerta que hay se cierra con candado, y un vigilante pasea toda la noche, de arriba abajo, por el espacio que queda entre las dos hileras de bancas. Cada media hora, éste toca un sonoro *gong*. A una pregunta mía, el señor Rodríguez aseguró que el *gong* no molestaba a los esclavos que dormían; pero aunque así fuera, ese procedimiento era necesario para impedir que el centinela se quedara dormido, lo que permitiría que todos los esclavos se escaparan.

Al observar de cerca a las cuadrillas en el campo, me asombré de ver tantos niños, entre los trabajadores; por lo menos, un 50% de ellos tenían menos de 20 años y no menos del 25% eran menores de 14 años.

—Para plantar son tan buenos los muchachos como los hombres —comentó el presidente, quien nos acompañó—. También duran más y cuestan la mitad. Sí, todos los propietarios prefieren muchachos mejor que hombres.

Durante mi recorrido a caballo por los campos y por los caminos, me preguntaba por qué ninguna de aquellas famélicas y fatigadas criaturas no nos gritaba al paso: "¡Auxilio! ¡Por amor de Dios, ayúdenos! ¡Nos están asesinando!" Después recordé que para ellos todos los hombres que pasan por estos campos son como sus amos, y que en respuesta a un grito no podían esperar nada más que una risa burlana, o tal vez un golpe también.

Nuestra segunda noche en Valle Nacional, la pasamos en la hacienda del presidente municipal. Cuando nos aproximábamos a ella

nos retrasamos un poco con la intención de observar a una cuadrilla de 150 hombres y muchachos que plantaban tabaco en la finca vecina, llamada "El Mirador". Había unos *acia* capataces entre ellos; al aproximarnos, los vimos saltar de aquí para allá entre los esclavos, gritando, maldiciendo y dejando caer de cuando en vez sus largas y flexibles varas. ¡Zas! ¡Zas!, sonaban los varazos en las espaldas, en los hombros, en las piernas y en las cabezas. ¡Y no es que azotaran a los esclavos, sino sólo los acicateaban un poco, posiblemente en honor nuestro.

Nos detuvimos y el capataz principal, un corpulento negro español, se aproximó a la cerca y nos saludó. Después repitió mi pregunta al contestarla:

—¿Que si devuelven los golpes? No, si son listos. Si quieren pelear puedo satisfacerlos. Los hombres que pelean conmigo no vienen a trabajar al día siguiente. Si, necesitan el palo. Más vale matar a un hombre flojo que alimentarlo. ¿Escapar? Algunas veces los nuevos lo intentan, pero pronto les quitamos esa idea. Cuando los tenemos domesticados, los guardamos. No ha habido uno solo de estos perros que al escapar no fuera contando rentitas de nosotros.

Aunque viviera mil años nunca olvidaría las expresiones de mucha desesperación que vi por todas parte; ni olvidaría, tampoco la primera noche que pasé en la hacienda de esclavos de Valle Nacional, propiedad del presidente municipal. El sitio tenía el apropiado nombre de "La Sepultura", aunque se lo habían puesto los indios mucho antes de que se convirtiera en sepultura de esclavos mexicanos.

"La Sepultura" es una de las fincas más pequeñas del Valle. El dormitorio es solamente de 12 por 4.5 mts. y aloja 70 hombres y mujeres cada noche. Adentro no hay bancas; nada más que la tierra desnuda y un delgado petate para cada durmiente. Allí encontramos sola y tirada en el suelo a una mujer vieja, enferma y temblorosa. Más tarde, esa misma noche, vimos el local lleno de miserables que tiraban de frío, por el viento huracanado y la lluvia que caía a torrentes. En pocas horas la temperatura debió bajar unos 5° C.

Un 30% de los trabajadores que allí había eran mujeres, una de ellas muchacha de 12 años. Esa noche las construcciones se tambaleaban tan amenazadoramente que los caballos fueron sacados de su cobertizo. Pero aunque uno de los edificios que había se derrumbó unas semanas antes, no por ello se sacó a los esclavos de su cárcel. Esta se levantaba junto al comedor de la casa y aquella noche mi compañero y yo dormimos en el comedor. Oí cómo la

puerta de la prisión se abría y se cerraba al entrar algún trabajador retrasado, y después oí la voz de la muchacha de 12 años que suplicaba aterrORIZADA: "¡Por favor, no cierren la puerta esta noche... sólo por esta noche! Déjenla así para que podamos salvarnos si esto se cae". Le respuesta fue una risotada brutal.

Cuando me acordé esa vez a las 9.30 pm., una cuadrilla de esclavos todavía trabajaba cerca del granero. Cuando desperté a las 4 a.m., los esclavos recibían sus frijoles y tortillas en la cocina destinada a ellos. Cuando me metí en la cama dos de las sirvientas de la cocina del presidente municipal aún trabajaban duramente. No podía dormir y estuve observándolas por los espacios que había entre un pesto y otro de los que dividían ambas piezas. A las 11 pm., según mi reloj, una de ellas se fue. Faltarían 5 minutos para las 12 cuando la otra también se marchó; pero menos de 4 horas más tarde, las vi otra vez trabajando, trabajando, trabajando...

Sin embargo, tal vez les iba mejor que a las que molían el maíz y a las que ordeñan; con el hijo del presidente visité la cocina de los esclavos a las 5 am., y comenté lo exhaustas que se veían aquellas mujeres; él me informó que se levantaban a las 2 am., y que nunca tenían tiempo de descansar durante el día.

¡Ah, era terrible! Este muchacho de 16 años, administrador de la hacienda en ausencia de su padre, me contó con mucho placer la fuerza con que algunas veces las mujeres luchaban contra los esclavos de los hombres; y cómo él había gozado en ocasiones, mirando a través de una rendija, esos trágicos encuentros en la noche. Hasta el amanecer nos molestaron las toses secas, desgarradas, que llegaban hasta nosotros a través de las juntas; otras veces eran profundas suspiros.

De Lara y yo no hablamos de estas cosas hasta la mañana siguiente, cuando le hice notar su aspecto fatigado.

—Oí los suspiros, las toses y los gemidos —me dijo—. Oí a las mujeres llorar y yo también lloré... lloré tres veces. No sé cómo podía volver a reír y a ser feliz.

Mientras nos poníamos el desayuno, el presidente municipal nos dijo muchas cosas acerca de la esclavitud, y nos mostró buena cantidad de cadenas y ligas que se habían quitado a los esclavos en diferentes ocasiones. Como los presos de una penitenciaría, los esclavos habían pasado de una manera u otra, a poseer esas herramientas, con la esperanza de utilizarlas por la noche para salir de su prisión y escapar de los centinelas.

El presidente nos dijo francamente que las autoridades de las

ciudades de México, Veracruz, Oaxaca, Pachuca y Jalapa se dedican con regularidad al tráfico de esclavos, generalmente en combinación con uno o más enganchadores. Nombró al alcalde de un puerto bien conocido, que fue citado en los periódicos norteamericanos como huésped del presidente Roosevelt en 1908, y distinguido asistente a la convención republicana de Chicago. Este alcalde —dijo el presidente de Valle Nacional—, empleaba ordinariamente la fuerza policiaca de su ciudad como red para pescar esclavos. Mandaba detener a toda clase de personas con cualquier pretexto, sólo por cobrar los \$45 por cabeza que le pagarían los cultivadores de tabaco.

Nuestra conversación de aquella mañana fue interrumpida por un capataz español que vino a hablar con el presidente. Hablaron en voz baja, pero pudimos captar casi todo lo que dijeron. El capataz había matado a una mujer el día anterior y había venido a ponerse a disposición del presidente. Después de 10 minutos de consulta, éste estrechó la mano del culpable y le dijo que se fuera a su casa y atendiera sus obligaciones sin pensar más en este asunto.

Era domingo y pasamos todo el día en compañía de Antonio Pla, probablemente el monstruo humano principal del Valle. Pla es el gerente general de Balsa Hermanos y, como tal, vigila el movimiento de 12 grandes haciendas. Reside en la llamada "Hondura de Nanche", la que tiene fama de tirar los muertos a los caimanes y donde tuvo origen la expresión "¡Echenme a los hambrientos!". Pla llama a sus esclavos *los tigres* y tuvo gran placer en mostrarnos las *guardias de los tigres*, así como en explicarnos su sistema completo de compras, castigos y enterramientos.

Pla estimaba que el movimiento anual de esclavos hacia Valle Nacional era de 15 mil, y me aseguró que aunque los trabajadores mataran a todos ellos las autoridades no intervendrían.

—¿Por qué iban a intervenir? —preguntó—. ¿Acaso no los mantenemos?

Pla, como muchos de los demás tabaqueros, cultivaba esta planta en Cuba antes de venir a Valle Nacional; declaró que por el sistema de esclavitud que se empleaba aquí, se cosechaba la misma cantidad de tabaco a la mitad del precio que estaba en Cuba. Dijo que no era práctico conservar a los esclavos más de 7 y 8 meses, porque se "secaban". Explicó los diversos métodos de azotar, los golpes que sin ceremonias se repartían en los campos con vara de bejuco, la formación de las cuadrillas al amanecer y la administración de "unos cuantos azotes a los vegos como medicina para el día".



—Pero después de algún tiempo —declaró Pla—, ni los patos sirven para nada. Llega un momento en que ya no pueden trabajar más.

Nos dijo que tres meses antes un agente del Gobierno había intentado venderle 500 yaquis en \$20 mil; pero que él había rechazado la oferta porque, aunque los yaquis duran como el hierro, persisten en sus tercas tentativas para conseguir libertarse.

—Compré un grupo de yaquis hace varios años —agregó: pero la mayoría de ellos se escaparon al cabo de pocos meses. No, el único lugar apropiado para los yaquis es Yucatán.

Sin embargo, encontramos dos yaquis en la hacienda "Los Mangos". Dijeron que habían estado allí dos años y eran los únicos que quedaban de un lote de 200. Uno de ellos había estado varios días sin trabajar porque los insectos le habían comido casi la mitad de un pie.

—Creo que tendré que matar a ese tigre —dijo Pla sin cuidarse de que el hombre le oyera—. Ya no me sirve.

Al segundo yaqui lo encontramos en el campo trabajando con una cuadrilla. Me acerqué a él y le tenté los brazos, que todavía eran musculosos. Era realmente un magnífico ejemplar y me recordó la historia de Ben Hur. Mientras yo lo examinaba se mantuvo erecto y miraba hacia adelante, pero con un ligero temblor en sus miembros. Tan sólo la actitud de ese yaqui fue para mí la prueba más concluyente de la bestialidad del sistema que lo tenía esclavizado.

En "Los Mangos" un capataz nos dejó examinar su larga y flexible vara, la vara de castigo; era de bejuco y se doblaba como un látigo, sin romperse.

—El bejuco crece en las faldas de la montaña —explicó el capataz—. Veá, es una madera que parece cuero. Con ésta puedo azotar a 20 hombres hasta que mueran y todavía quedará buena para otros 20 más.

En la cocina destinada para los esclavos de la misma hacienda vimos que molían maíz dos muchachas de 17 años, de rostros finos y realmente bellos. Aunque su amo Pla se hallaba amenazadoramente cerca, ellas se atrevieron a contarnos con rapidez sus historias. Una, de León Gto., declaró que el enganchador le había prometido \$50 mensuales y una buena casa donde trabajar como cocinera de una corta familia; cuando descubrió que le habían engañado, ya era demasiado tarde; los rurales la obligaron a venir. La otra muchacha era de San Luis Potosí; le prometieron un buen alojamiento y \$10 mensuales por cuidar a dos niños pequeños.

Por dondequiera que fuimos encontramos las casas llenas de buenos muebles hechos por los esclavos.

—Sí —explicó Antonio Pla—, algunos de los mejores artesanos del país vienen por aquí, de un modo o de otro. Tenemos carpinteros, ebanistas, tapiceros... de todo. Bueno, en mis fincas he tenido maestros, actrices y artistas, y una vez hasta un ex sacerdote. En una ocasión tuve una de las más bellas actrices del país, aquí mismo, en "Honduras de Nanche". Y era de las buenas. ¿Que cómo llegó? Muy sencillamente. El hijo de un millonario de la ciudad de México quería casarse con ella y el padre pagó a las autoridades un buen precio para que la capturasen y la entregaran a un enganchador. Sí, señor, aquella mujer era un belleza.

—¿Y qué fue de ella? —pregunté.

—Ah —fue la respuesta evasiva—, eso sucedió hace dos años.

En verdad, dos años —mucho tiempo en Valle Nacional, más tiempo que la vida de un esclavo. La historia de la actriz me recordó lo que había oído de una pareja de mexicanos recién casados que hubieron hasta Los Angeles, poco antes de iniciar mi viaje. El muchacho pertenecía a la clase media de la ciudad de México, y su novia era hija de un millonario; pero éste consideraba al muchacho como de clase "inferior" y llegó a todos los extremos en sus esfuerzos para impedir la boda.

—Jorge se expuso a muchos peligros por mí —comenzó contándome la joven esposa—. En una ocasión mi padre trató de disuadirle y otra vez ofreció a las autoridades \$5 mil para que lo secuestraran y lo enviaran a Valle Nacional; pero avisé a Jorge y pudo ponerse a salvo.

Pla nos habló también de 11 muchachas que le habían llegado en una sola remesa de Oaxaca.

—Estaban en un baile público —nos dijo—. Algunos hombres entablaron una pelea y la policía detuvo a todos los que estaban en el salón. Aquellas muchachas no tenían que ver en la disputa, pero el jefe político necesitaba dinero y dispuso enviarlas aquí a todas.

—Bueno —pregunté—, pero, ¿qué clase de mujeres eran? ¿Mujeres públicas?

Pla me lanzó un mirada significativa:

—No, señor —protestó con voz despectiva—. ¿Cree usted que necesito que me manden esa clase de mujeres a mí?

El tener cerca a propietarios y superintendentes, además de la gran cantidad de vigilantes, nos impidió sostener largas conversa-

ciones con los esclavos. Una de las más notables ocurrió al día siguiente de nuestra visita a la hacienda de Balsa Hermanos. Al regresar de un largo recorrido por varias plantaciones, llamamos a un hombre que araba cerca del camino las tierras de "Honduras de Nanche". El más próximo de los vigilantes estaba casualmente en mitad del campo y el esclavo, a nuestro requerimiento, nos indicó el lugar de la ciénaga de los cocodrilos y confirmo el relato de los moribundos que habían sido arrojados a "los hambrientos".

—Ya llevo aquí 6 años y creo que soy el más antiguo en el Valle —nos dijo—. Otros hombres fuertes vienen y se convierten en esqueletos en una temporada; pero parece que yo no puedo morir. Vienen y caen, vienen y caen; sin embargo, yo sigo viviendo. Pero debieran haberme visto cuando llegué. Entonces era un hombre... ¡un hombre! Tenía hombros y brazos... era un gigante entonces. Pero ahora...

Las lágrimas saltaron de los ojos de aquel personaje y rodaron por sus mejillas; pero continuó:

—Yo era carpintero de los buenos... hace 6 años. Vivía con mi hermano y mi hermana en México. Mi hermano era estudiante... no tenía 20 años... mi hermana atendía la casita que yo pagaba con mi jornal. No éramos pobres, no. Éramos felices. Por entonces, el tratante en mi oficio alquiló un poco y una tarde encontré a un amigo que me dijo que se podía conseguir empleo en Veracruz con \$3 diarios de sueldo por largo tiempo. Aproveché la ocasión y vinimos juntos, vinimos aquí... ¡aquí! Dije a mis hermanos que les mandaría dinero con regularidad y cuando supe que no podría mandarles nada y les escribí para hacerse saber, no me dejaron enviar la carta. Durante meses guardé aquella carta, vigiando, esperando, tratando de encontrar una oportunidad para hablar al mandadero cuando pasara por el camino. Por fin lo vi; pero cuando le di la carta no más se rio y me la devolvió. A nadie le permiten enviar cartas.

—¿Escaparé? —continuó el esclavo—. Si, lo he intentado muchas veces. La última vez, hace sólo 8 meses, llegué hasta Tuxtepec. Me puse a escribir una carta. Quería comunicarme con mi gente; pero me apartaron antes de escribirla. No sében dónde estoy. Acaso creen que he muerto. Mi hermano habrá tenido que dejar sus estudios. Mi...

—Mejor cállese —le dije—. Ahí viene un cabo.

—No, todavía no —respondió—. De prisa. La daré la direc-

ción de ellos. Dígalos que yo no leí el contrato. Dígalos que ni lo vi hasta que vine aquí. El nombre de mi hermano es Juan...

—¡Cuidado! —le grité; pero ya era demasiado tarde. ¡Zas! El largo bejuco cayó sobre las espaldas de aquel hombre. Retrocedió; iba a abrir la boca de nuevo; pero un segundo azote le hizo cambiar de intención y cabizbajo retornó a sus bueyes.

Las lluvias que cayeron en los dos últimos días de nuestra estancia en Valle Nacional hicieron intransitable el camino a Tuxtepec, de manera que dejamos nuestros caballos y navegamos río abajo en una balsa, una plataforma hecha de troncos sobre la cual había una pequeña choza con techo de hojas de plátano. Un indígena en cada extremo impulsaban con una pertega y un remo la extraña embarcación corriente abajo, y por ellos supimos que también los indios habían conocido su época de esclavitud. Los españoles habían tratado de someterlos; pero los indios pelearon a muerte; las tribus se unieron y lucharon juntas como lobos hasta recuperar y mantener su libertad. Ese entendimiento común no puede ser empleado hoy.

Al pasar por Tuxtepec encontramos al señor P., político, enganchador y pariente de Félix Díaz, sobrino del Presidente Díaz y jefe de la Policía en la ciudad de México. El señor P., que vestía como príncipe, se hizo agradable y respondió con toda libertad a nuestras preguntas, con la esperanza de asegurar un contrato para proporcionar esclavos a mi compañía:

—Sin embargo, hará usted dinero en Valle Nacional —dijo—. Todos los hacen. Después de cada cosecha hay un éxodo de propietarios a México, donde algunos se quedan gastando su dinero en una vida desenfrenada.

El señor P. tuvo la amabilidad de decirnos el destino de los \$50 que él recibía por cada uno de sus esclavos. Nos dijo que \$5 se entregaban a Rodolfo Pardo, jefe político de Tuxtepec; \$10 a Félix Díaz por cada esclavo que salía de la ciudad de México y \$10 al alcalde de la ciudad o jefe político del distrito de donde procedieran los demás esclavos.

—El hecho de que soy cuñado de Félix Díaz —explicó el señor P.—, y además amigo personal de los gobernadores de Oaxaca y Veracruz y de los alcaldes de esas ciudades, me coloca en situación de atender los deseos de usted mejor que cualquier otro. Yo estoy preparado para proporcionarle cualquier cantidad de trabajadores, hasta 40 mil por año, hombres, mujeres y niños, y el precio es de \$50 cada uno. Los trabajadores menores de edad duran más que los adultos; le recomiendo usarlos con preferencia a los otros. Le

*puedo proporcionar a usted mil niños cada mes, menores de 14 años y estoy en posibilidad de obtener su adopción legal como hijos de la compañía, de manera que los pueda retener legalmente hasta que lleguen a los 21 años.*

—Pero, ¿cómo puede adoptar mi compañía como hijos a 12 mil niños por año? ¿Quiere decir que el Gobierno permitiría semejante cosa? —le pregunté.

—Eso déjeme a mí —contestó el señor P., significativamente—, lo hago todos los días. Usted no paga los \$50 hasta que tenga en su poder a los niños con sus papeles de adopción.

## CAPÍTULO VI

LOS PEONES DEL CAMPO Y LOS POBRES  
DE LA CIUDAD

SE PODRÍA ESCRIBIR todo un libro muy grueso y que dejara grandes ganancias acerca de la esclavitud en México. Pero, aunque el asunto es importante, no lo es tanto como para dedicarle mayor espacio en esta obra que el que le he reservado. Es más necesario que ahonde más bajo la superficie y revele las horribles causas que han hecho posible y están perpetuando esa bárbara institución. Confío en que con lo expuesto en los capítulos anteriores, haya quedado suficientemente clara e indudable la completa participación del Gobierno mexicano en la trata de esclavos.

En ciertas esferas se admite que existe la esclavitud; pero se niega la culpabilidad del Gobierno. Sin embargo, es absurdo suponer que éste pueda ignorar una situación en la que la tercera parte de la población de un gran Estado está esclavizada. Además, es bien sabido que centenares de funcionarios de los Estados y de Federación están constantemente dedicados a juntar, transportar, vender, vigilar y cazar esclavos. Como ya se hizo notar, todas las cuadrillas de enganchados que salen de la ciudad de México o de otros lugares para Valle Nacional u otro distrito esclavista, son vigilados por los rurales del Gobierno, guardias uniformados, quienes no obran por propia iniciativa, sino que se hallan tan sujetos a ordenanza como los soldados del ejército regular. Sin la coacción de sus armas y de su autoridad, los enganchados se negarían a caminar un solo kilómetro de la jornada. Un momento de reflexión es suficiente para convencer a cualquier mente sin prejuicios de que

sin la participación del Gobierno, todo el sistema esclavista sería imposible.

Una esclavitud similar a la de Yucatán y a la de Valle Nacional se puede encontrar en casi todos los Estados del país; pero especialmente en los costeros, al sur de la gran altiplanicie. El mismo sistema de trabajo existe en las plantaciones de henequén de Campeche; en las industrias madereras y frutera de Chiapas y Tabasco; en las plantaciones de hule, café, caña de azúcar, tabaco y frutas en las plantaciones de Oaxaca y Morelos. Por lo menos en 10 de los 32 Estados y Territorios de México, la mayoría abrumadora de trabajadores son esclavos.

Aunque las condiciones secundarias varían algo en diferentes lugares, el sistema general es en todas partes el mismo: el servicio contra la voluntad del trabajador, ausencia de jornales, escasa alimentación y azotes. En este cúmulo de cosas se hallan afectados no sólo los nativos de los diversos Estados esclavistas, sino otros—100 mil cada año, para citar números redondos—, que, engañados con falsas promesas por los enganchadores, o capturados por éstos, o embarcados por las autoridades políticas en connivencia con tales agentes, deján sus hogares en diversos sitios del país para tomar el camino de la muerte hacia la "tierra caliente".

La esclavitud por deudas y por "contrato" es el sistema de trabajo que prevalece en todo el sur de México. Probablemente 750 mil personas pueden clasificarse con exactitud como "propiedad mueble" de los hacendados. En los distritos rurales del resto de México existe en el sistema del peonaje que se distingue de la esclavitud principalmente en grado, y es similar en muchos aspectos al régimen de servidumbre en la Europa de la Edad Media. Según ese sistema, el trabajador está obligado a prestar servicios al hacendado, aceptar lo que quiera pagarle y aun recibir los golpes que éste quiere darle. La deuda, real o imaginaria, es el nexo que ata al peón con su amo. Las deudas son transmitidas de padres a hijos a través de generaciones. Aunque la Constitución no reconoce el derecho del acreedor para apoderarse y retener al deudor físicamente, las autoridades rurales en todas partes reconocen ese derecho y el resultado es que probablemente 5 millones de personas, o sea un tercio de la población, viven actualmente en estado de peonaje sin redención.

A los peones del campo suele acreditárseles jornales nominales que varían entre 25 a 50 centavos diarios; rara vez son más altos. Por lo regular, no reciben un solo centavo, en efectivo, sino que se les paga en vales de crédito contra la tienda de raya de la hacien-

da, en la cual están obligados a comprar a pesar de los precios exorbitantes. Como resultado, su alimento consiste solamente en maíz y frijoles, viven en cabinas que suelen estar hechas de materiales no más consistentes que la caña del maíz, y usan sus pobres vestidos no sólo hasta que se convierten en andrajos a punto de deshacerse, sino hasta que efectivamente se deshacen.

Probablemente, no menos del 80% de todos los trabajadores de las haciendas y plantaciones en México, o son esclavos o están sujetos a la tierra como peones. El otro 20% lo integran los considerados trabajadores libres, quienes viven una existencia precaria en su esfuerzo por esquivar la red de los enganchadores. Me acuerdo particularmente de una familia de esa clase que conocí en el Estado de Chihuahua. Era un caso típico, y mi recuerdo de ella es muy fuerte porque la vi en la primera noche que pasé en México. Fue en un vagón de segunda clase del Ferrocarril Central Mexicano, que corría hacia el sur.

Esa familia estaba compuesta por 6 personas de 3 generaciones diferentes, desde el muchacho inexperto, de pelo negro, hasta el abuelo de barba blanca; los 6 parecían haber perdido el último átomo de felicidad. Nosotros éramos un grupo animado que estaba cerca de ellos; 4 eran mexicanos que se sentían felices por volver al hogar en vacaciones, después de una temporada de trabajar como braceros en los Estados Unidos. Cantamos un poco y tocamos algo de música en un violín y una armónica; pero ninguno de los seis de aquella familia llegó a sonreír o a mostrar el menor interés. Me recordaba una punta de ganado resistiendo una tempestad, con las cabezas entre las patas delanteras y las grupas contra el viento.

La cara del viejo patriarca reflejaba una historia de agobios y una paciencia bovina para soportarlos, como nunca podría expresarse en palabras. Tenía barba grisácea, descuidada, y bigote; pero su cabeza estaba cubierta aún por rabillo castaño oscuro. Su edad sería, probablemente, de 70 años, aunque evidenciaba ser todavía un trabajador activo. Su traje se componía de una camisa de color y pantalón de mezclilla de manufactura norteamericana, lavado y recosido y vuelto a lavar y recoser... Un traje de un dólar, con tantos añadidos que todo eran parches.

Junto al patriarca estaba sentada una anciana, su mujer, con la cabeza inclinada y una expresión facial tan parecida a la de su marido que pudiera haber pasado por una copia de éste hecha por un gran artista, aunque la expresión difería en un detalle. La anciana mantenía su labio superior apretado contra los dientes, dando

el efecto de que continuamente se mordía el labio para contener las lágrimas. Acaso su valor no era igual al del hombre y le era necesario mantenerlo mediante una permanente contracción de la boca.

Había una pareja joven, como de la mitad de la edad de los dos viejos; el hombre movía la cabeza y abría y cerraba lentamente sus párpados granujientos; de vez en cuando volvía los ojos para mirar con expresión lejana a los alegres viejeros que lo rodeaban. Su mujer, sin busto, decaída, estaba sentada siempre en la misma posición, con la cabeza inclinada hacia adelante y su mano derecha tocando la cara a la altura del puente de la nariz.

Finalmente, había dos muchachos: uno de 18 años, hijo segundo del viejo, y otro de 16, hijo de la segunda pareja. En toda esa noche, la única sonrisa que vi en aquellas caras fue una, en la del muchacho más joven. Un vendedor de periódicos, al pasar, le ofreció un libro en 75 centavos y el muchacho, abriendo un poco los ojos con momentáneo interés, contempló la cubierta de colores brillantes y después volvió hacia su tío y le dirigió una sonrisa de asombro. ¡Pensar que alguien pudiera imaginar que él podía comprar uno de aquellos mágicos objetos, un libro!

—Somos de Chihuahua —nos dijo el viejo, una vez que hubimos ganado su confianza—. Trabajamos en el campo... todos. Toda nuestra vida hemos sido trabajadores del campo cultivando maíz, frijol y melones en Chihuahua; pero ahora huimos. Si los patronos nos pagaran lo que prometen, podríamos salir adelante; pero nunca pagan completo... nunca. Esta vez el patrón nos pagó sólo dos tercios del precio convenido y, sin embargo, le quedo muy agradecido, porque nos podía haber pagado tan sólo un tercio, como otros nos pagaron antes. ¿Qué puedo hacer? Nada. No puedo acudir a un abogado, porque el abogado me robaría los otros dos tercios y además el patrón me metería en la cárcel. Muchas veces mis hijos y yo hemos ido a la cárcel, por pedir al patrón que nos pague la suma completa convenida. Mis hijos se indignan cada vez más y a veces temo que alguno de ellos pueda pegar al patrón o matarlo, y eso sería nuestro fin.

Después de una pausa, continuó:

—No, lo mejor que podíamos hacer, y por último lo decidí, era marchar. De manera que juntos lo que teníamos y gastamos nuestro último peso para pagar el pasaje hasta Torreón, donde esperamos encontrar trabajo en los campos algodoneros. He oído decir que podemos ganar un peso diario cuando hay ocupación. ¿Es así,

o será allí la misma historia? Acaso sea la misma; pero ¿qué otra cosa puedo hacer sino arriesgar? Trabajo, trabajo, trabajo; eso es todo lo que hay para nosotros..., y nada a cambio del trabajo. No bebemos; no somos holgazanes; rezamos a Dios todos los días y, sin embargo, la deuda nos sigue siempre, pidiendo que la aceptemos. Muchas veces he querido pedir prestado un poco a mi patrón; pero mi mujer siempre se ha opuesto a ello. «No —me dice—, mejor morir que deber, porque deber una vez quiere decir deber para siempre..., y ser esclavos. Pero a veces creo que sería mejor deber, mejor caer en deuda, mejor renunciar a nuestra libertad que seguir así hasta el fin. Es cierto que me estoy haciendo viejo y me gustaría morir libre, pero es duro... muy duro.

Los 750 mil esclavos y los 5 millones de peones no monopolizan la miseria económica de México. Esta se extiende a toda clase de personas que trabajan. Hay 150 mil trabajadores de minas y fundiciones que reciben menos dinero por el trabajo de una semana que un minero norteamericano de la misma clase por un día de jornal; hay 30 mil operarios de fábricas del algodón cuyo salario da un promedio menor de 60 cents. diarios; hay 250 mil sirvientes domésticos cuyos salarios varían entre \$2 y \$10 al mes; hay 40 mil soldados de línea que reciben menos de \$4 al mes aparte del insuficiente rancho. Los 2 mil policías de la ciudad de México no perciben más de \$1 diario. Para los conductores de tranvías \$1 diario es un buen promedio en la capital, donde los jornales son más elevados que en otras partes del país, excepto cerca de la frontera norteamericana. Y esta proporción es constante en las industrias. Una oferta de \$1 como salario, sin duda atraería en la ciudad de México a un ejército de 50 mil trabajadores sanos en el término de 24 horas.

Si se tienen en cuenta esos miserables jornales, no debe suponerse que el costo de los artículos necesarios para la vida, sea menor que en los Estados Unidos, como sucede en otros países de bajos salarios, tales como la India y China. Por el contrario, el costo del maíz y del frijol, que son base para la subsistencia de la masa del pueblo mexicano, es realmente más alto, por lo regular, que el que rige en los Estados Unidos. Al momento de escribir esto, cuesta casi el doble comprar 100 kilos de maíz en la ciudad de México que en Chicago y eso en la misma moneda, oro norteamericano, o plata mexicana, como se quiera, no obstante que este artículo es el más barato que el mexicano pobre está en posibilidad de adquirir.

Por lo que se refiere al vestido y a la habitación, el mexicano

ordinario disfruta tan poco de una y otra como pueda imaginarse. Las casas de vecindad de Nueva York son palacios comparadas con las casas de vecindad de la ciudad de México. A 500 ms. en cualquier dirección del gran Paseo de la Reforma, la magnífica avenida por la que se hace parecer a los turistas y por la cual suelen ellos juzgar a México, el investigador encuentra tales condiciones de vida que no se ven en ninguna ciudad que merezca el nombre de civilizada. Si en todo el país hay una sola ciudad con un sistema moderno de alcantarillado, ignoro su nombre.

Los viajeros que se hayan alojado en los mejores hoteles de la capital mexicana quizá levanten la ceja al leer mis afirmaciones; pero una pequeña investigación mostrará que no más del 20% de las casas, dentro de los límites de esa ciudad, tiene un abastecimiento regular de agua con que limpiar los excusados, mientras que hay manzanas densamente pobladas que carecen por completo de servicio de agua tanto para la limpieza como potable.

Bastan unos minutos de reflexión para darse cuenta de lo que esto significa. Como resultado de esas condiciones tan insalubres, la proporción de fallecimientos en la ciudad de México se halla siempre entre 5% y 6%, por lo general más cerca de esto último, lo cual es superior al doble de la mortalidad en las bien regidas ciudades de Europa, de los Estados Unidos y aun de Sudamérica; ello prueba que la mitad de la gente muere en la metrópoli de Díaz por causas que las ciudades modernas han hecho desaparecer.

Un residente que ha permanecido largo tiempo en México calculó que 200 mil personas de la capital, o sea un 40% de su población, duermen sobre piedras. Sobre piedras no quiere decir en las calles, porque no está permitido dormir en las calles ni en los parques, sino en el suelo de los alojamientos baratos y mesones.

Es posible que esto no sea muy exacto; sin embargo, por haberlo observado me consta que la cifra de 100 mil sería muy conservadora, y que, por lo menos 25 mil pasan la noche en los mesones, nombre comúnmente aplicado a los alojamientos más baratos para pañeros.

Un mesón es un albergue tan miserable que sólo son proeres las galeras o cárceles-dormitorios de los esclavos de "tierra caliente", y los dormitorios de las prisiones y las galeras estriba en que a esta últimas los esclavos son conducidos, medió muertos de fatiga, hambre y fiebre, a fatigazos, y se cierra la puerta cuando están dentro; mientras que los miserables andrajosos y desnutridos que andan en las calles de la ciudad llegan a los mesones a alquilar con tres cen-

tavos de cobre un breve y limitado refugio. . . . un pedazo de suelo desnudo en que echarse, un petate, la compañía de sabandijas que se crían en la suciedad, y un mal descanso es un apocópsis semejando con 100 personas más, que roncán, se mueven, se quejan, y que son hermanos en el dolor.

Durante mi última estancia en México —en el invierno y la primavera de 1909— visité muchos de estos mesones y tomé fotografías de la gente que allí dormía. En todos ellos encontré las mismas condiciones: edificios viejos, a veces de cientos de años, abandonados e inadecuados para otros fines que no sean los de servir de dormitorio para los pobres. Por tres centavos el viajero recibe un petate y el privilegio de buscar un lugar en el suelo con espacio suficiente para poder echarse. En noches frías, el piso está tan cubierto de seres humanos que es muy difícil poner el pie entre los dormidos. En un aposento llegué a contar hasta 200 personas.

Las mujeres y las niñas pobres tienen que dormir en alguna parte, lo mismo que los hombres y los jóvenes; si no disponen de más de tres centavos para una cama, las mujeres deben ir a los mesones con los hombres. En ninguno de los que visité había lugar separado para mujeres y niñas, aunque eran muchas las alojadas. Igual que los hombres, una muchacha paga sus tres centavos y recibe un petate. Si llega temprano, puede encontrar un rincón más o menos apartado donde dar descanso a su molido cuerpo; pero no hay nada que impida a un hombre llegar a acostarse junto a ella y molestarla durante toda la noche.

Y esto sucede. Más de una vez, en mis visitas a los mesones, vi alguna muchacha joven e indefensa, a quien un extraño había despertado y solicitado tan sólo por haberla visto entrar. Los mesones engendran la inmoralidad tan atterradoramente como crían chinchas. Las muchachas sin hogar no van a los mesones porque sean malas, sino porque son pobres. Estos lugares se establecen con licencia de las autoridades, de manera que sería muy fácil exigir a los propietarios que dedicaran una parte del espacio disponible exclusivamente para alojamiento de mujeres. Pero las autoridades no tienen escrúpulos y no intentan evitar la promiscuidad.

A pesar de lo miserable que son los mesones, 25 mil mexicanos sin hogar que duermen en ellos son afortunados comparados con los millares que, al caer la tarde, ven que no pueden juntar los tres centavos para pagar el alquiler de un petate y un pedazo de suelo. Todas las noches hay un éxodo de millares de personas que desaparecen de las calles de la ciudad; se llevan sus pobres perten-

cias, si tienen alguna, y codo con codo si con una familia, marido y mujer, o simples amigos atraídos mutuamente por su pobreza, caminan varios kilómetros fuera de la ciudad, hacia los caminos y campos próximos a las grandes haciendas ganaderas que pertenecen a altos funcionarios del Gobierno. Allí se dejan caer al suelo, temblando de frío, pues por la altura pocas son las noches en que la temperatura no haga imprescindible un buen abrigo. Por la mañana se encaminan de nuevo al corazón de la ciudad, para luchar allí con sus escasas fuerzas contra los poderes que conspiran para impedirles ganarse la vida; allí, después de vana y desalentadora lucha, acaban por caer en las redes del enganchador, que anda a la búsqueda de esclavos para sus ricos clientes, los hacendados de los Estados de "tierra caliente".

México tiene dos millones de Km<sup>2</sup>. Hectárea por hectárea es tan rico, si no más, que los Estados Unidos. Tiene buenas bahías en ambas costas; se halla casi tan cerca de los mercados mundiales como los Estados Unidos. No hay razón natural o geográfica para que su pueblo no sea tan próspero y feliz como cualquier otro del mundo. Es un país más viejo que los Estados Unidos y no está sobrepoblado. Con una población de 15 millones resultan 7.5 habitantes por Km<sup>2</sup>, densidad poco menor que la norteamericana. Sin embargo, al ver el corazón de México, es inconcebible que pueda haber en el mundo pobreza más extrema. La India o China no podrían estar peor, porque de ser así, el hambre las despojaría. México es un pueblo muerto de hambre; una nación postrada. ¿Cuál es la razón de ello? ¿Quién tiene la culpa?

BENITEZ, Fernando.

EL REY VIEJO.

México, Fondo de Cultura

Económica, 1984, (Lecturas

Mexicanas 53)

UNIDAD V.-EL PORFIRISMO  
Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
(1876-1920)

EL AUTOR:

Benítez es originario de la Ciudad de México en donde nació en 1912.

Hizo sus primeros trabajos en el periodismo, en el que destacó con artículos relacionados principalmente con las culturas en México. De sus extensos viajes por el mundo ha elaborado libros en los que plasma sus experiencias y observaciones de los países por él visitados.

En 1945 inició su vasta producción literaria, logrando crear todo un estilo en sus relatos, que conjugan el reportaje con la narrativa y el ensayo, siempre en un tono de calidez y vivacidad.

Ha escrito sobre temas coloniales, hechos de la independencia, dramas sobre las comunidades indígenas, el caciquismo y acontecimientos de los años turbulentos de la Revolución Mexicana.

Algunas de las obras que forman parte de su producción son:  
La Ruta de Hernán Cortés; La Vida Criolla en el siglo XVI; Ki, El drama de un pueblo y de una planta; El Rey Viejo; El Agua envenenada; Los Demonios en el Convento.

\*Información apoyada en: Diccionario de Escritores Mexicanos.  
Op.Cit. p.41



LA OBRA:

El Rey Viejo, es una novela que relata los últimos días de la vida de Venustiano Carranza, hasta su asesinato en Tlaxcalantongo.

Para ilustrar la unidad antes señalada, es de gran importancia conocer, a través del análisis de esta lectura, la personalidad del presidente Carranza, y sobre todo, enterarse de los sucesos que se desarrollaron antes de su asesinato, reflejo de la pérdida del poder que él estaba sufriendo.

Se debe tratar de hacer conciencia de que, a través de la historia, los sucesos violentos provocan profundos cambios y crisis en el panorama de un país, y el nuestro no es la excepción.

Venustiano Carranza, en su huida de la capital, es acompañado por su secretario particular, el cual se convierte en el supuesto narrador de estos brutales acontecimientos que conjugan el miedo, la esperanza, el dolor, la ilusión, la traición y la muerte.

Los capítulos seleccionados son:

El Reloj: donde se relatan los preparativos de la huida del presidente de la Ciudad de México.

El Tornado: Cuando el presidente debe abandonar el tren que lo protegía, y seguir a caballo, sólo protegido por los cadetes del Colegio Militar.

El Rey Viejo y La Traición: en los que se describe, tanto el asesinato de Carranza, como los documentos que debieron firmarse para exonerar a los culpables del crimen.

**SUGERENCIA DIDÁCTICA:**

Se recomienda que después de la lectura, los alumnos realicen un debate sobre lo ocurrido en 1920 donde se resalten las razones y consecuencias de la pérdida del poder y un análisis sobre la lucha de los grupos que ambicionan el poder y los medios de los que se valen para lograrlo en ese momento; también se sugiere una comparación con esta misma situación política en la actualidad, donde la lucha por el poder es más evidente que nunca.

Primera edición (Letras Mexicanas), 1959  
Primera edición en Lecturas Mexicanas, 1984

### EL RELOJ

5 de mayo de 1920. A las cuatro de la tarde, Secundino, el más cercano ayudante del Presidente, llamó a la puerta de mi casa y, sin hacerse anunciar, de un modo brusco y hasta inoportuno, entró en la biblioteca. No trató siquiera de excusarse. Simplemente me tendió un sobre con las armas de la república, diciéndome:

—Es urgente.

La carta sólo tenía un renglón escrito por la mano del Viejo: *Querido Enrique: ¿Podría usted verme? Su presencia me es indispensable.*

En el automóvil de Secundino hice el viaje a palacio. Al entrar en su despacho, el Presidente hablaba por teléfono, y con un ademán me señaló la silla reservada a los Ministros.

*Sucesos del 5 de mayo. Nota añadida el 15 de junio.* Ahora que todo ha concluido y mi cabeza está más despejada, recuerdo con precisión el ambiente angustioso que reinaba esa tarde en palacio. Las antecelas se veían desiertas. Los ayudantes tenían las caras serias y hablaban con aire de misterio. No, no era nada concreto, definido, tangible, sino más bien una cierta tensión, el presentimiento de algo que se gestaba fuera y que repercutía sordamente en el interior del antiguo palacio virreinal. En otras ciudades, la agitación política, los desórdenes, se reflejan en el parlamento, en las calles, quizá en los cuarteles, pero en México, donde la mansión oficial del Presidente es el eje en torno del cual gira la vida del país, los menores cambios toman, dentro de esa

D. R. © 1959, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1734-7

Impreso en México

desmesurada caja de resonancias, proporciones increíbles.

Las banderas y los gallardetes que afuera colgaban lánguidos de los faroles por ser día de fiesta nacional, aumentaban la deprimente sensación que creí advertir en palacio y que, debido a mi turbación, no incluí en la nota del día 5.

*Continúa la nota correspondiente al 5 de mayo.* Mientras hablaba el Presidente —por deferencia a él no seguía su conversación— dirigí una mirada a la estancia con la que me había familiarizado los últimos cuatro años. El sol de la tarde entraba por los balcones medio abiertos recortándose sobre la roja y espesa alfombra; los muebles de maderas pulidas, los marcos de las pinturas, brillaban con suavidad y en los prismas de las arañas se encendían arcoíris temblorosos y delicados.

El Presidente colgó el teléfono y se volvió a mí:

—El ministro de Guerra me informa que Escobar, jefe del Regimiento de Ametralladoras, enviado este mediodía a combatir a los rebeldes, se pasó con armas y bagajes al enemigo.

El Presidente hablaba con la voz pausada, neutra y carente de inflexiones a que nos tenía acostumbrados. No advertí el menor signo de alteración en su persona debido tal vez al hecho singular de que a él no le estaba permitido alterarse nunca. Su mano, grande y manchada, ordenó los papeles dispersos en la mesa y se reclinó pesadamente en el respaldo del sillón.

—Es la tercera defección ocurrida el día de hoy —añadió—. En la mañana, un regimiento entero, el Regimiento de Lanceros Supremos Poderes, antes de disparar un tiro, se pasó también al enemigo.

La gravedad de la situación se me reveló de gol-

pe. Escobar, como Riojas, eran el orgullo de nuestro ejército. Aun en épocas de estrecheces, nada se había escatinado para dotar a sus regimientos de los mejores pertrechos y el Viejo, no obstante sus naturales recelos, había depositado en ellos una confianza que no vacilaría en calificar de ilimitada.

—¿Me creerá usted, Enrique —dijo cerrando los ojos—, si le confieso que personalmente no me afectan las traiciones?

Yo sabía que en el fondo lo había herido la traición de Escobar y de Riojas, pero el viejo se mantuvo impassible, según era ya en él una segunda naturaleza, y preferí callar sabiendo que tan inútil resultaba penetrar en sus verdaderos sentimientos como cargar el momento de un sentimentalismo inoportuno.

—Lo que me afecta —prosiguió—, es no poder confiar ya en el resto del ejército. Los jefes que hemos enviado para sofocar esa rebelión cuartelera han venido a este mismo despacho, me han jurado derramar hasta la última gota de sangre por la causa de la legalidad, me han abrazado llorando... aún tengo las huellas de sus lágrimas en el hombro; y apenas salen de aquí se apresuran a buscar al enemigo y a combatirnos con las armas y el dinero que debían emplear en nuestra defensa.

Después de este desahogo, el único que se permitió en aquellos días de prueba, yo me decidí a hablarle con entera franqueza.

—Señor —le dije—, los militares, en nuestro país, siempre han estado con los más fuertes y los más fuertes son ahora, como lo han sido siempre, ellos mismos, los militares rebeldes.

El Presidente había recobrado su impassibilidad habitual:

—¿Cuál es su bandera? ¿Por qué luchan hoy? ¿Podría usted decírmelo?

Reuní todas mis fuerzas para contestarle, aunque sabía de antemano que la respuesta había de lastimarlo.

—Luchan, sencillamente, porque usted piensa que nuestro embajador en Washington debe sucederlo en la Presidencia de la república.

Tardó un tiempo en replicar y al fin lo hizo, con la voz blanca de siempre.

—Yo creí que podía sucederme nuestro embajador no porque sea el embajador, sino porque es un civil. Podía ser él, podía ser usted o el ministro de Hacienda con tal de asegurar el carácter civil que distingue a mi gobierno. En cambio, estoy en contra del gobierno de un militar, de una imposición por la fuerza de las armas. México, en diez años, ha pagado con un millón de muertos su derecho a sacudirse las dictaduras militares.

—El conflicto, señor, planteado en estos términos, no tiene solución —me apresuré a insistir—. Una cosa es que usted juzgue conveniente y benéfico un gobierno civil y otra muy distinta que los militares le permitan realizar su propósito. El ejército siempre ha sido el gran elector, el único elector, y está dispuesto a todo con tal de no dejarse arrebatarse su más jugosa prerrogativa.

—¿Cuántos años hace que usted me conoce? —preguntó abruptamente.

—Seis años, tal vez ocho —respondí vacilante.

—Pues bien, en esos seis, en esos ocho años, me habrá usted oído repetir hasta el fastidio que el ejército debe ser una institución subordinada al Presidente de la república y ajena a las contiendas políticas; es decir, que el ejército no debe tomar parte en las luchas electorales, sino limitarse a esperar la decisión del pueblo y servir a quien resulte electo, sin echar la espada en la balanza del sufragio.

Su terquedad principiaba a irritarme:

—Señor —le respondí—, ese principio, que yo hago mío, no pasa de ser una hermosa utopía. De hecho, todo el ejército se ha sublevado y perdóneme mi crudeza, pero el Presidente, sin el apoyo del ejército, no es nadie. Si usted, en lugar de empeñarse en que lo sucediera un civil, hubiera pensado en uno de los caudillos militares sublevados, no tendríamos que lamentar ninguna traición, no existiría ningún conflicto.

El Presidente se quitó las gafas, principió a limpiárselas con el pañuelo y trató de mirarme, pero sus ojos miopes aparecían de tal modo inseguros, que él mismo, dándose cuenta de su debilidad, apresuróse a montarlas de nuevo en su prominente nariz, suspirando y carraspeando como hacen los viejos en los momentos de embarazo.

—Según usted, la forma de evitar la guerra consistiría en apoyar públicamente la candidatura del general Obregón. ¿Ese es su pensamiento?

—Sí, señor Presidente. No hay otro camino.

—¡No hay otro camino! —exclamó, levantándose sin esfuerzo. Los resortes del sillón, liberados de su peso, lanzaron un gemido prolongado. El Presidente caminó hacia el balcón, y al darme la espalda, advertí que los faldones del jaqué (había asistido a la ceremonia celebrada esa mañana en el Panteón de San Fernando) estaban lamentablemente arrugados, lo que disminuía la solemnidad propia de su corpulenta figura.—

—Decididamente no debo, no puedo seguir ese único camino —dijo hablando como consigo mismo. Hizo una pausa—. ¿Sabe usted cuántos pronunciamientos hemos sufrido en un siglo? Más de mil, Enrique, más de mil. Todos querían salvar a la patria, todos trataban de restaurar la democracia, a todos los desvelaba el bienestar de los ciudadanos, pero

en el fondo, como ellos mismos se apresuraron a demostrarlo con sus hechos, lo que les importaba era su interés personal, su hambre de poder, su ambición de riquezas. El pueblo, vestido de harapos, compra armas costosas, sostiene un ejército para que defienda sus instituciones, y el ejército, en lugar de defenderlas, aprovecha esas armas para sojuzgarlo y convertirse en su amo. ¿Cree usted ahora que yo deba sumarme a los sublevados?

—Si usted desea evitar la guerra —insistí—, le queda otra salida: su renuncia.

Dejó de observar la plaza y se volvió a mí. La suave luminosidad del crepúsculo envolvía su figura poderosa.

—No puedo desertar del cargo que el pueblo mexicano me ha confiado.

Esta frase, pronunciada con sencillez, terminó conmoviéndome. Los arrugados faldones del jaqué, el pelo escaso y entrecano, ligeramente despeinado, el ajado traje de ceremonias, eran detalles superfluos que en ese momento, más que deteriorar su aire majestuoso, contribuían a acentuarlo. El Presidente —porque era todavía el Presidente— cercado de enemigos y traidores, sin tiempo para descansar, disimulaba su fatiga y procuraba sobreponerse al curso de los acontecimientos mostrando la imposibilidad con que había recibido en el pasado tanto la noticia de una derrota como la de una victoria.

—Y bien —pregunté—, ¿cuál es su decisión?

—Salir de esta ratonera.

—¿Adónde va usted?

—A Veracruz. Allí me quedan tropas leales.

—Señor, la vía del ferrocarril está cubierta por el enemigo. Intentar salir equivaldría a un suicidio.

Se disponía a contestar pero lo interrumpió una descarga lejana y poco después, imponiéndose a la sorda explosión, el reloj coronado por un águila, que

se alzaba en un rincón de la sala, anunció las seis de la tarde. Había una distancia tan grande entre aquella dulce, apacible, familiar medida del tiempo y el estado de alarma en que nos encontrábamos, entre el orden antiguo que el reloj evocaba y el espantoso desorden que se había hecho en nuestras vidas, que los dos nos miramos involuntariamente. En apariencia, las cosas no habían sufrido cambio alguno. El Presidente estaba sentado frente a su mesa, en el vetusto palacio que había sido de los virreyes españoles, de dos emperadores y de varias docenas de presidentes republicanos. Sin embargo, ya no existía ninguna relación, ningún nexo entre aquellos dos tiempos. Ahora el pasado y el presente aparecían divorciados, aislados por una serie de tumultuosos y agobiadores acontecimientos y a los dos nos asaltó la certidumbre de que nunca más se realizaría el milagro de que el anuncio del reloj lograríamos asociarlo a las victorias y a la paz que sucedía a esas victorias, a los años, en fin, que lo escuchamos pensando que el gobierno —su obra, su razón de ser— era indestructible.

*Sucesos del 5 de mayo anotados el día 6.* Anoche me fue imposible registrar los acontecimientos ocurridos ayer. A las tres de la mañana me quedé dormido sobre los papeles. Pasadas las cuatro, Cecilia, mi mujer, tuvo que levantarme, quitarme la pluma de la mano y llevarme, casi inconsciente, a la cama.

Mi primer pensamiento, al despertar, ha sido para el Presidente. Lo dejé a las once de la noche. Vestía el mismo jaqué de faldones arrugados y no había tenido tiempo de quitarse el torturante cuello de pajarita. Nos despidió en la puerta de la sala del Consejo y tengo entendido que volvió a su des-

pacho con el objeto de redactar el manifiesto al pueblo, que debe haberse publicado hoy. (No he leído los periódicos ni he podido salir a la calle por estar ocupado en resolver mis asuntos.)

En el consejo de gabinete, celebrado esa misma noche, se acordó, como yo lo temía, evacuar la ciudad y salir rumbo a Veracruz. Allí el Presidente confía estar a salvo, bajo la protección de los soldados de su yerno el general Aguilar. Pero de aquí a Veracruz, más de cuatrocientos kilómetros, ¡cuántos peligros nos acechan!

Fue inútil que algunos generales insistieran en el hecho, harto evidente, de que las fuerzas del traidor González cubrían por lo menos ciento cincuenta kilómetros de la vía del ferrocarril que se pensaba utilizar. La tenacidad del Viejo no sólo logró vencer nuestras reticencias sino contagiarnos con algo de su inquebrantable fe en la victoria de la buena causa.

A estos desaciertos vino a sumarse uno todavía mayor. Como el Presidente no ha querido dar la impresión de una fuga decidióse el traslado del gobierno en masa a Veracruz, lo que hará más difícil nuestra salida.

*Acontecimientos del 6 de mayo anotados a las dos de la madrugada del 7.* La ciudad duerme y yo me pregunté qué ocurrirá dentro de unas horas. Mientras escribo a la luz de la lámpara, acariciado por el silencio nocturno, pienso con temor en los preparativos de la fuga que ahora se realizan. Los mexicanos no estamos hechos para las graves contingencias. Irán con nosotros algunos senadores y diputados —los que integran la Comisión Permanente—, diversos magistrados de la Suprema Corte de Justicia, los empleados indispensables de los minis-

terios con sus archivos, sus papeles y sus máquinas de escribir —no puedo imaginar una mudanza de semejantes proporciones— y con ellos viajará el Tesoro de la Nación que naturalmente no le dejaremos al enemigo.

Los cadetes del Colegio Militar y las tropas que aún se mantienen leales al gobierno deben proteger a tan crecido número de civiles. ¿No supondremos un estorbo excesivo? ¿Los cuarenta o cincuenta trenes que componen el convoy lograrán moverse con la celeridad necesaria? ¿Podremos contar siquiera con la lealtad del personal ferroviario?

Estas incógnitas me abruman. Soy capaz de analizar los acontecimientos una vez ocurridos, pero cuando la realidad me los enfrenta perentoria y brutalmente, no logro entonces abarcarlos en toda su complejidad ni hallarles una solución adecuada. El pro y el contra del problema pesan tanto en nuestro ánimo, quizá debido a un sentido excesivo de la responsabilidad, que paraliza la voluntad de acción y nos vuelve impotentes.

En medio de este torbellino de incertidumbres sólo sé que debo acompañar al Presidente. Ayer en la noche, al despedirme, me llevó aparte y me dijo:

—Deseo que usted permanezca en la ciudad. Su familia lo necesita.

—Señor, también su familia lo necesita y usted la abandona.

—Yo soy un veterano acostumbrado a la vida de campaña. Usted es un joven intelectual y ni siquiera sabe montar a caballo —añadió en tono de broma— No quiero exponerlo a un riesgo innecesario.

—Si usted no me lleva en su tren, iré en otro cualquiera. Así lo tengo decidido.

—Bien —comentó el Viejo—, no puedo contrariarlo. ¿Hasta mañana en la estación?

## EL TORNADO

*Sucesos del día 14 anotados en diversas horas del 15.* Iniciamos el día con el formulismo innecesario de un consejo de generales. No hubo discusión, no podía haberla. Se acordó abandonar los trenes, cargar el tesoro y las municiones en las bestias y los carros que pudieran obtenerse, y fragmentar los batallones en tantos grupos como generales figuraban en la columna.

Salieron todos a cumplir las órdenes recibidas y el Presidente se sentó frente a mí en el saloncillo del Tren Dorado. Era un día como otro cualquiera. El crudo sol de mayo ofrecía el paisaje en toda su desnuda fealdad. Un paisaje de yerbas secas y desordenadas, de barro cocido, de rocas hirientes y de matorrales espinosos. Principiaban, aunque lentamente, los preparativos de la marcha. Los soldados abandonaban las trincheras y se dirigían a recoger sus equipajes; los dragones salían a las haciendas vecinas en busca de transportes, y los civiles se arremolinaban llenos de miedo al pie de los trenes y trataban de sacar sus propiedades. A la izquierda, entre los árboles que sombreaban la hacienda de Aljibes, descansaba nuestra fatigada caballería. Los caballos estiraban el cuello para alcanzar la escasa yerba que crecía en las junturas del empedrado y los dragones, con las riendas en la mano, charlaban y fumaban.

—Si en estos momentos el enemigo decidiera atacarnos —le dije al Presidente— nos haría pedazos en un segundo.

Apenas terminaba de hablar cuando se escucharon a nuestra espalda los primeros disparos. Sin

duda, las fuerzas de Veracruz se habían adueñado de los montes que estaban sólo a unos metros del convoy, porque las balas rompieron algunos cristales del Tren Dorado.

Casi al mismo tiempo, sobre la limpidez del paisaje se destacó una alta nube de polvo que avanzaba hacia nosotros por el rumbo de la estación.

—Estamos cogidos entre dos fuegos —se limitó a decir el Presidente.

Transcurrió un largo rato. Nuestros dos únicos cañones, situados a la vanguardia, acompañados de una ametralladora, rompieron el fuego. Los escasos soldados que permanecían en las trincheras disparaban también. Era inútil. La nube de polvo, elevándose cada vez más alta, se movía como un tornado.

El campamento, perdida su cohesión, se desintegraba fatalmente. Dos o tres generales montados a caballo en vano trataban de reunir a los dispersos batallones. Los soldados revueltos con los civiles, y todos cargados de bultos y maletas, huían camino de la hacienda y su miedo se contagiaba a los pocos que todavía se hallaban en las trincheras. Yo mismo sentí un impulso de sumarme a los que huían, pero la vista del Viejo, sentado impasible en el sillón, observando sin perder detalle la desbandada de sus últimas fuerzas, me contuvo. Dominado el pánico, una fuerza más poderosa que mi voluntad me obligó a permanecer clavado en la ventana y a presenciar, como un espectador, las escenas de nuestra derrota.

El único avión que poseíamos, tripulado por el temerario capitán Santana, volaba ya sobre el enemigo. Tomé unos anteojos y pude ver su brazo extendido arrojando las granadas fuera de la cabina. Ninguna de ellas, por desgracia, logró estallar, y el avión tocado en cambio por numerosos disparos, primero se inclinó peligrosamente sobre la nube de polvo y más tarde, recobrando el equilibrio, aterrizó



dando saltos en un campo barbechado de las cercanías.

Los tiros menudeaban haciendo astillas los cristales del Tren Dorado. Afuera, montado a caballo, apareció el secretario de Guerra.

—Señor —le gritó al Presidente—, salga usted. Estamos perdidos.

—No —respondió el Viejo—. El jefe de la columna no tardará en reorganizar nuestras fuerzas y el enemigo será rechazado. Tenga usted calma.

—Nadie, señor, podrá organizar nada. El pánico es general. Salga usted, se lo ruego, antes de que sea demasiado tarde.

Su irritante serenidad era la única fuerza que se oponía al desastre. Una fuerza muy suya, pesada y lenta, casi inhumana. La huida y el pánico, es decir, la rebeldía a no morir, a no entregarse al enemigo, el mecanismo elemental que funcionaba con tanta perfección gobernando la conducta de millares de hombres eran circunstancias que resbalaban sobre su piel de paquidermo, sin tocarlo.

El general lo veía con expresión desolada. El Presidente estaba clavado en su asiento, las dos manos apoyadas sobre sus rodillas, silencioso y tranquilo. No quedaba nadie en los carros. Los últimos empleados corrían en dirección a la hacienda. Una mujer que huía rezagada, llevando en una mano a su hijo y en la otra una maleta, tropezó y cayó al suelo. La mujer, sin hacer caso de la maleta, que se abrió regando en el polvo su contenido, se bajó las faldas levantadas para que no se le vieran las piernas —en realidad nadie tenía ocasión de pensar en sus piernas— y tomando en los brazos al niño, continuó su carrera.

Un general, el encargado del frente, se detuvo al lado del secretario.

—¿Qué esperan? —preguntó—. El enemigo está encima de nosotros.

—Debemos sacar al Presidente —exclamó el joven secretario.

El general picó espuelas a su caballo y se alejó. Otros oficiales, en su huida, al mirar la figura inmóvil del Presidente, se detenían un momento, decían algo que no podíamos entender y se alejaban presurosos.

Un nuevo jinete, el general Murguía, jefe de la columna, se acercó al Tren Dorado.

—Señor —le dijo al Presidente—, todavía hay una esperanza de salvación. Debe usted aprovecharla.

El Viejo, lentamente, se dirigió a la puerta. Ya se oían los gritos del enemigo. Afuera estaba Asunción, montado y llevando de la brida un caballo.

—No tengo caballo —dijo el Presidente—. Me lo mataron en Rinconada.

—Aquí está el mío —respondió el secretario de Guerra, saltando de la silla.

—¿Y usted?

—No se preocupe, señor Presidente. Tengo el de mi ayudante.

El Presidente montó sin mucho esfuerzo.

—Los estribos me quedan cortos, alárgalos un poco —le dijo, apeándose, al ayudante del secretario. Permaneció un rato de pie, mientras arreglaban la montura, volvió a montar sin darse mucha prisa y cuando esperábamos que habría de iniciar la marcha, se volvió a Secundino:

—Secundino, busca en mi gabinete una maleta con papeles y tráela tú mismo.

El Introdutor de Embajadores, que siempre viajaba en su landó tirado por un tronco de alazanes ingleses durante el desfile tradicional de los nuevos diplomáticos, y el Intendente de Palacio que disponía a su antojo de cuadras soberbias, pálidos y

suplicantes ofrecían a todos los soldados que pasaban sumas enormes por un caballo, pero nadie les hacía caso y sus gritos se perdían entre los disparos y los alaridos de los combatientes.

Al paso llegamos a la hacienda, donde flotaba, hecha con una sábana, la bandera de la rendición. Reinaba allí un gran tumulto. Los niños lloraban y sus madres trataban en vano de calmarlos. Los empleados, llevando sus maletas, recorrían los patios en busca de un lugar donde acomodarse. Un hombre grueso, que a juzgar por su aspecto debió ser un funcionario de cierta importancia, peroraba exaltado ante un grupo de burócratas. Pretendía arrancarles su representación para negociar el armisticio correspondiente y al vernos enmudeció, y los empleados se volvieron a mirarnos con odio.

El Viejo se mantuvo al paso refrenando al caballo. Erguido sobre la silla, su rostro no expresaba pena, ni dolor, ni irritación, pero en el conjunto de su figura había una majestad que inspiraba respeto. Nadie podía equivocarse. El Viejo que huía hacia lo desconocido era, a despecho de la derrota y de la humillación, el Presidente de la república.

EL REY VIEJO

Sucesos del 20 de mayo anotados el 6 de junio. Afuera de la cabaña se oyó la voz del capitán Valle, uno de los ayudantes, que decía:

—Señor Presidente, ha llegado el enviado del general Mariel.

El Viejo no había dormido. Estaba sentado a la mesa donde ardía un cabo de vela. Al oír la voz del capitán se levantó y él mismo abrió la puerta. Entró Valle acompañado de un indio. Su capa de hojas choricaba y sus pies descalzos estaban cubiertos del barro amarillo y consistente que cubría los senderos de la montaña.

Recuerdo el crujido peculiar a hojarasca pisada de la capa cuando el indio la abrió para entregar el mensaje. El Presidente se acercó a la mesa, desdobló el papel lentamente y lo leyó carraspeando, mientras los ojos oscuros del indio recorrían el interior de la cabaña. No había mucho que ver. En el rincón se hallaba intacta la cama del Presidente: a un lado dormía, vuelto de espaldas, el secretario de Gobernación y cerca de la puerta se extendían las camas de los dos ayudantes que también dormían.

—Bien, muy bien —dijo el Presidente al capitán Valle—, acomode usted al mensajero en un lugar abrigado y retírese a descansar. Gracias por todo.

El Viejo cerró la puerta y se dirigió a la cama.

—¿Ha recibido usted buenas noticias de Mariel? —le pregunté.

—Sí —respondió el Viejo—, por primera vez recibimos buenas noticias. Mariel informa que las fuerzas de Xico permanecen leales al gobierno. Ma-

ñana se reunirán todos con nosotros y nos darán escolta. Ya podemos dormir tranquilos.

Apagó la vela que había llevado consigo y lo oí suspirar al meterse a la cama. Seguía la lluvia cayendo con fuerza. Aliviado, volví a dormir y tuve un sueño más cargado de simbolismos extravagantes que el primero.

El Presidente se había transformado no precisamente en un rey sino en un pequeño monarca de la selva. Yo lo veía sentado en su trono, con la barba ensortijada cayéndole sobre el pecho y sosteniendo en la mano el cetro rematado por el águila que devora a la serpiente. Las copas de los árboles servían de dosel al trono; echados a los pies del monarca dormían los guardias y a su lado estaba un ministro de barba en punta y ojos penetrantes cuya figura recordaba la pequeña y nerviosa del ministro de Hacienda.

Llovía, pero el rey no parecía sentir la lluvia. Una muchedumbre de cortesanos rodeaba el trono. Aplastados y oscurecidos bajo el diluvio, cubiertos de impermeables brillantes, de anticuados paraguas y sombreros extrañamente deformados, componían una borrosa muchedumbre de la que brotaban exclamaciones cargadas de furia.

Un hombre manco, casi una sombra, agitando su muñón convulsivamente, levantó la voz para dominar el ruido del agua:

—Has dejado de ser rey. Así lo hemos decretado. ¿Nos oyes? Así lo hemos decretado.

El rey permanecía inmóvil. Había dejado caer el cetro, sus dos brazos colgaban inertes, tenía los ojos cerrados y por su cara, como si fuera la de una estatua, escurría el agua de la lluvia.

El ministro de los ojos sagaces preguntó con voz incisiva:

—¿Y quién eres tú para decretar nada?

—Oh, ¿no lo sabes? Yo soy la Revolución.

—Ve a la escuela —respondió el ministro—. Es un lugar donde enseñan que un cuartelazo no es una revolución.

La voz aflautada de Pablo González brotó de un paraguas chorreante:

—Orden, señores, orden. No debemos olvidar que se trata de un juicio.

—¿Y quién juzga? —preguntó el ministro.

—Juzga el ejército —habló de nuevo la primera sombra—. El ejército que lo hizo rey, hoy lo derroca: ¿Sabes por qué? Porque ese viejo iluso y apollado se atrevió a desafiarnos. Le hemos enviado los huevos de loro, según la costumbre, para que se suicide, y en vez de suicidarse los ha arrojado al suelo y nos ha respondido que sentará en el trono a un civil. ¡Ja, ja, a un civil! ¿Habéis oído algo más gracioso?

Los gritos se hicieron insoportablemente agudos.

—Ha insultado al ejército y el rey debe morir.

—Hay que ahorcarlo del árbol más alto.

—¿Quién nombra a los reyes? ¿Acaso tú lo sabes? Dilo, ¿quién nombra a los reyes en México? ¿Acaso los nombra el pueblo?

—Yo contestaré por él —cloqueó la sombra de González, sin abandonar el refugio del paraguas—. A los reyes los nombra el ejército. Es nuestro privilegio. Nuestra prerrogativa secular, nuestro máximo orgullo.

—¿Tan pronto habéis olvidado los favores recibidos? —gritó el ministro tratando de imponerse—. El rey le ha dado al país una Constitución.

—Las leyes en México no se hicieron para cumplirse y eso lo sabes tú mejor que nadie, abogado del diablo.

—El rey ha vencido a los tiranos.

—Su más vivo deseo es erigir su propia tiranía.

—El rey nos ha dado la paz.

—Ahora provoca la guerra.

—Viejo y débil —graznó la primera sombra—, he ahí dos palabras que siempre marchan juntas. El destino de México no puede depender de la voluntad de un anciano.

—Cierto —habló González—, muy cierto. El rey debe morir.

—¿Por qué debe morir? —preguntó el ministro sin perder su sangre fría—. ¿Porque tú quieres sentarte en el trono? ¿Cuáles son tus méritos? ¿El haberlo traicionado?

—¿Defender la democracia es una traición? —protestó González con una voz en la que latía el resentimiento.

—Ciertamente —respondió el ministro—, eres un demócrata que confunde la traición con la democracia. En otro país, esas ideas políticas te hubieran conducido a la horca.

Un hombre que se cubría con un impermeable amarillo levantó su mano delgada y pálida:

—Dejad que hable un doctor en derecho. No sé nada de los generales, aunque a veces, por razones profesionales, haya redactado sus proclamas y manifiestos, pero creo, como ellos, que debe morir.

—¿Por qué debe morir? Danos una razón.

—Debe morir, simplemente, porque es muy viejo. No tiene ya fuerzas para someter a los generales.

—Desean un caudillo joven, ¿ch? —preguntó con sorna el ministro—. Lo que estáis pidiendo es un espadón, un tirano que os haga marchar a cintarazos.

—No tiene ya semen —dijeron muchas voces encolerizadas—. Es un viejo impotente, incapaz de embarazar a las mujeres.

—A vuestras mujeres, a vuestras hijas, como es la costumbre en este país para ascender en el ejército.

Las últimas palabras del ministro enfurecieron a la muchedumbre.

—Se ha concluido nuestra benevolencia. Ha pisoteado los huevos de loro y los salvoconductos que le hemos enviado. Ahora vas a morir, viejo cobarde.

Las voces se hicieron intolerables. Sonaban como chillidos de aves enardecidas en medio del blando rumor de la lluvia, destruyendo toda majestad, convirtiendo en añicos el orden establecido, haciendo retroceder el tiempo a la edad en que los salvajes atacaban a sus enemigos con hachas de piedra y rodaban embriagados por el deseo de aniquilarse.

De pronto, dominando la confusión, como un relámpago que en su omnipotencia sobrehumana hiciera pueriles las más feroces peleas de los hombres, se oyó un disparo que hizo temblar la montaña. A su luz cárdena y siniestra vi a la muchedumbre disparar sus pistolas, y al rey, resbalar en su trono, cubierto de sangre.

Desperté sobresaltado. En la oscuridad de la cabaña los tiros sonaban en mis propios oídos y las voces se escuchaban todavía más cargadas de rencor que en el terrible sueño:

—Sal, viejo cobarde. Aquí está tu padre. Sal, viejo arrastrado.

Sólo entonces comprendí que éramos atacados. Sin incorporarme, lleno de angustia, llamé en voz alta:

—¿Cómo está, señor? ¿Qué es lo que ocurre?

—Enrique —respondió con voz serena—, me han roto una pierna.

El capitán Suárez, que se hallaba acostado junto a mí, arrastrándose en el suelo, se dirigió hacia el Viejo, exclamando:

—Señor Presidente, señor Presidente.

No recibió ninguna respuesta. Entre el estallido de las balas y de las injurias, se escuchó un ronco

estertor y luego, la cortada respiración de los agonizantes.

La cabaña entera parecía hundirse acribillada a tiros y a insultos. Ignoro cuánto tiempo permanecí echado contra el suelo, tratando de cubrirme la cabeza con los brazos. Un temblor nervioso me sacudía, y el sonido de mis dientes, chocando unos contra otros, furiosa y desalentadamente, concluyó por llenarme de pánico.

Después de un largo rato cesaron los disparos y la puerta se vino abajo. En el hueco aparecieron, iluminados por linternas, cinco soldados apuntándonos con sus rifles.

Levanté las manos y miré hacia el rincón donde habían dispuesto el lecho de campaña que ocupaba el Viejo. Se hallaba tendido rígidamente de espaldas y con los anteojos puestos. Una de sus grandes manos colgaba fuera y la sangre enrojecía el dorso y escurría por los dedos.

No sentí indignación, ni dolor, sino asombro. Con las manos levantadas avancé descalzo —eran sólo cuatro o cinco pasos— hasta la cama del Presidente. Su rostro no revelaba agitación. Se había cerrado al exterior y únicamente sus ojos inhumanos, de máscara, medio velados por los cristales de las gafas, indicaban que el Viejo había muerto.

Le quité las gafas, que más tarde entregué a sus hijas, le cerré los ojos, y dije con voz descompuesta:

—Señores, el Presidente de la república ha muerto.

## LA TRAICION

*Sucesos del 20 de mayo escritos el 10 de junio.*  
 Los soldados permanecían en el hueco de la puerta derribada sin moverse. Uno de ellos, todavía muy joven, se descubrió y los otros lo imitaron. Miraban fascinados el cuerpo del Viejo que iluminado por la luz de las linternas parecía llenar la cabaña. A un lado de la puerta yacía, boca arriba, muerto, uno de los ayudantes del Presidente; el ministro de Gobernación, descalzo y despeinado, temblaba de frío y los demás ayudantes, sentados en el suelo, miraban también el cadáver del Viejo con la expresión de estúpido asombro del que no sabe si está ya despierto o continúa hundido en una pesadilla.

Afuera se oyeron voces y un capitán, cubierto con un capote militar empapado y llevando la pistola en la mano, se abrió paso entre los soldados que bloqueaban la puerta, preguntando:

—¿Dónde está el Presidente? ¿Dónde está el Presidente?

—El Presidente —repetí amparándome en la vieja fórmula— ha muerto.

El capitán, al principio, se desconcertó ligeramente e hizo ademán de quitarse la gorra pero logró sobreponerse y balbuceó con el objeto de ganar tiempo:

—¿Ha muerto? ¿Está usted seguro de que ha muerto?

—Véalo usted mismo.

El hombre se acercó a la cama y con la mano izquierda abrió uno de los párpados cerrados del Presidente. Luego, volviéndose a mí, preguntó en voz baja:

—¿Quién lo mató? Usted debe saberlo.

La inesperada pregunta me llenó de turbación.

—¿Usted pregunta quién lo mató? Lo mataron sus soldados.

—No es posible, mis hombres estaban fuera y no sabían el lugar exacto donde se hallaba acostado el Presidente.

—El caso es —intervino el ministro de Gobernación— que el Presidente murió a consecuencia de los disparos que desde el exterior se hicieron contra la cabaña.

—¿Cuántos tiros se dispararon?

—No lo sé. Fueron muchos disparos.

—¿Dónde se hallaba usted?

—Allí —señaló el secretario—, junto al Presidente.

—¿Y usted resultó ileso? Eso no es creíble.

—El Presidente dormía junto a la pared y como es natural, él recibió todos los disparos.

El capitán no respondió.

Se quitó el capote y prendió un cigarro en la llama de la vela, dándonos la espalda. Luego se volvió. Había recobrado la sangre fría y en su voz se advertía un matiz de sarcasmo que él acentuaba abriendo la boca y pronunciando las palabras con estudiada lentitud.

—Mis soldados —afirmó, mientras arrojaba el humo complacido— no sabían el lugar exacto donde se hallaba acostado el Presidente. Dispararon al azar, porque fueron atacados, pero ninguno tenía intenciones de hacerle el menor daño.

—¿El azar determinó que el blanco de todos los disparos fuera el Presidente? —preguntó el secretario.

—Mire, señor —dijo condescendiente el capitán—, usted debe creerme. Teníamos instrucciones de respetar la vida del Presidente. ¿Por qué había-

mos de matarlo, si ya estaba derrotado? ¿Qué ganábamos con su muerte?

El secretario temblaba aunque en sus ojos brillaba la indignación.

—No sé nada —repitió—. Sólo sé que ustedes mataron al Presidente.

—Usted se niega a escuchar mis razones. Es más, usted las desprecia —dijo el capitán, levantando la voz y dejándose ganar por la cólera—. Nosotros no somos asesinos.

La cabaña se había llenado de soldados que chorreaban agua. En sus manos sostenían los rifles con los cuales, sin duda, habían dado muerte al Viejo, y escuchaban el diálogo.

La presencia del cadáver no parecía haber borrado de sus rostros el odio irrazonable que los había empujado a gritar aquellas injurias que todavía resonaban en mis oídos.

—Este señor afirma —dijo el capitán a los soldados— que ustedes mataron al Viejo. Digan la verdad. Es necesario que los oiga.

—Capitán —afirmó uno de ellos—, no sabíamos quién era el Presidente. Nunca lo habíamos visto.

—¿Por qué nos culpan a nosotros? —dijo otro soldado—. Ellos querían matarlo...

Suárez, el ayudante, sin poderse contener, se lanzó a la mesa donde estaban nuestras armas, gritando como un loco:

—¿Nosotros queríamos matarlo?

Pero el capitán, más rápido, se le adelantó y dándole un golpe en la cabeza con su pistola lo hizo rodar al suelo ensangrentado. Los soldados nos apuntaban con sus files.

—No disparen —ordenó el capitán—. Recojan las armas y vigilen a los prisioneros. Al amanecer serán fusilados.

Los soldados, empujándonos con las culatas de

los fusiles, nos arrinconaron y el capitán salió de la cabaña.

Junto a mí tiritaba de frío el secretario de Gobernación. Como estaba medio desnudo, se había envuelto en una manta y sólo asomaba su rostro de un color pajizo coronado por los escasos y desordenados cabellos. Suárez, sentado en el suelo, se cubría la cabeza ensangrentada con las dos manos y el otro ayudante del Viejo guardaba cierta digna compostura a pesar de que sus largos bigotes y sus barbas de una semana contrastaran penosamente con la sucia camiseta y los calzones que dejaban asomar sus piernas vellosas y delgadas.

Sobre la mesa de la que habían desaparecido nuestras armas, ardían dos velas que proyectaban su luz rojiza y temblorosa sobre el cuerpo del Viejo. De cuando en cuando me sacudía la vista de su corpulenta figura inmóvil y pensaba que sólo estaba dormido. No había cesado de llover y por el hueco de la puerta se insinuaba la triste claridad de la mañana.

A los pocos minutos estuvo de vuelta el capitán. Se sentó en el banco ocupado durante la noche por el Viejo y prendió otro cigarro. Podría tener cincuenta años. El pelo, negro y rizado, le cubría la amplia frente, ocultando su incipiente calvicie; los ojos eran fríos y penetrantes, y la corva nariz descendía hasta la boca de labios delgados y sarcásticos; el cuello y las mejillas desvastadas por la edad acentuaban su aire de ave de presa.

Mostraba seguridad, pero no lograba ocultar su resentimiento ni la satisfacción que le causaba el hecho de convertirse en nuestro juez. Estábamos en sus manos y él se daba cuenta de nuestro miedo y jugaba con nosotros de un modo cruel que obedecía a un plan cuidadosamente elaborado, aunque en ese momento fuera yo incapaz de advertirlo. Per-

sistía el extraño embotamiento y mi razón, a punto de saltar, confundía la realidad con las escenas de mi pasado sueño. El grotesco juicio hacía pesar sobre mí una abrumadora sensación de culpabilidad. Reconocía que el capitán tenía derecho a juzgarme, pero al mismo tiempo la presencia del Viejo muerto y la certidumbre de correr su misma suerte alejaba este sentimiento y me hacía considerar como una víctima del odio y la barbarie.

—¿Quién de ustedes es el secretario de Gobernación? —preguntó el capitán, reanudando el interrogatorio.

Sin hablar el secretario avanzó dos pasos.

—¿Usted sabe dónde se encuentra el general Mariel?

—Fue a Xico. Debía saberlo el general Herrero.

—El general Mariel se dispone a atacarnos. ¿Qué dice usted a eso?

—No sé nada del general Mariel ni de sus intenciones.

—La situación es difícil, muy difícil —dijo mirándonos con sus redondos ojos de zopilote—. Los pocos soldados que tenemos están a cargo de los prisioneros, y si Mariel nos ataca —se interrumpió para aspirar largamente el humo del cigarro—, no tendremos otro remedio que fusilarlos a todos. Sí, los fusilaremos a menos que... —volvió a interrumpirse abriendo la boca.

—A menos que...

—A menos que ustedes le envíen un mensaje pidiéndole que no ataque nuestras fuerzas.

—Por mi parte —dijo el secretario—, no veo inconveniente en enviar ese mensaje.

—¿Cuál es la opinión de los señores? —preguntó burlón el capitán.

—Firmaremos el mensaje —hablé a mi vez, después de consultar a los ayudantes.

—Bien —afirmó el capitán—, son ustedes razonables. Pero eso no es todo. Falta decir en qué forma murió el Presidente.

—Estamos dispuestos a rendir nuestro informe.

—Señor secretario, ¿cómo cree usted que murió el Presidente?

—Murió asesinado, mientras dormía, ya se lo he dicho.

—¿Es ésa su versión? Siento decirle que se aleja mucho de la verdadera. Escuche la nuestra que es la más auténtica. El Presidente, viéndose perdido, se disparó un balazo en el pecho con su propia pistola. Y si ustedes lo dudan, aquí está el arma todavía con huellas de sangre en el cañón —concluyó mostrando una pistola cubierta de manchas rojizas—. No se trata, pues, de un asesinato, sino de un suicidio.

—No, capitán —le dije, haciendo un esfuerzo por dominar mi turbación—, usted se equivoca. El Presidente no se suicidó.

Me miró con insolente curiosidad:

—¿Y esta pistola?

—Esa pistola es mía.

—¿Cómo prueba usted que es suya?

—Mi chofer, Asunción, podrá decirle...

—Ah —exclamó sonriendo—, ¿viaja usted con su chofer? ¿En estos caminos? Es usted un hombre precavido.

—Mi chofer compró esa pistola. No he tenido oportunidad de usarla.

—¿Dónde se encontraba usted cuando mis soldados atacaron?

—En ese lugar —respondí, señalando el lugar donde me había acostado.

—¿Dormía usted?

—Sí, dormía.

—¿Tenía luz la cabaña?



—La cabaña estaba a oscuras.

—Dormido y en la oscuridad ¿cómo puede usted afirmar que el Presidente no se suicidó?

—Al escucharse los primeros disparos, el Presidente nos dijo que le habían roto una pierna y que no podía moverse. Poco después lo oíamos agonizar.

—Su versión no va en contra del suicidio. Por el contrario, lo confirma.

—Usted no conocía la entereza del Presidente, la fe que tenía en el porvenir. Un hombre de su valor nunca recurre al suicidio.

—¿Habla usted de fe en el porvenir? ¿En sus condiciones? ¿Cuando todos los hombres encargados de defenderlo huyeron dejándolo solo?

—No era la primera vez que lo traicionaban.

Se levantó de la mesa.

—Mariel está en camino y se hace tarde —dijo, volviéndose a la puerta—. Es hora de que ustedes tomen una decisión.

—Nuestra decisión está tomada —afirmó el secretario—. Firmaremos el mensaje al general Mariel.

—No, ustedes firmarán el mensaje y el acta en que se dé fe del suicidio.

—Yo rechazo esa coartada —protestó el secretario.

—Por lo demás —intervine—, no tendría ningún valor legal. No les serviría para nada.

—Si tiene o no tiene valor legal, eso es cosa nuestra. ¿Firmarán los documentos? Mi paciencia se ha agotado y, al menos, no podrán negar que se les ha tratado cortésmente. Lo que les ocurra después será por su culpa.

Salió. En la puerta zumbaba un enjambre de pesadas moscas verdes. Una de ellas se deslizaba ya por la mejilla del Presidente buscando ansiosa las fosas sin defensa de la nariz, y aquel espectáculo

tan sencillo, tan familiar desde mi lejana época de estudiante, el antiguo fenómeno de la corrupción y su cortejo de moscas con nombre de reinas me devolvió a la realidad olvidada a fuerza de orgullo, a la consideración de que mientras se forcejeaba sobre la honra del Presidente, en el interior de su cuerpo iniciábase la descomposición de la carne, el deterioro irremediable de la majestad que flotaba aún en su amado rostro.

El frío me sacudió nuevamente. Tenía insensibles los pies, descalzos y mojados, y sólo el resplandor del sol naciente me hirió como un cuchillo, obligándome a cerrar los ojos.

Diez soldados, seguidos del capitán y con los fusiles apuntados hacia nosotros, nos rodearon. Volvían la cara para mirar al Viejo pero en ellas no se reflejaba ningún signo de compasión.

Sin abandonar su sonrisa, habló el capitán:

—Les doy la última oportunidad. Piénsenlo mejor.

—¿Nos dejará usted libres? —pregunté—. ¿Podríamos acompañar al Presidente?

—Les doy mi palabra de honor.

El honor. Nos embriagamos con las palabras. Nos hacemos matar por ellas. ¿Los asesinos del Presidente tienen honor? Y los generales sublevados ¿acaso lo tienen? ¿Cuenta la vida en nuestro país ensangrentado o cuenta morir con honor? El Presidente murió con honor y aquí está ahora su cadáver, mientras la *Sarcófaga carnaria* penetra en la nariz para depositar sus huevecillos en las blandas mucosas interiores y no hay nadie que le cubra la cara con un lienzo. ¿Debo morir por negarme a firmar un papel arrancado por la coacción y sin valor legal alguno? ¿Mi firma me va a salvar o me va a condenar para siempre? ¿No debo poner fin a esta pesadilla?

—Yo estoy dispuesto a firmar el acta —dije con resolución.

—Muy bien, pero creo que antes debía usted calzarse. Está temblando... de frío.

Por primera vez en muchos días pareció tenderse un puente entre los enemigos irreconciliables. El hecho de aceptar una complicidad nos devolvía nuestra investidura de seres humanos y no sólo se nos perdonaba la vida sino que el hombre dispuesto a matarnos friamente, sin vacilaciones, se preocupaba por el sufrimiento que me causaban mis pies descalzos.

Entonces alcé los ojos y vi a mis compañeros. No advertí en ellos el menor signo de reproche. Habían caído en mi trampa y se aferraban a la mentira de que firmaríamos un falso testimonio arrancado con amenazas de muerte, un sucio papel carente de legalidad e inútil como prueba en el tribunal más corrompido de México.

Cuando firmamos al fin —el acta se había preparado de antemano— y pudimos reunirnos con los demás prisioneros, se hizo evidente que la traición era general. Todos firmaron, todos rindieron su testimonio de que el Presidente se privó voluntariamente de la vida. Todos, en fin, lo habíamos *suicidado*.

GUZMÁN, Martín Luis.  
LA SOMBRA DEL CAUDILLO.  
6a.Ed. México, Cia. Gral.  
de Ediciones, 1964. (Colección  
Ideas, Letras y Vida).

UNIDAD VI.-MEXICO  
CONTEMPORÁNEO

EL AUTOR\*

LA OBRA

Esta novela fue escrita por Martín Luis Guzmán en 1930 y en ella se describen las intrigas políticas que se presentan una vez concluida la Revolución. Se ubica precisamente, en el momento de la sucesión presidencial en la época del "Maximato", la corrupción en el gobierno, y las venganzas contra quienes se atreven a contravenirlo.

Los capítulos seleccionados en la presente obra demuestran la fuerza con la que el mandatario maneja la política nacional. Lo anterior nos permite tener una clara idea de una época de nuestra historia a la que se ha dado en llamar el "Maximato" -1928-1934- en la que Plutarco Elías Calles manejó, como jefe máximo, los destinos del país detrás de los presidentes.

Los capítulos seleccionados son:

Guiadores de Partido, en el que se comenta la negativa del Secretario de Guerra a aceptar la candidatura a la presidencia por sentir que con ello iría en contra de los deseos del caudillo.

\* Vid supra p.183

Una Aclaración política en el que se describe cómo el Secretario de estado habla con el presidente para tratar de convencerlo de que no desea la candidatura a la presidencia, sin lograrlo.

El Cheque de la "May-Be". Este capítulo es un reflejo de la corrupción existente en la política desde siempre, y cómo los favores, dentro de ése círculo, tienen muy alto precio, como en la actualidad.

Tránsito Crepuscular y Unos Aretes, estos dos últimos capítulos describen de manera estrujante la "ejecución" del candidato y de sus más cercanos seguidores, la forma brutal como son masacrados, hecho que presenta de manera realista la "justicia" con la que toda oposición al régimen es aplastada y cómo la prensa encubrió -y lo sigue haciendo- todos estos hechos, justificando los medios por el fin.

#### SUGERENCIA DIDÁCTICA

Se sugiere que este material, después de ser leído por los alumnos, sea analizado bajo la conducción del profesor y se propicie un debate donde se destaque la postura de los gobernantes ante la oposición política y los medios de represión que utilizan para neutralizarlos.

## GUIADORES DE PARTIDO

Terminado el banquete, Axkaná volvió a explicar a Emilio Olivier Fernández el porqué de la negativa de Aguirre a entrar en la lucha electoral próxima.

Fué una conversación viva, de frases precisas, en medio del zumbir de los automóviles que partían y con visible indiferencia por los paisajes del bosque. Este, bello siempre, lucía entonces como nunca a la blanda luz del atardecer. Axkaná y Olivier se habían metido por las callecitas de árboles que hay del otro lado de la plazoleta, enfrente del restaurante, y, caminando, departían. El líder de los radicales estaba ya algo impaciente; decía con voz a la vez experimentada y juvenil:

—Pero hablemos claro, Axkaná; ¿es que Aguirre tiene contraído el compromiso de no lanzarse él?

—No tiene compromiso ninguno.

—¡Ah! Entonces vuelvo a decirlo: quiere darse importancia; lo cual me parecería muy bien si sólo lo hiciese para los demás, pero no para mí.

—Tampoco es eso.

—Pues entonces lo otro: nos está engañando a todos.

Y al decir "todos", el joven radical progresista acentuó la palabra con el golpe que dió su bastón en el tronco del árbol inmediato. Era un modo de desahogar la cólera, que ya

le ganaba, y que le ganaba muy justificadamente. Porque en toda su carrera de político —breve, pero intensísima— Olivier tropezaba entonces por primera vez con un posible candidato presidencial empeñado durante meses en no reconocer la evidencia de su candidatura, actitud absurda, inexplicable.

Con su sereno acento de costumbre, Axkaná trataba de transmitir al líder su propio convencimiento.

—Yo le aseguro a usted —le decía—, que Aguirre, en este caso por lo menos, es sincero. Se da cuenta de que puede ser candidato; no duda de que, empeñándose, su triunfo estaría seguro, porque él mismo dice que Hilario Jiménez, sin popularidad, no sirve ni para candidato de los impositonistas. Pero sabe también que, de aceptar, iría derecho al rompimiento con el Caudillo, al choque con él, a la guerra abierta contra el mismo que hasta aquí ha sido su sostén y su jefe, y eso ya es otra cosa. A su amistad y agradecimiento repugna el mero anuncio de tal perspectiva. Respetemos sus escrúpulos.

—¡Agradecimiento! En política nada se agradece, puesto que nada se da. El favor o el servicio que se hacen son siempre los que a uno le convienen. El político, conscientemente, no obra nunca contra su interés. ¿Qué puede entonces agradecerse?

Sus aforismos sonaban terminantes. Axkaná lo convtuvo:

—Como usted quiera; pero el caso es que Aguirre no lo entiende así, y ahora hablamos de Aguirre.

Olivier no lo oía:

—Sobre todo —resumió—, ¿por qué Aguirre no me lo dice a mí? ¿Por qué no es franco conmigo? Dos veces he ido a proponerle el punto sin ambages, ofreciéndole el apoyo de todos los grupos que controlamos, y en ambas ocasiones, dígalos usted, en ambas, no ha hecho sino darle largas al asunto. La gente, claro, se cansa y se indisciplina. Algunos se nos están pesando a los hilaristas por temor de que luego sea tarde, y yo no puedo detenerlos porque carezco del único argumento que los convencería.

Calló breves segundos. Axkaná, silencioso, miraba a lo lejos. El líder continuó:

—Convenga usted en que todavía sería tiempo de que Aguirre dijera terminantemente que sí.

—Terminantemente ha dicho ya que no.

—No es verdad.

—¡¿Cómo que no es verdad?!

—Como que lo estoy viendo. En política no hay más guía que el instinto, y yo, por instinto, sé que Aguirre no es sincero cuando rechaza su candidatura. Sé más todavía: sé que pronto ha de aceptarla, aunque no tan pronto que sus negativas de ahora, falsas como son, no nos debiliten. Y eso es lo que más me indigna.

Axkaná no creía en el instinto, sino en la razón; pero así y todo no dejaba de comprender que Olivier Fernández iba a lo cierto en sus vaticinios: Aguirre, al fin y al cabo, aceptaría. El, sin embargo, por menos instintivo, por más generoso, llegaba al fondo mismo de las cosas. Comprendía que Aguirre, aunque aceptara después, procedía ahora sinceramente cuando rehusaba.

—De cualquier manera —concluyó—, no crea usted que hay engaño; yo se lo garantizo.

Habían partido ya casi todos los automóviles, repletos de generales y políticos. En la plazoleta quedaban tan sólo dos: el de Olivier y el de Aguirre. El joven ministro seguía en risueña charla con Encarnación Reyes, conforme los dos iban y venían, apoyado cada uno en el brazo del otro, desde el seto del jardín hasta el pie de la escalinata. Cerca de los coches platicaban también, ellos con grandes, con súbitas carcajadas, Remigio Tarabana, el general Agustín J. Domínguez, el general López de la Garza y Eduardo Correa.

Cuando Axkaná y Olivier vinieron a reunírseles, Aguirre hizo que subiera a su Cadillac Encarnación e invitó a los de-

más a formar dos grupos. Uno con él, con Olivier el otro, todos partieron.

Esa noche, Aguirre y sus siete compañeros fueron a recalar en la casa de unas amigas que Olivier Fernández tenía por la calle de la Magnolia.

La vitalidad del joven jefe de los radicales progresistas era de tal superabundancia que necesitaba de toda suerte de desgastes nocturnos para que su espíritu se conservara, durante el día, tolerablemente en su punto. Sin ese desfogue, su temperamento agresivo y su arrebatado por la acción, siempre en llama, amenazaban desquiciarse cuanto les salía al paso. A Olivier Fernández le hacía tanta falta el desorden en las costumbres como a otros el reposo. Pero esta vez algunos motivos más lo impulsaban. Conocía bien a Aguirre, sabía que sólo el vino y la efusión de la crápula eran capaces de comoverlo, de deanudarle el alma, y quería así obligarlo esa noche, políticamente, a una confesión.

Las amigas los recibieron hechas un aspaviento de alegría; al frente de ellas, *la Mora*, la que se paseaba a diario por San Francisco envuelta la cabeza en un pañuelo a colores, contra cuyas tintas rojas, verdes, amarillas y azules resaltaban el moreno cálido de su tez y las dos manchas negras de sus ojos. *La Mora* era pequeña y flexible y tenía al andar un juego de hombros, un juego de cintura, un juego de tobillos, que de pura forma armoniosa que era la transformaban en mera armonía de movimiento. Allí, entre sus amigas, reinaba de pleno derecho, no obstante que cualquiera de las otras, de no existir ella, hubiese merecido ceñir la corona que ella tan bien llevaba.

Los hicieron pasar al comedor, en torno de cuya mesa, redonda, se sentaron todos, ellos y ellas, y se dispusieron a disfrutar, por horas, de la disipación mansa a que Olivier

Fernández era tan afecto. Sobre la cubierta de hule fueron alineándose las botellas de cerveza. Frente a Ignacio Aguirre colocaron otra, ésta de coñac. Trajeron copas, vasos, ceniceros —todo ello, vulgar en cualquier parte, impregnado allí de significación nueva, gracias a *la Mora*. Porque ésta, con su movable presencia, parecía comunicar en el acto a hombres y cosas algo de su armonía y de su raro prestigio. ¿Era una ilusión? A medida que ella distribuía botellas y copas, la luz, concentrada en el centro de la mesa por una pantalla que de la lámpara bajaba casi hasta el hule, como que desbordaba aquel cauce para perseguirle el brazo y la mano, y mientras tanto los oscuros ojos de *la Mora* —dos manchas negras en la penumbra— relumbraban y rebrillaban y su cuerpo iba de un sitio a otro dejando perfumes que eran ritmo, ritmos que eran perfumes. Cuando al fin vino a sentarse entre Aguirre y Encarnación, se le figuró a Axkaná que la persona de ella y el ambiente que los rodeaba formaban una sola cosa.

A poco de empezar a beber, Olivier Fernández se puso a disertar sobre política. Los demás le siguieron. Con lo cual ellas se entregaron a oír con profundo interés, aunque quizá no entendieran bien el asunto que se debatía. Las cautivaba asomarse, entre un torbellino de frases a veces incomprensibles, al abismo de las ideas y las pasiones que mantenían encendida el alma de aquellos amigos suyos y que eran capaces de lanzarlos unos contra otros hasta hacerlos añicos. Sentían por ellos igual admiración que si fueran aviadores o toreros, y si los creían espléndidos y ricos, manirroto como handidos de leyenda, no era eso lo que en el fondo las atraía más, sino la traza futura de sus planes, porque entonces les parecía estar aspirando, en la fuente misma, la esencia de la valentía auténtica. Aquellos eran seres temerarios, espíritus de aventura, susceptibles, como ellas, de darse todos en un momento: por un capricho, por un ideal.

Encarnación Reyes, encandilado por el coñac, por el perfume de *la Mora* y por cuanto oía, vino pronto a sentirse como

si lo envolvieran la atmósfera caldeada y la excitación de una asamblea política o una sesión del Congreso. Ellos hacían de diputados; ellas, de público. Lo que se explicaba también porque Olivier Fernández no conseguía nunca decir cuatro palabras seguidas sino en actitud y tono de orador; su vida entera estaba en la política; su alma, en la Cámara de Diputados. Era su empeño de ese momento hacer memoria, con Aguirre y López de la Garza, de lo que les aconteciera en Tampico, cuatro años antes, cuando andaban en jira electoral con el Caudillo. Pero lejos de evocar los sucesos con recogimiento íntimo, según lo hubiera hecho cualquiera otro, Olivier sintió el impulso irresistible de ponerse en pie y ascender hasta una tribuna imaginaria. El chorro de palabras brotó de su boca como en la Cámara, sólo que aquí frente al estrecho círculo de la mesa sembrada de botellas y vasos, ante la fila de pares de ojos semiocultos en la sombra. La luz no le pasaba de la cintura, pero arriba, en la región donde los rayos se tamizaban en penumbra tenue, sus brazos accionaban, gesticulaba su rostro. Y no hacía falta verlo para someterse a su elocuencia, porque allí y en todas partes Olivier Fernández era un gran orador. *La Mora* y sus amigos lo escuchaban en éxtasis, se entregaban dóciles a la magia divina del verbo, que llega al alma por sobre la inteligencia y así convence y arrebató.

Las botellas vacías iban acumulándose sobre el hule pegajoso; del Hennessy-Extra no les restaba a Encarnación y Aguirre ni la mitad. Hubo un momento en que el ministro de la Guerra recordó que también él, cuando quería, era buen orador, y creyó que debía levantarse a su vez y contestar a Olivier Fernández con otro discurso. Su oratoria, en efecto, aunque inferior a la del líder radical progresista, no era mala. Reflejaba el vigor atlético que había en sus músculos, se imponía, convincente, como la amplitud de su pecho, como la curva vigorosa de sus hombros, como la gallardía dominante de su estatura. Pero oyéndolo a él, *La Mora* y sus compañeras, a la

inversa de cuando oían a Olivier, no sentían que la palabra fuera cosa de magia, sino simple accesorio puesto a la substantividad del ademán del cuerpo.

Habló a su vez López de la Garza, y luego Domínguez —el gobernador—, y luego Tarabana, y luego Correa —el alcalde de la capital—. El propio Encarnación intentó dos o tres veces hilar frases al modo de sus camaradas en lides guerreras y políticas. Y de esta manera, todavía al nacer el alba, el furor continuaba en pie, inquebrantable en Olivier Fernández, menguante en los otros.

La mesa negreaba de botellas vacías. Encarnación, semi-vencido, ya no hacía sino oír mientras una de sus manos de bronce acariciaba los negros rizos de *la Mora*: la tibia sensación de aquel pelo iba polarizando todos sus sentidos, todas sus potencias. Pero así y todo, Aguirre, siempre alerta, no había dicho aún, pese a la plenitud optimista que el alcohol le producía, las palabras reveladoras que Olivier esperaba desde el fondo de su propia embriaguez. Por lo cual Olivier, enemigo de rendirse, seguía produciendo período tras período de bellas frases, ahora casi para sí solo.

Axkaná seguía en su juicio como en el primer momento, sobrio, templado, fuerte. Ni un instante había dejado de observar, ni se había movido de su sitio, y sólo un sentimiento parecía ir dominándolo: ahora, cuando todo decaía a su alrededor, admiraba más a *la Mora*. Ella, sentada del otro lado de la mesa, le sonreía desde allí mientras de sus ojos brotaban hilos de simpatía luminosa que venían a prenderse, cálidos y acariciadores, en los verdes ojos de él. Entonces entendió Axkaná, mejor que nunca, el alma de sus amigos; comprendió por qué ellos no consideraban completa su vida —siendo ministros o generales o gobernadores, dueños de los destinos políticos de todo un pueblo— sino con el roce cotidiano del libertinaje más bajo. Vivían, o podían vivir, como príncipes; tenían



de amantes, o podían tenerlas, a las más hermosas mujeres que el dinero compraba. Pero nada de eso les brindaba bastante sabor. Les hacía falta lo otro: la inmersión, acre y brusca, en el placer de lo inmundo.

Sin quererlo, Azkaná se entregó gustoso a corresponder la sonrisa de *la Mora*. Ahora salían de los verdes ojos de él los hilos de misteriosa atracción que iban a prender su luz en las negras pupilas de ella.

## UNA ACLARACION POLITICA

Pasaron semanas y meses y siguieron días de intenso vaivén para generales, gobernadores y demás hombres próceres interesados en contribuir —o en aparentar que contribuían— a la exaltación del futuro presidente. Se multiplicaban los viajes, se celebraban entrevistas, se despachaban emisarios portadores de entusiasmo y de compromisos secretos.

Y no era que todos aquellos personajes, o siquiera su mayor número, tuvieran ideas muy claras ni muy firmes sobre la conveniencia de avanzar por determinado derrotero. En el fondo —quitadas las ventajas personales—, sólo unos cuantos sentían la necesidad de que fuera éste y no aquél el sucesor del Caudillo. Pero como las dos candidaturas ya estaban hechas —como las dos, aunque nadie supiera por qué, sonaban a toda hora y en todos los sitios como los términos antagónicos de un encuentro inevitable—, los militantes de los grupos cedían a la urgencia de tomar posición. “¿Ignacio Aguirre o Hilario Jiménez?”, tal había dicho desde hacía dos años la voz de la calle (no la voz de la nación: la voz de la calle, la voz de la malicia populachera, que suscitaba ambiciones y pasiones a fuerza de adelantarse a vaticinarlas). Y echado así, por mano incógnita, el dado de la jugada democrática, en torno del general Jiménez y del general Aguirre se arremolinaba

ba ahora la muchedumbre de los amigos sinceros y la de los partidarios falsos.

No todos ellos procedían por igual. Los políticos civiles, salvo excepciones, traían al candidato propio, con su adhesión ostensible, la abierta pugna con el candidato opuesto. Eran —o aspiraban a ser— gobernadores, diputados, concejales, y por eso mismo tocaba a ellos proclamar las virtudes de su grupo a expensas del grupo que se les oponía: pregonaban su actitud, se exponían desde luego a las represalias y al odio enemigos. Los políticos militares no. Estos, por lo mismo que sus tropas habrían de erigirse después en el único argumento victorioso, guardaban —excepto casos rarísimos— la reserva indispensable para el buen éxito de las armas en la hora suprema. Es decir, que la naturaleza de su función constreñía a los políticos militares a comportarse con doblez y les consentía jugar, hasta el último instante, con una y otra posibilidades. Los más de ellos engañaban, de hecho o en apariencia, a los dos bandos: permanecían semiocultos en la sombra, se mostraban turbios, vacilantes, sospechosos.

Su procedimiento era sencillísimo. Iban a visitar a Aguirre —la entrevista se celebraba por lo común en el despacho del joven ministro de la Guerra—, y una vez a solas con él le hablaban a la oreja, o poco menos. El lenguaje de todos —jefes de brigada, comandantes militares, jefes de operaciones— era siempre, cuando no en las palabras, sí en el énfasis, uno mismo. Todos hacían méritos con cadencia uniforme, militar verdaderamente.

—Ya sabe usted, compañero —le declaraban a Aguirre. o “ya sabe usted, mi general”—; usted cuenta conmigo para todo lo que se le ofrezca, de veras, sin recámaras. Soy de los que lo apoyamos con el corazón en la mano, no de los falsos y traidores. Y si alguien le viene con el chisme de que yo ando o yo hablo con el general Jiménez, no cavile por eso; tómelo a broma; que, de hacerlo, es tan sólo para no dar a los otros

pie por donde puedan sospechar. Ya usted sabe cómo hay que irse bandeando en estos negocios.

Y luego iban —si es que ya no habían ido— a ver a Hilario Jiménez, ante el cual repetían, en el recato de la Secretaría de Gobernación, palabras equivalentes.

De este modo, Jiménez por su lado y Aguirre por el suyo —pese a la experiencia de los dos en tales asuntos—, se sentían a una dueños de casi todo el Ejército. Decía el general Jiménez a sus partidarios más próximos: “El Ejército nos pertenece como un solo hombre.” Y pensaba el general Aguirre para sí: “Si quisiera yo ser presidente, estaría en mi mano el conseguirlo.”

Una de aquellas mañanas Aguirre aprovechó la coyuntura del acuerdo para tener con el Caudillo la explicación que, a su juicio, ya se necesitaba. El y el Presidente habían salido a la terraza del Castillo de Chapultepec tras de pasar revista a una larga serie de papeles.

Tenía el joven ministro de la Guerra puesto el sombrero, el bastón en la mano, la cartera bajo el brazo. El Caudillo, con el sombrero también —él por su hábito de no descubrirse sino bajo techo—, lo envolvía en su mirada a un tiempo seria y risueña, impenetrable e irónica. Los dos acababan de dar tres o cuatro paseos de un extremo a otro de la terraza; flotaba aún en su entorno ritmo de pasos cuyo ruido había ido a perderse, juntamente con la luz, en la penumbra de las habitaciones ricamente amuebladas. Y ahora los dos, apoyados en el parapeto, conversaban.

Muy por debajo de sus pies, a manera de mar visto desde un promontorio, se movían en enormes olas verdes las frondas del bosque. Contempladas así, por arriba, las copas de los árboles gigantescos cobraban realidad nueva e imponente. Más abajo y más lejos se extendía el panorama del campo, de las calles, de las casas; se lanzaba hacia la ciudad, coronada de torres y de cúpulas, el trazo, a un tiempo empequeñecido y

magnífico, del pascu. La luz de la mañana elevaba, suspendía; hacía más profundo y más ancho el ámbito espacioso dominado desde la altura.

Aguirre había sentido en el acto —lo mismo le ocurría cada vez que se asomaba a aquel grandioso miradero— el toque de la grandeza natural y el de la grandeza histórica. La esencia del bosque, de la montaña, de la nube, resonó en su espíritu con arpegios de evocaciones indefinibles. ¿Porfirio Díaz? ¿1847? Mas fué un toque, como siempre también, fugitivo, fulgurante, porque la plasticidad espiritual de Aguirre no sobrevivía al estruendo y la violencia de su aprendizaje revolucionario.

Atento sólo a los problemas políticos, dijo al Caudillo:

—Quería hablarle dos palabras a propósito del enredo electoral.

El Caudillo tenía unos soberbios ojos de tigre, ojos cuyos reflejos dorados hacían juego con el desorden, algo tempestuoso, de su bigote gris. Pero si fijaban su mirada en Aguirre, nunca faltaba en ellos (no había faltado ni durante las horas críticas de los combates) la expresión suave del afecto. Aguirre estaba ya acostumbrado a que el Caudillo lo mirara así, y ponía en eso tal emoción que acaso de allí nacieran, más que de cualquier otra cosa, los sentimientos de devoción inquebrantable que lo ligaban con su jefe. Con todo, esta vez notó que sus palabras, mencionado apenas el tema de las elecciones, dejaban suspensa en el Caudillo la mirada de costumbre. Al contestar él, sólo quedaron en sus ojos los espurios resplandores de lo irónico; se hizo la opacidad de lo impenetrable.

—Lo escucho —dijo.

Pero aun estas mismas palabras, de apariencia neutra, no salieron de los labios del Presidente sino acompañadas del movimiento nervioso —huella de viejas heridas— que revelaba en él algo más que la mera disposición a oír: el apresto a la defensa y al ataque.

—No con —continuó el joven ministro— más que dos o tres aclaraciones: las suficientes para que tanto usted como yo estemos en guardia contra la insidia de los chismosos.

—Muy bien, muy bien. A ver.

Sintió Aguirre, por primera vez desde hacía diez años, que una cortina invisible iba interponiéndose, conforme hablaba, entre su voz y el Caudillo. Este, a cada segundo que corría, se le antojaba más severo, más hermético, más lejano.

Sin lograr librarse de esa evidencia, Aguirre continuó:

—En estos días han estado a visitarme, uno tras de otro, casi todos los jefes con mando de fuerzas.

—Me lo habían dicho...

—...y les más de ellos, por no decir que absolutamente todos, me han ofrecido su apoyo para el caso de que aceptase yo mi candidature...

—Ajá.

—Yo...

—Sí, eso es: ¿usted que piensa?

—...yo le he respondido lo que usted ha de imaginarse: que no me creo con tantos mercedimientos ni tengo tampoco esa ambición...

—Muy bien... ¿Y piensa usted eso mismo? Lo importante: está allí.

La pregunta salió envuelta en las entonaciones profundamente irónicas que Aguirre había advertido tantas veces en frases que el Caudillo dirigía a otros, pero nunca en las que le dirigía a él. De modo que ahora el tono de la voz, como poco antes la mirada y el gesto de su jefe, vino también a desconcertarlo, a herirlo. Algo se rompió en sus sentimientos según replicaba:

—¡i no lo pensara, mi general, no lo diría.

—¿Cómo?... Se me figura...

Pero no redondeó su idea el Presidente. Volvió el rostro, lo inclinó un poco hacia abajo, hacia el mar de copas verdes,

donde la brisa ondulaba, y hundió allí la mirada durante breves segundos. Luego, como si quisiera tornar atrás, prosiguió:

—¡Vamos! Veo que no me quiere usted...

¿Iban a brotar de nuevo el semblante y el tono afectuosos? Aguirre lo esperaba, lo creía. Aun llegó a parecerle por un instante que todo lo anunciaba. Pero en el instante inmediato, aquel débil anuncio se ahogó en el manantial suspicaz e irónico, en creciente ahora.

—Lo que le pregunto, Aguirre —el Caudillo continuaba—, no es si en efecto piensa usted lo que está diciéndome. Le pregunto si piensa en efecto lo que respondió a sus partidarios. Dos cosas bien distintas. ¿O no me explico?

En "partidarios" se hizo más lenta la emisión de la voz. En "¿me explico?", el tono cobró la seguridad fácil y dominante con que el Caudillo sabía recordar a sus oyentes que él era el vencedor de mil batallas, tono duro y cortante, tono que hizo que Aguirre experimentara, por primera vez en su vida, que ser subordinado de su jefe lo humillaba. ¡Qué no hubiera ofrecido en aquel momento a cambio de reconquistar lo que, sin saber el mismo cómo, acababa de desvanecerse, de perderse! Para dominar mejor el torbellino interno que amerazaaba asaltarlo, Aguirre unió a la elocuencia espontánea de su sinceridad la elocuencia artificiosa del énfasis retórico:

—Sí, mi general —dijo—; ahora comprendo. Pero yo le protesto a usted con la mayor franqueza, con la franqueza que usted me conoce y me ha conocido siempre, que las dos cosas que usted distingue se reducen aquí a una sola. Hablando con mis partidarios pensaba exactamente lo que digo hoy: que no me creo con títulos para sucederlo a usted en su puesto ni me dejo llevar de tales aspiraciones. Así lo he hecho ver a todos los generales, a quienes, debe usted creerme, aconsejo que lleven su apoyo, el que a mí me ofrecen, al general Jiménez.

Ministro y Presidente se miraban con ojos escrutadores. El velo de fatiga que jamás se alzaba de sobre las pupilas del

uno, hacia extraño contraste con el intenso fulgor que lanzaban las del otro.

Tras de una pausa, observó el Caudillo:

—Lo de su falta de merecimientos lo entendería yo mejor si en esto no interviniera para nada el general Jiménez. Porque yo bien sé que usted, acaso con motivos muy dignos de pesarse, cree superar en muchos conceptos a su continente. ¿Cómo explicarme entonces que la candidatura del otro le parezca a usted más aceptable que la suya propia?

—Primero, mi general, porque es público y notorio que él sí aspira a ser presidente...

—¿Y segundo?

—Segundo, porque... porque es posible y aun probable que la benevolencia de usted lo ayude en sus deseos.

El Caudillo replicó pronto:

—No sería yo, sino el pueblo... Pero volvamos a usted. ¿No le engañará su convicción cuando habla de no tener ninguna aspiraciones?

Y al preguntar esto último, la sonrisa del Caudillo, y su gesto, y su ademán fueron tan glaciales que Aguirre respondió como si hablara, no desde donde estaba, sino desde muy lejos, desde el fondo del bosque cuyas frondas hacían aguas al sol, desde el remoto cinturón de los montes azulosos:

—No, mi general; no creo engañarme.

Y comprendió que su esfuerzo había sido inútil.

Minutos después el auto de Aguirre corrió rampa abajo en tránsito de desenfreno, se hundía en la masa de verdura, era, por un momento, submarino del bosque. Y de modo análogo, Aguirre bajaba, atónito todavía por las inesperadas consecuencias de la entrevista, hasta lo más hondo de sus reflexiones. Trataba de explicarse cómo era posible que el Caudillo, su amigo y su jefe por más de diez años, no hubiera querido crear una sola de sus palabras.

## III

## EL CHEQUE DE LA "MAY-BE"

A la una de la tarde del día siguiente Ignacio Aguirre se hallaba solo en su despacho de la Secretaría de Guerra. Ignoraba aún las atrocidades cometidas con Axkaná y esperaba que éste viniese en su busca de un momento a otro, según costumbre de los dos amigos a tales horas. Entre tanto, aguardando, meditaba. Tenía el codo apoyado sobre la mesa—libre entonces de papeles—, el puro en la boca, y los dedos de la mano atentos a acariciar, con deleite, la fina epidermis del tabaco.

Poco antes, por la puerta de la antecámara, había entrado un oficial del Estado Mayor con la lista de las personas que solicitaban audiencia. Sin leer los nombres ni cambiar de postura, Aguirre había dicho:

—¿Mucha gente?

--Ochenta y nueve, mi general.

--Muy bien; no recibo a nadie.

Minutos después, por otra puerta, el mismo oficial había vuelto a presentarse. Preguntaba ahora si el ministro celebraría acuerdo esa tarde con los jefes de los departamentos pendientes de turno desde hacía dos semanas. Aguirre, impaciente y con destemplanza, había respondido:

—Cuando haya acuerdo lo comunicaré yo. Dígelo así a los jefes que preguntan... Y usted también. ¿a qué hora va a parar de estarme molestando?

Tras de lo cual, en fuga los entes del mundo oficinesco, el ministro de la Guerra había podido seguir, por trecho considerable, el hilo de sus reflexiones.

Estas no se referían, como pudiera creerse, a los intereses de la República ni a las labores del ministerio. Aguirre sólo pensaba en su situación personal. Esa mañana había creído descubrir la fórmula aplicable a su lucha con Hilario Jiménez, a su conflicto con el Caudillo, y desde entonces no hacía sino entregarse de lleno, con la morbosidad de la idea fija, a los planes que esperaba llevar muy pronto a la práctica.

Quince minutos habrían pasado así cuando apareció por la puerta del pasillo —puesto el sombrero, el bastón en ristre— la figura de Remigio Tarabana.

—¿Hay paso?

Aguirre no se movió de su asiento, no volvió el rostro siquiera. Se contentó con ver de soslayo al visitante, conforme murmuraba entre dientes y puro:

—Hay paso.

Tarabana caminó entonces hasta el centro de la habitación y allí se detuvo. Traía ese aire, medio irónico, medio cínico, que en él quería decir: "negocio hecho". Luego, en vista de que Aguirre no se dignaba fijar los ojos en él, se acercó hasta la mesa, acentuando al andar la sonrisa y el talante de su buena fortuna.

—¡Vaya una manera —exclamó— de recibir al mejor de los amigos, o, por lo menos, al amigo más útil!

Y trasladando a los actos el énfasis de las palabras, tiró de una butaca, se sentó, puso en la mesa el bastón y el sombrero y se dió a tamborilear sobre cuanto quedaba a su alcance. Aguirre no se movía.

—Pero ¿es que no hablas hoy? —dijo Tarabana; y agregó luego, soliloquiando—: Veremos si habla o no habla.

Sacó su cartera; de ella extrajo un papelito amarillo, que dobló con esmero, en forma que hiciera puenté, y en seguida,

poniéndolo sobre la mesa y dándole un papirotazo, hizo que viniera a quedar junto a la mano de Aguirre.

—¡Ahí va eso! —había dicho al tiempo de lanzar su proyectil.

Aguirre volvió entonces de su abstracción. Tomó el papel, lo desdobló y, de una ojeada, leyó en él las líneas de caracteres más visibles. El papelito amarillo era un cheque que decía:

*Bank of Montreal.—Páguese al portador la cantidad de veinticinco mil pesos.—May-be Petroleum Co.—By M. D. Woodhouse.*

—No está mal el negocio. El terreno me había costado novecientos pesos.

Y otra vez dejó Aguirre el cheque sobre la mesa.

Tarabana, mientras tanto, empapaba su sonrisa en cinismo e ironía.

—¡Conque al fin hablaste! ¡Conque no estás mudo! ¡Veinticinco mil pesos para que el joven ministro se quitara el puro de la boca y despegara los labios!... Si, señor; eso es lo que dan por el terreno... por el terreno y por el servicio, o, si ha de decirse la verdad, sólo por el servicio, pues el terreno, a lo que me figuro, no vale ni cuartilla. Pero en fin, lo importante es que lo dan, y que lo dan sin que haya de firmarse ninguna escritura... ¿Quieres hacerme el favor de guardarte ese cheque en la cartera, en vez de abandonarlo de ese modo, como si nada te importase?

Aguirre dejó el cheque donde estaba.

—Y el servicio —preguntó—. ¿en qué consiste? Dímelo con entera exactitud.

—¡Otra vez! Lo he dicho de doscientas maneras: en dar las órdenes para que los terrenos ocupados por la Cooperativa Militar vuelvan desde luego a la "May-be Petroleum Co."; y esto en vista de que la compañía (fíjate bien, porque así han de expresarlo las comunicaciones), en vista de que la compa-

ña tiene perfectamente demostrados, a satisfacción de la Secretaría de Guerra, los derechos que le asisten...

—Muy bien, muy bien. Llama a Cisneros y dictale el oficio tú mismo.

—¡No, señor! ¡Nada de Cisneros! Estos no son asuntos de la secretaría particular. Las comunicaciones debe girarlas el departamento con todos los requisitos que sean del caso. Tal fué el convenio.

—Pero, ¿cuándo dijiste tú que había de girarlas necesariamente el departamento?

—Dijo que las órdenes debían ir en regla, que da lo mismo... En fin, no discutamos. Si no te parece, desharemos lo hecho: devuelvo sus veinticinco mil pesos a la "May-be" y santas pascuas. Por otra cosa no paso... ¡Qué demonios! Esas gentes hacen demasiado pagando porque se les trate con justicia. ¿Y todavía así vamos a engañarlos? Ni como agente de ellos, ni como amigo tuyo avengo... Es además una vergüenza que la Secretaría de Guerra apoye en sus atrocidades a un grupo de militares bribones que andan organizando empresas petroleras con terrenos ajenos.

—El Caudillo les sugirió la idea.

—Tanto peor... Y así y todo, aposteo lo que gustes a que el Caudillo, y eso a pesar de ser él capaz de apropiarse todo México, no te ha dicho una sola vez que autorices el despojo de la "May-be".

—Francamente no me lo ha ordenado nunca; pero con embozo, no una vez, muchísimas.

—Pues desautoriza entonces lo que se pretende, porque es un robo. Lo aseguro yo.

Aguirre estuvo un momento pensativo. Luego, tomando el cheque de sobre la mesa, observó:

—¿Y esto, Tarabana? ¿No hay también algo parecido al robo en el simple hecho de que acepte yo este dinero que tú me traes?

—Depende, hombre, depende... Axkaná, por ejemplo, diría que sí; pero Axkaná es hombre de libros. Yo, que vivo sobre la tierra, aseguro que no. La calificación de los actos humanos no es sólo punto de moral, sino también de geografía física y de geografía política. Y siendo así, hay que considerar que México disfruta por ahora de una ética distinta de las que rigen en otras latitudes. ¿Se premia entre nosotros, o se respeta siquiera, al funcionario honrado y recto, quiero decir al funcionario a quien se tendría por honrado y recto en otros países? No; se le ataca, se le desprecia, se le fusila. ¿Y qué pasa aquí, en cambio, con el funcionario falso, prevaricador y ladrón, me refiero a aquel a quien se calificaría de tal en las naciones donde imperan los valores éticos comunes y corrientes? Que recibe entre nosotros honra y poder, y, si a mano viene, aun puede proclamarse, al otro día de muerto, benemérito de la patria. Creen muchos que en México los jueces no hacen justicia por falta de honradez. Tonterías. Lo que ocurre es que la protección a la vida y a los bienes la imparten aquí los más violentos, los más inmorales, y eso convierte en una especie de instinto de conservación la inclinación de casi todos a aliarse con la inmoralidad y la violencia. Observa a la policía mexicana: en los grandes momentos siempre está de parte del malhechor o es ella misma el malhechor. Fíjate en nuestros procuradores de justicia: es mayor la consideración pública de que gozan mientras más son los asesinatos que dejan impunes. Fíjate en los abogados que defienden a nuestros reos: si alguna vez se atreven a cumplir con su deber, los poderes republicanos desenfundan la pistola y los acollan con amenazas de muerte, sin que haya entonces virtud capaz de protegerlos. Total: que hacer justicia, eso que en otras partes no supone sino virtudes modestas y consuetudinarias, exige en México vocación de héroe o de mártir.



## VI

## TRANSITO CREPUSCULAR

Todos habían asistido a la escena en medio del más absoluto silencio. Ahora dos oficiales cogían por los hombros a Ignacio Aguirre mientras Canuto le ataba las manos a la espalda, y entre tanto, otros oficiales y soldados hacían lo mismo con los demás prisioneros. Pero al llegar la vez de Axkaná y la del redactor de *El Gran Diario* la cuerda se acabó.

—Dile al encargado de los camiones —ordenó Segura a un sargento— que te dé otra cosa con qué amarrar.

A los dos minutos regresaba el sargento diciendo que para amarrar no había sino aquello: lo que traía en las manos —un trozo de alambre de cobre y un pedazo de cordón para luz eléctrica, éste como de un metro de largo.

—Lo mismo sirven —exclamó Arenas.

Y, en efecto, con los alambres ataron las manos de los dos últimos prisioneros: las del periodista, con el alambre de cobre casi rígido; las de Axkaná, con el alambre forrado y flexible. Al joven redactor le apretaron tanto las ligaduras, que a los pocos segundos una de las muñecas le sangraba.

Concluido lo anterior, hicieron que el pelotón de los presos caminara por la carretera hasta unos ochenta metros más arriba. Desde su coche, Leyva los vió pasar. Los más de ellos se volvieron hacia él. Carrasco aun quiso detenerse y le habló

a voces, resistiendo un instante los empujones y culatazos de los soldados:

—¡Por favor, Leyva, escucha una palabra!

Pero otros, como Aguirre y Axkaná, que ahora caminaban juntos, hicieron cual si no supieran que el instrumento de Hilario Jiménez y del Caudillo estaba allí, a diez pasos de ellos. Convencidos de que se les iba a matar, la vida les importaba menos que el propósito de no dar espectáculo de flaqueza. Algunos escogían ya la frase que pronunciaría su boca al herirlos las balas: “¡Viva México!” Así habían dicho en las horas más crueles de la Revolución, lo sabían ellos, Bauche Alcalde, Berlanga, Bolaños, y eso invitaba a decir —con su luz próxima a desvanecerse— el maravilloso crepúsculo que los envolvía.

Terminado el recodo del camino, se espaciaba por el lado izquierdo una hondonada que iba, de una parte, a desvanecerse en el valle inmediato, y de la otra, a desbaratarse contra las escarpaduras de la montaña. Hacia ella los llevaron y por allí los hicieron caminar trescientos o cuatrocientos metros, hasta quedar oculto el camino por la masa del cerro.

Segura mandó hacer alto. Distribuyó los soldados en tres grupos: uno para que se destacara a mano derecha, oblicuamente enfilado hacia lo escabroso de la montaña; otro que procedería igual, sólo que a la izquierda, y otro que permanecería en el centro, a espaldas de los presos, destinado a limitar la hondonada por la parte del valle. De este modo, con la montaña como fondo remoto y el cerro como fondo próximo, los presos quedarían encerrados en un cuadrilátero sin salida. En el cerro había un corte natural de verticalidad casi perfecta: allí iban a efectuarse los fusilamientos.

Un suceso imprevisto, que acaeció antes de que los soldados tomaran las posiciones indicadas, vino a torcer el proceso de aquella ejecución. Oyendo las órdenes que Segura daba, Aguirre, que ya no podía contenerse, le dijo.

—Asesinos son Leyva y usted, pero asesinos que no saben ni su oficio.

Aunque corta la frase, la dijo Aguirre con desdén tan profundo, con altivez señorial a tal punto ofensiva y despectiva, que en aquellos momentos, y ante un hombre como el mayor Manuel Segura, cuyo rostro aún sangraba, debía resultar por fuerza la más eficaz de las provocaciones.

El sobrino del general Leyva no despegó los labios. Sacó el revólver con frialdad análoga a la que Aguirre había puesto en las palabras, y sin transparentar emoción alguna, ni detenerse en más preliminares que un gesto a los soldados de enfrente para que se apartasen, disparó un balazo al pecho de Aguirre.

—¡Asesino también, hombre! —dijo en un tono terriblemente tranquilo y extraño, cual si fuera a entender, con la ejecución de aquel acto, que siendo muy difícil el arte de matar, en él se tornaba fácil.

Aguirre no había esbozado el movimiento más leve; había esperado la bala en absoluta quietud. Y tuvo de ello conciencia tan clara, que en aquella fracción de instante se admiró a sí mismo y se sintió —solo ante el panorama, visto en fugaz pensamiento, de toda su vida revolucionaria y política— lavado de sus ilaquezas. Cayó, porque así lo quiso, con la dignidad con que otros se levantan.

El en tierra, los otros presos, con impulso irresistible, desbordaron la tropa y echaron a correr por la parte más libre de soldados: hacia la montaña. Echaron a correr sin que por de pronto intentara nadie detenerlos. Porque fué tan brusco el contraste entre los dos motivos, entre las dos escenas —la de Segura matando en frío a Aguirre, que caía majestuosamente; la de los presos, arrebatados por súbito pavor—, que los soldados se quedaron perplejos, con la atención abúlica, distante. Advirtiéndolo Segura, gritó mientras agitaba amenazadora la pistola:

—¡Sigalos, tales por cuales! ¡Sigalos todos, hasta que no quede ni uno!

Sólo Axkaná no había huido. Estaba allí, inmóvil, con la vista fija en el cuerpo de Aguirre, del cual lo separaban un espacio de dos metros y la criminalidad de Segura, erguido entre el cadáver de uno de los amigos y el dolor del otro.

Segura contempló unos segundos cómo iniciaban Arenas, los ayudantes y los soldados la caza de los fugitivos; luego, volviéndose hacia Axkaná, levantó la pistola, y le hizo fuego. Axkaná sintió el entrar de la bala en su cuerpo: del lado izquierdo, entre la teilla y el hombro, y se abatió a su vez. Pero no cayó al golpe de dolores insoportables, ni por un verdadero desfallecimiento físico, sino por la irresistible necesidad de sucumbir también, de sucumbir con su amigo: porque era sentir consuelo recibir la muerte de la misma mano.

Aguirre, al caer, había inclinado la cabeza de modo que el sombrero se desprendió y rodó hasta sus pies. Axkaná, con la cabeza sobre una mata, conservó el sombrero puesto. El ansia de morir chocó un instante, en su espíritu, con aquella diversidad inmediata; él había creído que su muerte repetiría, detalle a detalle, gesto a gesto, la de su amigo.

Tenía los ojos abiertos e inmóviles; pero sentía —sentía sin pensarlo— que hubiera podido moverlos a voluntad. Frente a ellos estaban, limitada arriba la imagen por el ala del sombrero, las piernas de Segura, que se habían acercado al cadáver de Aguirre. Por entre las piernas vió Axkaná un brazo que bajaba, y una mano que palpaba en busca de la herida el pecho del muerto. La mano tropezaba allí con algo; desabrochaba el chaleco; le volvía un lado de revés, y extraía de allí en seguida, manchados los dedos en sangre, un fajo de billetes. Los dedos se limpiaban la sangre en la camisa del muerto, y brazo y mano volvían a subir. Entonces se veía bajar el otro brazo, éste armado de la pistola; el cañón

se detenía arriba de la oreja —Axkaná cerró los ojos—: se escuchaba la detonación...

Cuando Axkaná volvió a levantar los párpados, las piernas de Segura habían desaparecido. Del otro lado del cadáver de Aguirre, a gran distancia, se veían soldados que corrían, que disparaban. Axkaná ya no sólo veía: oía —oía lejanos gritos, detonaciones—. Sentía ahora también la humedad tibia de la sangre, que le empapaba el pecho. Paseó la mirada por toda la montaña fronterá. Distinguió sin esfuerzo, pese a la luz crepuscular, ya casi parda, las escenas en que sus compañeros de vida política estaban pereciendo cuatrocientos metros más allá. Creyó ver al periodista rodando desde lo alto de una roca, a Olivier, que trepaba con increíble esfuerzo y caía también.

Un horror inmenso y, acaso, algo de terror, de pavor, de miedo, incoercible, ahogaron su disposición a la muerte. Prohibió entonces a mover brazos y piernas. Vió que podía hacerle.

Se incorporó.

Se puso en pie.

Corrió.

Corrió a lo largo de los cerros que separaban la hondonada y el camino y que bajaban hacia el valle. El dolor del pecho lo fatigó pronto; se lo aumentaba la postura de los brazos, atados a la espalda y convertidos así en obstáculo de la carrera. Tropezaba; perdía cada diez pasos el equilibrio; estaba a punto de caer. Cien metros habría avanzado apenas cuando el silbo de las balas le anunció que lo perseguían. Se tornó un instante para ver: seis o siete soldados corrían en su seguimiento, aunque todavía muy lejos. Recamó la fuga; seguían disparándole.

Así avanzó tres o cuatro minutos más. Lo acosaban las balas. Llegó a un sitio donde se abría, entre cerro y cerro, una senda; para protegerse de los proyectiles se metió por allí. La senda lo condujo, a poco, hasta el borde de un pequeño precipicio, tan inesperado, que las copas de los árboles de

abajo, salientes y vistas a distancia, le habían parecido el pronto hierbajos y matas que brotaban del suelo. Se echó a tierra para no precipitarse por el derrumbadero. Se levantó de nuevo, y jadeante, casi exhausto, volvió a correr ahora bordeando el precipicio y subiendo en seguida por el recuesto que llevaba, pasos más lejos, a la otra vertiente de la altura. Por de pronto, los soldados, que no lo veían, no le podían disparar.

Ya en la otra vertiente avanzó cincuenta o sesenta metros, en declive casi paralelo al de poco antes, declive que terminó pronto en un sitio donde la ladera del cerro, en violenta arruga, se despeñaba como cauce de arroyo seco. Axkaná se detuvo. Sólo se le ofrecían dos caminos: o bajar por allí, o esconderse entre las peñas. Si lo primero, los soldados lo alcanzarían antes de diez minutos; si lo segundo, lo encontrarían en cinco o seis. Volvió la vista en torno. A su izquierda, a cincuenta pasos, sobresalían apenas, rozando casi el borde del talud, los árboles del precipicio. Aquello lo iluminó: sacudió la cabeza entre las rodillas para hacer que cayese su sombrero al suelo y, acto seguido, sin vacilar, corrió en dirección del precipicio y brincó. Brincó con tal furia que no parecía querer salvarse, sino suicidarse, acabar de una vez.

Las hojas y ramas de un árbol se abrieron; por entre ellas cayó Axkaná durante tiempo indefinido, durante tiempo infinito. Iba de cabeza, cerrados los ojos, entre puntas que lo arañaban, durezas contra las que golpeaba y rebotaba, asperezas donde parecía quedarse toda la piel de su cara, y entregado por completo —atados brazos y manos— a la totalidad del azar. Algo que primero se le clavó en la espalda y le desgarró luego la ropa hasta llevarse la piel misma, vino a metérsele entre las muñecas, que le crujieron y se le torcieron. Y así quedó: piernas arriba, puesta la nuca contra una horqueta y enganchado, coigado por el cordón de alambre que hasta un segundo antes hiciera inútiles sus manos. Abrió los ojos: por entre las ramas se apagaban arriba los últimos resplandores de la tarde... Permaneció inmóvil. Oyó a poco

las carreras y las voces de los soldados. Adivinó el momento en que sus perseguidores se detenían al ver el sombrero. Volvió a oírlos correr y gritar. Disparaban. Otros disparos escuchó también, éstos mucho más lejos.

Parte de la espalda la tenía Axkaná apoyada en una rama; parte daba sobre el vacío. Pero consciente de que una de sus piernas había encontrado apoyo seguro, allí llevó la otra, para aliviar los dolores del hombro, que iban haciéndosele insostenibles. Y como luego notara que por obra del peso de su cuerpo el alambre iba alargándose, y aflojándose las ligaduras, alternó alivio y dolor hasta que sus manos consiguieron sujetar aquello donde el cordón, enganchado, se había detenido. Hizo entonces un supremo esfuerzo: empujándose con los pies —el hombro casi se le desgarraba—, y procurando no perder el apoyo de la rama que tenía bajo la espalda, pasó el cuerpo por entre los brazos hasta que vino a quedar a horcajadas sobre la horqueta donde su cabeza se había sustentado antes. Entonces descansó, casi desvanecido por el dolor de la herida y los magullamientos, y enajenado por el vértigo.

Anocheía. Un trazo blanco, ya apenas perceptible, cortaba a doscientos metros el terreno inclinado que descendía suavemente desde la base del precipicio: era la carretera. Axkaná la contempló remotamente. Un marco profundo y el agolparse de sucesos que habrían cabido en años de vida lo trastornaban. Poco después oyó de nuevo voces y carreras; contuvo la respiración: parecía que los soldados pasaban de retirada.

Vino un rato de silencio, de soledad. En el cielo, por la parte más oscura, apuntaban las estrellas precoces. Sólo se oían los susurros del viento. Axkaná se izó de las manos, cargando todo el peso en el brazo derecho y ayudándose con los pies, y logró al fin desasirse y quedar en pie. Los últimos dejos de luz le sirvieron para asegurarse en la postura que halló menos incómoda.

No tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Se palpó la herida. La bala le había entrado por debajo de la articulación del hombro, hiriéndole también el brazo; todavía le manaba sangre abundante. El hombro, por primera vez en reposo, se le inmovilizaba en un dolor agudo e invasor: ancho hacia el pecho, prolongado hasta el codo. Por lo que había visto al principio, y por lo que vió entonces, consideró que bajar del árbol no le sería imposible. El tronco, no muy alto, tenía nudos salientes. Esperó.

Rato después la soledad de la montaña, poblada ya de rumores nocturnos, se sacudió a lo lejos con el áspero ludir de motores de auto: eran, sin duda, los camiones y coches de la gente de Leyva, que partía. Varios minutos resonaron los vailes con aquellos ruidos. Los camiones desembragaban y embragaban de nuevo a lo largo de las cuestas. Aquello se fué alejando; se desvaneció.

Axkaná tuvo entonces mortales segundos de vacilación: ¿descendía del árbol? Descendía ¿para qué? Pero su voluntad consciente no era ya lo que le guiaba; guiábanle el instinto y, sobre todo, el dolor. Inmóvil un brazo, puesto el otro a buscar a tientas el apoyo de las ramas, fué descendiendo. Llegó al tronco; se deslizó por él, sin soltarse de arriba, hasta hacer pie en algo. En equilibrio inverosímil logró ir escurrendo la mano por la corteza hasta dar con un apoyo más bajo; alargó el otro pie. Y así, poco a poco, llegó al suelo. Allí su desvanecimiento fué tan grande que hubo de arrimarse al árbol varios minutos para no caer. Luego se orientó hacia la carretera y empezó a caminar poco a poco, entre piedras, entre matas. Hacía cerca de veinticuatro horas que no comía, y desde entonces había vivido siglos.

Cien metros habría avanzado ya cuando le asaltó el temor de que no caminaba en derechura del camino, sino paralelamente a él. Le volvía el vértigo; se tambaleaba. Por un momento se sentó. Después, seguro de no errar la dirección

precisa, volvió a levantarse y reanudó la marcha con grandes trabajos.

Cuando por fin llegó al borde de la carretera lo dominaba un anhelo solo: echarse, tenderse. Se dejó caer. Pero el tiempo que permaneció así no fué largo. A poco rompieron arriba la unidad de las tinieblas de la montaña haces de luz: luego se oyeron lejanos sonidos de *claxon*, que fueron acercándose aceleradamente y, por último, redondos y enormes al volver de la carretera, aparecieron los fanales de un coche.

Casi a rastras se movió entonces Axkaná hasta en medio del camino. Allí se arrodilló, se puso en pie y volvió a caer de rodillas, iluminado por los rayos de los fanales, que le desencajaban más el rostro y le prolongaban trágicamente, hacia arriba, la mano que él levantaba. Su actitud, más que desfallecimiento y súplica, acusaba desesperación: que aquel auto lo socorriese o que lo aplastara, igual le habría dado.

A cinco o seis metros los fanales pararon. Una portezuela se abrió y se volvió a cerrar: se recortó en la región de luz la silueta del chofer; luego, detrás de ella, la de otro bulto. Axkaná, tendido en tierra, vió iluminarse e inclinarse sobre su cara dos rostros que lo observaban. Oyó que desde el coche otra persona preguntaba algo en inglés. Respondió, en inglés también, uno de los hombres que tenía cerca, en el cual reconoció él, vagamente, a Winter, el extranjero del *Packard* que los soldados de Leyva habían detenido en el camino.

Algo dijo aún quien hablaba desde más allá de las dos luces, y entonces Winter y el chofer procedieron a tomar en brazos a Axkaná y a llevarlo hasta el automóvil.

## VII

## UNOS ARETES

Al otro día de la muerte de Ignacio Aguirre los periódicos de la ciudad de México no hablaban con mucha amplitud acerca del levantamiento de Toluca. Una fuerza superior a ellos los obligaba de nuevo a no decir lo que sabían. *El Gran Diario* traía apenas un boletín oficial bajo este título de vaguedad reveladora: "Consejo de guerra en el Estado de México". El boletín decía así:

"En el Estado Mayor de la Presidencia nos fué proporcionado en la madrugada de hoy el boletín siguiente: «El general Ignacio Aguirre, autor principal de la sublevación iniciada anteanoche, fué capturado, juntamente con un grupo de sus acompañantes, por las fuerzas leales que guarnecen el Estado de México y que son a las órdenes del pundonoroso general de división Julián Elizondo. Se formó a los prisioneros consejo de guerra sumarísimo y fueron pasados por las armas. Los cadáveres se encuentran a disposición de los deudos en el Hospital Militar de esta capital y corresponden a las personas siguientes: general de división Ignacio Aguirre; general de brigada Agustín J. Domínguez, gobernador de Jalisco; señor Eduardo Correa, presidente municipal de la ciudad de México; señores licenciados Emilio Olivier Fernández y Juan Manuel Mijares, diputados al Congreso de la Unión; ex ge-

nerales Alfonso Sandoval y Manuel D. Carrasco; capitanes Felipe Cahuama y Sebastián Rosas, y señores Remigio Tarabana, Alberto Cisneros y Guillermo Ruiz de Velasco."

En la *Sección Segunda*, en página interior, *El Gran Diario* publicaba también, alineadas en sus diversos tamaños, las doce esquelas mortuorias. La de Aguirre ocupaba un octavo de página y decía brevemente:

"El día 5 del presente mes falleció el señor general de división Ignacio Aguirre. Su afligida esposa y demás parientes lo participan a usted con profundo dolor.—México, 6 de diciembre."

Y así las otras.

Pero este laconismo de los periódicos no hacía, en realidad, sino acoger, callándolas, la sorpresa y la consternación públicas. La ciudad vivía como siempre, pero sólo en apatencia. Llevaba por dentro la vergüenza y el dolor.

Cerca del mediodía el *Cadillac* que perteneciera al general Aguirre se detuvo, en la avenida Madero, a la puerta de "La Esmeralda". El chofer, sucio, mal vestido, mal sentado, no se movió de su asiento. Un hombre abrió la portezuela y descendió: era el mayor Manuel Segura. El auto echó entonces a andar, y Segura, acomodándose el revólver en el cinto, entró en la joyería.

El empleado que vino al mostrador miró a Segura un poco de arriba abajo; se hizo repetir dos veces lo que le pedía el cliente; fué hacia el interior de la tienda y volvió a poco trayendo entre terciopelos negros varios pares de aretes con brillantes.

Segura tomó el par de piedras mayores y, tras de mirarlas, preguntó cuánto valían.

—Seis mil quinientos pesos.

Segura las tornó a ver. Dijo casi en el acto:

—No me gustan. Las quiero más grandes.

La misma escena se produjo otra vez con un par de aretes que costaban once mil quinientos pesos, y luego otra más, con aretes de diez y siete mil. Por fin, el empleado mostró lo que Segura quería:

—Veinte mil pesos. En su tamaño no hay brillantes mejores.

Segura recibió el estuche y pagó. Pagó con un fajo de cuarenta billetes de 500 pesos: los cuarenta con una misma rotura —era casi una perforación—, los cuarenta con una misma mancha negruzca, que se extendía casi un centímetro desde la rotura hacia el centro.

Al contar los billetes, el empleado advirtió aquello y vaciló un momento. Alzó la vista, que los ojos de Segura le obligaron a bajar otra vez. Entonces el dependiente simuló hacer un nuevo recuento y aceptó los billetes sin objetar nada.

Segura salió a la calle. Junto a la Profesa lo esperaba el *Cadillac* de Ignacio Aguirre.

JOSE Agustín. TRAGICOMEDIA MEXICANA I, La vida en México de 1940 a 1970. México, Editorial Planeta, 1991 (Colección Espejo de México)

UNIDAD VI.-MEXICO CONTEMPORANEO.

EL AUTOR:

José Agustín Ramírez, literariamente conocido sólo como José Agustín, nació en la ciudad de Acapulco en el estado de Guerrero, el 19 de agosto de 1944. Gracias a sus aptitudes literarias fue becario del Centro de Escritores (1966-1967). José Agustín forma parte de una nueva generación de autores que han sido calificados de "desenfadados y contestatarios". En su obra quedan difusos los límites entre el cuento, la novela y el teatro, y el lenguaje de su obra responde a una novedosa y sincera forma de apreciar la realidad, llena de humorismo. En ella se maneja el lenguaje coloquial y una actitud irreverente hacia la sociedad.

Entre su abundante producción se encuentran los cuentos Inventando un sueño; La mirada en el centro; Furor Matutino; un ensayo: La nueva música clásica; un guión cinematográfico: Ahí viene la plaga, obras teatrales: Abolición de la propiedad; Círculo vicioso, su Autobiografía y sus novelas: La Tumba; De Perfil; Se está haciendo tarde; El rey se acerca a su templo; Ciudades desiertas; Cerca del fuego; Tragicomedia Mexicana I y II.\*

\*Información apoyada en: Diccionario Enciclopédico de México Ilustrado. Op. Cit. Vol.1, p.30



## LA OBRA:

Los dos tomos que conforman esta recopilación de José Agustín, intentan ser un relato de los sucesos más importantes de México, desde 1940 a 1970 en el primer tomo y de 1970 a 1988 en el segundo. En ambos casos, el autor enfoca los más diversos tópicos, ya sea la vida de los artistas, las tendencias musicales, la moda, y desde luego, el panorama político y sus repercusiones.

La lectura seleccionada para la presente antología es la parte final del capítulo "El final del sueño" (1964-1970) que está extraído del primer tomo, y en él se hace referencia al movimiento estudiantil de 1968, el llamado "68", durante el cual la ciudad de México, principalmente, sufrió los estragos de la represión estudiantil más brutal de los últimos años.

A principio de los años 60's se produjo una crisis capitalista que en México se dejó sentir iniciando con una devaluación del peso frente al dólar. Esto sucede en el mundo entero.

Esta crisis tiene repercusiones violentas en todo el mundo en la segunda mitad de la década; asimismo se produce una crisis de los sectores intelectuales, pero no se refleja de inmediato en la sociedad.

Las condiciones para un movimiento de protesta estaban dadas; las protestas se inician en Francia. El detonador para iniciar la violencia puede ser de diferentes índoles, como en el conflicto estudiantil de México 1968, un cambio de programa, un enfrentamiento entre alumnos, etc.

Surge una crisis de valores y se mezclan con otras inconformidades largamente reprimidas.

Es una indignación contra la sociedad en general y contra el gobierno en particular.

En este documento se realiza una serie de denuncias y un afortunado seguimiento de los acontecimientos y de la barbarie que culminaron con la masacre realizada en la Plaza de la Tres Culturas en Tlatelolco, donde cayeron tanto manifestantes como transeuntes y residentes del conjunto habitacional.

También se señala sin tapujos a los encargados de dar la orden de represión y de las ridículas cifras que se manejaron entre detenidos y desaparecidos; se percibe de cómo se trataba a toda costa de calmar el movimiento ante la inminencia de los Juegos Olímpicos, ya que a México le había tocado la "suerte" de ser el país organizador, y ante la opinión internacional no podíamos quedar como un pueblo de revoltosos. Había que acallar cualquier voz de oposición ante el todopoderoso mandato del gobierno.

Es de suma importancia que los jóvenes conozcan estos hechos y no olviden lo que tantas vidas inocentes costó, ya que por otro lado, el "68" sirvió para despertar la conciencia de los ciudadanos y unificar a la mayoría de los sectores de la población contra la intransigencia que siempre ha mostrado el gobierno cuando se trata de manifestarse por una causa y su definitivo rechazo a todo tipo de diálogo.

**SUGERENCIA DIDÁCTICA:**

Se sugiere que el maestro realice con sus alumnos un amplio comentario sobre la situación del alumno de finales de los años 60's confrontado con la situación y con los problemas sociales que se viven en nuestro país y que, a través de la lectura se ubique al estudiante de 1968 enfrentado a la represión brutal del gobierno en respuesta a la manifestación de inconformidad del sector estudiantil y de los sectores que apoyaron el movimiento.

Todo parecía hallarse en orden: el "milagro mexicano" de la estabilidad y el crecimiento económico llegaban a su techo y para muchos candorosos resultaba una verdad indiscutible el eslogan diazordacista "Todo es posible en la paz". Las construcciones y preparativos de la olimpiada proseguían con prisa. En mayo, además de que se publicaron libros como *El hipogeo secreto*, de Salvador Elizondo; *Los peces*, de Sergio Fernández; *Pueblo en vilo*, de Luis González; o *Espejo humeante*, de Juan Bañuelos; *Pasto verde*, de Parménides García Saldaña; de que Julio Castillo se revelara como un extraordinario talento teatral con *El cementerio de los automóviles*; y de la aparición del cuadro *La muerte del Che*, de Augusto Ramírez, tuvo lugar la primavera de Praga y el movimiento estudiantil de París, en las universidades de Estados Unidos el ejército o la policía intervenía para frenar el escándalo de los jipis y el repudio juvenil a la guerra de Vietnam, y cada vez más estudiantes preferían quemar sus tarjetas de reclutamiento e ir a la cárcel o huir del país. Nadie imaginaba que algo semejante podía ocurrir aquí. Sin embargo, desde diez años antes los jóvenes mexicanos también manifestaban su rechazo al sistema, con todo y milagro mecsicanou, como dejaban ver las razzias y arrestos a chavos jipis, para entonces conocidos ya como "chavos de la onda", y rocanroleros en toda la república.

En julio de 1968 se inició el verano caliente: los granaderos, siguiendo sus costumbres, oprimieron brutal y desproporcionadamente un pleito estudiantil que jóvenes preparatorianos sostuvieron en la Ciudadela de la capital, precisamente la zona terrible de la decena trágica de 1913. Indignados, los estudiantes declararon huelga y organizaron una manifestación de protesta el 26 de julio, y ésta coincidió con el desangelado mitin que el Partido Comunista Mexicano (PCM) llevaba a cabo cada año para conmemorar la revolución en Cuba. La nueva manifestación estudiantil fue reprimida con mayor violencia, además de que era notorio que "alguien" había dejado proyectiles estratégicamente distribuidos para que jóvenes disfrazados de estudiantes, pre-halcones, pudieran hacer destrozos que se atribuirían a los manifestantes; por otra parte, la coincidencia de estudiantes y PCM llevó al gobierno a argüir al instante que "fuerzas subversivas del extranjero orquestaban una conjura para desacreditar a México en proximidad de las olimpiadas". En vista de eso, se procedió a arrestar a numerosos militantes del PCM que, en esa ocasión, nada, o casi, tenían que ver con los hechos, pues era bien cierta su inexistencia histórica. Los muchachos de las preparatorias enfurecieron más aún, y durante los últimos días de julio resistieron a los granaderos y el ejército con piedras, bombas molotov y barricadas a base de vehículos volteados. Las escaramuzas duraron hasta que el ejército en plena madrugada sitió la Escuela Nacional Preparatoria e inició la moda de los bazukazos para hacer ver que el gobierno "va en serio". El bazukazo esa vez destruyó el bello portón barroco del edificio. lo que generó críticas por la barbarie de los agresores. Los estudiantes cons-



1968, de Héctor García

tituyeron un Comité Nacional de Huelga (CNH), con el apoyo de los sectores izquierdistas del país y de escritores y artistas. El CNH organizó pequeñas brigadas para informar al pueblo de su versión de los hechos, pues desde el 26 de julio la televisión, la radio y la prensa atacaron con saña a "esos pobres estudiantes manipulados por comunistas". El gobierno trataba de acabar lo más pronto posible con los disturbios y para ello recurrió a la mano durísima, bien aceitada desde 1959. Sin embargo, la dureza del régimen no pudo contener la resistencia juvenil, que ganaba simpatías a través de los mítines-relámpago en mercados, fábricas, esquinas, autobuses, etcétera.

En agosto, Díaz Ordaz cambió de táctica al ver que el autoritarismo obcecado no lograba nada, además de que se veía muy mal. Desde Guadaluajara dijo entonces a los estudiantes que allí estaba su mano tendida; "chóquenla", agregó, para que vieran que él también podía ser "muy cuate". "Primero habría que hacerle la prueba de la parafina", respondieron los jóvenes. En realidad, el gobierno estaba desconcertado. "El movimiento se organizaba rápidamente para desconcierto de los controles tradicionales que habían ejercido la secretaría de Gobernación, el DDF y sus policías y agentes investigadores", escribe José López Portillo. "La organización de reuniones y manifestaciones era *sui generis* y no obedecía a patrones concebidos y controlables. . . Nuevas gentes y distintos procedimientos para desconcierto de los controladores oficiales." Los estudiantes en huelga para entonces eran de casi todas las escuelas preparatorias y superiores, y el CNH propuso un plan de seis puntos para solucionar todo: destitución de altos jefes de la policía, supresión del cuerpo de granaderos y del delito de disolución social, liberación de presos y arrestados e indemnización a familiares de estudiantes muertos o heridos. También se pedía un diálogo entre el gobierno y el CNH, público y televisado a todo el país. Una nueva manifestación tuvo lugar y más de 100 mil gentes gritaron insultos a la embajada estadounidense, que con humor negro se levantó junto a la columna de la Independencia; también se oyeron gritos de "¡prensa vendida!" cuando los muchachos pasaron frente al periódico *Excelsior*. La marcha culminó en un zócalo repleto, lo cual fue considerado como una genuina victoria popular.

Poco después tuvo lugar una nueva manifestación de apoyo a los estudiantes y esa vez acudieron más de 200 mil participantes que, alegres, desenfadados, mostraban una nula credibilidad en el sistema. Las fuerzas vivas del país para entonces se hallaban indignadas y pedían la represión de los estudiantes, a quienes se les criticaba por apátridas (pues sus héroes eran el Che Guevara y Ho Chi-Minh, dos flagrantes comunistas) y porque injuriaban "con obscenidades" a las autoridades. La extrema irritación de los conservadores se debía a la proximidad de los juegos olímpicos y al ruido que hacíamos en el extranjero; también al ver que se alargaba y se expandía lo que debió ser cosa de "unas nalgadas". La nueva manifestación otra vez llegó al zócalo, donde, por más que se gritó "sal al balcón, hoción",

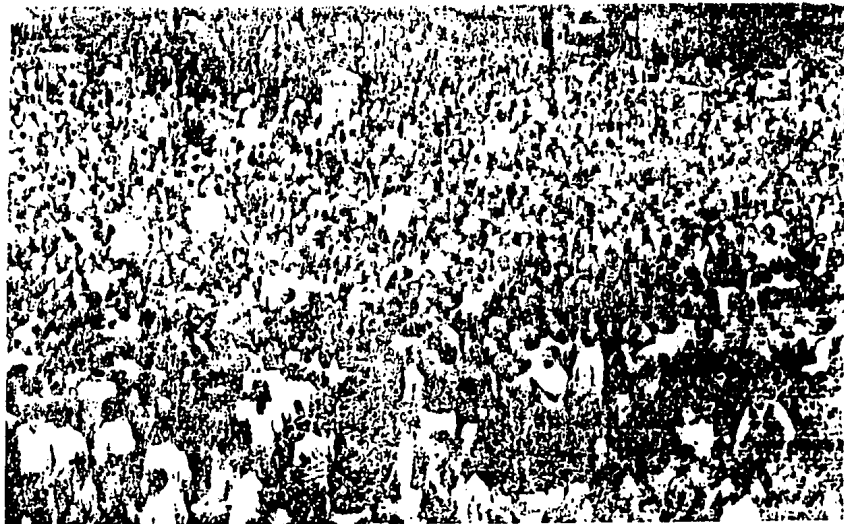
el presidente Díaz Ordaz no quiso mostrar sus dulces facciones a la multitud. De hecho, se había encomendado a José López Portillo que, desde el interior de Palacio, atendiera a los manifestantes si pedían una entrevista. Pero los estudiantes querían un diálogo público, y López Portillo sólo veía, primero, la llegada de las fuerzas "de control" al zócalo, disfrazados de "barrenderos, vendedores, obreros en solicitud de empleos, curiosos, ociosos"; en la tarde llegaban las multitudes rugientes. López Portillo cuenta que a veces se asomaba por el balcón del tercer piso y le tiraban monedas de 20 centavos. Los estudiantes decidieron hacer un campamento allí mismo hasta obtener respuesta de las autoridades, se izó una bandera rojinegra huelguística en pleno zócalo y las campanas de la catedral repicaron en apoyo al movimiento estudiantil. A media noche, el ejército corrió del zócalo al campamento allí instalado y al día siguiente los medios de comunicación, el sector privado y los editoriales se rasgaron las vestiduras por la Terrible Ofensa que se Sometió al Lábaro Patrio cuando una bandera de huelga reemplazó a la nacional. El gobierno organizó un inmenso acto de desagravio con miles de acarreados de las centrales obreras y de la burocracia. Los ataques contra los estudiantes se recrudecieron, pues era evidente que el movimiento estudiantil se había vuelto popular y que representaba una válvula de escape para mucha gente inconforme con el sistema. No obstante, el gobierno se aferró a la tesis de la conjura internacional y continuó los arrestos de brigadistas, el espionaje político y la intimidación mediante el despliegue de fuerzas políticas y militares en la Ciudad de México. En verdad helaba la sangre ver los tanques y los camiones militares llenos de soldados por las avenidas de la capital.

Ciudad Universitaria se había convertido en el centro del movimiento estudiantil y el campus era territorio de mítines permanentes y de actos culturales en una franca atmósfera jubilosa y esperanzadora. Los estudiantes acampados allí echaban un relajo sensacional, esto es, cuando no había intensas reuniones en las que se hablaba y se hablaba. El primero de septiembre el presidente Gustavito (como le decía López Paseos) declamó: "La injuria no me ofende, la calumnia no me llega; el odio no ha nacido en mí." Por supuesto, dio su versión de lo que acontecía: "Recibimos informaciones de que se pretendía estorbar los juegos olímpicos." Se trataba de una conjura internacional y la patria estaba en peligro. El incidente origen del problema había sido "culminación de una muy larga serie de atentados a la libertad y a los derechos". Se había llegado al libertinaje en todos los medios de expresión y difusión; "hemos sido tolerantes hasta extremos criticados". Por supuesto, no admitía la existencia de presos políticos en México. "Dispondré de las fuerzas armadas", avisó también. "No quisiéramos tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario. . . El diálogo es imposible cuando una parte se obstina en permanecer sorda y se encierra en la sinrazón de aceptarlo sólo para cuando ya no haya nada que dialogar." Y concluía, lastimado: "¡Qué grave daño hacen los modernos filósofos de la destrucción que están contra todo y en



El movimiento estudiantil de 1968 se manifestó a través de multitudes nunca antes vistas

El movimiento estudiantil pronto se volvió popular





favor de nada!" Lo del "diálogo" era una obvia proyección, pues Díaz Ordaz había consentido a nombrar dos negociadores (Andrés Caso y Jorge de la Vega), pero éstos en realidad poco pudieron acordar con el CNH pues llevaban la línea de no ceder y simular tan sólo la comunicación, y porque para principios de septiembre es muy probable que la solución final ya se estuviera cocinando al máximo fuego, especialmente después de que el 13 de septiembre vino la tercera manifestación, esa vez de más de 300 mil gentes. Como respuesta a la crítica de que el movimiento no se interesaba por México, los estudiantes portaron imágenes de Emiliano Zapata y del buen Pancho Villa; y para evitar que los acusaran de injuriosos, los participantes se comprometieron a marchar en absoluto silencio y muchos prefirieron vendarse la boca para no gritar hasta desahogarse. Por tanto, esa manifestación fue conocida como "la silenciosa" y resultó la más impresionante de todas por la tensa atmósfera que crearon cientos de miles que marchaban sin decir nada.

Hasta allí llegó la etapa de la "tolerancia hasta el exceso criticada". El diálogo nunca llegó a efectuarse, y mucho menos en "esas condiciones ridículas de querer salir en televisión y en cadena nacional". La satanización de los estudiantes por parte del gobierno (apoyada enérgicamente por la iniciativa privada, la alta dirigencia obrera, la iglesia y muchas asociaciones profesionales verdaderas o espurias) llegaba a su cúspide, y todo estaba listo para la reaparición de la violencia represiva.

Después de las fiestas patrias, el ejército invadió la hasta entonces inviolable Ciudad Universitaria, e hirió y arrestó a muchos. Poco después las tropas sitiaron el Casco de Santo Tomás tras un asedio sangriento, y el 2 de octubre, a escasos 10 días de la inauguración de los juegos olímpicos, el gobierno prohibió ominosamente una nueva manifestación y el CNH se conformó con un mitin en la plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Allí tuvo lugar la acción (concertada o no) del ejército y del grupo militar Batallón Olimpia, que simuló una "provocación" de supuestos francotiradores para que el ejército interviniera "al ver que se les disparaba a ellos y a los asistentes al mitin". Dos inmensas luces de bengala dieron la señal del ataque y pronto el ejército, los policías de civil y el Batallón Olimpia se entretuvieron disparando a la gente que corría por todas partes y descubría que las salidas estaban copadas. En la balacera cayeron muchos, entre ellos la periodista italiana Oriana Falacci, quien después se volvió una tenaz crítica del gobierno mexicano. Los que no sucumbieron buscaron refugio en los departamentos del complejo habitacional y aunque la gente de Tlatelolco les dio albergue, la tropa y la policía judicial hasta allí llegaron para llevarse a la mayoría al campo militar número 1, donde, según reveló después el general Félix Galván (secretario de la Defensa durante el sexenio de López Portillo), cuando menos la policía judicial tuvo instalaciones propias y mano libre para torturar, lesionar, asesinar y "desaparecer". En el mitin de Tlatelolco se arrestó a los líderes del CNH (Gilberto Guevara Niebla, Heberto Castillo, Raúl Álvarez Carín, Roberto Escudero, Tomás

# Nada es perfecto

Por Abel Quezada

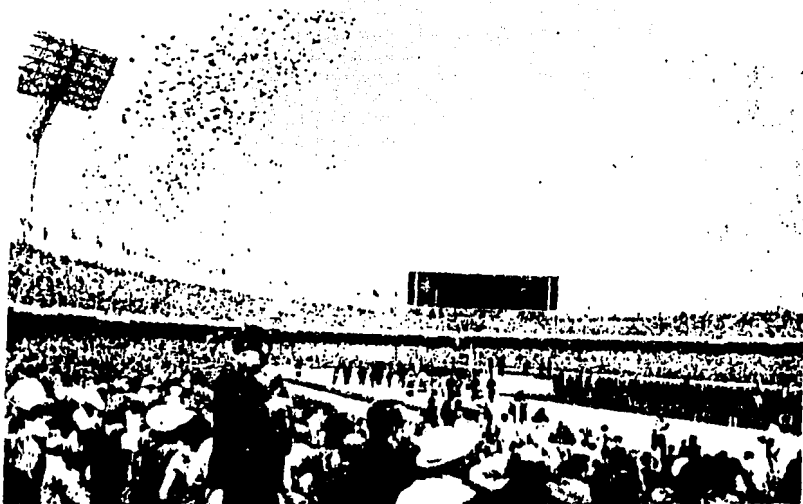


Como consecuencia inmediata de 1968, Diaz Ordaz concertó la ciudadanía a los jóvenes de 18 años de edad

Cabeza de Vaca y Luis González de Alba, entre otros). Todos ellos acabaron en la cárcel de Lecumberri, donde ocuparon las crujías C, M y N. Allí fue a dar también, al poco rato, el escritor José Revueltas, quien dijo "sí lo soy", cuando lo acusaron de ser el autor intelectual de los disturbios.

En las listas oficiales se contaron 30 muertos y 87 heridos, y se calculaba que en el campo militar número 1 cuando menos había mil 500 detenidos. La prensa recibió "línea" para justificar la acción del gobierno y condenar a los estudiantes "que habían disparado contra los soldados". "Aquella noche", cuenta Julio Scherer, "en un telefonema urgente me había advertido el secretario de Gobernación que en Tlatelolco caían sobre todo soldados y a punto de colgar el teléfono había dejado en el aire la frase amenazadora: '¿Queda claro, no?'" No es de extrañar entonces que la casi totalidad de los medios de comunicación haya apoyado sin reservas la matanza ordenada por Díaz Ordaz y orquestada por el Batallón Olimpia de Manuel Díaz Escobar. La iniciativa privada tampoco escatimó elogios al presidente, al igual que los líderes obreros. "El movimiento estudiantil", diagnosticó Fidel Velázquez, "tenía finalidades esencialmente políticas, que emanan de consignas internacionales y que está manejado", sic, "por gentes ajenas al estudiantado. . . El llamado movimiento estudiantil no tuvo en ninguna ocasión ni en ningún tiempo justificación". Por supuesto, los políticos del PRI aplaudieron a su presidente, "que había salvado a la patria". Pero el mismo Luis Echeverría años después declaró que la patria nunca estuvo en peligro, "En realidad, la vida es manejada por factores de producción", doctoró Echeverría. "El movimiento estudiantil no llegó a un estallido social porque obreros y campesinos se adhirieron al sistema, y porque la mayoría de la gente no estaba interesada." En efecto, en 1968 mucha gente no sólo de la capital sino de todo el país no se interesó gran cosa por el movimiento, o estuvo en contra de los estudiantes, pero, a pesar de ello, el sector que se rebeló acabó siendo decisivo para el futuro inmediato de México.

El movimiento estudiantil y la contracultura de los años sesenta en realidad formaron caras de la misma moneda, que se conoció como "1968", o "el 68". En todo caso, para una porción cada vez mayor de gente quedaba claro que México cerraba una etapa, despertaba del sueño que se inició en 1940 y que se caracterizó por el desarrollismo y la modernización capitalista del país. Aunque las instituciones se hallaban bien sólidas, evidentemente eran impostergables cambios profundos en la sociedad. Con el tiempo ganó la idea de que 1968 (movimiento estudiantil y contracultura) resultó, como lo dijeron hasta los presidentes de la república, "un partearguas" en la vida nacional, el hecho más importante de nuestra historia después de la revolución de 1910. Lo fue porque implicó un proceso paulatino de tomas de conciencia para el país: se había crecido en estabilidad y relativa paz social a expensas del abuso y la explotación del pueblo; a cambio de la abundancia de unos pocos se arrojó y obstaculizó el desarrollo natural de las grandes masas. Los cambios empezaron a surgir casi desde el



Al fin llegaron las anticlimáticas Olimpiadas de 1968

Felipe Muñoz, el Tibio, ganó la medalla de oro en los 200 metros de nado de pecho



primer momento. El nuevo presidente se vio obligado a atender, verbalmente las más de las veces, algunas demandas populares y la economía también cambió pues los empresarios dejaron de respaldar a un presidente que se engolosinaba con la retórica "izquierdista"; así se inició una crisis que vino a ser devastadora. El desarrollismo, que hasta allí llegó, había causado graves disturbios ecológicos: contaminación de las ciudades y devastación de escenarios naturales: ríos y mares envenenados, deforestación, migración del campo a las ciudades a causa del enriquecimiento de los agricultores privados; sobrepoblación alarmante con su secuela de miseria, marginalidad, drogadicción, delincuencia. Además, el desarrollismo generó que las clases altas y medias tendieran a someterse a los modelos estadounidenses más discutibles y vacuos, lo que llevó a un desligamiento de las bases tradicionales del país. El culto católico, tan importante en la historia de México, para entonces perdía eficacia y cada vez más se vaciaba de contenido. El sistema político seguía herméticamente cohesionado, pero ya se veía la urgencia de una verdadera democracia, de que el poder no se concentrara tanto en la persona del presidente ("monarca sexenal", le llamó Cosío Villegas), de que la libertad de expresión fuera auténtica, sin censuras ni manipulaciones; de que la corrupción omnipresente y todos los vicios que el régimen había generado se enfrentaran antes de que acabasen de arruinar el paisaje moral de la nación. Surgió una impostergable necesidad de llevar a cabo investigaciones objetivas, sin falsas ilusiones ni distorsiones eufemísticas, de todos los grandes problemas del país. También se detonó la sensibilidad popular, que a través de las artes, las ciencias y las demás manifestaciones culturales crecería al punto de poder considerarse como una revolución cultural que propiciaba tomas de conciencia en otras áreas.

Pero a principios de octubre de 1968, después de la matanza de Tlatelolco, nadie podía imaginar algo semejante porque ya estaban allí los esperados y a la vez calamitosos juegos olímpicos. Mientras Oriana Falacci despotricaba desde su cama de herida, y la prensa internacional recogía sus declaraciones, Díaz Ordaz inauguró las XIX olimpiadas y segundas que se retransmitían a todo el mundo vía satélites. En ellas, los atletas negros de Estados Unidos también hicieron un numerito político al blandir el puño del "black power". La prensa mexicana demostró cuán atrasada y oligofrénica podía ser al exprimir al máximo los triunfos nacionales del Tibio Muñoz y del Sargento Pedraza. Los juegos olímpicos, con todo y su espectacularidad, que por supuesto abundó en México; en verdad estuvieron ensombrecidos por la sangre de los muertos de Tlatelolco, y resultaron el inicio de la decadencia de las olimpiadas, sujetas desde entonces a terroristas, boicots gringos o socialistas, climas represivos y cubetazos de agua helada como el *affaire* Ben Johnson en 1988.

El gobierno mexicano resintió el golpe de 1968 desde un principio, pero trató de minimizarlo y pudo hacerlo porque ya se hallaba encima la suce-

sión presidencial y los medios de comunicación tenían otros temas para entretenerse. La contienda política por la presidencia se desarrollaba en aparente civilidad de los suspirantes Echeverría, Martínez Manautou, Ortiz Mena y Corona del Rosal, que, incluso, habían acordado un pacto "para no darse patadas por debajo de la mesa". Díaz Ordaz no anduvo contando después, o no se ha revelado, por qué deseó a unos y por qué dio el dedazo a favor de quien, después, para sus criterios, lo "traicionaría" y lo obligaría a decir: "A mí me hicieron chistes por feo, pero a él por pendejo." ¿Cómo pudo elegir, entonces, a alguien así? Sin duda contó la cortesía y el servilismo del secretario, a quien, si lo invitaba a jugar golf, "le daba en la mandrapala". También, el apoyo incondicional al jefe, la falacia de 18 horas al día, y por supuesto, el comportamiento de Echeverría durante el movimiento estudiantil: lealtad, y uso de los controles represivos con fachada de "política del diálogo" que, aunque nunca se practicó, sirvió para salvar el formalismo de la "tolerancia", como había hecho López Mateos antes de aplastar a los ferrocarrileros.

En todo caso, Díaz Ordaz se inclinó por su secretario de Gobernación, y, por lo que se trasluce, quedó muy satisfecho, además. Sin duda creía que había escogido "al mejor hombre". Díaz Ordaz se mostró sonriente, "afectuoso", contó después Augusto Gómez Villanueva, entonces líder de la Confederación Nacional Campesina (CNC). Él, más Alfonso Martínez Domínguez, para entonces presidente del PRI, Fidel Velázquez, del sector obrero, y Reynaldo Guzmán Orozco, de la CNOP, fueron convocados por Díaz Ordaz a Los Pinos, donde les dijo: "Yo sé que ustedes son amigos de Luis Echeverría, y me da mucha satisfacción que él sea nuestro candidato a la presidencia. . . Quiero agregar una cosa", les dijo después (o eso contó Gómez Villanueva), "a partir de esta fecha procuren entenderse directamente con Luis Echeverría". Este, por su parte, calladamente había preparado su "infraestructura". Según Gómez Villanueva, ese mismo día ya tenían listas a varias decenas de campesinos acarreados para que la CNC fuera la primera en "lanzar la candidatura" de Echeverría, lo cual iniciaría la estampida furiosa, desesperada, de los búfalos, que tratarían de treparse en el vehículo del candidato a como diera lugar.

A partir de ese momento, Echeverría empezó a "quitarse la máscara" (o a ponerse otra, vaya uno a saber), y el hombre introvertido, tieso, reservado y calculador, a partir de su nominación empezó a aparecer locuaz, vivaz, hiperactivo y propenso a hablar sin parar. Tenía su plan bien guardadito y lo fue desarrollando tan pronto adquirió el poder.

Díaz Ordaz, por su parte, según Scherer García, resultó afectado por los acontecimientos de 1968 mucho más de lo que parecía. "Cambiaba el país", escribe Scherer en *Los presidentes*. "Era voz pública que el presidente sufría alteraciones en su personalidad, confundía la introversión con la soledad. Su esposa, doña Guadalupe Borja, desaparecía de la escena pública. Corría el rumor: no resistió la tensión nerviosa." De cualquier manera, a fines de 1969 Díaz Ordaz hizo una enésima modificación a la



El escritor José Revueltas fue acusado de ser "líder intelectual" del movimiento estudiantil de 1968.

pobre Ley Federal Electoral, esa vez para que los jóvenes de 18 años tuvieran derecho al voto. "Una obvia respuesta al 68", concluyen los investigadores Samuel León y Germán Pérez.

Tanto el PPS como el PARM se adhirieron a la candidatura de Luis Echeverría, quien solo tuvo como competencia al candidato del PAN, Filan González Morfin, pues el PCM, no registrado por otra parte, propuso la "abstención activa".

En 1969, Daniel Cosío Villegas causó un escándalo cuando, en 6 artículos publicados en *Excelsior* pidió que se revisara la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, ya que su lenguaje era pobre e incorrecto, además de que fue ideada para una sociedad agraria y rural. El tema resultó ser tabú pues llovieron críticas y respuestas a Cosío Villegas, entre ellas un número entero de la revista *Estudios Políticos*, una serie de entrevistas televisadas a los constituyentes que aún vivían, y hasta una telenovela con María Félix que se llamó *La Constitución*; por otra parte, se publicaron libros importantes: Octavio Paz, que se ganó la estima popular al renunciar a su puesto como embajador en la India a causa de Tlatelolco, publicó la "continuación" de *El laberinto de la soledad* con el título *Postdata*, en la cual abordó los sucesos de 1968 y trató de hallar su rizoma mítico. Elena Poniatowska, mientras preparaba *La noche de Tlatelolco*, publicó otro libro de excepción, *Hasta no verte Jesús mío*. Gustavo Sainz, publicó su compleja pero divertida novela *Obsesivos días circulares*; Augusto Monterroso ofreció su espléndido volumen de textos breves (o "moscas") *La oveja negra y otras fabulas*. Por último, desde Lecumberti, José Revueltas publicó su compacta, densísima, obra maestra *El apando*, que dice: presos y policías son lo mismo, la cárcel sólo es un reflejo de la sociedad entera, de allí el título *El apando*, que son las celdas de castigo, la cárcel dentro de la cárcel. En poesía, Alejandro Arca publicó *Alianza para vivir*, y Sergio Mondragón, *El aprendiz de brujo*.

Por otra parte, en Caracas, Venezuela, se constituyó el premio Rómulo Gallegos para la mejor novela en español publicada en los últimos cinco años; en México se creó una comisión compuesta por Emmanuel Carballo y María del Carmen Millán que elegiría la o las obras nacionales para el premio. Pero la comisión determinó que ninguna novela mexicana podía competir con Lezama Lima, Carpentier, Onetti, Vargas Llosa, Cortázar. Esto indignó a Fernando del Paso. Y Margo Glantz salió con *Narrativa joven de México*, que al reeditarse se convirtió en *Onda y escritura en México*. Con este libro Margo Glantz impunemente dio origen al confuso y villipendiado concepto "Literatura de la onda", que se usó como ariete para contener lo que después se consideró "vulgarización de la cultura".

Carlos Monsiváis, por su parte, se unió con Alfonso Arau y los dos escribieron letras de canciones, irónicas y divertidas, para el grupo de rock los Tepetatles, ancestro directo del Botellita de Jerez de los años ochenta, que se presentó con mucho éxito en el cabaret El Quid. En tanto, el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, a causa de su enemistad con el presidente



Díaz Ordaz, perdió toda oportunidad de que la Universidad tuviera su propio canal de televisión. Para entonces la Suprema Corte había resuelto el litigio en torno al canal 13, que fue otorgado a Francisco Aguirre, dueño de estaciones de radio y de revistas. También se otorgó la concesión del nuevo canal 8, sobre 63 solicitudes, al grupo Monterrey. Ambos canales empezaron sus trabajos para iniciar transmisiones lo antes posible. El 13 improvisó unos estudios en la calle de Mina y el 8 ocupó lo que antes fueron los estudios de cine San Angel Inn.

Para 1970 la gran noticia en la capital, además de la inauguración de las primeras líneas del metro, era la inminencia del IX Campeonato Mundial de Fútbol, cuya sede también había sido otorgada a México. Debido a que el fútbol es el deporte más popular, y de que no había Tlatelolcos que lo ensombrecieran, el campeonato de fútbol generó un entusiasmo insólito en nuestro país. La selección mexicana, dirigida por Raúl Cárdenas, ganó dos juegos, perdió uno y empató uno; anotó 6 goles y recibió 4, llegó a cuartos de final y obtuvo el sexto lugar entre 16 equipos, y el público se lanzó a las calles en muestras de delirio, auténtica irrupción del principio del placer, que aterrorizaba a los pobres transeúntes que no se prendían tanto con el deporte de las patadas. Allí surgió la porra "¡Mé-xi-có, Mé-xi-có!" que años después metería sus goles en la política. México no pasó de los cuartos de final (pero llegar a ellos fue considerado como "un milagro" tan portentoso como el "estabilizador"), sin embargo, Brasil, con Pelé al frente, ganó el campeonato y el pueblo siguió la fiesta en las calles, que vino a ser un inmenso desahogo colectivo después de las tensiones de los últimos años.

En tanto, los "conocedores" se asombraban de los cambios en el candidato priísta Luis Echeverría, quien alarmó a Díaz Ordaz y al secretario de la Defensa, el ex henriquista Marcelino García Barragán, cuando, en Guadaluajara, pidió un minuto de silencio en honor "de los caídos" el 2 de octubre de 1968. El ejército se indignó a tal punto que incluso se consideró la posibilidad de cambiar de candidato, pero a fin de cuentas imperó la inercia y Echeverría siguió su campaña, en la que trataba de distanciarse lo más posible del gobierno de Díaz Ordaz. Echeverría no paraba de hablar de todos los temas posibles y llevó sus andanzas hasta los últimos pueblos y rancherías del país. Por todas partes el candidato hacía ver que durante su gobierno habría "cambios", lo cual era observado con extremo desconcierto por el sector privado.

En tanto, Díaz Ordaz ocupó el tiempo que le quedaba para modificar la Ley Federal del Trabajo. La cúpula obrera se había portado extraordinariamente bien con el sistema durante 1968 y el aún presidente decidió premiarla ampliando derechos, garantías y prestaciones. "Irrónicamente", escribe Manuel Camacho Solís en *El futuro inmediato*, "el presidente Díaz Ordaz logró lo que nadie desde Cárdenas había conseguido: la unidad del movimiento obrero". Por esas fechas también salieron a la luz los problemas del río Colorado. En 1961 Estados Unidos llevó a cabo obras de drenaje

en el río Gila, afluente del Colorado, y la salinidad que se produjo arruinó una zona algodonera muy fértil en Baja California. Ya presidente, Luis Beltré se encargaba de arreglar el conflicto.

En su último informe de gobierno, Gustavo Díaz Ordaz se responsabilizó por completo de los hechos de 1968 y en concreto de la matanza de Tlatelolco. Una vez más adujo que la patria estaba en peligro y él había tenido que "salvarla". "Con los naturales, transitorios, desajustes", dijo, "a veces dolorosos y cruentos, hemos vivido una etapa más de nuestra historia, en plena paz social para que sean posibles las libertades y manteniendo las libertades para que el orden sea un bien y no un mal". A cambio de esos "dolorosos desajustes" que incluían los de la gramática, Díaz Ordaz se ufano de que, durante su mandato, el crecimiento del producto interno bruto (PIB) había sido del 46 por ciento.

En tanto, la situación en Petróleos Mexicanos era precaria. Aunque se extraían (428.8 millones de barriles de crudo y 665 mil millones de pies cúbicos de gas diarios), esto no bastaba y el gobierno tenía que importar para satisfacer las necesidades internas. Se trataba tan sólo de un botón de muestra de los problemas de México durante el cambio de década y de administración. Las condiciones no eran promisorias. Pablo González Casanova, en *México hoy*, dice que se había logrado la dinamización de los sectores productivos mediante la estatización de la industria eléctrica y petroquímica, el flujo del capital extranjero, el fomento al turismo y el control de los trabajadores, pero, ya había una estructura oligopólica debida a la mayor concentración del ingreso y de la propiedad de los medios de producción. La economía era absorbida por muy pocos y éstos obtenían superganancias mediante salarios siempre bajos e insuficientes. El sector agrícola había generado divisas, materias primas y mano de obra barata, pero la injusticia en el campo era dolorosa. Todo el beneficio había sido para unos cuantos particulares que extendían sus latifundios simulados. Por otra parte, la política proteccionista y la fiscal también habían favorecido a las empresas oligopólicas, que lograban mayor productividad mediante la tecnología más moderna, que no todos podían adquirir.

El consumo de las clases altas había crecido, naturalmente, así como la clase media, que fue absorbida por la empresa y la burocracia. Ricos y clase media eran feroces entusiastas de la mentalidad consumista, que se inyectaba en dosis demenciales al resto del pueblo a través de los medios de comunicación, especialmente la televisión. El consumismo desatado llevó a "la brutal distorsión del gasto familiar proletario", que permitía el paisaje de chozas y barracas miserables con su antena de televisión. Esto, a su vez, generaba más ganancias para las grandes empresas. Había una fuerte demanda de productos importados, pero, por el contrario, nunca se logró una mayor capacidad para exportar. Por tanto, el país siguió dependiendo de los préstamos del extranjero, y la deuda crecía, crecía, y llevaba hacia "un callejón sin salida", dice González Casanova.

El capital extranjero, incluido el "directo", seguía penetrando, lo cual

consolidaba el esquema transnacional de explotación y agravaba la dependencia de México hacia Estados Unidos. La industria se había diversificado y logró una ampliación del mercado pero las empresas nacionales tenían que hacer compras a los grandes monopolios, que así recogían ganancias por todas partes.

El régimen había descuidado sectores estratégicos, indispensables para un desarrollo sano del país: en el campo el rezago era dramático. Los energéticos también se hallaban sumamente descuidados. El gasto del estado acabó subordinándose a los planes de corto plazo de la iniciativa privada; además, apoyó de tal forma "la expansión acelerada del sistema financiero", sigue diciendo Pablo González Casanova, "que acabó haciéndose dependiente de él". Igualmente, el criterio de "estabilidad financiera a toda costa" vulneró al estado y robusteció a los financieros y a los grandes empresarios.

De tal manera, al iniciarse la década de los setenta, el sector privado no sólo era poderoso sino también consciente de su fuerza; observaba cuidadosa y críticamente las declaraciones "incompletas, vagas y aún contradictorias" del próximo presidente de la república, y tomaba nota. Cosío Villegas cuenta en *El estilo personal de gobernar* que un gran banco memorizó todo lo que decía Echeverría en su campaña; el banco a fin de cuentas se nepó a dar los resultados del trabajo; "el final fue un lienzo destibujado y confuso", concluye Cosío. No son de extramar, entonces, las reacciones que tuvieron los poderosos dueños del dinero ante el gobierno de Luis Echeverría, como tampoco lo es la crisis, que todo esto propició, a partir de 1971.

## CONCLUSIÓN

El esfuerzo en la realización de un trabajo como la presente antología, al ser concluido, pareciera insuficiente.

Siempre se desearía haber incluido algunas otras lecturas, o se piensa si a las ya seleccionadas cabría agregar algunos otros capítulos e incluso, si el aparato crítico será tan amplio y bien fundamentado como se requiere.

La realidad es que en la elaboración de cualquier trabajo de investigación histórica o de otra índole siempre surgirá la duda de si se hizo todo lo que se deseaba; en ocasiones, la amplitud de las fuentes se convierte en un obstáculo ya que la investigación deberá ser suficiente e importante sin ser exhaustiva. Es por eso que la regla más importante a seguir es que ésta sea selectiva.

Es indiscutible que siempre existirán personas que le resten la importancia que reviste el estudio de la historia; a ellos también está dirigido este trabajo. Es decir, no sólo a los estudiantes y maestros para quienes intento sea un auxiliar importante dentro del desarrollo de su materia; también a los indiferentes o a los detractores quiero invitarlos a la reflexión y a la lectura; también ellos son entes históricos, son sujetos de la historia, están haciendo historia con su vida, sus logros, sus fracasos, etc., y de eso intento tomen conciencia.

Pareciera ser un anhelo muy ambicioso el pretender que a través de esta antología, algunas personas sientan como una "necesidad" el estudiar historia, pero no son esas mis pretensiones. Lo que me dejaría muy satisfecha es que, después de concluir la lectura de la presente investigación, entiendan de una manera diferente o interpreten ante otra perspectiva los sucesos que han ido conformando la historia de nuestra nación. Creo que si cada maestro de historia se sintiera realmente comprometido con su materia, si verdaderamente estuviera convencido de la importancia que reviste el estudio de la historia, y si además, estuviera dispuesto a defender su postura con argumentos bien fundamentados, lo cual se logra a través del estudio y la dedicación, existiría mas respeto por la historia y más deseo de conocerla.

Durante el desarrollo de la presente investigación me encontré con que, si bien existen suficientes lecturas relacionadas con los temas del curso de Historia de México II en el bachillerato, en muy pocas se ilustra el ambiente de la época, punto que he querido resaltar en forma relevante; tal es el caso de la Primera Unidad: Panorama de la Época Colonial, en donde los textos disponibles, en algunos casos, contenían terminologías de difícil comprensión para el adolescente, o eran excesivamente descriptivas de los aspectos materiales o políticos, pero no ahondaban en el tema social, tan atractivo para el alumno y tan necesario para el conocimiento de las épocas de la Historia.

Una de las dificultades de la selección siempre será tomar en consideración a quién va dirigida la investigación. Por ello cuidé que en la antología los alumnos no encontraran demasiados obstáculos como un lenguaje rebuscado, lo que en ocasiones desanima al estudiante para continuar con la lectura.

Considero que los escritores mexicanos se han preocupado por recrear los temas históricos; para muchos novelistas éstos han sido fuente inagotable de inspiración para su producción. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado al seleccionar textos para los alumnos, en el sentido de aclararles que el escritor no se puede sustraer de las corrientes literarias de su época y de su propia realidad y personalidad. Siempre quedará de manifiesto en su producción estos factores; así, Altamirano no podrá evitar que el Romanticismo aflore en sus escritos, ni Jorge Ibargüengoitia que su inclinación al género satírico aparezca en su producción, o que José Agustín con su estilo "desenfadado", producto de la actitud social de los 70's lo caracterice.

Observé que en la Novela Histórica existe marcada tendencia hacia la descripción biográfica; de ello resulta el individualismo de los Personajes de la Historia -La Historia de Bronce-, que olvida en ocasiones que los movimientos históricos son producto de la participación social o colectiva.

En mi opinión, es muy necesaria la lectura de Novelas Históricas previamente seleccionadas, como apoyo didáctico, siempre que se procure revisar con los alumnos las diferencias entre obra literaria y obra historiográfica. El análisis de cada texto, ubicado en su contexto histórico correspondiente, permitirá al maestro contrastar realidad y ficción y orientar el conocimiento y la opinión de los alumnos.

La conveniencia de este tipo de lecturas radica en que el alumno puede acercarse a los acontecimientos históricos sin el revestimiento tradicional con el que suelen presentarse, sino dentro de un marco de cotidianidad y sencillez.

La presente antología es evidentemente un recurso didáctico útil que junto con otros como : las cintas de video, las películas, visitas a museos, mapas históricos, etc., facilitan la tarea docente del profesor y el aprendizaje del alumno.

Finalmente, considero que a través de la presente antología, la enseñanza de la historia en el bachillerato se puede enfocar desde una perspectiva diferente, inyectándole un aire de frescura, y convenciendo de que no es "sólo" el pasado por sí solo su contenido, sino éste en función del presente, la comprensión de ella será mucho mas accesible.

Por último, la antología no pretende ser un substituto del maestro, sino una herramienta. No se puede proporcionar el libro a un alumno y dejar que él desarrolle por sí solo los temas indicados.

Nada substituye la labor del profesor. No existe ni existirá máquina alguna que suplante la figura del maestro, del verdadero maestro, el que forma por su formación, el que está convencido y por ello convence, el que se respeta y por ello respeta tanto al alumno como a la institución en la que se desarrolla profesionalmente y sobre todo, el que causa orgullo de haber sido su alumno, por que está orgulloso de ser eso, un maestro.



## BIBLIOGRAFÍA

- AJOFRIN, Francisco de. Diario de Viaje a la Nueva España. Introducción, selección y notas de Heriberto Moreno, México, Cultura SEP, 1986, (Colección Cien de México)
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. Clemencia. México, Editorial Porrúa, .S.A., 1986, (Colección Sepan Cuantos, No. 62)
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. El Zarco. Episodios de la Vida Mexicana en 1861-1863. Prólogo de Francisco Sosa, México, Espasa-Calpe Mexicana, 1989. (Colección Austral No.108)
- AUB, Max. Guía de Narradores de la Revolución Mexicana. México, Fondo de Cultura Económica, Cultura SEP, 1985 (Lecturas Mexicanas No. 97)
- AZUELA, Arturo. Manifestación de Silencios. México, Editorial Joaquín Mortiz, 1979, (Colección Nueva Narrativa Hispánica)
- AZUELA, Arturo. Un Tal José Salomé. México, Editorial Joaquín Mortiz, 1975, (Colección Nueva Narrativa Hispánica)
- BAROJA, Pío. Zalacaín el Aventurero. México, Ediciones Ricardo Senabre, Espasa-Calpe, 1988, (Colección Austral, No.3)
- BENITEZ, Fernando. El Rey Viejo. México, Fondo de Cultura Económica, Cultura SEP. 1984 (Colección Lecturas Mexicanas, No. 53)
- BENITEZ, Fernando. Los Demonios en el Convento. Sexo y Religión en la Nueva España. México, Ediciones Era, 1992.

- BENITEZ, Fernando. El Agua Envenenada. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, (Colección Popular, No. 27)
- BERDIAEFF, Nicolás. El Sentido de la Historia. Barcelona, España, Editorial Araluce, 1993.
- BRADU, Fabienne. Antonieta. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- BRAUDEL, Fernand. La Historia y Las Ciencias Sociales. Madrid, España, Alianza Editorial, S.A., 1979.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Frances, Marquesa. La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Editorial Porrúa, S.A., 1990, (Colección Sepan Cuantos No. 74)
- CARR, E.H. ¿Que es la Historia?. México, Editorial Planeta/Seix Barral, S.A., 1987.
- CERVANTES de Salazar. México en 1554 y Tómulos Imperial. Edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman, México, Editorial Porrúa, S.A. 1982 (Colección Sepan Cuantos, No.25)
- CHESNEAUX, Jean. ¿Hacemos tabla rasa del pasado?. A propósito de la historia y de los historiadores. México, Siglo XXI Editores, S.A. de C.V., 1990.
- COCKROFT, James D. Precursores Intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913). Traducción de Ma. Eunice Barrales, México, Siglo XXI Editores, Cultura SEP, 1985, (Colección Cien de México)

DICCIONARIO Enciclopédico de México Ilustrado.  
Humberto Musacchio. 4 Volúmenes, México,  
Andrés León Editor, 1990.

DICCIONARIO Enciclopédico Universal. 12  
volúmenes, Barcelona, España, CREDSA,  
Ediciones y Publicaciones, 1972.

DICCIONARIO de Autores de todos los Tiempos y  
todos los Países. V Tomos, Barcelona,  
España, Hora, S.A.1987

DICCIONARIO Porrúa de Historia, Biografía y  
Geografía de México. 2 Volúmenes, 3a.  
Ed.México, Editorial Porrúa, S.A.1971.

ENCICLOPEDIA Gráfica del Estudiante. Consultor  
Didáctico por Materias. 14 Volúmenes,  
México, Promexa, 1986

ESQUIVEL, Laura. Como Agua Para Chocolate.  
Novela de entregas mensuales. México,  
Editorial Planeta, S.A., 1990 (Colección  
Fábula)

FERDINANDY, Miguel de. En torno al pensar  
Histórico. Puerto Rico, Universidad de  
Puerto Rico, Ediciones la Torre, 1961.

FREIRE, Paulo. La Educación como práctica de  
la Libertad. México, Siglo XXI Editores,  
S.A.,1976

FUENTES, Carlos. Constancia y otras novelas  
para vírgenes. México, Fondo de Cultura  
Económica, 1990.

GONZALBO, Pilar. La Educación de la Mujer en  
la Nueva España. Antología, México,  
Ediciones El Caballito, Cultura SEP, 1985,  
(Biblioteca Pedagógica)

- GONZÁLEZ Rivera, Guillermo y Carlos Alberto Torres. Sociología de la Educación. Corrientes contemporáneas. México, Centro de Estudios Educativos, A.C., 1981.
- GUZMÁN, Martín Luis. La Sombra del Caudillo. 6a. Ed. México, Compañía General de Ediciones, S.A., 1964, (Colección Ideas, Letras y Vida)
- GUZMÁN, Martín Luis. Mina el Mozo, Héroe de Navarra. Madrid, España, Espasa-Calpe, S.A., 1932 (Colección Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX, No. 23)
- HELLER, Agnes. Teoría de la Historia. México, Distribuciones Fontamara, S.A., 1986.
- HERODOTO. Los Nueve Libros de la Historia. Traducción y estudio preliminar por Ma. Rosa Lida de Nalkiel, México, Editorial Cumbre, 1978.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge. Los Pasos de López. México, Joaquín Mortiz Editores, 1990
- IBARGÜENGOITIA, Jorge. Instrucciones para vivir en México. México, Joaquín Mortiz Editores, 1990.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge. Viajes por la América Ignota. México, Joaquín Mortiz Editores, 1990.
- IBARGÜENGOITIA, Jorge. Maten al León. México, Joaquín Mortiz Editores, 1990, (Serie del Volador)

- ITURRIAGA de la Fuente, José. Anecdotario de Viajeros Extranjeros en México. Siglos XVI-XX. Presentación de Andrés Henestrosa, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- JIMENEZ Rueda, Julio. Novelas Coloniales. Prólogos de Victoriano Salado Alvarez y Antonio Caso, México, Ediciones Botas, 1989.
- JOSÉ Agustín. Tragicomedia Mexicana. La Vida en México de 1940 a 1970 y de 1970 a 1988, 2 Tomos, México, Editorial Planeta, S.A., 1992, (Colección Espejo de México)
- KOLONITZ, Paula, Condesa. Un Viaje a México en 1864. México, Fondo de Cultura Económica, Cultura SEP, 1984 (Colección Lecturas Mexicanas, No. 41)
- LANGLE Ramírez, Arturo. El Mausoleo de los Elegidos. México, SEP, INAH, Planeta, 1993.
- LEÑERO, Vicente. El Evangelio de Lucas Gavilán. México, Selx Barral, 1992, (Colección Nueva Narrativa Hispánica)
- LUKÁCS, Georg. La Novela Histórica. México, Ediciones Era, S.A., 1966.
- MISES, Ludwig Von. Teoría e Historia. Traducción de Jorge Gómez de Silva, México, Ediciones Colofón, S.A., 1964.
- MONROE, Berger. La Novela y las Ciencias Sociales. Mundos Reales e Imaginados. México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

- MONSIVAIS, Carlos. Días de Guardar. México, Biblioteca Era, 1986.
- MUÑOZ, Rafael F. Santa Anna, El Dictador Resplandeciente. México, Fondo de Cultura Económica, Cultura SEP, 1992 (Colección Lecturas Mexicanas, No. 33)
- MUÑOZ, Rafael F. Pancho Villa, Rayo y Azote. México, Populibros "La Prensa", división de Editora de Periódicos, S.C., 1955.
- PASO, Fernando del. Noticias del Imperio. México, Editorial Diana, S.A. de C.V., 1989.
- PEREYRA, Carlos, Luis Villoro, et al. Historia ¿Para qué?. 11a. Ed. México, Siglo XXI Editores, S.A. de C.V., 1989.
- PONIATOWSKA, Elena. La Noche de Tlatelolco. Testimonio de historia oral, México, Ediciones Era, 1981.
- REED, John. La Hija de la Revolución. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, (Colección Popular, No. 118)
- REYES, Alfonso. Obras Completas. Tomos VIII-IX-XXII-XXV. México. Fondo de Cultura Económica, (Colección Letras Mexicanas)
- RICHMOND, Douglas W. La Lucha Nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920. México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- RIVA Palacio, Vicente. Monja y Casada, Virgen y Mártir. 2 Tomos, Edición y Prólogo de Antonio de Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1988, (Colección de Escritores Mexicanos)

- SÁNCHEZ Quintanar, Andrea C. El Pensamiento Histórico de Alfonso Teja Zabre. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Tesis: Licenciatura en Historia, UNAM, 1966.
- SÁNCHEZ Quintanar, Andrea C. Reflexiones en Torno a una Teoría sobre la Enseñanza de la Historia. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Maestría en Tesis: Historia de México, UNAM, 1993.
- SCHETTINO Maimone, Ernesto. Teoría de la Historia. México, Manuales Preparatorianos, UNAM, 1990.
- SEMO, Enrique, et al. México un Pueblo en la Historia. 3a. Ed. 8 Tomos, México, Alianza Editorial, 1991
- SOUZA, Raymond D. La Historia de la Novela Hispanoamericana Moderna. Bogotá, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1988.
- TEJA Zabre, Alfonso. Morelos. 3a. Ed. México, Espasa-Calpe, S.A. 1956 (Colección Austral, No. 553)
- TORRES Septián, Valentina. Pensamiento Educativo de Jaime Torres Bodet. México, Ediciones El Caballito, 1985 (Cultura SEP)
- TURNER, John Kenneth. México Bárbaro. México, Editorial Epoca, S.A., 1990.
- URQUIZO, Francisco L. Tropa Vieja. México, Populibros "La Prensa", División de Editora de Periódicos, S.C.L., 1955
- URQUIZO, Francisco L. 3 de Diana. México, Industrias Gráficas Miranda, 1955.

VALLE-ARIZPE, Artemio de. La Güera Rodríguez.  
2da. Ed. México, Panorama Editorial, 1990.

VASCONCELOS, José. Ulises Criollo. 2 partes,  
México, Fondo de Cultura Económica, 1983,  
(Cultura SEP, Lecturas Mexicanas No. 11 y  
12)



# APENDICES

PROGRAMA DE HISTORIA DE MEXICO

( 5o. Año )

(26OP13)

OBJETIVOS DEL CURSO

Que el alumno:

- A) Distinga entre una sociedad de organización colonial y un país independiente.
- B) Detecte las vicisitudes económicas, políticas y sociales por las que pasó México en sus cuatro primeras décadas de país emancipado.
- C) Analice cómo Juárez y los caudillos del liberalismo consolidan la República, vencen a las clases privilegiadas y establecen los fundamentos del Estado y crean una sociedad civil.
- D) Interprete la actitud de México ante las agresiones internacionales de que fue víctima en los siglos XIX y XX.
- E) Discrimine lo positivo y negativo del régimen porfirista, señalando que muchos de los males de la época eran herencia del pasado.
- F) Identifique los rasgos positivos de la Revolución Mexicana; los aspectos en que tuvo originalidad y los logros políticos, sociales y económicos.
- G) Evalúe los progresos que ha logrado el país en su acontecer histórico y los problemas de la hora presente.

PRIMERA UNIDAD TEMÁTICA:

LA NUEVA ESPAÑA EN LAS POSTRIMERIAS DEL VIRREINATO

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

El alumno al término de la unidad:

- Caracterizará la organización política, social y económica de la Nueva España.
- Comparará la situación de la Nueva España con la de países independientes.
- Evaluará la realidad vivida en la Nueva España.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN: para el logro de los objetivos.	TÉCNICAS INSTRUCCIONALES que para realizar las actividades se sugieren:	RECURSOS DIDÁCTICOS que para facilitar el aprendizaje se sugieren:	EVALUACIÓN (Formas que permiten estimar el resultado del proceso E-A de manera constante).
Que, como resultado de las actividades realizadas, el alumno:				
1.1 Reconozca el papel que representaba la Nueva España en el panorama internacional.	1.1 Repasar este objetivo logrado en cursos anteriores.	1.1 Comentario abierto.	1.1 Gises de colores, pizarra, lápices, cuadernos para anotar conclusiones.	1.1 Conclusiones elaboradas.
1.2 Distinga el patronato regio del poder pontificio.	1.2 Investigar las atribuciones que el Pontificado concedió a los monarcas españoles en virtud del patronato regio.	1.2 Corrillos.	1.2 Libros de consulta para cada corrillo.	1.2 Resumen de la investigación realizada.
1.3 Describa la organización política de la Nueva España.	1.3 Explicar la organización política de la Nueva España.	1.3 Panel.	1.3 Libros de consulta para preparar el tema y formular preguntas.	1.3 Explicación realizada, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas.
1.4 Identifique los grupos raciales que estructuraron la sociedad novohispana.	1.4 Comparar los rasgos característicos de los grupos raciales de la Nueva España.	1.4 Dramatización.	1.4 Litografías, fotografías, transparencias, etc.	1.4 Cuadro comparativo elaborado.
1.5 Describa las condiciones económico-políticas de los grupos sociales.	1.5 Explicar las condiciones económica-políticas de los grupos sociales.	1.5 Acaurio.	1.5 Visitas al Museo de Historia (Castillo de Chapultepec).	1.5 Conclusiones obtenidas en el simposio.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
1.6 Analice las fuentes de producción y las fuerzas productivas de la Nueva España.	1.6 Describir los centros de producción minera, agrícola y ganadera.	1.6 Corrillos.	1.6 Libros de consulta y mapas.	1.6 Descripción acompañada de gráficas y mapas.
1.7 Enuncie los principales rasgos peculiares del comercio entre la Nueva España y su metrópoli.	1.7 Explicar los rasgos peculiares del comercio entre la Nueva España y su metrópoli.	1.7 Lluvia de ideas.	1.7 Tiras con enunciados para armar gráficas.	1.7 Gráficas elaboradas.
1.8 Explique el monopolio español del comercio marítimo de la Nueva España.	1.8 Describir el monopolio español del comercio marítimo de la Nueva España.	1.8 Phillips 6'6	1.8 Mapas.	1.8 Conclusiones obtenidas.
1.9 Describa el sistema impositivo de la Colonia.	1.9 Explicar el mecanismo del sistema impositivo de la Colonia.	1.9 Corrillo.	1.9 Catálogo de impuestos.	1.9 Cuadro descriptivo elaborado.
1.10 Infiera, de lo anterior la realidad imperante en la Nueva España.	1.10 Sumarizar todo lo relativo a la realidad imperante en la Nueva España.	1.10 Mesa redonda.	1.10 Esquemas-guías para sumarios.	1.10 Sumarios elaborados.
1.11 Retroalimente los aspectos revisados en esta Unidad de Aprendizaje.	1.11 Recolectar material adecuado para el periódico mural.	1.11 Comentario abierto.	1.11 Periódico mural.	1.11 Conclusiones críticas.

## SEGUNDA UNIDAD TEMÁTICA:

## LA NUEVA ESPAÑA EN LOS UMBRALES DE LA INDEPENDENCIA

## OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

## El alumno:

- Distinguirá el cambio político y social de España y sus dominios motivado por la dinastía borbónica.
- Describirá la influencia de los filósofos Montesquieu, Voltaire, Rousseau, en la mentalidad de los hombres de fines del siglo XVIII y comienzo del XIX.
- Analizará la lucha anglofrancesa por el predominio en Norteamérica y la expansión inicial de Estados Unidos.
- Evaluará la importancia de los derechos del hombre y del ciudadano.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
2.1 Enuncie las principales ideas políticas de los borbones en España.	2.1 Señalar las principales ideas políticas de los borbones en España.	2.1 Phillips 6.6	2.1 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	2.1 Cuadro sinóptico elaborado por los alumnos.
2.2 Interprete la transformación sufrida en España y sus colonias con el cambio de dinastía.	2.2 Investigar la situación de España a fines del siglo XVIII.	2.2 Corrillos para investigar y reja para depurar la investigación.	2.2 Libros de consulta y cuaderno de trabajo.	2.2 Sumario elaborado por los alumnos.
2.3 Analice la estructura política del absolutismo y las ideas propuestas por los filósofos franceses (Montesquieu, Voltaire, Rousseau).	2.3 Explicar los principios del absolutismo.	2.3 Panel rotativo.	2.3 Información recabada por los alumnos y cuaderno de trabajo.	2.3 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
2.4 Detecte la repercusión de las ideas de los filósofos de la ilustración (Rousseau, Montesquieu y Voltaire).	2.4 Comentar las ideas de los filósofos Rousseau, Montesquieu y Voltaire.	2.4 Comentario alterno (participación espontánea de los alumnos).	2.4 Fragmentos del "Contrato Social y el Espíritu de las Leyes".	2.4 Resumen del comentario elaborado por los alumnos.
2.5 Analice la repercusión de la expulsión de los jesuitas.	2.5 Explicar las actividades de los jesuitas en la Nueva España.	2.5 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	2.5 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	2.5 Sumario elaborado por los alumnos.
2.6 Describa cómo penetraron las ideas de la ilustración en Hispanoamérica.	2.6 Comentar cómo se difundían en México las obras europeas prohibidas por la Inquisición.	2.6 Comentario alterno.	2.6 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	2.6 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
Describe el conflicto anglo-francés.	2.7 Discutir el conflicto anglofrancés.	2.7 Debate dirigido por el profesor.	2.7 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	2.7 Resumen elaborado.
Explique la influencia de la independencia de las colonias inglesas en las colonias españolas.	2.8 Investigar las causas de la rebelión de las colonias inglesas.	2.8 Corrillos para investigar y reja para depurar.	2.8 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	2.8 Cuadro sinóptico elaborado por los alumnos.
9 Detecte cómo influyeron los principios de la Revolución Francesa en América.	2.9 Discuta los derechos del hombre y del ciudadano.	2.9 Debate dirigido por el profesor.	2.9 Carteles con los derechos del hombre y el ciudadano, grabadora y cuadernos de trabajo.	2.9 Conclusiones obtenidas por los alumnos durante la discusión dirigida.
10 Analice la participación de Francia y España en la independencia de las 13 colonias angloamericanas.	2.10 Explicar objetivamente la ayuda dada a los colonos rebeldes por parte de Francia y España.	2.10 Corrillos para que participen en la explicación.	2.10 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	2.10 Sumario elaborado por los alumnos.

TERCERA UNIDAD TEMÁTICA:

TENTATIVAS DE INDEPENDENCIA PACÍFICA

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

El alumno:

- Interpretará el concepto de la soberanía popular a principios del siglo XIX.
- Discriminará las causas internas y externas que propiciaron la guerra de independencia.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDÁCTICOS	EVALUACION
3.1 Detecte la reacción de la sociedad novohispana al enterarse de la invasión napoleónica a España.	3.1 Comentar las medidas tomadas por la sociedad y autoridades novohispanas al tenerse noticias de la invasión francesa a España.	3.1 Comentario abierto.	3.1 Información recabada por los alumnos.	3.1 Síntesis elaborado por los alumnos.
3.2 Detecte la actitud del Ayuntamiento de la ciudad de México.	3.2 Discutir la actitud del Ayuntamiento de la ciudad de México.	3.2 Debate dirigido por el profesor.	3.2 Información recabada por los alumnos y cuaderno de trabajo.	3.2 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
3.3 Detecte la actitud del virrey Iturrigaray ante los acontecimientos mencionados.	3.3 Discutir la actitud del virrey Iturrigaray.	3.3 Debate dirigido por el profesor.	3.3 Información recabada por los alumnos.	3.3 Conclusiones obtenidas por los alumnos.
3.4 Interprete la conducta de la audiencia ante los sucesos.	3.4 Explicar la conducta de la audiencia respecto de la postura política del Ayuntamiento.	3.4 Phillips 6.6	3.4 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	3.4 Resumen elaborado por los alumnos.
3.5 Infiera cómo se destituyó al virrey Iturrigaray.	3.5 Discuta la destitución del virrey Iturrigaray.	3.5 Interrogatorio dirigido por el profesor.	3.5 Preguntas preparadas por el profesor e información recabada por los alumnos.	3.5 Respuestas ofrecidas por los alumnos.
3.6 Interprete los motivos de los españoles peninsulares al imponer a Garibay como Virrey.	3.6 Explicar los motivos que animaron a los peninsulares para dar el poder a Garibay.	3.6 Phillips 6.6	3.6 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	3.6 Resumen elaborado por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
3.7 Reconozca la reacción del pueblo español durante la invasión francesa y la creación de las juntas de gobierno peninsular.	3.7 Expresar la reacción de los españoles, durante la invasión y las juntas de gobierno.	3.7 Corrillos para recabar datos.	3.7 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	3.7 Síntesis elaborada por los alumnos.
3.8 Interrelacione la actuación de las juntas de gobierno españolas, con la actuación de los virreyes Garibay, Lizana y Beaumont.	3.8 Relacionar las juntas de gobierno no españolas y la actuación de los virreyes Garibay, Lizana y Beaumont.	3.8 Corrillos para recabar datos.	3.8 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	3.8 Cuadro comparativo elaborada por los alumnos.
3.9 Describa el gobierno de la Audiencia.	3.9 Explicar el gobierno de la Audiencia.	3.9 Corrillos para recabar datos.	3.9 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	3.9 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.
3.10 Analice la carta dirigida por Abad y Queipo a las autoridades españolas proponiendo la independencia de Nueva España.	3.10 Explicar los puntos de vista de Abad y Queipo respecto de la condición social y económica de Nueva España y de los graves conflictos que podían suscitarse en caso de que el gobierno español no diese disposiciones generosas para la colonia.	3.10 Comentario abierto.	3.10 Información recabada por los alumnos.	3.10 Conclusiones elaboradas por los alumnos.



CUARTA UNIDAD TEMATICA:

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

ETAPAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA:  
PREPARACION, INICIACION, RESISTENCIA Y CONSUMACION.

El alumno:

- Distinguirá la obra social y política de Hidalgo.
- Analizará la preparación militar de Morelos, su obra política y social comparándola con las actividades de Hidalgo.
- Apreciará la epopeya de Mina en Nueva España.
- Reconocerá la preparación militar de Calleja y sus dotes políticos.
- Evaluará la resistencia aislada de los guerrilleros: Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
4.1 Detecte la entrega personal de Hidalgo hacia el mejoramiento social y económico de su feligresía.	4.1 Discutir la entrega personal de Hidalgo, para la obra de mejoramiento social del pueblo de Dolores.	4.1 Debate dirigido por el profesor.	4.1 Información recabada en la bibliografía por los alumnos, pizarra y gises.	4.1 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.2 Analice la obra social y política de Hidalgo.	4.2 Señalar los aspectos sobresalientes de la política de Hidalgo.	4.2 Comentario alterno.	4.2 Informaciones obtenidas por los alumnos, pizarra y gises de colores.	4.2 Síntesis conclusiva obtenida durante el comentario.
4.3 Explique la proyección de la organización del gobierno en Guadalajara y sus decretos.	4.3 Investigar la organización del gobierno en Guadalajara y los decretos.	4.3 Corrillos para recabar datos.	4.3 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.3 Sumario elaborado por los alumnos.
4.4 Analice el papel que desempeñó Ignacio López Rayón como heredero de esta primera etapa revolucionaria.	4.4 Analizar la actuación de la Junta gubernativa.	4.4 Comentario abierto.	4.4 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.4 Resumen elaborado por los alumnos.
4.5 Analice la obra de Morelos, su idea sobre la independencia, sus concepciones sociales y políticas.	4.5 Describir los principales lineamientos, las actividades militares de Morelos.	4.5 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	4.5 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.5 Sumario elaborado por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
4.6 Detecte la importancia de la obra política, económica, social y militar de Morelos.	4.6 Comparar la obra política, social y militar de Morelos con la de sus antecesores.	4.6 Mesa redonda moderada por el profesor.	4.6 Grabadora "Con los sentimientos de la nación", decretos de Hidalgo, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.6 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.7 Fundamente la preocupación de Morelos por dar vida legal al movimiento insurgente.	4.7 Analizar el contenido del Decreto para la libertad de la América mexicana conocido con el nombre de Constitución de Apatzíngón.	4.7 Lectura comentada de la Constitución.	4.7 Cartel con los puntos básicos del Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana.	4.7 Síntesis de los comentarios elaborada por los alumnos.
4.8 Detecte la importancia que tuvo Mina para el movimiento insurgente.	4.8 Discutir la importancia de Mina para el movimiento insurgente.	4.8 Debate dirigido por el profesor.	4.8 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	4.8 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.9 Distinga la diferencia fundamental entre el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba.	4.9 Comparar el Plan de Iguala con el Tratado de Córdoba.	4.9 Lectura comentada en corrillos.	4.9 Puntos básicos del Plan de Iguala y Tratado de Córdoba.	4.9 Cuadro comparativo elaborado por los alumnos.
4.10 Detecte la importancia de las guerrillas como núcleo de resistencia.	4.10 Discutir la participación de Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.	4.10 Mesa redonda moderada por el alumno designado por el grupo.	4.10 Informaciones recabadas por los alumnos, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.10 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.11 Analice de qué manera la Independencia se realizó por medio de un movimiento contrarrevolucionario.	4.11 Señalar la habilidad de Iturbide para lograr la sumisión de los caudillos insurgentes y su aceptación del Plan de Iguala.	4.11 Comentario al tema.	4.11 Información obtenida por el alumno.	4.11 Síntesis conclusiva obtenida durante el comentario.

CUARTA UNIDAD TEMÁTICA:

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

ETAPAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA:  
PREPARACION, INICIACION, RESISTENCIA Y CONSUMACION.

El alumno:

- Distinguirá la obra social y política de Hidalgo.
- Analizará la preparación militar de Morelos, su obra política y social comparándola con las actividades de Hidalgo.
- Apreciará la epopeya de Mina en Nueva España.
- Reconocerá la preparación militar de Calleja y sus dotes políticas.
- Evaluará la resistencia aislada de los guerrilleros: Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
4.1 Detecte la entrega personal de Hidalgo hacia el mejoramiento social y económico de su feligresía.	4.1 Discutir la entrega personal de Hidalgo, para la obra de mejoramiento social del pueblo de Dolores.	4.1 Debate dirigido por el profesor.	4.1 Información recabada en la bibliografía por los alumnos, pizarra y gises.	4.1 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.2 Analice la obra social y política de Hidalgo.	4.2 Señalar los aspectos sobresalientes de la política de Hidalgo.	4.2 Comentario alterno.	4.2 Informaciones obtenidas por los alumnos, pizarra y gises de colores.	4.2 Síntesis conclusiva obtenida durante el comentario.
4.3 Explique la proyección de la organización del gobierno en Guadalajara y sus decretos.	4.3 Investigar la organización del gobierno en Guadalajara y los decretos.	4.3 Corrillos para recabar datos.	4.3 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.3 Sumario elaborado por los alumnos.
4.4 Analice el papel que desempeñó Ignacio López Rayón como heredero de esta primera etapa revolucionaria.	4.4 Analizar la actuación de la junta gubernativa.	4.4 Comentario abierto.	4.4 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.4 Resumen elaborado por los alumnos.
4.5 Analice la obra de Morelos, su idea sobre la Independencia, sus concepciones sociales y políticas.	4.5 Describir los principales lineamientos, las actividades militares de Morelos.	4.5 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	4.5 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.5 Sumario elaborado por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
4.6 Detecte la importancia de la obra política, económica, social y militar de Morelos.	4.6 Comparar la obra política, social y militar de Morelos con la de sus antecesores.	4.6 Mesa redonda moderada por el profesor.	4.6 Grabadora "Con los sentimientos de la nación", decretos de Hidalgo, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.6 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.7 Fundamente la preocupación de Morelos por dar vida legal al movimiento insurgente.	4.7 Analizar el contenido del Decreto para la libertad de la América mexicana conocido con el nombre de Constitución de Apatzíngón.	4.7 Lectura comentada de la Constitución.	4.7 Cartel con los puntos básicos del Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana.	4.7 Síntesis de los comentarios elaborada por los alumnos.
4.8 Detecte la importancia que tuvo Mina para el movimiento insurgente.	4.8 Discutir la importancia de Mina para el movimiento insurgente.	4.8 Debate dirigido por el profesor.	4.8 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	4.8 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.9 Distinga la diferencia fundamental entre el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba.	4.9 Comparar el Plan de Iguala con el Tratado de Córdoba.	4.9 Lectura comentada en corrillos.	4.9 Puntos básicos del Plan de Iguala y Tratado de Córdoba.	4.9 Cuadro comparativo elaborado por los alumnos.
4.10 Detecte la importancia de las guerrillas como núcleos de resistencia.	4.10 Discutir la participación de Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.	4.10 Mesa redonda moderada por el alumno designado por el grupo.	4.10 Informaciones recabadas por los alumnos, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	4.10 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
4.11 Analice de qué manera la independencia se realizó por medio de un movimiento contrarrevolucionario.	4.11 Señalar la habilidad de Iturbide para lograr la sumisión de los caudillos insurgentes y su aceptación del Plan de Iguala.	4.11 Comentario alterno.	4.11 Información obtenida por el alumno.	4.11 Síntesis conclusiva obtenida durante el comentario.

QUINTA UNIDAD TEMÁTICA:

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

FACCIONES POLÍTICAS QUE DOMINABAN AL PAÍS. EL IMPERIO DE AGUSTÍN I. ALBORES DE LA REPÚBLICA, AMENAZAS DEL EXTERIOR Y LAS INVASIONES ARMADAS.

El alumno:

- Detectará la realidad mexicana y la carencia de clases directoras.
- Señalará a facciones que se disputaban el poder y la lucha por establecer un régimen político estable.
- Reconocerá la situación económica y social en que vivía el país y su imposibilidad para cumplir los compromisos internacionales.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
5.1 Infiera por qué el Rey de España desconoce el Tratado de Córdoba.	5.1 Examinar el contenido del Tratado de Córdoba.	5.1 Comentario abierto.	5.1 Tratado de Córdoba, cuadernos de trabajo, pizarrón y gises.	5.1 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
5.2 Analice la maniobra de Iturbide y sus adeptos para proclamarse emperador y el fracaso del imperio.	5.2 Explicar la actitud de Iturbide y sus partidarios.	5.2 Panel rotativo.	5.2 Información recabada por los alumnos, cuadernos de trabajo.	5.2 Explicación realizada, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas por los alumnos.
5.3 Identifique el triunvirato y el Congreso Constituyente de 1824.	5.3 Señalar los trabajos del Congreso y los aspectos característicos de la Constitución de 1824.	5.3 Carrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	5.3 Libros de consulta para cada carrillo y cuadernos de trabajo.	5.3 Sumario elaborado por los alumnos.
5.4 Distinga los rasgos sobresalientes del gobierno del presidente Victoria y de Lucas Alamán como Ministro de Relaciones.	5.4 Enunciar las condiciones políticas del país y las iniciativas de Lucas Alamán.	5.4 Comentario abierto.	5.4 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	5.4 Resumen elaborado por los alumnos durante el comentario.
5.5 Analice la actuación de las logias Masónicas como partidos políticos, las tentativas de Unidad Continental y la doctrina Monroe.	5.5 Explicar la actuación política de las logias Masónicas y el alcance de la doctrina Monroe.	5.5 Carrillos para investigar datos y reja para depurarlos.	5.5 Libros de consulta para cada carrillo y cuadernos de trabajo.	5.5 Sumario elaborado por el grupo.
5.6 Discrimine la actuación de los caudillos Vicente Guerrero, Lorenzo Zavala, Nicolás Bravo, Lucas Alamán y Dr. Mora (Resurgimiento).	5.6 Explicar de qué manera los caudillos civiles intentaron convertirse en brazo ejecutante de sus ideas a los jefes militares.	5.6 Panel rotativo.	5.6 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	5.6 Cuadro comparativo, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
5.7 Analice las Leyes de Reforma de 1833 y la actitud del presidente Santa Anna respecto al movimiento reformista.	5.7 Explicar las tentativas de Reforma de Valentín Gómez Farías.	5.7 Comentario alterno.	5.7 Leyes de Reforma de 1833, información recabada y cuadernos de trabajo.	5.7 Sumario elaborado durante el comentario y conclusiones críticas.
5.8 Describa la contrarrevolución de Santa Anna, la destrucción del pacto federal y sus consecuencias.	5.8 Explicar "Los Siete Leyes Constitucionales" y el cambio de gobierno.	5.8 Comentario abierto.	5.8 "Los Siete Leyes Constitucionales" y cuadernos de trabajo.	5.8 Resumen elaborado por el grupo durante el comentario.
5.9 Detecte las condiciones políticas, sociales y económicas en que se encontraba México al estallar el conflicto texano.	5.9 Discutir las condiciones económicas, políticas y sociales de México en 1836.	5.9 Debate dirigido por el profesor.	5.9 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	5.9 Conclusiones obtenidas por los alumnos durante la discusión.
5.10 Describa el aspecto militar de la guerra de Texas y comente el tratado de Velasco.	5.10 Señalar la desigualdad de los ejércitos contendientes.	5.10 Phillips 6.6	5.10 Mapas, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	5.10 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.
5.11 Analice la actuación de Bustamante durante su segunda administración y el primer conflicto con Francia.	5.11 Señalar las causas que motivaron el primer conflicto armado con Francia.	5.11 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	5.11 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	5.11 Sumario elaborado por los alumnos.
5.12 Caracterice la presidencia de Herrera, la incorporación de Texas a E.E. U.U., las rebeliones armadas y el retorno de Santa Anna.	5.12 Describir la situación económica del país durante la presidencia de Herrera, la incorporación de Texas a E.E. U.U. y el retorno de Santa Anna.	5.12 Mesa redonda moderada por el profesor para discutir la información previamente recabada.	5.12 Información recabada por los alumnos, libros de consulta, cuadernos de trabajo, grabadora y mapa.	5.12 Conclusiones elaboradas por los alumnos durante la discusión.
5.13 Detecte las miras de expansión de los E.E. U.U. y sus intereses con respecto a México al estallar el conflicto armado.	5.13 Explicar la política norteamericana de expansionismo en el territorio mexicano.	5.13 Lluvia de ideas.	5.13 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	5.13 Sumario elaborado por los alumnos.
5.14 Analice los aspectos militares de la lucha.	5.14 Discutir la actividad del ejército mexicano en el conflicto y el contenido de los tratados de Guadalupe.	5.14 Debate dirigido por el profesor.	5.14 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	5.14 Conclusiones obtenidas por los alumnos durante la discusión.

SEXTA UNIDAD TEMÁTICA:

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

GOBIERNOS MODERADOS DE HERRERA Y ARISTA, ÚLTIMA ADMINISTRACIÓN DE SANTA ANNA, REVOLUCIÓN DE AYUTLA Y GUERRA DE REFORMA.

El alumno:

- Detectará los acontecimientos que precedieron la segunda tentativa reformista.
- Analizará la dictadura. La última Administración de Santa Anna.
- Evaluará una revolución con bandera de lucha y el triunfo de las ideas liberales.
- Identificará la ley Juárez como piedra angular de la reforma.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TÉCNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDÁCTICOS	EVALUACIÓN
6.1 Analice la posición ideológica de Alamán y Ocampo en los días que preceden la Revolución de Ayutla; la transmisión pacífica del poder presidencial, la caída de Arista y retorno de Santa Anna.	6.1 Investigar la ideología de los liberales mexicanos y la de los conservadores.	6.1 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	6.1 Libros de consulta para cada corrillo y cuadernos de trabajo.	6.1 Resumen de la investigación realizada por los alumnos.
6.2 Describir la carta de Alamán a Santa Anna donde precisa el ideario de los conservadores. Juicio general sobre la última administración de Santa Anna.	6.2 Comentar los puntos más sobresalientes de la carta de Alamán y analizar la última administración de Santa Anna.	6.2 Comentario abierto.	6.2 Libro de consulta y cuadernos de trabajo.	6.2 Sumario crítico elaborado por los alumnos durante el comentario.
6.3 Detecte la unificación de los jefes liberales que llevaron al triunfo la Revolución de Ayutla.	6.3 Discutir las actividades de los liberales para lograr derrocar a Santa Anna, teniendo como bandera el Plan de Ayutla.	6.3 Mesa redonda moderada por el profesor.	6.3 Esquema de informaciones recabadas por los alumnos, cuadernos de trabajo y grabadora.	6.3 Conclusiones obtenidas por los alumnos.
6.4 Comente la presidencia interina de Juan Álvarez y el ascenso al poder presidencial de Ignacio Comanfort.	6.4 Explicar las condiciones económicas, políticas y sociales durante el gobierno de Álvarez y después de Comanfort.	6.4 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	6.4 Informaciones recabadas por los alumnos, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	6.4 Cuadro sinóptico elaborado por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
6.5 Describa las directrices económicas, políticas y sociales de la Constitución de 1857.	6.5 Explicar los postulados básicos de la Constitución de 1857.	6.5 Comentario abierto.	6.5 Periódico mural, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	6.5 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.
6.6 Detecte la oposición de los conservadores a la obra reformista.	6.6 Sumarizar toda lo relacionado con la obra reformista.	6.6 Mesa redonda (moderada por un alumno designado por el grupo).	6.6 Esquemas-guías para sumarios, informaciones recabadas por los alumnos, cuadernos de trabajo y grabadora.	6.6 Conclusiones sumarias obtenidas por el grupo.
6.7 Analice la guerra de Tres Años y las condiciones de los ejércitos liberal y conservador.	6.7 Describir los principales hechos de armas de la guerra de Reforma.	6.7 Carrillos para recabar datos y rejilla para depurarlos.	6.7 Libros de consulta, mapas y cuadernos de trabajo.	6.7 Cuadros descriptivos acompañados de mapas, elaborados por los alumnos.
6.8 Comente las leyes de Reforma y su expedición.	6.8 Analizar el contenido económico-político y social de la legislación reformista y la con-traversia que despertó en la sociedad de aquella época.	6.8 Panel rotativo.	6.8 Libros de consulta para preparar el tema y formular preguntas.	6.8 Explicación realizada, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas.
6.9 Discrimine entre los principios reformistas de 1833-1834 y las leyes de Reforma de 1854-1861.	6.9 Comparar las disposiciones Reformistas de 1833-1834 de Gómez Farfás con las de 1854-1861.	6.9 Comentario abierto.	6.9 Periódico mural, informaciones recabadas, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	6.9 Cuadro comparativo elaborado por los alumnos.
6.10 Comente las condiciones en que fueron suscritos los tratados de Mac-Lane-Ocampo y Mon-Almonte.	6.10 Enunciar los puntos básicos de los tratados Mac-Lane-Ocampo y el Mon-Almonte.	6.10 Carrillos para recabar datos y rejilla para depurarlos.	6.10 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	6.10 Resumen y conclusiones críticas elaboradas por los alumnos.
6.11 Detecte el triunfo del liberalismo y la trascendencia de la Reforma.	6.11 Discutir la trascendencia del triunfo liberal.	6.11 Mesa redonda moderada por un alumno designado por el grupo.	6.11 Esquema, informaciones recabadas, libros de consulta, cuadernos de trabajo y grabadora.	6.11 Sumario conclusivo elaborado por el grupo.



## SEPTIMA UNIDAD TEMATICA:

## SEGUNDA INTERVENCION FRANCESA, ENSAYO DE IMPERIO Y CONSOLIDACION DE LA REPUBLICA.

## OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

El alumno:

- Detectará que un pueblo oprimido y heroico es capaz de resistir en condiciones adversas y desiguales.
- Analizará el papel de Juárez como abanderado de la resistencia nacional y el de los elementos leales con que contó Maximiliano.
- Evaluará los esfuerzos de los presidentes Juárez y Lerdo por cimentar la paz.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
7.1 Analice los acontecimientos económicos, políticos y sociales de 1861.	7.1 Explicar las causas por las que el presidente Juárez decretó la suspensión del pago de la deuda a España, Francia e Inglaterra.	7.1 Comentario abierto.	7.1 Informaciones recabadas por los alumnos y cuadernos de trabajo.	7.1 Sumario elaborado por los alumnos.
7.2 Describa a Juárez como caudillo de una minoría selecta.	7.2 Investigar la trayectoria política de Juárez y sus compañeros Melchor Ocampo, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Santos Degollado, Guillermo Prieto, Miguel Lerdo de Tejada.	7.2 Corrillos para recabar datos y raja para depurarlos.	7.2 Libros de consulta para cada corrillo y cuadernos de trabajo.	7.2 Resumen de la investigación realizada.
7.3 Detecte la actitud diplomática del gobierno de Juárez, para destruir la unión tripartita.	7.3 Discutir la actitud de Manuel Doblado ante los representantes de Inglaterra, España y Francia, así como su habilidad para que se firmasen los tratados de la Soledad.	7.3 Dramatización.	7.3 Litografías, fotografías, transparencias, informaciones recabadas y guión para la dramatización redactados por los alumnos.	7.3 Guión para la dramatización redactado por los alumnos.
7.4 Analice las cualidades de Maximiliano como hombre de estado y sus relaciones con Bazaine.	7.4 Explicar la personalidad política y la ideología de Maximiliano, así como sus relaciones con los conservadores, la actitud asumida ante Napoleón y el mariscal Bazaine.	7.4 Corrillos para recabar datos y raja para depurarlos.	7.4 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	7.4 Sumario elaborado por los alumnos.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
7.5 Identifique las actividades administrativas de Maximiliano.	7.5 Sumarizar lo relativo al gobierno de Maximiliano: legislación, hacienda pública, educación y cuestiones sociales.	7.5 Mesa redonda moderada por el profesor.	7.5 Esquemas, informaciones recabadas por los alumnos, cuadernos de trabajo y grabadora.	7.5 Conclusiones sumarias elaboradas por los alumnos.
7.6 Infiera la personalidad de Juárez como símbolo de la resistencia nacional.	7.6 Analizar la presencia de Juárez frente a los reveses militares y económicos durante la intervención.	7.6 Corrillos para recabar datos.	7.6 Libros de consulta, mapas y cuadernos de trabajo.	7.6 Cuadro descriptivo acompañado de mapas elaborado por los alumnos.
7.7 Defina la actitud del gobierno de Lincoln, con respecto a la intervención francesa en México.	7.7 Comentar la situación del pueblo norteamericano y la conducta de Lincoln y del secretario de Estado Mr. Seward respecto a la causa de México.	7.7 Comentario abierto.	7.7 Informaciones recabadas por los alumnos y cuadernos de trabajo.	7.7 Conclusiones críticas, obtenidas por los alumnos durante el comentario.
7.8 Distinga las causas por las cuales no se consolidó el imperio.	7.8 Enunciar las causas políticas, económicas y sociales que llevaron al fracaso al Imperio de Maximiliano.	7.8 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	7.8 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	7.8 Cuadro sinóptico elaborado por los alumnos.
7.9 Infiera el prestigio del presidente Juárez al triunfo de la República y las relaciones con los Estados Unidos.	7.9 Explicar el prestigio internacional del presidente Juárez al triunfo de la República.	7.9 Phillips 6.6	7.9 Cuaderno de trabajo.	7.9 Conclusiones obtenidas.
7.10 Caracterice la actitud de Juárez ante las libertades públicas.	7.10 Sumarizar la labor legislativa de Juárez durante el período de la República triunfante. Analizar las actividades de su gobierno en el campo de la educación, las finanzas y su esfuerzo por aumentar la paz y el orden.	7.10 Mesa redonda moderada por el profesor.	7.10 Esquema, informaciones recabadas por los alumnos, cuadernos de trabajo y grabadora.	7.10 Conclusiones obtenidas por el grupo.
7.11 Identifique la reelección presidencial como causa de inconformidad política.	7.11 Comentar el descontento que produjo la reelección de Juárez para el período de 1871-1875 y que provocó la revolución de la Noria.	7.11 Panel rotativo.	7.11 Informaciones recabadas por los alumnos para preparar el tema y las preguntas.	7.11 Explicación realizada, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas.
7.12 Analice la personalidad política de Don Sebastián Lerdo de Tejada.	7.12 Explicar la administración del presidente Sebastián Lerdo de Tejada.	7.12 Comentario abierto.	7.12 Pizarón, gises, cuaderno de trabajo, para aumentar conclusiones.	7.12 Conclusiones, críticas obtenidas por los alumnos durante el comentario.

OCTAVA UNIDAD TEMÁTICA:

EL PORFIRISMO.

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

El alumno:

- Caracterizará el triunfo de la revuelta de Tuxtepec.
- Discriminará aspectos positivos y negativos del régimen porfirista.
- Analizará por qué Don Porfirio en su larga dominación no pudo sanear el ambiente político y social, ni extirpar los vicios de administraciones anteriores.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
8.1 Analice las condiciones económicas, políticas y sociales en el momento de ocupar la presidencia el general Díaz.	8.1 Investigar la política ferrocarrilera de Juárez y Lerdo, así como el inicio de industrialismo y el interés de las potencias extranjeras por ejercer una influencia económica en México.	8.1 Cortillos para recabar datos y reja para depurarlos.	8.1 Libros de consulta para cada cortillo y cuadernos de trabajo.	8.1 Resumen de la investigación realizada.
8.2 Describa la actividad diplomática de Ignacio Luis Vallarta.	8.2 Señalar el esfuerzo de Ignacio L. Vallarta por fomentar las relaciones diplomáticas con los países del mundo.	8.2 Phillips 6.6	8.2 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	8.2 Cuadro descriptivo elaborada por los alumnos.
8.3 Analice el problema agrario en el régimen porfirista.	8.3 Enunciar cómo estaba distribuida la tierra.	8.3 Lluvia de ideas.	8.3 Mapas, informaciones recabadas por los alumnos y cuadernos de trabajo.	8.3 Conclusiones elaboradas por el grupo.
8.4 Caracterice el gobierno de Manuel González.	8.4 Describir la política de la deuda exterior y el problema monetario.	8.4 Panel rotativo.	8.4 Informaciones recabadas en libros y periódicos de la época por los alumnos y cuadernos de trabajo.	8.4 Conclusiones críticas, preguntas y respuestas formuladas por los alumnos.
8.5 Sumarize la política de Díaz para su reelección indefinida.	8.5 Discutir los procedimientos políticos del general Díaz para eliminar a sus adversarios.	8.5 Mesa redonda moderada por el profesor.	8.5 Esquema, guía, sumarios, informaciones recabadas, libros de consulta, cuadernos de trabajo y grabadora.	8.5 Sumarios elaborados.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
8.6 Distinga qué fines persigue la Unión Liberal.	8.6 Comentar la táctica de Díaz al ocultar a sus más íntimos colaboradores sus designios políticos.	8.6 Comentario abierto.	8.6 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	8.6 Conclusiones obtenidas durante el comentario.
8.7 Analice el papel de los llamados "científicos" en el marco político del porfirismo.	8.7 Investigar la labor y la influencia de los "científicos" ejercida por el porfirismo.	8.7 Corrillos para recabar datos y relea para depurarlos.	8.7 Libros de consulta para cada corrillo y cuadernos de trabajo.	8.7 Resumen de las investigaciones.
8.8 Detecte los males que en lo político causó a México la dictadura de Porfirio Díaz.	8.8 Sumarizar las condiciones socio-económicas en el medio urbano y rural.	8.8 Mesa redonda moderada por un alumno seleccionado por el grupo.	8.8 Esquemas, sumarios, informaciones recabadas por los alumnos, libros de consulta, cuadernos de trabajo y grabadora.	8.8 Conclusiones, sumarios elaborados por el grupo.
8.9 Infiera la reanudación de relaciones diplomáticas con los países europeos.	8.9 Sumarizar todo lo relativo a las relaciones diplomáticas de México con los países europeos.	8.9 Mesa redonda moderada por un alumno seleccionado por el grupo.	8.9 Esquemas, guías, sumarios, informaciones recabadas, libros de consulta, cuadernos de trabajo y grabadora.	8.9 Conclusiones, sumarios y críticas elaboradas por el grupo.
8.10 Analice las vicisitudes de la Hacienda Pública y la penetración del capital extranjero durante el gobierno de Díaz.	8.10 Explicar la política hacendaria de Limantour y el predominio del capital extranjero.	8.10 Panel rotativo.	8.10 Libros de consulta para preparar el tema y cuadernos de trabajo.	8.10 Explicación realizada, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas por los alumnos y conclusiones.
8.11 Describa la actividad cultural: la imitación de lo extranjero, arquitectura, letras, Justo Sierra como educador, fundación de la Universidad y creación del Ateneo de la Juventud.	8.11 Explicar la influencia de la cultura francesa en México, la reorganización de la Universidad y la fundación del Ateneo de la Juventud.	8.11 Panel.	8.11 Libros de consulta para preparar el tema.	8.11 Preguntas elaboradas y respuestas ofrecidas y conclusiones.

NOVENA UNIDAD TEMÁTICA:

LA REVOLUCION DE 1910 Y LA CREACION DEL ESTADO MEXICANO MODERNO.

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

El alumno:

- Detectará la incapacidad del General Díaz para comprender las necesidades sociales y los propósitos que inspiraron a Madero.
- Comparará el pensamiento de Madero con el de Flores Magón.
- Evaluará la Obra de Madero como presidente de México y su preocupación por resolver los problemas sociales y económicos de México.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
9.1 Analice la sexta reelección de Porfirio Díaz, el discurso de Francisco Bulnes en favor de ella y la entrevista de Díaz-Greelman.	9.1 Investigar las condiciones en que se lleva a cabo la sexta reelección de Díaz y la reacción del pueblo y los puntos de la entrevista Díaz-Greelman.	9.1 Panel rotativo.	9.1 Informaciones recabadas por los alumnos de libros de consulta y periódicos de la época.	9.1 Resumen de la investigación, conclusiones, preguntas y respuestas formuladas por los alumnos.
9.2 Describa las actividades del Círculo liberal Panciano Arriaga y las de Ricardo Flores Magón.	9.2 Explicar la formación del círculo liberal y adscribimiento a las clases trabajadoras por Flores Magón.	9.2 Corrillos para recabar datos y rejilla para depurarlos.	9.2 Libros de consulta para cada corrillo y cuadernos de trabajo.	9.2 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.
9.3 Caracterice las inquietudes políticas en 1910.	9.3 Explicar la ideología y ambiciones políticas del partido.	9.3 Comentario abierto.	9.3 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	9.3 Sumario crítico elaborado por los alumnos.
9.4 Comente las primeras actividades políticas de Madero, Aquiles Serdán y el inicio de la lucha armada.	9.4 Investigar el antirreeleccionismo del libro "La Sucesión Presidencial", el Plan de San Luis y la prisión de Madero y su exilio.	9.4 Comentario abierto.	9.4 Información recabada por los alumnos, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	9.4 Resumen de la investigación realizada.
9.5 Detecte las condiciones del ejército porfirista al iniciarse la Revolución.	9.5 Discutir las condiciones del ejército.	9.5 Debate dirigido por un alumno seleccionado por el grupo.	9.5 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	9.5 Sumario elaborado por los alumnos.
9.6 Infiera la presencia de Villa, Orozco en el norte y de Zapata en el sur.	9.6 Sumarizar las actividades guerrilleras de Villa, Orozco y Zapata.	9.6 Mesa redonda moderada por el profesor.	9.6 Esquemas, guías, sumarios, informaciones recabadas, libros de consulta, grabadora y cuadernos de trabajo.	9.6 Conclusiones sumarios elaboradas por el grupo.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
9.7 Analizar las elecciones presidenciales de 1911.	9.7 Discutir la mecánica electoral.	9.7 Mesa redonda moderada por el profesor.	9.7 Información recabada por los alumnos, libros de consulta, grabadora y cuadernos de trabajo.	9.7 Conclusiones obtenidas por el grupo.
9.8 Detecte los propósitos políticos de Madero como presidente.	9.8 Analizar la administración de Madero.	9.8 Lluvia de ideas.	9.8 Información recabada por los alumnos.	9.8 Resumen de la investigación realizada y conclusiones obtenidas por el grupo.
9.9 Describa las rebeliones militares de Pascual Orozco, Emiliano Zapata y Félix Díaz.	9.9 Explicar los motivos de descontento que llevaron a la rebelión a Pascual Orozco, Emiliano Zapata y Félix Díaz.	9.9 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	9.9 Informaciones recabadas por los alumnos, libros de consulta para cada corrillo y cuadernos de trabajo.	9.9 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.
9.10 Infiera los errores militares de Madero, la Decena Trágica y los sacrificios de Madero y Pino Suárez.	9.10 Explicar la incertidumbre de Madero de continuar con el ejército que lo llevó al triunfo a reconocer al partido porfirista. La Decena Trágica y sacrificios de Madero y Pino Suárez.	9.10 Comentario abierto.	9.10 Cuadros, sumarios y conclusiones elaboradas por los alumnos; informaciones recabadas por los alumnos, libros de consulta y cuadernos de trabajo.	9.10 Conclusiones críticas elaboradas por el grupo.

DECIMA UNIDAD TEMÁTICA:

LA LUCHA ARMADA DE 1910 Y LOS INTENTOS DE REESTRUCTURAR EL NUEVO ESTADO MEXICANO.

OBJETIVOS CENTRALES DE LA UNIDAD:

El alumno:

- Describirá la lucha militar contra Huerta hasta el triunfo de la Revolución.
- Caracterizará a Carranza como jefe del movimiento constitucionalista.
- Distinguirá la lucha ideológica, propósitos de reforma social y las instituciones que fueron surgiendo.
- Analizará el proceso formativo de México, desde 1917 hasta la fecha.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACIÓN
10.1 Analice a Huerta como usurpador del poder y su incapacidad para establecer un gobierno sólido.	10.1 Explicar la actitud de los intelectuales que colaboraron con Huerta y la oposición de Belisario Domínguez.	10.1 Panel rotativo.	10.1 Obras de consulta, informaciones recabadas por los alumnos y cuadernos de trabajo.	10.1 Conclusiones derivadas por los alumnos del panel.
10.2 Caracterice a Carranza como coordinador de la Revolución.	10.2 Describir la caída de Huerta y la escisión de los caudillos.	10.2 Corrillos para recabar datos y reja para depurarlos.	10.2 Libros de consulta para cada corrillo y cuadernos de trabajo.	10.2 Cuadro descriptivo elaborado por los alumnos.
10.3 Discrimine el Plan de Ayala, el perfil mexicano de la Revolución Agraria y los puntos de vista del presidente Wilson sobre la cuestión rural.	10.3 Inferir las ideas de Zapata y la realidad agraria sobre el problema agrario.	10.3 Mesa redonda moderada por el profesor.	10.3 Grabación de los puntos del "Plan de Ayala", libros de consulta y cuadernos de trabajo.	10.3 Cuadro comparativo elaborado por los alumnos y conclusiones.
10.4 Analice los alcances sociales de las leyes expedidas por Carranza.	10.4 Describir las leyes expedidas por Carranza.	10.4 Comentario abierto.	10.4 Libros de consulta y cuadernos de trabajo.	10.4 Conclusiones críticas.
10.5 Caracterice los puntos básicos de la Constitución de 1917.	10.5 Señalar las nuevas disposiciones incluidas en la Constitución de 1917.	10.5 Interrogatorio dirigido por el profesor.	10.5 Grabación con los puntos básicos de la Constitución de 1917.	10.5 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
10.6 Infera el paralelismo de la Constitución de 1857 y la vigente de 1917.	10.6 Comparar la Constitución de 1857 y la de 1917.	10.6 Corrillos para elaborar un cuadro comparativo y mesa redonda para discutirlo.	10.6 Carteles con los puntos básicos de las dos Constituciones.	10.6 Cuadro comparativo elaborado por los alumnos y conclusiones obtenidas por el grupo.

OBJETIVOS ESPECIFICOS	ACTIVIDADES DE APRENDIZAJE QUE SE SUGIEREN:	TECNICAS INSTRUCCIONALES	RECURSOS DIDACTICOS	EVALUACION
10.7 Analice la obra de Zapata.	10.7 Explique la situación campesina de la época.	10.7 Comentario alterno.	10.7 Informaciones obtenidas por los alumnos y cuadernos de trabajo.	10.7 Síntesis conclusiva obtenida del comentario.
10.8 Analice la participación de Villa en la Revolución Mexicana.	10.8 Describir la personalidad de Villa como guerrillero y como jefe de la División del Norte. Su rivalidad con Carranza.	10.8 Panel rotativo con dos equipos.	10.8 Libros de consulta para preparar el tema y formular preguntas.	10.8 Explicación realizada, preguntas formuladas y respuestas ofrecidas.
10.9 Deduzca la política agraria de Obregón influenciada por Zapata.	10.9 Los primeros repartos de tierras a los campesinos hechos por Obregón.	10.9 Lluvia de ideas.	10.9 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	10.9 Sumario elaborado por los alumnos.
10.10 Detecte la obra de Vasconcelos como rector de la Universidad y Ministro de Educación Pública.	10.10 Discutir los reformas educativas introducidas en la UNAM, por Vasconcelos y los planes educativos a nivel nacional.	10.10 Debate dirigido por el profesor.	10.10 Información recabada por los alumnos y cuadernos de trabajo.	10.10 Conclusiones elaboradas por los alumnos.
10.11 Infiera los ocultos administrativos, políticos y económicos del callismo.	10.11 Caracterizar a Calles como líder de la política económica y social de México de 1920 a 1936.	10.11 Corrillo para recabar datos y reja para depurarlos.	10.11 Información recabada por los alumnos, libros de consulta, periódicos, etc.	10.11 Conclusiones críticas obtenidas por el grupo.
10.12 Caracterice la política gubernamental de: Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz R., Abelardo L. Rodríguez y el hijo de Calles en este periodo.	10.12 Explicar el decreto que concedió Autonomía a la Universidad. La pasividad de Ortiz Rubio como instrumento de Calles, Abelardo L. Rodríguez y la Reforma de los poderes.	10.12 Corrillos para que recaben datos y reja para depurarlos.	10.12 Libros de consulta para cada corrillo y cuaderno de trabajo.	10.12 Sumario elaborado por los alumnos.



BIBLIOGRAFIA GENERAL PARA EL 5o. CURSO DE HISTORIA DE MEXICO.

PARA EL ALUMNO:

BRAVO UGARTE, JOSE.- México Independiente.

CUE CANOVAS, AGUSTIN.- Historia Mexicana y otras obras.

HISTORIA MINIMA DE MEXICO.- Colegio de México.

MEXICO Y SU EVOLUCION SOCIAL.- Director literario: Justo Sierra.

QUIRARTE, MARTIN.- Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud. Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano. El problema religioso en México. Visión panorámica de la Historia de México.

RABASA, EMILIO.- La Constitución y la Dictadura. La Evolución Histórica de México.

SIERRA, JUSTO.- Evolución política del pueblo mexicano.

SILVA HERZOG, JESUS.- El agrarismo mexicano e historia de la Revolución Mexicana. 2 vols. Fondo de Cultura Económica. México 1960.

PARA EL PROFESOR:

ALAMAN, LUCAS.- Disertaciones. Historia de México.

ANCONA, EUIGIO.- Historia de Yucatán.

ARRANGOIS, J.M.- Historia de México.

BOCANEGRA, JOSE MA.- Memorias para la Historia de México Independiente.

BULNES, FRANCISCO.- El porvenir de las Naciones Hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos.- El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio.- La deuda inglesa.- El verdadero Díaz y la Revolución.- La Guerra de Independencia. Hidalgo e Iturbide.- Las grandes mentiras de nuestra historia.- Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma.

BUSTAMANTE, CARLOS.- Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el C. Miguel Hidalgo y Costilla.

BUENROSTRO, FELIPE.- Historia de la primera constitución.

CABRERA, LUIS.- La reconstrucción de los ejidos de los pueblos como medio de suprimir la esclavitud del jornalero mexicano.

CALDERON DE LA BARCA, MADAME.- La vida en México durante una residencia de dos años en ese país (traducción, prólogo y notas de Felipe Teixidor).

- CALERO, MANUEL.- Un decenio de política nacional.
- CARMONA, FERNANDO.- El milagro mexicano. Editorial Nuestro Tiempo. 1970.
- CONTE CORTI, EGON CAESAR.- Carlota y Maximiliano.- Correspondencia de la Legislación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera.- 1860-1868. 8 volúmenes.
- CUEVAS, MARIANO.- Historia de la Iglesia en México. 5 volúmenes.
- COSSIO VILLEGAS, DANIEL y otros.- Historia de México Moderno. 10 volúmenes. La Constitución de 1857 y sus críticos. Sep. Setentas 1973.
- COCKCROFT, JAMES D.- Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. Siglo XXI. México 1971.
- DIEGO FERNANDEZ, JOSE.- México.- Política experimental.
- DIAZ Y DIAZ, FERNANDO.- Santa Anna y Juan Álvarez frente a frente. S.E.P. Setentas (33).
- FUENTES MARES, JOSE.- La Revolución Mexicana y México se refugió en el desierto. Juárez y la Intervención. Juárez y el Imperio. Juárez y los Estados Unidos. Juárez y la República.
- FILISOLA, VICENTE.- Memorias para la Historia de la Guerra de Texas.
- GARCIA GRANADOS, RICARDO.- Historia de México desde la restauración de la República en 1867 hasta la caída de la República. 4 volúmenes.
- GUILLow, EULOGIO.- Reminiscencias.
- GONZALEZ, LUIS y otros.- La Economía Mexicana en la época de Juárez.- Secretaría de Industria y Comercio. México 1972.
- GUZMAN, MARTIN LUIS.- El Águila y la Serpiente.- Memorias de Pancho Villa. La Sombra del Cuadrillo.
- FLORES CABALLERO, ROMEO.- La contrarrevolución de Independencia. Colegio de México.
- FUENTES MARES, JOSE.- Juárez.
- HALE, CHARLES A.- El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853. Siglo XXI. México 1972.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE.- Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España. Texto íntegro tomado de la edición en español en 1822. Estudio preliminar, revisión, catejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina.
- HERRERA Y FRIMONT, CELESTINO.- La Revolución y el Problema Agrario.
- IGLESIAS, JOSE MARIA.- La Cuestión Presidencial en 1876. Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México.
- ITURRIBARRIA, JORGE FERNANDO.- Porfirio Díaz ante la Historia.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO.- Historia de la Cultura en México.
- KNAPP, FRANK AVERILL.- Sebastián Lerdo de Tejada. 1823-1889.

LARA PARDO, LUIS.- De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero.

LERDO DE TEJADA, SEBASTIAN.- *Memorias.*

LOPEZ CAMARA, FRANCISCO.- *La Génesis de la Conciencia Liberal en México. Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la Reforma y la Intervención. (La vida agrícola e industrial de México según fuentes y testigos europeos).*

LOPEZ DE SANTA ANNA, ANTONIO.- *Mi historia militar y política.*

LOPEZ PORTILLO Y ROJAS, JOSE.- *Elevación y caída de Porfirio Díaz.*

LOPEZ ROSADO, DIEGO.- *Historia Económica de México.* - S.E.P.

MADERO, FRANCISCO IGNACIO.- *La Sucesión Presidencial de 1910.*

MAGAÑA, GILDARDO.- *Emiliano Zapata y el Agrarismo en México.*

MARQUEZ STERLING, M.- *Los últimos días del presidente Madero, mi gestión diplomática en México.*

MARTINEZ BAEZ, ANTONIO.- *Iturriga, José y Casfo Villegas, Daniel.* - *El Liberalismo y la Reforma en México.*

MATEOS, JOSE M.- *Historia de la Masonería en México.*

MATUTE, ALVARO.- *México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones históricas.*

MEYER, EUGENIA.- *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910. México.* I.N.A.H.

MOLINA ENRIQUEZ, ANDRES.- *Los grandes problemas nacionales.*

MORA, JOSE MARIA LUIS.- *México y sus revoluciones. 3 volúmenes.*

MORENO TOSCANO, ALEJANDRA.- *Geografía Económica.* - *El Colegio de México.*

MUÑOZ, RAFAEL F.- *Antonio López de Santa Anna.*

OBREGON, ALVARO.- *Ocho mil kilómetros en compañía.*

OCHOA CAMPOS, MOISES.- *La Reforma Municipal.*

OCARANZA, FERNANDO.- *Juárez y sus amigos.*

OTS CAPDEQUI, J.M.- *España en América. El Régimen de Tierras en la Epoca Colonial.* F.C.E.

O'GORMAN, EDMUNDO.- *Historia de las divisiones territoriales.* Ed. Porrúa 1966.

PEREZ MARTINEZ, HECTOR.- *Juárez el Impasible.*

PUENTE, RAMON.- Pascual Orozco y la Revuelta de Chihuahua.

RAMIREZ, JOSE FERNANDO.- México durante la guerra con los Estados Unidos.

RANGEL, NICOLAS.- Los precursores ideológicos de la Guerra de Independencia.

RECTIFICACIONES Y ACLARACIONES DE LAS MEMORIAS DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ.- Notas.- Guillermo Vígil y Robles. Anotaciones.

RIVERA, AGUSTIN.- La Reforma y el Segundo Imperio.

RIVERA CAMBAS, MANUEL.- Historia de la Intervención europea y norteamericana en México, 5 volúmenes.

ROEDER, RALPH.- Juárez y su México.- 2 volúmenes.

RAMIREZ CABAÑAS, JOAQUIN.- Estudios Históricos.

ROA BARCENA.- Recuerdos de la Invasión Norteamericana.

ROMERO DE TERREROS, MANUEL.- La Corte de Agustín I.

REYES HEROLES, JESUS.- El Liberalismo en México.- 2 volúmenes.

RAMOS, SAMUEL.- El Perfil del Hombre y la Cultura en México.

SIERRA, JUSTO.- (y PEREYRA, CARLOS).- Juárez, su obra y su tiempo.

SANCHEZ NAVARRO, CARLOS.- La Guerra de Texas.

SCHOLES, WALTER Y.- Política Mexicana durante el régimen de Juárez 1855-1872. Fondo de Cultura Económica 1972.

SUAREZ Y NAVARRO, J.- Historia de México y del General López de Santa Anna.

TORO, ALFONSO.- La Iglesia y el Estado.

TORNEL Y MENDIZABAL, JOSE MA.- Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días.

TARACENA, ALFONSO.- Historia extraoficial de la Revolución Mexicana. (Desde las postrimerias del porfirismo hasta los sucesos de nuestros días).

VALADEZ, JOSE C.- Breve historia de la guerra con los Estados Unidos.- Historia del pueblo de México. Don Melchor Ocampo, reformador de México. Historia General de la Revolución Mexicana. Imaginación y realidad de Francisco I. Madero. Santa Anna y la Guerra de Texas.

VERA ESTAROL, JORGE.- La Revolución Mexicana.

WOMACK, JOHN JR.- Zapata y la Revolución Mexicana.- Siglo XXI. 1969.

ZAYAS ENRIQUEZ, RAFAEL DE.- Benito Juárez, su vida, su obra. S.E.P. Serentas 1971.

Universidad Nacional Autónoma de México

Escuela Nacional Preparatoria

Colegio de Historia

Programa de Estudios de Historia de México II

<b>Año escolar:</b>	Quinto año de Bachillerato
<b>Categoría de la asignatura:</b>	Obligatoria
<b>Carácter de la asignatura:</b>	Teórica
<b>Total de horas / semana:</b>	3 horas
<b>Total de horas al año:</b>	95
<b>Total de créditos:</b>	12
<b>Fecha de elaboración:</b>	Agosto de 1988

El H. Consejo Técnico de la Escuela Nacional Preparatoria acordó el 17 de octubre de 1988, aplicar y hacer el estudio de las modificaciones propuestas por el colegio para el programa vigente de la signatura, durante el año escolar 1988-1989.

## CARACTERISTICAS PROFESIONALES Y ACADEMICAS QUE DEBEN REUNIR LOS PROFESORES DE LA ASIGNATURA.

Para impartir el curso de Historia de México II, el maestro debe ser un profesional de la Historia. Además debe reunir las características siguientes: vocación docente; apertura y comprensión ante las inquietudes académicas de los alumnos; deseo de superación académica; renovación constante de fuentes y materiales, tanto de la asignatura como lo relativo a la enseñanza; disponer del tiempo suficiente para la preparación de clases y aceptar diversos criterios, corrientes y posiciones teóricas, metodológicas e ideológicas. Asimismo deberá cumplir con los requisitos establecidos por el Sistema de Desarrollo del Personal Académico de la Escuela Nacional Preparatoria de la UNAM (SIDEPA).

### UBICACION

La materia de Historia de México II se cursa en el 5° año de bachillerato y es parte esencial de una formación cognoscitiva integral. Respecto a sus correlaciones tiene como antecedentes importantes Lógica, Geografía y la Historia Universal III. Paralelamente se relaciona con Etimologías Grecolatinas y Ética; en el 6° año del plan de estudios tiene una relación consecuente con las áreas de Ciencias Físico Matemáticas, Ciencias Químico Biológicas y Ciencias Económico Administrativas. Por sus características tiene una relación más directa con las áreas de Disciplinas Sociales y Humanidades Clásicas, como son: Historia de las Doctrinas Filosóficas, Historia de la Cultura, Sociología, Revolución Mexicana, Pensamiento Filosófico de México, Nociones de Derecho Positivo Mexicano, Historia del Arte, Geografía, así como Problemas Sociales, Económicos y Políticos de México y Geografía Económica.

### JUSTIFICACION

La Historia de México es una disciplina vertebral para la formación integral del alumno, ya que le aporta elementos formativos e informativos, entre los que destacan por su trascendencia:

- Colaborar en la formación de una cultura nacional y universal.
- Contribuir a que el alumno identifique sus inquietudes y vocación futura.
- Conformar en el estudiante las bases de un espíritu analítico y de investigación.

- Aportar los conocimientos fundamentales que posibilitan la comprensión del proceso histórico con un enfoque crítico y nacionalista

## PROPOSITOS

El curso de Historia de México II abarca dos vertientes, la formativa y la informativa. Ambas pretenden desarrollar en el alumno las capacidades de análisis y de crítica necesarias para comprender el proceso histórico nacional, así como la realidad sociopolítica presente. Estos conocimientos le permitirán participar conscientemente en su momento histórico.

## ENFOQUE DISCIPLINARIO

Congruente con el principio de libertad de cátedra característico de la Universidad Nacional Autónoma de México y por ende, de la Escuela Nacional Preparatoria, el profesor puede elegir el recurso metodológico que considere más adecuado para el óptimo desarrollo de su curso, teniendo siempre presente la trascendencia de su función y la importancia de una práctica docente consciente y responsable. Sin embargo, es necesario que los alumnos reciban información sobre los diferentes enfoques teóricos.

El programa tiene como eje conductor un enfoque integrador que comprende el estudio del desarrollo económico, político y social de México, desde la etapa colonial hasta la época contemporánea.

## CRITERIOS DE EVALUACION.

El proceso de evaluación debe ceñirse a los valores y criterios tanto del profesor como del alumnado, en relación con el proceso de enseñanza-aprendizaje. Requiere de una acción constante que obliga a ambas partes (profesor y alumno) a mantener una actitud cuidadosa, esforzada y comprometida, a la vez que permite al profesor observar con mayor claridad la respuesta de los alumnos, así como las fallas y posibles desviaciones de sus objetivos iniciales.

## CONTENIDO

El programa de Historia de México está integrado por 6 unidades:

UNIDAD I	Panorama de la época colonial
UNIDAD II	El movimiento de Independencia
UNIDAD III	México independiente (1821-1853)
UNIDAD IV	El conflicto entre liberales y conservadores
UNIDAD V	El Porfirismo y la Revolución mexicana (1876-1920)
UNIDAD VI	México contemporáneo

## I. PANORAMA DE LA EPOCA COLONIAL

### UBICACION

Esta unidad constituye el tema introductorio al curso de Historia de - México II y se concreta al estudio de los elementos básicos y necesarios para la comprensión de las subsiguientes unidades.

### PROPOSITOS

El alumno mostrará a través de exposiciones orales o escritas el conocimiento sobre la organización política, económica y social de la Nueva España, destacando las características resultantes del proceso de conquista y colonización, así como los cambios estructurales característicos del siglo XVIII, antecedente directo del movimiento independentista

### TEMAS BASICOS

1. - Organización política, económica y social novohispana durante los siglos XVI y XVII.
- 2 - La función de la iglesia en la Nueva España. Poder político, económico y su participación en las actividades culturales.
3. - La etapa borbónica y sus repercusiones en la estructura de la colonia.

### SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

Estas serán resueltas a juicio del profesor, tomando en cuenta que los - títulos elegidos deben ser accesibles para los estudiantes. A manera de sugerencia se proponen los siguientes textos:

#### PARA EL ALUMNO:

Qué Cánovas, A - Historia social y económica de México, 1521-1854 \*  
Jiménez Moreno, W. y otros. Historia de México.  
Quirarte, M. Visión panorámica de la Historia de México.

#### PARA EL PROFESOR:

Arcila Farías, Eduardo. Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España.  
Borah, Woodrow. El siglo de la depresión en Nueva España.  
Brading, David. Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-18  
Miranda, José. España y Nueva España en la época de Felipe II  
Zavala, Silvio. La colonización española en América.

\* Los datos completos aparecen en la bibliografía general.



## Tiempo sugerido:

Mínimo: 10 horas

Máximo: 12 horas

## II. EL MOVIMIENTO DE INDEPENDENCIA

### UBICACION

Esta unidad tiene un carácter básico dentro del contenido general del curso, ya que permite identificar las ideas y sucesos que explican y condicionan el nacimiento de la nación mexicana.

### PROPOSITOS

El alumno deberá mostrar con trabajos orales o escritos que ha comprendido el movimiento de independencia como un proceso que dió cabida a distintos ideales y tendencias y que puede evaluar el significado de la independencia de México.

### CONTENIDOS BASICOS

1. - Causas externas e internas de la independencia. El movimiento de 1808 en Nueva España.
2. - Las conspiraciones de Valladolid y Querétaro. La insurgencia de 1810-11. Miguel Hidalgo, decretos sociopolíticos y económicos.
3. - La etapa de organización militar y política del movimiento. José Ma. Morelos y el Congreso de Chilpancingo.
4. - La situación del movimiento de independencia entre 1815 y 1820. La guerrilla insurgente. La expedición de Francisco Javier Mina. La Masonería. La crisis económica.
5. - La consumación de la independencia. El movimiento liberal español de 1820 y sus antecedentes. Intereses económicos, sociales y políticos de los grupos dominantes en la consumación de la independencia. Agustín de Iturbide y el Plan de Iguala.

### SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

#### PARA EL ALUMNO

Cué Cánovas, A. Historia social y económica de México, 1521-1854.

Jiménez Moreno, W. y otros. Historia de México

Miranda Basurto, A. La evolución de México.

Quirarte, M. Visión panorámica de la Historia de México.

## PARA EL PROFESOR

Lemoine Villicaña, E. Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época.  
Torre Villar, Ernesto de la . La Constitución de Apatzingán y los creadores del estado mexicano.  
Villoro, Luis. La Revolución de independencia.

### Tiempo sugerido:

Mínimo: 10 horas

Máximo: 12 horas

## III. MEXICO INDEPENDIENTE (1821-1853)

### UBICACION

La presente unidad tiene un carácter básico porque abarca las - primeras décadas de la Historia de México en su condición de - estado independiente (1821-1853). Analiza las luchas políticas, las condiciones económico-sociales y los conflictos con el exterior.

### CONTENIDOS BASICOS:

1. - La situación de México al iniciar la vida independiente. El Imperio de Iturbide.
2. - El proceso político republicano. Federalismo y centralismo. I Constituciones. La masonería. Los gobiernos independientes y los proyectos de reforma (Guadalupe Victoria, A. Bustaman Santa Anna y V. Gómez Farías.)
3. - La estructura económico-social del país. La estructura agraria. La deuda pública. El comercio y las comunicaciones. Proyecto de industrialización. Inversión extranjera.
4. - Las relaciones con el exterior. El reconocimiento internacional a la independencia de México. Intentos de reconquista. El conflicto por Texas. La invasión francesa (1838-1839). La guerra c Estados Unidos (1846-1848).

### SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

#### PARA EL ALUMNO:

Cué Cánovas, Agustín. Historia social y económica de México, 1521-1854.

Jiménez Moreno, W. y otros. Historia de México.  
Miranda Basurto, A. La evolución de México.  
Quirarte, M. Visión panorámica de la Historia de México.

PARA EL PROFESOR:

Alamán, Lucas. Historia de México.  
Bosch García, C. Historia Diplomática de México.  
Cardoso, Ciro. (Coord.) México en el siglo XIX (1821-1910), historia económica y de la estructura social.

Mora, José Ma. Luis. México y sus revoluciones.  
Sierra, Catalina. El nacimiento de México.

Tiempo sugerido:

Mínimo: 10 horas  
Máximo: 12 horas

IV. EL CONFLICTO ENTRE LIBERALES Y CONSERVADORES

UBICACION

En esta unidad se analiza el proceso de lucha entre liberales y conservadores, como producto de los problemas económicos, sociales, políticos e ideológicos estudiados anteriormente. Se incluye la participación que los europeos tuvieron en el conflicto y los resultados inmediatos del triunfo liberal.

PROPOSITOS

El alumno mostrará a través de exposiciones orales o monografías que comprende el proceso que condujo al establecimiento de un estado liberal y el efecto causado por los intereses económicos.

CONTENIDOS BASICOS:

- 1.- La Revolución de Ayutla. Las ideologías liberal y conservadora. La Constitución de 1857.
- 2.- La Guerra de Reforma. Aspectos políticos, militares, y diplomáticos. Las Leyes de Reforma.
- 3.- El imperialismo económico de Francia. La intervención en México y el Imperio de Maximiliano.
- 4.- La República restaurada. Situación económica, política y social del país.

## SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

### PARA EL ALUMNO:

Jiménez Moreno, W. y otros. Historia de México.  
Miranda Basurto, A. La evolución de México.  
Quirarte, M. Visión panorámica de la Historia de México

### PARA EL PROFESOR:

Cosío Villegas, Daniel. La República restaurada  
(Historia Moderna de México)  
González Navarro, Moisés. La Reforma y el Imperio.  
Quirarte, Martín. Historiografía sobre el Imperio Mexicano  
Reyes Heróles, Jesús. El liberalismo mexicano.

### Tiempo sugerido:

Mínimo:	10 horas
Máximo:	12 horas

## V. EL PORFIRISMO Y LA REVOLUCION MEXICANA (1876-1920)

### UBICACION

En esta unidad se analizan las características del régimen de Porfirio Díaz, las causas que provocaron la Revolución de 1910 y el desarrollo del proceso revolucionario hasta 1920. De esta forma se establecen las bases para la comprensión del México Contemporáneo.

### PROPOSITOS

El alumno a través de trabajos escritos, exposiciones, etc. presentará un análisis sobre los principales aspectos del porfiriato, mostrará cuáles fueron los diversos factores que condicionaron el movimiento armado de 1910, explicará el desarrollo del proceso revolucionario.

### CONTENIDOS BASICOS

1. - Aspectos políticos, económicos, sociales y culturales del porfiriato.
2. - Las causas que determinaron la revolución de 1910.
3. - La etapa maderista. Los caudillos de la revolución y las tendencias que representan. Los intereses internacionales.
4. - El movimiento constitucionalista. La Constitución de 1917.

## SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

### PARA EL ALUMNO:

Miranda Basurto, A. La evolución de México.  
Quirarte, M. Visión panorámica de la Historia de México.

### Tiempo sugerido:

Mínimo	10 sesiones
Máximo	13 sesiones

### PARA EL PROFESOR:

Córdova, Arnaldo. La ideología de la Revolución mexicana.  
Cosío Villegas, Daniel. El Porfiriato (Historia Moderna de México.)  
Katz, Friederich. La guerra secreta en México.  
Sierra, Justo. Evolución política del pueblo mexicano  
Valadés, José C. El porfirismo, historia de un régimen. Historia General de la Revolución Mexicana.

### Tiempo sugerido:

Mínimo:	10 horas
Máximo:	10 horas

## VI. MEXICO CONTEMPORANEO

### UBICACION

Esta última unidad analiza el proceso de institucionalización del estado mexicano y su condición en el contexto internacional.

### PROPOSITOS

El alumno por medio de trabajos orales o escritos presentará un análisis sobre los periodos políticos, los fenómenos económicos y sociales en el México contemporáneo y las relaciones de México a nivel internacional. Al terminar el curso el grupo elaborará una síntesis del proceso estudiado y lo vinculará con las condiciones actuales.

## CONTENIDOS BASICOS:

- 1.- El grupo sonoreense en el poder. Gobierno de Obregón y Calles. El Maximato. El problema religioso. Política agraria, laboral y educativa. Relaciones con el exterior.
- 2.- Las reformas cardenistas. - Surgimiento del presidencialismo. La reforma agraria. La política laboral. Las tendencias nacionalistas del sexenio y la política exterior, Las reformas educativas.
- 3.- El desarrollismo y la estabilización política. El poder del presidente, la función del partido y la absorción de las organizaciones sociales como fundamento del Estado. El desarrollo industrial y el fenómeno de dependencia. La situación de la agricultura. La reestructuración social. Relaciones diplomáticas.
- 4.- La crisis actual. Origen de la crisis económica. Los problemas sociales. El gobierno y los partidos políticos frente a la crisis. - La política exterior. Problemática actual.

## SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.

### PARA EL ALUMNO:

Delgado de Cantú, Gloria M. Historia de México. Formación del Estado Moderno desde la Independencia a las políticas de desarrollo.

Lajous, Alejandra y otros. Manual de Historia de México Contemporánea (1917-1940)

Miranda Basurto, A. La evolución de México

Quirarte, M. Visión panorámica de la Historia de México.

### Tiempo sugerido:

Mínimo: 12 horas

Máximo: 15 horas

### PARA EL PROFESOR:

Krauze, Enrique y otros. La reconstrucción económica.

Medina, Luis. Del cardenismo al avilacamachismo

Meyer, Lorenzo. El conflicto social y los gobiernos del maximato.

Pellicer de Brody, O. y J. L. Reyna. El afianzamiento de la estabilidad política.

Villoro, Luis. La cultura mexicana de 1910 a 1960.

### Tiempo sugerido:

Mínimo: 10 horas

Máximo: 12 horas

## V. SUGERENCIAS DE METODOS DE TRABAJO.

Ante los diversos métodos didácticos empleados por los profesores de la Escuela Nacional Preparatoria y la actualización constante del ejercicio docente, consideramos difícil e inconveniente proponer un método específico de trabajo para los miembros del Colegio de Historia. Por tanto, tomando en cuenta las características heterogéneas de los integrantes de cada uno de los planteles y turnos que conforman esta institución, se ha optado por no proponer un método en particular, dejando a criterio del profesor la elección del que considere más conveniente para cumplir con los objetivos del curso.

No obstante recordamos algunos de los múltiples recursos didácticos de que dispone el profesor en el desarrollo de su función, como por ejemplo: exposiciones orales y esquemáticas, comentarios de textos, debates intergrupales, trabajos en equipo, visitas a centros históricos, elaboración de mapas y material audiovisual.

## VI. SUGERENCIAS DE ACREDITACION Y TABLA DE PONDERACION

Los propósitos generales del curso y de cada una de las unidades temáticas están redactados en términos claros y con criterios flexibles que permiten tanto a los profesores como a los alumnos establecer conjuntamente, si así se considera oportuno el tipo de actividades a realizar durante el año escolar, para facilitar los mecanismos de acreditación.

Es recomendable que el profesor señale desde el inicio del curso cuáles serán los criterios de evaluación que normarán los trabajos de éste, así como los requisitos mínimos a cubrir en las distintas actividades, como por ejemplo: en el caso de un trabajo escrito; presentación, características y el carácter individual o colectivo del mismo.

El profesor deberá explicar los porcentajes asignados a cada una de las distintas actividades programadas, con el objeto que el alumno cobre conciencia de la importancia de cada una de ellas en su evaluación definitiva y sobre todo, que comprenda que el examen no es el único medio para acreditar la asignatura, sino que todo tipo de esfuerzo y participación debe ser considerado en su evaluación, ya sea parcial o definitiva.

Para recordar al profesor y al alumno la importancia de otros elementos de acreditación, sólo a manera de ejemplo presentamos la siguiente tabla, ya que el mecanismo de ponderación definitivo deberá ser dis-

cutido, de manera conjunta, por los integrantes del colegio de Historia de cada plantel.

#### PLAN DE ACREDITACION\*

Requisitos	tipo	Periodicidad	% Calificación
Examen	Individual	3 parciales	20
Trab. inv.	por equipo	1 anual	30%
Inv. bibliog.	individual	1 por unidad	10%
Ensayos	individual	1 por semestre	20%
Exposición	individual	final	20%

\* Se recuerda que esta tabla sólo se presenta a manera de ejemplo.

#### BIBLIOGRAFIA

- Alamán, Lucas. Historia de México: desde los primeros movimientos que prepararon su independencia hasta la época presente. México, Instituto Cultural Helénico - F.C.E. 1985. 4 v. (Clásico de la historia de México)
- Arcila Farías, Eduardo. Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España. México, Secretaría de Educación Pública, 1974. (Sep - Setentas - 117-118)
- Bazant, Jan. Los bienes de la Iglesia en México. Aspectos económicos y sociales de la revolución liberal (1856-1885). México, El Colegio de México, 1977
- Bazant, Jan. Historia de la deuda exterior de México. 1823-1946. Pro Antonio Ortiz Mena. 20. ed. México, El Colegio de México, 1981, 285 p. (Nueva Serie, 3).



- Borah, Woodrow. El siglo de la depresión en Nueva España. México S. E. P., 1975, 157 p. (Sep - Setentas, 221)
- Bosch García, Carlos. Historia diplomática de México. México, - UNAM, 1957.
- Brading, David. Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810). México, F.C.E., 1975, 498 p. (Sección de obras de Historia).
- Bustamante, Carlos Ma. de. Cuadro histórico de la revolución mexicana y sus complementos. México, F.C.E., 1985. 8 v. (Clásicos de la historia de México).
- Calderón de la Barca, Madame. La vida en México durante una residencia de dos años en ese país. Trad. y Pról. Felipe Teixidor. 6a. ed. México, Porrúa, 1981. 426 p. ("Sepan Cuantos...", 74)
- Cardoso, Ciro. (Coord.) México en el siglo XIX (1821-1910) Historia económica y de la estructura social. 2a. ed. México, Ed. - Nueva Imagen, 1981, 525 p.
- Casasola, Gustavo. Historia gráfica de la revolución mexicana 1900-1970. México, Ed. Trillas, 1973.
- Celada Castillo y Ruvalcaba, Martha. Antología de lecturas de Historia de México. México, ENI/UNAM, 1989, 426 p. (Serie antologías, 2)
- Córdova, Arnaldo. La ideología de la revolución mexicana. La formación del nuevo régimen. 7°. Ed. México, Ediciones Era, - 1979, 502 p. (El hombre y su tiempo).
- Cosío Villegas, Daniel. (dir.) Historia mínima de México. México, - El Colegio de México, 1977, 164 p.
- Cosío Villegas, Daniel. (dir.) Historia general de México. México, El Colegio de México, 1976. 4 v.
- Cosío Villegas, et. al. Historia moderna de México. México, Hermes, 1984 - 8 v.
- Cué Canóvas, Agustín. Historia social y económica de México (1521-1854). México, Trillas, 1963, 422 p.
- Delgado de Cantú, Gloria M. Historia de México. Formación del Estado Moderno desde la independencia hasta las políticas de desarrollo. México, Ed. Alhambra mexicana, 1987, 406 p.

Gilly, Adolfo. La revolución interrumpida. 10 ed. México, Ediciones El Caballito, 1981, 410 p. (Col. Fragua mexicana).

González Casanova, Pablo. (Coord.) La clase obrera en la historia de México. México, Siglo XXI - UNAM, 1980 - 17. v.

González Navarro, Moisés. La Reforma y el Imperio. México, SEP, 1972 (Sep Setentas, 11).

Historia de México. México, Salvat Mexicana de Eds. 1985  
13 v.

Jiménez Moreno, Wíqberto, et. al. Compendio de Historia de México  
México, Ed. E.C.L.A.L.S.A., 1966, 462 p.

Katz, Friederich. La guerra secreta en México. Trad. delal. José Luis Hoyo. México, Ediciones Era, 1982. 3 v. (El hombre y su tiempo).

Krauze, Enrique y otros. La reconstrucción económica. México, El Colegio de México, 1981.

Lajous, Alejandra, et. al. Manual de historia de México contemporáneo (1917-1940). México, UNAM, 1988.

López Cámara, Francisco. La génesis de la conciencia liberal en México, 1954.

Lemoine V., Ernesto. Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época. México, UNAM, 1965.

Matute, Alvaro. México en el siglo XIX. Antología de fuentes o interpretaciones históricas. 4a. ed. México, UNAM, 1984, 565 p. (Lecturas universitarias, 12)

Medina, Luis. Del cardenismo al avilacamachismo. México, El Colegio de México, 1978.

Meyer, Lorenzo. El conflicto social y los gobiernos del maximato. México, El Colegio de México, 1981.

Miranda Basurto, Angel. La evolución de México. México, Ed. Herrero, 1984.

Miranda, José. Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1820. 2a. Ed. México, UNAM, 1978. X  
269 p.

- Mora José María Luis. México y sus revoluciones. México, Porrúa, 1977.
- Parra, Porfirio. Sociología de la Reforma. México, Ed. Empresas Editoriales, 1948, 240 p. (El liberalismo mexicano en pensamiento y acción, 8)
- Pellicer de Brody, Olga y J. L. Reyna. El afianzamiento de la estabilidad política. México. El Colegio de México, 1981.
- Pellicer de Brody, Olga y J. L. Reyna. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador. México. El Colegio de México. 1981.
- Poinsetl, Joel R. Notas sobre México (1822). Trad Pablo Martínez del Campo. Pról. y notas Eduardo Enrique Ríos. México. Ed. Jus, 1950.
- Potash, Robert A. El Banco de Avío de México. El fomento de la industria 1821-1846. Trad. Ramón Fernández y Fernández. México, F C E. 1959.
- Quirarte, Martín. Visión panorámica de la Historia de México. México Ed. Porrúa, 1986. 377 p.
- Historiografía sobre el imperio mexicano. México. UNAM, 1970.
- Reyes Heróles, Jesús. El liberalismo mexicano. México, UNAM. 1957 3 v.
- Sánchez Azcona y Aparicio, Gloria. (Coord.) Historia de México, un acercamiento. México. Ed. Porrúa/UNAM. 1987. 53 p. - (Antologías para la actualización de los profesores de enseñanza media superior, humanidades).
- Sierra, Catalina. El nacimiento de México. México, UNAM, 1960.
- Sierra, Justo. Juárez, su obra y su tiempo. Introd. Agustín Yáñez, - México, Ed. Porrúa, 1970, 475 ("Sepan Cuantos..."; 146).
- Sierra, Justo. Evolución política del pueblo mexicano. Edición establecida y asentada por Edmundo O'Gorman. México. UNAM. - 1948. 426 p. (Obras completas del maestro Justo Sierra II).
- Tena Ramírez, Felipe. Leyes fundamentales de México 1808-1964. México. Ed. Porrúa. 1964.